Historia

Charles Tilly
Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990

Alianza Universidad

Alianza Universidad

Charles Tilly

Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990

Versión española de
Eva Rodríguez Halfter

Alianza
Editorial

Título original: *Coercion, Capital and European States. A. D. 990-1990.* Esta obra ha s·
publicada en inglés por Basil Blackwell, Inc.

Calle Milán, 38; 28043 Madrid; tefef. 300 00 45
I.S.B.N.: 84-206-2721-6
Depósito legal: M. 29.886-1992
Fotocomposición: EFCA, S. A.
Avda. Doctor Federico Rubio y Galí, 16. 28039 Madrid
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

Prefacio 11
Prefacio a la edición española 15

Capítulo 1. CIUDADES Y ESTADOS EN LA HISTORIA UNIVERSAL 19

Los Estados en la historia 19
Respuestas existentes 25
La lógica del capital y de la coerción 40
La guerra, motor de la formación y transformación del Estado ... 45
Tendencias e interacciones a largo plazo 57
Perspectivas 63

Capítulo 2. CIUDADES Y ESTADOS DE EUROPA 70

La Europa ausente 70
Los Estados y la coerción 79
Las ciudades y el capital 82
Interacción entre ciudades y Estados 87
Fisiologías de los Estados 91
Liaisons dangereuses 97
Formas alternativas del Estado 102

Capítulo 3. DE CÓMO LA GUERRA FORJÓ ESTADOS, Y VICEVERSA ... 109

La bifurcación de la violencia 109
De cómo los Estados controlaron la coerción 111

La guerra ... 114
Transiciones ... 121
Apropiarse, contruir o comprar la coerción ... 133
Pagar las deudas ... 137
El largo y fuerte brazo del Imperio ... 142

Capítulo 4. EL ESTADO Y SUS CIUDADANOS ... 149

De las avispas a las locomotoras ... 149
Negociación, derechos y acción colectiva ... 154
La institución del gobierno directo ... 159
La Revolución francesa: del gobierno indirecto al directo ... 165
Expansión del Estado, gobierno directo y nacionalismo ... 175
Cargas impremeditadas ... 179
Militarización/civilidad ... 185

Capítulo 5. LINAJES DEL ESTADO NACIONAL ... 192

China y Europa ... 192
Reconsideración de los Estados y las ciudades ... 197
Trayectorias coercitivas ... 206
Trayectorias capitalistas ... 215
Trayectorias de coerción capitalizada ... 226

Capítulo 6. EL SISTEMA EUROPEO DE ESTADOS ... 239

La interconexión de los Estados europeos ... 239
Los fines de la guerra ... 245
Los miembros del sistema ... 251
La creación del mundo inter-Estados ... 265
Cómo se iniciaron las guerras ... 269
Seis cuestiones de relieve ... 274

Capítulo 7. MILITARES Y ESTADOS EN 1990 ... 280

Un mal desarrollo político ... 280
Impacto y legado de la Segunda Guerra Mundial ... 287
El ascenso de los militares ... 296
Los militares de hoy en perspectiva histórica ... 299
La expansión militar ... 303
Los militares en el poder ... 306
¿Cómo han logrado el poder los militares? ... 315
Postscriptum ... 323

Bibliografía ... 327
Indice analítico ... 369

A la memoria de Stein Rokkan.
Intelectual entusiasta,
empresario, creador y amigo

PREFACIO

Yo lo llamo neurosis creativa: es el arte de dirigir nuestra compulsividad y nuestros temores hacia resultados productivos. Este libro ilustra su aplicación a la escritura. En este caso, mi compulsión hacia el descubrimiento o invención de simetrías sencillas en sucesos complejos se unió al impulso de huir de una responsabilidad onerosa, acometiendo una tarea algo menos intimidante. Cualquier lector de este libro reconocerá los indicios de mi compulsión hacia el orden y la simplificación. El segundo impulso exige, no obstante, una cierta explicación. En muchas ocasiones anteriores me he encontrado inmerso en labores arduas con el fin de evitar otras tareas que me resultaban dolorosas o difíciles. Esta vez, habiendo comenzado mi colaboración con Wim Blockmans en el reclutamiento de una colección de trabajos sobre la interacción entre ciudades y Estados en Europa, inicié un libro extremadamente complejo en que se comparaba la articulación de diversas ciudades y Estados en varios lugares de Europa desde el año 1000 d. de C.

Mi intención era que el libro respondiera adecuadamente al gran reto de Perry Anderson: «Actualmente, en que la "historia desde abajo" se ha convertido en santo y seña tanto en los círculos marxistas como en los no marxistas, y ha producido grandes avances en nuestra comprensión del pasado, es, no obstante, necesario recordar uno de los axiomas fundamentales del materialismo histórico: que la

secular lucha entre clases queda en última instancia resuelta en el nivel *político* —no en el económico o cultural— de la sociedad. En otras palabras: es la construcción y destrucción de los Estados lo que sella los cambios fundamentales en las relaciones de producción, siempre que las clases subsistan» (Anderson, 1974:11). Mi esperanza era que en este libro se fundieran tres de las preocupaciones de toda mi vida profesional: la historia y la dinámica de la acción colectiva, el proceso de urbanización y la formación de los Estados nacionales.

Un libro tal, según yo lo entendía, exigía el dominio de fuentes y lenguas exóticas, por no hablar de la compilación de enormes catálogos y series estadísticas que tan sólo podrían encajar en el conjunto poco a poco. Yo comencé a escribir, pero pronto me hallé rastreando nuevos materiales en lugares oscuros y poniendo a prueba mi capacidad tanto para aprender nuevos idiomas como para desempolvar otros conocidos. La Universidad de Cornell me proporcionó la oportunidad de someter a escrutinio algunas de las ideas organizativas del libro en forma de sus Messenger Lectures (Conferencias Messenger) de 1987; pese a que los períodos de debate de Ithaca demostraron hasta qué punto estaban aún por desbastar dichas ideas, me convencieron también de que el tema era importante y merecía el largo esfuerzo que me iba a exigir.

Mientras trabajaba en este libro en febrero y marzo de 1988 di una serie de conferencias en el *Institut d'Etudes Politiques* de París. (Tengo que agradecer a Alain Lancelot y Pierre Birnbaum el haberme ofrecido esta oportunidad, y a Clemens Heller, el apoyo que recibí de la *Maison des Sciences de l'Homme* durante mi estancia en París.) Mi plan consistía en trabajar en los archivos parisinos entre una conferencia y otra. Pero al comienzo de la serie volví a hablar sobre las ciudades y los Estados europeos. Mientras reflexionaba sobre el animado interrogatorio que suscitó mi exposición, comprendí súbitamente que tenía otro libro ya muy adelantado: un libro mucho más esquemático, sintético, conciso y viable que el que había ya empezado. El escribir dicho libro me permitiría una salida honorable, si bien temporal, de aquel otro proyecto enorme y formidable. En lugar de ir a los archivos, me quedé en casa sentado ante el ordenador y empecé a teclear con entusiasmo el nuevo libro. Las versiones retocadas de mis conferencias de Cornell y el Institut se ajustaban al plan, de modo que cuando regresé a Nueva York a fines de marzo había ya redactado grandes porciones del libro.

Abandonando otros proyectos para las cuales la *Russell Sage*

Foundation había tenido la amabilidad de financiarme un año de excedencia, me apresuré hacia mi ordenador y seguí escribiendo. (Durante aquel tiempo, Pauline Rothstein y sus ayudantes de Russell Sage me proporcionaron una ayuda indispensable e inteligente con las fuentes bibliotecarias. Camille Yezzi me hizo más fáciles las rutinas cotidianas. Eric Wanner y Peter de Janosi me ofrecieron su cordial apoyo, mientras que Robert Merton y Viviana Zelizer alentaron mis esfuerzos para entendérmelas con grandes estructuras, enormes procesos e inmensas comparaciones.) En julio de 1988 se encontraba en circulación una redacción completa, si bien desigual. Esta y sucesivas redacciones pasaron de unas manos a otras con los títulos de *States, Coertion, and Capital; Silver, Sword, and Scepter* y el menos melifluo pero más exacto de *Coercion, Capital, and the European States.* En la presente versión de este libro se han incorporado y adaptado materiales que aparecieron previamente en «The Geography of European Statemaking and Capitalism since 1500», en Eugene Genovese y Leonard Hochberg (eds.), *Geographic Perspectives in History* (Oxford: Basil Blackwell, 1989), «Warmakers and Citizens in the Contemporary World» (CSSC [Center for Studies of Social Change, New School for Social Research] Working Paper 41, 1987), «States, Coercion, and Capital» (CSSC, Working Paper 45, 1988), y «State and Counterrevolution in France», *Social Research* 56 (1989, 71-89).

Durante los meses que siguieron, muchos amigos y compañeros leyeron o escucharon varias porciones del libro: mi compulsión a hablar de él y revisarlo incesantemente los mantuvo a todos muy ocupados. Janet Abu-Lughod, Wim Blockmans, Bruce Carothers, Samuel Clark, Brian Downing, Carmenza Gallo, Thorvald Gran, Marjolein 't Hart, Peter Katzenstein, Andrew Kirby, John Lynn, Perry Mars, Maarten Prak, Sidney Tarrow, Wayne te Brake y Bin Wong me hicieron un regalo inestimable: realizaron una crítica profunda de las primeras redacciones de todo el manuscrito, mientras que Richard Bensel, Robert Jarvis, Jo Husbands y David Laitin añadieron agudos comentarios en secciones determinadas. Le debo a Adele Rotman mi afectuoso agradecimiento por sus sugerencias sobre cómo dar expresión a mis ideas. Nikki Aduba realizó la corrección y repaso del manuscrito con cuidado e inteligencia consumados. Louise Tilly estaba ocupada terminando su propio libro mientras yo trabajaba en éste, pero toleró generosamente mi obsesión y me ofreció algunos consejos estratégicos.

Los públicos de las Universidades de Bergen, California-Irvine, Chicago, Ginebra, Leiden y Western Ontario, de la Universidad Ciudad de Nueva York, de la Universidad de Columbia, de la Universidad de Harvard y de la Academia de Ciencias de Estonia, me hicieron perceptivas preguntas sobre puntos determinados de mi análisis. El seminario de la New School sobre formación del Estado y acción colectiva me ayudó repetidamente a la hora de formular los argumentos del libro. He contraído una profunda deuda con Harrison White y sus compañeros conspiradores del *Center for the Social Sciences* de la Universidad de Columbia (en especial Lisa Anderson, David Cannadine, Martin Gargiulo, Denise Jackson, Gerald Marwell, Salvatore Pitruzzello, Kate Roberts, Hector Schamis, Kamal Shehadi, Jack Snyder, Claire Ullman y Ronan van Rossem) por un delicioso seminario que organizaron con objeto de examinar los borradores de los capítulos del libro. Ninguno de estos útiles críticos ha visto el borrador completo de la actual versión del libro, y ninguno tiene, por consiguiente, responsabilidad alguna en sus errores.

Y es seguro que errores habrá. Abarcando todo un milenio, sin duda habré dejado sin considerar ideas esenciales, no habré visto sucesos decisivos, habré pasado por alto importantes contradicciones, malinterpretado hechos significativos y explicado ciertos cambios erróneamente. Tan sólo espero que los lectores me informen de todo error y omisión y que reflexionen sobre la medida en que mis errores afectan a la argumentación general antes de rechazarla de todo. En mis estados de ánimo más optimistas tengo la esperanza de que este libro continúe la obra comenzada por el fallecido Stein Rokkan, que se apoye sobre los puntos fuertes y enmiende los errores de un trabajo en el que Stein y yo colaboramos, *The Formation of National States in Western Europe,* que ejemplifica el programa de investigación de base histórica sobre procesos de cambio a gran escala que he defendido en libros anteriores, como son *Big Structures, Large Processes, Huge y Comparisons* y *As Sociology Meets History,* y que contribuya al esfuerzo de elaborar las teorías de contingencia histórica plasmadas en escritos recientes de Anthony Giddens, Allan Pred, Arthur Stinchcombe y Harrison White. De ser así la compulsión y la fobia habrían aportado, una vez más, una constructiva contribución al conocimiento. Ahora, claro está, me enfrento a otro problema: ese libro grande que aún me espera.

CHARLES TILLY

PREFACIO A LA EDICION ESPAÑOLA

Aunque conozcan poco sus pormenores, los hispano-parlantes autóctonos encontrarán los temas de este libro intuitivamente reconocibles. La propia España ha pasado por todas las variedades de Estado: las avanzadillas de los imperios musulmanes que dominaron en su día gran parte de Iberia, la empresa mercantil de Cataluña durante el apogeo del Mediterráneo, la levantisca oligarquía de Castilla la Vieja, la inestable federación de Aragón y Castilla, las prósperas sedes imperiales de Madrid y Lisboa, los regímenes fragmentados y pululantes de espadones del siglo XIX, el Gobierno autoritario de Franco, el Estado liberalizador de nuestros días. En la otra gran zona hispánica, América Latina, los hispano-parlantes habitan en Estados que van desde Costa Rica, actualmente carente de ejército, a toda una serie de Estados en que al menos dos ejércitos —uno oficial y otro enfrentado al Estado— luchan entre sí. Ni los españoles ni los latinoamericanos pueden concluir con facilidad, a partir de su propia experiencia, que existe una sola vía normal hacia la formación del Estado, o que el secreto del éxito estriba sencillamente en la imitación de las instituciones políticas británicas, francesas o norteamericanas. Modulando su voz en un aria matizada, la experiencia política de los hispano-parlantes demuestra la multiplicidad

de vías hacia la índole de Estado nacional actualmente predominante.

En este libro se demuestra que la historia política de España no constituye una desconcertante excepción a la regla europea de formación del Estado, sino tan sólo una variante más de las múltiples combinaciones posibles de coerción y capital. La interacción entre actividad bélica y empresa comercial tuvo el mismo papel formativo en España y sus colonias que en el resto del mundo. La idea de un plan maestro del Estado es un mito, una racionalización conveniente *ex post facto* para los que al fin acceden al poder. Los gobernantes europeos en contadas ocasiones abrigaban, no digamos ya ejecutaban, una visión gubernamental efectiva del futuro. Las estructuras de los Estados nacionales cristalizaron, en gran medida, como productos secundarios e impremeditados de la preparación para la guerra y otras actividades a gran escala relacionadas con ella; los tipos de organizaciones que cristalizaron eran enormemente variados en función de la previa distribución del poder coercitivo y el carácter de la economía prevaleciente. El Estado histórico español mostraba claros indicios de sus orígenes en la conquista (o, mejor dicho, Reconquista), en el conglomerado de pequeños estados con costumbres y privilegios definidos, en la explotación de colonias lejanas para la obtención de rentas y en las repetidas guerras con sus vecinos.

Más aún: la combinación de una estructura relativamente centralizada con serios obstáculos para la acción unitaria del Estado (situación típicamente española durante muchos siglos) resulta no ser una patología, sino consecuencia previsible del tipo de negociación acordada tradicionalmente entre los soberanos y los poderosos en el proceso de crear una estructura centralizada. Las propias negociaciones que procuraron a los gobernantes los medios para ir a la guerra dieron poder a aquellos que suministraban dichos medios, conformándose con ello una serie de obstáculos para que nuevos cambios pudieran venir a desafiar estos fuertes intereses. Este resultado me complace especialmente: en anteriores investigaciones comprobé una vez y otra que la experiencia española era muy comprensible en sus propios términos, pero no se adaptaba, sin embargo, a las generalizaciones que los analistas políticos extraían de las historias de Inglaterra, Prusia y Francia. Llamar «excéntrica» a España no tenía sentido; el defecto estaba claramente en la generalización, no en España. Además, la experiencia europea de formación del Estado, si se entiende adecuadamente, clarifica lo que caracteriza a América Latina; y, en buena medida, la gran autonomía de que han

gozado los jefes militares y los grandes terratenientes en gran parte de este continente. En el sistema latinoamericano de Estados, vemos aún los cadáveres decapitados de los imperios ibéricos.

Una vez más, una mirada detenida a la historia europea nos descubre que ha sido muy infrecuente que un solo pueblo, culturalmente unificado, adquiriera su propio Estado. En su mayor parte, la nación-Estado es un mito. Los grandes Estados europeos perpetuaron el mito, y en ocasiones lo aplicaron a la realidad, instituyendo la educación centralizada, estableciendo códigos legales, imponiendo ejércitos unificados, creando Iglesias oficiales y suprimiendo lenguas minoritarias. (Recordemos el antiguo dicho de que un idioma es un dialecto que tiene ejército propio.) En este sentido, los soberanos europeos llegaron a crear un cierto grado de uniformidad entre las heterogéneas poblaciones que conquistaban o heredaban. Y pese a todo, los bretones y los alsacianos sobrevivieron o revivieron en Francia, los galeses y los escoceses en Gran Bretaña, los vascos y los catalanes en España.

España, forjada a partir de una serie de ducados y monarquías dispares, abarcaba más territorios y culturas diversos que la mayoría de los Estados europeos, pero no muchos más; Cataluña tiene, sin duda, un equivalente aproximado en Eslovenia, Escocia o la Georgia soviética. En estos días, el mito de la nación-Estado, promulgado principalmente por gobernantes que no regían naciones-Estado, se revuelve contra los grandes Estados cuando una serie de poblaciones culturalmente diferenciadas exigen privilegios políticos, y aun sus propios estados independientes. En este sentido, y en muchos otros, es posible que estemos asistiendo a los últimos días del Estado grande, relativamente unitario y centralizado. Una lectura cuidadosa de la historia europea de los últimos 1.000 años —principal objetivo del libro que tienen ante sí— nos ayudará a comprender las actuales transformaciones de los Estados y los sistemas estatales de Europa y de todo el mundo.

CHARLES TILLY
Nueva York, febrero 1991

Capítulo 1
CIUDADES Y ESTADOS EN LA HISTORIA UNIVERSAL

Los Estados en la historia

Hace aproximadamente 3.800 años, el regente de una pequeña ciudad-estado mesopotámica conquistó las restantes ciudades-estado de toda la región y las convirtió en súbditas de Marduk, el dios de su propia ciudad. Hammurabi, soberano de Babilonia, se convirtió en supremo rey de Mesopotamia. Mediante la conquista, logró el derecho y la obligación de establecer leyes para todos los habitantes. En la introducción de su famoso código, Hammurabi decía haber sido instruido por los grandes dioses Anu y Enlil:

y ocurrió que Anu y Enlil me instaron a procurar bienestar a mi pueblo,
a mí, Hammurabi, el príncipe obediente, temeroso de dios, y a hacer que la rectitud apareciera en esta tierra
para destruir al malo y al ímprobo, para que el fuerte no dañe al débil
y para que yo ascienda como el sol sobre las gentes de cabezas negras, iluminando esta tierra.

(Frankfurt, 1946:193)

Investido por un mandato divino, Hammurabi podía confiadamente calificar a sus contrarios de «malos» e «ímprobos». Cuando

vilipendiaba a sus víctimas, aniquilaba aliados y arrasaba ciudades rivales insistía en que la justicia divina estaba tras de sí. Hammurabi estaba levantando el poder de su ciudad y fundando un Estado; sus dioses y su particular visión de la justicia iban, así, a prevalecer.

Los Estados han sido las organizaciones mayores y más poderosas del mundo durante más de cinco mil años. Definamos los Estados como organizaciones con poder coercitivo, que son diferentes a los grupos de familia o parentesco y que en ciertas cuestiones ejercen una clara prioridad sobre cualquier otra organización dentro de un territorio de dimensiones considerables. El término incluye, pues, las ciudades-Estado, los imperios, las teocracias y muchas otras formas de gobierno, pero excluye la tribu, las castas, las empresas y las iglesias como tales. Bien es verdad que es ésta una definición polémica; mientras que muchos estudiosos de la política emplean el término en este sentido organizativo, otros lo aplican a toda estructura de poder existente en una población amplia y contigua y otros lo restringen a organizaciones soberanas relativamente poderosas, centralizadas y diferenciadas —aproximadamente lo que yo denominaré el Estado nacional—. Además, a la larga haré concesiones en mi definición, al incluir entidades como los actuales Mónaco y San Marino —pese a su carencia de territorios «considerables»— debido a que otros Estados nada ambiguos les tratan como tales.

Por el momento, quedémonos con la definición organizativa. Según este criterio, los restos arqueológicos son los primeros en indicar la existencia de Estados a partir del 6000 a. de C., y los testimonios escritos o pictóricos atestiguan su presencia dos milenios después. A lo largo de la mayor parte de los últimos ocho milenios, los Estados han ocupado tan sólo una parte minoritaria del espacio habitado de la tierra. Pero con el paso de los milenios, su predominio se ha extendido.

Las ciudades surgieron en la misma era. En algún punto entre el 8000 y el 7600 a. de C., el asentamiento posteriormente llamado Jericó contenía un templo y algunas casas de piedra; en los siguientes 1.000 años, se levantó una maciza muralla y edificaciones diferenciadas. Por entonces, sería razonable decir que Jericó era una ciudad, y otros asentamientos de Oriente Medio estaban empezando a mostrar también indicios de urbanización. En Anatolia, entre los restos de Çatal Hüyük figuran casas lujosas, santuarios y obras de arte que datan de fechas anteriores al 6000 a. de C. Auténticas ciudades y Estados reconocibles surgieron, pues, aproximadamente en un mis-

mo momento de la historia universal, un momento de gran expansión de la capacidad creadora y destructora del hombre. En efecto, durante algunos milenios, los Estados en cuestión eran esencialmente ciudades-Estado, compuestas en muchos casos por una capital regida por sacerdotes y rodeada de un *hinterland* tributario. Hacia el 2500 a. de C., sin embargo, algunas ciudades mesopotámicas, entre ellas Ur y Lagash, empezaron a levantar imperios regidos por guerreros y mantenidos mediante la fuerza y los tributos; la unificación llevada a cabo por Hammurabi en Mesopotamia meridional se produjo siete siglos después de la formación de los primeros imperios en esta región. Desde aquel momento en adelante, la coexistencia de Estados sustanciales y ciudades numerosas ha caracterizado a las grandes civilizaciones, desde Mesopotamia y Egipto hasta China y Europa.

A lo largo de los ocho o diez milenios transcurridos desde la primera aparición de este binomio, las ciudades y los Estados han oscilado entre el amor y el odio. Muchas veces, los conquistadores armados han arrasado ciudades y aniquilado a sus habitantes, para levantar a continuación nuevas capitales sobre sus ruinas. Las gentes de las ciudades han apuntalado su independencia y han denostado contra la injerencia regia en los asuntos urbanos, sólo para solicitar después la protección de su rey frente a bandidos, piratas o grupos rivales de mercaderes. A la larga, y manteniendo las distancias, las ciudades y los Estados han resultado ser mutuamente indispensables.

A lo largo de la mayor parte de la historia, los Estados *nacionales* —Estados que gobiernan regiones múltiples y contiguas así como sus ciudades por medio de estructuras diferenciadas y autónomas— han aparecido sólo raramente. La mayoría de los Estados han sido *no* nacionales: imperios, ciudades-Estado o alguna otra forma. El término Estado nacional, lamentablemente, no por fuerza significa *nación*-estado, un Estado cuyos pobladores comparten una fuerte identidad lingüística, religiosa y simbólica. Pese a que algunos Estados como Suecia e Irlanda se aproximan actualmente a este ideal, son contados los Estados nacionales europeos que han podido merecer el calificativo de nación-estado. Ciertamente, Gran Bretaña, Alemania y Francia —quintaesencia de los Estados nacionales— no han pasado nunca la prueba. Con unas nacionalidades militantes en Estonia, Armenia y otros puntos, la Unión Soviética sufre dolorosamente esta diferencia día tras día. China, con casi tres mil años de experiencia en sucesivos Estados nacionales (pero, dada la multiplicidad de sus lenguas y nacionalidades, ni un sólo año de nación-Es-

tado), constituye una extraordinaria excepción. Hasta los últimos siglos, los Estados nacionales no han coloreado el mapa del mundo con sus territorios mutuamente excluyentes, incluidas sus colonias. Sólo a partir de la Segunda Guerra Mundial ha quedado el mundo ocupado casi en su totalidad por Estados nominalmente independientes cuyos gobernantes reconocen, en grado variable, su mutua existencia y su mutuo derecho a existir.

Mientras se operaba esta partición última del mundo en Estados sustanciales, se han puesto en movimiento dos importantes contracorrientes. En primer lugar, los portavoces de poblaciones que no forman Estados diferenciados han formulado sus aspiraciones a constituirse en Estados independientes. No sólo los habitantes de anteriores colonias, sino también ciertas minorías dentro de Estados occidentales antiguos y bien afirmados, han exigido sus propios Estados con sorprendente frecuencia. En el momento en que escribo, grupos de armenios, vascos, eritreos, canacos, kurdos, palestinos, sikhs, tamiles, tibetanos, saharauis occidentales y muchos otros pueblos sin Estado están demandando el derecho a un Estado propio; miles han muerto por reclamar dicho derecho. Dentro de una Unión Soviética que durante mucho tiempo pareció un monolito irrompible, lituanos, estonianos, azerbajanis, ucranianos, armenios, judíos y muchas otras «nacionalidades» están pugnando por lograr grados diversos de diferenciación; y, en algunos casos, incluso la independencia.

En el pasado reciente, los bretones, flamencos, canadienses franceses, montenegrinos, escoceses y galeses han realizado también intentos para constituirse en poderes aparte, ya sea dentro ya sea fuera de los Estados que actualmente los controlan. Las minorías que exigen un Estado propio han sido, además, repetidamente escuchadas, y con simpatía, por terceras partes, si bien no por los Estados que a la sazón gobiernan los territorios que exigen. Si todos los pueblos cuyo derecho a un Estado diferenciado ha sido recientemente defendido por un tercero adquirieran en efecto dichos territorios, el mundo se fragmentaría, pasando de los ciento sesenta y tantos Estados reconocidos a miles de entidades a modo de Estados, la mayoría diminutas y económicamente inviables.

La segunda contracorriente fluye también con fuerza: han surgido poderosos rivales de los Estados —bloques de Estados como la OTAN, la Comunidad Económica Europea o el Pacto de Varsovia, redes internacionales de comerciantes en artículos caros e ilegales,

como las drogas y las armas, y organizaciones económicas, como las gigantescas compañías petrolíferas— que están desafiando su soberanía. En 1992, los integrantes de la Comunidad Económica Europea van a eliminar las barreras económicas hasta un grado que va a limitar de modo considerable su capacidad para seguir políticas independientes con respecto al dinero, los precios y el trabajo. Estos indicios muestran que los Estados, como hoy los conocemos, no van a durar toda la vida, y es posible que pronto pierdan su increíble hegemonía.

En una de sus sarcásticas «leyes» de conducta organizativa, C. Northcote Parkinson nos descubría que «sólo las instituciones en trance de derrumbamiento alcanzan la perfección en un ordenamiento planificado» (Parkinson, 1957:60). Entre los casos pertinentes figuran la basílica de San Pedro y el Palacio del Vaticano (construidos durante los siglos XVI y XVII, después que los Papas hubieran perdido su poder temporal), el pacificador Palacio de la Sociedad de Naciones (terminado en 1937, a tiempo para los preliminares de la Segunda Guerra Mundial), y el plan para la Nueva Delhi colonial, donde «cada fase de la retirada [británica] tuvo un paralelo exacto en la terminación de un triunfo más de diseño cívico» (Parkinson, 1957:68). Quizá pudiéramos aplicar aquí un principio similar. Cabe la posibilidad de que los Estados sigan la antigua costumbre por la cual las instituciones entran en estado de ruina en el momento en que están acabadas. Entre tanto, no obstante, los Estados siguen siendo tan predominantes que la persona que soñara con un mundo sin ellos nos parecería un visionario incauto.

Los Estados forman *sistemas* en la medida en que hay interacción entre ellos y en tanto en cuanto dicha interacción incide de modo significativo en el destino de las partes. Dado que los Estados surgen siempre de la competencia por el control de territorios y poblaciones, aparecen invariablemente en grupos y suelen formar sistemas. El sistema de Estados actualmente prevaleciente en casi la totalidad de la tierra se configuró en Europa posteriormente al 990 d. de C., extendiendo después su dominio hasta lugares remotos, más allá de este continente, cinco siglos más tarde. Con el tiempo, llegaría a absorber, eclipsar o eliminar a todos sus rivales, incluidos los sistemas de Estado centrados en torno a China, India, Persia y Turquía. En el milenio, sin embargo, Europa como tal no poseía una existencia coherente: estaba formada por los territorios al norte del Mediterráneo que un día había ocupado el Imperio romano, además de

una extensa frontera nororiental nunca conquistada por Roma, pero donde sí hubo una amplia penetración de los misioneros de las iglesias cristianas que aquel imperio en desintegración dejó como recuerdo. Simultáneamente, los imperios musulmanes dominaban una parte considerable de la Europa meridional.

El continente que hoy conocemos, tenía, en efecto, algunas bases potenciales para la unidad. Una retícula desigual de ciudades mercantiles conectaba gran parte del territorio y suministraba vínculos con unos sistemas de producción y comercio más prósperos que abarcaban desde el Mediterráneo hasta Asia oriental. La gran mayoría de la población de aquella región eran campesinos, más que cazadores, pastores o comerciantes instalados en las ciudades. Incluso en zonas de concentración urbana como el norte de Italia, los terratenientes regían sobre la mayor parte de la población y la agricultura predominaba entre las diversas actividades económicas. La religión, la lengua y los residuos de la ocupación romana hacían, probablemente, que la población europea fuera culturalmente más homogénea que en ningún otro área del mundo a excepción de China. Dentro de la zona de anterior ocupación romana, además, quedaron restos de derecho y organización política romanos entre las astillas de su soberanía.

Todas estas características tendrían con el tiempo un impacto significativo en la historia de Europa. Tomemos el año 990 d. de C. como punto de referencia arbitrario. En el escenario mundial, la Europa de hace 1.000 años no era un elemento bien definido, unitario e independiente. Por este motivo, cualquier intento de explicar la posterior transformación de este continente en términos de un *ethos* o una estructura social propios corre el grave riesgo de ser un razonamiento hacia atrás. Más aún: los diversos países, como son Alemania, Rusia y España, sencillamente no existían como entidades cohesivas; éstos se configuraron a lo largo de los siglos sucesivos como resultado del proceso que este libro rastrea. Toda forma de argumentación que comience con las características perdurables y diferenciadas de «Alemania» o «Rusia» deforma la historia atribulada y contingente de los Estados europeos.

Tan naturales nos parecen, en efecto, la aparición de los Estados nacionales, el desarrollo del ejército nacional y la prolongada hegemonía europea, que los estudiosos apenas si se preguntan por qué las alternativas plausibles a aquéllos —como son los sistemas de imperios regionales débilmente articulados que florecieron en Asia,

Africa y las Américas mucho después del 990 d. de C.— no prevalecieron en Europa. Sin duda, parte de la respuesta estriba en la dialéctica entre ciudades y Estados que surgiría unos cientos de años después del 990. Pues la coincidencia de una red urbana tupida e irregular, con la división en numerosos Estados bien definidos y más o menos independientes, acabaría por diferenciar a Europa del resto del mundo. Tras la cambiante geografía de ciudades y Estados operaba la dinámica del capital (cuya esfera predilecta eran las ciudades) y de la coerción (que cristalizó ante todo en los Estados). La indagación en la interacción entre ciudades y Estados se convierte rápidamente en una investigación sobre el capital y la coerción.

En momentos diversos de la historia europea ha surgido una sorprendente variedad de combinaciones entre coerción y capital. Los imperios, las ciudades-estado, las federaciones de ciudades, los entramados de terratenientes, las iglesias, las órdenes religiosas, las ligas de piratas, las partidas guerreras y muchas formas de potestad han predominado en Europa en distintos momentos de los 1.000 años pasados. La mayoría de ellas podían calificarse de Estados de uno u otro tipo: eran organizaciones que controlaban los principales medios de coerción dentro de unos territorios delimitados y ejercían prioridad en ciertos aspectos sobre todas las restantes organizaciones operativas dentro de estos territorios. Pero sólo en fecha tardía y lentamente pasó el Estado nacional a ser la forma predominante. De ahí la doble y decisiva pregunta: *¿qué es lo que explica la gran diversidad en el tiempo y el espacio de los tipos de Estado que han prevalecido en Europa desde el 990 d. de C. y por qué convergieron al fin los Estados europeos en diferentes variantes del Estado nacional?* ¿Por qué fue tan similar la dirección del cambio y las vías tan diversas? Este libro aspira a aclarar este problema, si no a resolverlo enteramente.

Respuestas existentes

Las respuestas tradicionales a esta gran cuestión dejan insatisfecho a cualquier estudioso serio de la historia europea. Las alternativas existentes en la actualidad difieren especialmente con respecto a su postura sobre dos puntos. El primero, hasta qué punto, y con qué intensidad, dependió la formación del Estado de una forma determinada de cambio económico. La gama va desde el claro deter-

minismo económico a la afirmación de la total autonomía de la política. En segundo lugar, cuál fue la influencia de ciertos factores externos a los Estados en su trayectoria de transformación. Las respuestas varían desde las versiones fuertemente internalistas hasta las que otorgan un peso preeminente al sistema internacional. No por casualidad, las teorías sobre la guerra y las relaciones internacionales varían exactamente del mismo modo: desde las económicamente deterministas hasta las políticamente deterministas y desde las internas a las internacionalistas.

Aunque son muy pocos los pensadores que se sitúan en los extremos —que hacen derivar el Estado y sus cambios, por ejemplo, enteramente de la economía—, las diferencias entre las interpretaciones existentes siguen siendo notablemente grandes. En la figura 1.1 se ofrece un esquema de las respuestas formuladas a ambas preguntas.

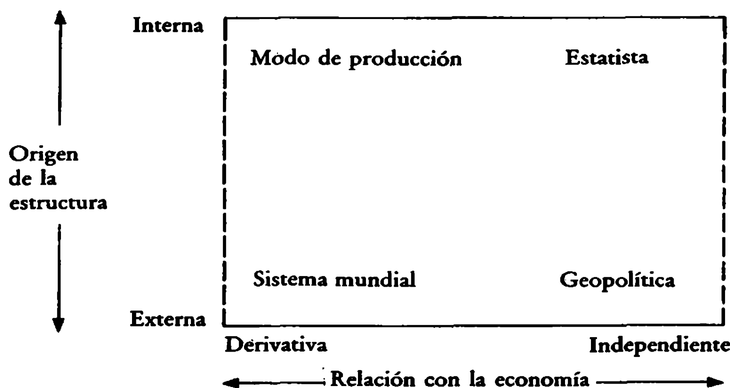


FIGURA 1.1. *Concepciones alternativas sobre la formación del Estado*

Análisis estatistas

Así pues, un modelo estatista de la guerra, las relaciones internacionales y la formación del Estado trata el cambio político como un proceso con independencia parcial del cambio económico y lo presenta ante todo como consecuencia de acontecimientos ocurridos dentro de los diversos Estados. Son muchos los analistas de relacio-

nes internacionales que han adoptado a menudo la perspectiva estatista, suponiendo que los Estados actúan de acuerdo con unos intereses definidos, que el sistema internacional es anárquico, y la interacción entre los Estados se reduce en última instancia al tira y afloja de unos actores que atienden a intereses propios. En nuestros días, las teorías más difundidas del tipo clásico llevan los títulos de «estructural realista» o de «opción racional»; reconocen éstas los efectos de los sistemas internacionales hegemónicos, bipolares o multipolares, pero fundamentan sus análisis de la actuación del Estado en los intereses y orientaciones de cada Estado individual (por ejemplo, Bueno de Mesquita, 1988; Gilpin, 1988, y Waltz, 1988; para explicaciones y críticas, véase Holsti, 1985, y Jervis, 1988a).

Entre historiadores, sociólogos y estudiosos de política comparada, las explicaciones estatistas de las transformaciones de los Estados son, con diferencia, las más aceptadas. Ellos son herederos de la tradición, hoy desacreditada, del desarrollo político, buscan las claves para conocer las condiciones en que surgen los Estados fuertes, eficaces y estables y suponen que tan sólo existe un conjunto de dichas condiciones. Cuando no efectúan una reducción a la historia particular de un solo Estado, plantean con frecuencia una sola vía central para la formación del Estado en Europa, y toda una serie de desviaciones de esta vía que se achacan a inficiencia, debilidad, mala suerte, posición geopolítica o el ritmo de crecimiento económico y sus hechos concomitantes; así pues, nos vemos ante unos cuantos casos afortunados, como Francia y Gran Bretaña, y una multiplicidad de fracasos, parciales o totales, como son Rumania o Portugal. Bertrand Badie y Pierre Birnbaum, por ejemplo, consideran a Francia como el Estado europeo más plenamente logrado: «Prusia, España e Italia siguieron diversas vías similares, pero el proceso de diferenciación e institucionalización no llegó nunca tan lejos [como en Francia].» A Gran Bretaña la tratan como «el modelo de sub-estatalización» (Badie y Birnbaum, 1979;191, 217).

Samuel Huntington es algo más generoso; tomando Europa y Estados Unidos en conjunto, distingue tres pautas de modernización de las instituciones gubernamentales: en el continente europeo, una racionalización de la autoridad y una diferenciación de estructuras dentro de un cuerpo soberano unificado bajo la Corona, una centralización británica del poder en una asamblea representativa y una fragmentación norteamericana de la soberanía (Huntington, 1968:94-8). Ahora bien, Huntington abandona pronto la distinción

entre Gran Bretaña y el continente europeo a favor de una ampliación comparación europeo-norteamericana. En ambos análisis, Huntington resalta el efecto de la guerra en los cambios de estructura del Estado, pero considera que la guerra ha tenido prácticamente efectos similares en toda Europa. En su análisis se subrayan las causas internas y se atribuye un peso escaso a los determinantes económicos.

Una segunda variante del análisis estatista se encuentra más próxima al centro del diagrama. En ella se sitúa a los Estados en un medio interncional, pero se sigue considerando que actúan de modo más o menos individual; esta respuesta a las cuestiones sobre las diversas vías hacia la formación del Estado comienza con la diversidad socio-cultural entre las distintas partes de Europa —protestante o católica, eslava o germánica, feudal o libre, campesina o pastoril— y hace derivar las diferencias de los esfuerzos de los soberanos por lograr los mismos objetivos dentro de entornos enormemente variados. Así, en Europa sudoriental, los teóricos han afirmado repetidamente haber descubierto una tradición aldeana autóctona eslava, magiar o romana que diferencia los destinos de los Estados de la región con respecto a Rusia en el este, o los Estados capitalistas del oeste (Berend, 1988; Hitchins, 1988, y Roksandic, 1988).

En un libro muy lúcido y muy leído, Paul Kennedy propone una variante sofisticada del argumento estatista, con significativas implicaciones económicas. Su libro *Rise and Fall of the Great Powers* recuerda al de Mancur Olson *Rise and Decline of Nations* (que no cita) en algo más que el título; ambos sostienen que el proceso mismo de expansión económica y política crea compromisos que terminan por ralentizarlo. Olson, no obstante, se concentra en el período contemporáneo, aspira a crear un modelo general y singulariza las coaliciones —cartels, sindicatos obreros y otras— que se forman *dentro* del Estado para captar algunos de los beneficios del crecimiento. Kennedy, por el contrario, considera principalmente la posición internacional de los Estados y traza una trayectoria histórica ancha.

El crecimiento económico desigual, según Kennedy, hace que los principales Estados mundiales ganen y pierdan ventajas con respecto a otros Estados, ventajas que por lo general procuran garantizar con el respaldo de un poder militar. Pero los Estados que ganan en dichas contiendas comprueban que tienen que asignar una parte cada vez mayor de sus recursos a ejércitos y marinas. «Si, no obstante,

se desvía una proporción excesiva de los recursos del Estado, alejándola de la creación de riqueza y dedicándola por el contrario a fines militares, entonces es probable que ello produzca un debilitamiento del poder nacional a largo plazo» (Kennedy, 1987:xvi). Entre tanto, otros Estados amasan riqueza, reinvierten en la creación de nueva riqueza y se benefician de su menor obligación en la financiación de una fuerza militar. Pese a que la afirmación inicial de Kennedy presenta decadencia y caída como algo simplemente posible, todos los casos que analiza —los principios de la China imperial, el Imperio Mogol, el Imperio otomano, los Habsburgo, Gran Bretaña y Estados Unidos— los hacen aparecer como algo inevitable. En la prosecución de su argumento, Kennedy proporciona una útil cronología del sistema de Estados europeos desde 1519: un intento Habsburgo de supremacía (1519-1659), una lucha entre grandes potencias sin predominio de ninguna (1660-1815), un período de hegemonía británica incierta (1815-85), otro período de equilibrio inestable (1885-1918), el ascenso de Estados Unidos a una supremacía transitoria (1918-43), un sistema bipolar soviético-norteamericano (1943-80), y otro período de lucha fluctuante (1980-?). Aunque el análisis de Kennedy ofrece solamente indicaciones vagas sobre los orígenes de diversos tipos de organización del Estado, su énfasis en la interacción entre la guerra, el poder económico y la posición internacional señala hacia ciertos factores que ningún tratamiento de la cuestión puede permitirse dejar a un lado.

La obra de William McNeill, *Pursuit of Power*, resalta de modo aún más decisivo la centralidad de las cambiantes formas y escala de la guerra en la transformación del sistema de Estados europeos. Este *tour de force* de McNeill presenta una visión panorámica de la acción bélica —y en especial de su determinante aspecto tecnológico— en el mundo en general desde el año 100 d. de C. Con gran claridad, McNeill describe el impacto de la pólvora, la artillería de asedio, las fortificaciones antiasedio y otras grandes innovaciones técnicas no sólo sobre la propia guerra, sino también sobre las finanzas del Estado, la introducción de la disciplina horaria en la vida civil y muchas otras cosas. McNeill subestima, a mi juicio, la importancia de innovaciones organizativas tales como la regularización del servicio militar, así ocmo la influencia de los cambios experimentados por la guerra naval, pero ofrece muchas ideas perceptivas sobre el significado de determinados tipos de guerra para la vida social y la estructura del Estado. No intenta, no obstante, un análisis sistemático de

las relaciones entre organización militar y diversos tipos de formación del Estado.

Con McNeill alcanzamos los límites de los análisis estatistas y geopolíticos de la formación del Estado; la centralidad misma que tiene la guerra en su interpretación hace que la posición dentro de un sistema internacional sea un determinante decisivo de la historia organizativa de todo Estado. La mayor parte de las interpretaciones estatistas sobre esta cuestión se adaptan con mucha mayor facilidad al uso convencional de este término, dado que explican la transformación del Estado francés, el otomano o el sueco como consecuencia de acontecimientos y procesos interiores a su propio perímetro.

Las versiones estatistas de la formación del Estado —tanto monográficas como sintéticas— han suministrado gran parte de la materia prima con la que he configurado este libro. Pese a ello, no proporcionan en sí mismas una respuesta efectiva al tema maestro de este libro: por qué siguieron vías tan diversas los Estados europeos pero convergieron al fin en el Estado nacional. Son hipótesis éstas que se disuelven en particularismos y teleologías, pues explican por qué la forma «moderna» de un Estado surgió sobre la base del carácter especial de una población y una economía nacionales. Olvidan, además, los cientos de Estados que florecieron en su día para luego desaparecer: Moravia, Bohemia, Borgoña, Aragón, Milán, Saboya y tantos otros. Para una explicación sistemática hemos de buscar más allá de la literatura estatista.

Análisis geopolíticos

Si bien es cierto que la mayoría de los estudiosos de la formación del Estado han adoptado la perspectiva estatista, según la cual la transformación de todo Estado es resultado, ante todo, de acontecimientos no económicos interiores a su propio territorio, las tres restantes perspectivas cuentan con influyentes defensores. Los análisis geopolíticos sobre la formación del Estado otorgan gran importancia al sistema internacional como configurador de los Estados que lo integran. Las hipótesis geopolíticas sostienen de ordinario que las relaciones entre los Estados poseen una lógica y una influencia propias, y que, por consiguiente, la formación del Estado responde en buena medida al sistema vigente de relaciones entre Estados. En un esfuerzo característico, James Rosenau distingue cuatro «pautas de

adaptación nacional» a la política internacional: de aquiescencia, de intrasigencia, de promoción y de conservación. El Estado intransigente, por ejemplo, «puede aspirar a hacer sus circunstancias compatibles con sus estructuras vigentes», mientras que el Estado promotor «puede intentar adaptar entre sí las exigencias de sus estructuras actuales y sus circunstancias actuales» (Rosenau, 1970:4). Cada una de estas pautas, según Rosenau, tiene sus propias consecuencias en cuanto al carácter del ejecutivo, el carácter del sistema de partidos, la función de la legislatura, el papel del ejército y muchas otras cosas (Rosenau, 1970:6-8). De modo similar, lo que William Thompson denomina la tesis de la «sociedad global» sobre la guerra y las relaciones internacionales adjudica una considerable autonomía a la política y considera que los diversos Estados dependen en gran medida de la estructura de las relaciones entre todos los Estados; encaja, por consiguiente, claramente, en el cuadrante geopolítico. No es sorprendente, pues, constatar que en los modelos geopolíticos de la formación del Estado, la guerra y las relaciones internacionales se articulen estrechamente entre sí (Thompson, 1988:22-7; véase también Waltz, 1979). Este corpus de trabajo, a mi parecer, suministra un valioso correctivo para el internalismo de los análisis estatistas, pero no proporciona una guía clara para la búsqueda de los mecanismos que ligan las formas particulares de los Estados a posiciones específicas dentro del sistema internacional.

Los análisis del modo de producción

Lo característico de las hipótesis de los modos de producción es que expliquen la lógica del feudalismo, el capitalismo o alguna otra organización de la producción, y deduzcan posteriormente el Estado y sus cambios casi enteramente de dicha lógica, puesto que opera dentro del territorio del Estado (Brenner, 1976; Corrigan, 1980). «Concebimos el Estado», declaran Gordon Clark y Michael Dear en una afirmación característica, «como un derivado a partes iguales de los imperativos económicos y políticos de la producción capitalista de artículos. El Estado queda en última instancia implicado en la gestación y la distribución del valor excedente al procurar sostener sus propios poder y riqueza» (Clark y Dear, 1984:4). Se sigue que las explicaciones sobre la estructura del Estado se deducen en gran medida de los intereses de los capitalistas que operan dentro de las

jurisdicciones de dicho Estado. Los análisis marxistas y *marxisant* sobre la guerra y las relaciones internacionales suelen exponer, así mismo, alguna versión de las teorías del imperialismo —una ampliación del interés económico nacional a la esfera internacional— que los sitúan hacia la esquina del modo de producción de nuestro diagrama.

En uno de los tratamientos marxistas más amplios y convincentes, Perry Anderson propone la siguiente fórmula:

> La constelación occidental típica de comienzos de la era moderna era una absolutismo aristrocrático levantado sobre los cimientos sociales de un campesinado no siervo y de las ciudades en ascenso; la constelación oriental típica era un absolutismo aristocrático erigido sobre los cimientos de un campesinado siervo y de unas ciudades sojuzgadas. El absolutismo sueco, por el contrario, se levantaba sobre una base única, porque... en ella se unían campesinos libres y ciudades inoperantes; en otras palabras, un conjunto de dos variables «contradictorias» que se cruza sobre la gran división del continente.
>
> (Anderson, 1974:179-80)

De modo similar, Anderson explica la *falta* de un absolutismo bien desarrollado en Italia por la relación entre las aristocracias urbanas y los territorios tributarios circundantes, en los cuales actuaban como soberanas y como terratenientes depredadores. Anderson complica el panorama al insistir en que «fue la presión internacional del absolutismo occidental, el aparato político de una aristocracia feudal más poderosa, que gobernaba sobre unas sociedades más avanzadas, lo que obligó a la aristocracia oriental a adoptar una maquinaria de Estado centralizada equivalente, para poder sobrevivir» (Anderson, 1974:198). Así pues, a ambos lados del Elba, el Estado absolutista plenamente desarrollado era reflejo del uso del poder del Estado para fortalecer las posiciones de los grandes señores feudales, pero las amenazas militares incidieron de modos diferentes en el Este y el Oeste. Anderson se concentra en los Estados más fuertes y más centralizados y dirige su atención al período que va del siglo XVI al XVIII, pero su interpretación general merece un cuidadoso examen en el nivel europeo y milenial. Entre tanto, dista mucho de ser una explicación general sobre la formación del Estado europeo. Mientras que, en conjunto, los trabajos que se adhieren al modo de producción contribuyen, sin duda, muchas ideas perceptivas sobre las luchas por el control del Estado no ofrecen sino los más vagos indicios

sobre las razones que explican las variaciones en forma y actividad entre aquellos Estados con modos de producción similares.

Los análisis del sistema mundial

Las hipótesis del sistema mundial sobre la formación del Estado fundamentan la explicación de las diversas vías de formación en una caracterización de la economía mundial. Los teóricos neomarxistas, como Immanuel Wallerstein y André Gunder Frank, amplían la clásica división marxista entre capital y trabajo hasta escala mundial, desplazando así su análisis hacia el cuadrante del sistema mundial: derivan también las relaciones entre Estados de la estructura económica, pero consideran las estructuras de los Estados individuales como una consecuencia de su posición dentro de la economía mundial (véase Taylor, 1981). El gran estudio de Wallerstein sobre la historia europea desde 1500 (Wallerstein, 1974-88) describe por lo general una espiral con respecto a la formación del Estado: el modo de producción de una región determinada crea una cierta estructura de clases, que deviene en una cierta índole de Estado; el carácter de este Estado y las relaciones de los productores y comerciantes de la región con el resto de la economía mundial determinan la posición de la región —central, periférica o semiperiférica— en la economía mundial, lo cual afecta a su vez de modo significativo a la organización del Estado. En este prometedor análisis, el Estado figura principalmente como instrumento de la clase dirigente nacional, un instrumento al servicio de los intereses de dicha clase en la economía mundial. Sin embargo, las hipótesis del sistema mundial no han logrado hasta el momento formular una teoría bien articulada que establezca la relación entre lo que son las estructuras organizativas del Estado y su posición dentro del sistema mundial. Así pues, la interpretación que ofrece Wallerstein sobre la hegemonía holandesa (vol. II, cap. 2) en el siglo XVII no suministra explicación alguna de la estructura del Estado holandés; en particular, de que esta nación pudiera prosperar con un Estado nacional mínimo en un momento en que sus vecinos estaban creando inmensos funcionariados civiles y ejércitos permanentes.

Ninguna de las cuatro líneas de explicación, y mucho menos su combinación, proporciona un conjunto satisfactorio de respuestas a nuestras apremiantes preguntas sobre la formación del Estado eu-

ropeo. La mayor parte de las explicaciones existentes fallan porque pasan por alto el hecho de que eran viables muchos tipos diferentes de Estado en las diversas etapas de la historia europea, porque localizan la explicación de la variación entre Estados en características individuales en lugar de hacerlo en sus mutas relaciones y porque asumen implícitamente la existencia de un esfuerzo deliberado para contruir la índole de Estado grande y centralizado que llegaría a dominar en la vida europea durante los siglos XIX y XX. Las hipótesis geopolíticas y de sistema mundial ofrecen una mayor orientación, pero hasta el momento carecen de una explicación convincente sobre los mecanismos que relacionan la posición dentro del mundo con la organización y práctica de los diversos Estados. En particular, no captan el impacto de la guerra y los preparativos para ésta en la totalidad del proceso de formación del Estado; en este sentido, las hipótesis estatistas quedan muy por encima.

En *The Formation of National States in Western Europe*, publicado en 1975, mis compañeros y yo quisimos enmendar estos defectos de los trabajos existentes. En una serie de estudios históricos en que se resaltaba el aspecto extractivo y represivo de la formación del Estado examinamos deliberadamente la guerra, las medidas policiales, los impuestos, el control del suministro alimentario y los procesos que guardaban relación con todo ello, manteniéndonos a cierta distancia de los modelos de desarrollo político entonces prevalecientes. Mirándolo retrospectivamente, nuestro análisis funcionaba mejor como demostración de los fallos de los modelos unilineales para el desarrollo político como resolución de problemas que como explicación alternativa de la formación del Estado europeo. En realidad, sustituimos la anterior teoría con una nueva visión unilineal, que iba de la guerra a la extracción y la represión y a la formación del Estado. Seguimos suponiendo, de modo más o menos irreflexivo, que los Estados europeos seguían todos una sola vía principal —la marcada por Gran Bretaña, Francia y Brandenburgo-Prusia— y que las experiencias de otros Estados constituían versiones atenuadas o fracasadas de este mismo proceso. Nos equivocábamos. Este libro es un intento de reparar los errores del anterior.

Contamos por fortuna con importantes modelos para esta empresa. Tres grandes estudiosos —Barrington Moore, Jr., Stein Rokkan y Lewis Mumford— escaparon a algunas de las rémoras teóricas habituales en estos trabajos, aun si no lograron, en última instancia, configurar una explicación genérica sobre la variación en la forma-

ción de los Estados europeos. En *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Barrington Moore se propuso explicar (como implica el título) por qué en el siglo XX algunos Estados mantuvieron sistemas representativos más o menos viables, mientras que otros se caracterizaron por una forma u otra de gobierno autoritario. Pese a que sus exposiciones sobre los diversos países eran muy variadas y matizadas, cuando se trataba sobre las diferencias entre destinos nacionales, Moore empleaba como puntos de referencia las formas de gobierno vigentes en la década de 1940, y resaltaba como «orígenes» el tipo de coalición de clase que prevaleció cuando la agricultura del país inició una amplia comercialización. En tanto en cuanto los grandes, y explotadores, terratenientes sobrevivieron a la transición a la agricultura intensiva de cultivos comerciales, según Moore, pervivieron los gobiernos autoritarios hasta la época contemporánea. En tanto en cuanto predominó la burguesía, se impuso alguna forma de democracia.

Este perceptivo análisis de Moore dejaba importantes cuestiones sin resolver. El trabajo se centraba en la explicación de las condiciones de gobierno en un solo momento histórico, y no podía, por tanto, explicar las diferentes formas de gobierno experimentadas por estos mismos pueblos antes y después de aquel momento crítico. Se excluían deliberadamente los Estados menores, los dependientes, y los que no sobrevivieron; y apenas hablaba sobre aquellos mecanismos que traducían una cierta forma de poder de clase a un modo específico de gobierno. Ahora bien, planteaba con gran fuerza los problemas de este libro. Y señalaba hacia soluciones que tomaban en cuenta muy seriamente los cambios y variaciones en las coaliciones de clase que dominaron los Estados de diferentes regiones europeas.

Desde el comienzo de su vida profesional, obsesionó a Stein Rokkan la variabilidad de los sistemas políticos europeos y la tendencia de Estados contiguos a desarrollar estructuras políticas semejantes. Con el tiempo, representó la variación entre los Estados europeos en mapas esquemáticos en los que figuraba una dimensión norte-sur, que reflejaba la influencia variable de las iglesias católica y ortodoxa, una separación este-oeste de periferias marítimas, imperios-nación marítimos, una franja de ciudades-estado, imperios-nación continentales y territorios de amortiguación, además de variaciones más sutiles dentro de estas dos dimensiones.

Rokkan murió antes de haber elaborado una versión satisfactoria

de su mapa conceptual. En el estado en que lo dejó, su esquema constaba la marcada variación geográfica en las formas de los Estados europeos, resaltaba la singularidad de la formación del Estado en la franja central urbanizada de Europa y sugería la importancia de los cambios a largo plazo en las relaciones entre gobernantes, potencias vecinas, clases dominantes e instituciones religiosas. Pero quedaba una idea borrosa de aquellos procesos sociales que vinculaban estos cambios a las diversas trayectorias del Estado. Es difícil ver cómo podía Rokkan haber avanzado más sin dejar a un lado sus mapas y concentrarse en el análisis de los mecanismos de formación del Estado.

Lewis Mumford realizó una contribución menos visible. De modo implícito, conformó una teoría del urbanismo del umbral-y-equilibrio. Para Mumford, dos grandes fuerzas impulsaron el crecimiento de las ciudades: la concentración del poder político y la expansión de los medios productivos. Por debajo de un umbral en que se unen niveles mínimos de poder y producción, sólo existen aldeas y bandas. Por encima de ese umbral, el carácter de las ciudades depende de los niveles de poder y producción, relativos y absolutos: unos niveles modestos y equilibrados de poder y producción dieron a la *polis* clásica y a la ciudad medieval su coherencia; un crecimiento excesivo del poder político informaba la ciudad barroca; la hipertrofia productiva creó los Coketowns industriales del siglo XIX, y enormes concentraciones en ambas direcciones han producido las abrumadoras ciudades de hoy. La figura 1.2 representa de modo diagramático esta argumentación.

Mumford habló de efectos similares a escala nacional. «Caben pocas dudas», escribía en 1970, «de que al menos en los países industrialmente desarrollados, el Complejo Megatécnico se encuentra actualmente en la culminación de su poder y su autoridad o se aproxima con rapidez a este punto. En términos físicos objetivamente mensurables —unidades de energía, producción de artículos, *input* de «defectuosos», capacidad para la coerción de masas y la destrucción masiva— el sistema ha alcanzado casi sus dimensiones y posibilidades teóricas; y si no se juzga por criterios más humanos, constituye un éxito arrollador» (Mumford, 1970:346). Los remedios de Mumford se seguían directamente de dicho análisis: redúzcanse tanto la producción como el poder político, decía, y surgirá una ciudad más humana.

Dado que Mumford nunca desarrolló del todo la argumentación

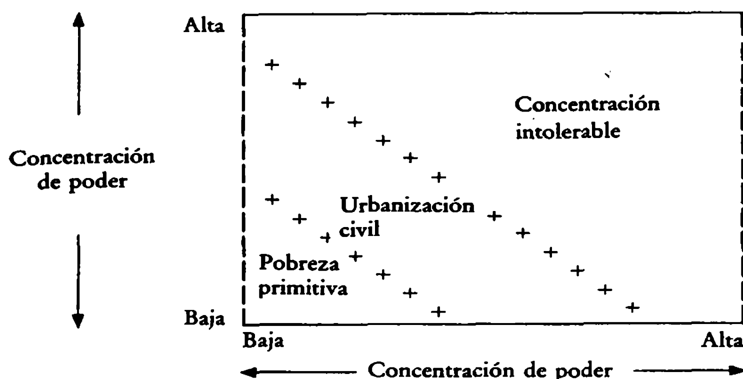


FIGURA 1.2. *Modelo implícito de urbanización de Lewis Mumford*

analítica, no explicitó sus implicaciones para la formación de los Estados. En la mayoría de los casos, trató las formas de gobierno como excrecencias de la tecnología vigente, en especial la tecnología bélica. Pero la lógica de sus análisis apunta claramente hacia trayectorias alternativas de formación del Estado, dependientes de la combinación prevaleciente de producción y poder.

Este libro, pues, aborda el problema donde lo dejaron Barrington Moore, Stein Rokkan y Lewis Mumford: en el punto de reconocer decisivas variantes en las vías de cambio seguidas por los Estados en diferentes partes de Europa durante épocas sucesivas, con conciencia de que las coaliciones de clase predominantes en una región y momento dados limitaron fuertemente las posibilidades de acción a disposición de todo regente o potencial regente, y con la hipótesis específica de que las regiones de un temprano predominio urbano, y sus activos capitalistas, produjeron tipos de Estados muy diferentes a las regiones en que dominaron el panorama los grandes señores y sus posesiones. Va este trabajo más lejos que Moore, Rokkan y Mumford, ante todo y sobre todo en dos aspectos: el primero, en que sitúa la organización de la coerción y la preparación de la guerra decididamente en el centro del análisis, afirmando en sus momentos más temerarios que la estructura del Estado aparecía primordialmente como producto secundario de los esfuerzos del gobernante para adquirir los medios para la guerra; y al segundo, porque insiste en que la relaciones entre los Estados, especialmente a través de la gue-

rra y la preparación de la guerra, afectaron fuertemente a la totalidad del proceso de formación del Estado. Así, en este libro he derivado las historias alternativas de la formación del Estado de una serie de combinaciones en continua variación entre capital concentrado, coerción concentrada, preparación para la guerra y posición dentro del sistema internacional.

El argumento central de este libro no es tanto una síntesis como un eco de las hipótesis de Moore, Rokkan y Mumford. Aun en su forma más simple, el argumento es por fuerza complejo; dice éste que en la experiencia europea:

los hombres que controlaban los medios concentrados de coerción (ejércitos, armadas, fuerzas policiales, armamento y sus equivalentes) intentaban por lo común emplearlos para ampliar el ámbito de población y recursos sobre los que ejercían poder. Cuando no encontraban a nadie con un poder de coerción comparable, conquistaban; cuando encontraban rivales, guerreaban.

Algunos conquistadores consiguieron ejercer un dominio estable sobre las poblaciones de territorios extensos, y lograr un acceso habitual a una parte de los bienes y servicios productidos en dicho territorio; aquellos conquistadores se convirtieron en gobernantes.

Toda forma de gobierno se enfrentaba a serias limitaciones a sus posibilidades de efectividad dentro de un determinado tipo de medio. Los esfuerzos para sobrepasar dichas posibilidades produjeron derrotas o fragmentación de dominio, con el resultado de que la mayoría de los gobernantes se conformaron con una mezcla de conquista, protección frente a rivales poderosos y coexistencia con los vecinos bien dispuestos.

Los soberanos más fuertes de toda región dictaban a los demás los términos de la guerra; los gobernantes menores podían optar entre ajustarse a las exigencias de sus vecinos poderosos o realizar esfuerzos excepcionales en la preparación de la guerra.

La guerra y su preparación empeñaban a los gobernantes en la labor de extraer los medios para la guerra entre los que poseían los recursos esenciales —hombres, armas, avituallamientos o dinero para comprarlos— y que se resistían a entregarlos sin fuertes presiones o compensaciones.

Dentro de los límites fijados por las exigencias y compensaciones de otros Estados, la extracción y la lucha por los medios necesarios para la guerra crearon la estructuras organizativas centrales del Estado.

La organización de grandes clases sociales dentro del territorio de un Estado, y sus relaciones con dicho Estado, incidieron de modo significativo en las estrategias empleadas por los gobernantes para extraer recursos, las resistencias que encontraron, la consecuente lucha, las clases de organiza-

ciones perdurable surgidas de la extracción y la lucha, y por consiguiente la eficacia en la extracción de recursos.

La organización de grandes clases sociales, y su relación con el Estado, variaban considerablemente entre las regiones de Europa intensivas en coerción (zonas de pocas ciudades y predominio agrícola, donde la coerción directa desempeñaba un importante papel en la producción) y las regiones intensivas en capital (zonas de múltiples ciudades y predominio comercial, donde prevalecían los mercados, el intercambio y una producción orientada al mercado). Las demandas que las grandes clases plantearon al Estado, y su influencia sobre dicho Estado, variaron en consonancia.

El éxito relativo de diversas estrategias extractivas, y las estrategias que en efecto aplicaron los gobernantes, por tanto, variaban considerablemente entre las regiones intensivas en coerción y las intensivas en capital.

En consecuencia, las formas organizativas de los Estados siguieron trayectorias claramente diferentes en estas diversas partes de Europa.

La índole de Estado que predominó en una época y parte determinada de Europa varió enormemente. Hasta muy avanzado el milenio no ejercieron los Estados nacionales una superioridad clara sobre las ciudades-estado los imperios y otras formas de Estado comunes en Europa.

Pese a todo, la creciente escala bélica y la trabazón del sistema europeo de Estados a través de la interacción comercial, militar y diplomática acabó por dar superioridad bélica a aquellos Estados que podían desplegar ejércitos permanentes; ganadores fueron los Estados con acceso a una combinación de grandes poblaciones rurales, capitalistas, y economías relativamente comercializadas. Ellos fijaron los términos de la guerra, y su forma de Estado llegó a ser predominante en Europa. Finalmente, los Estados europeos convergieron en dicha forma: el Estado nacional.

Algunas de estas generalizaciones (por ejemplo, la tendencia a que la guerra fuera forjando estructuras del Estado) son aplicables a gran parte de la historia universal. Otras (por ejemplo, el acusado contraste entre las regiones intensivas en coerción y las intensivas en capital) diferencian a Europa de muchas otras regiones del mundo. Nos afanamos en pos de un tipo de historia que oscila entre lo relativamente particular y lo extremadamente general. En ambos respectos procuraré presentar suficiente evidencia histórica concreta para hacer los principios aprehendibles y creíbles, pero no tanta como para ahogarlos en detalles.

Si explicamos las diversas vías seguidas por los Estados europeos, entenderemos mejor los actuales Estados no europeos. Y no es que los Estados de Africa o América Latina estén ahora sintetizando la experiencia europea. Muy al contrario: el hecho de que los Estados

europeos se formaran de determinada manera, y después impusieran su poder sobre el resto del mundo, garantiza que la experiencia no europea sea diferente. Pero si singularizamos las características más perdurables del sistema primeramente construido por los europeos, y hallamos los principios de variación dentro de la experiencia europea, estaremos en mejor situación para especificar lo que es distintivo de los Estados contemporáneos, bajo qué restricciones impuestas por la historia operan, y qué relaciones entre las características de los Estados tienen posibilidad de pervivir en nuestra propia época. Exactamente con ese objetivo presente, el último capítulo de este libro abandona los análisis de la experiencia europea para examinar el poder militar en el Tercer Mundo de nuestros días.

¿Qué ocurrió en la historia? Durante los primeros siglos de su existencia, los Estados europeos se multiplicaron en el espacio que les dejaban las grandes potencias musulmanas que rodeaban el Mediterráneo, y los conquistadores nómadas que caían como el trueno sobre occidente desde la estepa eurásica. Cuando conquistaban un territorio, los musulmanes, los mongoles y otros extranjeros solían imponer regentes militares y sistemas de tributación que les producían importantes rentas; pero no intervenían, sin embargo, de modo decisivo en las formas sociales locales. Dentro de su propio espacio, los europeos cultivaron, fabricaron, comerciaron y, especialmente, lucharon entre sí. De modo casi inadvertido, crearon con ello Estados nacionales. Este libro relata el cómo y el porqué.

La lógica del capital y la coerción

Esta parte versa sobre capital y coerción. Relata los modos en que aquellos que ejercían la coerción, que tuvieron parte principal en la creación de los Estados nacionales, se valieron, para sus propios fines, de manipuladores de capitales, cuyas actividades generaron ciudades. Es claro que había interacción entre ambos; la figura 1.3 representa la situación general.

Pese a que los Estados son claro reflejo de la organización de la coerción, muestran también, en realidad, los efectos del capital; como el resto de este libro demostrará, las diversas combinaciones de capital y coerción produjeron tipos muy diferentes de Estados. Así mismo, las ciudades reaccionan especialmente a alteraciones en capital, pero la organización de la coerción también afectó a su carác-

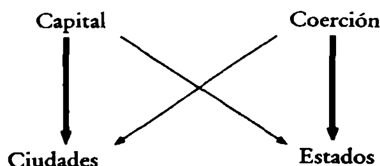


FIGURA 1.3. *Cómo generaron ciudades y Estados el capital y la coerción*

ter; la ciudad barroca de Lewis Mumford vivía del capital al igual que sus parientas, pero mostraba una más clara impronta del poder del príncipe —en palacios, espacios para desfiles, cuarteles— que aquéllas. Además, con el paso del tiempo aumentó aún más el peso del capital en la forma del Estado, mientras que la influencia de la coerción (vestida de policía e intervención estatal) se expandió también.

Capital-Ciudades-Explotación

Antes de entrar en estas complejidades, no obstante, nos serviría de ayuda explorar la relación capital-ciudades y coerción-Estado por separado. Consideremos el *capital* generosamente, incluyendo todo recurso mueble tangible, y los derechos exigibles sobre dichos recursos. Los capitalistas son, así, personas especializadas en la acumulación, adquisición y venta de capitales. Ellos ocupan el ámbito de la *explotación*, donde las relaciones de producción e intercambio mismas producen excedentes, que son captados por los capitalistas. Estos han existido en muchas ocasiones con ausencia de capitalismo, el sistema en el que los trabajadores asalariados producen bienes sirviéndose de materiales que son propiedad de los capitalistas. Durante la mayor parte de la historia, en efecto, los capitalistas han trabajado ante todo como comerciantes, empresarios y financieros, más que como organizadores directos de producción. El sistema capitalista mismo surgió en época tardía de la historia del capital. Se desarrolló en Europa a partir del 1500, al ir los capitalistas controlando la producción progresivamente. Alcanzó su culminación —o, según la perspectiva, su nadir— después de 1750, cuando la manufactura con capital concentrado se convirtió en la base de la prospe-

ridad de muchas naciones. Durante varios milenios, los capitalistas habían florecido sin intervenir demasiado en la producción.

Los procesos mediante los cuales se acumula y concentra el capital producen también ciudades. Estas figuran de modo prominente en los análisis de este libro, tanto como espacios preferidos por los capitalistas y las fuerzas organizadoras, como por derecho propio. En la medida en que la supervivencia de las unidades familiares depende de la presencia de capital a través del empleo, la inversión, la redistribución o cualquier otro vínculo fuerte, la distribución de la población siguió a la del capital. (El capital, no obstante, sigue en ocasiones a una mano de obra barata: la relación es recíproca.) El comercio, el almacenaje, las operaciones bancarias y la producción estrechamente dependiente de cualquiera de ellos, se benefician de una proximidad mutua. Dentro de los límites establecidos por la productividad de la agricultura, dicha proximidad promueve la formación de poblaciones densas y diferenciadas con amplias conexiones con el exterior: las ciudades. Cuando el capital se acumula y concentra dentro de un territorio, tiende a producirse crecimiento urbano en el mismo territorio, más intensamente en el mayor punto de concentración, y de modo secundario en el resto (véase fig. 1.4). La forma adoptada por el crecimiento urbano depende, no obstante, del equilibrio entre concentración y acumulación. Donde la acumulación de capital se da de modo muy general, pero la concentración sigue siendo relativamente baja, se desarrollan muchos centros menores. Donde surge una sola concentración de capital, la población urbana se concentra en torno a dicho centro.

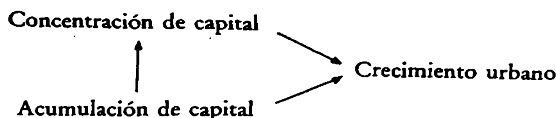


FIGURA 1.4. *Cómo genera crecimiento urbano el capital*

Hablando con propiedad, pues, las ciudades representan economías regionales; en torno a toda ciudad o agrupamiento urbano hay una zona de agricultura y comercio (y en ocasiones también fabril) que mantiene una fuerte interacción con ella. Donde acumulación y concentración van unidas, tiende a configurarse una jerarquía de pe-

queños a grandes centros (véase fig. 1.5). Estas tendencias han operado siempre dentro de importantes límites. Los habitantes de las ciudades dependen habitualmente de otros para abastecerse de la mayor parte o la totalidad de sus alimentos y sus combustibles; el transporte y la conservación de todo ello consume una gran cantidad de energía. Hasta época muy reciente, la mayoría de las zonas agrícolas del mundo, entre ellas las de Europa, eran en exceso improductivas para permitir que mucho más de una décima parte de la población pudiera vivir de la tierra. Además, las ciudades que no tenían buenos accesos a las zonas agrícolas mediante un transporte barato por agua, soportaban prohibitivos precios de los alimentos. Berlín y Madrid constituyen buenos ejemplos: salvo en la medida en que sus autoridades las abastecían a la fuerza, no crecían.

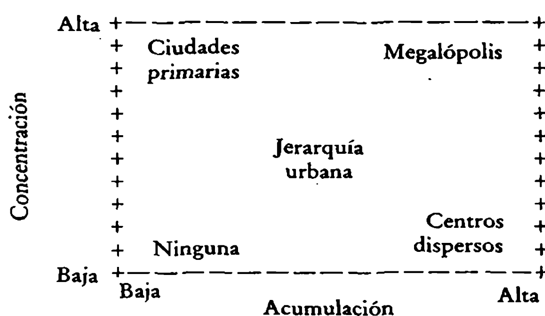


FIGURA 1.5. *Formas alternativas de crecimiento urbano en función de la acumulación y concentración de capital*

La sanidad también era de importancia. A lo largo de prácticamente la totalidad de los últimos mil años, pese a su desproporcionado reclutamiento de vigorosos emigrantes en edad laboral, las ciudades han tenido tasas de mortalidad considerablemente más altas que sus *hinterlands.* Hasta después de 1850, con los progresos en la higiene y la nutrición urbanas, no se inclinó la balanza a favor de los habitantes de las ciudades. Como resultado, las ciudades sólo crecieron rápidamente cuando la agricultura y el transporte empezaron a ser relativamente eficaces o cuando hubo poderosas presiones que impulsaron a las gentes a abandonar la tierra.

El crecimiento mismo de las ciudades produjo, sin embargo, una espiral de cambios en todos estos aspectos. En la vecindad de las ciudades activas, la gente cultivaba más intensamente y dedicaba una mayor proporción de sus productos a cultivos comerciales; en la Europa del siglo XVI, por ejemplo, la agricultura fuertemente productiva se concentraba en las dos regiones más urbanizadas: el norte de Italia y Flandes. De modo similar, el crecimiento urbano estimuló la creación y el progreso del transporte por agua y por tierra; el magnífico sistema de canales y ríos navegables de los Países Bajos redujo el coste y aumentó la velocidad de la comunicación entre su enjambre de ciudades, siendo con ello tanto causa como efecto de la urbanización (De Vries, 1978). Las presiones que alejaban a las gentes de la tierra eran, además, en muchos casos, parcialmente consecuencia de la urbanización, como cuando los terratenientes urbanos expulsaban a los pequeños propietarios del *hinterland*, o la demanda urbana promovía la capitalización de la agricultura en dicho *hinterland*. La acumulación y concentración de capital fomentaron el crecimiento urbano, mientras transformaban las regiones que rodeaban a nuevos grupos de ciudades.

Coerción-Estado-Dominación

¿Y la coerción? En ésta se incluye toda aplicación concertada, como amenaza o como realidad, de acciones que por lo general causan pérdida o perjuicio a las personas, o a las posesiones de particulares o grupos, los cuales son conscientes tanto de la acción como de sus posibles daños. (Esta aparatosa definición excluye perjuicios inadvertidos, indirectos o secretos.) Así como el capital define un ámbito de explotación, la coerción define un ámbito de dominio. Los medios de coerción se centran en la fuerza armada, pero se extienden a la capacidad de encarcelamiento, expropiación, humillación y publicación de amenazas. Europa creó dos grandes grupos de especialistas en coerción que se superponían entre sí: los soldados y los grandes terratenientes; allí donde se fundieron y recibieron ratificación del Estado en forma de títulos y privilegios, cristalizaron en aristocracias, las cuales a su vez suministraron a Europa sus principales soberanos durante muchos siglos. Los medios coercitivos, al igual que el capital, pueden acumularse y concentrarse: algunos grupos (como las órdenes monásticas) cuentan con escasos medios coer-

citivos, pero esos pocos están concentrados en un reducido número de manos; otros (como los pobladores fronterizos armados) poseen múltiples medios coercitivos pero muy dispersos. Los medios coercitivos y el capital se unen donde un mismo ámbito (por ejemplo, los antiguos obradores) sirve tanto para la explotación como para el dominio. En su mayor parte, no obstante, son siempre lo suficientemente distintos para permitirnos analizarlos por separado.

Cuando la acumulación y concentración de los medios coercitivos crecen juntos, producen Estados; producen organizaciones diferenciadas que controlan los principales medios de coerción concentrados dentro de territorios bien definidos y ejercen prioridad en algunos aspectos sobre todas las restantes organizaciones que operan dentro de dichos territorios (véase fig. 1.6). Los esfuerzos para subordinar a los vecinos y luchar contra rivales más lejanos crean las estructuras del Estado en forma no sólo de ejércitos, sino también de personal civil que reúne los medios para sostener los ejércitos y que organiza el control regular del soberano sobre el resto de la población civil.

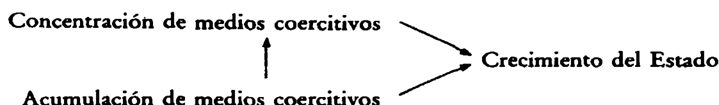


FIGURA 1.6. *Cómo la coerción genera el crecimiento del Estado*

La guerra, motor de la formación y transformación del Estado

El despliegue de medios coercitivos en la guerra y en el control interior plantea dos dilemas a los que guerrean. En primer lugar, en la medida en que logran someter a sus rivales del exterior o el interior del territorio que reclaman, los que ejercen la coerción se ven obligados a administrar las tierras, los bienes y las gentes que adquieren; se ven, así, implicados en la extracción de recursos, la distribución de bienes, servicios y rentas, y el arbitraje de disputas. Pero la administración les desvía de la guerra, y crea intereses que en ocasiones se muestran contrarios a la guerra. Se aprecia este dilema en la conquista de la España musulmana, de cinco siglos de duración, llevada a cabo por soldados cristianos. Comenzando con

la toma de Coimbra en 1064, la práctica común de asedio era como sigue:

> Los habitantes de una ciudad sitiada que se rindieran con prontitud podrían conservar plenas libertades tras la conquista. Si los musulmanes se rendían tras algún tiempo de asedio, podían marchar llevándose sólo los bienes que pudieran acarrear. Si esperaban a que la ciudad cayera por la fuerza, se exponían a la muerte o la esclavización.
>
> (Powers, 1988:18)

Cualquiera de las tres respuestas planteaba un problema al conquistador. La primera le imponía la obligación —al menos transitoriamente— de establecer un sistema de gobierno paralelo. La segunda requería una redistribución de la propiedad, así como la repoblación y administración de una ciudad despoblada. La tercera dejaba a los vencedores una población reducida a la esclavitud, y planteaba de modo aún más acuciante la cuestión de restablecer la producción y la población. De un modo u otro, la conquista implicaba administración. En una escala mayor, estos problemas acosaron toda la reconquista de la Península Ibérica. Y en modos diferentes, caracterizaron la historia de las conquistas en toda Europa.

El segundo dilema es paralelo al primero. La preparación de la guerra, especialmente a gran escala, involucra a los gobernantes, inevitablemente, en la extracción. Con ello se crea una infraestructura de tributación, abastecimiento y administración que exige su propio mantenimiento y que a menudo aumenta más rápidamente que los ejércitos y marinas a los que sirve; sus intereses y su poder limitan de modo considerable el carácter y la intensidad de la actividad bélica que cualquier Estado puede llevar a cabo. Los Estados mongoles y tártaros de Europa resolvieron dichos dilemas arrasando y saqueando sin construir apenas administraciones duraderas, pero su estrategia ponía límites inherentes a su poder, y al final les hizo vulnerables a los ejércitos masivos y bien financiados. Por el contrario, Estados muy comerciales, como Génova, resolvieron los dilemas tomando prestada o contratando la estructura necesaria para extraer recursos bélicos. Entre ambos extremos, los Estados europeos hallaron una serie de modos diversos para reconciliar los imperativos de la actividad bélica, de la extracción y de otros importantes tipos de actividad.

Los Estados europeos diferían considerablemente, en efecto, con

respecto a sus actividades y organizaciones más sobresalientes. Tres tipos de Estado han proliferado conjuntamente en diversas partes de Europa durante grandes segmentos del período que arranca del año 990: imperios perceptores de tributos; sistemas de soberanía fragmentada como las ciudades-estado y las federaciones urbanas, y los Estados nacionales. Con el primero se construía un gran aparato militar y extractivo, pero la mayor parte de la administración local quedaba en manos de poderosos regionales que conservaban una gran autonomía. En los sistemas de soberanía fragmentada, las coaliciones transitorias y las instituciones consultivas desempeñaban una parte significativa en la guerra y la extracción, pero era escaso el aparato de Estado duradero que surgía a escala nacional. Los Estados nacionales unen sustanciales organizaciones militares, extractivas, administrativas y, en ocasiones, incluso productivas en una estructura central relativamente bien coordinada. La prolongada pervivencia y coexistencia de los tres tipos es un argumento en contra de cualquier idea sobre la formación del Estado europeo como un solo proceso unilineal, o del Estado nacional —que, en efecto, predominó al fin— como forma inherentemente superior de gobierno.

A lo largo de los siglos, los imperios perceptores de tributos han dominado la historia universal del Estado. Los imperios surgieron sobre todo en situaciones de una acumulación relativamente baja de medios coercitivos con una alta concentración de los medios disponibles. Cuando alguien que no era el emperador acumulaba importantes medios coercitivos, o el emperador perdía capacidad para ejercer una coerción generalizada, era frecuente que los imperios se desintegraran. Pese a su apariencia de maciza solidez, el Imperio chino sufrió incesantemente de rebeliones, invasiones y movimientos autonómicos, e invirtió una gran parte de su presupuesto en pagar tributos a los mongoles y otros depredadores nómadas. Tampoco los imperios europeos gozaron de mayor estabilidad. La invasión napoleónica de la Península Ibérica en 1808, por ejemplo, destrozó gran parte del Imperio español de ultramar. A los pocos meses, surgieron movimientos independentistas en la mayor parte de la América española, y pasados 10 años, prácticamente toda ella se había desglosado en Estados independientes.

Las federaciones, las ciudades-estado y otros órdenes de soberanía fragmentada diferían de los imperios casi en todos los sentidos. Dependían de acumulaciones relativamente altas, y concentraciones relativamente bajas, de coerción; las generalizadas milicias urbanas

de la Europa Occidental del siglo XIV ejemplifican dicha combinación. En esta clase de Estados, una coalición de súbditos nominales relativamente reducida podía igualar las fuerzas del soberano, mientras que individuos, grupos y poblaciones enteras disponían de oportunidades abundantes para pasarse a otras jurisdicciones contrincantes.

La Prusia y la Pomerania del siglo XIV ofrecen un contraste muy expresivo: en Prusia, entonces dominada por los Caballeros Teutónicos, no había grandes príncipes que pudieran rivalizar con el Gran Mestre de los Caballeros, y las ciudades ejercían escaso poder. Pero los terratenientes impuestos por los Caballeros disfrutaban de amplias competencias dentro de sus propios, y extensos, dominios, siempre que las rentas siguieran llegando a los Caballeros. En la cercana Pomerania, un ducado creado simultáneamente mediante pequeñas conquistas y alianzas alemanas, surgieron múltiples rivales del duque, y los pequeños nobles se entregaron abiertamente al bandidaje, mientras las ciudades dominaban en los Estados generales del ducado y suministraban importantes fuerzas militares en época de guerra.

Durante la guerra de 1326-1328 entre los duques de Pomerania y Mecklenburgo, las ciudades pomeranias por lo general se adhirieron a su duque, mientras los nobles se alineaban junto a Mecklenburgo. Cuando ganó la casa pomerania, a la asamblea de los Estados, en los que las ciudades tenían voz abundante, «se les concedieron privilegios de gran alcance: la tutela de los duques menores de edad, la decisión de construir o demoler nuevos castillos ducales, el derecho a elegir nuevo amo si el duque violaba sus promesas o agraviaba a sus súbditos» (Carsten, 1954:90). La capacidad de las ciudades para dar o retener su ayuda les otorgaba un gran poder negociador.

Entre los imperios perceptores de impuestos y las ciudades-estado se hallan los estados nacionales; que se construyeron en torno a la guerra, el fortalecimiento del Estado y la extracción, igual que las demás, pero obligados —por tener que negociar con la población subordinada la cesión de los medios coercitivos— a invertir fuertemente en protección, arbitraje y, en ocasiones, incluso en producción y distribución. La historia tardía de Prusia ilustra el proceso mediante el cual se formaron los Estados nacionales. En el siglo XIV, como vimos, los Caballeros Teutónicos crearon allí un imperio centralizado. En el siglo XV, los Caballeros, postrados por la peste, la emigración de los campesinos y la derrota militar, comenzaron a desintegrarse, y los magnates regionales a los que anteriormente ha-

bían dominado se convirtieron en los poderes políticos de Prusia por derecho propio. Estos emplearon su poder para imponer restricciones cada vez más duras a los campesinos que quedaron en sus dominios; con una mano de obra forzada, estos señores, cada vez más podersoso, se dedicaron a la agricultura señorial y a la exportación de granos a Europa occidental.

Simultáneamente, los soberanos de Brandenburgo y Pomerania, previamente debilitados por las alianzas de sus duques con burgueses prósperos, empezaron a ganar sus incesantes luchas con las ciudades, al declinar la posición de éstas en el comercio internacional y reducirse la capacidad de la Liga Hanseática para interceder a su favor. Los soberanos hubieron entonces de negociar con una asamblea de estados dominados por nobles, que adquirieron el fundamental poder de conceder —o denegar— las reales rentas para usos bélicos y de engrandecimiento dinástico. Durante los siguientes siglos, los margraves Hohenzollern de Brandenburgo lucharon para lograr preeminencia en lo que pasaría a ser Brandemburgo-Prusia, absorbiendo en este proceso gran parte de Pomerania; así, convinieron matrimonios y alianzas diplomáticas que acabarían por expandir sus dominios sobre zonas adyacentas y sobre las regiones ricas en capital del bajo Rhin; y negociaron acuerdos con la nobleza que dieron privilegios y poderes a los señores dentro de sus propias regiones, pero que procuraron a los monarcas el acceso a unas rentas regulares.

De las batallas, las negociaciones, los tratados y las herencias surgió un Estado nacional en que los grandes terratenientes de Prusia, Brandenburgo y Pomerania conservaron gran poder dentro de unos dominios que la Corona nunca les había arrebatado. En el siglo XVIII, monarcas como Federico el Grande ajustaron las últimas piezas de la estructura mediante la incorporación al ejército de campesinos y señores por igual, los unos bajo el mando de los otros. El ejército prusiano emuló al campo: los nobles servían como oficiales, los campesinos libres como sargentos, y los siervos como soldados rasos. Campesinos y siervos pagaron el precio: muchos campesinos cayeron bajo el peso de la servidumbre, y «En la guerra y la paz las obligaciones militares de la Vieja Prusia debilitaron la posición social, los derechos legales y las tenencias en propiedad de los siervos frente al Estamento nobiliario» (Busch, 1962:68). En este sentido, Prusia siguió una vía diferente a Gran Bretaña (donde los campesinos se convirtieron en trabajadores asalariados) y a Francia (donde los campesinos perivieron con una considerable cantidad de propie-

dad hasta el siglo XIX). Pero Prusia, Gran Bretaña y Francia temblaron todas cuando los monarcas y las grandes clases pugnaron por los medios para la guerra, y presenciaron la consecuente creación de una estructura perdurable de Estado.

Como aliados y rivales militares, Prusia, Gran Bretaña y Francia configuraron también sus mutuos destinos. Si atendemos a los hechos, los Estados nacionales aparecen siempre rivalizando entre sí, y logran su identidad por contraste con Estados contrincantes; pertenecen a *sistemas* de Estados. Las diferencias más generales entre los principales tipos de estructura estatal aparecen esquematizadas en la figura 1.7. Encontramos ejemplos bien desarrollados de los cuatro tipos de Estado en diversas partes de Europa bastante después del año 900 d. de C. Hasta el siglo XVII florecieron los imperios plenos, y las últimas grandes zonas de soberanía fragmentada no se consolidaron en Estados nacionales hasta fines del siglo XIX.



FIGURA 1.7. *Condiciones alternativas para el crecimiento del Estado en función de la acumulación y concentración de la coerción*

Los soberanos de los tres tipos se enfrentaban a algunos problemas comunes, pero lo hacían de modo diferente. Necesariamente, distribuían los medios de coerción de forma desigual en los territorios que pretendían dominar. Lo más frecuente era que concentraran la fuerza en el centro y en las fronteras, procurando mantener su autoridad en el espacio intermedio sirviéndose de conjuntos coercitivos secundarios: detentadores locales de coerción que les eran leales, patrullas ambulantes, y una amplia recopilación de información.

El Imperio otomano, por ejemplo, creó dos sistemas que se superponían, consistente el uno en los *kazas* y otras unidades de administración civil, gobernadas por kadis, y compuesto el otro por *sancaks* y otras jurisdicciones de la caballería feudal, gobernadas por un comandante militar; en épocas de conquista, el sistema militar tendía a absorber al civil, con un coste de pérdidas en rentas (Pitcher, 1972:124).

Ahora bien, cuanto mayor el Estado y más amplia la discrepancia entre la distribución de la coerción y del capital, tanto más fuertes eran los incentivos para resistirse a un control central, y para la formación de alianzas entre diversos enemigos del Estado, tanto dentro como fuera de su territorio. En el *sancak* de Belgrado, que formaba parte de la Serbia otomana en el siglo XIX, los notables al servicio del imperio *(avan)*

> concluyeron lógicamente que podían enriquecerse más fácilmente creando su propio sistema redistributivo que actuando simplemente como administradores de la redistribución. Se adjudicaron una parte de la producción del campesinado, cobraron peajes ilegales sobre el paso de los ganados, y se quedaron con una porción de las tasas recogidas en los puestos de aduanas de los *entrepôts* del Sava y el Danubio, especialmente en Belgrado, a través de la cual pasaban las exportaciones de algodón de Seres y Salónica con destino a Viena y Alemania. De modo particular, afirmaron su derecho al *deveto*, un tributo manifiestamente ilegal de una novena parte de la cosecha de los campesinos después que el timariot hubiera recaudado el *deseto* o diezmo (a cambio del servicio de caballería al Estado). Mediante esta acción y otros actos de violencia contra personas o propiedades, las cargas en género cobradas a muchos campesinos serbios se duplicaron repentinamente y en ocasiones hasta se triplicaron.
>
> (Stoianovitch, 1989:262-3)

Esta especie de devolución de poderes se produjo muy frecuentemente en el declinante Imperio otomano durante el siglo XIX. Pero en versiones diversas, los agentes del gobierno indirecto de toda Europa se sintieron tentados a emular a sus primos serbios. Dados los costes de las comunicaciones y los beneficios que podían lograr los agentes regionales de la Corona, ya fuera desoyendo las demandas del centro, ya empleando recursos nacionales delegados para fines locales o individuales, todos los soberanos se enfrentaron a repetidos desafíos a su hegemonía.

Los gobernantes de imperios procuraron por lo general cooptar

a poderosos locales y regionales sin transformar a fondo sus bases de poder, así como crear un cuerpo definido de servidores reales —a menudo compañeros de armas actuales o anteriores— cuya suerte dependía del destino de la Corona. Los sultanes mamelucos, por citar un caso extremo, mantuvieron toda una casta de extranjeros esclavizados que se convirtieron en guerreros y administradores; salvo por los feudos que directamente mantenían a estos funcionarios, no obstante, los mamelucos dejaron en su lugar a los magnates locales dentro de sus dominios. Con un sistema de esta índole, fueron esclavos los que realmente gobernaron Egipto y zonas adyacentes de Oriente Medio desde 1260 a 1517 (Garcin, 1988). Los soberanos de Estados nacionales se esforzaron más, en general, para crear una jerarquía administrativa completa y para eliminar las bases autónomas de poder. Los Electores y los reyes de Brandenburgo-Prusia, por ejemplo, cedieron grandes poderes a los terratenientes Junkers, pero los vincularon estrechamente a la Corona por medio de puestos, exenciones fiscales y servicio militar.

Los que gobernaban, o decían gobernar, en las ciudades-estado, las federaciones y otros Estados de soberanía fragmentada conseguían muchas veces ejercer un fuerte control sobre una sola ciudad y su inmediato *hinterland*. Pero por encima de dicha escala, no tenían otra alternativa que negociar con las autoridades de los centros rivales. El control local solía depender no sólo de las fuerzas coercitivas de la ciudad, sino también de la extensa propiedad de la tierra de que gozaba la clase dirigente urbana. Una vez que Florencia hubo iniciado su agresiva expansión más allá de los límites municipales durante el siglo XIV, sus tiranos sustituyeron a los gobernantes de las ciudades conquistadas por sus propios hombres en la medida de lo posible, pero eligieron los sustitutos entre el patriciado local.

Todas estas medidas dejaban poderes y jurisdicciones considerables en manos de los potentados locales, siempre que contuvieran a los enemigos del monarca y mantuvieran el flujo de rentas hacia la capital nacional. A escala nacional, en realidad, ningún Estado europeo (salvo, en todo caso, Suecia) realizó un intento serio de instituir un gobierno directo desde la cúspide a la base hasta la Revolución francesa. Anteriormente, todos, menos los Estados más pequeños, recurrieron a alguna forma de gobierno indirecto, creándose con ello graves peligros de deslealtad, engaño, corrupción y rebelión. Pero el gobierno indirecto permitía regir sin erigir, financiar y nutrir un pesado aparato administrativo.

La transición a gobierno directo dio a los soberanos acceso a los ciudadanos y a los recursos que éstos controlaban a través de la tributación doméstica, la conscripción generalizada, los censos, los sistemas policiales y muchas otras invasiones en la vida social a pequeña escala. Pero ello se hizo al precio de una amplia resistencia, una intensa negociación y la creación de derechos y prerrogativas para los ciudadanos. Tanto aquella penetración como la negociación crearon nuevas estructuras de Estado, inflacionando los presupuestos del gobierno, el personal y los diagramas organizativos. Así tomó forma el Estado omnívoro de nuestra época.

Sería muy fácil tratar la formación de los Estados como una especie de trabajo de ingeniería, siendo los reyes y sus ministros los ingenieros jefes. Cuatro hechos comprometen la imagen de una planificación certera:

1. Los príncipes europeos raramente tenían pensado un modelo exacto de la índole de Estado que estaban construyendo, y aún más raramente actuaban de modo eficiente para producir dicho Estado modelo. Cuando el normando Roger de Hauteville arrebató Sicilia al dominio árabe entre 1060 y 1075, por ejemplo, improvisó un gobierno mediante la incorporación de algunos segmentos de la vigente administración musulmana, absorbió soldados musulmanes en su propio ejército y mantuvo las iglesias musulmana, judía y ortodoxa griega, pero se adueñó de grandes extensiones de tierra para dominio propio y parceló otras tierras para sus partidarios. Calabria, que pertenecía a Sicilia, siguió siendo muy griega en cultura y estilo político, agregando el conjunto de cargos y rituales bizantinos al gobierno normando. Pero también las instituciones árabes tuvieron su lugar: el principal ministro de Roger de Hauteville ostentaba el magnífico título de Emir de Emires y Arconte de Arcontes. El Estado resultante fue sin duda singular y nuevo, pero no emanó de un plan coherente. Roger de Hauteville y sus seguidores crearon un mosaico de adaptaciones e improvisaciones (Mack Smith, 1968a:15-25).

2. Nadie ideó los componentes principales del Estado nacional: tesorerías, cortes, administraciones centrales y demás. Por lo general se formaron como productos secundarios más o menos involuntarios de los esfuerzos por realizar tareas más inmediatas, en especial la creación y soporte de una fuerza armanda. Cuando la Corona francesa, ampliando intensamente su participación en las guerras europeas

de la década de 1930, forzó su crédito hasta el punto de la quiebra, las autoridades y funcionarios locales, en los cuales confiaban los ministros reales por lo común para la recaudación de rentas, dejaron de colaborar. En aquella coyuntura, el principal ministro, Richelieu, desesperado, empezó a enviar a sus propios agentes para coaccionar o actuar al margen de las autoridades locales (Collins, 1988). Aquellos emisarios eran los intendentes reales, que se convirtieron en pilares de la autoridad del Estado en las regiones francesas bajo Colbert y Luis XIV. Sólo con una retrospección defectuosa podemos imaginar que estos intendentes fueran instrumentos del Absolutismo deliberadamente ideados.

3. Otros Estados —y al fin la totalidad del sistema de Estados— influyeron fuertemente en la vía de cambio seguida por cualquier Estado dado. De 1066 a 1815, las grandes guerras con los monarcas franceses formaron al Estado inglés, la intervención francesa complicó los intentos ingleses de someter a Escocia e Irlanda, y la rivalidad francesa fomentó la adopción por parte de Inglaterra de ciertas innovaciones fiscales holandesas. A partir del siglo XVI, los pactos acordados tras las grandes guerras realinearon por lo general las fronteras y los soberanos de los Estados europeos, incluso hasta la Segunda Guerra Mundial; la división de Alemania, la incorporación de Estonia, Letonia y Lituania a la Unión Soviética y el desmantelamiento de la mayor parte de los imperios ultramarinos europeos fueron consecuencia más o menos directa de los acuerdos de la Segunda Guerra Mundial. En ninguno de estos casos es razonable pensar que pudiera haber un Estado auto-dirigido que actuara en solitario.

4. Los forcejeos y la negociación con las diversas clases de la población subordinada afectaron de modo significativo a los Estados surgidos en Europa. Las rebeliones populares, por ejemplo, fracasaron casi siempre, pero las más importantes dejaron su impronta en el Estado en forma de políticas represivas, realineamientos de clase a favor o en contra del Estado y acuerdos que especificaban los derechos de las partes implicadas. Durante la feroz revuelta de los trabajadores florentinos (los Ciompi) en 1378, dos de los tres nuevos gremios de trabajadores de la lana formados durante la rebelión se pasaron al lado del gobierno, destruyendo con ello el frente que se había hecho con el poder efectivo en la ciudad; en el pacto convenido, el gremio aún insurrecto (y más proletario) perdió su derecho a existir, pero los dos colaboracionistas se unieron a los gremios que

actuaban y deliberaban como parte del gobierno oficial municipal (Schevill, 1963:279, y Cohn, 1980:129-54).

En una escala menor, tanto la resistencia como la cooperación de caballeros, financieros, funcionarios municipales, terratenientes, campesinos, artesanos y otros actores crearon y recrearon la estructura del Estado a la larga. Así pues, la estructura de clase de la población que quedaba bajo la jurisdicción de un determinado Estado influía considerablemente en la organización de dicho Estado, y las variaciones en la estructura de clase entre unas y otras partes de Europa produjeron diferencias geográficas sistemáticas en el carácter de los Estados. No sólo las clases dirigentes, sino todas las clases cuyos recursos y actividad incidían en la preparación de la guerra, dejaron su impronta en los Estados europeos.

Dos hechos, por ejemplo, influyeron fuertemente en la trayectoria seguida por la formación del Estado sueco: el primero, la abrumadora presencia de un campesinado que conservó abundantes tierras hasta muy entrada el siglo XVIII; el segundo, la relativa incapacidad de los señores para formar grandes heredades y para coercer a la mano de obra campesina de sus tierras. Aquella anómala estructura de clases rural evitó la estrategia real de otorgar a los nobles privilegios fiscales y jurídicos y de prestarles ayuda para someter a los campesinos a su voluntad a cambio de su colaboración en la tarea de extraer rentas y servicios militares del campesinado; pese a que dicha estrategia predominaba en zonas próximas como Prusia y Rusia. También contribuye a explicar la pervivencia de un estamento campesino aparte que tenía realmente cierto poder sobre la acción gubernamental, y el hecho de que, durante su período de expansión imperial, Suecia abandonara rápidamente la contratación de mercenarios en el mercado europeo a favor de la creación de milicias, cuyos miembros recibían tierras, o rentas de la tierra, a cambio de sus servicios. En Suecia como en los demás lugares, la estructura de clase vigente restringió los intentos de los soberanos de crear una fuerza armada, y por ello dejó su impacto en la organización misma del Estado.

En la figura 1.8 se ofrece una exposición más general y esquemática de la relación esencial. El diagrama adopta esta forma por los motivos anteriormente examinados: la guerra y la preparación para la guerra obligaba a los gobernantes a dedicarse a la extracción de los medios bélicos entre aquellos que poseían los recursos esenciales

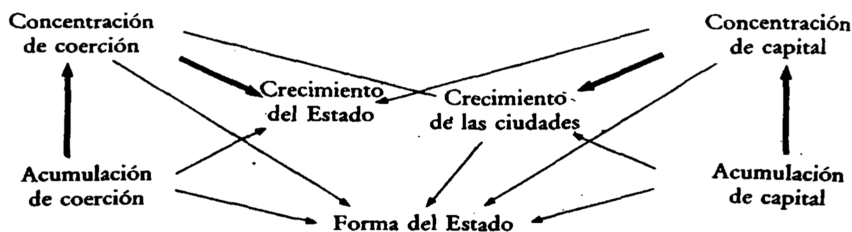


FIGURA 1.8. *Relaciones entre coerción, capital, Estados y ciudades*

—hombres, armas, avituallamientos o dinero para adquirirlos— y se resistían a entregarlos sin fuertes presiones o compensaciones. La organización de las grandes clases sociales dentro del territorio de un Estado, y sus relaciones con dicho Estado, influyeron de modo significativo en las estrategias utilizadas por los gobernantes para extraer recursos, la resistencia que habían de vencer, la lucha resultante, las clases de organizaciones perdurables que la extracción y la lucha creaban y, por tanto, la eficacia en la extracción de recursos. Dentro de los límites impuestos por las exigencias y compensaciones de otros Estados, la extracción y la lucha en torno a los medios para la guerra crearon la estructura organizativa central de los Estados. La configuración de grandes clases sociales, y sus relaciones con el Estado, variaban considerablemente entre las regiones de Europa intensivas en coerción (áreas de pocas ciudades y predominio agrícola, donde la coerción directa desempeñaba una función primordial en la producción) y las regiones intensivas en capital (áreas de múltiples ciudades y predominio comercial, donde prevalecían los mercados, el intercambio y la producción orientada al mercado). Las demandas planteadas al Estado por las grandes clases, y la influencia de dichas clases en el Estado, variaban de modo concomitante. El éxito relativo de diversas estrategias de extracción, y la estrategia seguida en efecto por los gobernantes, variaban, por consiguiente, ampliamente entre las regiones intensivas en coerción y las intensivas en capital. En consecuencia, las formas organizativas de los Estados siguieron trayectorias claramente diferentes en estas diversas partes de Europa. Semejantes circunstancias contradicen toda idea de que los monarcas europeos se limitaran a adoptar un modelo visible de formación del Estado e hicieran lo posible por seguirlo.

Tendencias e interacciones a largo plazo

Hay que despejar también otra ilusión. Hasta ahora he presentado esta exposición como si capital y coerción avanzaran siempre hacia mayor acumulación y concentración. Durante los 1.000 años que nos ocupan, esas fueron las principales tendencias. Sin embargo, dentro de la experiencia europea, son muchos los Estados que han sufrido deflaciones en ambos aspectos: Polonia sobrellevó muchos retrocesos en capital y coerción, se desplomaron los sucesivos imperios de las casas de Borgoña y Habsburgo, y las guerras de religión del siglo XVI redujeron gravemente los fondos europeos de capital y medios coercitivos. La historia de la formación del Estado europeo avanza por lo general en sentido ascendente hacia mayor acumulación y concentración, pero cruza picos escarpados y valles profundos.

Probablemente sea la acumulación la que más influyera a largo plazo en la historia de la economía europea. Pero la concentración, desconcentración y reconcentración de la coerción delimitan importantes capítulos en la historia de la formación del Estado; la concentración llegó a depender en grado considerable de la disponibilidad de capital concentrado. Los motivos exactos de cómo y por qué fue así ocuparán las posteriores secciones de este libro y nos introducirán en complejas cuestiones de política fiscal. Con todo, el vínculo central es simple: a la larga, y más que ninguna otra actividad, fueron la guerra y la preparación para la guerra lo que produjeron los principales componentes de los Estados europeos. Los Estados que perdían la guerra casi siempre se reducían y muchas veces dejaban de existir. Al margen de sus dimensiones, los Estados con mayores medios coercitivos tendían a ganar las guerras; la eficiencia (la razón entre *output* e *input)* venía después de la eficacia *(output* total).

En virtud del juego entre la competencia, el cambio tecnológico y la escala misma de los grandes Estados beligerantes, la guerra y la creación de medios coercitivos se hicieron inmensamente más costosos con el paso del tiempo. Al ocurrir esto, fueron cada vez menos los gobernantes capaces de crear medios militares con sus recursos habituales; así, fueron progresivamente recurriendo a los empréstitos a corto plazo, y a la tributación a largo plazo. Ambas actividades funcionaban mejor donde existían ya concentraciones de capital. Pero en todas partes produjeron cambios en la organización gubernamental.

¿Qué relación recíproca entre los cambios en la actividad bélica y la organización del Estado? Como primera aproximación, podemos dividir los años, a partir del 990 d. de C., en cuatro segmentos, con límites temporales variables según las distintas partes de Europa:

1. *Patrimonialismo:* período (hasta el siglo XV en gran parte de Europa) en que las tribus, las levas feudales, las milicias urbanas y similares fuerzas ordinarias desempeñaron parte principal en la guerra y, por lo general, los monarcas recaudaron el capital que necesitaban, en forma de tributos o rentas, en las tierras y las poblaciones que quedaban bajo su dominio inmediato.

2. *Mediación:* época (aproximadamente de 1400 a 1700 en importantes partes de Europa) en que las fuerzas mercenarias reclutadas por intermediarios predominaban en la actividad militar, y los soberanos dependían en buena medida de capitalistas formalmente independientes para sus préstamos, para la administración de empresas productoras de rentas y para la instauración y recaudación de impuestos.

3. *Nacionalización:* período (especialmente de 1400 a 1700 en importantes partes de Europa) en que los Estados crearon ejércitos y armadas ingentes constituidos de modo creciente con sus propias poblaciones nacionales, mientras los soberanos incorporaban las fuerzas armadas directamente a la estructura administrativa del Estado, y de modo similar asumían el funcionamiento directo del aparato fiscal, recortando drásticamente la participación de los intermediarios independientes.

4. *Especialización* (aproximación desde mediados del siglo XIX hasta el pasado más reciente): en que la fuerza militar creció hasta convertirse en una poderosa rama especializada del gobierno nacional, aumentó la separación organizativa entre actividad fiscal y militar, se agudizó la división de labores entre ejército y policía, las instituciones representativas llegaron a tener una importante influencia sobre los gastos militares y los Estados se adjudicaron una variedad muy ampliada de actividades distributivas, reguladoras, compensatorias y de arbitraje.

Es claro que las relaciones entre capital y coerción cambiaron considerablemente de un período al siguiente.

La transformación del Estado a causa de la guerra, a su vez, alteró los beneficios que ofrecía la guerra. En todo el período de

patrimonialismo, los conquistadores buscaban tributos mucho más que un control estable de la población y los recursos de los territorios que dominaban; imperios enteros se formaron sobre el principio de extraer rentas y retribuciones de los soberanos de múltiples regiones, sin penetrar de modo significativo en su sistema de gobierno. En el paso a la mediació y después a la nacionalización, un territorio bien administrado se convertía en una posesión digna de luchar por ella, dado que sólo semejantes territorios proporcionaban las rentas que podían sostener una fuerza armada. Pero en la época de especialización, los Estados acumularon aspirantes a sus servicios tan rápidamente que la guerra se convirtió, aún más que antes, en el medio para satisfacer los intereses económicos de la coalición dirigente, mediante la obtención de los recursos de otros Estados. Desde la Segunda Guerra Mundial, con la extensión del sistema de Estados europeo a todo el mundo y el concomitante endurecimiento de las fronteras nacionales, ello ha venido a significar en medida creciente el ejercer influencia sobre otros Estados sin incorporar de hecho su territorio al del Estado más fuerte.

Esas eran las tendencias generales. Pero surgieron más de una combinación de capital y coerción en cada etapa de crecimiento de los Estados europeos. Podemos distinguir una vía intensiva en coerción, otra intensiva en capital y otra de coerción capitalizada, hacia la formación del Estado. Estas no representan «extrategias» alternativas, sino más bien condiciones de vida diferentes. Los soberanos que perseguían objetivos similares —especialmente una buena preparación de la guerra— en entornos diferentes, respondían a éstos formando relaciones características con las grandes clases sociales que los habitaban. El reajuste de las relaciones entre gobernantes y gobernados produjo formas nuevas y diversas de gobierno, más o menos bien adaptadas a su entorno social.

En la modalidad *intensiva en coerción,* los soberanos exigían los medios para la guerra a sus propias poblaciones y a las que conquistaban, construyendo ingentes estructuras de extracción. Brandenburgo y Rusia —especialmente durante sus fases de imperios perceptores de impuestos— ilustran esta modalidad intensiva en coerción. En su forma extrema, no obstante, era tanto el poder que ejercían los terratenientes armados, que ninguno de ellos lograba establecer un control duradero sobre los demás; durante varios siglos, la nobleza polaca y húngara elegían en efecto a sus propios reyes, y los derrocaban cuando pugnaban en exceso por adquirir el poder supremo.

En la modalidad *intensiva en capital*, los gobernantes recurrían a pactos con los capitalistas —a cuyos intereses atendían con cuidado— para contratar o adquirir fuerza militar, y por ello guerreaban sin levantar vastas estructuras permanentes de Estado. Las ciudades-estado, los imperios-estado, las federaciones urbanas y otras formas de soberanía fragmentada pertenecen por lo común a esta vía de cambio. Génova, Dubrovnik, la República holandesa y, durante cierto tiempo, Cataluña, ejemplifican la modalidad intensiva en capital. Como ilustra la historia de la República holandesa, en su forma extrema, esta modalidad produjo federaciones de ciudades-estado en gran medida autónomas, y constantes negociaciones entre ellas en torno a la política de Estado.

En la modalidad intermedia de *coerción capitalizada*, los gobernantes participaban de las dos anteriores, pero empleaban una porción mayor de sus esfuerzos que sus vecinos intensivos en capital en la incorporación de capitalistas y fuentes de capital directamente a la estructura del Estado. Entre los tenedores de capital y coerción se producía una interacción en términos de relativa igualdad. Francia e Inglaterra adoptaron al fin la modalidad de coerción capitalizada, la cual produjo plenos Estados nacionales antes que las modalidades intensivas en coerción e intensivas en capital.

Impulsadas por las presiones de la competencia internacional (en especial por la guerra y la preparación para ella), las tres vías terminaron por converger en concentraciones de capital y coerción que no guardaban proporción alguna con las existentes en el 990 d. de C. A partir del siglo XVII, la forma de coerción capitalizada demostró ser más eficaz en la guerra, y por ello constituyó un modelo obligado para aquellos Estados surgidos de otras combinaciones de capital y coerción. Desde el siglo XIX hasta el pasado reciente, además, todos los Estados europeos se dedicaron mucho más intensamente que antes a construir infraestructuras sociales, a ofrecer servicios, a regular la actividad económica, a controlar los movimientos de población y a garantizar el bienestar de los ciudadanos; todas estas actividades se originaron como productos secundarios de los esfuerzos de los gobernantes para obtener rentas y acatamiento de la población subordinada, pero adquirieron vida y lógica propios. Los Estados socialistas contemporáneos difieren de los Estados capitalistas, por término medio, en que ejercen un control más directo y más deliberado en la producción y la distribución. Ahora bien, comparados con la variedad de Estados que han existido en Europa en los

últimos 1.000 años, pertenecen de modo reconocible al mismo tipo que sus vecinos capitalistas. También ellos son Estados nacionales.

Antes de su reciente convergencia, las vías intensiva en coerción, intensiva en capital y de coerción capitalizada produjeron tipos muy distintos de Estados. Incluso después de la convergencia, los Estados conservaron ciertos rasgos —el carácter de sus instituciones representativas, por ejemplo— que reflejaban claramente sus anteriores experiencias históricas. Las tres clases de Estado eran perfectamente viables bajo ciertas condiciones que prevalecieron en Europa en diversos períodos anteriores al actual. En realidad, a la abdicación de Carlos V en 1555, la mayor parte de Europa quedaba bajo la hegemonía imperial, y no bajo control de Estados nacionales en ningún sentido reconocible del término.

En aquel momento, el Imperio otomano de Solimán el Magnífico ocupaba (además de dominar Anatolia y gran parte de Oriente Medio) la mayoría de los Balcanes, y tenía Estados vasallos desde el Volga al Adriático. Carlos V, como Emperador del Sacro Imperio Romano, Emperador de España y Mayor de los Habsburgo, tenía entonces dominio sobre España, los Países Bajos, Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Austria, Bohemia, Borgoña, el Franco Condado, y (de modo más cuestionable) una multiplicidad de Estados en el territorio que hoy llamamos Alemania. Más hacia el este, Polonia, Lituania, Moscovia y los cosacos del Don se organizaron también en estilo imperial. En 1555, el norte de Italia, Suiza y partes considerables del Sacro Imperio seguían siendo zonas de soberanía fuertemente fragmentada, mientras que sólo Francia e Inglaterra se asemejaban a nuestros modelos convencionales de Estado nacional. Por entonces, las ciudades-estado y otras organizaciones a pequeña escala perdían terreno frente a otras formas de Estado. Pese a ello, la República holandesa pronto haría patente que las federaciones entre ciudadanos y entre territorios adyacentes tenían aún vigencia como potencias mundiales. Los imperios, por otra parte, avanzaban. Nada había, pues, que pudiese asegurar la victoria final del Estado nacional.

La lección es clara. El emplear la potencia de estilo siglo XX como principal criterio de formación eficaz del Estado (como hacen muchos analistas) significa sucumbir a la tentación de la teleología, malinterpretar las relaciones entre ciudades, Estados, capital y coerción en el pasado de Europa. Podemos evitar semejantes escollos si observamos las opciones de los constructores de Estados, y las con-

secuencias de dichas opciones, desde una fecha temprana —fijada aquí arbitrariamente en el 990 d. de C.— hasta el presente.

La estrategia de movernos hacia adelante nos permitirá formular algunas respuestas tentativas a la pregunta esencial de este libro: *¿qué explica la gran variación que se produce en el tiempo y el espacio en los tipos de Estado que han prevalecido en Europa desde el 990 d. de C., y por qué convergieron al fin los Estados europeos en diversas variantes del Estado nacional?* Aunque la pregunta es impresionantemente amplia, puede traducirse en problemas más limitados y más abordables, como los siguientes:

1. ¿Qué explica la pauta prácticamente concéntrica de la formación del Estado en la generalidad de Europa, configurándose pronto unos Estados grandes pero escasamente controlados, como el Imperio otomano y Moscovia, en la periferia; agrupándose unos Estados menores pero más estrechamente controlados, como Francia y Brandenburgo, en una zona aproximadamente intermedia; y surgiendo una franja central de ciudades-estado, principados, federaciones y otras variedades de soberanía intensamente fragmentada que no llegaron a consolidarse en Estados mayores hasta después de 1790?

2. ¿Por qué, pese a sus claros intereses en sentido contrario, aceptaron los gobernantes a menudo la creación de instituciones que representaban a las clases más importantes de las poblaciones que quedaban sujetas a la jurisdicción del Estado?

3. ¿Por qué variaban tanto los Estados europeos con respecto a la incorporación de las oligarquías e instituciones urbanas a la estructura del Estado nacional, siendo el Estado de la República holandesa prácticamente indiferenciable de la agrupación de sus gobiernos municipales, el Estado polaco casi ajeno a toda institución urbana, y habiendo una docena de variantes entre ambos extremos?

4. ¿Por qué pasó el poder político y comercial desde las ciudades-estado y las ciudades-imperio del Mediterráneo a los sustanciales Estados y ciudades relativamente subordinadas del Atlántico?

5. ¿Por qué perdieron la ciudad-estado, la ciudad-imperio, las federaciones y las organizaciones religiosas su importancia como tipos de Estado predominantes en Europa?

6. ¿Por qué dejó la guerra de ser una conquista en busca de tributos para convertirse en contienda entre los que exigían dichos

tributos y estaban armados, y después en batallas sostenidas entre masivos ejércitos y armadas?

Estas preguntas siguen siendo amplias, pero no tanto como la exigencia de una explicación general para las trayectorias alternativas seguidas por los Estados europeos. El reto es, pues, acometer este gigantesco problema y sus más manejables subordinados mediante un esmerado examen de las diversas vías seguidas en efecto por los Estados en diferentes partes de Europa a partir del 990 d. de C. Ello implica descubrir los principales procesos de transformación de los Estados, y clasificarlos en cuanto a sus variantes intensiva en coerción, intensiva en capital y de coerción capitalizada.

Un libro sobre estas cuestiones debe encaminarse por un sendero estrecho que evite la aleatoriedad y la teleología. A un lado, el murallón mudo de la aleatoriedad, en que toda historia parece *sui generis,* todos sus reyes, todas sus batallas. Al otro, la hendedura de la teleología, en que el resultado de la formación del Estado parece explicar la totalidad de su trayectoria. Procuraré evitar el murallón y la sima señalando que las sendas de formación del Estado fueron múltiples, pero no infinitas, que en toda coyuntura histórica dada eran posibles varios futuros claramente diferentes, que los Estados, los gobernantes y los ciudadanos tuvieron una profunda influencia mutua, que hubo problemas y procesos sistemáticos que vincularon la historia de todos los Estados europeos, y por ende las relaciones entre ellos. Si lograron su objetivo, los capítulos siguientes narrarán una historia de diversidad en la unidad, de unidad en la diversidad, de opciones y de consecuencias.

Perspectivas

Quiero confesar de inmediato que mi lectura del pasado europeo no es convencional, está por demostrar y repleta de lagunas. En términos generales, los estudiosos de los Estados europeos han evitado prudentemente las síntesis a escala de 1.000 años. Los que han dado, en efecto, el salto han procurado casi siempre o bien explicar lo que es propio de Occidente en general, o han propuesto una sola vía tipo para la formación del Estado, o ambos. Por lo común, han procedido retrospectivamente, buscando los orígenes de los Estados que conocemos hoy día como Alemania y España, y pasando por

alto los Estados que desaparecieron en el camino, en lugar de intentar trazar la variedad total de la formación del Estado.

Al afirmar la existencia de vías múltiples en función de la relativa facilidad con que capital y coerción se concentraron, al sostener que hubo una fuerte interdependencia entre la forma del Estado y su anterior acceso al capital, y al querer sustituir el análisis retrospectivo de las transformaciones en la estructura del Estado por otro prospectivo, estoy abandonando las sólidas costumbres del estudio tradicional en pos de la aventura de repensar el pasado. Al examinar 1.000 años en poco más de doscientas páginas, además, no puedo aspirar a otra cosa que hallar algunas relaciones importantes, e ilustrar su funcionamiento.

Una versión plenamente desarrollada de la argumentación de este libro concedería mucho más peso a la dinámica de la economía europea de lo que se hace en las páginas que siguen. En primer lugar, voy a hablar muy escasamente sobre las oscilaciones de precios, la productividad, el crecimiento comercial y demográfico, desatendiendo, entre otras cosas, a la probable importancia del aumento de los precios en los siglos XIII, XVI y XVIII —y las depresiones que mediaron entre ellos— para la viabilidad de diferentes clases de Estados y el poder relativo de comerciantes, campesinos, terratenientes, funcionarios y otras clases sociales (Abel, 1966; Frank, 1987; Kriedte, 1983, y Wallerstein, 1974-88).

En segundo lugar, trataré la cambiante organización de la producción, y la estructura de clases resultante, de modo superficial. No se debe ello a que lo considere insignificante. Por el contrario: las relaciones entre terratenientes y cultivadores tuvieron un papel considerable en las consecuencias de la construcción del Estado, de la protección y de la extracción, como demuestran de manera instantánea los contrastes entre Hungría, Florencia e Inglaterra. El Estado prusiano del siglo XVII, por ejemplo, mostraba las huellas de la anterior historia de Prusia: durante los siglos XIII y XIV una orden cruzada, los Caballeros Teutónicos, extendieron su dominio militar sobre aquella región escasamente poblada, sometieron a los eslavos que la habían ocupado anteriormente, indujeron a los caballeros germánicos a ir allí y organizar grandes posesiones, y fomentaron el cultivo mediante el reclutamiento de campesinos por parte de estos caballeros para desbrozar y labrar unas tierras que serían suyas a cambio de impuestos y prestaciones. Estas formas de organización en el nivel de la unidad familiar, la aldea o la región afectaron evi-

dentemente a la viabilidad de los diversos tipos de tributación, de conscripción y de deslindes. Pero mi tarea es ya suficientemente complicada. Con objeto de concentrarme en los mecanismos de la formación del Estado, recurriré repetidamente al estereotipo, o daré por sentadas las relaciones entre terratenientes, campesinos, proletariado agrícola y otros importantes actores rurales.

Además, al intentar centrarme sobre las relaciones decisivas, no haré ningún esfuerzo por revisar teorías alternativas de la formación del Estado, pasadas o presentes. Ni tampoco expondré la genealogía de las ideas organizativas de este libro. Demos por sentada la existencia de las teorías de Karl Marx, Max Weber, Joseph Schumpeter, Stein Rokkan, Barrington Moore, Gabriel Ardant y otros que tienen una incidencia manifiesta en el tema de este libro; los *congnoscenti* advertirán con seguridad su influencia en casi todas las páginas, y los críticos malgastarán sin duda muchas palabras intentando clasificar el libro en una u otra escuela. Tratar sobre dichos análisis, las teorías que los informan y el fenómeno histórico de la formación del Estado simultáneamente, daría opacidad a mi análisis y duplicaría su volumen sin mejorarlo demasiado. Por el contrario, este libro va a centrarse en los procesos mismos de formación de los Estados.

En beneficio de una presentación compacta, recurriré igualmente a la metonimia y la cosificación en página tras página. La metonimia, porque hablaré insistentemente de «gobernantes», «reyes» y «soberanos» como si representaran la totalidad del aparato decisorio del Estado, reduciendo con ello a un solo punto un conjunto contingente y complejo de relaciones sociales. La metonimia, porque las ciudades simbolizan en realidad redes regionales de producción y comercio en que los grandes poblamientos son los puntos focales. La cosificación porque imputaré una vez y otra un interés, una lógica, una capacidad y una acción unitarios al Estado, la clase dirigente o la población sujeta a su control. Sin un modelo simplificador en que se utilicen metonimia y cosificación, no tenemos ninguna posibilidad de hallar las principales conexiones en este proceso complejo de formación del Estado europeo.

En la mayoría de los casos el modelo implícito contendrá estos elementos: un *gobernante* en que se resume la acción decisoria conjunta de los funcionarios más poderosos del Estado; una *clase dirigente* aliada al gobernante y que controla importantes medios de producción dentro de un territorio bajo jurisdicción del Estado; otros tipos de *clientelas* que gozan de especiales beneficios merced a su

asociación al Estado; *adversarios, enemigos y contrincantes* del Estado, de su gobernante, de su clase dirigente y de sus clientelas, tanto dentro como fuera del área de dicho Estado; el resto de la *población* bajo jurisdicción del Estado; un *aparato coercitivo* en que figuran ejércitos, marinas y otros medios organizados y concentrados de fuerza que operan bajo control del Estado; y el *aparato civil* del Estado, consistente sobre todo en organizaciones diferenciadas fiscales, administrativas y judiciales que actúan bajo su potestad.

La mayoría de los argumentos que siguen conllevan la descripción y explicación de los diversos modos en que se articularon en la historia europea, desde el 990 d. de C. en adelante, gobernantes, clases dirigentes, clientelas, adversarios, población en general, organizaciones coercitivas y administraciones civiles. En ocasiones, se quitará la envoltura a alguna de estas categorías cosificadas —sobre todo cuando se especifica cuándo, por qué y con qué efectos entraron los capitalistas (sin duda también ellos una clase de personas cosificada) en una u otra de estas categorías—. Pero por lo general los argumentos se desarrollan como si cada una de dichas categorías fuera real, unitaria y no problemática. Ese es el precio que pagamos por operar a escala de un continente y 1.000 años.

Una última disculpa. Con semejante escala, me veo obligado a tratar los hechos históricos como una piedra rebotando sobre el agua; girando rápidamente de un punto saliente a otro sin permanecer más de un instante en ninguno. No conozco toda la historia que haría falta para desarrollar plenamente este libro, y suministrar toda la documentación de la historia que a mi juicio conozco cargaría el texto de modo inconmensurable. Sobre el aumento de la actividad del Estado en tiempos cercanos, por ejemplo, cualquier autor responsable tendría que citar a Reinhard Bendix, Walter Korpi, Theda Skocpol, Goran Therborn y muchos más. Yo no he hecho nada parecido, limitando por lo general las referencias a las citas directas o a la información esotérica o polémica. Está claro que los especialistas habrán de examinar de cerca mis interpretaciones de la historia europea, y ponderar si sus errores vician sus argumentos.

Dado su carácter amplio, sintético y especulativo, los argumentos empleados en este libro no se prestan de forma inmediata a verificación o refutación. Pero podemos considerarlos erróneos en la medida en que:

1. Hubo gobernantes con relaciones muy diferentes con capital

y coerción y que no obstante siguieron estrategias similares, con efectos similares, cuando quisieron levantar la fuerza armada y el poder del Estado.

2. Los momentos sobresalientes en el crecimiento y la transformación de determinados Estados, y del sistema europeo de Estados en general, *no* coincidieron con la guerra o la preparación para la guerra.

3. Los esfuerzos para acumular medios para la fuerza armada *no* produjeron características duraderas en la estructura del Estado.

4. Los gobernantes se propusieron deliberadamente la construcción de los Estados según planes preconcebidos, y lograron seguir dichos planes.

5. Algunas o todas las regularidades empíricas que yo propongo —en especial: a) la geografía de la formación del Estado, b) la incorporación diferencial de las oligarquías e instituciones urbanas a la estructura nacional del Estado, c) el desarrollo de instituciones representativas pese a los intereses contrarios de los gobernantes, d) la traslación del poder político y comercial del Mediterráneo al Atlántico, e) la decadencia de las ciudades-estado, las ciudades-imperio, las federaciones y las organizaciones religiosas, y f) el giro de la guerra hacia batallas sostenidas entre masivos ejércitos y armadas— no resisten, en efecto, un escrutinio histórico.

6. Hay versiones alternativas que proporcionan una explicación más sucinta y/o convincente de aquellas regularidades empíricas que *sí* resisten tal escrutinio.

Si cualquiera de estos puntos fuera comprobado, mi argumentación se enfrenta a un serio cuestionamiento. Si todos ellos son ciertos, es claramente errónea.

Están en juego importantes cuestiones teóricas. Sería de esperar que un adepto a Joseph Strayer, por ejemplo, sostuviera que la actividad interior del monarca para el mantenimiento de la paz comenzó mucho antes, y tuvo una función mucho más importante en la aceptación del Estado por parte de las gentes de lo que mi interpretación implica y, por consiguiente, corroborará la mayor parte de la lista de cargos contra el análisis de este libro. Cabría esperar que un adepto a Douglas North afirmara que la construcción del Estado y la protección de los derechos de propiedad subyacen a muchos de los cambios que he atribuido a la preparación de la guerra. Cabría esperar que un adepto de Immanuel Wallerstein insistiera en que la

actividad del Estado beneficiaba a los intereses de los capitalistas en grado aún mayor de lo que yo supongo, y que un adepto a Perry Anderson manifestara (al menos en cuanto al período medio de mi análisis) que mi argumentación subestima en gran medida el peso de la nobleza europea en la creación del aparato del Estado «absolutista». Así pues, el grado en que mis argumentos son válidos o erróneos incide directamente sobre desacuerdos muy debatidos en torno a la formación del Estado.

La anterior lista proporciona un medio para clasificar las posibles críticas al libro en legítimas, semilegítimas e ilegítimas. Sería plenamente legítimo, y muy iluminador, determinar que alguna de las situaciones antes enumeradas, u otra similar implícita en la argumentación del libro, es aplicable en efecto a algún bloque sustancial de experiencia europea. Sería semilegítimo demostrar que la argumentación no explica ciertas características importantes y duraderas de determinados Estados. (El criterio sería sólo semilegítimo porque demostraría que la argumentación estaba incompleta —lo cual no tengo inconveniente en admitir con antelación— pero no que era errónea.)

Sería ilegítimo protestar que mi argumentación olvida ciertas variables que, según el crítico, son importantes: entorno físico, ideología, tecnología militar o algún otro. La crítica de la variable ausente sólo es legítima cuando el crítico demuestra que la falta de dicha variable origina una falsa lectura de las relaciones entre las variables que *sí* aparecen en la argumentación. No se trata de ofrecer una explicación «completa» (sea esto lo que fuere), sino de entender correctamente las conexiones principales.

En pos de este objetivo, el capítulo siguiente se centra en la cambiante geografía de las ciudades y los Estados de Europa durante los 1.000 años de esta indagación. El capítulo 3 versa sobre los mecanismos mediante los cuales los gobernantes de los Estados adquirieron los medios para llevar a cabo sus actividades primordiales —en especial la creación de una fuerza armada— y las implicaciones de dichos mecanismos para la estructura del Estado. El capítulo 4 se concentra en las relaciones entre el Estado y el ciudadano, rastreando la formación a través de la negociación de Estados inmensos y multifuncionales. El capítulo 5 se ocupa de las vías alternativas para la formación del Estado, indicando los efectos de las diversas relaciones con capital y coerción. En el capítulo 6 se examinan los Estados europeos como conjuntos de partes en interacción, un sistema

cuyo funcionamiento limita la acción de sus miembros. En el capítulo 7 se lleva la relación hasta el presente, con una reflexión sobre las relaciones contemporáneas entre capital y coerción, en un esfuerzo por comprender por qué han accedido al poder los militares en tantos Estados desde la Segunda Guerra Mundial, y con la esperanza de dilucidar de qué manera nos ayuda la experiencia europea a entender los Estados conflictivos de nuestra época.

Capítulo 2
CIUDADES Y ESTADOS DE EUROPA

La Europa ausente

Hace mil años Europa no existía. Un decenio antes del milenio, los aproximadamente treinta millones de personas que vivían en el extremo occidental de la masa continental eurásica no tenían motivo alguno de peso para considerarse como un solo conjunto de gentes, vinculadas por la historia y un destino común. Y no lo eran. Cierto es que la desintegración del Imperio romano había dejando una buena parte de lo que hoy llamamos Europa conectada mediante carreteras, comercio, religión y la memoria colectiva. Pero aquel que fue mundo romano excluía gran parte de la zona al este del Rin y al norte del Mar Negro. Y, además, el difunto imperio no era exclusivamente europeo; se había extendido en torno a todo el Mediterráneo, adentrándose en Asia y Africa.

Desde el punto de vista de los contactos comerciales y culturales, la «Europa» del milenio se fragmentó en tres o cuatro agrupaciones vagamente conectadas: una franja oriental correspondiente aproximadamente a la actual Rusia europea, que mantenía fuertes lazos con Bizancio y las grandes rutas comerciales que atravesaban Asia; una mediterránea que compartían musulmanes, cristianos y judíos, aún

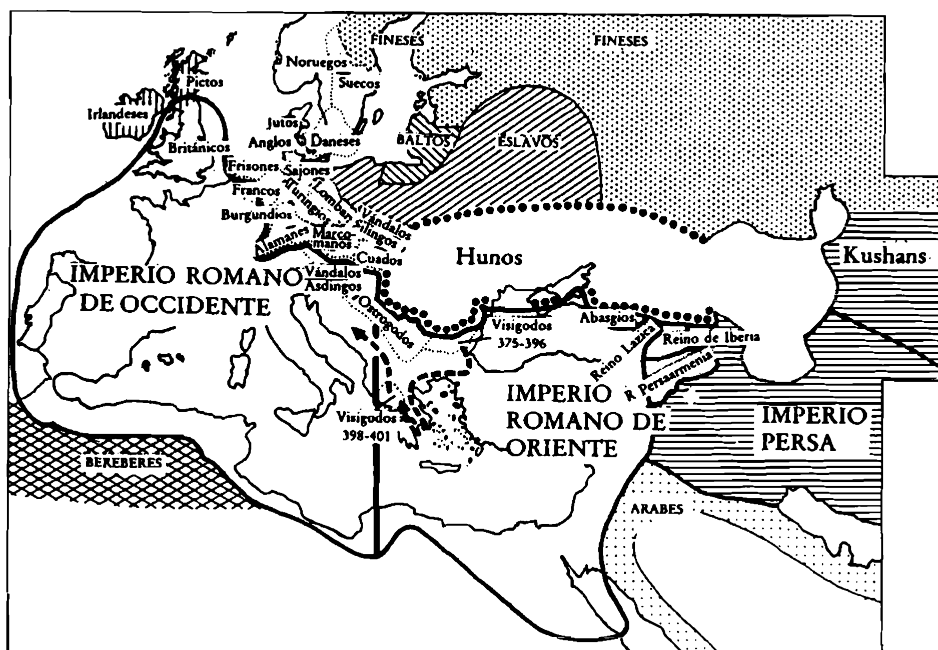


FIGURA 2.1. *Europa en el año 406 d. de C. (adaptado de Colin McEvedy:* The Penguin Atlas of Medieval History, *Penguin Books, 1961)*

más fuertemente ligada a las grandes metrópolis de Oriente Medio y Asia; un sistema postromano de ciudades, pueblos, caminos y ríos con máxima densidad en el arco que iba de Italia central a Flandes, pero con ramales en Alemania y Francia; posiblemente un claro grupo nórdico en el que figuraban Escandinavia y las Islas Británicas. (Muchas de estas denominaciones pecan, sin duda, de anacronismo; so pena de adoptar una onerosa serie de convenciones geográficas, no tenemos alternativa al empleo de denominaciones como «Alemania» e «Islas Británicas» con una clara advertencia de que no implican asociaciones políticas o culturales.)

En el 990 los dominios musulmanes ocupaban una buena parte del antiguo espacio del Imperio romano: todas las costas meridionales del Mediterráneo y la mayor parte de la península ibérica, por no hablar de numerosas islas mediterráneas y unos cuantos emplazamientos en su costa septentrional. Un imperio bizantino poco com-

pacto se extendía desde Italia oriental al extremo oriental del Mar Negro, mientras que, al norte del mismo, un Estado ruso aún más indefinido se dilataba hasta el Báltico. El reino danés ejercía su poder desde el Báltico occidental hasta las Islas Británicas, mientras los oscilantes principados de Polonia, Bohemia y Hungría dominaban el territorio al sur del Báltico. Al oeste se hallaba el imperio sajón, aspirante a la herencia de Carlomagno, mientras que más al oeste todavía Hugo Capeto regía el reino de Francia.

Ninguno de estos casi familiares nombres de lugares debe, sin embargo, ocultar la enorme fragmentación de soberanía prevaleciente en todos los territorios que llegarían a ser Europa. Los emperadores, reyes, príncipes, duques, califas, sultanes y otros potentados del año 990 d. de C. se habían impuesto como conquistadores, cobradores de tributos y perceptores de rentas, no como jefes de Estado que regularan la vida dentro de sus reinos de forma intensa y duradera. Dentro de sus jurisdicciones, además, rivales y aparentes subordinados recurrían habitualmente a la fuerza armada en beneficio de sus propios intereses, mientras que prestaban escasa atención a los intereses de sus soberanos nominales. Los ejércitos privados proliferaban en gran parte del continente. En ningún lugar de Europa existía nada que se asemejara a un Estado nacional centralizado.

Dentro del anillo formado por estos Estados irregulares y efímeros, la soberanía estaba aún más fragmentada, puesto que cientos de principados, obispados, ciudades-estado y otras autoridades ejercían un dominio superpuesto sobre los pequeños *hinterlands* de sus capitales. En el Milenio, el Papa, el emperador bizantino y el emperador del Sacro Imperio Romano afirmaban sus derechos sobre la mayor parte de la península italiana, pero lo cierto es que prácticamente toda ciudad importante y su *hinterland* operaban como agentes políticos libres. (En el 1200 d. de C. la península itálica por sí sola albergaba 200 ó 300 ciudades-estado diferenciadas: Waley, 1969:11.) Salvo por la relativa urbanización de las tierras musulmanas, la correlación entre dimensiones de los Estados y densidad urbana era negativa: donde las ciudades eran abundantes, la soberanía se atomizaba.

Pronto, una cronología aproximada de los cambios en ciudades y Estados durante los últimos 1000 años empezará a configurarse. Entre tanto, no obstante, habremos de conformarnos con una comparación arbitraria a intervalos de 500 años, simplemente para hacernos una idea de la medida en que cambiaron. Hacia 1490, el mapa



FIGURA 2.2. *Europa en el 998 d. de C. (adaptado de Colin McEvedy:* The Penguin Atlas of Medieval History, *Penguin Books, 1961)*

y la realidad se habían alterado en gran manera. Las fuerzas cristianas armadas iban expulsando a los soberanos musulmanes de su último territorio en la mitad occidental del continente: Granada. Un imperio islámico otomano había desplazado a los bizantinos cristianos entre el Adriático y Persia. Los otomanos estaban desgastando el poder de Venecia en el Mediterráneo oriental y avanzando en los Balcanes. (Aliados a la amenazada Granada, iniciaban también sus primeras aventuras en el Mediterráneo occidental.) Después de muchos siglos en que las guerras europeas habían sido regionales, y sólo alguna cruzada había involucrado militarmente a los Estados transalpinos en el Mediterráneo, además, los reyes de Francia y España empezaban a contender por la hegemonía de Italia.

En 1490, en torno a la periferia de Europa, había una serie de soberanos que dominaban extensos territorios: no sólo el Imperio otomano, sino también Hungría, Polonia, Lituania, Moscovia, las tierras de la Orden Teutónica, la Unión Escandinava, Inglaterra,



FIGURA 2.3. *Europa en el 1478 d. de C. (adaptado de Colin McEvedy:* The Penguin Atlas of Medieval History, *Penguin Books, 1961)*

Francia, España, Portugal y Nápoles. Estas potencias se mantenían en gran medida con rentas y tributos, y se regían mediante magnates regionales que gozaban de gran autonomía dentro de sus propios territorios; estos magnates se resistían con frecuencia al poder del rey, o incluso lo rechazaban. Con todo, los grandes reyes y duques del 1490 estaban, en líneas generales, consolidando y ampliando sus dominios.

Dentro del círculo irregular formado por los grandes Estados, pues, Europa seguía siendo una zona de soberanía intensamente fragmentada. Es cierto que el disperso imperio Habsburgo empezaba a extenderse por todo el continente, mientras que Venecia dominaba un importante semicírculo en el Adriático. Pero la región desde el norte de Italia a Flandes y, hacia el este, hasta las inciertas fronteras de Hungría y Polonia, se descomponían en cientos de principados, ducados, obispados, ciudades-estado y otras entidades políticas formalmente independientes que, por lo general, sólo podían emplear

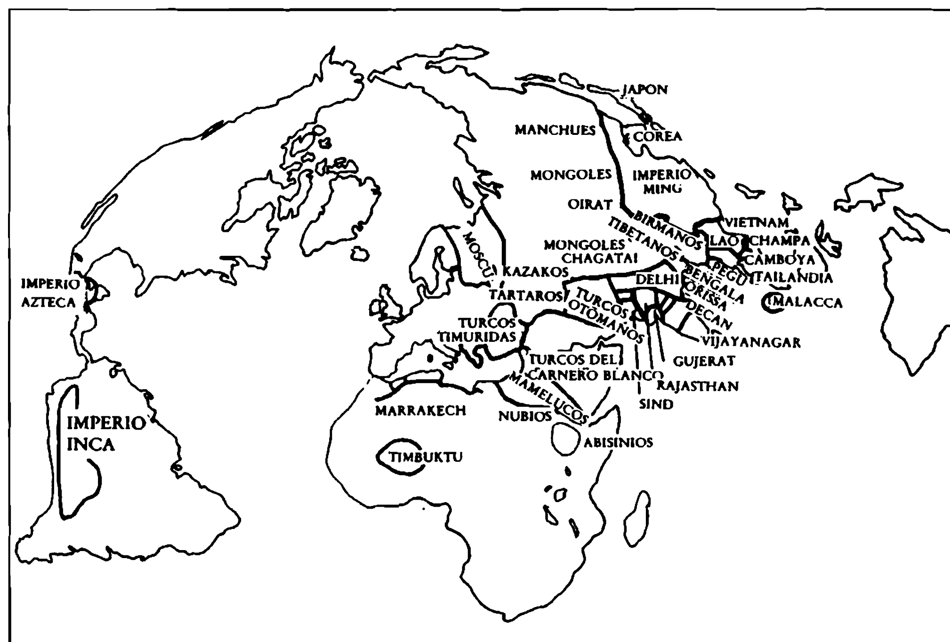


FIGURA 2.4. *El mundo en el 1490 d. de C. (adaptado de Colin McEvedy:* The Penguin Atlas of Modern History to 1815, *Penguin Books, 1972)*

la fuerza en los *hinterlands* de sus capitales; solamente en el sur de Alemania había 69 ciudades libres, además de múltiples obispados, ducados y principados (Brady, 1985:10). «No obstante los límites que el cartógrafo puede trazar en torno al área que la opinión general aceptaba en el siglo XV como perteneciente al Sacro Imperio Romano, que constituye la zona principalmente alemana entre Francia y Hungría, Dinamarca y el norte de Italia», reflexiona J. R. Hale, «no puede aquél colorear la multitud de ciudades, enclaves principescos y territorios eclesiásticos pugnaces que se consideraban, en efecto o en potencia, independientes, sin producir en el lector la impresión de que sufre alguna enfermedad de la retina» (Hale, 1985:14). Los 80 millones de personas de Europa se repartían en unos 500 Estados, aspirantes a Estados, pequeños Estados y organizaciones de carácter estatal.

En torno a 1990, otros cinco siglos después, los europeos habían ampliado en gran medida la obra de consolidación. Por entonces



FIGURA 2.5. *Europa en 1990*

vivían dentro del perímetro del continente 600 millones de personas, aunque un poderoso mundo islámico florecía desafiante al sur y sudeste de Europa, y quedaban impresionantes residuos de cultura musulmana en España, los Balcanes y Turquía. Al este se había formado un gigantesco Estado ruso que se extendía hasta el Artico y el Pacífico, mientras que una espaciosa Turquía atravesaba la frontera asiática por el sudeste. Gran parte del continente se había asentado en Estados que ocupaban al menos 40.000 millas cuadradas, sin incluir colonias y dependencias: Bulgaria, Checoslovaquía, Finlandia, Francia, las dos grandes Alemanias, Grecia, Italia, Noruega, Polonia, Rumania, España, Suecia, Turquía, el Reino Unido y la URSS. Los microestados como Luxemburgo y Andorra, aunque mayores que muchas de las entidades políticas existentes en 1490, habían que-

dado reducidos a simple curiosidad. Según sea la regla empleada para contarlos, la totalidad de Europa se dividía solamente en unos 25 a 28 estados.

Pasó mucho tiempo antes de que los Estados nacionales —organizaciones relativamente centralizadas, diferenciadas y autónomas, con un derecho afirmado de prioridad en el uso de la fuerza dentro de territorios amplios, contiguos y claramente delimitados— dominaron el mapa europeo. En el 990 nada en aquel mundo de feudos, señores locales, correrías militares, aldeas fortificadas, ciudades mercados, ciudades-estado y monasterios podía pronosticar la consolidación en Estados nacionales. En 1490 el futuro estaban aún abierto; pese al frecuente uso de la palabra «reino», eran imperios de una u otra índole los que en su mayoría ocupaban el paisaje de Europa, y siguieron siendo viables las federaciones en algunos puntos del continente. Algún tiempo después de 1490, los europeos abandonaron aquellas alternativas, y avanzaron decisivamente hacia la creación de un sistema consistente, casi en su totalidad, de Estados nacionales relativamente autónomos.

Los Estados, por otra parte, disminuyeron en número y aumentaron en área. Con objeto de trazar el mapa de esta cambiante situación, debemos aplicar el término «Estado» con generosidad, para incluir toda organización que contara con medios sustanciales de coerción y hubiera afirmado con éxito una prioridad duradera sobre los restantes beneficiarios de los medios de coerción, dentro de al menos un territorio claramente delimitado. En el año 990 unos Estados musulmanes relativamente extensos dominaban gran parte del Mediterráneo occidental, incluidas España y la costa norte de Africa. Entre los demás Estados de dimensiones considerables figuraban el reino de Francia, el imperio sajón, el reino de Dinamarca, la Rusia kieviana, Polonia, Hungría, Bohemia y el Imperio bizantino. Por lo general, los soberanos de estas entidades políticas obtenían tributos de los territorios que estaban nominalmente bajo su potestad. Pero fuera de sus regiones de base, apenas administraban sus teóricos dominios, y su autoridad se veía continuamente disputada por otros potentados, entre ellos sus propios, y putativos, agentes y vasallos.

Consideremos el caso de Hungría, un Estado surgido de las conquistas de los magiares, uno de los muchos pueblos nómadas armados que invadieron Europa venidos de la estepa eurásica. Durante el siglo X, un contingente mayoritario de magiares inició una migración desde el Volga, y sojuzgó a un número menor de eslavos la-

bradores y moradores de los bosques que poblaban la cuenca cárpata que hoy llamamos Hungría (Pamlenyi, 1975:21-5). Una vez que se hubieron trasladado al este de los Cárpatos, la escasez de pastos naturales obligó a los nómadas depredadores a retirarse, a reducir sus individuos o a desmontar (Lindner, 1981). Tras un siglo de pillaje, los ya cristianizados húngaros fueron asentándose como agricultores en un territorio casi carente de ciudades.

Su base agrícola no impidió a la nobleza húngara guerrear con sus vecinos, luchar por la sucesión al trono o participar en el juego europeo de matrimonios y alianzas. Su control sobre la fuerza armada les permitió, además, someter a esclavos y hombres libres por igual a una común servidumbre. Las ciudades crecieron al ir prosperando la agricultura feudal, de las minas se exportaban metales hacia el resto de Europa y las rutas comerciales de la región se ensamblaron con las de Europa central y occidental. Los capitales alemanes acabaron por dominar el comercio y la industria húngaros. Las ciudades húngaras, no obstante, siguieron fuertemente subordinadas a sus señores hasta que, en el siglo XV, la Corona empezó a ejercer cierto predominio sobre ellos.

Durante la parte final del siglo XV, el rey Janos Hunyadi y su hijo, el rey Matias Corvino, construyeron una máquina de guerra relativamente centralizada y eficaz, y rechazaron tanto a los belicosos turcos del sudeste como a los codiciosos Habsburgo del oeste. Con la muerte de Matias, no obstante, la nobleza contraatacó, privando a su sucesor, Ladislao, de los medios para mantener su propio ejército. En 1514, los esfuerzos para organizar otra cruzada contra los turcos suscitaron una enorme rebelión campesina, cuya represión, a su vez, redujo al campesinado a la servidumbre definitivamente y abolió su derecho a cambiar de amo. En las luchas entre magnates que acompañaron la resolución de esta guerra campesina, el abogado Istvan Vervöczi definió la visión aristrocrática de la costumbre en Hungría, incluidas las leyes punitivas contra el campesinado y las estipulaciones de que

> los nobles gozaban de inmunidad frente al arresto sin juicio legal previo, sólo respondían ante un rey legalmente coronado, no pagaban contribución alguna y se les podía exigir que prestaran servicios militares sólo para la defensa del reino. Por último, el derecho a la rebelión quedaba garantizado frente a cualquier rey que infringiera los derechos de la nobleza en cualquier modo.
>
> (McNeill, 1975 [1964]:17)

El tratado de Vervöczi se convirtió en la autoridad aceptada para el derecho húngaro y en «la biblia de la nobleza» (Pamplenyi, 1975:117). Hacia 1526, Hungría tenía no uno sino dos reyes elegidos, y los dos estaban en guerra entre sí. No es de extrañar, pues, que en el siguiente medio siglo los turcos consigueran capturar la mitad del territorio de Hungría. En aquella época, es evidente que los Estados grandes no necesariamente eran Estados fuertes.

Los Estados y la coerción

En el año 1490 los musulmanes se hallaban en retirada de su último enclave ibérico, Granada, pero estaban construyendo un considerable imperio en torno al Mediterráneo oriental y haciendo incursiones en los Balcanes. Alrededor de los límites de Europa estaban surgiendo una serie de Estados que disponían de grandes ejércitos y ejercían una cierta autoridad judicial y fiscal sobre territorios de dimensiones amplias, y las ciudades-estado se armaban para la guerra por tierra como nunca antes. El mapa europeo de 1490 asigna grandes zonas a Inglaterra, Suecia, Polonia, Rusia y el Imperio otomano, pero también muestra docenas de ducados, principados, arzobispados, ciudades-estado y otros Estados en miniatura.

Cuántos sean los Estados europeos que contemos depende de decisiones debatibles que inciden en la naturaleza misma de los Estados de la época: si los 13 cantones suizos (1513) y las 84 ciudades libres del Imperio otomano (en 1521) se cuentan como entidades diferenciadas o no, si ciertas depedencias técnicamente autónomas de Aragón y Castilla, como Cataluña y Granada, merecen o no reconocimiento, si el mosaico todo de los Países Bajos constituía un sólo Estado (o solamente parte de un Estado) bajo la hegemonía Habsburgo, si los Estados tributarios del Imperio otomano pertenecían individualmente al sistema europeo de Estados en aquellos momentos. Ningún conjunto plausible de definiciones produce menos de 80 unidades diferenciadas o más de 500. Podríamos tomar 200 arbitrariamente como número medio. Las alrededor de 200 entidades políticas europeas formalmente autónomas de la época dominaban un promedio de 15.300 km², aproximadamente el tamaño de los actuales El Salvador, Lesotho y Qatar.

Los cerca de 62 millones de población europea de 1490 estaban divididos en una media de 310.000 personas por Estado. Es claro

que los promedios oscurecen enormes variaciones: una gran cantidad de los Estados menores de Europa y sus poblaciones habrían cabido sin dificultad en el vasto territorio de Rusia. Pese a ello, Europa comenzaba a consolidarse en Estados territorialmente diferenciados organizados en torno a estructuras de poder militar permanentes, y la superioridad militar empezaba a procurar a los grandes Estados mayores probabilidades de supervivencia.

Eran los comienzos, sin duda. En 1490, los ejércitos estaban constituidos en gran medida por mercenarios contratados para las campañas, clientelas de los grandes nobles, y milicias urbanas. Los ejércitos permanentes habían desplazado a las milicias urbanas en Francia y Borgoña, pero en pocos reinos más. Los tributos y las rentas personales seguían ocupando lugar preponderante en las reales rentas. Dentro de los grandes Estados, las comunidades, los gremios, las iglesias y los magnantes regionales conservaban grandes zonas de inmunidad y auto-gobierno. La administración se aplicaba primordialmente a los asuntos militares, judiciales y fiscales. La zona central de Europa seguía repleta de diminutas jurisdicciones. Dado que las ciudades-estado, las ligas de ciudades, los imperios dinásticos, los principados sólo nominalmente vinculados a las grandes monarquías e imperios, y las entidades eclesiásticas del estilo de la Orden Teutónica coexistían todos (si bien contenciosamente) en el continente, no estaba claro que los Estados nacionales, como hoy los conocemos, fueran a convertirse en las organizaciones predominantes de Europa. Hasta el siglo XIX, con las conquistas de Napoleón y la subsiguiente unificación de Alemania y de Italia, la casi totalidad de Europa no se consolidaría en Estados mutuamente excluyentes, con unas fuerzas armadas permanentes y profesionales, un control considerable sobre la población, y áreas de 64.000 km^2 o más.

A lo largo de los siguientes siglos, muchos pactos de guerra y unas cuantas federaciones deliberadas redujeron drásticamente el número de Estados europeos. Durante el siglo XIX su número se estabilizó. A comienzos de 1848, por ejemplo, Europa albergaba entre 20 y 100 Estados, según contabilicemos los 35 miembros de la Confederación Germánica, los 17 Estados papales, los 22 segmentos técnicamente autónomos de Suiza, y unas pocas unidades dependientes, aunque formalmente diferenciadas, como Luxemburgo y Noruega: en el Almanaque de Gotha, conocida guía de nobles y hombres de Estado, la lista alfabética completa comenzaba entonces con los diminutos Anhalt-Bernburg, Anhalt-Dessau y Anhalt-Kothan antes de

pasar a Austria, Baden y Baviera, territorios éstos más sustanciales.

Con la formación del Imperio alemán y el reino de Italia se produjeron importantes consolidaciones. A comienzos de 1890, la lista de Estados se había reducido a unos 30, nueve de los cuales eran miembros del Imperio alemán. A fines de 1918, el recuento estaba en unos 25 Estados diferentes. Aunque las fronteras se modificaron de modo significativo con los acuerdos salidos de la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, el número y la dimensiones de los Estados europeos no cambió en exceso durante el siglo XX. Si, siguiendo a Small y Singer, contamos solamente los Estados suficientemente grandes para ser militarmente importantes de modo independiente, detectamos en efecto una leve inversión de esta tendencia a largo plazo: 21 contendientes al final de las guerras napoleónicas, 26 en 1848, 29 (incluyendo en este caso Malta, Chipre e Islandia) en 1980 (Small y Singer, 1982:47-50).

Frente a los 15.300 km^2 de 1490, los 30 Estados de 1890 controlaban un promedio de 101.000 km^2, lo cual los situaba en la categoría de las actuales Nicaragua, Siria y Tunicia. En lugar de los 310.000 habitantes de 1490, el Estado medio de 1890 tenían alrededor de 7,7 millones. Si los imaginamos como círculos, los Estados pasaron de un radio medio de 88 km a uno de 228 km. Con un radio de 88 km, era muchas veces viable que el gobernante de una sola ciudad controlara su *hinterland* directamente; con 142 millas, nadie podía gobernar sin un aparato de vigilancia e intervención especializado. Además, aunque algunos micro-Estados, como Andorra (281 km^2), Lichtenstein (98), San Marino (38) e incluso Mónaco (1,1), sobrevivieron a aquella gran consolidación, las desigualdades en dimensiones se redujeron radicalmente con el tiempo.

En términos generales, la última parte de Europa en consolidarse en Estados nacionales extensos fue la franja de ciudades-estado que corre desde el norte de Italia, rodea los Alpes y sigue junto al Rin hasta los Países Bajos. La creación sucesiva de Alemania e Italia dejaron aquellas prósperas, pero pendencieras, municipalidades y sus *hinterlands* bajo control nacional. Era como si los europeos hubieran descubierto que, bajo las condiciones prevalecientes desde 1790 aproximadamente, el Estado, para ser viable, exigía un radio de al menos 160 km, y no podía dominar con facilidad un radio superior a las 402 km.

Las ciudades y el capital

Para ver la pauta geográfica con mayor claridad, debemos distinguir entre sistemas de ciudades y sistemas de Estados. Los sistemas de ciudades de Europa representaban las cambiantes relaciones entre concentraciones de capital; sus sistemas de Estados, las cambiantes relaciones entre concentraciones de coerción. Las ciudades europeas formaban una jerarquía dispersa de precedencia comercial e industrial, dentro de la cual unas cuantas congregaciones de ciudades (generalmente agrupadas en torno a un solo centro hegemónico) dominaban claramente sobre las demás en cualquier momento dado. (La jerarquía europea era, ciertamente, sólo parte de una mayor retícula urbana que penetraba profundamente en Asia al comienzo del período, y se extendió a Africa y América con el tiempo. Según la útil simplificación de Fernand Braudel, Venecia, Amberes, Génova, Amsterdam, Londres y Nueva York se situaron sucesivamente en la cúspide del sistema europeo de ciudades desde el siglo XIV al XX.

Para predominar, la cuestión decisiva no era tanto el tamaño como la centralidad en la red europea de comercio, producción y acumulación de capital. Pese a ello, las concentraciones de capital y población urbana coincidían en buena medida para hacer que el *grupo* dominante de ciudades fuera también uno de los mayores. Aplicando un criterio de clasificación por dimensiones y una eliminación bastante arbitraria de fronteras, J. C. Russel ha delineado unas regiones medievales centradas en torno a Florencia, Palermo, Venecia, Milán, Augsburgo, Dijon, Colonia, Praga, Magdeburgo, Lübeck, Gante, Londres, Dublín, París, Toulouse, Montpellier, Barcelona, Córdoba, Toledo y Lisboa. Las ciudades eran más densas y las regiones correspondientemente menores en la franja que va de Florencia a Gante, especialmente en el extremo italiano; como se desprende de la población total de sus diez ciudades mayores, las regiones de Venencia (357.000), Milán (337.000) y Florencia (296.000) estaban a la cabeza del conjunto (Russell, 1972:235). En 1490, según el cómputo más exacto de «potencial urbano» de Jan de Vries, se destacan las regiones centradas aproximadamente en torno a Amberes, Milán y Nápoles como culminaciones del sistema urbano europeo, mientras que en 1790 sólo la zona en torno a Londres (incluidas las regiones al otro lado del Canal de la Mancha) predominaba claramente (De Vries, 1984:160-4).

El sistema de ciudades y el sistema de Estados se extendió de

modo muy desigual por el mapa de Europa. En el año 990, las ciudades eran reducidas y dispersas prácticamente en todas partes al norte de los Alpes. Eran sin embargo más densas, y las relaciones entre ellas más intensas, en una faja que se extendía desde el norte de Bolonia y Pisa a través de los Alpes hasta Gante, Brujas y Londres. Al sur de España y el sur de Italia aparecieron zonas secundarias de concentración urbana. Las tierras mediterráneas albergaban un número significativamente mayor de ciudades que las que bordeaban el Atlántico o el Báltico. Las dos ciudades mayores de Europa eran Constantinopla y Córdoba, no sólo grandes centros comerciales, sino sedes respectivamente del Imperio bizantino y del Califato omeya; cada una de ellas contaba con una población que se acercaba al medio millón de personas (Chandler y Fox, 1974:11). A lo largo del siguiente milenio, la faja central siguió siendo la zona de Europa más intensamente urbanizada, pero se amplió, y su centro de gravedad se trasladó hacia el norte y los grandes puertos atlánticos. A partir de 1300, la franja de ciudades conectadas situadas al norte de los Alpes aumentó desproporcionadamente.

La presencia o ausencia de grupos urbanos significaba profundas diferencias en la vida regional, y configuraba en medida considerable las posibilidades para la formación del Estado. Bajo las condiciones de producción y transporte prevalecientes en Europa antes del siglo XIX, las ciudades mayores estimularon la agricultura comercial en zonas tributarias que abarcaban muchas millas de campiña. La agricultura comercial, a su vez, fomentó, en términos generales, la prosperidad de los comerciantes, los campesinos más acomodados y los pequeños terratenientes, mientras que redujo la capacidad de los grandes propietarios de tierras para dominar a la población de su entorno rural. (Surgía una excepción significativa, no obstante, allí donde la clase dominante urbana poseía grandes extensiones de tierra en el *hinterland,* como era frecuente en las ciudades-estado italianas; en ese caso, caía sobre el campesinado todo el peso del dominio señorial.)

Además, las ciudades incidían fuertemente en la demografía de las regiones circundantes. Hasta hace poco tiempo, la mayoría de las ciudades europeas experimentaban un descenso natural: la tasa de mortalidad superaba a la tasa de natalidad. Como consecuencia, incluso las ciudades estancadas atraían a cantidades considerables de emigrantes de los pueblos y aldeas cercanos, mientras que las ciudades en proceso de crecimiento generaban grandes corrientes mi-

gratorias. Estas corrientes superaban con mucho al déficit urbano en nacimientos añadido a la tasa urbana de crecimiento, dado que todos los sistemas migratorios implicaban una gran cantidad de movimientos de un lado a otro: buhoneros, comerciantes, criados y artesanos oscilaban con frecuencia entre la ciudad y el campo de un año a otro o de una estación a otra. El flujo neto del campo a la ciudad incluía por lo general más mujeres que hombres, con el resultado de que la razón característica entre sexos (varones por cada 100 mujeres) era alta en el campo y baja en la ciudad. Así pues, la ciudad influía incluso en las posibilidades de matrimonio de los habitantes de sus alrededores.

El impacto comercial y demográfico de las ciudades significó una gran diferencia en la formación del Estado. Dejemos a un lado, por el momento, la importancia de las clases dirigentes urbanas y de los capitalistas con base urbana como defensores o contrarios a los esfuerzos para expandir el poder del Estado; más adelante recibirán abundante atención. La existencia de un intenso comercio rural-urbano ofrecía a los gobernantes la oportunidad de recaudar impuestos mediante derechos de aduana y alcabalas, mientras que una economía relativamente comercializada facilitaba también a los monarcas el poder prescindir de los grandes terratenientes al extender el poder real sobre pueblos y aldeas.

Las relaciones entre el campo y la ciudad, además, afectaban la oferta potencial de soldados: podían ser éstos siervos y colonos de los magnates rurales, mercenarios procedentes de regiones de gran movilidad y baja nupcialidad, milicias urbanas o trabajadores sin tierras arrastrados por los escuadrones de leva. Las posibilidades de imponer tributos, el poder de los terratenientes y el abastecimiento de tropas influyeron profundamente en la configuración de los Estados. A través del abastecimiento alimentario, las migraciones, el comercio, las comunicaciones y las posibilidades de trabajo, las grandes agrupaciones urbanas dejaron su impronta en la vida social de las regiones circundantes, influyendo con ello en las estrategias aplicadas por los gobernantes en sus intentos de ampliar el poder del Estado en aquellas regiones. Los períodos de crecimiento urbano no hicieron sino acentuar dichos efectos.

Con algunos riesgos, y una gran desatención a variaciones regionales, podemos dividir en cinco fases el crecimiento urbano europeo desde el año 1000: un período de considerable expansión hasta alrededor de 1350; una época de depresión seguida de una fluctuación

sin tendencia entre 1350 y 1500; una aceleración en el siglo XVI; una disminución de ritmo en el siglo XVII; y por último, una enorme aceleración después de 1750 (Hohenberg y Lees, 1985:7-9). La devastadora difusión de la peste en el siglo XIV marca la transición de la primera a la segunda fase; la navegación ibérica a América, el comienzo de la tercera fase; el crecimiento de la protoindustria a partir de 1600, el inicio de la cuarta; la implosión en las ciudades de capitales, manufacturas, servicios y comercio, el paso de la cuarta a la quinta.

Del siglo XVI al XVIII, muchas regiones europeas, entre ellas los *hinterlands* de Milán, Lyon y Manchester, experimentaron un proceso de protoindustrialización: la multiplicación de pequeñas unidades de manufactura, que incluía la unidad doméstica, y de pequeños comerciantes que las vinculaban a mercados distantes. Durante esta gran expansión industrial, el capital fue en busca de la mano de obra más que lo contrario; la mano de obra rural se proletarizó, en el sentido de que pasó decisivamente al trabajo asalariado, empleando medios de producción de los capitalistas, pero permaneció en las casas y los pequeños comercios. El capital se acumuló entonces grandemente, pero no se concentró excesivamente. Durante los siglos XIX y XX se produjo un movimiento inverso: el capital implosionó, fabricantes y trabajadores se trasladaron a las ciudades y enormes áreas del campo se desindustrializaron. Cada vez más, los fabricantes fueron situándose donde pudieran minimizar los costes de acceso a las materias primas y los mercados para sus productos, suponiendo acertadamente que los trabajadores llegarían hasta ellos a expensas de otra persona. La última explosión de concentración aceleró mucho la urbanización de Europa, y produjo el continente de ciudades que hoy conocemos.

Las ciudades crecieron junto con la población de Europa en general, y el número de centros urbanos se multiplicó en consecuencia, aun cuando la proporción de población urbana permaneció constante; por la actual evidencia, simplemente no podemos saber si la población europea se hizo realmente más urbana antes de 1350. Sea como fuere, la proporción de población residente en las ciudades no aumentó dramáticamente hasta el siglo XIX. Según las mejores estimaciones existentes, la proporción que vivía en lugares de 10.000 almas o más era en torno al 5 % en el 990, el 6 % en 1490, el 10 % en 1790 y el 30 % en 1890, frente al casi 60 % actual (Bairoch, 1985:182, 282; De Vries, 1984:29-48).

Las etapas de urbanización reflejaban la historia del capital europeo. Durante siglos enteros, la mayor parte del capital líquido de Europa estuvo en manos de pequeños comerciantes que operaban diseminados por todo el continente, bien comerciando con artículos producidos en otros lugares, bien orientando la manufactura de productores formalmente independientes de aldeas, pueblos y pequeñas ciudades. Los grandes capitalistas, como los de Génova, Augsburgo y Amberes, tenían un papel decisivo a la hora de vincular a Europa con el resto del mundo, pero tan sólo retenían una pequeña parte del capital que estaba en movimiento.

Antes de 1490, la evidencia dispersa que existe dificulta la presentación de exposiciones cuantitativas más detalladas. Las estimaciones de Paul Bairoch y la reciente compilación de evidencia sobre la urbanización europea desde 1500 de Jan de Vries permiten, no obstante, algunos cómputos simples pero significativos. El cuadro 2.1 muestra la insignificante tasa a largo plazo de crecimiento urbano antes de 1490, la aceleración del siglo XVI, la disminución del XVII y la extraordinaria urbanización a partir de 1790. Hacia 1980, la barrera de los 10.000 habitantes había perdido todo sentido (de ahí las cifras especulativas del cuadro), y no menos de 390 ciudades tenían 100.000 habitantes o más. En efecto: las estadísticas de 1980 sitúan un 34,6 % de la población en ciudades de al menos 100.000 habitantes. La gran aceleración del crecimiento urbano comenzó des-

CUADRO 2.1. *La urbanización desde el 990 hasta 1980 en la Europa al oeste de Rusia*

	990	1490	1590	1690	1790	1890	1980
Número de ciudades de 10.00 o más habitantes	111	154	220	224	364	1.709	5.000?
Población en ciudades de 10.000 o más habitantes (millones)	2,6	3,4	5,9	7,5	12,2	66,9	250?
Tasa de crecimiento por ciento anual desde la fecha anterior	—	0,1	0,6	0,2	0,5	1,7	1,5?
Porcentaje de población en ciudades de 10.000 +	4,9	5,6	7,6	9,2	10,0	29,0	55?
Kilómetros cuadrados por ciudad (miles)	27,5	19,8	13,8	13,7	8,4	17,7	0,6

Fuente: De Vries, 1984:29-48, y Bairoch, 1985:182.

pués de 1790 con la concentración de capitales del siglo XIX, el aumento en la escala de los centros de trabajo y la creación de los transportes de masas. Pero a lo largo de la mayor parte del período posterior a 1490, fueron reduciéndose las dimensiones de los *hinterlands* propios con que podían contar las ciudades.

Interacción entre ciudades y Estados

Las tendencias divergentes de ciudades y Estados alteraron ciertos ratios cruciales. En el 990 d. de C., con miles de unidades parecidas a Estados, es muy posible que Europa no tuviera más que una ciudad de 10.000 habitantes por cada 20 ó 30 «Estados». En 1490, existía una de estas ciudades por cada uno o dos Estados. En 1890, el mítico Estado promedio tenía unas sesenta ciudades de 10.000 habitantes o más. Este cambio por sí solo implicaba alteraciones fundamentales en las relaciones entre gobernantes y gobernados: alteración en las técnicas de control, alteración en las estrategias fiscales, alteración en la demanda de servicios, alteración en las medidas políticas.

Las ciudades modelan los destinos de los Estados ante todo como contenedores y puntos de distribución de capitales. Mediante el capital, las clases dirigentes urbanas extienden su poder por todo el *hinterland* urbano y sobre vastas redes comerciales. Pero las ciudades varían en cuanto a la cantidad de capital que controlan sus oligarquías; la Amsterdam del siglo XVII hizo que la otrora gloriosa ciudad de Brujas pareciera insignificante. El hecho de que las ciudades sean focos de acumulación de capital, además, da a sus autoridades políticas acceso a capitales y créditos, y predominio sobre unos *hinterlands* que, si son capturados o cooptados, pueden también servir a los fines de los monarcas. Adam Smith expuso este hecho central con claridad:

> Un país que abunde en comerciantes y manufactureros... abunda también por fuerza en la índole de persona que tiene simpre capacidad para adelantar, si así lo deseara, grandes sumas de dinero al gobierno.
>
> (Smith, 1910 [1778]:II,392)

Si así lo deseara: tras esta puntualización yacen siglos de contienda entre reyes y capitalistas. Ahora bien, Adam Smith tenía ra-

zón plena al destacar las ventajas financieras de los Estados que operaban en regiones de capitales abundantes.

Los Estados por su parte operan ante todo como contenedores y movilizadores de medios de coerción, en especial de fuerza armada. Actualmente, la formación del Estado del bienestar, del Estado regulatorio y del Estado que invierte una gran cantidad de sus esfuerzos interviniendo en asuntos económicos, han mitigado y oscurecido la centralidad de la coerción. A lo largo del milenio han consumido, por lo general, la mayor parte de los presupuestos del Estado, y las fuerzas armadas han solido representar la rama más robusta de gobierno

Las diferencias entre las geografías europeas de la formación del Estado y de la construcción de ciudades planteaban un arduo problema a todo gobernante en potencia. Basándonos en Paul Hohenberg y Lynn Lees, podemos trazar una divisoria tosca entre las ciudades como *lugares centrales* y como puntos de una *red urbana;* todas las ciudades pertenecen a ambos sistemas, pero la importancia relativa de estos dos tipos de relaciones varía extraordinariamente de una ciudad a otra (Hohenberg y Lees, 1985: cap. 2). El sistema jerárquico de lugares centrales actúa como mediador en el flujo de productos ordinarios —como los alimentos y la ropa— entre las poblaciones de una región contigua; las materias primas y los productos poco elaborados tienden a ascender por esta jerarquía de puntos centrales hacia los grandes poblamientos que sirven a un mercado más extenso, mientras que los artículos refinados y especializados —sobre todo los producidos fuera del sistema regional— tienden a descender desde los lugares grandes hacia los pequeños. En gran parte de la historia que examinamos, los productores primarios, comerciantes locales, vendedores ambulantes y mercados públicos periódicos llevaban una gran parte de los artículos vendidos hasta sus consumidores.

Las redes urbanas, por otra parte, unen los centros de nivel más alto de distintos sistemas regionales, en ocasiones separados entre sí por miles de kilómetros. Aunque en Europa la madera, el trigo, la sal y el vino eran transportados a grandes distancias mucho antes del 1500, las redes urbanas se especializaron desde muy pronto en el intercambio de artículos ligeros y costosos, como las especias y la seda. Los comerciantes y financieros que disponían de buenos capitales tenían un lugar preponderante en las redes urbanas de Europa. Durante muchos siglos, lo que Philip Curtin denomina diás-

poras comerciales tuvieron un papel decisivo: grupos mercantiles geográficamente dispersos, como los de judíos, armenios o genoveses, que tenían en común lengua, religión, parentesco y (algunas veces) origen geográfico, y que redujeron la inseguridad del comercio internacional proporcionándose mutuamente crédito, información de mercados y trato preferente (Curtin, 1984). Incluso cuando las diásporas comerciales no establecían vínculos decisivos entre centros lejanos, los comerciantes dispersos solían mantener relaciones con sus colegas por medio de viajes, correspondencia personal, mantenimiento de representantes locales y contactos con conocidos mutuos.

El gobernante que ejerce la coerción puede, con un cierto esfuerzo, capturar la totalidad del territorio de una o más jerarquías de lugares centrales, e incluso rehacer la jerarquía para hacerla corresponder de modo aproximado con los límites de su Estado; en el siglo XVI había surgido una correspondencia aproximada entre Inglaterra y el sistema de punto central de Londres, entre Francia y el sistema de punto central de París. Pero es raro y difícil hacer coincidir un Estado con el contorno de una red urbana de grandes distancias. Las federaciones del estilo de la Liga Hanseática y los imperios marítimos como Venecia y Portugal se aproximaron durante algún tiempo, pero se hallaron compitiendo o negociando con soberanos territoriales que reclamaban sus derechos sobre uno u otro de los puestos comerciales de avanzada de aquéllos; la consolidación del Imperio otomano, que atravesaba las rutas comerciales más lucrativas de Venecia, condenó a muerte al espectacular imperio mercantil levantado por los venecianos durante los siglos XII y XIII. Los Estados territoriales cuyos mercaderes se dedicaban al comercio a larga distancia, por otra parte, siempre se vieron enfrentados a poderosos actores económicos cuyas relaciones externas no lograron nunca controlar por completo y para los cuales era relativamente fácil huir con sus capitales a otro emplazamiento comercial si las exigencias del gobernante se hacían intolerables. La perdurable discrepancia entre las geografías de la coerción y del capital garantizó que las relaciones sociales en torno a ellas evolucionaran de maneras distintas.

En Europa en general, las alteraciones en el control ejercido por el Estado sobre capital y coerción entre el 900 d. de C. y el presente han seguido dos arcos paralelos. En un principio, durante la época de *patrimonialismo*, los monarcas europeos, por lo regular, obtenían el capital que precisaban, en forma de tributos o arrendamientos, de

las tierras y poblaciones bajo su inmediata autoridad; a menudo, con severos límites contractuales en cuanto a las cantidades que podían exigir. En el período de *mediación* (sobre todo entre 1400 y 1700 aproximadamente), recurrieron fuertemente a capitalistas formalmente independientes para sus préstamos, para la administración de empresas productoras de rentas y para la recaudación de impuestos. Hacia el siglo XVIII, no obstante, había llegado el momento de la *nacionalización;* muchos soberanos empezaron a incorporar el aparato fiscal directamente a la estructura del Estado y a reducir drástimacamente la participación de contratistas independientes. Aproximadamente en el último siglo, la edad de la *especialización* ha producido una más nítida separación entre organización fiscal y organización militar y una mayor participación de los Estados en la supervisión del capital fijo.

Por la parte de la coerción se produjo una evolución similar. Durante el período de patrimonialismo, los monarcas obtenían la fuerza armada de servidores, vasallos y milicias que les debían servicio personal, pero también con considerables límites contractuales. En los años de *mediación* (una vez más, especialmente entre 1400 y 1700) recurrieron progresivamente a fuerzas mercenarias suministradas por contratistas que retenían una considerable libertad de acción. Después, durante la nacionalización, los soberanos absorbieron ejércitos y armadas directamente en la estructura administrativa del Estado, prescindiendo con el tiempo de mercenarios extranjeros y contratando o reclutando la mayor parte de sus tropas entre su propia ciudadanía. A partir de mediados de siglo XIX, en una fase de especialización, los Estados europeos han consolidado un sistema de ejércitos de ciudadanos respaldados por grandes burocracias civiles y han separado de ellos las fuerzas policiales especializadas en el empleo de la coerción fuera de la guerra.

Llegado el siglo XIX, la mayoría de los Estados europeos habían absorbido tanto las fuerzas armadas como los mecanismos fiscales; con ello redujeron las funciones gubernamentales de los arrendadores de impuestos, los contratistas militares y otros intermediarios independientes. Los gobernantes siguieron entonces negociando los créditos, las rentas, el potencial humano y los requisitos indispensables para la guerra con las clases capitalistas y otras clases sociales. Esta negociación, a su vez, creó nuevas y numerosas exigencias sobre el Estado: pensiones, pagos a los pobres, educación pública, planificación urbana y muchas otras. Con este proceso, los Estados de-

jaron de ser máquinas de guerra magnificadas para convertirse en organizaciones de fines múltiples. Sus esfuerzos por controlar coerción y capital se mantuvieron, pero junto a una amplia gama de actividades regulatorias, compensatorias, distributivas y protectivas.

Antes del siglo XIX, los Estados se diferenciaban marcadamente en el ritmo y la intensidad relativos de los dos principales procesos de cambio. El Estado holandés arrendó grandes ejércitos y marinas durante un siglo o más, inició precozmente la administración estatal de las finanzas, pero conservó durante mucho tiempo sus compromisos con los capitalistas de Amsterdam y de otras ciudades comerciales. En algunos momentos, en efecto, el Estado holandés se disolvió en los gobiernos de sus grandes municipios. En Castilla, por otra parte, prevalecieron las fuerzas de tierra —muchas veces contratadas fuera de España—; allí, la monarquía captó el crédito de los comerciantes, haciéndoles rentistas y recurriendo a las rentas coloniales para reembolsarlos. Portugal, Polonia, las ciudades-estado italianas y los Estados del Sacro Imperio Romano siguieron combinaciones de estos dos arcos, creando con ello estructuras de Estado claramente diferentes.

Fisiologías de los Estados

¿Por qué siguieron los Estados europeos trayectorias tan distintas, dirigiéndose, no obstante, todos ellos en dirección a una mayor concentración con respecto a capital y coerción? Hay dos secretos que explican en gran medida esta complejidad. El primero es la competencia continua y agresiva en pos de comercio y territorios entre Estados cambiantes de dimensiones desiguales, lo que convirtió a la guerra en una de las fuerzas motoras de la historia europea. El segundo reside en lo que Gabriel Ardant denominaba la «fisiología» del Estado: aquellos procesos mediante los cuales adquiere y asigna los medios para llevar a cabo sus principales actividades. Durante la mayor parte de la historia que aquí nos ocupa, los medios decisivos eran especialmente coercitivos, los medios de la guerra. Los medios coercitivos tenían evidentemente parte en la acción bélica (atacar a contrincantes exteriores), la construcción del Estado (atacar a los contrincantes interiores) y la protección (atacar a los enemigos de las clientelas del Estado). Los medios coercitivos participaban también en las acciones estatales de extracción (obtener los medios para

la actividad del Estado entre la población subordinada) y de arbitraje (dirimiendo litigios entre los miembros de la población). Sólo cuando se trataba de producción y distribución no constituían los medios coercitivos soportes primordiales de la actividad del Estado; e incluso entonces, el grado de coerción variaba de un Estado a otro. Donde los Estados establecían sus propios monopolios sobre la producción de sal, armas y productos del tabaco, por ejemplo, lo hacían generalmente sirviéndose de la fuerza de las armas; el contrabando suele convertirse en tal contrabando cuando los gobernantes deciden monopolizar la distribución del producto en cuestión.

En los medios coercitivos se unen las armas y los hombres que conocen su uso. (Y me refiero a *hombres;* en la experiencia europea, las mujeres han tenido una parte asombrosamente insignificante en la construcción y el uso de la organización coercitiva, un hecho que con seguridad contribuye a explicar su posición subordinada dentro del Estado.) A los agentes del Estado les resulta más fácil concentrar la coerción, y evitar que lo hagan los demás, en la medida en que a) la producción de armas implica un conocimiento esotérico, materiales raros o grandes capitales, b) son escasos los grupos con capacidad independiente para movilizar grandes cantidades de hombres y c) son pocos los que conocen los secretos para combinar armas y hombres. A la larga, los soberanos de los Estados europeos aprovecharon todas estas circunstancias para avanzar hacia el monopolio de las mayores concentraciones de medios coercitivos de sus territorios: ejércitos, fuerzas policiales, armas, prisiones y tribunales.

Los Estados utilizaban la coerción concentrada en una serie de modos diversos. Durante los primeros siglos posteriores al 990 d. de C., los reyes pocas veces contaban con una fuerza armada bajo su control directo muy superior a la de sus principales servidores. La logística de alimentar y mantener hombres armados hacía que la creación de ejércitos permanentes fuera prohibitivamente costosa. El ejército real consistía normalmente en la pequeña fuerza permanente del rey, más otros soldados salidos de manera sólo temporal de la vida civil ante la convocatoria de los reales servidores. La presencia del rey reforzaba las relaciones personales entre los guerreros: «Era norma general que el rey capitaneara en persona toda campaña importante. La edad no era impedimento; Otto III tenía 11 años cuando dirigió a su ejército contra los sajones (991), y Enrique IV tenía 13 años cuando fue a guerrear contra los húngaros en 1063» (Contamine, 1984:39). Los reales ejércitos en campaña se mantenían en

gran medida de requisas (a devolver, en teoría, por la tesorería real) y del pillaje (sin restitución alguna); la diferencia entre ambos fue, sin duda alguna, borrosa durante muchos siglos.

Las ciudades solían formar milicias de ciudadanos para vigilar las murallas, patrullar las calles, intervenir en conflictos públicos y batallar de vez en cuando contra los enemigos de la ciudad o del reino. Las milicias municipales españolas eran un caso excepcional: éstas tuvieron una función central en la Reconquista de la Iberia musulmana por parte de los reyes cristianos, un hecho que queda reflejado en los grandes poderes otorgados a los municipios, dominados por la nobleza, tras la Reconquista, y en la cristalización de la distinción entre caballero (soldado de a caballo) y peón (soldado de a pie) en una perdurable y general división social (Powers, 1988). En otros lugares, los reyes procuraron, en general, limitar la fuerza armada independiente a disposición de los ciudadanos, por la excelente razón de que era más que probable que éstos emplearan la fuerza en beneficio propio, sin excluir la resistencia a las regias peticiones.

Estas diversas fuerzas militares se enfrentaban a muchos grupos de hombres armados que no operaban bajo autoridad directa del rey: entre otros, los servidores de señores particulares no movilizados a la sazón en el servicio real, bandidos (muchas veces soldados desmovilizados, que continuaban el pillaje sin el beneplácito real), y piratas (que frecuentemente actuaban bajo protección real o ciudadana). La acumulación de medios coercitivos era modesta pero estaba muy extendida; la concentración era leve. Aun así, los gobernantes estaban haciendo más que nadie para concentrar la coerción.

Con el tiempo, los Estados llegaron a gestionar fuerzas armadas múltiples, todas ellas burocratizadas y más o menos integradas en la administración nacional. Incluso España, notable por sus repetidas devoluciones de poderes del Estado a sus agentes y sus grandes nobles, realizó insistentes esfuerzos para separar las fuerzas armadas de su entorno civil. Felipe II, por ejemplo, situó deliberadamente bajo la directa autoridad del gobierno unas fuerzas armadas cuyo mando había sido casi posesión privada de los grandes durante el reinado de su padre, Carlos V. Hacia 1580:

> la totalidad del sistema militar había sido restituido a la Corona y era dirigido por ministros reales; las galeras de España, Nápoles y Sicilia, tras una breve y fracasada vuelta a la contratación en 1574-76, quedaron una vez más bajo la *administración:* el aprovisionamiento de las flotas mediterráneas y

las guarniciones del norte de Africa quedaron bajo la competencia del comisariado español de Sevilla, las industrias de armas y los fabricantes de nitrato bajo estricta supervisión real, y la fabricación de pólvora fue monopolio real.

(Thompson, 1976:6-7)

Durante el siguiente medio siglo, las exigencias de financiación y administración obligaron a España a volver a una amplia contratación y al control local; pese a todo, las fuerzas armadas operaron desde entonces como ramas claras y diferenciadas del Estado nacional. En efecto, en el siglo XIX el ejército español había adquirido una diferenciación y autonomía tales, que pudo intervenir repetidamente en la política nacional como fuerza aparte (Balbé, 1983).

En España y otros lugares surgió desde pronto una nítida división entre ejército y armada, y ésta se mantuvo. A escala nacional, la división entre ejército (comúnmente especializado en combatir otras fuerzas armadas) y fuerzas policiales (especializadas, sobre todo, en el control de personas o grupos pequeños, desarmados o con armas ligeras) no se generalizó hasta bastante tarde: el siglo XIX, en la mayoría de los países. Por entonces la acumulación de fuerza coercitiva era grande, concentrada y, por ende, muy desigual. Al llegar el siglo XIX, los Estados habían logrado armarse de forma impresionante, y casi desarmar a la población civil.

En la figura 2.6 se ofrece un esquema de la relación entre ciudades y Estados como interacción entre capital y coerción. Por encima de la diagonal, la coerción superaba al capital; por debajo, el capital sobrepasaba a la coerción. La diferenciación es aplicable a ciudades individuales; de modo característico, los puertos de Europa como Amsterdam o Barcelona nadaban en capital, mientras que disponían de escuetos aparatos coercitivos; las sedes de monarcas como Berlín o Madrid, por su parte, tenían una posición mucho más alta con respecto a la coerción que al capital.

La diferenciación es también aplicable al entorno del Estado. La dirección general que siguieron los cambios en Europa, a lo largo del milenio, describía sin duda una diagonal hacia concentraciones cada vez mayores tanto de capital como de coerción. Pero los distintos Estados siguieron vías diferentes dentro de esta misma dirección general. Brandenburgo-Prusia se desarrolló en un entorno rico en coerción y pobre en capital, y mostró las huellas de este primer entorno incluso cuando extendió su dominio sobre las ciudades ca-

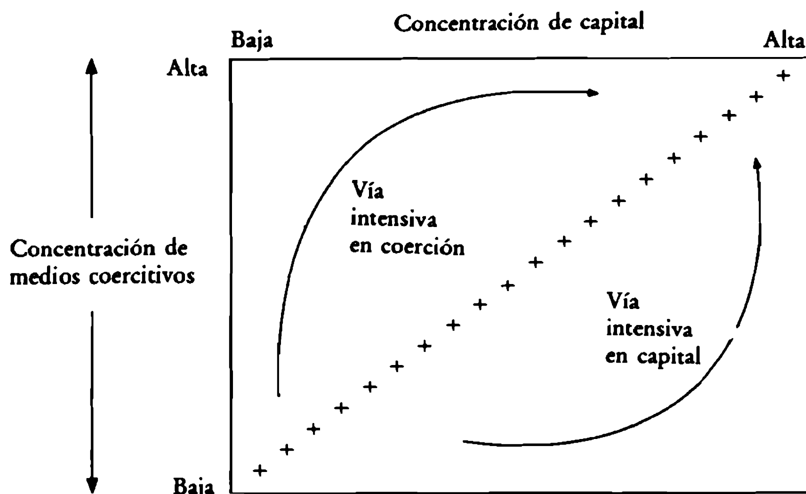


FIGURA 2.6. *Vías alternativas de cambio en la concentración de capital y la concentración de poderes coercitivos en Europa, 1000-1800*

pitalistas de Renania. Dinamarca tuvo casi siempre mayores concentraciones de capital a su disposición que el resto de Escandinavia, e invirtió menor cantidad de esfuerzo estatal en la construcción de su potencial militar.

Los Caballeros Teutónicos (la Orden del hospital de Santa María de Jerusalén) siguieron una vía irregular: de cruzados dedicados al saqueo en Tierra Santa (y, por ello, muy metidos en el mundo piratesco del comercio oceánico) a fines del siglo XII, a gobernadores de una buena porción de Transilvania durante el siglo XIII y conquistadores y colonizadores de la Prusia pagana, donde gobernaron al estilo de los grandes nobles terratenientes desde aproximadamente el 1300 hasta entrado el siglo XVI. Estos Caballeros cruzaron la divisoria que separaba la formación del Estado intensiva en capital de la intensiva en coerción en un período de alrededor de 30 años. Los Caballeros de Malta (conocidos también sucesivamente como Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén y Caballeros de Rodas) también zigzaguearon, pero terminaron en una situación muy distinta:

... orden religiosa nacida en Tierra Santa hacia el 1100, pero casi inmediatamente transformada en orden militar para la defensa de los Estados latinos

de oriente, inició después su carrera marítima al retirarse a Chipre (1291) y más tarde a Rodas (1309), y se vio por último forzada a dedicarse de pleno a esta vocación al instalarse en Malta como Estado soberano bajo la soberanía del Rey de Sicilia en 1530.

(Fontenay, 1988a:362)

Al dedicarse a la piratería legalizada desde su base de Malta, estos Caballeros siguieron un rumbo más intensivo en capital que sus vecinos de antaño en Tierra Santa. Así pues, podemos imaginar el diagrama como un mapa de las múltiples vías seguidas por los diferentes Estados europeos en sus diversas interacciones con las ciudades de su territorio.

El diagrama capital-coerción encarna la argumentación que se esbozaba en el primer capítulo: que los gobernantes más poderosos de una región dada fijaban los términos de la guerra para todos los demás; los pequeños gobernantes se veían ante la disyuntiva de ceder a las demandas de los vecinos poderosos o invertir esfuerzos enormes en la preparación de la guerra. La guerra y su preparación implicaban a los mandatarios en la extracción de los medios bélicos entre aquellos que poseían los recursos esenciales —hombres, armas, provisiones o el dinero para adquirirlos— y que eran renuentes a entregarlos sin fuertes presiones o compensaciones. Dentro de los límites establecidos por las demandas y las recompensas de otros Estados, la extracción y la lucha por los medios bélicos crearon las estructuras organizativas centrales de los Estados. La organización de las principales clases sociales dentro del territorio de un Estado, y sus relaciones con éste, influyeron significativamente en las estrategias empleadas por los gobernantes para extraer recursos, las resistencias que debían vencer, la lucha resultante, los tipos de organizaciones perdurables que la extracción y la lucha crearon y, por consiguiente, la eficacia en la extracción de recursos.

La organización de las grandes clases sociales y sus relaciones con el Estado variaban considerablemente entre las regiones de Europa intensivas en coerción (zonas de pocas ciudades y predominio agrícola, donde la coerción directa desempeñaba un papel importante en la producción), y las regiones intensivas en capital (zonas de ciudades múltiples y predominio comercial, donde prevalecían los mercados, el intercambio y la producción orientada al mercado). Las demandas al Estado de las principales clases, y su influencia en éste, variaban en consonancia. El éxito relativo de las diversas estrategias

extractivas, y las estrategias aplicadas en efecto por los gobernantes, por ende, variaban significativamente entre las regiones intensivas en coerción y las intensivas en capital.

Como consecuencia, las formas organizativas de los Estados siguieron trayectorias claramente diferentes en estas diversas partes de Europa. El tipo de Estado que prevaleció en un período y zona determinados de Europa varió mucho. Hasta fines del milenio no ejercieron los Estados nacionales una clara superioridad sobre las ciudades-estado, los imperios y otras formas de Estado comunes en Europa. No obstante, la creciente escala de la guerra y la urdimbre del sistema europeo de Estados mediante la interacción comercial, militar y diplomática dieron al fin ventaja en la acción bélica a aquellos Estados que podían desplegar grandes ejércitos permanentes; los Estados con acceso a una combinación de grandes poblaciones rurales, capitalistas y economías comercializadas ganaron al fin. Estos fijaron los términos de la guerra, y su forma de Estado se convirtió en la predominante en Europa. Por último, los Estados europeos convergieron en dicha forma: el Estado nacional.

Dentro de cada una de las vías trazadas en el diagrama capital-coerción, los primeros pasos condicionaron los posteriores. Si las clases dirigentes urbanas tuvieron un papel importante en la inicial consolidación de un Estado dado (como en Holanda), mucho tiempo después este Estado mostraba su impronta en forma de instituciones burguesas. Si un Estado se había originado en la conquista de poblaciones en gran medida rurales (como ocurrió con los sucesivos imperios rusos), siguió ofreciendo escaso campo de acción a cualesquiera ciudades que crecieran en su interior; en estas regiones se formaron grandes noblezas, al otorgar los monarcas privilegios fiscales y sustanciales jurisdiccionales locales a los señores armados a cambio de su servicio militar intermitente.

Liaisons dangereuses

Durante la mayor parte del último milenio, las ciudades y Estados europeos han establecido toda una serie de *liaisons dangereuses,* relaciones de amor-odio en las que cada uno se hacía simultáneamente indispensable e insoportable para el otro. Las ciudades y sus capitalistas obtenían una protección indispensable para su actividad comercial e industrial de los especialistas en coerción que dirigían

los Estados, pero temían, con razón, su injerencia en sus ganancias y el desvío de sus recursos hacia la guerra, la preparación de ésta o el pago de guerras pasadas. Los Estados y los militares dependían de los capitalistas con sede urbana para obtener los medios económicos con que reclutar y sostener la fuerza armada, pero no sin motivo se sentían preocupados por la resistencia al poder del Estado engendrada por las ciudades, sus intereses comerciales y sus clases trabajadoras. Las ciudades y los Estados hallaron el terreno para una difícil negociación en el trueque de protección por acceso a capital, pero hasta el siglo XIX esta clase de negociación fue siempre frágil.

En nuestros días, es difícil imaginar las maquinaciones de Mesina, la ciudad más mercantil de Sicilia, en el siglo XVII. Sicilia se ha convertido en un lugar tan emblemático de atraso, que tendemos a olvidar los muchos siglos de gloria siciliana en que fue sede de brillantes reinos, panera del Mediterráneo y objeto de rivalidad entre las grandes potencias. Sicilia —una vez musulmana, después normanda— había quedado bajo dominio aragonés en 1282, y había pasado a ser propiedad de España con la formación de la monarquía unificada en el siglo XVI. Las oligarquías comerciantes de Mesina sufrieron quebrantos bajo el gobierno español, que entorpeció su acceso a los mercados extranjeros y, en especial, su control sobre la exportación de seda siciliana, en beneficio de intereses dinásticos. En 1674, España (vagamente aliada a Holanda) estaba en guerra con Francia (vagamente aliada, por el momento, a Inglaterra). Las autoridades de Mesina cerraron sus puertas a las tropas españolas, pidieron ayuda a Francia, a Inglaterra y al Imperio otomano, apostaron por una Sicilia independiente gobernada desde Mesina por un rey extranjero, solicitaron que su puerto quedara libre de aduanas y abrieron los brazos a un gobernador francés de Sicilia y a sus soldados.

Pasados tres años, no obstante, los mesineses se hartaron de la ocupación francesa, mientras los franceses perdían su entusiasmo por mantener un mando militar entre una población desleal. Cuando los franceses se marcharon y las principales familias huyeron, los comerciantes que quedaron formaron una guardia cívica y vitorearon la vuelta de la soberanía española (Mack Smith, 1968a:225-230). En Sicilia y otros lugares, los pactos entre Estado y ciudad se rompían con facilidad cuando los sucesos externos alteraban la posición militar del Estado, o la posición comercial de las ciudades, y cuando uno u otro lado tiraba excesivamente de la cuerda de sus privilegios.

Gobernantes y capitalistas habían de renegociar constantemente sus posiciones relativas.

No todos los dúos Estado-ciudad mantenían, sin embargo, la misma relación. Muy al contrario: las pautas variaban acusadamente de una a otra parte de Europa, y cambiaron fuertemente con el paso de los siglos. Venecia creó su propio imperio comercial y sólo posteriormente emprendió la conquista de territorio continental, los nobles polacos impidieron el crecimiento de sus ciudades, mientras que París, pese a sus muchas rebeliones, sirvió bien a la monarquía francesa.

Volviendo al diagrama capital-coerción, podríamos esbozar la historia de una serie de zonas europeas como se hace en la figura 2.7. Así, pues, según el diagrama, el Estado polaco se movía en un entorno rico en coerción y pobre en capital, y sufrió un descenso real en ambos tipos de concentraciones cuando los grandes nobles se hicieron con sus propias porciones de coerción y capital. Los Estados escandinavos se iniciaron, por lo general, entre sustanciales concentraciones de coerción, y con el tiempo avanzaron hacia niveles más altos de control sobre el capital concentrado. Los Estados alemanes pequeños, las ciudades-estado italianas y la República holandesa, por el contrario, comenzaron sus trayectorias en presencia de considerables concentraciones de capital pero una fuerza armada débil e intermitente, avanzando sólo gradualmente hacia estructuras militares permanentes y concentradas.

Las posiciones de las ciudades dentro de las jerarquías de mercados (mercados internacionales, mercados regionales, mercados exclusivamente locales y demás) guardan una correlación aproximada con su tamaño, su impacto demográfico sobre su *hinterland*, la cantidad de acumulación de capitales y su capacidad para construir y controlar una amplia esfera de influencia. Todo ello incidía, a su vez, fuertemente, en el atractivo relativo de las diversas ciudades como fuentes de capital para la construcción de ejércitos y la formación del Estado, la autonomía de sus clases dirigentes con respecto a constructores del Estado en potencia y en acto y la fuerza de sus instituciones representativas. Por término medio, cuanto más alta su posición como mercado, tanto mayores las probabilidades de que, dentro de sus relaciones con los gobernantes nacionales, la oligarquía de la ciudad actuara como igual indispensable y gozara de amplios derechos de representación.

En consecuencia, las grandes ciudades mercantiles y las ciudades-

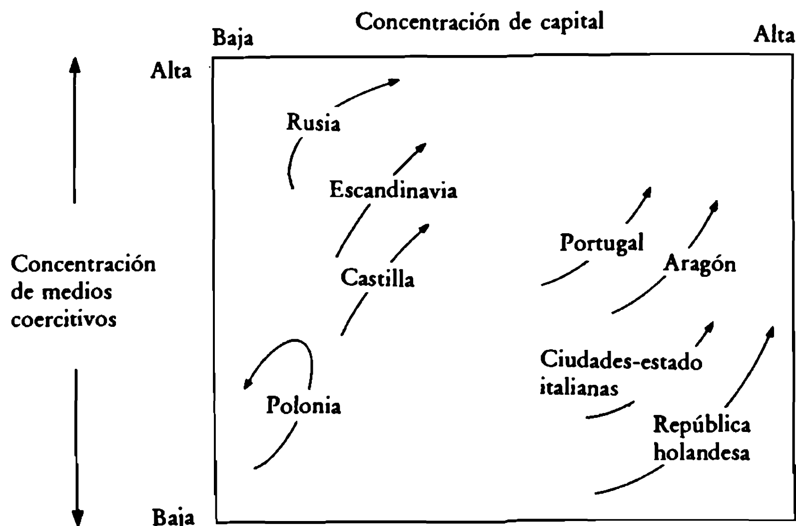


FIGURA 2.7. *Trayectorias hipotéticas de diversos Estados*

estado presentaron mayor resistencia efectiva a la penetración de los Estados nacionales que las ciudades de regiones predominantemente agrarias. Con máxima frecuencia, los Estados tan sólo lograron un auténtico control de las principales ciudades mercantiles cuando éstas empezaron a perder su posición predominante en los mercados internacionales. Y aun entonces, importantes ciudades mercado consiguieron incorporar al aparato del Estado una mayor cantidad de sus estructuras de poder municipal que los centros mercantiles locales y regionales, y una presencia abundante de ciudades-estado retardó por lo general la formación de los Estados nacionales. A falta de capitales disponibles, por otra parte, los gobernantes construyeron inmensos aparatos para extraer recursos de la renuente ciudadanía.

Con importantes excepciones, la Reforma protestante se concentró en la franja europea de ciudades-estado, y en un principio ofreció una base de resistencia ante la autoridad de los Estados centralizadores. Entre las excepciones figuran el católico norte de Italia, donde la iglesia romana no perdió nunca su gran influencia, así como las protestantes Hungría y Bohemia, zonas profundamente rurales donde estaban ya surgiendo variantes populistas del cristianismo mucho antes de la Reforma. En muchos lugares, notablemente Inglaterra y

los países nórdicos, los gobernantes fomentaron y cooptaron sus propias versiones de la Reforma, que establecía un extenso control estatal sobre el aparato religioso y una estrecha cooperación entre el clero y los funcionarios seglares en la administración local. En otros puntos (como en los Países Bajos), el protestantismo proporcionó una atractiva base doctrinal para resistirse a la autoridad imperial, especialmente la autoridad cimentada en la afirmación de un real privilegio de sanción divina. Ante la difusión del protestantismo popular, el gobernante tenía tres opciones: abrazarlo, cooptarlo o luchar contra él.

Dentro del Sacro Imperio Romano, la división entre principados oficialmente católicos y protestantes y el peligro de que un gobernante —en pos de fines dinásticos, solaz religioso o un motivo para enfrentarse al emperador— cambiara su fe, se convirtieron en origen constante de disputas durante el siglo XVI. El Tratado de Westfalia, que terminó con la Guerra de los Treinta Años en 1648, incluía una cláusula según la cual todo gobernante que cambiara de religión perdería su derecho a la corona. Desde aquel momento en adelante, las diferencias religiosas fueron siempre importantes en la política interior europea, pero se redujeron rápidamente como origen de guerras.

En general, surgieron voluminosas iglesias de Estado (ya fueran protestantes, católicas u ortodoxas) allí donde el propio Estado había construido grandes burocracias civiles y militares en el proceso de formar una fuerza armada. En término generales, la población de zonas de capital concentrado se resistió a la imposición de formas de culto ordenadas por el Estado con la misma fortuna con que obstruyó el primer desarrollo de los Estados nacionales.

Londres e Inglaterra constituyen el desmentido evidente a la oposición teórica entre actividad capitalista y poder del Estado. En Inglaterra se formó un Estado considerable en fecha relativamente temprana pese a la presencia de una formidable ciudad mercantil, y aquél mantuvo una iglesia de Estado hegemónica hasta entrado el siglo XIX. Adviértanse, no obstante, ciertas características decisivas de la experiencia inglesa. La monarquía adquirió amplios poderes antes de que Londres se convirtiera en importante centro internacional; en este sentido, Inglaterra se asemejaba a Escandinavia más que a los Países Bajos. El parentesco, el comercio y las finanzas, sin embargo, crearon estrechos lazos entre los comerciantes de Londres y la nobleza y pequeña nobleza del país; la ciudad de Londres ob-

tuvo representación directa en el Parlamento y, a través del *Livery*, una voz semiautónoma en los asuntos reales. En estos aspectos, Inglaterra se parecía a los Países Bajos más que a Escandinavia. Finalmente, a partir del siglo XVII, el Estado que fue conformándose vio el poder real progresivamente contenido por la representación unida de terratenientes y burguesía, esto es, el Parlamento. Así pues, Inglaterra supo avanzar una cierta distancia por las dos grandes vías de formación del Estado.

Formas alternativas del Estado

La experiencia de otros territorios indica que el foco de negociación en torno a los medios para la guerra incidió fuertemente en las formas de representación que surgieron. En Portugal, que dependía en gran medida del comercio ultramarino para las reales rentas, encontramos pocas instituciones representativas de ningún tipo, salvo por la fuerte presencia del gobierno municipal de Lisboa como interlocutor. En el Aragón del siglo XVI se observa una similar relación de Barcelona con la Corona: su influyente *Consell de Cent* podía prescindir del virrey y parlamentar directamente con el rey en Madrid, pero nunca tuvo poder para dominar todo Aragón, y mucho menos toda España. En Castilla advertimos el poder otorgado a las Cortes, un instrumento de los grandes nobles y de las oligarquías de 18 ciudades. En general, también las instituciones urbanas parecen haberse convertido más fácilmente en parte de la estructura del Estado allí donde predominaban los capitalistas.

Los Estados en que los capitalistas y las instituciones burguesas desempeñaban papeles preponderantes, tenían una gran superioridad cuando se trataba de movilizar capital rápidamente para guerras costosas. Pero siguieron siendo vulnerables a las retiradas de este capital y a las peticiones de protección comercial. La República holandesa ilustra claramente los costes y beneficios del predominio capitalista. Por una parte, los holandeses no tenían dificultad para reunir fondos para la guerra; a corto plazo, mediante préstamos de sus ciudadanos más acaudalados, a largo plazo, por medio de derechos de aduana e impuestos sobre la venta de todo, desde el marfil a las bebidas alcohólicas ('t Hart, 1986, 1989a, 1989b, y Schama, 1975); y todo ello lo realizaron sin crear grandes estructuras de Estado. Las grandes flotas holandesas, entre ellas las marinas privadas de las Compañías

de la India Oriental y Occidental, se convertían rápidamente en una formidable armada. Pero hasta que las principales provincias (en especial Holanda) accedían a pagar, la República no podía acometer ni una guerra, ni ningún otro gran esfuerzo; y era frecuente que no accedieran. La superioridad militar de esta clase de Estados variaba con la índole de guerra predominante: fue grande históricamente en la guerra naval, menos en la artillería y la caballería, y una rémora a largo plazo en las tácticas de ejércitos masivos.

Las fuerzas militares permanentes redujeron (pero en modo alguno eliminaron) las oleadas de peticiones de medios bélicos, aumentando con ello la superioridad de los Estados con créditos a largo plazo y amplias bases fiscales. Los Estados como Prusia, Francia y Gran Bretaña —a menudo considerados modelos de formación eficaz del Estado— unieron la cooptación de nobles y de comerciantes, construyeron ejércitos (y armadas) permanentes en una época de tácticas a base de fuerzas masivas —desde la Guerra de los Treinta Años hasta las guerras napoleónicas— y crearon, en consecuencia, sustanciales burocracias centrales. Los contrastes entre estos modelos clásicos, sin embargo, ocupaban tan sólo una estrecha faja en la totalidad del espectro de formación de los Estados europeos.

Al movilizarse para las guerras revolucionarias francesas y las guerras napoleónicas, la mayoría de los Estados europeos se expandieron y se centralizaron. Al final de las guerras todos se redujeron en alguna medida —aunque no fuera más que por la desmovilización de los millones de soldados que estaban movilizados en 1815—, pero sus presupuestos, su personal y los niveles de actividad siguieron siendo mucho más elevados de lo que habían sido en 1790. La guerra en Europa y fuera de ella continuó siendo el mayor estímulo al aumento en los gastos del Estado. Ahora bien, durante el siglo XIX se produjeron varios cambios decisivos en la formación del Estado. La gran implosión de capital y mano de obra ocurrida en ciudades y pueblos planteó a los gobernantes unos riesgos y unas oportunidades a los que no habían tenido que enfrentarse anteriormente: los riesgos de una acción obrera colectiva concentrada, y oportunidades de extracción y control como nunca habían existido. El ámbito de la actividad del Estado se amplió inmensamente en toda Europa; el progreso de la navegación, la construcción de carreteras y ferrocarriles, la acción policial, la creación de escuelas, el establecimiento de servicios de correos, la regulación de las relaciones entre capital y mano de obra pasaron a ser todos ellos actividades habituales del

Estado y ocasiones para incorporar especialistas al servicio estatal. Surgieron y se multiplicaron los funcionariados civiles.

Simultáneamente, en el proceso de negociar directamente con la población subordinada impuestos generalizados, servicios militares y cooperación con las disposiciones del Estado, la mayor parte de los Estados dieron dos pasos más de profunda importancia: un movimiento hacia el gobierno directo que redujera el papel de los patronos locales o regionales y llevara representantes del Estado nacional a toda comunidad, y una expansión de las consultas populares en forma de elecciones, plebiscitos y legislaturas. Ambas cosas fomentaron el nacionalismo tanto en el sentido de la identificación popular con los objetivos del Estado (para la mayoría), como (para la minoría) en el sentido de oponerse a las demandas de uniformidad e integración, una oposición en nombre de grupos lingüísticos y culturales diferenciados. El Estado omnipresente, las pugnas en torno a sus gobernantes y su política, la formación de serios competidores presupuestarios a las fuerzas armadas y muchas otras características de los Estados, que hoy día consideramos naturales, surgieron con la integración en el Estado de la población en general ocurrida en el siglo XIX. Los Estados europeos, pese a sus diferencias en las relaciones entre el Estado y la economía, comenzaron a converger en un modelo de burocracia, de intervención y de control.

El análisis implícito en el diagrama capital-coerción muestra las múltiples vías de formación del Estado y la final convergencia en Estados con altas concentraciones tanto de capital como de coerción. Este análisis contribuye a reformular y responder la pregunta inicial: *¿qué es lo que explica la gran variación en el tiempo y el espacio de los tipos de Estados que han prevalecido en Europa desde el 990 d. de C., y por qué acabaron los Estados europeos por converger en diferentes variantes del Estado nacional?* Son tres las respuestas: el acceso relativo al capital concentrado y a los medios coercitivos concentrados, en diferentes regiones y períodos, influyó de modo significativo en las consecuencias organizativas de la acción bélica; hasta recientemente sólo sobrevivieron aquellos Estados que no perdieron terreno en la guerra frente a otros Estados, y, por último, a largo plazo, el carácter cambiante de la guerra dio superioridad militar a los Estados que pudieron formar unas fuerzas militares grandes y permanentes con su propia población, y éstos fueron, en medida creciente, los Estados nacionales.

El razonamiento del capital y la coerción sugiere también algunas

soluciones posibles a los problemas históricos que se desprenden de esta cuestión general. *¿Qué es lo que explica la pauta prácticamente concéntrica de la formación del Estado europeo?* Ello refleja la irregular distribución espacial del capital y, por consiguiente, diferencia a los Estados relativamente grandes pero pobres en capital que bordeaban el continente, del enjambre de entidades menores, de índole estatal y ricas en capital, que proliferaban cerca de su centro. Es una diferencia que distingue a los Estados exteriores, como Suecia y Rusia, que pasaron sus años formativos con concentraciones relativamente grandes de coerción y relativamente pequeñas de capital, de los Estados interiores, como Génova y Holanda, cuyo caso era el contrario, y de los Estados intermedios, como Inglaterra y Francia, en que las concentraciones de capital y coerción se desarrollaron al unísono.

¿Por qué, pese a sus claros intereses en sentido contrario, aceptaron con frecuencia los gobernantes la formación de instituciones que representaban a las principales clases dentro de sus jurisdicciones? En realidad, los gobernantes procuraron evitar la creación de instituciones que representaran a grupos que no fueran su propia clase y, en ocasiones, lo consiguieron durante períodos de tiempo considerables. A largo plazo, no obstante, dichas instituciones fueron el precio y el resultado de haber negociado con diversos miembros de la población subordinada la obtención de los medios necesarios para la actividad del Estado, en especial los medios para hacer la guerra. Los reyes de Inglaterra no *querían* que se formara un Parlamento y que éste asumiera poderes cada vez mayores; hubieron de ceder ante los barones, después el clero, la nobleza y la burguesía en sus esfuerzos por persuadirles de que reunieran los fondos para la acción bélica.

¿Por qué variaban tanto los Estados europeos con respecto a la incorporación de las oligarquías e instituciones urbanas? Los Estados que hubieron de contender desde un principio con oligarquías e instituciones urbanas, incorporaron por lo general dichas oligarquías e instituciones a la estructura de poder nacional. Por lo común, las instituciones representativas aparecieron en Europa por primera vez cuando los gobiernos locales, regionales o nacionales tuvieron que negociar con grupos de súbditos que poseían poder suficiente para inhibir el funcionamiento de aquel gobierno, pero que no bastaba para derrocarlo (Blockmans, 1978). Donde el gobierno en cuestión era un Estado más o menos autónomo y los grupos de súbditos eran oligarquías urbanas, los ayuntamientos municipales e instituciones

similares se convirtieron, por regla general, en elementos integrales de la estructura del Estado. Donde predominaba una sola ciudad, surgió una forma muy eficaz de Estado: la ciudad-estado o la ciudad-imperio. Ahora bien, la ciudad-estado y la ciudad-imperio se apagaron cuando los ingentes ejércitos reclutados entre la población del propio Estado se convirtieron en la clave para una guerra victoriosa.

¿Por qué pasó el poder comercial y político de las ciudades-estado y las ciudades-imperio del Mediterráneo a los Estados grandes y las ciudades relativamente subordinadas del Atlántico? Aquéllas no sólo declinaron porque el control de una fuerza armada ingente y permanente fuera haciéndose progresivamente más crucial para la buena fortuna de un Estado en política y economía por igual. Cuando, a fines del siglo XVI, España, Inglaterra y Holanda empezaron a enviar grandes naves armadas al Mediterráneo para comerciar y piratear (no había gran diferencia entre ambos), las ciudades-estado como Ragusa, Génova y Venecia comprobaron que su anterior confianza en la ligereza, las conexiones y la astucia no bastaba ya para evitar inmensas pérdidas comerciales. Los propietarios de grandes barcos capacitados para los viajes oceánicos prolongados fueron los ganadores, tanto en términos comerciales como militares (véase Guillerm, 1985, y Modelski y Thompson, 1988).

¿Por qué perdieron importancia las ciudades-estado, las ciudades-imperio, las federaciones y organizaciones religiosas como tipos prevalecientes de Estado en Europa? Dos cosas ocurrieron. Primero, la comercialización y la acumulación de capital en los Estados mayores redujeron la superioridad de que habían disfrutado los pequeños Estados mercantiles, que anteriormente habían podido obtener grandes préstamos, gravar eficazmente y confiar en su propio poder marítimo para contener a los grandes Estados del interior. En segundo lugar, la guerra se modificó finalmente de modo tal que hizo de su soberanía, a pequeña escala y fragmentada, un claro inconveniente, y fueron desplazados por los grandes Estados. Las repúbicas florentina y milanesa se desmoronaron bajo el peso de las exigencias militares de los siglos XV y XVI. Así fue como un organizador profesional de ejércitos mercenarios, Francesco Sforza, se convirtió en duque de Milán en 1450, antes de que sus descendientes perdieran su ducado a manos de Francia (1499) y más tarde de España (1535).

En Florencia, la renovada república vivió hasta 1530, pero después unió sus fuerzas a las del Papa y el Emperador Carlos V ocupó

su *contado,* obligó a la ciudad a rendirse (pese a sus fortificaciones, recomendadas por una comisión encabezada por Nicolò Micchiavelli y construidas bajo la dirección de Michelangelo Buonarotti), e instaló a los Medici como duques. Con las excepciones parciales de Venecia y Génova, que conservaron cierta distinción como potencias marítimas, la era de los grandes ejércitos, la artillería pesada y las amplias fortificaciones relegaron a las ciudades-estado italianas a la extinción, la subordinación o una supervivencia precaria en los intersticios de las grandes potencias.

¿Por qué dejó de ser la guerra mera conquista en pos de tributos y lucha entre receptores de tributos armados, para convertirse en batallas sostenidas entre ejércitos y armadas ingentes? Esencialmente por las mismas razones: con las innovaciones organizativas y técnicas en la acción bélica de los siglos XV y XVI, los Estados con acceso a grandes cantidades de hombres y capitales consiguieron una clara superioridad, y o bien hicieron retroceder a los receptores de tributos o les impusieron unas pautas de extracción que formaron una estructura de Estado más perdurable. Durante los siglos XV y XVI, el Estado ruso realizó la transición cuando Ivan III e Ivan IV utilizaron las recompensas en tierras para ligar a burócratas y soldados a un servicio prolongado al Estado. Durante el siglo XVIII, la capacidad de los Estados populosos, como Gran Bretaña y Francia, para levantar inmensos ejércitos entre sus propios ciudadanos les procuró los medios para sojuzgar a los Estados menores.

Si este análisis es correcto, crea a su vez sus propios enigmas: ¿por qué, por ejemplo, perduró tanto tiempo el fragmentado Sacro Imperio Romano en medio de monarquías belicosas en proceso de consolidación? ¿Por qué no desapareció entre las fauces de los Estados grandes y poderosos? Y También, ¿qué clase de lógica habría podido pronosticar que la comercial Novgorod —una ciudad mercantil cuyos patricios ejercían control sobre un extenso *hinterland* propio— habría cedido ante la principesca Moscú? La posición geopolítica y la mutua neutralización de las principales potencias debieron sin duda desempeñar un papel más importante de lo que implica mi sencilla formulación. Ambos tienen un lugar destacado en posteriores capítulos. Pese a todo, la línea argumentativa resumida en el diagrama capital-coerción nos invita a reconsiderar la formación del Estado europeo en términos de la interacción entre ciudades y Estados, y con ello capta algunas regularidades generales en la formación del Estado. Es una clara mejoría frente a la idea de que la

formación del Estado inglés, francés o prusiano (o las generalizaciones sobre los tres) constituye el proceso esencial, y los demás, simples intentos atenuados o fracasados de seguir la misma vía.

A lo largo de los siglos anteriores al XIX, no obstante, los Estados habían divergido, al configurar sus fuerzas armadas en situaciones con unas relaciones capital-coerción muy diferentes. Las vías alternativas hacia la formación del Estado, a su vez, produjeron formas distintas de resistencia y rebelión, estructuras de Estado diferentes y sistemas fiscales dispares. Si así fue, los debates conocidos sobre la transición del feudalismo al capitalismo y la aparición del Estado nacional se han concentrado en exceso en las experiencias de Francia, Inglaterra y unos pocos Estados extensos más, olvidando entre tanto un importante determinante del carácter de los Estados. En Polonia, los grandes nobles terratenientes dominaron tanto a los capitalistas como a los reyes, pero eran prácticamente inexistentes en Holanda. El «feudalismo» de Florencia y su *contado* difería tan intensamente del «feudalismo» de Hungría que apenas parece conveniente incluirlas a las dos bajo el mismo término.

Y, ante todo, la importancia relativa de ciudades, financieros y capitales en una zona de formación del Estado influyó significativamente en los tipos de Estados que allí se configuraron. La movilización para la guerra tuvo efectos considerablemente diferentes dependiendo de la presencia o ausencia de capitales y capitalistas sustanciales. Una mirada más pormenorizada al verdadero funcionamiento de los Estados europeos —de lo que se ocupará el siguiente capítulo— podrá aclarar por qué era tan decisivo el acceso y la forma de los capitales para la preparación de la guerra y por qué ésta, a su vez, configuró la estructura organizativa perdurable de los Estados.

En los capítulos 3 y 4 se desatenderá a la variación geográfica dentro de Europa en pro de situar firmemente en el tiempo los grandes cambios experimentados en la guerra, la estructura política y la lucha interna. Los capítulos 5 y 6 (sobre las vías alternativas para la formación del Estado y la evolución del sistema internacional de Estados) dedicará, por el contrario, mayor atención a las variaciones entre los diversos tipos de Estados, antes de que el capítulo 7 contraste la experiencia histórica europea con el carácter que la formación del Estado tiene en el mundo contemporáneo.

Capítulo 3

DE COMO LA GUERRA FORJO ESTADOS, Y VICEVERSA

La bifurcación de la violencia

Pese a la actual interrupción de la guerra abierta entre las grandes potencias mundiales, el siglo XX se ha clasificado ya como uno de los más belicosos de la historia humana. Desde 1900, según un esmerado cómputo, el mundo ha visto 237 nuevas guerras —civiles e internacionales— en cuyas batallas han muerto al menos 1.000 personas al año; hasta el año 2000, la extrapolación de estas sombrías cifras suma unas 275 guerras y 115 millones de muertos en batalla. Las muertes civiles podrían alcanzar con facilidad la misma cantidad. El sangriento siglo XIX sólo engendró 205 guerras y ocho millones de muertos; el belicoso siglo XVIII, simplemente 68 guerras y cuatro millones de muertes (Silvard, 1968:26; véase también Urlanis, 1960). Estas cifras se traducen en unas tasas de mortalidad por 1.000 habitantes de aproximadamente 5 en el siglo XVIII, 6 en el XIX y 46 —ocho a nueve veces más— en el XX. De 1480 a 1800 surgía un conflicto internacional de dimensiones considerables en algún punto cada 2 ó 3 años, de 1800 a 1944 cada 1 ó 2 años, a partir de la Segunda Guerra Mundial cada 14 meses aproximadamente (Beer, 1974:12-15; Small y Singer, 1982:59-60, y Cusack y Eberwein, 1982).

La era nuclear no ha retardado esta tendencia de muchos siglos hacia guerras cada vez más frecuentes y mortíferas.

El que los occidentales, por lo general, piensen que no es así, probablemente se deba a que la guerra se ha hecho más infrecuente entre las grandes potencias: es decir, Francia, Inglaterra, Austria, España y el Imperio otomano en 1500; y hoy día Francia, el Reino Unido, la Unión Soviética, Alemania Occidental, Estados Unidos y China; con categorías intermedias. Las guerras con participación directa de las grandes potencias han descendido, por término medio, en frecuencia, duración y número de Estados contendientes desde el siglo XVI. También se han hecho, como cruel compensación, cada vez más duras —especialmente si contamos el número de muertes por mes o por año (Levy, 1983:116-49)—. Entre las potencias menores, hay cada vez más guerras, pero guerras moderadamente pequeñas; entre las grandes potencias, cada vez menos guerras, pero progresivamente más mortíferas.

Podemos interpretar las diferencias entre la experiencia bélica de las grandes potencias y la de otros Estados en clave optimista o pesimista. En clave optimista, podríamos suponer que las grandes potencias han hallado al fin modos para dirimir sus diferencias menos costosos que las incesantes guerras y que lo mismo acabará por ocurrirle a los demás Estados. En clave pesimista, podríamos concluir que las grandes potencias han exportado la guerra al resto del mundo y han ahorrado sus propias energías para destruirse mutuamente en estallidos concentrados. En cualquiera de las dos modalidades vemos un mundo cada vez más beligerante, en que los Estados más poderosos disfrutan de una exención parcial de guerras en sus propios territorios, y por ello, quizá se hayan hecho menos sensibles a los horrores de la guerra.

El problema no es, sin embargo, que la gente en general se haya hecho cada vez más agresiva. Al hacerse el mundo más belicoso, la violencia interpersonal fuera de la esfera del Estado ha descendido por regla general (Chesnais, 1981; Gurr, 1981; Hair, 1971; Stone, 1983). Al menos ello parece ser aplicable a los países occidentales, los únicos hasta el momento para los que contamos con series largas de datos. Pese a que los reportajes de nuestra prensa diaria sobre asesinatos, violaciones y violencia colectiva puedan sugerir lo contrario, las probabilidades de morir de muerte violenta a manos de algún otro civil han disminuido enormemente.

Las tasas de homicidio en la Inglaterra del siglo XIII, por ejem-

plo, eran alrededor de 10 veces superiores a la de hoy, y posiblemente el doble de las de los siglos XVI y XVII. Las tasas de asesinato descendieron con particular rapidez desde el siglo XVII al XIX. (Debido a que Estados Unidos tiene la tasa nacional de homicidio más alta del mundo occidental, con diferencia, puede que resulte más difícil a los norteamericanos apreciar hasta qué punto se ha hecho infrecuente la violencia interpersonal en otros lugares; en la mayoría de los países occidentales el suicidio es de 10 a 20 veces más alto que el asesinato común, mientras que la tasa de homicidio entre la población norteamericana se aproxima a la tasa de suicidio.) Si no fuera por la guerra, la represión estatal, los coches y el suicidio, las probabilidades de una muerte violenta de cualquier tipo serían incomparablemente más bajas en la mayoría de los países occidentales actualmente de lo que eran hace 200 ó 300 años.

Puede que algunos pensadores como Michel Foucault y Marvin Becker tengan razón al atribuir parte del cambio a inmensas alteraciones de mentalidad. Pero no hay duda de que una importante contribución fue la originada por la creciente tendencia de los Estados a administrar, controlar y monopolizar los medios efectivos de violencia. En la mayor parte del mundo, la actividad del Estado ha creado un sorprendente contraste entre la violencia de la esfera estatal y la relativa falta de violencia de la vida civil externa al Estado.

De cómo los Estados controlaron la coerción

Los Estados europeos han sido los primeros en crear dicho contraste. Y lo han hecho construyendo temibles medios coercitivos propios y privando a la población civil de acceso a estos medios. En su mayoría, los Estados recurrieron fuertemente al capital y los capitalistas cuando reorganizaron la coerción. Pero los diversos Estados lo hicieron en modos llamativamente diferentes.

No se debe subestimar la dificultad e importancia del cambio. Durante la mayor parte de la historia europea, el hombre común (una vez más, importa la forma masculina de la palabra) ha dispuesto por lo general de armas mortales; dentro de cualquier Estado dado, además, los poderosos locales y regionales han tenido casi siempre el control sobre unos medios concentrados de fuerza que, unidos, podían igualar y aún superar a los del Estado. Durante mucho tiempo, los nobles de muchos lugares de Europa tenían el derecho legal

a librar guerras particulares; los *Usatges* catalanes del siglo XII registraban específicamente dicho derecho (Torres i Sans, 1988:13). Los bandidos (muchas veces secciones licenciadas de ejércitos privados o públicos) florecieron en gran parte de Europa hasta el siglo XVII. En Sicilia, esos empresarios de la violencia, protegidos y controlados, que se han denominado *mafiosi*, han aterrorizado a la población rural hasta nuestros días (Blok, 1974; Romano, 1963). Ha habido gentes exteriores al Estado que se han beneficiado ampliamente de su propiedad privada de medios violentos.

Desde el siglo XVII, no obstante, los gobernantes han logrado inclinar la balanza de modo decisivo tanto frente a los ciudadanos particulares como frente a los poderosos que rivalizaban con ellos dentro de sus Estados. Han logrado que el recurso a las armas sea delictivo, impopular y poco práctico para la mayoría de sus ciudadanos, han proscrito los ejércitos privados y han hecho que nos parezca normal que los agentes armados del Estado se enfrenten a la población civil desarmada. Al haberse aferrado a la posesión privada de armas de fuego, Estados Unidos se aparta de los restantes países occidentales y paga el precio en tasas de muertes por armas de fuego cientos de veces superiores a las de sus compañeros europeos; en la proliferación de armas privadas, Estados Unidos se asemeja más al Líbano o Afganistán que a Gran Bretaña u Holanda.

El desarme de la población civil se produjo a lo largo de una serie de pequeños pasos: la incautación general de armas al final de las rebeliones, la prohibición del duelo, los controles sobre la producción de armas, la introducción de licencias para las armas privadas, las restricciones sobre el despliegue público de fuerza armada. En Inglaterra, los reyes Tudor suprimieron los ejércitos privados, redujeron el poder soberano de los grandes nobles en toda la frontera escocesa, contuvieron la violencia aristocrática y eliminaron las fortalezas-castillo que antaño anunciaban el poder y autonomía de los grandes magnates ingleses (Stone, 1965:199-272). Luis XIII, el monarca del siglo XVII que, con ayuda de Richelieu y Mazarino, reconstruyó la fuerza armada del Estado francés, probablemente demolió más fortalezas de las que construyó. Pero las levantó en las fronteras y las destruyó en el interior. Para someter a los magnates y a las ciudades que se resistían a su gobierno, lo habitual fue que desmantelara sus fortificaciones, redujera sus derechos a portar armas y con ello disminuyera las posibilidades de toda futura rebelión seria.

Al mismo tiempo, la expansión de la propia fuerza armada del Estado comenzó a eclipsar al armamento disponible para sus rivales del interior. La distinción entre política «interior» y «exterior», en su día muy poco clara, se hizo nítida y determinante. Se fortaleció el vínculo entre acción de guerra y estructura del Estado. La históricamente debatible definición del Estado formulada por Max Weber —«el Estado es una comunidad humana que se arroga (con éxito) el *monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio dado*» (Gerth y Mills, 1946:78)— empezó a tener sentido al fin para los Estados europeos.

El modo exacto en que se procedió al desarme civil dependió del entorno social: en las regiones urbanas, el establecimiento de tareas policiales rutinarias y la negociación de acuerdos entre las autoridades municipales y nacionales desempeñaron papeles importantes, mientras que en las regiones dominadas por los grandes señores el licenciamiento de los ejércitos privados, la eliminación de castillos amurallados y con foso y la prohibición de *vendettas* se realizaron unas veces por cooptación y otras por guerra civil. Unido al aumento continuado de la fuerza armada del Estado, el desarme de la población civil incrementó enormemente la proporción de medios coercitivos en manos del Estado, frente a los accesibles a rivales o enemigos interiores de los que a la sazón detentaban el poder del Estado. En consecuencia, resulta casi imposible que una facción disidente se haga con el poder en un Estado europeo sin la colaboración activa de alguna sección de las propias fuerzas armadas estatales (Chorley, 1943; Russell, 1974).

La creación de fuerza armada por parte del soberano generaba estructuras de Estado perdurables. Y ello tanto porque el ejército se convirtió en una organización importante dentro del Estado como porque su construcción y mantenimiento originaron organizaciones complementarias: tesorerías, servicios de abastecimiento, mecanismos de conscripción, negociados fiscales y muchas otras. La principal agencia de recaudación de impuestos de la monarquía prusiana surgió con un Comisariado General de la Guerra. Durante la parte final de siglo XVII, los sucesivos gobiernos republicanos y monárquicos de Inglaterra, dispuestos a contrarrestar la potencia naval francesa y holandesa, elevaron los astilleros reales a la categoría de la mayor industria concentrada del país. Las organizaciones que sirvieron para levantar imperios, como fue la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, se convirtieron en elementos enormemente influyentes

de sus gobiernos nacionales (Duffy, 1980). Desde el 990 d. de C., las grandes movilizaciones para la guerra proporcionaron las ocasiones primordiales para que los Estados se expandieran, consolidaran y crearan nuevas formas de organización política.

La guerra

¿Por qué hubo guerras? El hecho central y trágico es simple: la coerción *funciona;* los que aplican una considerable fuerza sobre sus congéneres consiguen acatamiento, y de dicho acatamiento derivan las múltiples ventajas del dinero, los bienes, la deferencia y el acceso a placeres negados a los menos poderosos. Los europeos seguían una lógica generalmente aceptada de provocación de la guerra: todo el que controlaba medios coercitivos sustanciales intentaba mantener una zona de seguridad dentro de la cual pudiera disfrutar de los beneficios de la coerción, además de una zona fortificada de amortiguación, cuyo mantenimiento posiblemente suponía pérdidas, para proteger la zona de seguridad. Unas fuerzas policiales o su equivalente eran depositarias de la coerción en la zona de seguridad, mientras los ejércitos vigilaban la zona de amortiguamiento y se aventuraban en su exterior; los príncipes más agresivos, como Luis XIV, redujeron la zona de amortiguación a una frontera estrecha pero fuertemente armada, mientras que sus vecinos más débiles o más pacíficos recurrían a zonas de amortiguación más extensas y a las vías fluviales. Cuando aquella operación triunfaba durante algún tiempo, la zona de amortiguación se convertía en zona de seguridad, lo cual impulsaba al que ejercía la coerción a adquirir una nueva zona de amortiguación en torno a la anterior. En la medida en que las potencias adyacentes seguían la misma lógica, el resultado era la guerra.

Pero algunos términos de la guerra variaban. La forma particular de hacer la guerra de todo Estado dependía de tres factores estrechamente relacionados: el carácter de sus principales rivales, los intereses exteriores de sus clases dominantes y la lógica de la acción protectora emprendida por los Estados en beneficio de sus propios intereses y los de sus clases dominantes. Cuando los rivales eran navegantes comerciantes, simplemente se continuaron la piratería y el corso; al margen de la situación oficial de paz o guerra, mientras que allí donde vivían hombro con hombro potencias agrarias domi-

nadas por grandes nobles, las contiendas por la tierra y la mano de obra —especialmente en momentos de sucesiones disputadas— precipitaban el recurso a las armas con mucha mayor frecuencia. Cuando había pequeñas potencias marítimas que dominaban grandes imperios ultramarinos, la protección de sus intereses les inducía a vigilar las rutas marinas, y con ello a inevitables batallas con otros que ansiaban el mismo comercio. Debido a que la constelación de rivalidades, el carácter de las clases dominantes y las exigencias de protección se modificaron de modo fundamental en los mil años que examinamos, las causas características de la guerra cambiaron también.

La coerción siempre es relativa; cualquiera que controle los medios de coerción concentrados corre el riesgo de perder superioridad cuando un vecino amasa sus propios medios. Antes de 1400, en Europa, el control de la mayoría de los Estados por parte de grupos emparentados entre sí agravaba la competencia. Donde los soberanos formaban un grupo de parentesco, la tendencia de los grupos de parentesco florecientes a expandirse y buscar emplazamientos para el creciente número de sus descendientes fomentaba la conquista, y con ello agudizaba las rivalidades. La endogamia entre los miembros de las familias regentes multiplicó, además, la afirmación de su derecho a todo trono vacante por parte de estas poderosas dinastías. En la fragmentada soberanía de Europa, los rivales —fueran o no parientes— estaban siempre cercanos, pero casi siempre era también posible una coalición para evitar que cualquier centro dado pudiera expandirse indefinidamente.

Durante mucho tiempo, además, los grandes Estados como Borgoña e Inglaterra albergaron siempre rivales *interiores* de la soberanía vigente, grupos armados que tenían también algún derecho a gobernar, y que en ocasiones servían como aliados implícitos o explícitos de enemigos exteriores. En China, una vez se hubo formado el vasto aparato imperial, el ensanchado imperio tenía muchos enemigos, pero ningún rival verdadero ni dentro ni fuera de sus territorios. Los mongoles amenazaban constantemente las fronteras septentrionales de China, y de modo intermitente lanzaban devastadoras correrías dentro del imperio, pero sólo una vez lograron tomarlo. En general, los mongoles eran más hábiles para exigir tributos de lo que habrían sido para dirigir el aparato del Estado por sí mismos. Las dinastías chinas se desplomaron cuando la capacidad administrativa del imperio rebasó sus posibilidades, cuando los señores de la guerra se or-

ganizaron en los intersticios del imperio y cuando invasores móviles (en especial manchúes) cayeron sobre el territorio imperial y se apoderaron de los resortes de poder. China se convirtió en gran tierra de rebeliones y guerras civiles, pero no de guerras entre múltiples Estados. En cuanto a éstas, Europa se llevaba la palma.

A largo plazo, las guerras europeas se hicieron más letales y menos frecuentes. Fundándose en el innovador trabajo de Pitirim Sorokin, Jack Levy ha compilado un catálogo de las mayores guerras en que han participado las grandes potencias —europeas o no— desde 1495 hasta 1975 (véase cuadro 3.1). Su catálogo, que exige un mínimo de 1.000 muertes en batalla por año, es mucho más breve que el intento de Evan Luard de elaborar una lista amplia de todas las guerras sustanciales durante un período similar, pero Levy establece criterios de inclusión más claros y proporciona más detalles sobre las guerras que en efecto incluye (véase Levy, 1983; Luard, 1987). A lo largo de los siglos, el número de guerras de las grandes potencias, su duración media y la proporción total de años transcurridos en guerra han descendido todos de modo impresionante (Levy, 1983:88-91, 139). En la lista de William Eckhard de todo tipo de guerras —de grandes potencias u otras, internacionales y civiles, todas juntas— figuran 50 en el siglo XVIII, 208 en el XIX y 213 en el XX hasta 1987 (Eckhardt, 1988:7; Sivard, 1988:28-31).

CUADRO 3.1. *Guerras con participación de grandes potencias*

Siglo	Número de guerras	Duración media de las guerras (años)	Proporción de años transcurridos en guerra (%)
XVI	34	1,6	95
XVII	29	1,7	94
XVIII	17	1,0	78
XIX	20	0,4	40
XX[a]	15	0,4	53

[a] Hasta 1975.
Fuente: Levy, 1983, y Luard, 1987.

Además, la intensidad de la guerra se alteró considerablemente. La figura 3.1 capta algunas de las alteraciones mediante un recurso

inspirado por el análisis de huelgas: una figura sólida cuyo volumen representa el número total de muertes en acción sufrido por las grandes potencias anualmente y cuyas tres dimensiones muestran los componentes del total de muertes en acción. Los tres componentes son: número de muertes en acción por Estado participante en guerras de grandes potencias durante el año promedio; número de Estados participantes en dichas guerras durante el año promedio; número medio de guerras por Estado-año de participación. Así: *muertes en acción por año* = muertes en acción por Estado × Estado-años por guerra × guerras por año que es lo que muestra el sólido.

Examinando un siglo tras otro, vemos que el número de muertes por Estado en guerras de grandes potencias va ascendiendo desde menos de tres mil al año durante el siglo XVI a más de doscientas veintitrés mil en el XX. El número medio de Estados implicados en guerras de grandes potencias se elevó desde el 9,4 del siglo XVI hasta el 17,6 del XVIII, para volver a descender a 6,5 en el XX. (Esta subida y bajada revela el fenómeno de la guerra generalizada entre la mayoría o todas las grandes potencias, compensado en los siglos XIX y XX por la tendencia de los Estados occidentales a iniciar o intervenir en conflictos locales fuera de Occidente.) Por último, el número de guerras en transcurso durante un año dado por Estado contendiente se redujo desde el siglo XVI al XVIII, y después se mantuvo estable: 0,34, 0,29, 0,17, 0,20 y 0,20. Es decir, que en el siglo XVI todo Estado participante en guerras de grandes potencias estuvo en guerra al menos un año de cada tres aproximadamente (0,34); durante el siglo XX, un año de cada cinco (0,20).

Como consecuencia de todos estos cambios, el volumen mismo de las muertes anuales de las grandes potencias se elevó fuertemente de 9.400 en el siglo XVI a 290.000 en el XX. Si pudiéramos incluir las muertes de la población civil y las acaecidas entre soldados de potencias menores, la inflación sería sin duda aún más rápida. Con la aviación, tanques, misiles y bombas nucleares, el total de muertes en las guerras de siglo XX oscurece las de anteriores siglos.

Estas cifras son sólo aproximadas, pero hacen patente la fuerte participación de los Estados europeos (que, del siglo XVI al XIX, constituían casi la totalidad de las grandes potencias mundiales) en la guerra, un siglo tras otro. Indican así mismo que la preparación para la guerra, su financiación y la reparación de sus daños ha preocupado a los gobernantes durante los cinco siglos que examinamos. En los cinco siglos anteriores a 1500, además, los Estados europeos

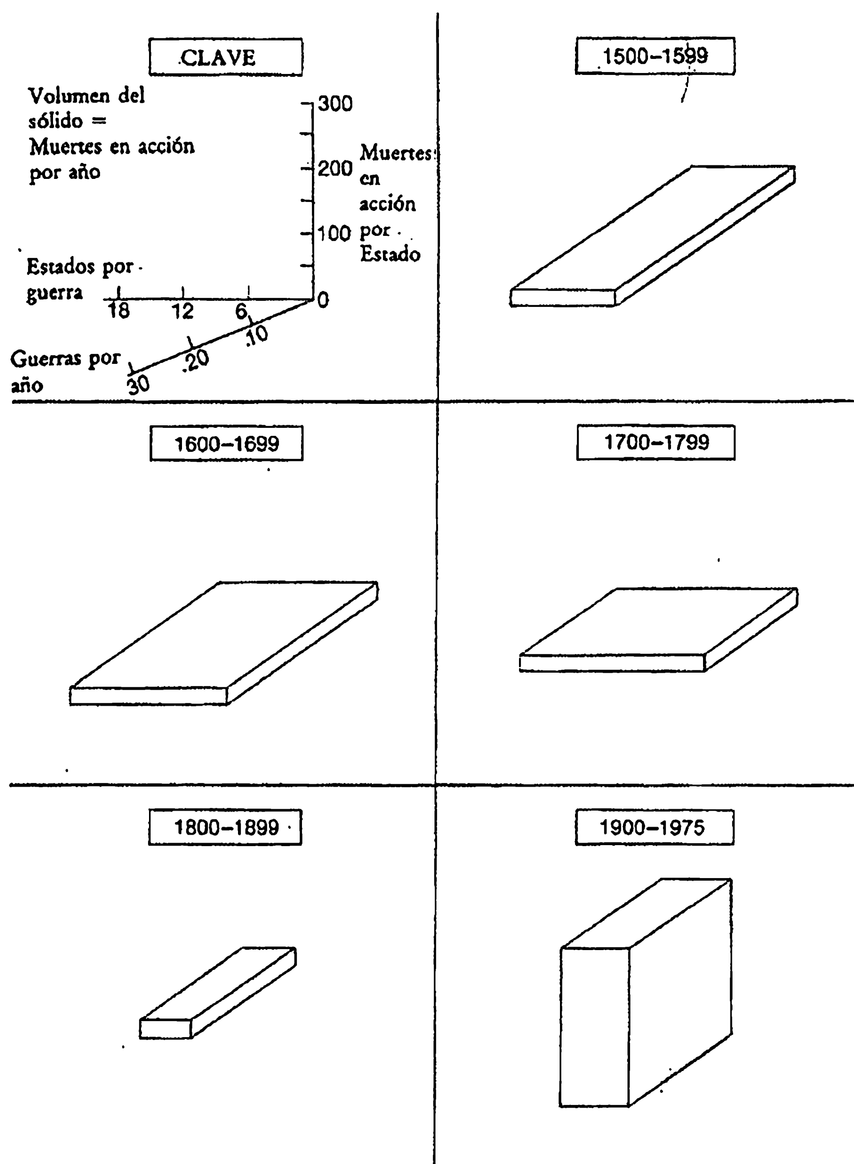


FIGURA 3.1. *Magnitudes de las guerras de grandes potencias por siglo, 1500-1975*

se concentraron de modo aún más exclusivo en hacer la guerra. Durante todo el milenio en general, la guerra ha sido la actividad dominante de los Estados europeos.

Los presupuestos del Estado, los impuestos y las deudas manifiestan dicha realidad. Antes de 1400, en la era del patrimonialismo, ningún Estado tenía presupuesto nacional en el sentido aceptado de la expresión. Los impuestos existían en los Estados más comercializados de Europa, pero los gobernantes todos obtenían la mayor parte de sus rentas de tributos, arrendamientos, derechos y cuotas. Los distintos soberanos pedían préstamos, pero lo hacían por lo general en su propio nombre y con la garantía de bienes raíces. Durante el siglo XVI, cuando la guerra multiplicó los gastos del Estado en la mayor parte del continente, los Estados europeos empezaron a regular y expandir presupuestos, impuestos y deudas. Las futuras rentas de los Estados comenzaron a servir como garantía para el endeudamiento a largo plazo.

La deuda pública francesa adquirió proporciones serias cuando Francisco I empezó a pedir préstamos a los financieros parisinos en la década de 1520, ofreciendo como garantía las futuras rentas de la ciudad (Hamilton, 1950:246). Francisco I gastó el dinero en sus grandes campañas contra el emperador Habsburgo, Carlos V. Aunque la deuda nacional francesa fluctuó en función de la guerra y la política fiscal, en términos generales ascendió rápidamente, hasta un punto en que el endeudamiento a causa de las guerras del siglo XVIII hizo zozobrar al Estado, destruyó su crédito y llevó directamente a la fatídica convocatoria de los Estados Generales de 1789. Los presupuestos y los impuestos se hincharon en consonancia: los impuestos franceses ascendieron desde el equivalente a unas 50 horas del salario de un trabajador normal per cápita anual en 1600 hasta casi 700 horas per cápita en 1963 (Tilly, 1986:62).

Gran Bretaña sobrevivió sin grandes deudas de Estado hasta el reinado de Guillermo y María. La guerra de la Liga de Augsburgo (1688-97) elevó la deuda británica a largo plazo a 22 millones de libras. Hacia 1783, después de la Guerra de los Siete Años y de la Guerra de Independencia norteamericana, había aumentado 10 veces, hasta 238 millones de libras. En 1939, al producirse el rearme de Gran Bretaña, la deuda pública alcanzó los 8.300 millones (Hamilton, 1950:254-7). Desde fines del siglo XVII en adelante, presupuestos, deudas e impuestos ascendieron al ritmo de la guerra. Todos los Estados contendientes de Europa tuvieron la misma experiencia.

Si es verdad que la guerra impelía al Estado, no agotaba su actividad. Por el contrario: como productos secundarios de los preparativos para la guerra, los gobernantes iniciaron, de buen o mal grado, cierto tipo de acción y organizaciones que con el tiempo cobraron vida propia: tribunales, tesorerías, sistemas de tributación, administraciones regionales, asambleas públicas y muchas otras cosas. Refiriéndose al siglo XVI observa J. H. Elliott:

> Si la guerra fue un tema dominante en la historia de España durante los reinados de Carlos V y Felipe II, la burocratización fue otro...
>
> La sustitución del rey guerrero Carlos V por el sedentario Felipe II, que pasaba sus jornadas de trabajo sentado ante su escritorio rodeado de montones de documentos, simbolizó muy adecuadamente la transformación del Imperio español al pasar éste de la era del conquistador a la del funcionario.
>
> (Elliott, 1963:160)

La labor de equipar ejércitos y marinas de guerra no fue la única resultante de la expansión de la estructura gubernamental. Ningún monarca podía entrar en guerra sin asegurarse la aquiescencia de prácticamente todos sus súbditos y la colaboración activa de al menos unos pocos que eran cruciales. Una vez y otra, los gobernantes enviaron tropas para dar fuerza a la recaudación de tributos, a los impuestos y a las levas de hombres o materiales. Pero también permitieron que las localidades se libraran de la costosa carga de mantener tropas mediante convenientes pagos de sus obligaciones. En este sentido, los gobernantes se asemejaban a los extorsionistas: a un cierto precio, ofrecían protección frente a unos males que, en caso contrario, ellos mismos infligirían o, al menos, permitirían que fueran infligidos.

En el nivel del Estado, la división organizativa entre fuerzas armadas orientadas al ataque a enemigos exteriores (ejércitos) y las orientadas al control de la población nacional (policía) se conformó lentamente y nunca fue completa. Los problemas de la vigilancia policial difieren sistemáticamente entre las zonas rurales (donde, entre otras cosas, grandes porciones de tierra tienden a estar en espacios privados, prohibidos a las autoridades públicas) y las zonas urbanas (donde buena parte de la tierra es espacio público, accesible a todos); el estilo militar de fuerza policial, que actúa al ser llamada, es adecuado para la mayoría de las zonas rurales, mientras que la vigilancia y las patrullas sistemáticas son posibles en las zonas urba-

nas (Stinchcombe, 1963). Como consecuencia de estas y otras diferencias, en las ciudades se formaron por lo general unas fuerzas claramente policiales mucho antes que en el campo, y la separación de las fuerzas policiales del resto de las organizaciones militares se produjo antes en los Estados relativamente urbanizados.

Bien entrado el siglo XVII, la mayor parte de los Estados europeos grandes, en virtud de su recurso a los magnates armados y parcialmente autónomos para el gobierno interior, se vieron ante repetidas amenazas de guerra cuando dichos magnates tomaron las armas contra los gobernantes. Durante los cruciales siglos de 1400 a 1700, los soberanos invirtieron buena parte de sus esfuerzos en desarmar, aislar o cooptar a otros aspirantes rivales al poder del Estado. Aunque los municipios y las jurisdicciones rurales habían creado sus propias, y menores, fuerzas policiales mucho antes, hasta el siglo XIX los Estados no crearon unas fuerzas de policía uniformadas, asalariadas y burocráticas, especializadas en el control de la población civil. Así pues, sus ejércitos quedaron libres para concentrarse en la conquista exterior y la guerra internacional.

Transiciones

La guerra tejió la retícula europea de Estados nacionales, y la preparación para la guerra creó las estructuras internas de los Estados que la componían. Los años en torno a 1500 fueron decisivos. Los europeos habían comenzado a utilizar la pólvora en la guerra sistemáticamente hacia mediados del siglo XIV. Durante los siguientes 150 años, la invención y difusión de las armas de fuego había inclinado la superioridad militar en favor de aquellos monarcas con capacidad para forjar cañones y construir los nuevos tipos de fortalezas que los cañones no podían destruir fácilmente. La guerra pasó de las simples batallas libradas en llano abierto al cerco de ciudades importantes. Hacia el 1500, los costes volvieron a elevarse cuando la artillería móvil de asedio, y la infantería que la acompañaba, fueron ampliamente utilizadas; la fabricación de mosquetería portátil a comienzos del siglo XVI aumentó aún más la importancia de una infantería bien entrenada y disciplinada. Al mismo tiempo, en la guerra naval empezaron a predominar los navíos con grandes cañones. Los grandes Estados al norte de los Alpes, especialmente Fran-

cia y el Imperio Habsburgo, tenían capacidad para absorber los crecientes pagos, y supieron aprovechar este hecho.

Durante otros dos siglos, verdad es, algunos Estados que se habían concentrado en sus marinas siguieron prosperando; según algunos criterios, la República de Holanda, con fuerzas de tierra muy reducidas, se convirtió en el principal Estado de Europa durante el siglo XVII. Así mismo, Portugal y Venecia mantuvieron una posición buena hasta el siglo XVII. La insular Inglaterra prosperó como potencia marítima antes de levantar sus ejércitos durante el siglo XVIII (Mdelski y Thompson, 1988:151-244). Estos Estados obtenían riquezas de sus colonias, se beneficiaban del intenso comercio internacional y aprovechaban las ventajas de las bases locales que su poder marítimo podía defender con facilidad. Con el tiempo, no obstante, aquellos Estados que habían reclutado y mantenido inmensos ejércitos con sus propios recursos nacionales —Francia, Gran Bretaña y Prusia son modelos preponderantes— prevalecieron sobre los demás.

A escala europea, pues, una importante transición se inició a fines del siglo XV: cuando los grandes Estados militares comenzaron a sentir el estímulo de la expansión capitalista, la superioridad de los pequeños Estados mercantiles empezó a desaparecer. La geopolítica también tuvo su parte: el fin de la Guerra de los Cien Años dejó a Francia libre para buscar nuevos espacios de conquista. Los múltiples Estados de la Península Ibérica, donde concluía la expulsión de las potencias musulmanas, sintieron la presión francesa: en 1463, Luis XI se anexionó, en efecto, los condados catalanes del Rusillón y la Cerdaña. El matrimonio de Fernando e Isabel (1474), al unir las coronas de Aragón y Castilla, fue la respuesta a la amenaza francesa. Y amenazó a Francia a su vez. La rivalidad entre Francia y España empezó entonces a reverberar en toda la política europea.

En Italia fue donde primero se dejó sentir el impacto del cambio. Los estados papales, las repúblicas y las pequeñas monarquías italianas llevaban, claro está, mucho tiempo participando en política fuera de la península italiana. Unas alianzas delicadamente equilibradas, las apelaciones a mediadores exteriores y los matrimonios convenientes desempeñaban todos un papel considerable en su política. A lo largo de los siglos XI a XIV, los Papas habían dedicado gran parte de sus energías a vigilar, controlar y hasta amañar la elección de los emperadores del Sacro Imperio, con base en Alemania. Los

emperadores a su vez, habían afirmado tradicionalmente su soberanía sobre gran parte de Italia. En pocas palabras, la política italiana había mantenido relaciones con la de otros lugares desde hacía mucho tiempo.

Y tampoco la guerra y las rivalidades internacionales eran novedad en la península italiana. Durante el siglo XIII, Aragón, el Sacro Imperio Romano, Francia y el Papado habían contendido para establecer su prioridad en Italia. Muchas de las grandes batallas del siglo tuvieron lugar allí. Hacia la década de 1490, además, las principales potencias de Italia —Venecia, Milán, Florencia, Nápoles y los Estados papales— llevaban varios decenios guerreando entre sí intermitentemente. Sus guerras, no obstante, habían sido de índole caballeresca y limitada. Entonces, el duque usurpador Ludovico Sforza de Milán invitó a Carlos VIII de Francia a hacer valer los derechos de su familia al reino de Nápoles.

Con el cerco que Carlos VIII puso a Nápoles, entraron en Italia no sólo una plaga sino dos. Antes de 1494, es posible que la sífilis no existiera en Europa; los que regresaron del primer viaje de Colón a América, y que habían contraído la enfermedad allí, fueron probablemente los que introdujeron la enfermedad en España. Los mercenarios españoles participantes en el sitio de Nápoles (1494-95) sufrieron una epidemia que era casi con seguridad sífilis, y desde allí se extendió por todo el continente. Al irse difundiendo la plaga, los franceses dieron en llamarla «mal napolitano», mientras que los napolitanos prefirieron la denominación de «mal francés» (Baker y Armelagos, 1988). Sea cual fuere el origen exacto de la primera epidemia, los italianos pronto comprendieron que los franceses y sus mercenarios habían regresado a su península con un mal añadido: si los franceses llegaban, los españoles les seguirían.

La década de 1490, por tanto, fue distinta a las pasadas. Fue distinta porque no sólo trajo a las ciudades-estado de Italia embajadores, príncipes y fuerzas imperiales, sino también los grandes ejércitos de los Estados nacionales que iban agrandándose al otro lado de los Alpes. Los del norte aparecieron, además, con cañones de asedio transportables y tácticas para acompañarlos, lo cual multiplicó la escala y destructividad de la guerra. La invasión francesa de 1494 convirtió a la península italiana en campo de batalla de Europa, terminó las series de guerras a pequeña escala entre las ciudades-estado autónomas y conmocionó a los pensadores italianos.

Su conmoción surgía del hecho de que las fuerzas bárbaras hu-

bieran arrasado una vez más la cuna de la civilización. Como lo ha expresado J. R. Hale:

> El cambio que sufrió el carácter de la guerra a partir de 1494 fue fuertemente resaltado por Machiavello en aras de demostrar su tesis sobre los méritos relativos de los hombres de milicia frente a los *condottieri*, como también lo hizo Guicciardini en aras de escarbar con el puñal en la herida de la autoestima de Italia, pero el cambio se produjo sin duda, y fue recibido con general horror. Era un horror, no obstante, que no estaba dirigido contra la guerra a gran escala como tal, frente a las anteriores guerras a pequeña escala, ni siquiera contra un período prolongado de aquellas guerras, ni estaba dirigido en medida alguna de consideración contra el cambio en el carácter de la guerra: más cruenta, más total y más costosa. El horror estaba causado por la evidencia, surgida de estas guerras, de un fallo de moral: el fallo del carácter italiano para enfrentarse al desafío.
>
> (Hale, 1983:360)

Una parte significativa de los escritos de Machiavello sobre cuestiones militares fue producto de su esfuerzo para reflexionar profundamente sobre lo que estaba ocurriendo en el sistema de Estados italiano, y qué hacer para remediarlo.

¿Y qué era, en efecto, lo que ocurría en el sistema de Estados italiano? Los Estados nacionales en formación al norte de los Alpes, al competir por establecer su hegemonía en Italia, estaban incorporándola por la fuerza a un sistema más amplio que cubría gran parte de Europa. Poco después, el Imperio otomano empezó a expandirse fuertemente en territorio europeo y a presionar sobre Italia desde el sudeste; el reinado de Solimán el Magnífico (1520-66) elevó a los turcos a la cima de su poder en Europa. El avance otomano, a su vez, inició una lucha de 4 siglos con Rusia, en la que los tártaros de Crimea, estratégicamente situados, se alinearon con los turcos contra los rusos por vez primera.

En Italia, las modificaciones aplicadas a la guerra tuvieron consecuencias devastadoras. Hacia la década de 1520, Habsburgos y Valois libraban sus guerras dinásticas sobre territorio italiano. En 1527, los mercenarios del emperador Habsburgo saquearon Roma. Desde 1540, Milán y Lombardía habían caído bajo el dominio español, Francia ocupaba gran parte de Saboya y el Piamonte, Florencia se había convertido en un ducado regido por los Medici y nominalmente subordinado al imperio y Nápoles era un infantado de la Corona española. Entre las grandes potencias italianas, sólo las

más marítimas de ellas, Venecia y Génova, habían mantenido sus instituciones oligárquicas. E incluso ellas perdieron su predominio en el Mediterráneo.

Al generalizar sus guerras los Estados del norte e implicar a Italia en la lucha, la guerra por tierra se hizo más importante, y la capacidad para desplegar grandes ejércitos, más decisiva para el éxito de un Estado. Francia tenía 18.000 soldados en armas en 1494, 32.000 en 1525 y 40.000 en 1552. Las fuerzas españolas aumentaron con mucha mayor rapidez: de 20.000 soldados en 1492 a 100.000 en 1532. Hacia 1552, el emperador Carlos V tenía unos ciento cuarenta y ocho mil hombres en armas, una cantidad sin parangón desde tiempos romanos (Parker, 1988:45). En su momento culminante, en torno al 1630, 300.000 hombres servían bajo las banderas de España. La proporción entre soldados y población total se elevó significativamente. Las cifras del cuadro 3.2 exigen muchas matizaciones. Las fechas son aproximadas, «Inglaterra y Gales» significa Inglaterra y Gales hasta 1600, Gran Bretaña en 1700 y el Reino Unido de ahí en adelante; las fronteras de todos estos Estados cambiaron continuamente a lo largo del período, y el uso frecuente de mercenarios extranjeros significaba que entre 1500 y 1700 las cifras que se muestran eran, en la mayoría de los casos, mucho más elevadas que la proporción de la población nacional en armas. Además, la potencia oficial y la potencia real de los ejércitos diferían considerablemente muchas veces, en especial antes de 1800. Finalmente, por motivos que se exploran en este capítulo, las cifras de soldados fluctuaban extraordinariamente de un año a otro, dependiendo de las finanzas públicas y de la situación bélica; en Francia, por ejemplo, hacia 1700 el ejército de tiempo de paz sumaba en torno a los ciento cuarenta mil hombres, pero Luis XIV lo aumentó hasta 400.000 durante sus grandes campañas (Lynn, 1989). Pese a todo, las cifras expresan elocuentemente su significado primordial: durante los siglos XVI y XVII, sobre todo, los ejércitos se expandieron. Pasaron a ser un buen negocio.

Los presupuestos del Estado, los impuestos y la deuda se elevaron en consonancia. Los ingresos tributarios de Castilla ascendieron desde menos de novecientos mil reales en 1747 a 26 millones en 1504 (Elliott, 1963:80). Simultáneamente, Fernando e Isabel se endeudaron para pagar las guerras de Granada e Italia. Al intensificarse el predominio español sobre Italia, las contribuciones italianas se convirtieron en fuente principal de las rentas de la Corona; los Países

CUADRO 3.2. *Soldados en activo; Europa, 1500-1980*

País	Miles de hombres en armas					Soldados como porcentaje de Población nacional				
	1500	1600	1700	1850	1980	1500	1600	1700	1850	1980
España	20	200	50	154	324	0,3	2,5	0,7	1,0	0,9
Francia	18	80	400	439	495	0,1	0,4	2,1	1,2	0,9
Ingl./Gales	25	30	292	201	329	1,0	0,7	5,4	1,1	0,6
Países Bajos		20	100	30	115		1,3	5,3	1,0	0,8
Suecia		15	100	63	66		1,5	7,1	1,8	0,8
Rusia		35	170	850	3.663		0,3	1,2	1,5	1,4

Fuente: Compilado a partir de Balbé, 1983; Brewer, 1989; Corvisier, 1976; Flora, 1983; Jones, 1988; Lynn, 1989; Mitchell, 1975; Parker, 1976; Parker, 1988; Reinhard, Armengaud y Dupâquier, 1968; Sivard, 1983; De Vries, 1984, y Wrigley y Schofield, 1981.

Bajos producían también una parte importante de las rentas de Castilla. Las Cortes de Cataluña, Aragón y Valencia, por lo contrario, se resistieron victoriosamente a las regias exigencias de que incrementaran su contribución a la acción bélica del Estado. Hacia mediados del siglo XVI, las provincias italianas y holandesas de España dejaron de producir aumentos sustanciales; Carlos V y Felipe II recurrieron cada vez más a Castilla (donde sus predecesores habían sido más eficaces en el sometimiento de nobleza, clero y ciudades a la regia voluntad) y a América en busca de ayuda financiera (Elliott, 1963:192-3). También se endeudaron sobre anticipos de las rentas tanto de Castilla como de América, con la consecuencia de que hacia 1543, un 65 % de las rentas ordinarias de la Corona se empleaban en el pago de anualidades (Elliott, 1963:198; para más detalles, véase Fernández Albaladejo, 1989). No es de extrañar, pues, que la Corona entrara en quiebra y suspendiera pagos en 1557.

Al mismo tiempo, los suizos —por entonces todavía un pueblo conquistador— elaboraron tácticas nuevas y fuertemente disciplinadas que demostraron su superioridad rápidamente. Los suizos habían probado su temple militar al derrotar repetidamente a Carlos el Temerario de Borgoña en la década de 1470. Poco después, prácticamente todas las potencias quisieron tener sus propios soldados suizos, y los suizos empezaron a sustituir la dirección de sus propias guerras por la formación y exportación de mercenarios (Fueter, 1919:10). Con este proceso, los propios cantones suizos entraron en

el negocio de suministrar soldados a cambio de dinero (Corvisier, 1976:147). Como otros exportadores de mercenarios, Suiza tenía ya un número considerable de hombres de montaña pobres, móviles, semiproletarizados y que se casaban tarde, los cuales se convirtieron en atractivos candidatos para el servicio de armas fuera de sus regiones (Braun, 1960). Los mercenarios suizos y de otros lugares desplazaron a los ejércitos de clientelas y a las milicias de ciudadanos.

A pequeña escala, los mercenarios habían participado en las guerras europeas durante muchos siglos. Desde los tiempos de las Cruzadas, los soldados saqueadores del norte de los Alpes habían vendido sus servicios a los príncipes, en ejercicio y aspirantes, por todo el Mediterráneo. Cuando nadie les daba empleo, extorsionaban y saqueaban en su propio nombre (Contamine, 1984:158). En el siglo XIV, las ciudades-estado italianas empezaron a utilizar pequeños cuerpos de soldados a sueldo. Florencia, por ejemplo, al acelerar su proceso de anexión por la fuerza de territorios adyacentes en la década de 1320, empezó a recurrir regularmente a caballerías mercenarias. En la década de 1380, la democrática Florencia contrató —o sobornó— al gran mercenario inglés sir John Hawkwood, que se había dedicado al saqueo de Toscana desde que el fin de la guerra entre el papado y Milán dejara sin trabajo a su compañía. Hawkwood había servido anteriormente bajo Inglaterra, Saboya, Milán, Pisa y el Papado. Desgraciadamente para los demócratas florentinos, Hawkwood respaldó a la oligarquía en su victorioso levantamiento de 1832; a Hawkwood «se le otorgó el infrecuente favor de la ciudadanía florentina junto a una pensión vitalicia y exención tributaria; y cuando murió en 1394, el agradecido gobierno no sólo le honró con un espléndido funeral a expensas públicas, sino que también conmemoró sus servicios haciendo que su retrato fuera pintado en la fachada interior de la catedral, montado a caballo y con toda la panoplia de guerra» (Schevill, 1963:337). Los turistas de hoy día pueden aún ver este curioso mural laico.

En Venecia, la gran potencia marítima, la nobleza residente había suministrado durante mucho tiempo sus propios capitanes para mar y tierra; soldados y marineros eran reclutados, además, en gran medida, entre la población veneciana. Pero hacia fines del siglo XIV Venecia, al igual que sus vecinos de Italia, contrataba capitanes mercenarios, *condottieri*, que reclutaban sus propias tropas y libraban las guerras de la ciudad-estado a cambio de pingües beneficios. Dado que la *condotta* era un contrato para guerrear a favor de un deter-

minado soberano, *condottiere* significaba, esencialmente, contratista. La palabra alemana *Unternehmer* transmite el mismo tono comercial. Los *condottieri* eran los petroleros de la época, que transmutaban sus lealtades de un contrato a otro y en ocasiones acumulaban grandes fortunas; cuando el empresario mercenario Bartolomeo Colleoni murió en 1475, su fortuna era «comparable a las riquezas del principal banquero de la época, Cosimo de'Medici» (Lane, 1973a:233). Hacia 1625, Wallenstein, duque de Friedland, dirigía sus propios dominios de 2.000 millas cuadradas y los utilizaba como base de abastecimiento de las tropas que desplegaba —por dinero— a favor del Sacro Imperio Romano. En lugar de permitir que sus tropas saquearan indiscriminadamente, organizó un fraudulento negocio de protección, forzando a las ciudades ocupadas a pagar a cambio de no dar rienda suelta a sus soldados (Maland, 1980:103). Con Wallenstein, la guerra se convirtió en un negocio a pleno rendimiento.

La guerra no solamente implicaba el reclutamiento y retribución de soldados. Los Estados contendientes tenían que abastecerlos también. Durante la parte final del siglo XVII, un ejército típico de 60.000 hombres con sus 40.000 caballos, consumía casi un millón de libras de alimentos al día, algunos de los cuales eran transportados con el ejército, otros almacenados en depósitos, y en su gran mayoría obtenidos donde quiera que estuviera situado el ejército, pero todo ello exigía inmensos gastos y organización (Van Creveld, 1977:24). A precios y salarios de la época, un millón de libras de grano costaba el equivalente a los jornales de aproximadamente 90.000 trabajadores ordinarios (calculado a partir de Fourstié, 1966:423). Además de alimentos, los ejércitos tenían que pagar armas, caballos, ropa y albergue. Desde Wallenstein a Louvois, los grandes organizadores de la guerra del siglo XVII se dedicaron al abastecimiento tanto como a la batalla. Ello hacía que sus prósperos negocios lo fueran aún más.

Del siglo XV al XVII —el período crítico para la formación del Estado europeo— los ejércitos desplegados en la mayor parte de Europa estaban en gran medida integrados por mercenarios reclutados por los grandes nobles y los empresarios militares. De modo similar, las grandes marinas de guerra (especialmente los corsarios que asaltaban las embarcaciones enemigas con autorización de un Estado protector) solían agrupar marineros contratados en todo el continente (Fontenay, 1988b). Cierto es que los Estados variaban en cuanto a la medida y el tiempo en que recurrían a mercenarios. Los

soberanos de los Estados mayores y más poderosos se esforzaron por limitar su dependencia de ellos: Francia, España, Inglaterra, Suecia y las Provincias Unidas mantuvieron a sus generales en sus puestos mientras contrataban regimientos y compañías, pero los Estados menores contrataban por lo general ejércitos enteros, desde el general hacia abajo. Los Habsburgo alemanes recurrieron a las levas locales hasta la Guerra de los Cien Años, contrataron el *condottiere* Wallenstein durante esta guerra y después pasaron a crear un ejército permanente durante la parte final del siglo XVII.

Dado que las batallas se deciden por las dimensiones de los ejércitos en su relación mutua y no por el esfuerzo per cápita que suponen, se comprende que los Estados menores relativamente prósperos contrataran a menudo sus ejércitos en el mercado internacional. También en las armadas se mezclaban fuerzas privadas y públicas. «Hasta la década de 1660», observa M. S. Anderson,

> una considerable proporción de la flota de galeras francesa estuvo suministrada por empresarios privados (muchas veces Caballeros de Malta), que eran propietarios de las galeras que capitaneaban, y servían al rey bajo contrato durante un período determinado a cambio de una suma específica. En 1616 en España, cuando la armada se encontraba en un estado muy deficiente, de las diecisiete naves de la flota cinco eran de propiedad privada, contratadas simplemente para el verano (la temporada de campañas por mar y tierra), mientras que al año siguiente hubieron de ser contratadas otras seis o siete que sirvieran de escolta para poder llevar a puerto los cargamentos de plata de América. En Inglaterra, de los veinticinco barcos que habían compuesto la expedición de Drake a las Indias Occidentales en 1585, sólo dos habían sido proporcionadas por la reina; y aunque Drake navegaba como almirante de Isabel I y llevaba órdenes oficiales, sólo aproximadamente un tercio de los costes de equipar la expedición fueron financiados por el gobierno.
>
> (Anderson, 1988:27; véase también Fontenay, 1988a, 1988b)

Los corsarios, que habían medrado en las guerras marítimas del siglo XVII, procedían por definición de fuerzas no gubernamentales con licencia.

Los ejércitos contratados y las flotas de alquiler vivían primordialmente de los pagos realizados o autorizados por agentes de las Coronas a las que servían. Después de todo, la palabra «soldado» tiene etimológicamente el significado de «el que lucha a sueldo». El *Söldner* y el *Unternehmer* se complementan entre sí. La pecu-

liaridad de este sistema se hizo clara desde muy pronto, cuando en 1515 «dos ejércitos suizos, uno al servicio del rey de Francia y el otro al servicio de un barón italiano, se enfrentaron en lados opuestos de la batalla en Marignano, al norte de Italia, y llegaron casi a aniquilarse mutuamente» (Fischer, 1985:186). Este suceso contribuyó a persuadir a los suizos de la conveniencia de evitar guerras propias, pero no les impidió enviar mercenarios a las batallas de los demas.

Durante varios siglos, el sistema de contratación-adquisición mediante los ingresos de la tributación resultó una forma conveniente de levantar su fuerza armada para los Estados europeos. El caso extremo de especialización estatal en la producción de mercenarios fue sin duda el de Hesse-Cassel, un pequeño Estado del siglo XVIII que mantenía hasta un 7 % del total de su población en armas —12.000 en guarniciones interiores que participaban en la economía local, y otros 12.000 en un ejército bien entrenado que el Landgrave alquilaba por dinero (Ingrao, 1987:132). Cuando Gran Bretaña necesitó más soldados para su guerra contra los rebeldes americanos, se dirigió a Hesse. Como resultado, en la historia popular norteamericana «Hessian» significa tosco y antipatriota; en una palabra, mercenario. Sobre la base suministrada por el negocio militar desarrolló Federico II (1760-85) su despotismo ilustrado, incluidos asistencia a los pobres y hospitales de maternidad; pero la mayoría de estos servicios naufragaron, no obstante, cuando finalizó la guerra de independencia norteamericana y los Estados europeos empezaron a reclutar sus propios ejércitos nacionales (Ingrao, 1987:196-201). La edad de los mercenarios estaba tocando a su fin.

Los Estados mayores de Europa se habían esforzado durante mucho tiempo por contener a los mercenarios dentro de ejércitos capitaneados por sus propios militares y controlados por sus propios civiles. Con la llegada del siglo XVIII, además, los costes y los riesgos políticos de las fuerzas mercenarias a gran escala indujeron a los soberanos de dichos Estados a alistar en medida creciente a sus propios ciudadanos, y a sustituir con ellos a los mercenarios forasteros siempre que fuera posible. En las primeras etapas de expansión militar con ejércitos contratados, los gobernantes comprobaron que construir ejércitos con sus propia población era costoso y políticamente arriesgado; el peligro de resistencias y sublevaciones interiores fue siempre considerable. Las guerras francesas de la Revolución y el Imperio invirtieron esta tendencia, y terminaron con el predomi-

nio de los ejércitos mercenarios. Como reflexionaba Carl von Clausewitz tras la derrota de Napoleón:

> Mientras en 1793, según el modo habitual de ver las cosas, todas las esperanzas se depositaron en una fuerza militar muy reducida, hizo su aparición una fuerza como nadie la había concebido. La guerra volvió a convertirse repentinamente en asunto del pueblo, y de un pueblo que sumaba treinta millones, cada uno de los cuales se consideraba como un ciudadado del Estado... Mediante esta participación del pueblo en la Guerra, en lugar de hacerlo un Gabinete o un Ejército, toda una Nación con su peso natural entró en la balanza. Desde entonces, los medios disponibles —los esfuerzos que podían reunirse— no tuvieron ya límites definidos; la energía con que la propia Guerra podía conducirse no contaba ya con contrapeso alguno, y en consecuencia el peligro para el adversario se había elevado hasta el extremo.
>
> (Clausewitz, 1968[1832]:384-5)

Con una nación en armas, el poder extractivo del Estado aumentó enormemente, como también las exigencias de los ciudadanos a su Estado. Aunque la llamada a defender la patria estimulaba una extraordinaria respuesta en pro del esfuerzo bélico, el recurso a conscripciones masivas, contribuciones confiscatorias y conversiones de producción para fines de guerra hicieron a todo Estado vulnerable a la resistencia popular, y responsable ante las demandas populares, como nunca antes. Desde aquel momento en adelante, el carácter de la guerra cambió, y la relación entre política de guerra y política civil se alteró de modo fundamental.

Dada la tendencia general hacia la monetización y el consumismo, es sorprendente la desaparición de las fuerzas armadas mercenarias. ¿Qué podía explicar que los Estados dejaran de contratar soldados y marinos y los sustituyeran con ejércitos permanentes basados en la conscripción? Son varios los factores que convergieron en esta situación. La creación de unas fuerzas armadas ingentes cuyas obligaciones con la Corona eran puramente contractuales suscitaba los peligros de falta de celo, rebelión y hasta rivalidad por el poder político; los ciudadanos del Estado, capitaneados por sus propias clases dirigentes, a menudo luchaban mejor, con mayor fiabilidad y con menores costes. El poder logrado por los gobernantes sobre la población interior mediante la construcción de ejércitos mercenarios y la infraestructura necesaria para mantenerlos acabó por inclinar la balanza; cuando los mercenarios empezaron a ser caros,

y peligrosos en sí mismos, se redujo la posibilidad de una resistencia efectiva por parte de la población nacional. Al hacerse cada vez más costosas las guerras, el precio mismo de la acción bélica, en la escala fijada por los grandes contendientes, superó los recursos económicos de todos salvo los Estados más comercializados. En el siglo XVIII, la enorme expansión de la industria rural presentó oportunidades económicas alternativas a las gentes de las principales regiones en la exportación de soldados y criados domésticos al resto de Europa —como eran las tierras altas suizas—, contrayéndose con ello la oferta de mercenarios. La Revolución francesa y Napoleón le dieron el golpe de gracia al sistema mercenario al levantar ejércitos ingentes y eficaces reclutados primordialmente en los propios territorios en expansión de Francia. Por entonces, sin embargo, incluso los ejércitos permanentes reclutados en el interior debían ser remunerados y abastecidos. A partir del siglo XV, los Estados europeos tendieron decisivamente hacia la creación de fuerzas armadas remuneradas mantenidas mediante préstamos e impuestos.

El sistema mercenario adolecía, en efecto, de una gran debilidad: cuando la paga tardaba en llegar o no llegaba, lo común era que los mercenarios se amotinaran, vivieran a expensas de la región, se hicieran bandidos o las tres cosas al tiempo; la población local pagaba el precio (véase Gutmann, 1980:31-71). En las guerras de los siglos XVI y XVII, el botín complementaba los ingresos del soldado, pero no llegaba ni con mucho a permitir que los ejércitos se automantuvieran. Con grandes variantes de un Estado a otro, la contratación de fuerzas armadas sirviéndose de empresarios más o menos independientes culminó en el siglo XVII, y empezó a receder en el XVIII. A lo largo de tres o cuatro siglos, no obstante, los mercenarios fijaron los criterios europeos de rendimiento militar. En su mayor parte, los empresarios que porporcionaban el ejército pagaban alimentos, armas, uniformes, albergues y medios de transporte, ya fuera directamente o mediante concesiones a oficiales subordinados. Para todo ello, necesitaban dinero, y en abundancia. En 1502, Robert de Balsac, veterano de las campañas de Italia, concluía un tratado sobre el arte de la guerra con un consejo a los príncipes: «lo más importante de todo: el éxito en la guerra estriba en contar con dinero suficiente para suministrar todo aquello que la empresa exige» (Hale, 1967:276).

Apropiarse, construir o comprar la coerción

Hacia 1502, la mayoría de los príncipes europeos conocían ya de memoria la lección de Balsac. En términos generales, los gobernantes tenían tres medios principales para adquirir los medios de coerción cocentrada: podían arrebatarlos, construirlos o comprarlos. Antes del siglo XX, eran contados los Estados europeos que habían fabricado una parte importante de sus propios medios coercitivos; pocas veces poseían el capital o los conocimientos necesarios. Algunos productos manufacturados tan costosos y peligrosos como la pólvora y los cañones constituían la principal excepción. Cada vez más, a partir de 990 d. de C., los Estados europeos fueron abandonado la apropiación directa en forma de la adquisición.

Diversos cambios de importancia les impulsaban en esta misma dirección. Primero, al hacerse la guerra progresivamente más compleja e intensiva en capital, fueron disminuyendo las personas de la población civil que podían costear las guerras; toda familia noble del siglo XIII tenía espadas, pero ninguna familia del siglo XX posee un portaaviones. Segundo, los soberanos desarmaron deliberadamente a la población civil cuando armaron a sus soldados, agudizando con ello la diferencia entre los que controlaban los medios bélicos y aquellos a quienes el monarca generalmente pagaba para hacer la guerra. Tercero, los Estados se dedicaron en escala creciente a la producción de los medios para la guerra, lo cual reformuló la cuestión en términos de una opción entre arrebatar y comprar los medios de producción en lugar de los productos mismos. Cuarto, la vasta mayoría de la población subordinada se resistía a la toma directa de hombres, alimentos, armas, transportes y otros medios para la guerra mucho más enérgica y eficazmente de lo que se resistía a pagarlos. Pese a que diversas formas de conscripción han continuado hasta nuestros días, los Estados europeos han tendido generalmente hacia un sistema de recaudación de impuestos en dinero, pagando los medios de coerción con los fondos así reunidos, y empleando parte de los medios coercitivos para fomentar la recaudación de impuestos.

Semejante sistema sólo funcionaba bien bajo dos condiciones estrictas: una economía relativamente monetizada y créditos fácilmente accesibles. En una economía donde sólo una pequeña proporción de bienes y servicios son comprados y vendidos, se dan toda una serie de circunstancias: los recaudadores de rentas no pueden observar o valorar los recursos con exactitud, hay múltiples personas con

derechos sobre un recurso determinado y resulta difícil a quien pierde dicho recurso el reparar su pérdida. En consecuencia, toda contribución impuesta es ineficaz, visiblemente injusta y con grandes probabilidades de suscitar resistencia. Cuando es poco el crédito disponible, aun en una economía monetizada, el gasto corriente depende del efectivo a mano, y los aumentos grandes en el gasto sólo pueden efectuarse tras una estricta acumulación. En estas circunstancias, todo soberano que no puede extraer los medios para la guerra directamente de su población subordinada, o adquirirlos sin pagarlos en otro lugar, se ve en serias dificultades para construir la fuerza armada de su Estado. Después de 1500, al encarecerse progresivamente los medios para hacer la guerra con éxito, los gobernantes de la mayoría de los Estados europeos debían invertir gran parte de su tiempo en reunir fondos.

¿De dónde provenían estos fondos? A corto plazo, comúnmente de empréstitos negociados con capitalistas y de los embargos sobre aquella población civil con la mala fortuna de tener soldados en su vecindad. A largo plazo, de alguna forma de tributación. Norbert Elias ve una estrecha relación entre tributación y fuerza militar:

> La sociedad de lo que denominamos la edad moderna está caracterizada, ante todo en occidente, por un cierto nivel de monopolización. El libre uso de armas militares le es denegado al individuo y queda reservado a una autoridad central de la índole que sea, y el cobro de impuestos sobre la propiedad o ingresos del individuo está, así mismo, concentrado en manos de una autoridad social central. Los medios económicos que de este modo fluyen hacia la autoridad central mantienen su monopolio sobre la fuerza militar, mientras que ésta a su vez mantiene el monopolio sobre la tributación. Ninguno de los dos tiene preeminencia sobre el otro en ningún sentido, son dos lados del mismo monopolio. Si uno de ellos desaparece el otro le sigue automáticamente, aunque el gobierno monopolista pueda en ocasiones quebrantarse más en uno de los lados que en el otro.
>
> (Elias, 1982:II, 104)

El dúo de Elias, no obstante, representa en realidad las dos voces de un trío. El miembro que falta, el crédito, une el monopolio militar al monopolio fiscal.

Históricamente, son pocos los Estados grandes que han podido pagar sus gastos militares con rentas corrientes. Por el contrario, se han enfrentado a sus déficit con una forma u otra de endeudamiento: haciendo esperar a los acreedores, vendiendo cargos, forzando a sus

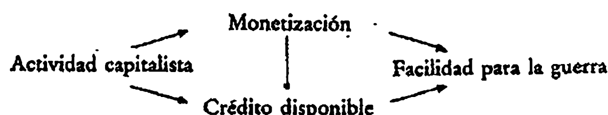


FIGURA 3.2. *Cómo la presencia de capital facilita la acción bélica*

clientes a entregar préstamos o endeudándose con banqueros que a cambio recibían derechos sobre futuras rentas gubernamentales. Si el gobierno y sus agentes consiguen préstamos, pueden separar el ritmo de sus gastos del de sus rentas y gastar adelantándose a sus ingresos. El gastar anticipándose a los ingresos hace más fácil la costosa acción bélica, puesto que los gastos en hombres, armas y otros requisitos para la guerra suelen presentarse en oleadas, mientras que las rentas del Estado, potenciales y reales, suelen fluctuar mucho menos de un año a otro. El Estado que consigue préstamos con rapidez, además, puede movilizarse con mayor celeridad que sus enemigos, incrementando con ello sus posibilidades de ganar la guerra.

El acceso a créditos depende, sin duda, de que el Estado haya satisfecho anteriores dudas, pero depende aún más de la presencia de capitales. Los capitales sirven al Estado, en los casos en que desean hacerlo, como prestamistas, como movilizadores de préstamos y como administradores, e incluso recaudadores, de rentas para el reembolso de los préstamos. Los capitalistas europeos unían en ocasiones todas estas actividades en la detestada figura del arrendador de impuestos, que adelantaba dinero al Estado en espera de la contribución que él mismo recaudaba con la autoridad y la fuerza militar del Estado, y cobraba una pingüe porción de estos impuestos como pago por el crédito, los riesgos y el esfuerzo. Pero era aún más frecuente que los capitalistas sirvieran como grandes organizadores y compradores de deuda pública. Su actividad fomentaba también la monetización de la economía del Estado; algunas de estas decisivas relaciones están resumidas en la figura 3.2. Estas no son las únicas relaciones que incidían en las variables del esquema. El acceso directo de la Corona a recursos de venta fácil, por ejemplo, los hacían más atractivos para los acreedores, y en ocasiones suministraban una alternativa al endeudamiento. Mientras el oro y la plata fluyeron desde las Américas, los reyes españoles siempre encontraron prestamistas dispuestos en Augsburgo, Amberes, Amsterdam y

otros lugares. En la era de la movilización en masa y los inmensos ejércitos de ciudadanos que se inició con la Revolución francesa, las dimensiones mismas de la población del Estado empezaron a contar de modo prominente en las posibilidades para la acción bélica. Incluso entonces, las relaciones entre actividad capitalista, monetización, crédito disponible y facilidad para la acción bélica introducían fuertes diferencias entre los diversos Estados de Europa; todo ello dio a aquellos Estados con buen acceso a capitales una superioridad notable en su rapidez para ponerse en pie de guerra.

La presencia o ausencia relativas de ciudades comerciales dentro del territorio de un Estado influía, por consiguiente, fuertemente, en la facilidad con que se movilizaba para la guerra. No sólo acudían con mayor fluidez préstamos e impuestos a los cofres del Estado allí donde las ciudades abundaban —dada una atención suficiente por parte del Estado a los intereses, dentro o fuera de la región, de sus moradores—, sino que, además, las milicias urbanas y las flotas comerciales se prestaban sin dificultad a su adaptación para la defensa y la agresión militar. Donde las ciudades eran débiles y escasas, los gobernantes tuvieron que arreglárselas sin grandes préstamos o recurrieron a banqueros extranjeros que exigían altos precios por sus servicios, reclutaron la colaboración de magnates con fuerza armada disponible que también pedían privilegios a cambio y construyeron onerosos aparatos fiscales al proceder a imponer tributos a una población reacia e indigente.

En el siglo XVI, al expandirse la escala de la guerra y generalizarse el uso de mercenarios, la capacidad para pedir préstamos se fue haciendo cada vez más decisiva para el éxito militar. Los comerciantes del sur de Alemania, como los Fugger de Augsburgo, se unieron a sus compañeros italianos en facilitar préstamos a los monarcas; los Fugger negociaron préstamos en Amberes, por ejemplo, para financiar las guerras españolas, con futuros envíos de plata americana como garantía. El endeudamiento a largo plazo comprometía a los monarcas con extranjeros a los que no podían controlar fácilmente, pero les permitía desconocer sus deudas con efectos menos catastróficos sobre la economía local. Con el tiempo, los inconvenientes superaron a las ventajas, y los monarcas que pudieron hacerlo recurrieron el endeudamiento interior. Los que pudieron pedir préstamos en su país fueron, claro está, especialmente aquellos en cuyos Estados se encontraban importantes sectores de empresas capitalistas. Hacia la época de Enrique IV (1598-1610), Francia pasó rápida-

mente de ser dependiente de otros centros de capitales (notablemente Lyon, canal para los capitales italianos) al predominio financiero de París, de los financieros extranjeros a los franceses, y de la negociación al pago obligado de impuestos (Cornette, 1988:622-4). Pese a que la insolvencia amenazó en repetidas ocasiones a la Corona durante los siguientes dos siglos, aquella consolidación de poder fiscal dio a Francia una enorme ventaja en las guerras por venir.

Pagar las deudas

Se endeudaran fuertemente o no, todos los gobernantes se enfrentaban al problema de costear sus guerras sin destruir la capacidad de sus fuentes para volver a pagar en un tiempo futuro. Adoptaron, pues, diversas estrategias fiscales. Las rentas del gobierno en general («impuestos» en sentido amplio) se dividen en cinco amplias categorías: tributos, arrendamientos, pagos sobre flujos, pagos sobre bienes, e impuestos sobre la renta. Entre los *tributos* figuran pagos arbitrarios recaudados entre personas, grupos o lugares; las capitaciones, que son iguales para toda la población o para todas sus principales categorías, constituyen un tipo especial de tributos. Los *arrendamientos* consisten en pagos directos debidos por tierras, bienes y servicios suministrados por el Estado, de modo circunstancial, a determinados usuarios. (Algunos Estados —Rusia, Suecia y el Imperio otomano, por ejemplo— dieron un carácter especial a los arrendamientos, asignando a ciertos oficiales militares y funcionarios civiles los arrendamientos procedentes de tierras de la Corona, los cuales percibían aquéllos mientras permanecieran en el servicio real.)

Tanto arrendamientos como tributos pueden recaudarse fácilmente en género. No así los pagos sobre flujos y valores. Los *pagos sobre flujos* incluyen alcabalas, derechos de aduana, peajes, cargas por transacciones y otros gravámenes sobre transferencias o movimientos; los especialistas los denominan con frecuencia impuestos indirectos, porque son una manifestación muy indirecta de la capacidad de pagar de los contribuyentes. Los *pagos sobre bienes* se dividen principalmente en impuestos sobre la tierra y sobre la propiedad; los especialistas suelen denominarlos impuestos directos. Los *impuestos sobre la renta* (en realidad un caso especial de pagos sobre flujos) atañen a los ingresos corrientes, especialmente sueldos y otros ingresos monetarios.

Estos cinco tipos de impuestos forman una especie de continuo con respecto a su dependencia de la monetización de la economía vigente. Difieren también en cuanto a la cantidad de vigilancia continua que el recaudador debe aplicar (véase fig. 3.3). En general, para los impuestos que requieran escasa vigilancia se recurre al uso abierto de la fuerza con mayor frecuencia que para aquellos que implican una vigilancia constante y por consiguiente fomentan la formación de personales especializados para su evaluación y recaudación. Los gobiernos que tienen fuerza abundante a su disposición pueden recaudar tributos y arrendamientos en economías relativamente no monetizadas, pese a que incluso en ese caso la capacidad de las personas para pagar en efectivo depende aún de su capacidad para vender bienes o servicios a cambio de efectivo. Incluso las rentas de aduanas dependen de la existencia de unas fronteras bien definidas y bien defendidas; el contrabando —la evasión de derechos de aduana interiores o exteriores— se convirtió en delito precisamente en la medida en que los Estados europeos se esforzaron por definir y defender sus fronteras. En las eras de patrimonalismo y mediación, en efecto, los Estados dependían muchas veces de los peajes cobrados en vías estratégicas, puertos o canales, en lugar de los derechos cobrados en toda una frontera vigilada (Maravall, 1972:I, 129-133).

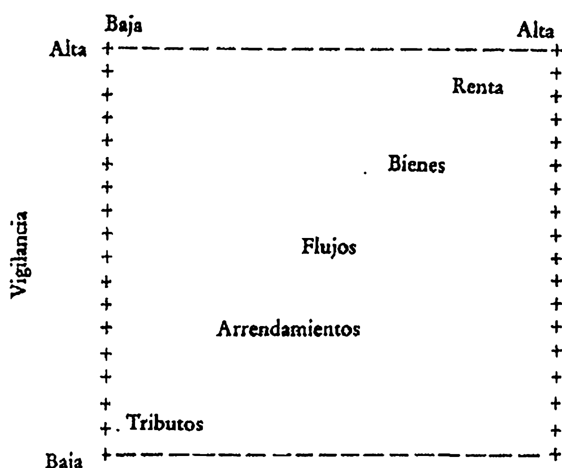


FIGURA 3.3. *Formas alternativas de imposición*

Los pagos sobre flujos dependían fuertemente de la monetización, porque ésta incrementa dichos flujos, facilita a los tasadores la evaluación de las transacciones y aumenta la capacidad para pagar en efectivo de los que están sujetos a pagos. Los pagos sobre bienes, contra lo que cabría suponer, también dependen en gran medida de la monetización, dado que en ausencia de un mercado activo de la tierra o de la propiedad en cuestión, los tasadores carecen de los medios para equiparar impuesto y valor; cuando dicha equiparación es mala, el impuesto es ineficaz (véase Ardant, 1965). Así pues, la monetización incide fuertemente en la efectividad con que el Estado puede financiar su esfuerzo bélico mediante los impuestos, en lugar de extraer a la fuerza los medios para la guerra directamente de la ciudadanía. El impuesto sobre la renta es un caso extremo, que sólo se convierte en fuente eficaz y duradera de rentas gubernamentales en economías donde prácticamente todos están involucrados en la economía monetaria, y la mayoría de los trabajadores laboran a cambio de un salario.

Los Estados altamente comercializados, no obstante, extraen ciertas ventajas importantes de estas relaciones. Dado un nivel adecuado de monetización, los impuestos situados hacia el extremo superior del continuo son relativamente eficaces. Se basan en la medición y visibilidad que una economía comercial aplica a la propiedad, los bienes y los servicios. Los que participan en los mercados realizan ya una buena parte de la vigilancia necesaria mediante el registro de precios y transacciones. Los ciudadanos debidamente socializados, además, llegan a otorgar un valor moral al pago de impuestos; se mantienen atentos a sí mismos y a los demás, acusando a los evasores del impuestos de parásitos. Los impuestos sobre flujos, bienes y, en especial, rentas, por tanto, producen elevados beneficios a cambio de una cantidad determinada de esfuerzo en el momento de su recaudación y se adaptan más fácilmente que los tributos o los arrendamientos a las alteraciones en la política del Estado. El Estado que intenta recaudar exactamente la misma cantidad en virtud del mismo impuesto en una economía menos comercializada ha de enfrentarse a una mayor resistencia, la recaudación es menos eficaz y, por consiguiente, construye un mayor aparato de control en el intento. Si dos Estados de dimensiones similares pero grados distintos de comercialización van a la guerra, e intentan extraer sumas parecidas de dinero entre sus ciudadanos mediante los mismos tipos de impuestos, el Estado menos comercializado crea un estructura estatal más

voluminosa mientras guerrea y financia la guerra. El Estado más comercializado, por término medio, puede arreglarse con una organización administrativa más ligera.

El abastecimiento directo de los ejércitos, el cobro de impuestos y la administración del real crédito se llevaban a cabo con mayor facilidad en las economías comercializadas y ricas en capitales. Pero allí donde surgían estas operaciones, ello multiplicaba los funcionarios del Estado. Un importante esfuerzo bélico producía por lo general una expansión permanente del aparato central del Estado: del número de personal a tiempo completo, del alcance de sus instituciones, de las dimensiones del presupuesto, de la extensión de la deuda. Cuando Holanda y España firmaron una tregua en 1609 en su ruinosa guerra por las aspiraciones holandesas a la independencia, muchos observadores de ambos lados abrigaron esperanzas de un aligeramiento de las contribuciones extraordinarias que les habían acosado durante el decenio anterior. Como se vio, el servicio de deuda, la construcción de fortificaciones y otras actividades del Estado absorbieron las rentas liberadas por la desmovilización militar. Los impuestos no descendieron en cantidad considerable en ninguno de los dos países (Israel, 1982:43-4).

Algunos historiadores hablan del «efecto trinquete» por el cual el inflado presupuesto de guerra no regresa a su nivel de preguerra (Peacock y Wiseman, 1961; Rasler y Thompson, 1983, 1985a). El trinquete no se produce universalmente, pero sí hace su aparición con mucha frecuencia, especialmente en los Estados que no han sufrido grandes pérdidas en la guerra en cuestión. Se produce este fenómeno por tres razones: debido a que el incremento del poder del Estado en períodos de guerra otorga a los funcionarios nuevas competencias para extraer recursos, emprender nuevas a actividades y defenderse contra el recorte de gastos; debido a que las guerras originan o ponen al descubierto nuevos problemas que exigen la atención del Estado, y debido a que la acumulación de la deuda durante el período de guerra supone nuevas cargas para el Estado.

La deuda nacional se elevaba, en gran medida, a causa de los préstamos recibidos por y durante las guerras. La posibilidad de negociar préstamos para gastos militares influía fuertemente en la capacidad del Estado para montar campañas militares eficaces. En el siglo XVII, las exigencias de la República de Holanda a los financieros de Amsterdam y otras grandes ciudades mercantiles permitieron a un Estado pequeño reunir enormes sumas de dinero con rapidez

para sus ejércitos y su marina y convertirse con ello en la potencia dominante de Europa durante algún tiempo. La innovación decisiva se había producido entre 1515 y 1565, cuando los Estados Generales de los Países Bajos bajo el poder Habsburgo (cuyas provincias septentrionales, tras su sublevación de 1568, terminarían por constituir la República de Holanda) tomaron medidas conducentes a la emisión de anualidades respaldadas por el Estado, garantizadas por nuevos impuestos específicos y que devengaban un atractivo interés (Tracy, 1985). Como consecuencia, «en una situación de emergencia, la República de Holanda pudo conseguir un préstamo de un millón de florines a sólo un 3 % de interés en dos días» (Parker, 1976:212-13). Los títulos del Estado se convirtieron en una inversión predilecta de los rentistas holandeses, cuyos miembros gravaban el total de la economía en beneficio propio. En efecto, la palabras «capitalista», en su acepción moderna, parece haberse originado en la palabra que designaba a los ciudadanos holandeses que pagaban la tasa fiscal per cápita más alta, haciendo ostentación con ello de su riqueza y su buen crédito.

Los banqueros holandeses eran tan opulentos, tan expertos y tan independientes que a partir de 1580, al proseguir la guerra del norte de los Países Bajos contra sus antiguos regentes españoles, los banqueros lograron beneficios enviando plata desviada de la flota española a Amberes, donde se empleaba para costear los gastos de guerra españoles (Parker, 1972:154-5). Cuando en 1608 España propuso el reconocimiento de la independencia holandesa si Holanda se retiraba de las Indias orientales y occidentales, el negociador holandés Oldenbarnevelt «replicó que había demasiados personajes prominentes de la República involucrados en la Compañía de las Indias Orientales para que pudieran disolverla» (Israel, 1982:9). En general, no obstante, la riqueza de estos comerciantes operó a favor del propio Estado holandés. Una economía intensamente comercial permitió al Estado holandés del siglo XVII seguir la vía que había sido vedada a la vecina Prusia, y que los ingleses, agraciados con un flamante rey holandés, adoptaron en la década de 1690. Al incorporar técnicas fiscales holandesas, los ingleses consiguieron reducir su anterior dependencia de los banqueros holandeses, y con el tiempo superar a Holanda en la guerra.

Los holandeses del siglo XVII ocupaban una posición extrema en el eje de comercialización. Otros Estados intensivos en capital, como las potencias comerciales italianas de Génova y Venecia, adoptaron

formas similares para financiar el aumento de las fuerzas militares mediante el crédito público y la tributación sobre el flujo de bienes. En las regiones intensivas en coerción, los recursos que habrían podido aplicarse a la guerra permanecieron inmersos en la agricultura y en manos de magnates que detentaban una considerable fuerza autónoma; allí, la extracción de recursos militares adquirió, evidentemente, formas muy diferentes: combinaciones diversas de expropiación, cooptación, clientelismo, conscripción y cobro de impuestos por la fuerza. Entre ambos extremos, en zonas de coerción capitalizada, un equilibrio más igualado de capital y coerción permitó a los gobernantes jugar con ambas piezas, empleando fuerza comprada para contener a los propietarios de ejércitos privados, y el ejército nacional para persuadir a los propietarios de capitales privados; a largo plazo, al elevarse el volumen de las necesidades militares, esta combinación dio a los soberanos de los Estados de coerción capitalizada una superioridad decisiva en la guerra; como consecuencia, esta clase de Estado —el Estado nacional— triunfó sobre las ciudades-estado, los imperios, las federaciones urbanas y otras formas de Estado que en algún momento florecieron en Europa.

El largo y fuerte brazo del Imperio

A fines del siglo XVII, una parte significativa de las guerras europeas —entre ellas la guerra entre las vecinas Holanda e Inglaterra— se libraban en el mar, lejos del continente europeo. La lucha por el imperio marítimo complementó la guerra por tierra en la configuración de los diversos tipos de Estados europeos. Antes de crear los Estados nacionales, los europeos tuvieron amplia experiencia en imperios. Los escandinavos construyeron efímeros imperios mucho antes del milenio. Los imperios mongoles, ruso, otomano, sueco, borgoñón y Habsburgo dominaron durante largo tiempo partes considerables de Europa. Las grandes ciudades mercantiles, como Génova y Venecia, conquistaron o compraron sus propios imperios dispersos. Napoleón levantó un vasto, si bien breve, imperio en Europa. Los imperios otomano, austro-húngaro, ruso y alemán pervivieron hasta la Primera Guerra Mundial. Con el paso de los siglos, cierto es, los imperios europeos fueron pareciéndose cada vez más a Estados nacionales. En su heterogeneidad y en los residuos de gobierno indirecto a través de virreyes, o su equivalente, no obstan-

te, se enfrentaban a problemas propios de control sobre la población subordinada.

Desde el siglo XV, las potencias europeas comenzaron a avanzar hacia la creación de imperios muy alejados del continente. Los cristianos portugueses habían eliminado al último reino moro de su región peninsular en 1249. Durante otro siglo y medio los portugueses limitaron su acción marítima al comercio con Europa y Africa, pero en 1415 su captura de Ceuta, en la costa marroquí, fue el comienzo de una expansción que no se interrumpió hasta pasados 200 años. A la muerte del príncipe Enrique (llamado el Navegante) en 1460, sus fuerzas habían extendido su dominio, tanto político como comercial, por toda la costa occidental africana, además de haber capturado Madeira y las Azores en el Atlántico. Con ayuda de *condottieri* y empresarios genoveses, se dedicaron casi de inmediato a crear nuevas colonias comercialmente viables. Antes de finalizado el siglo, Vasco da Gama había circunnavegado Africa hasta Calicut, extendiendo con ello la influencia portuguesa por el Océano Indico y el Pacífico.

Los portugueses se esforzaron deliberadamente por quebrantar el dominio musulmán-veneciano sobre el acceso europeo a las especies y los artículos suntuarios de Asia y por establecer su propia hegemonía en las rutas marítimas hacia Asia. Mediante enormes energías, extraordinarios riesgos y suprema crueldad, a punto estuvieron de lograrlo. En el siglo XVI, las carracas y los galeones portugueses imperaban sobre gran parte del Océano Indico y transportaban casi la mitad de todas las especies enviadas a Europa y el Imperio otomano (Boxer, 1969:59). En el transcurso de aquel mismo siglo, los colonos portugueses empezaron a emigrar a Brasil; allí iniciaron la exportación del azúcar producido por el trabajo de amerindios conscriptos y, progresivamente, esclavos importados de Angola, el Congo y Senegambia. La Corona portuguesa recibía entonces una gran parte de sus rentas de los derechos de aduana cobrados sobre artículos coloniales.

Pero Portugal adolecía de serios impedimentos. Sus existencias interiores de hombres, madera y otros recursos necesarios para la aventura imperial fueron siempre peligrosamente escasas, hasta tal punto que en los navíos «portugueses» del siglo XVI no viajaban muchas veces más portugueses que su capitán. De 1580 a 1640 Portugal se fundió con la Corona española, heredando con ello la guerra de España con los temibles holandeses. Con su sublevación contra

España de 1640, el pequeño reino portugués guerreó contra ambos, holandeses y españoles, hasta 1689. Las guerras con los rivales marítimos pusieron en peligro a los comerciantes portugueses de alta mar. El que Portugal conservara su poder durante tanto tiempo da testimonio de sus extraordinarias fortaleza e ingenio.

Al ligar un imperio inmenso a una frágil metrópolis, los conquistadores portugueses crearon formas características de gobierno en ultramar y transformaron su propio Estado. Allende los mares, Portugal convirtió la mayoría de sus colonias en puestos de avanzada militar, una de cuyas principales actividades consistía en generar rentas para la Corona. A diferencia de holandeses, ingleses y venecianos, los soberanos portugueses no otorgaron licencias a comerciantes para que organizaran el gobierno colonial. A diferencia de los españoles, no toleraron la creación de grandes dominios autónomos en sus territorios de ultramar. Pero no pudieron impedir que los administradores, sacerdotes y soldados de las colonias comerciaran por cuenta propia o que aceptaran remuneraciones a cambio de utilizar ilegalmente sus competencias oficiales. Las rentas coloniales hicieron a Lisboa y a su rey relativamente independientes de los poderosos de Portugal, pero dependientes de funcionarios frecuentemente corruptos. Semejante monarquía tan sólo podía prosperar cuando el oro y los bienes fluían abundantemente desde las colonias.

Comparados con sus vecinos portugueses, los españoles fueron tardíos en sus conquistas de ultramar. En 1492, Granada, el último bastión musulmán de la Península Ibérica, se rindió ante Castilla. Por entonces, los españoles, en su impulso hacia el sur, empezaban a colonizar las Islas Canarias. En aquel mismo año, la reina Isabel autorizó al *condottiere* genovés Cristobál Colón a navegar hacia el oeste, por vía de las Canarias, en busca de India y Catay. En un período de 15 años España poseía ya colonias activas en el Caribe. Un siglo después de la caída de Granada, los españoles gobernaban —si bien escasamente— prácticamente toda América central y América del sur salvo Brasil, y habían llevado la conquista también hasta Filipinas.

Por aquella época aparecieron en escena los navegantes holandeses e ingleses. Las Compañías de las Indias Orientales y Occidentales de estos dos países, dirigidas por civiles, por no hablar de sus piratas, se adentraron agresivamente en aguas portuguesas y españolas del Atlántico sur, el Océano Indico y el Pacífico. Durante sus ocho años de guerra de independencia contra España, irónicamente,

los comerciantes holandeses obtuvieron sus mayores beneficios del comercio con el enemigo; transportaban productos del norte de Europa hasta la Península Ibérica, y se sirvieron de antiguos vínculos comerciales para infiltrarse en las redes comerciales de los imperios español y portugués. Con aquello se inició la construcción de un imperio mundial holandés. En el Atlántico, los comerciantes ingleses se agregaron al comercio portugués y se hicieron especialistas en burlar a los funcionarios reales de aduanas. Empezaron como parásitos, pero pronto pasaron a ser los organismos principales de sus territorios.

A lo largo de toda la historia del imperialismo europeo, en efecto, cada nueva fase solía comenzar con la competencia entre un poder dominante en una parte del mundo o en una ruta comercial, y un recién llegado que aspiraba a desafiar su hegemonía o a desbancarlo, o ambos. Los primeros objetivos de los ataques europeos fueron los musulmanes, pero al llegar el siglo XV los europeos batallaban entre sí por los accesos a Oriente. Los aventureros portugueses del siglo XVI estuvieron a punto de lograr aventajar a los venecianos, que controlaban el extremo occidental de la conexión por tierra de Europa con oriente y el sur de Asia, sólo para tener que enfrentarse después a la enemiga por mar de España, Holanda, e Inglaterra un siglo después. Los ingleses y holandeses no pudieron expulsar nunca a los comerciantes y virreyes portugueses de la totalidad de sus dominios, pero terminaron con la supremacía que había poseído Portugal hasta 1600. (Durante la guerra holandesa de 1647-8, por ejemplo, la acción enemiga capturó 220 naves de la flota portuguesa de Brasil: Boxer, 1969:221.) Las Compañías holandesas de las Indias Orientales y las Indias Occidentales gobernaron grandes imperios propios, logrando superioridad sobre sus rivales «en virtud de su mayor control del mercado y de la incorporación de costes de protección» (Steensgaard, 1974:11). A lo largo de todo el siglo XVII, los holandeses se convirtieron en la mayor potencia naval y comercial del mundo.

Después, los ingleses desplazaron a los holandeses. La fuerza naval holandesa flaqueó, y los barcos ingleses se enseñorearon de la mayoría de los mares del mundo. En el siglo XVIII, también los corsarios, hombres de armas y comerciantes de Francia empezaban a aventurarse en las Américas, Asia y el Pacífico —su influencia en Africa fue escasa antes del siglo XIX— y a llenar aún más los caminos del mar. El descubrimiento de oro y diamantes en Brasil en el si-

glo XVIII reanimó la economía colonial portuguesa, pero no pudo restaurar la hegemonía disfrutada por Portugal en el siglo XVI. Francia y Gran Bretaña llegaron tarde a la conquista territorial fuera de sus propios perímetros inmediatos, pero salvaron la distancia con rapidez a partir de 1700. Hacia fines del siglo XVIII, España, Portugal, las Provincias Unidas, Francia y Gran Bretaña poseían todos grandes imperios ultramarinos y redes comerciales a escala mundial; Gran Bretaña descollaba entre todos ellos. Las conquistas imperiales se aceleraron en el siglo XIX. «Entre 1876 y 1915», observa Eric Hobsbawm, «aproximadamente una cuarta parte de la superficie terráquea estaba distribuida o redistribuida en forma de colonias entre media docena de Estados» (Hobsbawm, 1987:59). Al estallido de la Primera Guerra Mundial, España, Portugal y lo que era entonces el reino de los Países Bajos apenas conservaban más que jirones de sus imperios de antaño, mientras que el tejido de los dominios franceses y, especialmente, ingleses se extendía por el mundo entero.

Todos estos imperios unían territorios conquistados a «factorías», asentamientos comerciales reconocidos en los bordes de las tierras gobernadas por reyes indígenas. Con algunas excepciones, como la portuguesa Macao, ninguna potencia europea conquistó tierras en Japón o China. Pero los portugueses, los españoles y, después, los holandeses mantuvieron enclaves comerciales en Japón; durante los oscuros años del shogunato Tokugawa (1640-1854), el puesto holandés de Deshima era prácticamente el único punto de contacto de Japón con Europa (Boxer, 1965:237). Ahora bien, con el paso del tiempo la pauta europea se inclinó hacia la conquista y el asentamiento parcial. A partir de 1652, por ejemplo, incluso los holandeses —que en realidad colonizaron muy pocas de las tierras en las que lograron hegemonía comercial— comenzaron a conquistar, administrar y asentarse en torno al Cabo de Buena Esperanza; la palabra *Afrikaner* empezó a aplicarse a los europeos trasplantados a comienzos del siglo XVIII (Boxer, 1965:256). En el siglo XIX especialmente, los Estados europeos procuraron dividir la mayor parte del mundo no europeo en territorios coloniales mutuamente excluyentes.

Los imperios ultramarinos no contribuyeron a la formación de estructuras de Estado en la misma medida que la guerra por tierra en el país propio. Pese a ello, la relación entre Estado e imperio era bilateral: el carácter del Estado europeo regía su forma de expansión fuera de Europa y la naturaleza del imperio incidía significativamente en el funcionamiento de la metrópolis. Los Estados intensivos en

capital, como Venecia y la Repúbica holandesa, estuvieron impulsados principalmente por una despiadada búsqueda de monopolios comerciales, pero invirtieron escasos esfuerzos en la conquista militar y la colonización. Los Estados intensivos en coerción, como el escandinavo y el español, dedicaron mayor parte de sus energías a poblamientos, esclavización de la mano de obra indígena (o importada) e imposición de tributos. Los Estados intermedios, como Gran Bretaña y Francia, entraron en el juego imperial relativamente tarde, y sobresalieron en él al unir las estrategias capitalista y coercitiva.

La estrategia capitalista añadió un peso realativamente reducido al Estado central, especialmente cuando era conducido por organizaciones esencialmente privadas como la Compañía de las Indias Orientales holandesa. Estos megalitos comerciales, sin embargo, se convirtieron en fuerzas políticas con las que había que contender por derecho propio; así pues, la privatización forzó al Estado a la negociación con la población subordinada, o al menos con la clase comercial dominante. La estrategia de la conquista y la colonización, que inevitablemente exigía ejércitos y marinas sólidos, aumentó la burocracia del Estado, por no hablar de la red mundial de funcionarios que hizo surgir. La conquista, cuando producía riquezas —especialmente en forma de metales preciosos, como en España— creaba una alternativa a la tributación interior, y evitaba, así, a los gobernantes una parte de las negociaciones de las cuales surgirían los derechos de los ciudadanos y que limitaron en todo lo demás las prerrogativas del Estado.

Tanto en el frente interior como en el ultramarino, la cantidad de aparato estatal surgido de la interacción entre la creación de una máquina militar y la formación de mercados dependió de varios factores: el volumen de la máquina con relación a la población que la mantenía, la anterior comercialización de la economía, y el grado en que el Estado contaba con la movilización de los poderosos en tiempo de guerra, los cuales aportaban su propia fuerza militar y retenían autoridad para seguir sirviéndose de ella al finalizar la guerra. Cabe imaginar un continuo desde la Rusia imperial, en que se desarrolló un pesado aparato de Estado para extraer soldados y recursos de una ingente, si bien no comercializada, economía, hasta la República holandesa, que dependía fuertemente de sus flotas, mantenía sus fuerzas militares con fondos temporalmente otorgados por sus provincias —dominadas por las ciudades—, obtenía con facilidad impuestos sobre los derechos de aduana y las alcabalas y no creó

nunca una burocracia central de consideración. Entremedias de ambos podríamos situar los casos como Francia y Prusia, donde los reyes tenían acceso a importantes regiones de capitalismo agrícola y comercial, pero tenían que negociar con los poderosos terratenientes el respaldo para su actividad militar. A largo plazo, las exigencias militares en hombres, dinero y abastecimientos se hicieron tan onerosas, que los gobernantes negociaron también con la población en general. El siguiente capítulo se centra sobre esta clase de negociación y sus variaciones entre una índole de Estado y otra.

Capítulo 4
EL ESTADO Y SUS CIUDADANOS

De las avispas a las locomotoras

A lo largo de los últimos mil años, los Estados de Europa han experimentado una peculiar evolución: de las avispas a las locomotoras. Mucho tiempo estuvieron concentrados en la guerra, dejando la mayor parte de las actividades a otras organizaciones, siempre que dichas organizaciones produjeran tributos con la debida periodicidad. Los Estados que imponían tributos fueron siempre feroces, pero ligeros de peso en comparación con sus voluminosos sucesores; clavaban sus aguijones, pero no chupaban la totalidad del jugo. Con el paso del tiempo, los Estados —incluso sus variedades intensivas en capital— asumieron actividades, competencias y compromisos cuyo simple mantenimiento les constreñía. Estas locomotoras corrían sobre los raíles del sustento extraído de la población civil y del mantenimiento suministrado por el personal civil. Fuera de los raíles, los motores de guerra no podían moverse en absoluto.

Las actividades mínimas de un Estado formaban un trío:

construir el Estado: atacar y vigilar a rivales y contrarios dentro del territorio reclamado por el Estado;

hacer la guerra: atacar a los rivales fuera del territorio ya exigido por el Estado;

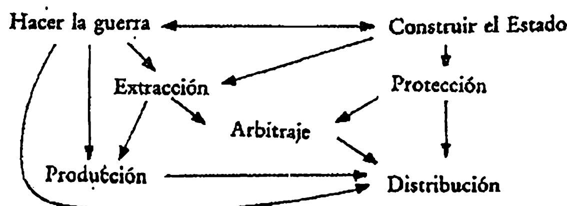


FIGURA 4.1. *Relaciones entre las principales actividades de los Estados*

protección: atacar y vigilar a los enemigos de los principales aliados del gobernante, tanto fuera como dentro del territorio reclamado por el Estado.

Pero no hay Estado que perdure, sin embargo, si olvida una decisiva cuarta actividad:

extracción: extraer de la población subordinada los medios para construir el Estado, hacer la guerra y proteger.

En el grado mínimo, los Estados perceptores de tributos permanecían cercanos a este indispensable conjunto de actividades, interviniendo en las vidas de sus súbditos nominales principalmente con el fin de imponer la autoridad de la clase dirigente y obtener rentas. Por encima de cierta escala, no obstante, todos los Estados se aventuraron en otros tres terrenos peligrosos:

arbitraje: dirimir con autoridad las disputas entre los miembros de la población subordinada;

distribución: intervención en el reparto de bienes entre los miembros de la población subordinada;

producción: control de la creación y transformación de bienes y servicios por parte de los miembros de la población subordinada.

Las relaciones principales entre las diversas actividades se establecían aproximadamente como muestra la figura 4.1. La construcción del Estado y la acción bélica se reforzaban mutuamente, siendo, en realidad, prácticamente indistinguibles hasta que los Estados empezaron a establecer fronteras seguras y reconocidas en torno a extensos territorios contiguos. Ambas cosas llevaban a la extracción de recursos entre la población local. El juego de alianzas y los intentos para extraer medios de agentes relativamente poderosos o móviles promovía la involucración del Estado en la protección: la vigilancia de competidores y enemigos de determinados aliados. Al expandirse, la extracción y la protección crearon la demanda de resolución de

litigios entre la población subordinada, incluidas la regulación legal tanto de la extracción como de la protección mismas.

Con el tiempo, el peso y el impacto de las actividades del Estado con posición más baja en el diagrama —arbitraje, producción y distribución— crecieron más rápidamente que las que se encuentran en la parte superior: hacer la guerra, construir el Estado, extracción y protección. El volumen mismo que la mayoría de los Estados europeos invertía en hacer la guerra (atacar a los enemigos fuera del territorio reclamado por el Estado) o en construir el Estado (atacar y vigilar a rivales y contrarios dentro del territorio) siguió incrementándose con regularidad hasta entrado el siglo XX; pero el arbitraje, la producción y la distribución pasaron de ser triviales a ser inmensos. Incluso los Estados no socialistas, que mantuvieron ampliamente la propiedad privada, por ejemplo, acabaron por invertir grandes sumas en la producción y/o regulación de la energía, el transporte, las comunicaciones, la alimentación y las armas. Al ir en aumento las cantidades que los gobernantes extraían de sus economías locales para la guerra y otras empresas coercitivas, las grandes clases que abarcaba dicha economía exigieron y lograron cada vez mayor intervención estatal fuera de los ámbitos de la coerción y la guerra. En el período de 1.000 años que examinamos, sin embargo, predominaron clarmente las actividades coercitivas.

La guerra obligó muchas veces a los Estados europeos a dedicarse a la producción de armas y a la extracción en la producción de mercancías (por ejemplo, sal, fósforos y tabaco) cuyo monopolio nutría las arcas del Estado. Posteriormente, todos los Estados intervinieron de modo más general en la producción al hacerse efectivas las demandas de obreros e intelectuales de que se impusieran controles a los excesos capitalistas; los Estados socialistas representan simplemente el extremo de una tendencia general. Extracción, protección y arbitraje se entrelazaron, finalmente, para inducir a los Estados a controlar la distribución —primero, como medio para garantizar las rentas del Estado extraídas del flujo de mercancias, y después, como respuesta a las demandas populares de corrección de desequilibrios y de posibles escaseces locales—. También en este caso los Estados socialistas suponen la versión extrema de una muy general expansión de la actividad del Estado fuera del ámbito militar.

Al proceder a la extracción de recursos y a la pacificación de la población, todo Estado europeo terminó creando una nueva estructura administrativa en los niveles local y regional, así como a escala

nacional. El tratado de Cateau-Cambrésis (1559), por ejemplo, creó el reino de Saboya-Piamonte, y colocó a Emmanuel-Filiberto en su trono. Muy pronto, la búsqueda de medios indujo al nuevo rey a ciertas innovaciones: primero, una rentable venta obligada de sal, después un censo para determinar quiénes eran gravables, luego un impuesto basado en el sector productivo de cada comunidad. Este impuesto obligaba a las comunidades contiguas a trazar sus límites con exactitud, lo cual les llevó a elaborar catastros e instituir puestos para administrarlos (Rambaud y Vincienne, 1964:11). Por todas partes, los esfuerzos extractivos no sólo obtenían valiosos recursos de sus fuentes acostumbradas, sino que también crearon nuevas formas de organización política.

La actividad del Estado, por consiguiente, tuvo profundas implicaciones para los intereses de la población en general, para la acción colectiva y para los derechos de los ciudadanos. Al entregarse a sus tareas de hacer la guerra, construir el Estado, proteger, extraer, arbitrar, distribuir y producir, los gobernantes y agentes del Estado tropezaban con ciertos intereses claramente definidos de personas que vivían dentro del ámbito de su control; el impacto era muchas veces negativo, dado que los Estados se apoderaron repetidamente, para su propio uso, de tierras, capitales, bienes y servicios anteriormente dedicados a otros cometidos. La mayor parte de los recursos que reyes y ministros empleaban para construir su potencia armada provenía, en última instancia, del trabajo y la acumulación de la gente común, y representaba un desvío de valiosos medios, apartándolos de objetivos a los que la gente común concedía una prioridad mucho mayor. Pese a que en ocasiones los capitalistas invirtieran con gusto en las finanzas del Estado y en la protección que ofrecía a sus empresas el poder del Estado, y pese a que los magnates regionales se aliaran algunas veces con los reyes para hacer frente a sus propios enemigos, la mayoría de las personas que obtenían algún provecho de los recursos que los monarcas querían apropiarse se opusieron con tenacidad a las demandas reales.

El trabajo, los productos, el dinero y otros recursos exigidos por los Estados estaban, al fin y al cabo, tradicionalmente incrustados en retículas de obligaciones y dedicados a objetivos que la familia y la comunidad valoraba. Desde la perspectiva a corto plazo de la gente común, lo que nosotros, en cómoda mirada retospectiva, denominamos «formación del Estado» suponía el hostigamiento de campesinos y artesanos pobres por parte de despiadados arrendado-

res de impuestos, la venta forzada de animales, que habrían servido para la dote, con el fin de pagar los impuestos, el encarcelamiento de jefes locales como rehenes hasta que la comunidad local entregara los impuestos atrasados, el ahorcamiento de otros que se atrevían a protestar, el permitir que cayeran brutales soldados sobre la inerme población civil, la conscripción de jóvenes que eran la mayor esperanza de confort para sus padres en la vejez, la adquisición forzosa de sal contaminada, la elevación de arrogantes propietarios locales a los puestos del Estado y la imposición de obediencia religiosa en nombre del orden y la moral públicas. No es de extrañar, pues, que los impotentes habitantes de Europa aceptaran tan a menudo la leyenda de un «buen zar» engañado, y hasta cautivo, por malos consejeros.

Tanto el carácter como el poder de la actividad del Estado variaban sistemáticamente en función de la economía prevaleciente dentro de las fronteras de un Estado. En las regiones *intensivas en coerción*, por lo general, los gobernantes obtenían recursos para la guerra y otras actividades de este tipo a través de las requisas y la conscripción directas. Aduanas y alcabalas rendían pequeños ingresos en las economías relativamente poco comercializadas, pero la institución de las capitaciones y de los impuestos sobre la tierra crearon pesadas maquinarias fiscales y depositaron amplios poderes en manos de terratenientes, jefes locales y otras personas que ejercían un control intermediario sobre recursos esenciales. En las regiones *intensivas en capital*, la presencia de capitalistas, intercambio comercial y sustanciales organizaciones municipales pusieron serios límites al ejercico directo de control sobre individuos y familias por parte del Estado, pero facilitaron el uso de impuestos sobre el comercio relativamente eficaces y suaves como fuente de rentas del Estado. El fácil acceso al crédito, además, permitió a los gobernantes distribuir los costes de la actividad militar a lo largo de períodos considerables, en lugar de extraerlos en acometidas rápidas y calamitosas. Como consecuencia, en los Estados de dichas regiones se crearon aparatos centrales ligeros y segmentados. En las regiones de *coerción capitalizada* prevaleció una situación intermedia: no obstante sus dificultades, los gobernantes dependían de la aquiescencia de los terratenientes y los comerciantes, obtenían rentas tanto de la tierra como del comercio y con ello crearon estructuras de Estado duales en que los nobles se enfrentaron —pero también, al fin, colaboraron— a los financieros.

Negociación, derechos y acción colectiva

La intervención del Estado en la vida cotidiana incitaba la acción popular colectiva, a menudo en forma de oposición al Estado, pero algunas veces también a modo de nuevas demandas al Estado. Al producirse los esfuerzos de las autoridades por obtener recursos y aquiescencia de la población subordinada, las autoridades del Estado, otros poderosos y grupos de personas comunes negociaron (desde posiciones asimétricas, desde luego) nuevos acuerdos respecto a las condiciones bajo las cuales el Estado *podía* extraer o controlar y la clase de exigencias que los poderosos o la gente ordinaria podía plantear al Estado. Negociaciones y exigencias se modificaron de modo fundamental con el paso de patrimonialismo a mediación a nacionalización y especialización; con el patrimonialismo, por ejemplo, la negociación se producía con frecuencia en sublevaciones regionales dirigidas por magnates que hacían valer sus propias pretensiones a una estadidad independiente, mientras que bajo la mediación, al adherirse al Estado los antiguos barones, las rebeliones dirigidas por los magnates dejaron paso a insurrecciones populares contra los impuestos y la concripción.

Las formas y secuencias del impacto del Estado sobre los intereses, la acción colectiva, la negociación y la creación de derechos varió ampliamente en función de la importancia relativa de coerción y capital como base para la formación del Estado. En las regiones intensivas en coerción, como Polonia y Rusia, el dominio sobre la tierra y la mano de obra adscrita a la tierra fueron durante mucho tiempo el objeto central de la lucha, mientras que en las regiones intensivas en capital, como los Países Bajos, el capital y los artículos comercializables ocupaban una posición más descollante en las negociaciones que crearon la esctructura del Estado y las exigencias de los ciudadanos a dicho Estado. En las zonas intensivas en capital, además, los Estados actuaron antes y de modo más efectivo para establecer los derechos de propiedad burgueses: para reducir los derechos múltiples sobre una misma propiedad, hacer cumplir contratos y fortalecer la capacidad del principal propietario para determinar el uso de su propiedad. En todas partes, sin embargo, la creación de una fuerza armada por parte del Estado obligó a sus agentes a entrar en negociaciones con poderosos y grupos de personas comunes. La estructura de clases de la población contribuyó, pues, a definir la organización del Estado: su aparato

represivo, su administración fiscal, sus servicios, sus formas de representación.

La traslación de estructura de clase a organización de Estado se produjo mediante luchas. Las sublevaciones antitributarias que agitaron gran parte de Europa occidental durante el siglo XVII surgieron de las pretensiones encontradas de reyes, poderosos regionales, comunidades locales y familias individuales a tierras, mano de obra, productos, ganado, herramientas, crédito y riqueza familiar, dado que no podían aplicarse a fines tan diversos simultáneamente. Cuando la resistencia a tributar alineaba los intereses de los grandes señores con los de las comunidades locales, como ocurrió frecuentemente en la Francia de comienzos del siglo XVII, ello ponía en peligro la viabilidad misma de la Corona. Pero incluso en una escala menor, la acción individual y colectiva día a día contra los progresivos esfuerzos extractivos del Estado plantearon graves dilemas a todos los gobernantes.

En la medida en que la población del Estado estaba segmentada y era heterógena, se reducía la posibilidad de una rebelión a gran escala, pero se incrementaba la dificultad de imponer medidas administrativas uniformes. En poblaciones homogéneas y conectadas entre sí, una innovación administrativa instituida y verificada en una región tenían bastantes probabilidades de funcionar en otras, y los funcionarios podían transferir sus conocimientos de un punto a otro con facilidad. En el período de transición de tributos a impuestos, de gobierno indirecto a gobierno directo y de subordinación a asimilación, los Estados generalmente actuaron para homogeneizar a sus poblaciones y quebrar su segmentación mediante la imposición de idiomas, religiones, monedas y sistemas legales uniformes, así como fomentando la construcción de sistemas interconectados de intercambio comercial, transporte y comunicaciones. Ahora bien, cuando aquellos esfuerzos unificadores amenazaban la identidad misma en que la población subordinada fundamentaba sus relaciones sociales cotidianas, suscitaban con frecuencia una masiva resistencia.

La resistencia a las exigencias del Estado solía producirse en secreto, a escala local, sirviéndose de las «armas de los débiles» descritas por James Scott —sabotaje, renuencia, ocultación, evasión (Scott, 1985)—. Esto se convertía en sublevación masiva principalmente cuando (1) las exigencias y acciones del Estado ofendían los criterios de justicia de los ciudadanos, o atacaban sus identidades colectivas primarias, (2) las personas afectadas por las acciones ofen-

sivas del Estado estaban ya vinculadas por sólidos lazos sociales, (3) la gente común contaba con aliados poderosos dentro o fuera del Estado, y (4) las acciones recientes del Estado o sus interacciones hacían patente que era vulnerable a un ataque. Bajo estas circunstancias, no sólo era probable que estallara la rebelión popular, sino que además tenía algunas posibilidades de éxito.

En la década de 1640 todas estas circunstancias se unieron en una serie de Estados europeos, y resultaron en uno de los decenios más sediciosos de la historia europea. La cruenta maraña de luchas que hoy recordamos con el nombre de Guerra de los Treina Años debilitó la capacidad de la mayoría de los Estados de Europa occidental, dejando al descubierto su vulnerabilidad en el momento mismo en que pedían sacrificios sin parangón a sus súbditos. Inglaterra pasó por una guerra civil, Francia entró en los disturbios de la Fronda, Escocia estuvo a punto de lograr liberarse de Inglaterra, Cataluña y Portugal se sacudieron (la primera transitoriamente, el segundo definitivamente) el dominio de la Corona española, y en Nápoles, el pescador Masaniello capitaneó una gran revuelta popular.

En Cataluña, por ejemplo, las reales peticiones de mayores impuestos de guerra llevaron al rey (o, mejor dicho, a su ministro Olivares) a un enconado conflicto con las Cortes. En 1640, la Corona envió 9.000 soldados a esta provincia para hacer cumplir sus exigencias de pago, reducir la posibilidad de una resistencia organizada y aplicar una especie de chantaje (dado que los catalanes tendrían que mantener a los soldados y sufrir sus pillajes mientras sus obligaciones quedaran impagadas). El estacionamiento de tropas sin consentimiento de la provincia violaba los derechos reconocidos de los catalanes. Se produjo una amplia sublevación popular. Al empezar a extenderse, la Diputación —hablando con poca exactitud, el comité ejecutivo de las Cortes— se puso a la cabeza de la revuelta, y llegó incluso a pedir a Luis XIII de Francia que asumiera la soberanía de Cataluña. Aprovechando que Francia estaba atenta a la Fronda, un ejército francés reconquistó al fin Barcelona, y después Cataluña, en 1652. Llegados a aquel punto, «Felipe VI otorgó una aministía y juró respetar las libertades tradicionales de Cataluña» (Zagorin, 1982:II, 37).

Cuando se enfrentaban a algún tipo de resistencia, disperso o general, ¿qué hacían los gobernantes? Negociaban. Cabe la posibilidad de que se objete al término «negociar» para hablar del envío de tropas para aplastar una revuelta antitributaria o capturar a un

contribuyente recalcitrante. Pese a ello, el uso frecuente de castigos ejemplares —ahorcar a unos cuantos cabecillas y no a todos los rebeldes, encarcelar al contribuyente local más rico y no a todos los delincuentes— indica que las autoridades estaban negociando con la generalidad de la población. Sea como fuere, la negociación adoptó muchas otras formas aceptables: razonar con los parlamentos, sobornar con exenciones fiscales a los funcionarios urbanos, confirmar los privilegios de los gremios a cambio de préstamos o gratificaciones, regular la estimación y recaudación de impuestos a cambio de garantías de una mejor disposición para su pago, y así sucesivamente. Todas aquellas negociaciones crearon o confirmaron demandas al Estado individuales o colectivas, los derechos individuales y colectivos frente al Estado, y las obligaciones del Estado con sus ciudadanos. El núcleo de lo que hoy denominamos «ciudadanía» está formado, en efecto, por múltiples acuerdos configurados por gobernantes y gobernados en el transcurso de sus luchas en torno a los medios para la acción del Estado, en especial para la guerra.

Es evidente que estas negociaciones eran asimétricas: en el enfrentamiento, eran cañones frente a estacas; el sostenido desarme de la población general por parte del Estado remató la asimetría. Sin embargo, incluso la represión violenta de las revueltas contra los tributos y la conscripción solía implicar un conjunto de acuerdos con los que colaboraban en la pacificación, así como una afirmación pública de los medios pacíficos en virtud de los cuales el ciudadano común *podía* legítimamente buscar la enmienda de errores e injusticias cometidos por el Estado. Entre aquellos medios figuraba casi siempre el recurso, el juicio y la representación a través de las asambleas locales. Al organizarse los trabajadores y los burgueses (o, con menor frecuencia, el campesinado), aprovecharon los canales permitidos para presionar a favor de mayores derechos o de representación directa. En la época de la especialización, los Estados hicieron suyas o respondieron a las crecientes demandas de burgueses y trabajadores, empleando a sus funcionarios en planes de seguros sociales, pensiones para veteranos, educación pública y viviendas; todas estas medidas añadieron despachos, burócratas y partidas presupuestarias a unos Estados cada vez más civiles.

Mediante la lucha, la negociación y una sostenida interacción con los tenedores de recursos esenciales, el Estado llegó a ser reflejo de la estructura de clase de sus poblaciones. Las clases dominantes tuvieron los efectos más perceptibles, de tal modo que en los Estados

dominados por grandes terratenientes se desarrollaron estructuras muy diferentes a las de aquellos controlados por capitalistas (Moore, 1966). Pero la necesidad misma de entenderse con campesinos, o artesanos, o jornaleros sin tierras, también dejó su impronta en la organización fiscal del Estado, en los controles sobre el comercio, las fuerzas policiales y muchas otras cosas. Los acuerdos específicamente negociados que ponían fin a una oposición tenaz o facilitaban el asentamiento popular crearon una parte considerable de las instituciones de dicho Estado.

También aquí debemos imaginar un continuo de experiencias. En un extremo se encuentran los acuerdos alcanzados con organizaciones poderosas existentes anteriormente a la gran expansión del poder del Estado, y que sobrevivieron a esta expansión, notablemente los cuerpos gubernativos de municipios capitalistas como Amsterdam. Estos acuerdos solían incorporar dichos cuerpos gubernativos al Estado, y convertirlos en instituciones representativas. A una escala mayor, los gobernantes de zonas con ciudades prósperas trataban a menudo con los consejos que representaban a los poderosos de la ciudad. Así, los primeros príncipes de Cataluña admitieron en sus concejos a delegados de Barcelona y otras ciudades catalanas junto a la nobleza y el clero, creando con ello el precedente de las tricamerales *Corts* catalanas (Vilar, 1962:I, 439).

En el extremo opuesto se encuentran los acuerdos logrados con grandes bloques de población, como el conjunto de los terratenientes, especialmente en forma de legislaciones que establecían normas para el cobro de impuestos, la conscripción y otras actividades extractivas. Así, cuando el primer ministro de Gran Bretaña, William Pitt, quiso pagar una parte de los costes de las guerras con Francia mediante el primer impuesto general sobre la renta británico (1799), acordó pactos implícitos con propietarios de tierras, capitalistas y asalariados por igual: de este modo conformó una ley que permitía la redención del antiguo e injusto impuesto sobre la tierra (Watson, 1960:375-6). Cuando se recuperó la paz con Francia (abortadamente) en 1802 y (definitivamente) 1815, el Parlamento se apresuró a tomar medidas para revocar este impuesto; aunque en 1816 el primer ministro Liverpool intentó conservar el impuesto sobre la renta para que contribuyera a satisfacer la inmensa acumulación de la deuda de guerra británica, el Parlamento interpretó claramente que la negociación implicaba ligar el impuesto a la situación de emergencia de la guerra (Levi, 1988:140-3).

Entre ambos extremos encontramos acuerdos negociados con grupos de poderosos definidos, como los dignatarios de la Iglesia, los cuales, cuando eran derrotados y desposeídos, adquirían por lo general derechos, garantizados por el Estado, a ciertos estipendios y protecciones, y que, cuando su resistencia a la extracción era eficaz, forzaban muchas veces la creación o reconocimiento de cuerpos representativos como las asambleas eclesiásticas. Enrique VIII de Inglaterra despojó a la Iglesia de su país de sus tierras y de sus vínculos con Roma, pero aceptó desde entonces la obligación de proveer estipendios a perpetuidad para todos los sacerdotes que aceptaran su versión de la Reforma.

En líneas generales, los funcionarios de los Estados que se desarrollaron en medio de la red de ciudades mercantiles que se extendía desde el norte de Italia a Flandes y el Báltico, se hallaron próximos al primer extremo, negociando con las oligarquías municipales que perseveraron, sobrevivieron y después pasaron a ser componentes importantes del Estado; las ciudades-estado como Venecia representan el caso extremo. Los agentes de los Estados que fueron conformándose fuera de la franja de ciudades-estado hubieron de negociar con mayor frecuencia con los grandes nobles y sus clientelas y crear nuevas instituciones representativas en el curso de este proceso. En estos Estados mayores, los nobles consiguieron con frecuencia que los altos oficiales militares confirmaran sus privilegios y monopolios a cambio de su colaboración en los regios intentos por construir un ejército nacional. Pero a todo lo largo del continuo, la negociación de las exigencias extractivas del Estado produjo derechos, privilegios e instituciones protectoras que no habían existido anteriormente.

La institución del gobierno directo

Con la nacionalización del poder militar se produjo un amplio movimiento desde el gobierno indirecto hacia el directo. Ello supuso una oportunidad costosa pero atractiva para la gente común. A partir de 1750, en las eras de nacionalización y especialización, los Estados empezaron a avanzar agresivamente desde un sistema casi universal de gobierno indirecto hacia un nuevo sistema de gobierno directo: la intervención no mediatizada en las vidas de las comunidades locales, las familias y las empresas productivas. Al pasar los gobernantes de la contratación de mercenarios al reclutamiento de

soldados entre sus propias poblaciones nacionales, al incrementar los impuestos para mantener las grandes fuerzas militares de las guerras del siglo XVIII, negociaron el acceso directo a comunidades, casas y empresas eliminando con ello a una serie de intermediarios autónomos.

A lo largo de todo el milenio que examinamos, las ciudades-estado, los obispados autónomos, los pequeños principados y otros microestados se gobernaban de modo relativamente directo. Los agentes inmediatamente responsables ante la Corona y que servían a discreción del monarca, recaudaban impuestos, administraban los tribunales, cuidaban de las propiedades de la Corona y mantenían los contactos cotidianos con las comunidades locales que quedaban bajo jurisdicción de la Corona. Los Estados mayores, no obstante, optaron invariablemente por alguna forma de gobierno indirecto, cooptando a los poderosos locales y confirmando sus privilegios sin incorporarlos directamente al aparato del Estado.

Antes del siglo XVII, todo gran Estado europeo gobernaba a sus súbditos con la mediación de poderosos intermediarios que gozaban de considerable autonomía, obstaculizaban las demandas del Estado que no iban en interés propio y se beneficiaban a cuenta propia del ejercicio delegado del poder del Estado. Los intermediarios eran con frecuencia miembros privilegiados de la población subordinada, que ascendían al garantizar a los gobernantes los tributos y la docilidad de dicha población. En el sudeste de Europa en especial, la presencia de poblaciones múltiples mezcladas por muchos siglos de conquista y de comercio mediterráneo, se unió a las características formas musulmanas de gobierno mediado por subordinados semiautónomos, para producir una vasta zona de gobierno indirecto cuya huella se aprecia aún hoy día en la heterogeneidad cultural de esta región y en sus continuas luchas por los derechos de las minorías. Entre los intermediarios esenciales se encontraban el clero, los terratenientes, las oligarquías urbanas y soldados profesionales independientes, en proporciones que variaban dentro del continuo desde las regiones intensivas en capital a las intensivas en coerción. La centralidad de estos diversos intermediarios caracterizaba los distintos sistemas de gobierno indirecto.

Cualquier sistema de gobierno indirecto fijaba serios límites a la cantidad de recursos que los gobernantes podían extraer de la economía circundante. Por encima de dichos límites, los intermediarios adquirían cierto interés en impedir la extracción, e incluso en aliarse

a la resistencia del pueblo llano a las exigencias del Estado. En estas mismas circunstancias, no obstante, surgió el interés de los gobernantes en minar el poder autónomo de los intermediarios y acordar coaliciones con importantes segmentos de la población subordinada. Al ir exigiendo la guerra cada vez mayores recursos —incluido, de forma determinante, el potencial humano— y al hacerse más acuciante el peligro de conquista por parte de los Estados mayores, fueron más y más los soberanos que pasaron por alto, suprimieron o cooptaron a los antiguos intermediarios, para dirigirse directamente a las comunidades y casas en busca de los medios necesarios para la guerra. Así pues, los ejércitos permanentes nacionales, los Estados nacionales y el gobierno directo fueron origen unos de los otros.

Antes de aquel momento, la autonomía de que disfrutaban los poderosos variaba considerablemente de un Estado a otro; pasada la primera fase de conquista y administración militar, el Imperio otomano instauró dos formas sucesivas de gobierno en los Balcanes, siendo el segundo aún más indirecto que el primero. Entrado el siglo XVII, los sultanes cobraban tributos a sus estados vasallos, pero dentro de sus propios dominios dividieron partes sustanciales de sus tierras en *timars,* concesiones entregadas a guerreros mientras estuvieran sirviendo en las fuerzas armadas. Los *timarlis* (beneficiarios de las concesiones) obtenían sus propias rentas de la tierra, recaudaban impuestos para el sultán, dirigían la administración civil y mantenían a los siervos cristianos bajo control, pero no lograron el derecho a enajenar la tierra ni a transmitírsela a sus hijos. En las guerras de los siglos XVI y XVII, no obstante, murieron muchos *timarlis,* y la necesidad de recaudar cada vez más impuestos para una acción bélica que resultaba progresivamente más costosa restó atractivo a aquellas concesiones a ojos de los guerreros. Los sultanes recurrieron en medida creciente a arrendadores de impuestos, que utilizaron su influencia para convertir en propiedad las tierras donde recaudaban impuestos. Al ocurrir esto, otros grupos exigieron y recibieron el derecho a comprar y poseer tierras que pagaban tributos; las *chiftliks,* tierras privadas, desplazaron a las *timars* (Roider, 1987:133-4).

Así, los otomanos instauraron sin proponérselo un sistema clásico de gobierno indirecto. Aquel sistema se volvió posteriormente contra súbditos y gobernantes por igual debido al poder que había puesto en manos de guerreros semiindependientes. En la paz de Sistova entre los imperios otomano y austriaco (1791), por ejemplo,

> los jenízaros y las unidades militares irregulares [de Serbia] quedaron sin empleo. Por ello, se dedicaron al pillaje entre la población. Bandas de estos hombres se apoderaron de aldeas y de sus tierras y convirtieron sus propiedades en posesiones propias. Otros se unieron a los *avans* rebeldes, u organizaciones de bandidos, y despojaron a pacíficos musulmanes y cristianos por igual.
>
> (Jelavich y Jelavich, 1977:27)

La autonomía y la rapacidad de los jenízaros terminó por obstruir el gobierno otomano tan seriamente que en 1826 las tropas del sultán, a petición de éste, se unieron a la muchedumbre en Constantinopla para masacrar a lo que quedaba de estos cuerpos. Los grandes riesgos del gobierno indirecto eran la rapacidad de los intermediarios, que suscitaba resistencia de la población general frente a ellos, y la oposición de los intermediarios, que incitaba la enemiga de regiones enteras a la presencia nacional.

La mayor parte de las veces, sin embargo, los jefes locales gobernaban de modo relativamente estable, y garantizaban protección a la población local mediante el oportuno pago de tributos al Estado otomano. Entre tanto, los junkers prusianos eran simultáneamente dueños de sus grandes posesiones, jueces, jefes militares y portavoces de la Corona, y la *gentry*, la nobleza y el clero ingleses se repartían las labores de la administración civil fuera de la capital. En circunstancias favorables, el intermediario con esta clase de autoridad mitigaba los efectos de la expansión del Estado sobre la organización social y la riqueza de sus súbditos. El carácter de su mediación difería considerablemente entre dos tipos de regiones: las que contaban con una aristocracia autóctona y las que estaban dominadas por forasteros. Allí donde la nobleza compartía religión, lengua y tradición con el campesinado (como en Austria y Bohemia), existía cierta posibilidad de solidaridad regional frente a las exigencias de la Corona. Allí donde los nobles eran extranjeros (como en la parte europea del Imperio otomano durante una buena parte de su historia), los jefes locales y los ancianos tribales sirvieron muchas veces de vínculo entre la población y las autoridades nacionales. En estas regiones, la caída del imperio dejó a campesinos, comerciantes y profesionales en contacto directo con el Estado (Berend y Ránki, 1977:29-36).

Autóctonos o forasteros, los intermediarios solían ser tiranos dentro de sus propias zonas de dominio. Cuando el sistema *chiftlik*

desplazó a las *timars* en los territorios otomanos, incluso la apelación a los tribunales y funcionarios musulmanes desapareció como recurso, y era frecuente que los terratenientes absentistas exprimieran a sus campesinos con mayor dureza que sus predecesores militares (Roider, 1987:134). Cuando decayó el poder del centro —como ocurrió de modo general durante el siglo XIX— los terratenientes lograron un creciente control sobre los asuntos locales. En las Bosnia y Serbia decimonónicas, los señores musulmanes forzaron a los tenentes cristianos a la servidumbre (Donia, 1981:4-5). En aquellas circunstancias, el bandidaje se desbocó por los Balcanes. Como consecuencia de la explotación de los intermediarios, la alianza con un rey distante o con sus representantes se presentaba muchas veces como una alternativa atractiva a la explotación imperante, y los lugareños apelaban a los agentes reales, llevaban sus pleitos contra los señores ante los tribunales del rey y aplaudían la restricción de privilegios urbanos. A corto plazo, se beneficiaron en alguna ocasión de esta clase de acción. Pero a largo plazo, la destrucción de las barreras intermedias los dejó más expuestos a las sucesivas oleadas de exigencias del Estado generadas por la guerra.

El crecimiento de los ejércitos permanentes de reclutamiento interior supuso un fuerte estímulo para el gobierno directo. Pese a que pervivieron los soldados de alquiler en algunos ejércitos durante el siglo XVIII, los gobernantes de regiones de coerción capitalizada —especialmente Francia, Prusia e Inglaterra— empezaron a abandonar la contrata general de ejércitos mercenarios durante el XVII. Los mercenarios tenían el grave inconveniente de ser poco fiables cuando no estaban bien pagados, de dedicarse al botín y la rapiña cuando no eran vigilados de cerca, de causar toda clase de disturbios cuando eran desmovilizados y de costar una gran cantidad de dinero. El esfuerzo de mantener grandes ejércitos en tiempo de paz, iniciado por soberanos como Federico Guillermo de Prusia en el siglo XVII, excedía la capacidad de la mayoría de los Estados para gravar unas rentas que eran esenciales, sobre todo ante la competencia de los poderosos regionales. Estas circunstancias impulsaron a los gobernantes a crear administraciones militares nacionales estables, y después a la conscripción, la cooptación y la penetración. Con estas medidas se prescindió de los intermediarios, y quedó el camino franco desde el gobierno indirecto al directo.

El reclutamiento interior de grandes ejércitos permanentes implicaba costes muy serios. Mientras que los mercenarios licenciados

apenas tenían reclamación alguna que poder exigir al Estado, los veteranos de una fuerza nacional sí las tenían, sobre todo si habían sufrido alguna incapacidad en el servicio a la nación. Las familias de soldados muertos o heridos adquirían así mismo ciertos beneficios, como la prioridad en la venta de tabaco y fósforos, administrada por el Estado. El emplazamiento de guarniciones dentro del país involucraba a los funcionarios militares y sus compañeros civiles en la provisión de alimentos y viviendas y en tareas de orden público. Al fin, la salud y la educación de todos los muchachos, que afectaban a su rendimiento militar, pasó a ser incumbencia del gobierno. Así pues, la reorganización militar introdujo una cuña de expansión de la actividad estatal en lo que antes habían sido esferas locales y privadas.

En uno de sus más deliberados intentos por levantar el poder del Estado, los gobernantes procuraron a menudo homogeneizar a la población en el transcurso de instituir el gobierno directo. Desde la perspectiva del gobernante, una población lingüística, religiosa e ideológicamente homogénea tenía el peligro de presentar un frente común frente a las regias exigencias; la homogeneidad hacía más ardua una política de dividir y regir. Pero tenía muchas ventajas en compensación: dentro de una población homogénea, era más probable que la gente común se identificara con sus autoridades, las comunicaciones podían efectuarse con mayor eficiencia y una innovación administrativa que funcionaba en un sector determinado tenía posibilidades de funcionar también en otros. Además, había mayores probabilidades de que las gentes que percibían un origen común se unieran contra el peligro exterior. España, Francia y otros grandes Estados homogeneizaron repetidamente a la población ofreciendo a las minorías religiosas —en especial musulmanes y judíos— la elección entre conversión y emigración; en 1492, poco después de terminada la conquista de Granada, por ejemplo, Fernando e Isabel plantearon a los judíos españoles exactamente dicha alternativa; Portugal siguió su ejemplo en 1497. La consecuencia fue que los judíos exiliados de Iberia, los sefardíes, establecieron entonces una diáspora comercial en otros puntos de Europa, sirviéndose de sus anteriores conexiones para configurar un potente sistema de crédito a largo plazo y de comunicaciones que les permitió crear cuasi monopolios sobre las piedras preciosas, el azúcar, las especias y el tabaco en diversos momentos a lo largo de los siguientes siglos (Von Greyerz, 1989).

La Reforma protestante ofreció a los gobernantes de Estados menores una espléndida oportunidad para definir la idiosincrasia y homogeneidad de su nación frente a los grandes imperios, amén de la oportunidad para cooptar al clero y su aparato administrativo en servicio de los regios fines. Suecia estableció uno de los primeros ejemplos, depositando grandes porciones de la administración pública en manos de los pastores luteranos. (Los actuales historiadores suecos siguen beneficiándose de las largas series de registros parroquiales —con datos incluso sobre alfabetismo y cambios de residencia— que aquellos pastores elaboraron fielmente a partir del siglo XVII.) Y por encima de toda posible influencia en las creencias sobre la legitimidad del Estado, un solo clero y una fe común unidos al soberano eran un poderoso instrumento de gobierno.

La Revolución francesa: del gobierno indirecto al directo

Los Estados europeos comenzaron a forzar la elección entre lealtades locales y nacionales durante el siglo XVIII. Pese a que las «reformas» de la Ilustración tuvieron muchas veces el efecto de reforzar el gobierno directo, el avance más sensacional en aquella dirección fué sin duda obra de la Revolución francesa y el Imperio. La acción francesa de 1789 a 1815 promovió la transición general europea de gobierno indirecto a gobierno directo de dos maneras: suministrando un modelo de gobierno centralizado que otros Estados emularon, e imponiendo variantes de dicho modelo donde quiera que Francia conquistaba. Aun cuando muchas de las innovaciones adoptadas por el gobierno francés de este período surgieron de desesperadas improvisaciones, como respuesta al peligro de rebelión y de quiebra, sus formas, verificadas en la refriega, perduraron más allá de la Revolución y el Imperio.

¿Qué ocurrió con el sistema de gobierno francés durante los años revolucionarios? Antes de 1789, el Estado francés, como prácticamente todos los demás Estados, gobernaba indirectamente en el nivel local, recurriendo primordialmente a sacerdotes y nobles para la mediación. Desde la conclusión de la guerra de independencia norteamericana, los esfuerzos del gobierno por reunir fondos para cubrir sus deudas de guerra aglutinaron una coalición antigubernamental, donde figuraron inicialmente los *Parlements* y otros núcleos de poder, pero que evolucionó hacia una composición más popular

cuando la confrontación entre el régimen y sus enemigos se agudizó (Comninel, 1987; Doyle, 1986; Eguet, 1962; Frêche, 1974; Stone, 1981). La visible vulnerabilidad del Estado en 1788-9 alentó a todo grupo que tuviera alguna reclamación o agravio silenciado contra el Estado, sus agentes o sus aliados, a expresar sus peticiones y unirse a los demás en demanda de cambios. Las revueltas rurales —el Gran Miedo, requisas de grano, rebeliones fiscales, ataques a terratenientes y demás— de la primavera y el verano de 1789, se produjeron en grado desproporcionado en regiones de grandes pueblos, agricultura comercializada y muchas carreteras (Markoff, 1985). Su geografía reflejaba un ajuste de cuentas mixto, pero, en buena medida, dirigido por la burguesía.

Simultáneamente, aquellos cuya supervivenvia social dependía más directamente del Estado del Antiguo Régimen —nobles, empleados públicos y alto clero son los ejemplos obvios— se alinearon por lo general con el rey (Dawson, 1972:334-46). Así empezó a configurarse una situación revolucionaria: dos bloques diferenciados reclamaban el poder y ambos tenían el respaldo de sustanciales porciones de la población. Con importantes deserciones de la Corona por parte de militares, y la formación de milicias comprometidas con la causa popular, la oposición adquirió fuerza propia. El bloque popular, vinculado y muchas veces encabezado por miembros de la burguesía, empezó a lograr predominio sobre algunos sectores del aparato del Estado.

Los abogados, funcionarios y otros burgueses que se hicieron con el aparato del Estado en 1789-90 desplazaron rápidamente a los antiguos intermediarios: nobles terratenientes, funcionarios señoriales, empleados venales, clero y, algunas veces, también oligarquías municipales. «No era una clase rural de *gentlemen* al estilo inglés», afirma Lynn Hunt, «la que logró prominencia política en el nivel nacional y regional, sino más bien miles de profesionales urbanos que aprovecharon la oportunidad para hacer carrera política» (Hunt, 1984:155; véase también Hunt, 1978; Voselle, 1978). En el nivel local, la llamada Revolución Municipal transfirió el poder generalmente a enemigos de los antiguos gobernantes: coaliciones de patriotas basadas en las milicias, los clubs y los comités revolucionarios, y ligadas a activistas parisinos, sustituyeron a los antiguos municipios. Incluso allí donde los antiguos notables lograron sobrevivir a los primeros desórdenes de la Revolución, las relaciones entre cada una de las localidades y la capital nacional se alteraron de modo

radical. Las «repúblicas» aldeanas de los Alpes, por ejemplo, vieron desmoronarse sus ancestrales libertades —entre ellas su teórico libre consentimiento a los impuestos— al ser incorporadas por extraños a una nueva máquina administrativa (Rosenberg, 1988:72-89). Entonces, los revolucionarios parisinos se vieron ante el problema de gobernar sin intermediarios; experimentaron con los comités y las milicias que habían aparecido en la movilización de 1789, pero resultaron de difícil control desde el centro. Más o menos simultáneamente, reconformaron el mapa de Francia con un sistema integrado de departamentos, distritos, cantones y comunas, mientras enviaban *représentants en mission* para promover la reorganización revolucionaria. Así instituyeron el gobierno directo.

Además, dada la desigual distribución espacial de las ciudades, los comerciantes y el capital, la imposición de una cuadrícula geográfica uniforme alteró las relaciones entre los poderes económico y político de las ciudades, situando a las insignificantes Mende y Niort en el mismo nivel administrativo que las potentes Lyon y Burdeos (Lepetit, 1988:200-37; Margadant, 1988a, 1988b; Ozouf-Marignier, 1986; Schultz, 1982). El resultado fue que el balance de fuerzas en las capitales regionales varió significativamente: en los grandes centros comerciales, donde comerciantes, abogados y profesionales eran ya numerosos, los funcionarios de departamento (que provenían muchas veces, en todo caso, del mismo medio) no tuvieron más remedio que negociar con la población local. Allí donde la Asamblea Nacional trazó departamentos en regiones rurales relativamente poco comercializadas, los administradores revolucionarios desplazaron a otros residentes de las nuevas capitales, y cabe la posibilidad de que emplearan las fuerzas en caso de que se mostraran reacios. Pero en dichas regiones carecían de los aliados burgueses que ayudaron a sus camaradas revolucionarios a hacer la labor de la Revolución en otros lugares, y se enfrentaron a antiguos intermediarios que seguían contando con una considerable cantidad de partidarios.

En los grandes centros mercantiles como Marsella y Lyon, la situación política era muy diferente. En conjunto, el movimiento federalista, con sus protestas contra el centralismo jacobino y sus peticiones de autonomía regional, arraigó en las ciudades cuya posición comercial estaba muy por encima de su rango administrativo. Para la resolución de todos estos obstáculos diversos al gobierno directo, los revolucionarios parisinos improvisaron tres sistemas paralelos, y a veces encontrados, de gobierno directo: los comités y

las milicias; una jerarquía geográficamente definida de funcionarios y representantes por elección; y comisionados itinerantes del gobierno central. Para reunir información y lograr adhesión, los tres sistemas recurrieron ampliamente a las redes personales ya existentes de abogados, profesionales y comerciantes.

Cuando el sistema empezó a funcionar, los dirigentes revolucionarios procuraron hacer rutinario su control y contener la acción independiente de entusiastas locales, que muchas veces se resistían. Utilizando tanto la cooptación como la represión, fueron eliminando gradualmente los comités y las milicias. La movilización de guerra sometió el sistema a una gran presión, incitó nueva oposición y aumentó los incentivos de los líderes nacionales para instituir un estricto sistema de control. Desde 1792, la administración central (que hasta el momento había mantenido una forma muy semejante a la del Antiguo Régimen) experimentó su propia revolución: el personal se amplió enormemente, y se configuró una auténtica burocracia jerárquica. En este proceso, los revolucionarios instituyeron uno de los primeros sistemas de gobierno directo formado en un Estado grande.

Este cambio supuso alteraciones en los sistemas fiscales, de justicia, de obras públicas y en muchos otros. Veamos el caso de la policía. Fuera de la región de París, el Estado del Antiguo Régimen francés apenas contaba con una policía especializada propia; enviaba a los *Maréchaussée* a perseguir a los evasores de impuestos, vagabundos y otros infractores de la regia voluntad, y algunas veces autorizaba al ejército a reprimir a los súbditos rebeldes, pero por lo demás contaba con que las autoridades locales y regionales emplearan la fuerza armada contra la población civil. Los revolucionarios cambiaron esta situación. Con respecto al pueblo llano, pasaron de una acción policial reactiva a una proactiva y a la recopilación de datos; en lugar de esperar simplemente hasta que se produjera una sublevación o una violación de la ley, y tomar después feroces represalias pero de modo selectivo, empezaron a destinar agentes para la labor de prevenir y evitar cualquier acción popular colectiva peligrosa. En los primeros años de la Revolución, las fuerzas policiales del Antiguo Régimen se disolvieron por lo general cuando comités populares, guardias nacionales y tribunales revolucionarios se arrogaron su actividad cotidiana. Pero con el Directorio, el Estado concentró la labor de vigilancia y detención en una sola organización centralizada. Fouché de Nantes fue nombrado ministro de policía en

el año VII/1799, y desde aquel momento dirigó un ministerio cuyas competencias abarcaban toda Francia y territorios conquistados. Hacia la época de Fouché, Francia se había convertido en uno de los países del mundo más estrechamente viligado por una fuerza policial.

Las guerras aceleraron el paso de gobierno indirecto a gobierno directo. Casi todo Estado que va a la guerra comprueba que no puede costear el esfuerzo con sus propias reservas acumuladas y rentas corrientes. Prácticamente todo Estado en guerra se endeuda fuertemente, aumenta los impuestos y obtiene los medios de combate —entre ellos los hombres— de una ciudadanía renuente que tiene otros usos para aquellos recursos. La Francia pre-revolucionaria siguió esta regla fielmente, hasta el punto de acumular deudas que finalmente forzaron la convocatoria de los Estados Generales. Y la Revolución no abolió las reglas: una vez que Francia hubo declarado la guerra a Austria en 1792, las exigencias de rentas y hombres por parte del Estado suscitaron una resistencia tan feroz como la que había estallado bajo el Antiguo Régimen. Para vencer dicha resistencia, los revolucionarios crearon toda una nueva serie de controles centralizados.

Los franceses emplearon su flamante sistema como plantilla para la reconstrucción de otros Estados. Al paso que los ejércitos imperiales conquistaban, procuraban construir réplicas de aquel sistema de gobierno directo en otros puntos de Europa. La jefatura de Napoleón consolidó el sistema y lo convirtió en un instrumento seguro de gobierno. El sistema sobrevivió a la Revolución y al Imperio en Francia y, en alguna medida, también en los restantes lugares; Europa en general giró masivamente hacia el gobierno directo centralizado con, al menos, un mínimo de representación para los gobernados.

La resistencia y la acción contrarrevolucionaria se siguieron directamente del proceso mediante el cual el nuevo Estado implantó el gobierno directo. Hay que recordar la cantidad de cambios que los revolucionarios introdujeron en un período muy breve de tiempo. Eliminaron todas las anteriores jurisdicciones territoriales, consolidaron muchas de las antiguas parroquias en comunas más extensas, abolieron los diezmos y los derechos feudales, disolvieron muchas corporaciones y sus privilegios, construyeron un sistema administrativo y electoral de arriba a abajo, impusieron un tipo de contribución más amplia y estandarizada sobre todo aquel sistema, requisaron las propiedades de los nobles emigrados y de la Iglesia,

disolvieron las órdenes monásticas, sometieron al clero al Estado y le obligaron a jurar defender la nueva Iglesia del Estado, realizaron conscripciones de jóvenes en un grado sin precedentes y excluyeron a nobles y sacerdotes del ejercicio automático de la autoridad local. Y todo ello ocurrió entre 1789 y 1793.

Los posteriores regímenes aplicaron cambios más efímeros, como el calendario revolucionario y el culto al Ser Supremo, pero la remodelación del Estado de los primeros años de la Revolución pervivió hasta el siglo XIX y fijó las pautas para muchos otros Estados europeos. Las anulaciones más importantes fueron el estrangulamiento de las milicias locales y los comités revolucionarios, la devolución o compensación de algunas de las propiedades confiscadas y el Concordato de Napoleón con la Iglesia católica. En conjunto, estos cambios constituyeron una impresionante y rápida sustitución de un sistema de gobierno mediatizado por notables locales y regionales, por un gobierno uniforme, centralizado y directo. Más aún: la nueva jerarquía del Estado estaba formada en gran medida por abogados, médicos, notarios, comerciantes y otros miembros de la burguesía.

Como sus equivalentes pre-revolucionarios, estos fundamentales cambios suponían un ataque a muchos intereses vigentes, y abrieron oportunidades para grupos que anteriormente habían tenido escaso acceso al poder sancionado por el Estado, en especial la burguesía de aldeas y pueblos pequeños. En consecuencia, precipitaron tanto resistencia como luchas de poder. Artois (el departamento de Pas-de-Calais) experimentó una versión moderada de la transición (Jessenne, 1987). Antes de la Revolución, los nobles y eclesiásticos artesianos poseían algo más de la mitad de toda la tierra, frente a la tercera parte en manos de los campesinos. Entre el 60 y el 80 por ciento de todas las tierras de cultivo tenían por debajo de las 5 hectáreas (lo cual implica que una similar mayoría de operarios agrícolas trabajaba a tiempo parcial para otros), y un cuarto de los cabezas de familia trabajaban primordialmente como jornaleros agrícolas. Los impuestos, los diezmos, los arrendamientos y los derechos feudales se llevaban la cantidad relativamente baja del 30 % de la rentas de las tierras arrendadas de Artois, y un quinto de la tierra rural se puso en venta con la confiscación revolucionaria de las propiedades de la Iglesia y la nobleza. El capitalilsmo agrícola, en pocas palabras, estaba ya avanzado hacia 1770.

En regiones como aquélla, los grandes arrendatarios *(fermiers)* dominaban la política local, pero sólo dentro de los límites impues-

tos por sus señores nobles y eclesiásticos. La Revolución, al eliminar los privilegios de aquellos notables, puso en peligro el poder de los arrendatarios. Sin embargo, sobrevivieron a la amenaza como clase, si bien no como conjunto determinado de individuos: muchos empleados públicos perdieron sus puestos en los comienzos de la Revolución, especialmente en los casos en que la comunidad se hallaba ya enemistada con su propio señor. Ahora bien, sus sustitutos provenían de modo desproporcionado de la misma clase de arrendatarios acomodados. La lucha de jornaleros y pequeños arrendatarios contra los *coqs de village*, que Georges Lefebvre descubrió en la contigua Nord, fue menos intensa, o menos eficaz, en el Pas-de-Calais. Aunque los grandes agricultores, vistos con recelo por las autoridades nacionales, perdieron parte de su influencia en los puestos públicos durante el Terror y, después, también durante el Directorio, la recuperaron posteriormente, y siguieron siendo gallos del lugar hasta mediados del siglo XX. Por entonces, nobles y eclesiásticos habían perdido una buena parte de su capacidad para contener a los poderosos locales, pero habían ocupado sus lugares fabricantes, comerciantes y otros capitalistas. El desplazamiento de los antiguos intermediarios abrió el camino a una nueva alianza entre grandes agricultores y burguesía.

Bajo la dirección de París, la transición al gobierno directo se realizó con relativa facilidad en Artois. En otros puntos, el cambio estuvo acompañado de intensas luchas. La vida de Claude Javogues, agente de la Revolución en su departamento natal de Loire, es ilustrativa de la lucha y el proceso político que la encendió (Lucas, 1973). Javogues era un peón gigantoide, violento y bebedor cuyos parientes cercanos eran abogados, notarios y comerciantes de Forez, una región no muy lejana al oeste de Lyon. La familia fue en ascenso durante el siglo XVIII, y en 1789, a los 30 años, el propio Claude era *avocat* en Montbrison y estaba bien relacionado. La Convención despachó a este fogoso toro burgués al Loire en julio de 1793, y le hizo volver en febrero de 1794. Durante aquellos 6 meses, Javogues recurrió intensamente a las relaciones con que ya contaba, se concentró en la represión de los enemigos de la Revolución, actuó en gran medida sobre la hipótesis de que sacerdotes, nobles y ricos terratenientes eran dichos enemigos, se comportó con abandono y torpeza en asuntos administrativos, como la organización del abastecimiento alimentario, y dejó tras él una fama de arbitrariedad y crueldad.

Con todo, Javogues y sus colaboradores reorganizaron, en efecto, la vida local. Al seguir sus acciones en el Loire, topamos con clubs, comités de vigilancia, fuerzas armadas revolucionarias, comisarios, tribunales y *représentants en mission*. Vemos un intento casi increíble de extender las competencias administrativas directas del gobierno central sobre la vida individual cotidiana. Reconocemos la importancia de la movilización popular contra los enemigos de la Revolución —reales o imaginarios— como la fuerza que eliminó a los antiguos intermediarios. Y con todo ello aumenta nuestra comprensión del conflicto entre dos objetivos del Terror: la extirpación de los enemigos de la Revolución y la forja de los instrumentos capaces de realizar la labor revolucionaria. Descubrimos una vez más la gran importancia del control sobre los alimentos como reto administrativo, como punto de fricción política y como incentivo para la acción popular.

Contrariamente a la vieja imagen de un pueblo unitario que aplaude la llegada de reformas largamente esperadas, las historias locales de la Revolución dejan claro que los revolucionarios franceses afirmaron su poder con esfuerzo, y muchas veces venciendo una tenaz resistencia popular. La mayor parte de esta resistencia, verdad es, adoptó la forma de evasión, ocultación y sabotaje en lugar de una rebelión abierta. Pero allí donde las quebraduras eran profundas, la resistencia se consolidó en contra-revolución: la aparición de autoridades efectivas y alternativas a las instituidas por la Revolución. La contra-revolución no surgió allí donde todos eran contrarios a la Revolución, sino allí donde irreconciliables diferencias separaban bloques bien definidos de partidarios y enemigos.

En el sur y el oeste de Francia, en virtud de un similar proceso, aparecieron las mayores zonas de contra-revolución sostenida (Lebrun y Dupuy, 1987; Nicolas, 1985; Lewis y Lucas, 1983). La geografía de las ejecuciones llevadas a cabo bajo el Terror suministra un cuadro plausible de la actividad contra-revolucionaria. Entre los departamentos con más de 200 ejecuciones figuran: Loire Inférieure (3.548), Seine (2.639), Maine-et-Loire (1.886), Rhône (1.880), Vendée (1.616), Ille-et-Vilaine (509), Mayenne (495), Vaucluse (442), Bouches-du-Rhône (409), Pas-de-Calais (392), Var (309), Gironde (299) y Sarthe (225). Estos departamentos dieron cuenta del 89 % de todas las ejecuciones durante el Terror (Greer, 1935:147). Salvo por el Seine y el Pas-de-Calais, se concentraron en el sur, el sudoeste y, especialmente, el oeste. En el sur y el sudoeste, Languedoc, Pro-

venza, Gascuña y el Lyonnais fueron sedes de insurrecciones militares contra la Revolución, insurrecciones cuya geografía se corresponde de cerca con la adhesión al federalismo (Forrest, 1975; Hood, 1971, 1979; Lewis, 1978; Lyons, 1980; Scott, 1973). Los movimientos federalistas se iniciaron en la primavera de 1793, cuando la expansión jacobina de la guerra exterior —incluida la declaración de guerra a España— suscitó oposición al cobro de impuestos y a la conscripción, lo cual produjo a su vez un reforzamiento de la vigilancia y disciplina revolucionarias. El movimiento autonomista culminó en las ciudades comerciales que habían disfrutado de amplias libertades con el Antiguo Régimen, notablemente Marsella, Burdeos, Lyon y Caen. En estas ciudades y sus *hinterlands*, Francia entró en enconada guerra civil.

Al oeste, las incursiones guerrilleras contra los bastiones y el personal republicano agitaron Bretaña, Maine y Normandía desde 1791 a 1799, mientras ardía una sublevación armada abierta al sur del Loire en partes de Bretaña, Anjou y Poitou que comenzó en el otoño de 1792 y se continuó de modo intermitente hasta que Napoleón pacificó la región en 1799 (Bois, 1981; Le Goff y Sutherland, 1984; Martin, 1987). La contrarrevolución del oeste alcanzó su punto culminante en la primavera de 1793, cuando la petición republicana de soldados precipitó la resistencia armada en gran parte de la región occidental. Aquella fase presenció masacres de «patriotas» y «aristócratas» (como fueron denominados los defensores y enemigos de la Revolución), la invasión y ocupación transitoria de grandes ciudades, como Angers, y enconadas batallas entre ejércitos de azules y blancos (como se conocía a los elementos armados de ambos partidos).

La contrarrevolución del oeste brotaba directamente de los esfuerzos de los funcionarios revolucionarios por instituir un tipo determinado de gobierno directo en la región: un gobierno que prácticamente eliminaba a nobles y sacerdotes de sus puestos como intermediarios parcialmente autónomos, que llevaba las exigencias del Estado en tributos, hombres y obediencia hasta el nivel de la comunidad, los barrios y las casas, y que otorgaba a la burguesía de la región un poder político que nunca antes había poseído. Al procurar extender el predominio del Estado sobre todas y cada una de las localidades, y desalojar a todo enemigo de dicho predominio, los revolucionarios franceses iniciaron un proceso que no se interrumpió hasta pasados 25 años. En ciertos aspectos, no se ha interrumpido todavía.

A este respecto, pese a su ferocidad contrarrevolucionaria, la región occidental se adaptó a la experiencia general de Francia. En toda Francia, los burgueses —no propietarios de grandes empresas industriales, en su mayoría, sino comerciantes, abogados, notarios y otras personas que vivían de la posesión y manipulación de un capital— fueron cobrando fuerza durante el siglo XVIII. En toda Francia, la movilización de 1789 introdujo cantidades desproporcionadas de burgueses en la arena política. Cuando los revolucionarios de París y sus aliados provinciales desalojaron a nobles y sacerdotes de sus decisivos puestos como agentes del gobierno indirecto, las redes de relaciones burguesas sirvieron como conexión alternativa entre el Estado y las miles de comunidades de todo el país. Durante cierto tiempo, aquella conexión descansaba sobre una inmensa movilización popular en forma de clubs, milicias y comités. Pero, gradualmente, los líderes revolucionarios fueron conteniendo y hasta suprimiendo a sus turbulentos compañeros. Con tanteos, errores y lucha, la burguesía dominante elaboró un sistema de gobierno que llegaba directamente hasta las comunidades locales, y pasaba principalmente por manos de administradores que servían bajo el escrutinio y el control presupeustario de sus superiores.

Este proceso de expansión estatal topó con tres enormes obstáculos. El primero fue que muchas personas vieron en la crisis de 1789 las apertura de oportunidades para promover sus propios intereses y saldar viejas cuentas. Así, o bien consiguieron capitalizar la oportunidad, o bien vieron sus esperanzas obstruidas por la competencia de otros actores; ambas categorías carecían de estímulos suficientes para apoyar nuevos cambios revolucionarios. En segundo lugar, el inmenso esfuerzo de guerrear con la mayor parte de las restantes potencias europeas forzó la capacidad del Estado al menos tan duramente como las reales guerras del Antiguo Régimen. El tercero fue que, en algunas regiones, las bases políticas de esta burguesía de autoridad reciente eran en exceso frágiles para soportar la labor de persuasión, contención, inspiración, amenaza, extracción y movilización llevada a cabo por los agentes revolucionarios en todas partes; la resistencia a las demandas de tributos, conscripciones y sumisión a una legislación moralizante fue amplia en toda Francia, pero donde una rivalidad preexistente situaba a un bloque bien relacionado en oposición a la burguesía revolucionaria, se encendía muchas veces la guerra civil. En estos aspectos, la transición revolucionaria de gobierno indirecto a gobierno directo encarnó una re-

volución burguesa y engendró una serie de contrarrevoluciones antiburguesas.

Fuera de Francia, por último, la imposición de jerarquías administrativas de corte francés prácticamente en todo lugar conquistado por los ejércitos revolucionarios e imperiales, impulsó el experimento un paso más, instituyendo el gobierno directo (si bien es verdad que con la mediación de virreyes y jefes militares) en media Europa. Al movilizarse contra los franceses, muchos Estados alemanes adoptaron, así mismo, amplios programas de centralización, nacionalización y penetración (Walker, 1971:185-216). Los ejércitos de Napoleón fueron al fin vencidos y los Estados marioneta de Francia acabaron por caer, pero la reorganización administrativa dejó una fuerte impronta en naciones aún nonatas, como Bélgica e Italia. Había comenzado la edad del gobierno directo.

Expansión del Estado, gobierno directo y nacionalismo

La expansión más impresionante de la actividad no militar del Estado se inició en la época de especialización militar, aproximadamente a partir de 1850. En dicho período, que se extiende hasta el pasado reciente, la organización militar se trasladó desde un segmento dominante y parcialmente autónomo de la estructura del Estado a una posición más subordinada, como el mayor de diversos departamentos diferenciados, bajo autoridad de una administración predominantemente civil. (Esta subordinación era, claro está, mayor en la paz que en la guerra, mayor en Holanda que en España.) La nacionalización de las fuerzas militares, durante el siglo anterior, había ya impulsado a la mayor parte de los Estados europeos a negociar con su población la entrega de reclutas, materiales de guerra e impuestos; los gigantescos ejércitos de ciudadanos —como los de las guerras napoleónicas— implicaban una invasión sin precedentes en las relaciones sociales cotidianas por parte del Estado predatorio.

Con el proceso de instauración del gobierno directo, los Estados europeos pasaron de lo que podría denominarse represión reactiva a la represión proactiva, especialmente con respecto a potenciales enemigos fuera de la élite nacional. Hasta el siglo XVIII, los agentes de los Estados europeos pasaban poco tiempo intentando adelantarse a las posibles exigencias del pueblo al Estado, a los movimientos insurreccionales, a las acciones colectivas peligrosas o a la difusión

de nuevas organizaciones; sus espías, cuando los tenían, se concentraban en los ricos y los poderosos. Cuando se producía una rebelión o «sedición», los gobernadores hacían venir una fuerza armada todo lo rápidamente que podían y castigaban de la forma más visible y amenazadora que podían idear. Reaccionaban, sí, pero no estableciendo una vigilancia continua sobre potenciales rebeldes. Con la instauración del gobierno directo vino la creación de sistemas de vigilancia e información que hacían responsables a los administradores locales y regionales de la previsión y prevención de aquellos movimientos que pudieran amenazar la autoridad del Estado o el bienestar de sus principales clientelas. Las fuerzas policiales nacionales penetraron en las comunidades locales (véase Thibon, 1987). La policía política y la criminal hacían causa común en la elaboración de expedientes, en los puestos de escucha, los informes rutinarios y la inspección periódica de toda persona, organización o suceso que tuviera alguna probabilidad de alterar el «orden público». El prolongado desarme de la población civil culminó en una estricta contención de militantes y descontentos.

En modos semejantes, los Estados europeos empezaron a inspeccionar los conflictos laborales y las condiciones de trabajo, a constituir y regular sistemas nacionales de educación, a organizar la asistencia a los pobres y los incapacitados, a construir y mantener líneas de comunicación, a imponer aranceles en beneficio de las industrias nacionales y otras mil actividades que los europeos dan hoy por sentadas como atributos de la autoridad del Estado. La esfera del Estado se expandió muy por encima de su núcleo militar, y sus ciudadanos empezaron a exigirle una variedad muy amplia de protección, arbitraje, producción y distribución. Al ampliar las legislaturas nacionales su propio alcance muy por encima de la simple aprobación de impuestos, se convirtieron en destinatarias de las peticiones de grupos bien organizados, en cuyos intereses incidía o podía incidir el Estado. El gobierno directo y la política nacional de masas se desarrollaron al unísono y se fortalecieron mutuamente con intensidad.

Al expandirse el gobierno directo por toda Europa, el bienestar, la cultura y las rutinas diarias de los europeos de a pie dependieron en mayor medida que nunca de cuál fuera el Estado en que les había tocado residir. Internamente, los Estados acometieron la imposición de idiomas nacionales, sistemas nacionales de educación, servicios militares nacionales y muchas otras cosas. Exteriormente, empeza-

ron a inspeccionar todo movimiento a través de sus fronteras, a utilizar aranceles y aduanas como instrumentos de política económica y a tratar a los forasteros como clases de personas diferentes, objetos de derechos limitados y estrecha vigilancia. Con las inversiones del Estado no sólo en guerras y en servicios públicos, sino también en infraestructura económica, las economías adoptaron características definidas que, una vez más, diferenciaban la experiencia de vivir en Estados contiguos.

En este sentido, la vida se homogeneizó dentro de los Estados y se heterogeneizó entre los Estados. Cristalizaron los símbolos nacionales, se unificaron los idiomas nacionales, se organizaron los mercados de trabajo nacionales. La guerra misma se convirtió en una experiencia homogeneizadora, cuando soldados y marinos representaron a la totalidad de la nación, y la población civil soportó privaciones y responsabilidades comunes. Entre otras consecuencias, las características demográficas empezaron a asemejarse entre sí dentro del mismo Estado y a diferir aún más apreciablemente entre los diversos Estados (Watkins, 1989).

Las etapas tardías de la formación del Estado europeo produjeron los dos fenómenos dispares que, conjuntamente, denominamos «nacionalismo». Este término hace referencia a la movilización de poblaciones que no tienen un Estado propio en torno a la aspiración a la independencia política; así pues, hablamos de nacionalismos palestino, armenio, galés o franco-canadiense. También denota, lamentablemente, la movilización de la población de un Estado existente en torno a una fuerte identificación con dicho Estado; así, en la guerra de las Malvinas/Falklands de 1982, se habló del choque de los nacionalismos británico y argentino. El nacionalismo, en su primer significado, surgió a lo largo de toda la historia europea, siempre y donde quiera que los soberanos con una religión o idioma determinados conquistaban un pueblo con otra religión u otra lengua. El nacionalismo, en el sentido de una intensa adhesión a la estrategia internacional de un Estado, raramente hizo su aparición antes del siglo XIX, y cuando apareció fue primordialmente en el calor de la guerra. La homogeneización de la población y la imposición del gobierno directo fomentaron ambos esta segunda variedad de nacionalismo.

Ambos nacionalismos se multiplicaron durante el siglo XIX, en tal medida, que podría convenir inventar un término nuevo para sus equivalentes de antes de 1800. Al consolidarse las regiones de sobe-

ranía fragmentada, como Alemania e Italia, en sustanciales Estados nacionales, y cristalizar todo el mapa de Europa en 25 ó 30 territorios mutuamente excluyentes, los dos nacionalismos recibieron estímulo mutuo. Los grandes movimientos de conquista han suscitado tradicionalmente la aparición de ambos nacionalismos, cuando los ciudadanos de los Estados existentes han sentido que su independencia estaba amenazada, y los miembros de poblaciones sin Estado pero cohesivas han visto posibilidades tanto de extinción como de nueva autonomía. Cuando Napoleón y los franceses se extendieron por Europa, el nacionalismo de Estado nacional creció en el lado francés y en el lado de los Estados amenazados por Francia; en el momento en que Napoleón fue derrotado, sin embargo, sus administraciones imperiales habían sentado las bases para nuevos nacionalismos de ambas clases —el ruso, el prusiano y el británico, sin lugar a dudas, pero también el polaco, el alemán y el italiano— en toda Europa.

A lo largo del siglo XX, los dos tipos de nacionalismo han ido entrelazándose progresivamente, incitándose mutuamente: los intentos de los gobernantes por comprometer a sus súbditos en una causa nacional han generado oposición por parte de las minorías no asimiladas, y la aspiración a la autonomía política de las minorías no representadas ha fomentado la adhesión al Estado vigente por parte de los que más se benefician de su existencia. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando las potencias descolonizadoras empezaron a dividir el resto del mundo en Estados con fronteras, reconocidos y mutuamente excluyentes, la relación entre ambos nacionalismos se hizo aún más estrecha, pues la petición lograda de un pueblo relativamente diferenciado a tener su propio Estado solía implicar la exclusión de la aspiración a un Estado de al menos otro pueblo; al cerrarse la puerta, son más los pueblos que procuran escapar por ella. Simultáneamente, gracias a un acuerdo internacional implícito, las fronteras de los Estados existentes han pasado a estar menos sujetas a modificaciones surgidas de la guerra o de la acción del Estado. En medida creciente, la única vía para que los nacionalismos minoritarios puedan lograr sus objetivos es a través de la subdivisión de los Estados existentes. En años recientes, algunos Estados múltiples, como el Líbano y la Unión Soviética, han experimentado fuertes presiones para la subdivisión. Y la presión sigue creciendo.

Cargas impremeditadas

Los esfuerzos para hacerse con los recursos para la guerra crearon estructuras de Estado que nadie había pensado formar. Debido a que ningún gobernante o coalición dominante poseía un poder absoluto, y debido a que las clases que quedaban fuera de aquella coalición siempre contaban con el control inmediato de una parte considerable de los recursos que los gobernantes empleaban para la guerra, ningún Estado pudo escapar a la creación de ciertas cargas organizativas que sus autoridades habrían preferido evitar. Otro proceso paralelo generó también cargas involuntarias para el Estado: los gobernantes crearon organizaciones, bien para hacer la guerra o bien para extraer lo indispensable para la guerra, entre la población —no sólo ejércitos y armadas, sino también oficinas fiscales, servicios de aduanas, tesorerías, administraciones regionales y fuerzas armadas para facilitar su labor entre la población civil— y descubrieron que las organizaciones mismas desarrollaban intereses, derechos, emolumentos, necesidades y demandas que requerían atención por sí mismas. Hablando de Brandenburgo-Prusia, Hans Rosenberg dice que la burocracia

> adquirió un espíritu de cuerpo que llegó a convertirse en una fuerza lo bastante formidable para remodelar el sistema de gobierno a su propia imagen. Restringió la autoridad autocrática del monarca. Dejó de ser responsable de los intereses dinásticos. Se hizo con el control de la administración central y de la política pública.
>
> (Rosenberg, 1958:vii-viii)

De modo similar, las burocracias desarrollaron sus propios intereses y sus propias bases de poder en toda Europa.

La respuesta a estos nuevos intereses originó la aparición de otras organizaciones: covachas para los veteranos militares, títulos de nobleza para los funcionarios del Estado, escuelas de formación, tribunales y abogados para adjudicar privilegios oficiales, abastecedores de alimentos, viviendas y otros requisitos indispensables para los agentes del Estado. A partir del siglo XVI, muchos Estados emprendieron su propia producción de los materiales esenciales para el ejercicio de la guerra o para la recaudación de rentas; en un momento u otro, muchos Estados fabricaron armas, pólvora, sal, productos del tabaco y fósforos con un propósito u otro.

Un tercer proceso aumentó también las cargas del Estado. Las clases que quedaban fuera de éste comprendieron que podían convertir algunas instituciones nacidas con una escueta gama de actividades, en soluciones a problemas en los que estaban seriamente interesados, aun si dichos problemas eran de interés escaso para los funcionarios del Estado. Con el fin de formar las coaliciones necesarias para llevar a efecto sus tareas, los funcionarios aceptaron la ampliación de las instituciones. Los tribunales, en un principio reunidos para hacer cumplir los mandatos del rey con respecto a las armas o los tributos, se convirtieron en vehículos para la resolución de disputas privadas, los regimientos militares se convirtieron en lugares convenientes para situar a los hijos jóvenes e ineptos de la nobleza, los despachos de registro, constituidos como receptores de los derechos debidos por la certificación de documentos, se convirtieron en locales de negociación en torno a las herencias.

La historia de la intervención del Estado en el suministro de alimentos ilustra el modo en que estos tres procesos crearon cargas imprevistas para el Estado. Dado que el abastecimiento alimentario urbano fue arriesgado durante muchos siglos, correspondía a los funcionarios municipales la gran responsabilidad de inspeccionar los mercados, buscar nuevos suministros en épocas de escasez y garantizar que los pobres recibieran lo suficiente para mantenerse vivos. Las autoridades de Palermo, por ejemplo, debían resolver un problema especialmente grave, porque la nobleza autóctona despreciaba el comercio, que seguía en gran medida en manos de comerciantes forasteros. Durante los períodos del siglo XVII en que amenazaba el hambre:

> los ciudadanos de Palermo tenían que llevar consigo tarjetas de identificación para excluir a los forasteros de las colas del pan. Los que tenían pleitos legales en Palermo recibían un permiso especial para entrar en la ciudad, pero sólo si traían consigo sus propios alimentos; toda otra persona estaba expuesta a ser rechazada por una rígida vigilancia y custodia a las puertas de la ciudad. En ocasiones se prohibía totalmente la elaboración de pastas dulces, o sólo se vendía pan rancio con objeto de disminuir el consumo. Una policía especial se dedicaba a descubrir depósitos de trigo ocultos en el campo, y se prefería a los españoles para estos puestos dado que los sicilianos tenían demasiados amigos que favorecer y enemigos que perjudicar.
> (Mack Smith, 1968a:221)

Pese a que esta normativa se aplicaba a los ciudadanos, su im-

posición suponía onerosas cargas para las autoridades. Cuando los funcionarios municipales no cumplían con sus responsabilidades, quedaban expuestos a la posibilidad de rebeliones surgidas de coaliciones entre sus propios enemigos y los indigentes urbanos. En términos generales, no estallaba la rebelión cuando la gente pasaba más hambre, sino cuando entendía que los funcionarios no estaban aplicando los controles reglamentarios, toleraban el acaparamiento o, lo más grave de todo, estaban autorizando envíos del preciado grano local a otros lugares.

En la mayor parte de Europa, las ciudades adoptaron complicadas normas que prohibían la venta de grano al por mayor fuera de los mercados públicos, no llevar al mercado grano almacenado en la localidad y cobrar precios por el pan muy apartados del precio corriente de este grano de primera necesidad. En los Estados en que se organizaron grandes ejércitos, funcionariados administrativos y ciudades con capitalidad se multiplicó, por tanto, el número de personas que no producía sus propios alimentos, y aumentó la demanda de grano fuera de los habituales mercados regionales. Los funcionarios del Estado, regionales y nacionales, hubieron de pasar gran parte de su tiempo garantizando y regulando el abastecimiento alimentario.

Obligados a nobles terratenientes que no veían con buenos ojos la injerencia del Estado en sus operaciones, los Estados europeos concentraron sus controles sobre la distribución, no sobre la producción. La actuación de Estados como Prusia y Rusia, que otorgaron enormes poderes a los nobles y reforzaron el dominio de estos terratenientes sobre los campesinos a cambio del cumplimiento de servicios militares y administrativos, influyó profundamente, por ello, en el carácter de su agricultura, pero sólo de modo indirecto. La redistribución de tierras de la Iglesia llevada a cabo por el Estado, como en el caso de Francia, Italia y España, incidió considerablemente sobre la agricultura, pero no llevó al Estado a supervisar la producción como tal. Hasta el siglo XX —en que algunos regímenes socialistas se ocuparon de la producción agrícola, y la mayoría de los regímenes capitalistas intervinieron en la producción mediante la manipulación de créditos, precios y mercados— los Estados no se implicaron fuertemente en aquel extremo del abastecimiento alimentario. Salvo por los racionamientos en época de guerra y por ocasionales prohibiciones motivadas por medidas fiscales o políticas, los Estados se mantuvieron también al margen del consumo. Pero en la

esfera de la distribución, los Estados europeos hubieron de ocuparse seriamente de la cuestión de los alimentos.

Con cronologías decisivamente diferentes en diversas partes de Europa, los siglos XVI al XIX vieron la expansión independiente de los mercados internacionales, la aparición de comerciantes de alimentos al por mayor y el incremento en el número de personas asalariadas que dependían del mercado para obtener alimentos. En aquel punto, los gestores del Estado debían equilibrar las demandas de los agricultores, los comerciantes de alimentos, los funcionarios municipales, sus propios dependientes y los indigentes urbanos; todos los cuales creaban problemas al Estado cuando éste perjudicaba sus intereses particulares. Los funcionarios del Estado y nacionales elaboraron la teoría y la práctica de la Policía, en que la detección y prendimiento de delincuentes tenían una parte menor. Anteriormente a la proliferación de fuerzas policiales profesionales como las actuales, ocurrida en el siglo XIX, la palabra Policía hacía referencia a la gestión pública, en especial en el nivel local; la regulación del suministro de alimentos era su componente mayor. El gran tratado de Nicolas de la Mare, *Traité de la Police,* editado en 1705, resume esa concepción amplia, pero centrada en la alimentación, de las competencias de la policía estatal.

Claro es que la forma en que los Estados acometían el suministro alimentario variaba con el carácter del Estado y el de sus clases dominantes. Cuando Prusia creó un ejército permanente que era excesivamente grande para las dimensiones de su población de base, creó también depósitos y sistemas de abastecimiento para el ejército, así como incentivos para que el grano fluyera hacia las provincias donde aquél estaba concentrado; aquel sistema, como prácticamente todo en el Estado prusiano, dependía de la cooperación de la nobleza terrateniente y de la subordinación del campesinado. Pese a una intermitente legislación nacional sobre esta cuestión, Inglaterra dejó, por lo general, el control efectivo sobre el suministro de alimentos en manos de sus magistrados locales, y sólo intervino activamente en la entrada y salida de granos de todo el país; la derogación de la Ley del Trigo en 1846 marcó el fin del largo período en que el Estado restringió las importaciones de granos cuando los precios no eran muy elevados, y, por tanto, el período en que el Estado protegía a los propietarios de tierras productoras de granos y a sus colonos frente a la competencia extranjera. En España, el esfuerzo administrativo para abastecer a la céntrica capital, Madrid, congeló

la oferta de alimentos en gran parte de Castilla, y probablemente retrasó el desarrollo de mercados a gran escala en toda la Península Ibérica (Ringrose, 1983).

La creciente acción del Estado originó una gran expansión en el volumen del aparato político nacional dedicado a la regulación de los flujos alimentarios, incluso cuando el objetivo expreso de la política del Estado era «liberar» el comercio de granos. Dicha política, adoptada progresivamente en los siglos XVIII y XIX, consistía esencialmente en reforzar el derecho de los grandes comerciantes a enviar alimentos donde pudieran obtener el precio más alto. Con el tiempo, los municipios, impulsados por la legislación del Estado, desmantelaron los antiguos controles. A la larga, la productividad agrícola aumentó y la distribución mejoró lo suficiente para reducir la vulnerabilidad de ciudades, ejércitos e indigentes a súbitas escaseces de alimentos. Pero en el transcurso de este proceso, los Estados crearon cuerpos de personal especializados en alimentos, en vigilancia e intervención, para garantizar el flujo de suministros a aquéllos cuya acción valoraba o temía el Estado. Indirectamente, la búsqueda de poder militar llevó a la intervención en las subsistencias. De modo similar, los esfuerzos por adquirir hombres, uniformes, armas, alojamientos y, sobre todo, fondos para sostener la actividad militar, indujeron a los funcionarios del Estado a crear estructuras administrativas que después hubieron de supervisar y mantener.

Las formas de representación masiva negociadas por los gobernantes europeos con sus súbditos, convertidos en ciudadanos durante el siglo XIX, invlucró al Estado en ámbitos de acción totalmente nuevos, especialmente con respecto a la producción y distribución. Los programas políticos característicamente burgueses —elecciones, parlamentos, amplio acceso a los cargos, derechos civiles— se convirtieron en realidades. Una vez que los ciudadanos dispusieron de derechos cuyo cumplimiento podían exigir al Estado, respaldados por elecciones populares y legislaciones parlamentarias, los mejor organizados entre aquéllos exigieron la acción del Estado sobre el trabajo, el comercio exterior, la educación y, con el tiempo, muchas otras cosas. Los Estados intervinieron en las relaciones entre capital y trabajo definiendo lo que eran huelgas y sindicatos obreros aceptables, manteniendo cierta vigilancia sobre ambos y negociando o imponiendo acuerdos en sus conflictos. En general, los Estados que se industrializaron tardíamente dedicaron una mayor proporción del aparato del Estado —bancos, tribunales y administraciones públi-

cas— al fomento de la industria que aquellos que estuvieron a la cabeza del proceso (Berend y Ránki, 1982:59-72).

En el cuadro 4.1 se muestra el grado en que se alteraron los gastos del Estado. Con el paso de los años, el personal empleado por el Estado noruego se expandió también: en 1875, el gobierno central empleaba a unos doce mil civiles, alrededor del 2 % de la fuerza de trabajo; en 1920 eran 54.000 (5 %); en 1970, 157.000 (10 %: Flora, 1983:I, 228; véase también Gran, 1988b:185). En Noruega y otros lugares de Europa, la administración central, la justicia, la intervención económica y, en especial, los servicios sociales aumentaron todos como consecuencia de las negociaciones políticas en torno a la protección que el Estado ofrecía a sus clientelas y ciudadanos.

CUADRO 4.1. *Gastos del Estado como porcentaje del PIB en Noruega, 1875-1975*

Años	Total gobierno	Ejército	Administración, justicia	Economía, medio ambiente	Servicios sociales
1875	3,2	1,1	1,0	0,4	0,3
1900	5,7	1,6	1,2	1,0	1,2
1925	6,5	0,9	0,7	0,8	1,8
1950	16,8	3,3	1,4	3,9	7,4
1975	24,2	3,2	2,3	6,8	9,5

Fuente: Flora, 1983:I, 418-419.

El incremento de los servicios sociales se produjo en toda Europa. El cuadro 4.2 toma como ejemplos Austria, Francia, el Reino Unido, Holanda y Alemania simplemente porque Peter Flora ha reunido datos comparables para ellos. Los Estados que adoptaron economías centralmente planificadas, como la Unión Soviética, experimentaron, sin duda, aumentos aún mayores en la proporción de la renta nacional dedicada a servicios sociales. En todas partes, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, el Estado intervino en la sanidad, la educación, la vida familiar y la economía.

Como sugiere la disponibilidad misma de cifras, todas estas intervenciones producían inspecciones e información, en medida tal, que el período de 1870 a 1914 aproximadamente se convirtió en una edad dorada de las estadísticas patrocinadas por el Estado sobre huel-

CUADRO 4.2. *Gastos del Estado en servicios sociales como porcentaje del PIB, 1900-1975*

Año [a]	Austria	Francia	Reino Unido	Holanda	Dinamarca	«Alemania»
1900			0,7		1,0	
1920	2,0	2,8	4,1	3,2	2,7	7,5
1940	2,3	5,1	5,3	4,4	4,8	11,1
1960	7,3	8,9	9,6	8,7	7,6	14,9
1975	10,8	9,2	15,0	17,2	24,6	20,8

[a] Las fechas son aproximadas.
Fuente: Flora, 1983:I, 348-349.

gas, empleo, producción económica y otros muchos aspectos. Así pues, los gestores del gobierno pasaron a ser responsables de la economía nacional y de la situación de los obreros en un grado inimaginable un siglo antes. Si es verdad que el alcance y el ritmo de estos cambios varió drásticamente, desde la renuente Rusia a la volátil Gran Bretaña, prácticamente todos los Estados del siglo XIX avanzaron en la misma dirección.

Militarización/civilidad

El proceso transformador del Estado que hemos estado analizando produjo un resultado sorprendente: la civilidad del gobierno. Es un resultado sorprendente porque fue la expansión de la fuerza militar lo que impulsó los procesos de formación del Estado. En esquema, la transformación se produjo en las ya conocidas cuatro etapas de patrimonialismo, mediación, nacionalización y especialización: primero, un período en que los grandes poderosos mismos eran activos hombres de armas, que reclutaban y capitaneaban sus propios ejércitos y armadas; después vino el auge de los empresarios militares y las tropas mercenarias contratadas por los poderosos civiles; seguido por la incorporación de la estructura militar al Estado con la creación de los ejércitos permanentes; y, finalmente, el paso a las levas masivas, las reservas organizadas y los ejércitos voluntarios bien remunerados, reclutados esencialmente entre los propios ciudadanos del Estado, lo cual produjo a su vez sistemas de presta-

ciones para los veteranos, protección legislativa y las pretensiones de potenciales o antiguos militares a la representación política.

Vemos la transición de patrimonialismo a mediación en la aparición de los *condottieri* italianos. El paso de mediación a nacionalización comienza con la guerra de los Treinta Años, que originó el apogeo y autodestrucción de empresarios tan destacados como Wallenstein y Tilly —con el que no guardo parentesco alguno en la medida de mi conocimiento—. Un indicio de dicho paso se percibe en la exclusión de los coroneles prusianos de la industria del vestido —de la cual obtuvieron en su día pingües beneficios— en 1713-14 (Redlich, 1965:II, 107). A partir de la *levée en masse* francesa de 1793 puede fecharse el paso de nacionalización a especialización. En el resto de Europa se generalizó prácticamente a partir de 1850. Cuando finalizó el proceso, las burocracias y legislaturas civiles eran un muro de contención para los militares, la obligación legal del servicio militar se había extendido con relativa igualdad a todas las clases sociales, la ideología del profesionalismo militar restringía la participación de generales y almirantes en la política civil y las posibilidades de un gobierno militar directo o un golpe de Estado se habían reducido enormemente.

Posteriormente a 1850, durante la época de la especialización, se aceleró la conversión a gobiernos civiles. En términos absolutos, la actividad militar siguió aumentando en gastos e importancia. Pero tres tendencias frenaban su importancia relativa. Primero, limitado por las exigencias paralelas de la economía civil, el personal militar en tiempo de paz se estabilizó en proporción a la población total, mientras que otros empleados del gobierno seguían aumentando. Segundo, los gastos en actividades no militares aumentaron aún con mayor rapidez que los gastos militares. Tercero, llegó un momento en que la producción civil creció con celeridad suficiente para superar la expansión militar, con la consecuencia de que los gastos militares descendieron en proporción a la renta nacional. La actividad y los gastos no militares fueron captando una parte cada vez mayor de la atención del gobierno.

En los mismos Estados cuyo gasto social examinábamos anteriormente, el personal militar fluctuó como porcentaje de la población masculina entre 20 y 44 años (véase cuadro 4.3). Con importantes variaciones debidas a las muertes en guerra y a las movilizaciones relacionadas con ésta, los Estados europeos occidentales de 1970 mantenían, por regla general, una proporción de soldados de

alrededor del 5 % de la pobl ción masculina entre los 20 y los 44 años. En 1984, el porcentaje de la población *total* empleada en el servicio militar variaba como sigue (Sivard, 1988:43-4):

menos del 0,5 %: Islandia (0,0), Luxemburgo (0,2), Irlanda (0,4), Malta (0,3), Suiza (0,3);

0,5 a 0,9 %: Dinamarca (0,6), Alemania Occidental (0,8), Italia (0,9), Holanda (0,7), Noruega (0,9), España (0,9), Reino Unido (0,6), Polonia (0,9), Rumania (0,8), Austria (0,7), Suecia (0,8);

1,0 a 1,4 %: Bélgica (1,1), Francia (1,0), Portugal (1,0), Checoslovaquia (1,3), Alemania Oriental (1,0), Hungría (1,0), URSS (1,4), Albania (1,4), Finlandia (1,1), Yugoslavia (1,0);

1,5 % o más: Grecia (2,0), Turquía (1,6), Bulgaria (1,6).

CUADRO 4.3. *Personal militar como porcentaje de la población masculina de 20 a 44 años, 1850-1970*[a]

Año[a]	Austria	Francia	Reino Unido	Holanda	Dinamarca	«Alemania»
1850	14,5	6,5	4,3	5,4	10,3	4,7
1875	8,4	7,4	4,5	6,4	6,4	5,9
1900	6,9	8,8	6,6	3,6	2,8	6,3
1925	2,5	6,7	4,3	1,2	2,3	1,0
1950	?	8,4	7,6	12,7	2,3	?
1970	4,2	5,8	4,2	5,3	5,3	4,5

[a] Las fronteras e identidades de estos Estados variaron considerablemente con la suerte de las guerras.

Fuente: Flora, 1983:I, 251-253.

Unos pocos Estados esencialmente desmilitarizados tienen ahora menos del 0,5 % de la población en las fuerzas armadas, y unos cuantos militarizados están por encima del 1,4 %, pero la mayor parte de los Estados europeos están situados en la zona intermedia. Todas estas proporciones —incluso las de las semibeligerantes Grecia y Turquía— se encuentran muy por debajo de ese 8 % de la población que Suecia destinó a su ejército en su período máximo, hacia 1710. Con elevadas proporciones a su población apta dedicada al trabajo industrial y pequeñas proporciones a la agricultura, además, los Estados europeos se enfrentan hoy a serias limitaciones al número de nuevos soldados que pueden movilizar en época de guerra sin reorientar en gran medida sus economías.

Entre tanto, las actividades no militares aumentaban con tal rapidez que los gastos militares descendieron en proporción a la mayoría de los presupuestos del Estado, pese a la gran expansión de dichos presupuestos. Si tomamos los mismos países que anteriormente, vemos la tendencia decreciente en el porcentaje del presupuesto dedicado a gastos militares que se muestra en el cuadro 4.4. En todos los Estados, la tendencia a largo plazo produjo un descenso en la proporción del gasto dedicada a la actividad militar.

CUADRO 4.4. *Gastos militares como porcentaje del presupuesto del Estado, 1850-1975*

Año [a]	Austria	Francia	Reino Unido	Holanda	Dinamarca	«Alemania»
1850		27,4				
1875		23,2			37,8	34,0
1900		37,7	74,2	26,4	28,9	22,9
1925	7,7	27,8	19,1	15,1	14,2	4,0
1950		20,7	24,0	18,3	15,6	13,5
1975	4,9	17,9	14,7	11,3	7,4	6,4

[a] Las fechas son meras aproximaciones.
Fuente: Flora, 1983:I, 355-449.

Con el tiempo, en efecto, los presupuestos nacionales aumentaron más rápidamente que los gastos militares. En 1984, la parte del Producto Nacional Bruto dedicado a gastos militares variaba siguiendo una pauta similar a la de hombres empleados en las fuerzas armadas (Sivard, 1988:43-4):

menos del 2 %: Islandia (0,0), Luxemburgo (0,8), Rumania (1,4), Austria (1,2), Finlandia (1,5), Irlanda (1,8), Malta (0,9);

del 2 al 3,9 %: Bélgica (3,1), Dinamarca (2,4), Alemania Occidental (3,3), Italia (2,7), Holanda (3,2), Noruega (2,9), Portugal (3,5), España (2,4), Hungría (2,2), Polonia (2,5), Suecia (3,1), Suiza (2,2), Yugoslavia (3,7);

del 4 al 5,9 %: Francia (4,1), Turquía (4,5), Reino Unido (5,4), Bulgaria (4,0), Checoslovaquia (4,0), Alemania Oriental (4,9), Albania (4,4);

6 % o más: Grecia (7,2), URSS (11,5).

El equilibrio entre Estados Unidos y la Unión Soviética contribuyó a crear esta distribución de los gastos. En 1984, Estados Uni-

dos gastaba 6,4 % de su ingente PNB en actividades militares para igualar el 11,5 % que la Unión Soviética exprimía de su propia, y considerablemente menor, economía. Pese a ello, la tendencia general europea era descendente: menores proporciones de la población en las fuerzas armadas, menores porcentajes del presupuesto nacional gastado en soldados y armas. Todos estos cambios eran resultado de, y reforzaban, la contención organizativa del ejército. Pues en cada una de las etapas de patrimonialismo a mediación, de mediación a nacionalización y de nacionalización a especialización, se levantaron nuevas e importantes barreras para limitar el poder autónomo de los militares.

Las desviaciones de esta secuencia idealizada confirman su lógica. España y Portugal evitaron la conversión civil del gobierno porque extraían de las rentas coloniales una buena parte de los gastos militares, porque continuaron el reclutamiento de oficiales entre la aristocracia española y de los soldados de a pie entre las clases más humildes y porque mantuvieron a los oficiales del ejército como representantes de la Corona en provincias y colonias (Balbé, 1983:25-36; Sales, 1974, 1986). Todos estos factores minimizaron la negociación que, para obtener los recursos para la guerra, se estableció con la población subordinada, y que en otros lugares fue el motor de derechos y restricciones. Es posible también que España y Porgual quedaran presos en la «trampa territorial»: la conquista de tantos territorios dependientes, en relación a sus medios de extracción, que los costes administrativos consumían los beneficios del dominio imperial (Thompson y Zuk, 1986). España y Portugal anticipaban así, en ciertos aspectos, las situaciones de tantos Estados coetáneos del Tercer Mundo en que los militares tienen el poder.

Tras la diferenciación entre organización civil y militar, y la subordinación de lo militar a lo civil, residía un fundamental problema geográfico. En la mayoría de las circunstancias, la distribución espacial de la actividad del Estado al servicio de fines militares se diferencia nítidamente de la distribución espacial al servicio de la producción de rentas. Siempre que el Estado está operando a través de la conquista y los tributos sobre un territorio contiguo, la discrepancia no tiene por qué ser grande; las fuerzas de ocupación pueden después servir como inspectores, administradores y recaudadores de impuestos. Más allá de este punto, no obstante, cuatro intereses tiran en direcciones diferentes: el emplazamiento de las fuerzas militares entre sus lugares probables de actividad y sus prin-

cipales fuentes de suministros; la distribución de los funcionarios del Estado especializados en observación y control de la población civil siguiendo una pauta de compromiso entre totalidad espacial y correspondencia con la distribución de la población; el acoplamiento de las actividades recaudadoras del Estado a la geografía del comercio, la riqueza y los ingresos, y finalmente, la distribución de las actividades del estado resultantes de negociar las rentas de acuerdo con las estructuras espaciales de las partes negociantes.

Es evidente que la geografía resultante de la actividad del Estado varía en relación a estas cuatro fuerzas; las marinas se concentran en los lugares de la periferia del Estado con aguas profundas, mientras que las oficinas de correos se distribuyen en estrecha correspondencia con la población en general, y las oficinas administrativas centrales forman racimos. Cuanto más grande el *establishment* militar, mayor es su orientación hacia la guerra fuera del propio territorio del Estado, y cuanto más amplio el aparato de extracción y control que se crea para mantenerlo, mayor la discrepancia entre sus geografías, y tanto más alejada está la geografía militar ideal de aquella que facilita a las fuerzas armadas un sustancial control diario sobre la población civil.

La discrepancia geográfica alienta la creación de organizaciones distintas para cada actividad, entre ellas la división de las fuerzas armadas en ejército y fuerza policial. La distribución de la fuerza policial viene a aproximarse a la geografía de la población civil, mientras que la distribución de tropas las aísla de los civiles y las coloca donde dicte la estrategia internacional. En efecto, el modelo francés divide las fuerzas de tierra en tres partes: soldados agrupados en guarniciones, emplazadas según convenga administrativa y tácticamente; gendarmes (bajo control militar, y movilizables para el ejército en tiempo de guerra) distribuidos a lo largo de las líneas de comunicación y sectores poco poblados del territorio, y policía estacionada en las mayores aglomeraciones del país. Los soldados, además, patrullan las fronteras, protegen las sedes del poder nacional, intervienen en el exterior, pero raramente participan en el control de la criminalidad o en conflictos civiles.

Con la excepción de las carreteras, los gendarmes operan primordialmente en aquellas partes del territorio en que la propiedad privada ocupa la mayor parte del espacio, y por consiguiente pasan casi todo su tiempo patrullando las líneas de comunicación y respondiendo a las llamadas de la población civil. La policía urbana, por el

contrario, se reparte en territorios dominados por el espacio público y donde hay propiedades valiosas al alcance de dicho espacio público; emplean, por consiguiente, una mayor parte de sus esfuerzos en labores de control y detención sin llamada alguna de la población civil. En última instancia, cualquier división geográfica de esta índole separa a los militares del poder político, y los hace depender para su supervivencia de civiles entre cuyas preocupaciones figura la racionalidad fiscal, la eficiencia administrativa, el orden público y la observación de los acuerdos políticos, así como (quizá incluso en lugar de) la eficacia militar. Esta compleja lógica influyó fuertemente en la diferenciación espacial de los Estados europeos.

Claro está que la discrepancia no era simplemente geográfica. Como hemos visto, las personas que dirigían la mitad civil del Estado se veían prácticamente obligadas a establecer relaciones operativas con los capitalistas, y a negociar con el resto de la población la entrega de recursos para la creciente gama de actividades del Estado. Los funcionarios, en pos de rentas y aquiescencia, construyeron organizaciones que se desarrollaron claramente diferenciadas de las militares, y a casi todos los respectos se hicieron cada vez más independientes de ellas. En Europa en general, estos procesos no evitaron unos gastos militares sostenidamente ascendentes, ni unas guerras cada vez más destructoras, pero sí contuvieron el poder militar en el interior hasta un grado que habría asombrado a un observador europeo del 900 o el 1490 d. de C.

Capítulo 5
LINAJES DEL ESTADO NACIONAL

China y Europa

G. William Skinner pinta la geografía social de las postrimerías de la China imperial como la intersección de dos grupos de jerarquías de posición central (Skinner, 1977:275-352; véase también Wakemann, 1985; Whitney, 1970). La primera, constituida en gran medida de abajo a arriba, surgió del intercambio comercial; sus unidades superpuestas consistían en áreas de mercado cada vez más extensas centradas en torno a pueblos y ciudades de dimensiones crecientes. La segunda, impuesta principalmente de arriba abajo, surgía del predominio imperial; sus unidades, encajadas unas dentro de otras, comprendían una jerarquía de jurisdicciones administrativas. Hasta el nivel del *hsien*, o condado, toda ciudad tenía su lugar en la jerarquía comercial y administrativa. Por debajo de dicho nivel, incluso el poderoso Imperio chino gobernaba indirectamente por mediación de su pequeña nobleza. En el sistema de arriba abajo hallamos la lógica espacial de la coerción. En el sistema de abajo arriba, la lógica espacial del capital. Hemos visto dos jerarquías similares operando repetidamente en el desigual encuentro entre los Estados y las ciudades europeas.

En algunas regiones chinas, el control imperial era relativamente débil y la actividad comercial relativamente fuerte; en éstas, las ciudades solían ocupar puestos más altos en el orden de los mercados que en el orden imperial. En otros lugares (especialmente en la periferia del imperio, donde las regiones solían ser más valiosas para el centro por razones de seguridad que de rentas), el control imperial situaba a las ciudades en puestos más altos que la actividad comercial. Skinner esboza algunas correlaciones decisivas de la posición relativa de las ciudades en ambas jerarquías; por ejemplo, los administradores imperiales destinados en ciudades con posiciones relativamente altas en la jerarquía de mercados realizaban una parte mayor de su tarea que sus compañeros de zonas menos favorecidas tratando con redes «parapolíticas» de comerciantes y otros notables prósperos, mientras que en las regiones donde había grandes ciudades mercado se financiaba a un número desproporcionado de candidatos para los exámenes imperiales que daban acceso a las carreras burocráticas. La interacción entre los sistemas de arriba abajo y de abajo arriba produjo otras muchas consecuencias.

¿En qué se diferenciaba China de Europa? En un folleto publicado en 1637, el jesuita Giuldo Aldeni decía que sus amigos chinos le preguntaban con frecuencia lo siguiente sobre Europa: «¿si hay tantos reyes, cómo puede evitarse la guerra?» El decía responder, ingenua o solapadamente: «los reyes de Europa están todos relacionados por matrimonio, y por tanto mantienen buenas relaciones entre sí. Si hay guerra, el Papa interviene; envía representantes para advertir a los contendientes que cese la lucha» (Bünger, 1987:320). Y esto en medio de la terrible guerra de los Treinta Años, que terminó por llevar a la gran mayoría de los Estados europeos a participar en la sangría. La diferencia es crítica: pese a que China había pasado en su día por una era de Estados en guerra que tenía mucho en común con la anarquía internacional de Europa, y aunque las insurrecciones y las invasiones desde el otro lado de sus fronteras amenazaban periódicamente el dominio imperial, la mayor parte del tiempo era un solo centro el que reinaba sobre una gran proporción del espacio chino, una zona inimaginablemente extensa por criterios europeos. El imperio fue mucho tiempo el estado normal de China; cuando un imperio declinaba, otro ocupaba su lugar. En el siglo XVIII, además, cuando empezaba a constituirse en Europa el gobierno directo desde un solo centro, los emperadores Qing imponían en todos sus dominios un gobierno directo de mucho mayor alcance; en

1726 el emperador Yung Cheng llegó incluso a sustituir a los jefes de las minorías étnicas del sudoeste de China por administradores de su propio régimen (Bai, 1988:197). En Europa, la fragmentación en Estados múltiples y rivales ha prevalecido sobre todo lo demás a lo largo del último milenio.

Aunque los zares rusos llegaron a dominar con el tiempo una inmensa extensión de Asia, Europa misma no albergó nunca un imperio de las dimensiones del chino en su momento culminante. Después de la fragmentación de los dominios de Roma, no obstante, fueron muchos los soberanos que intentaron construir imperios en Europa o ampliarlos a costa de ésta. Una serie de imperios musulmanes se adentraron en España y los Balcanes, pero no pasaron de allí. Los imperios bizantino, búlgaro, serbio y otomano abarcaron en ocasiones los Balcanes y Oriente Medio, mientras que los mongoles y otros invasores asiáticos dejaron un legado imperial en Rusia. En el corazón de Europa, Carlomagno reunió un imperio fisíparo, los normandos realizaron varios intentos de levantar un imperio y tanto el Sacro Imperio Romano *(de jure)* como el Imperio Habsburgo *(de facto)* hicieron sentir su presencia. Ahora bien, estos esfuerzos imperiales no lograron nunca hacerse con la totalidad del continente. Después de Roma, ningún segmento grande de Europa sintió el predominio de otro imperio de las proporciones romanas, y mucho menos chinas.

Con todo, Europa experimentó a su propio, y más fragmentado, modo la interacción de los dos procesos que Skinner detecta en China: la construcción de abajo arriba de jerarquías regionales basadas en el comercio y la manufactura, y la imposición de control político de arriba abajo. Las redes urbanas de Europa representaban la jerarquía del capital; comprendían aquéllas los niveles más altos de unas conexiones comerciales que llegaban hasta pueblos y aldeas, ligados por *colporteurs* (etimológicamente, los que portaban artículos a hombros), buhoneros (etimológicamente, los que llevan a pie sus artículos de un sitio a otro) y comerciantes más sustanciales que se dedicaban a la acumulación de capitales sirviéndose del comercio local y regional. Cuando un rey inglés o un duque borgoñón se dirigían al campo en busca de tributos o soldados, hallaban un conjunto de relaciones comerciales bien establecidas en cuya creación apenas habían participado y que no podían controlar en su totalidad. En efecto, las jerarquías europeas de abajo arriba fueron durante mucho tiempo más completas, mejor trabadas y más extensas que

las estructuras de arriba abajo del control político. Esa fue una de las principales razones del fracaso de tantos intentos post-romanos de construir imperios de dimensiones continentales.

La comparación de R. Bin Wong entre las luchas de subsistencias en Europa y China indica ciertos importantes paralelos skinnerianos entre las experiencias de ambos continentes (Wong, 1983; Wong y Perdue, 1983). Pese a significativas diferencias en estructura, las gentes de ambas regiones parecen haber sido especialmente proclives a hacerse con los alimentos por la fuerza en períodos de escasez y/o precios altos, donde y cuando se agrandaba la distancia entre el grado de comercialización de los alimentos y el grado de control gubernamental sobre el abastecimiento alimentario. Las personas pobres que dependían para su alimentación de los mercados locales suplantaban a unas autoridades que no podían ya, o no querían, hacer valer las pretensiones de la localidad sobre alimentos almacenados, comercializados o transportados dentro de su perímetro. La China de los siglos XVIII y XIX sufrió un descenso en control imperial cuando los mercados se mantuvieron firmes o incluso se expandieron, y la población local impidió el transporte de alimentos, maltrató a los comerciantes o se incautó de grano almacenado para hacer valer su derecho a estos suministros.

La Europa de los siglos XVIII y XIX, por su parte, vio expandirse la comercialización de alimentos de modo aún más rápido que la fuerza local de los gobiernos: las gentes del lugar se apoderaron del grano para hacer cumplir unos derechos que *sus* funcionarios no respetaban ya (Bohstedt, 1983; Charlesworth, 1983; Tilly, 1971). Nadie ha trazado una geografía de las capturas de grano en Europa lo bastante amplia para determinar si éstas seguían una pauta debidamente skinneriana. Ahora bien, dada la clara tendencia a que las capturas de granos se produjeran en torno a grandes ciudades y puertos, dicha pauta es muy plausible. En China, el bandidaje, las rebeliones y otras formas de conflicto colectivo exhibían también notables diferencias regionales, que muestran al menos una correspondencia aproximada con la distribución conjunta de la actividad imperial y mercantil. A partir de este hecho, es razonable intentar encontrar similares desigualdades geográficas dentro de Europa. La acción popular colectiva podría muy bien exhibir una lógica skinneriana.

Las pautas de covariación política que describe Skinner tienen también su equivalente europeo: las capitales administrativas de re-

giones con comercio escaso, en que el virrey mantenía su poder a través de un control militar directo, pero que producían exiguas rentas al rey, y los funcionarios reales subalternos rodeados de prósperos terratenientes y comerciantes con los cuales no tenían otra opción que negociar. Consideremos el contraste entre Prusia Oriental —donde el aparato administrativo del Estado ahogaba a los comerciantes en beneficio de los grandes nobles terratenientes— y Prusia Occidental, donde un aparato similar quedaba casi disuelto en las regiones de actividad comercial. Gabriel Ardant señaló hace treinta años que el «ajuste» entre sistema fiscal y economía regional determina el coste y la eficacia de los intentos de cobrar impuestos (Ardant, 1965). En zonas de escasa actividad comercial, un impuesto sobre la tierra basado en el valor estimado y cobrado en efectivo tiene muchas probabilidades de encontrar dificultades de recaudación, de afectar muy desigualmente a la población, de no percibir una buena parte de potenciales rentas y de suscitar una oposición generalizada. En una zona intensamente comercializada, por el contrario, un impuesto fijo por cabeza genera menos rentas a un precio más elevado que un impuesto comparable ideado para ajustarse a los *loci* de capital y las vías de comercio.

Por otra parte (algo que Ardant no observó), con altos niveles de actividad comercial, los comerciantes poseen muchas veces un considerable poder político, y están, por consiguiente, en buena posición para evitar la creación de un Estado que va a arrebatarles sus bienes y entorpecer sus transacciones. En Europa, como veíamos, la intensidad de la actividad comercial influía fuertemente en la viabilidad de las diversas tácticas empleadas para aumentar la potencia del Estado. Aparte de Gdansk, que floreció con la aceleración del comercio del Báltico, los comerciantes polacos no lograron romper el dominio de los grandes terratenientes. (No deja de ser irónico que el poder de los terratenientes polacos limitara también al rey electo de Polonia, convirtiéndole con ello en un atractivo soberano para las ciudades prusianas que intentaban escapar del tutelaje, más oneroso, de los Caballeros Teutónicos.) Pero los comerciantes de Amsterdam, Dubrovnik, Venecia y Génova, puntos muy altos de la jerarquía comercial, podían dictar las condiciones en que cualquier Estado debía operar dentro de sus territorios. Así pues, el modelo de Skinner para China ilumina también la geografía de la formación del Estado en Europa.

En realidad, los anteriores capítulos han expuesto un modelo de

Europa fácilmente reconocible para todo skinneriano. Contiene éste tres elementos:

1. Un conjunto de relaciones sociales caracterizadas por el intercambio y la acumulación de capital, en el cual la concentración produce ciudades y la desigualdad reside en la explotación.
2. Otro conjunto de relaciones sociales caracterizadas por la coerción en el que la concentración produce Estados y la desigualdad reside en el dominio.
3. Un conjunto de actividades desempeñadas por el Estado que involucra a sus agentes en la adquisición de los recursos de otros.

Las retículas definidas por ambos conjuntos de relaciones sociales se articulan de modo irregular: en algunos lugares coinciden densas concentraciones de coerción con concentraciones igualmente densas de capital; en otros, una coerción densa se une a un capital escaso, y así sucesivamente. Por consiguiente, similares actividades del Estado realizadas en lugares diferentes operan de modo distinto y tienen consecuencias organizativas distintas. Esto compendia, de modo muy abstracto, la idea principal de este libro hasta el momento.

Reconsideración de los Estados y las ciudades

Recordemos lo que es un Estado: una organización diferenciada que controla los principales medios concentrados de coerción dentro de un territorio claramente definido y en ciertos aspectos posee prioridad sobre todas las restantes organizaciones que operan dentro del mismo territorio. (Un Estado *nacional*, pues, incluye en el territorio en cuestión múltiples regiones adyacentes y mantiene una estructura propia relativamente centralizada, diferenciada y autónoma.) Los hombres armados forman Estados acumulando y concentrando sus medios de coerción dentro de un determinado territorio, creando una organización que es al menos parcialmente distinta de las que rigen la producción y la reproducción en el territorio, apoderándose, cooptando o eliminando otras concentraciones de coerción dentro del mismo territorio, definiendo fronteras, y ejerciendo jurisdicción sobre dichas fronteras. Crean también Estados nacionales aplicando este mismo proceso a territorios adyacentes y configurando una organización centralizada, diferenciada y autónoma al hacerlo.

La formación y transformación de la organización del Estado

surgen en gran medida como consecuencia de los esfuerzos por conquistar y por mantener el dominio sobre las gentes y propiedades del territorio. Pese a que los creadores de Estados siempre tienen pensado un modelo de conquista y dominio, y frecuentemente lo siguen deliberadamente, pocas veces planean la construcción paso a paso del Estado que dichas actividades genera. Con todo, su acción engendra, inevitablemente, jerarquías de control coercitivo que van desde arriba hacia abajo.

Cuando los soberanos forman y transforman los Estados, ellos y sus representantes consumen grandes cantidades de recursos, especialmente aquellos recursos que se prestan a la utilización militar: hombres, armas, transportes, alimentos. Dichos recursos están, en su mayor parte, inscritos ya en otras organizaciones y relaciones sociales: familias, señoríos, iglesias, aldeas, obligaciones feudales, relaciones entre vecinos. El problema del gobernante estriba en extraer los recursos que le son esenciales de dichas organizaciones y relaciones sociales, asegurándose al mismo tiempo de que alguien va a reproducir y entregar similares recursos en el futuro. Dos factores conforman el proceso mediante el cual adquieren recursos los Estados, e influyen fuertemente en la organización resultante de dicho proceso: el carácter de la jerarquía de abajo arriba del capital y el lugar que ocupa en esta jerarquía toda localidad en la cual quieran extraer recursos los agentes del Estado.

La variedad de ciudades que el constructor del Estado en potencia tenía ante sí en Europa era muy amplia. Recurriendo a otro diagrama bidimensional (fig. 5.1), podríamos ordenar las ciudades por el grado en que sus actividades estaban articuladas con las de sus *hinterlands* (desde una trabazón superficial a una profunda) y por su posición de mercado (desde el mercado puramente local o regional, al centro internacional de comercio, procesamiento y acumulación de capital). Así, la Florencia del siglo XIII, cuyos mercaderes y rentistas ejercían un amplio control sobre la tierra, la producción y el comercio de su *contado*, tenía más categoría de metrópolis que Génova, un núcleo internacional con una vinculación más débil con su *hinterland*. El Madrid del siglo XV, más bien cerrado sobre sí mismo y sobre su parte de Castilla, tenía más aspecto de mercado regional que Lisboa, cuyo predominio se extendía al interior y el exterior de Portugal.

Las distinciones importan porque incidían significativamente en las perspectivas de formación de los diversos tipos de Estado. Cuan-

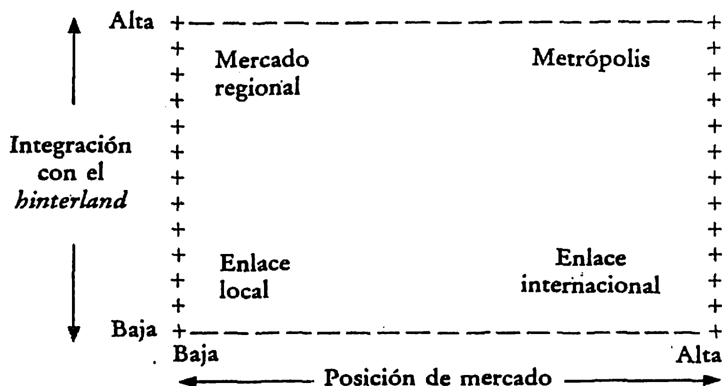


FIGURA 5.1. *Tipos de ciudades*

to más alta la posición de mercado de una ciudad, tanto más probable que la persona decidida a construir una concentración de fuerza tuviera que negociar con la base capitalista del lugar, o incluso formar parte de ella. Cuanto mayor su articulación económica con su *hinterland*, menos probable era que un grupo definido de terratenientes se constituyera en contrapeso o enemigo de la ciudad en todo proceso de formación del Estado. En las primeras etapas de la formación del Estado europeo, la ciudad que dominaba su propio *hinterland* y tenía posición de mercado internacional poseía claras posibilidades de constituir su propio Estado autónomo, ya fuera una ciudad-estado como Milán ya una ciudad-imperio como Venecia.

Bajo las condiciones prevalecientes en Europa antes de 1800 aproximadamente, en las regiones donde proliferaban las ciudades era intenso el comercio internacional. Algunas de las ciudades ocupaban puestos centrales en los mercados internacionales, y el capital se acumulaba y se concentraba. En semejantes circunstancias, nadie creaba o modificaba un Estado salvo en estrecha colaboración con los capitalistas del lugar. Flandes, Renania y el Valle del Po ilustran este principio de modo impresionante. La situación variaba donde las ciudades eran escasas; allí, el comercio internacional desempeñaba una función menor en la vida económica, pocas ciudades (cuando no ninguna) tenían puestos altos en los mercados internacionales, y el capital ni se acumulaba ni se concentraba a ritmo rápido. En estas regiones, los Estados se formaban por lo común sin la colaboración

ni la oposición efectiva de los capitalistas locales. En ellas reinaba la coerción. Polonia y Hungría se destacan como ejemplos. Entremedias, la presencia de al menos un gran centro de acumulación de capital en una región dominada por terratenientes hacía posible una vía intermedia hacia el Estado, una vía en que los poseedores de capitales y coerción contendían, pero en última instancia acordaban un *modus vivendi.* Aragón e Inglaterra nos proporcionan estos casos.

Estas diferencias seguían una pauta geográfica bien definida en Europa. Aunque en las regiones litorales era desproporcionado el número de ciudades, los puertos no mediterráneos solían contar con *hinterlands* exiguos y se apoyaban en regiones más amplias controladas por terratenientes. La ancha columna urbana que corría aproximadamente desde el noroeste de la península italiana hasta el sur de Inglaterra dominaba el mapa de soberanías fragmentadas, la zona de intensidad capitalista en la formación del Estado; cuando fue cobrando importancia el comercio de la costa atlántica, del Mar del Norte y del Báltico, esta columna actuó como una especie de rebalsa, que fue bombeando mercancías, capital y población urbana desde el Mediterráneo y los diversos Estados con que éste estaba vinculado. Los Estados nacionales grandes y poderosos se formaron principalmente en los bordes de la columna urbana, donde las ciudades y sus capitales eran accesibles pero no abrumadoras. Alejándose de estos espacios, los Estados ocuparon territorios cada vez más extensos, pero hasta época bastante tardía ejercieron sólo un dominio episódico sobre las personas y las actividades que abarcaban.

Todas estas circunstancias contrastadas trazaban las distintas vías de cambio de los Estados. Para hacer viable el análisis, esquematicemos una vez más (véase fig. 5.2), reduciendo múltiples vías a solamente tres. El diagrama sostiene que cuando los hombres empezaron a concentrar la coerción en diversos puntos de Europa, la presencia o ausencia relativa de capital concentrado pronosticaba (y en cierta medida generaba) diferentes trayectorias de cambio en la estructura del Estado; aunque todas las regiones de Europa convergieron finalmente en el gran Estado nacional, los Estados divergieron realmente durante un largo período; a lo largo de varios siglos, los Estados coercitivos, capitalistas y de coerción capitalizada fueron alejándose en cuanto a estructura y acción. No obstante su tosquedad, el diagrama deja margen para algunas diferenciaciones útiles. Dentro de los países nórdicos, por ejemplo, podríamos esbozar las vías alternativas como aparece en la figura 5.3. Con objeto de enten-

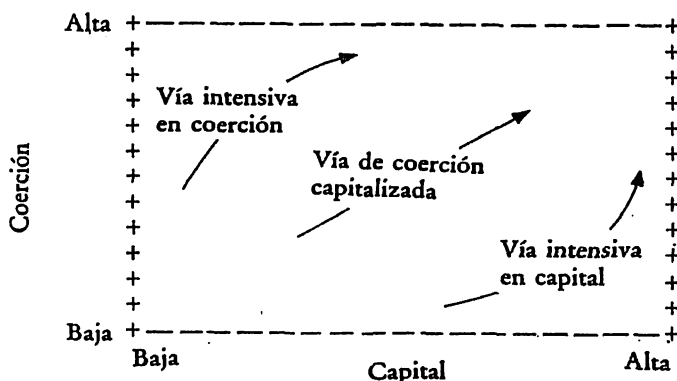


FIGURA 5.2. *Concentraciones relativas de capital y coerción como determinantes de las vías de desarrollo del Estado*

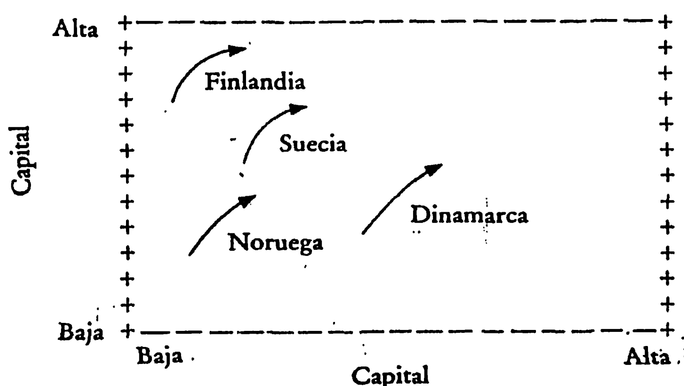


FIGURA 5.3. *Vías de formación del Estado en Escandinavia*

der seriamente el esquema, claro está, tendríamos que reconocer que en momentos diversos Finlandia, Suecia, Noruega y Dinamarca pertenecieron a imperios y federaciones dominados por otros, que las fronteras de los Estados y dependencias designados por dichos nombres fluctuaron considerablemente como consecuencia de conquistas y negociaciones, que antes de mediados del siglo XVIII en Dinamarca operaba una coalición clásica entre una poderosa nobleza terrateniente y un rey terrateniente, y que durante todo el período a partir del 900 d. de C., Finlandia ha gozado tan sólo de unos pocos de-

cenios de existencia independiente de otras potencias vecinas. Hechas estas precisiones, el diagrama nos proporciona la oportunidad de trazar el modo en que Dinamarca comenzó el milenio como potencia conquistadora relativamente poco comercializada, formándose después capitales gracias al creciente comercio entre Europa Occidental y el Báltico, hasta convertirse en una región considerablemente más próspera que sus vecinos, mientras Finlandia siguió siendo un pantano comercial, gobernada por la fuerza, durante un tiempo mucho más prolongado.

Los países nórdicos crearon su propia variante de formación del Estado coercitivo. Anteriormente al siglo XVII, constituían una de las regiones más rurales de Europa. Muchas poblaciones nacieron como puestos de avanzada fortificados del poder real, más que como centros comerciales de alguna significación. Pese a la temprana importancia de Bergen, Copenhagen y otros centros comerciales como avanzadillas de intercambio, en 1500 ninguna ciudad de la zona llegaba a los 10.000 habitantes (De Vries, 1984:270). Los comerciantes alemanes dominaron durante mucho tiempo el comercio escandinavo, hasta tal punto, que tanto los ayuntamientos como la geografía urbana se dividían muchas veces en claras secciones locales y alemanas.

El comercio escandinavo se convirtió prácticamente en monopolio de la Hansa. Las ciudades hanseáticas excluyeron firmemente a los banqueros italianos y se opusieron a la creación de bancos e instituciones de crédito propias. Por el contrario, recurrieron a un comercio bilateralmente equilibrado, muchas veces en género (Kindleberger, 1984:44). Hasta la aceleración del comercio báltico en el siglo XVI no empezaron a aparecer significativas concentraciones de capital y población urbana en Noruega, Suecia, Finlandia o Dinamarca. Aun entonces, los comerciantes holandeses que sucedieron a los alemanes gestionaban gran parte del comercio, el capital y el transporte de mercancías. Ahora bien, los guerreros de esta región dejaron su impronta en muchos lugares de Europa.

En los siglos cercanos al 900 d. de C., los vikingos y sus primos conquistaron amplios territorios más allá del norte, y crearon con frecuencia Estados dominados por terratenientes-guerreros. Sin embargo, no lograron, por lo general, seguir el mismo curso en sus tierras de origen. Allí, la prominencia de los bosques y la pesca, la escasez de poblamientos, el carácter abierto de sus fronteras y la infrecuencia de invasiones del exterior se unieron para garantizar la

supervivencia de pequeños propietarios y para limitar las posibilidades de que los guerreros se convirtieran en grandes terratenientes. Los reyes suecos, con objeto de poder asegurarse el servicio de armas, hicieron concesiones cuyo resultado fue multiplicar la pequeña propiedad. Hasta el siglo XVII, los soberanos obtenían la mayor parte de sus tropas empleando variantes de un mismo sistema: los nobles (y después los campesinos ricos) tenían derecho a exención contributiva a cambio de equipar a los mal pagados soldados de caballería del servicio real, mientras que los pecheros compartían la responsabilidad del abastecimiento de los soldados de infantería, así como de proporcionarles tierras a ellos y sus familias. Salvo los mercenarios destinados a zonas de guerra y provincias fronterizas, este orden de cosas se automantenía sin grandes desembolsos de efectivo por parte de la Corona.

Suecia y Dinamarca mantuvieron grandes fuerzas militares durante varios siglos. Bajo Gustav Vasa (1521-60) y sus sucesores, Suecia levantó un formidable poder militar al precio de someter grandes porciones de la economía a las exigencias del Estado. La Unión Escandinava de Dinamarca, Suecia y Noruega (1397-1523) se constituyó en buena medida mediante la afirmación del poder real frente al predominio comercial de los mercaderes alemanes y la Liga Hanseática. Entre otras medidas, Vasa expropió al clero y creó una Iglesia protestante subordinada al Estado. Como sus coetáneos rusos, Gustav Vasa propugnó la idea de que «toda la tierra pertenecía a la Corona, y aquellos que no eran nobles y disfrutaban de una posesión transitoria de la misma, sólo podían aspirar a una tenencia continuada mientras cumplieran con sus obligaciones fiscales con el gobierno» (Shennan, 1974:63). El hecho de que el Estado hubiera de buscar fondos para financiar la guerra en una economía en gran medida de subsistencia originó una expansión de la minería y las manufacturas, un desarrollo del aparato fiscal, el comienzo de una sustancial deuda nacional, la marginación de asambleas representativas más antiguas y una progresiva participación del clero (entonces ya protestante y nacional) en el registro de datos para la Corona (Lindegren, 1985; Nilsson, 1988).

Dinamarca, más comercial, financió sus guerras con las rentas de las tierras de la Corona hasta después de la guerra de los Treinta Años. En efecto, hasta 1660 ningún pechero podía poseer tierras en Dinamarca. La guerra entre Suecia y Dinamarca de la década de 1640 se unió a la depresión económica para precipitar una lucha por las

rentas entre la aristocracia danesa y el rey electo. En un golpe de Estado, la Corona estableció una monarquía hereditaria y redujo en gran medida el poder de la nobleza. Pero ello significó una reducción en la colaboración de ésta. Como consecuencia, Dinamarca realizó un giro decisivo hacia la tributación, incluidos los lucrativos peajes del Sund. «Mientras que un 67 % de las rentas del Estado danés de 1608 consistían en rentas de las tierras de la Corona, medio siglo después dichos ingresos suponían tan sólo un 10 %» (Rystad, 1983:15). En efecto, para liquidar las deudas originadas por la guerra, la monarquía vendió la mayor parte de sus tierras entre 1660 y 1675 (Ladewig Petersen, 1983:47). Así pues, el coste de las guerras del siglo XVII produjo importantes cambios gubernamentales tanto en Dinamarca como en Suecia.

Suecia (como Dinamarca) recurrió en gran medida a los mercenarios durante la Guerra de los Treinta Años, pero giró hacia la fuerza nacional de conscripción cuando se incrementaron las exigencias de los soldados a finales del siglo XVII. Carlos XI (1672-97) fraguó su propio golpe de Estado al arrebatar a los magnantes las tierras de la Corona que sus predecesores habían vendido para costear sus guerras, y asignado después gran parte de la tierra a soldados a tiempo parcial, que con ello quedaban obligados a cumplir un servicio militar a cambio de su medio de subsistencia. Hacia 1708, Suecia y Finlandia (por entonces una provincia sueca) tenían 111.000 soldados, con una población total de aproximadamente dos millones de habitantes (Roberts, 1979:45). La monarquía sueca sufrió una constante escasez de fondos, pero logró pagar sus guerras sin caer en la quiebra mediante la exportación de cobre y hierro, la construcción de una gran industria de armamento propia sobre su rica base de minerales y la imposición de enormes pagos a los territorios conquistados. Este sistema de tributos funcionó bien mientras continuaron las conquistas, pero se desplomó con el advenimiento de la paz y el gobierno estable.

Con el asesinato de Carlos XII (1718), Suecia abandonó su empuje hacia el poder imperial. Por entonces, sin embargo, la creación de una gran fuerza militar sobre la base de una población reducida, una economía relativamente no monetizada y una burguesía exigua habían producido un aparato de Estado muy sustancial en que los burócratas civiles y el clero realizaban numerosas tareas para la Corona. Noruega (que vivió bajo dominio danés primero y sueco después hasta 1905) y Finlandia (que fue una provincia sueca hasta 1809

y después un gran ducado ruso hasta 1917) experimentaron similares evoluciones pese a sus posiciones de dependencia y periferismo con respecto a los mercados europeos. Dinamarca, que controlaba el tráfico del Sund, con los sustanciosos peajes que aquél generaba, centró una proporción mucho mayor de sus esfuerzos militares en la armada que sus vecinos, y creó una agricultura comercial que operaba al sur tratando con los alemanes, creó una burguesía mayor y un menor aparato de Estado.

Aunque el número de trabajadores suecos sin tierras aumentó mucho con la consolidación de las fincas a partir de 1750 (Winberg, 1978), nunca cayeron bajo el dominio de los grandes terratenientes. Por el contrario, la burocracia del Estado extendió su custodia directamente sobre campesinos y trabajadores, que conservaron un considerable poder de negociación; en Suecia, en efecto, los campesinos mantuvieron su representación mediante un estamento aparte de los del clero, la nobleza y la burguesía. Los Estados resultantes se organizaron en torno a la coerción y dieron escaso campo a los capitales, pero carecían de la gran nobleza territorial de sus vecinos del sur.

En comparación al resto de Europa, pues, las zonas nórdicas coincidieron todas en la vía intensiva en coerción hacia la creación del Estado. En el extremo opuesto, las comerciales ciudades-estado y ciudades-imperio de Italia siguieron una vía nítidamente diferente hacia la formación del Estado, dependieron de grandes concentraciones de capital, pero concentraron la coerción de modo menos decisivo y más transitoriamente que sus primos del norte de Europa. Esta es la cuestión primordial: que las trayectorias de cambio de los Estados europeos se diferenciaron manifiestamente y produjeron tipos muy diversos de Estados. Aquellos que siguieron la vía de coerción capitalizada llegaron con el tiempo a predominar en Europa, y otros Estados convergieron en sus características. Pero antes de la tardía consolidación del sistema europeo de Estados, se formaron y funcionaron con eficacia otros muchos tipos de Estado.

Hagamos recuento de los puntos cruciales. Actuando en relación mutua y contendiendo conjuntamente en guerras internacionales, los soberanos de distintas partes de Europa se dedicaron a actividades semejantes: se esforzaron por crear y utilizar la capacidad bélica en beneficio propio. Pero cada uno lo intentó bajo condiciones variables determinadas por la combinación de coerción y capital prevaleciente en su propio territorio. Otras combinaciones suponían con-

figuraciones de clase diferentes, potenciales aliados y enemigos diferentes, distintos residuos organizativos de la actividad del Estado, diferentes recursos y, por tanto, diferentes niveles de eficiencia en la extracción de dichos recursos. Debido a que cada interacción producía nuevos residuos organizativos y nuevas relaciones sociales, la vía seguida por el Estado hasta un cierto punto en el tiempo limitaba las estrategias accesibles a sus gobernantes más allá de dicho punto. Por este motivo, incluso aquellos Estados con idénticas situaciones en cuanto a coerción y capital en momentos diversos actuaron en modos en cierta medida diferentes. Pese a ello, las grandes divisiones eran las que separaban las trayectorias intensiva en coerción, intensiva en capital y de coerción capitalizada hacia la formación del Estado.

Trayectorias coercitivas

Veamos el camino que llevaba a la coerción intensa. En aquella porción de Europa que es hoy la URRS, las rutas comerciales eran escasas y carentes de capitales. En el 990 d. de C., el principal centro de comercio y manufactura era Kiev, que servía como ramal septentrional de la gran franja comercial que unía Bizancio con la India, China y el resto del mundo civilizado; Kiev estaba también situada en la ruta comercial norte-sur, de menor importancia, que conectaba el Báltico con Bizancio. En el año 988, según dice la tradición, el príncipe Vladimiro de Kiev había solidificado la conexión bizantina admitiendo el bautismo dentro de su variante de cristianismo. Los príncipes de Kiev, descendientes de vikingos que se habían trasladado al sur en busca de conquistas, ejercían una débil soberanía sobre los gobernantes de otras ciudades-estado y ducados rusos. En el nivel local, gran parte de la tierra permanecía bajo la autoridad de comunas campesinas; como en el resto de la Europa oriental, los terratenientes extraían rentas coercitivamente entre el campesinado en forma de impuestos, multas, derechos de explotación y trabajo a tiempo parcial en sus posesiones, pero sólo con dificultad podían intervenir en la forma en que familias y comunidades administraban sus propias parcelas. La escasez de poblamientos permitía que los labradores huyeran con relativa facilidad de los señores tiránicos y buscaran refugio en las tierras de otros señores. Los grandes terratenientes padecieron también repetidas incursiones y conquistas por

parte de los móviles pueblos de la estepa. Ahora bien, en una escala mayor, unos señores de la tierra, relativamente autónomos y armados, dominaban la mayor parte del territorio.

En el 990 d. de C., al oeste se estaba engrandeciendo un Estado polaco mediante la conquista de territorios nominalmente pertenecientes al Sacro Imperio Romano. También estaba expandiéndose hacia el este; en 1069 su gran duque llevó a sus ejércitos hasta Kiev y colocó a uno de sus parientes en el trono de Rusia. Al noroeste, los Estados vikingos realizaban periódicos intentos de ampliar sus fronteras a expensas de las tierras que se disputaban rusos y polacos. Al sudoeste, un belicoso Estado búlgaro miraba desafiante hacia Rusia. En la misma región, los reyes de Bohemia y Hungría (este último hacía poco tiempo coronado) estaban también deslindando sus propias zonas de dominio. En torno al borde occidental de Europa —notablemente en las Islas Británicas, la Península Ibérica e Italia— los invasores armados que continuamente se desparramaban desde Escandinavia y Oriente Medio solían capturar tierras y crear Estados de base agrícola; aunque de modo muy disperso, se asentaban en estas tierras. Prácticamente la totalidad del tercio oriental de Europa, en contraste, se estaba configurando en Estados perceptores de tributos que afirmaban su derecho sobre extensos territorios pero los gobernaban sólo levemente, cuando lo hacían.

Al este, los conquistadores nómadas amenazaban la hegemonía de todo Estado sustancial y tenían, simultaneamente, fuertes intereses en la pervivencia de Estados agrarios que poder explotar. Cuando eran muchos en número y su fuerza excesiva para adherirse como parásitos a otros Estados, algunos de ellos se asentaban gradualmente y formaban sus propios Estados explotadores. En estos modos diversos, estos pueblos configuraron la pauta de formación del Estado en Europa oriental a lo largo de 1.000 años a partir del 500 d. de C. Uno tras otro, salieron como vendavales de la estepa: búlgaros, magiares, pechenegos, mongoles, turcos y otros muchos pueblos menores.

Las invasiones desde el sudeste continuaron hasta muy pasado el milenio, alcanzando su máximo en la década de 1230, cuando los mongoles saquearon Kiev y establecieron su hegemonía en sus dominios. En aquellos momentos, los mongoles estaban en vías de gobernar la mayor parte de Eurasia, desde Rusia a China. En muchos de sus dominios, sin duda, el «gobierno» consistía en poco más que el requisito de sumisión formal, el cobro de tributos, la supre-

sión de aspirantes rivales y ocasionales incursiones militares contra súbditos insuficientemente cooperativos. Durante 2 siglos, no obstante, los príncipes rusos rindieron tributos y acatamiento a la Horda de Oro, que estableció su capital en el bajo Volga. Además, los khanes de la Horda solían obligar a los hijos de los príncipes reinantes a habitar en la capital mongola, sirviendo así como rehenes del comportamiento de sus padres (Dewey, 1988:254).

A partir del siglo XV, la frecuencia e intensidad de los ataques del sudeste parecen haberse reducido con la caída del Imperio central mongol y cuando los jinetes armados de la estepa volvieron la mirada hacia los vulnerables, y mucho más ricos, Estados de su flanco meridional. Cuando los tártaros saquearon Moscú en 1571, marcaron sin saberlo el fin de toda incursión grande sobre Rusia. En el siglo XVII, los mongoles húngaros llegaron a colaborar con los rusos en la conquista de Siberia. Es muy probable que la unión de devastadoras enfermedades (especialmente la peste) en la estepa eurásica y la apertura europea de rutas marítimas que ofrecían alternativas viables a la ancestral ruta caravanera desde China a la India y Europa disminuyeran los peligros que acechaban desde la estepa a los creadores de los Estados rusos (McNeill, 1976:195-6).

Llegado el año 1400, Europa, desde el Vístula a los Urales, estaba consolidándose en grandes Estados, entre ellos Lituania, la república de Novgorod y el reino de la Horda de Oro. Al noroeste, la Prusia de los Caballeros Teutónicos y una Dinamarca que abarcaba temporalmente Suecia y Noruega dominaban el Báltico. En la primera mitad del siglo XVI, los inmensos gran ducados de Lituania y Moscú dividían los territorios por encima de la franja de reinos musulmanes que se extendía desde el este, siguiendo la costa norte del Mar Negro, hasta Hungría, Grecia y el Adriático. (En 1569, Lituania se uniría a Polonia, situada al oeste, surgiendo así un enorme, si bien escasamente gobernado, Estado entre Rusia y el resto de Europa.) En el siglo XVI, la creación de la ruta marítima del Artico, desde Inglaterra y Holanda hasta Arkángel, fortaleció las relaciones europeas con el creciente Estado ruso.

Las conquistas de Pedro el Grande (1689-1725) y Catalina la Grande (1726-96) llevaron las fronteras rusas definitivamente hasta el Mar Negro, y provisionalmente hasta Estonia, Letonia y Karelia. Ambos soberanos intensificaron la participación de Rusia en la cultura y la política de Europa occidental. Al fin de las guerras napoleónicas, las fronteras de la Rusia europea eran semejantes a las ac-

tuales, adyacentes a Prusia, Polonia, Hungría y el Imperio otomano. El Estado otomano, en sí mismo resultado de las conquistas realizadas desde el este, ocupaba los Balcanes y se extendía hacia el oeste hasta tocar la estrecha faja de territorio austríaco que bordea el Adriático. Entre los siglos XVI y XVIII, la totalidad de la frontera oriental de Europa se consolidó en Estados que reclamaban dominio sobre vastas extensiones de tierra. Al mismo tiempo, el Estado y la economía rusos cambiaron su orientación hacia el sudeste en favor del noroeste. Si se comparan con los Estados perceptores de tributos de los siglos XIII y XIV, estos Estados ejercieron un considerable control sobre sus lindes y un poder sustancial sobre la población que contenían.

Polonia fue durante muchos siglos la excepción que confirmaba la regla, el país en que el soberano nominal no pudo nunca dominar a los grandes terratenientes, y raramente consiguió que se unieran en un esfuerzo sostenido y coordinado. En la década de 1760, cuando el Estado polaco ocupaba aún un territorio mayor que el de Francia, el ejército nacional reunía solamente 16.000 hombres, mientras que los nobles polacos tenían alrededor de 30.000 hombres en servicio de armas. Es ésta una época en que las contiguas Rusia, Austria y Prusia contaban con ejércitos de 200.000 a 500.000 hombres (Ratajczyk, 1987:167). Cuando se formaron los ejércitos masivos, el no poder igualar a los vecinos poderosos, o aliarse al menos con uno de ellos, era una invitación a la conquista. A fines del siglo XVIII, Rusia, Austria y Prusia absorbieron segmentos contiguos de Polonia, no dejando finalmente nada de ella.

Polonia volvió a ser presa de Prusia, Austria y Rusia en el siglo XIX, pero por lo demás las fronteras europeas de Rusia permanecieron relativamente estables hasta la Primera Guerra Mundial, de cuyos acuerdos surgieron una serie de pequeñas repúblicas —además de una Polonia considerable— al oeste de la recientemente formada Unión Soviética. La Segunda Guerra Mundial reincorporó algunas de aquellas repúblicas a territorio del Estado soviético, y todas las restantes quedaron bajo su órbita. Analizar la formación del Estado «ruso» implica, por tanto, seguir una titánica serie de cambios en hegemonía y territorios.

Antes del siglo XX, ninguno de aquellos territorios contenía una gran concentración de ciudades e incluso eran escasos los que llegaban hasta las regiones de comercio intenso del continente. A partir de 1300, en efecto, con la contracción del antiguo cinturón comercial

que corría desde China a los Balcanes (y por tanto de su ramal septentrional hacia el Báltico), y con el bloqueo del acceso al Mediterráneo y el Mar Negro a causa de los mongoles, se redujo la que fue en su día una próspera red de ciudades, entre ellas Kiev, Smolensk, Moscú y Novgorod. La reanimación del comercio en el siglo XVI multiplicó los centros urbanos, pero no dio origen a nada que pudiera asemejarse a la densidad urbana de la Europa occidental y mediterránea. El Estado ruso se formó en un entorno de capital exiguo.

Este entorno era también rico en coerción. Durante los 5 siglos posteriores al 990 d. de C., los diversos Estados que se desarrollaron en aquella parte de Europa operaron a través de la conquista, se nutrieron de tributos y gobernaron (una palabra excesiva) principalmente a través de magnates regionales que tenían sus propias bases de poder. Bajo la hegemonía mongola, los príncipes del norte, en gran medida independientes, parcelaron su soberanía, entregándosela a nobles terratenientes que unieron en sus jurisdicciones el control económico y político sobre los campesinos. En el siglo XVI, al derrumbasrse los Estados mongoles, las conquistas rusas hacia el sur y el este generaron un sistema de concesiones de tierras y mano de obra a los guerreros, de trabajo forzado de los campesinos, de restricciones de su derecho a trasladarse y de impuestos en ascenso con fines bélicos; empezaron a aparecer los perdurables rasgos de la servidumbre rusa.

Hasta aquel momento, los emperadores rusos intentaron gobernar un inmenso territorio con fuerzas insuficientes. Regían aquéllos de modo muy indirecto, a través de una iglesia y una nobleza que detentaban enormes poderes y que conservaron su capacidad para frenar las demandas reales. Los zares moscovitas Iván III (el Grande, 1562-1505) e Iván IV (el Terrible, 1533-84) empezaron a establecer un gobierno más directo minando el poder de los nobles independientes; en su lugar, crearon un ejército y una burocracia adheridos a la Corona mediante las imperiales concesiones de tierras de que gozaban sus principales cargos. «Iván [el Grande] y sus sucesores», dice Jerome Blum,

> pusieron su empeño en levantar las fuerzas militares que necesitaban para conquistar a los príncipes hermanos, para aplastar las ambiciones oligárquicas de sus propios boyardos, para repeler invasiones exteriores y para expandir su reino. Les hacía falta un ejército que fuera tan dependiente de ellos como fuera posible y de cuya lealtad pudieran ellos, por consiguiente,

depender. Pero carecían de fondos para comprar los hombres y la lealtad que requerían. Por ello decidieron emplear la tierra.

(Blum, 1964:170-1)

Así era la quintaesencia de la estrategia intensiva en coerción. Dado que la mayor parte de la tierra indispensable pertenecía a señores armados semiindependientes, la reorganización de zar precipitó una serie de cruentas batallas con la nobleza. El triunfo fue de los zares. En este proceso, los señores que gozaban del favor imperial lograron una decisiva superioridad sobre sus refractarios vecinos: podían confiar en la fuerza armada del gobierno para atar al campesinado —de otro modo sin trabas ni obligaciones— a sus tierras; aunque abundaron las excepciones y las infracciones, este principio supuso otro incentivo más para la multiplicación de cargos y para la colaboración entre funcionarios y terratenientes en la explotación del campesinado.

Al noroeste, la concesión de pequeñas posesiones a avariciosos funcionarios incrementó la presión sobre los campesinos. Unida a la apertura de nuevos territorios al sur y el este, dicha presión generó un despoblamiento de las antiguas zonas de agricultura estable, lo cual no hizo sino intensificar los incentivos para atar a los campesinos a la tierra mediante la práctica local y los decretos imperiales; el llamado Código de la Asamblea de 1649 codificó un sistema de servidumbre que había estado configurándose durante 2 siglos. Además, el trabajo de esclavos, sobre todo en las nuevas zonas de asentamiento, siguió en expansión durante los siglos XVI y XVII. En el siglo XVIII, al proponerse extraer rentas de esclavos y siervos, los zares eliminaron prácticamente la distinción legal entre ambos. Tras un abortado intento de cobrar impuestos a cada campesino, Pedro el Grande hizo responsables a los grandes nobles de la recaudación de un impuesto por alma, un acto que reforzó la interdependencia entre la Corona y los terratenientes, por no hablar del poder que éstos, respaldados por el Estado, ejercían sobre sus desventurados siervos. En 1700, Pedro el Grande decretó que todo esclavo o siervo liberado debía presentarse de inmediato para el servicio militar, y si era inútil para éste debía vincularse a otro amo. Pedro creó así mismo una nobleza diferenciada, claramente jerarquizada por la categoría de su servicio al zar. Rusia adquirió, hasta un grado inimaginable en Europa occidental, una jerarquía social definida, mantenida y dominada por el Estado.

Desde la cima a la base, la estructura surgida de las relaciones sociales dependía de la coerción. Cuando el Estado ruso empezó a dedicarse seriamente a la guerra con sus fuertemente armados vecinos occidentales, el esfuerzo para extraer las rentas necesarias de una economía no comercializada multiplicó la estructura del Estado. Al mismo tiempo, la conquista de tierras situadas entre Moscovia y el Imperio otomano expandió el aparato militar, exportó el estilo de servidumbre y tenencia de tierras ruso y acrecentó la burocracia imperial hasta su forma más plena y ponderosa. Pedro el Grande inició el gran esfuerzo para eliminar separatismos y someter todos los sectores del Imperio —y sus rentas— a las normas moscovitas y la administración central:

> Acompañaba a la campaña de Pedro para erradicar el separatismo ucraniano una política de extracción máxima de los recursos económicos y humanos del atamanato. Por primera vez se introdujeron la regulación de las rutas comerciales, los monopolios del Estado, los aranceles sobre artículos del exterior y los impuestos de importación-exportación... Pedro el Grande inició además una masiva conscripción de cosacos no para la guerra, sino para las obras públicas imperiales: la construcción de canales, fortificaciones y, en especial, para el proyecto predilecto de Pedro, la nueva capital de San Petersburgo.
>
> (Konut, 1988:71; véase también Raeff, 1983)

Catalina la Grande completó la incorporación de Ucrania mediante la inmediata abolición del semiautónomo atamanato. Aquella misma burocracia alcanzó entonces a todos los rincones del Imperio. El desafío de guerrear con la Francia napoleónica, que transformó la estructura del Estado en gran parte de Europa, fortificó al Estado ruso, magnificó su presupuesto, tributación y personal, expandió sus fuerzas armadas y fijó firmemente un Estado profundamente coercitivo.

En modos aproximadamente similares, los Estados ruso, polaco, húngaro, serbio y brandenburgués se formaron sobre la base de fuertes alianzas entre príncipes guerreros y terratenientes armados, grandes concesiones de poder gubernamental a la nobleza y la pequeña nobleza, explotación conjunta del campesinado y un margen de acción restringido para el capital mercantil. Repetidamente, los jefes de fuerzas conquistadoras que carecían de capital ofrecieron botín y tierras a sus partidarios, para verse después enfrentados al problema de contener a los grandes guerreros-terratenientes creados como con-

secuencia. Los mongoles sobresalen como excepciones, porque raramente se asentaron para atender a sus propias tierras y por lo común siguieron viviendo de los tributos cobrados en virtud de la perpetua amenaza de una devastadora invasión.

Pese a que el peso relativo de la Corona y la nobleza (y, por consiguiente, la medida en que la guerra creó estructuras de Estado perdurables) varió significativamente de uno a otro Estado, todos ellos se diferenciaban de sus vecinos europeos por su fuerte recurso a la coerción bruta. Cuando, en el siglo XVI, grandes cantidades de grano de Europa Oriental empezaron a fluir hacia el oeste, la estructura vigente de control permitió a los grandes señores beneficiarse directamente de aquel tráfico: emplearon el poder del Estado para contener a los comerciantes y coaccionar a los productores campesinos, creando con todo ello una nueva condición de servidumbre. En aquel equilibrio de poder, incluso una amplia comercialización no generó ciudades, ni una clase capitalista independiente, ni un Estado que pudiera asemejarse más a los de la Europa urbana.

La experiencia de Sicilia representa un curioso paralelo de la de las potencias de Europa Oriental. Sicilia fue durante muchos siglos un granero, una fuente abundante de grano para todo el Mediterráneo. Ahora bien, sus gobernantes árabes y normandos forjaron una alianza con los terratenientes militarmente activos que dejó escaso margen para ciudades y capitalistas en esta isla. El rey Federico II, que subió al poder en 1208, subordinó las ciudades a su glorioso Estado. «El sometimiento de las ciudades por parte de Federico II», nos dice Mack Smith,

> contribuyó a garantizar que no existiera nunca una clase de comerciantes o de funcionarios civiles lo bastante independiente y vigorosa para contrarrestar a la aristocracia terrateniente, y esta ausencia de contrapeso a la aristocracia sería un factor fundamental en la decadencia política, cultura y económica de Sicilia. Siempre que un gobierno fuerte fracasaba, eran los nobles y no las ciudades locales las que llenaban el vacío de poder. Eran por consiguiente poblaciones foráneas —Pisa, Génova, Venecia, Amalfi, Lucca— las que dominaban el comercio siciliano.
>
> (Mack Smith, 1968a:56)

Ese predominio exterior del comercio se mantuvo durante 6 siglos, con la consecuencia de que Sicilia, de gran riqueza agrícola, fue siempre pobre en capitales y estuvo siempre sometida a un control coercitivo.

Empezamos a percibir una pauta de uniformidad y variación entre las vías intensivas en coerción hacia la formación del Estado. Todas las zonas europeas de fuerte coerción comenzaron con alguna combinación de dos situaciones: 1) un gran esfuerzo para expulsar a una potencia que exigía tributos, 2) ciudades escasas y poco capital concentrado. La expulsión de los extractores de tributos fue relativamente poco importante en los países nórdicos, la importancia de las ciudades y el capital mayor en la Península Ibérica y Sicilia que en la Europa del Este y el Norte. Pero en todas partes esta combinación alentó una estrategia de conquista en que los señores territoriales se coaligaron frente a enemigos comunes y, simultáneamente, contendieron entre sí por la superioridad en su propio territorio, cediendo el señor más poderoso el control de la tierra y la mano de obra a sus compañeros a cambio de ayuda militar. En líneas generales, esta estrategia dejaba poco espacio para una burguesía autónoma, de ahí la acumulación y concentración de capitales fuera del Estado.

Ahí comenzaron las diferencias. En algunas zonas (Polonia y Hungría son los ejemplos evidentes) los nobles guerreros conservaron grandes poderes, entre ellos la capacidad para poner y deponer monarcas. En otras (Suecia y Rusia son casos paradigmáticos) un solo poder lograba establecer su precedencia construyendo una burocracia de Estado que otorgaba grandes privilegios a los nobles y el clero frente al pueblo llano, pero les obligaba al servicio del Estado. En otros lugares (como serían Sicilia y Castilla), una nobleza, cuyos miembros más ricos y poderosos vivían en la capital de los ingresos obtenidos en posesiones lejanas y de las rentas del Estado, coexistía con unos funcionarios del Estado que habían penetrado en todas las provincias y contaban con el clero y la nobleza local para imponer el cumplimiento de la real voluntad. La gran división, pues, era la que separaba la primera variante de las otras dos: la que deslindaba claramente los Estados en que nobles terratenientes armados y rivales mantuvieron durante mucho tiempo su autoridad, de aquellos en que uno de ellos estableció desde pronto su supremacía sobre todos los demás. En todos los casos, estos Estados crecieron siempre aquejados de falta de capital, trocaron privilegios garantizados por el Estado por una fuerza armada nacional y recurrieron intensamente a la coerción para asegurar el cumplimiento de las regias demandas.

Trayectorias capitalistas

¡Qué enorme contraste con los Estados de Flandes y el norte de Italia! Consideremos el caso del alto Adriático, el arco costero que corre de Ravenna a Trieste. Durante siglos enteros, Venecia dominó esta región tanto económica como políticamente. Pero al sur, potencias rivales luchaban por el dominio de la zona litoral. Ravenna, por ejemplo, habiendo sido residencia de emperadores romanos y godos, fue una república durante el milenio, no quedando bajo control veneciano hasta los siglos XIV y XV, y desde entonces hasta el Risorgimento fue dominio del Papa. Al oeste, una región de múltiples ciudades-estado se sometió a las conquistas venecianas del siglo XIV, dando así a la ciudad-imperio de Venecia una frontera común con Lombardía, que fue primero un Estado independiente y después posesión, sucesivamente, de España, Austria y la Italia unificada. Al norte, el Sacro Imperio Romano y los Estados que le sucedieron siempre fueron influyentes, y en ocasiones dominaron la costa. Al este surgió un imperio tras otro en expansión hacia el Adriático. En el año 990, el Imperio bizantino tenía el dominio nominal de Dalmacia y la región véneta, mientras que un oscuro Imperio «romano» con base en Europa central reclamaba la soberanía de porciones adyacentes de Italia.

Para simplificar una historia muy compleja, centrémonos en Venecia, y examinemos sencillamente la interacción de esta ciudad con todas estas potencias contendientes. Nos interesaremos en: la interacción entre sustanciales y crecientes concentraciones de capital y concentraciones de coerción débiles y fragmentadas; la profunda influencia de los capitalistas en todo intento de crear un poder coercitivo autónomo; la aparición de un Estado navegante próspero, eficiente, voraz y orientado a la protección; la posterior reducción de dicho Estado a manos de mayores potencias continentales; en resumen, la quintaesencia de la formación del Estado intensiva en capital.

La invasión lombarda de Italia (568 d. de C.) había transformado un puñado de pescadores y salineros en un conjunto de poblamientos de refugiados con fuertes vínculos con la Italia continental. Venecia quedó como parte nominal del Imperio bizantino, mientras que primero los lombardos y luego los francos capturaron una buena parte del territorio cercano. Hasta el 990 d. de C., mientras el Imperio bizantino caminaba hacia su apogeo, Venecia sirvió principalmente como centro de transferencia de las mercancías enviadas al

norte de Italia por los comerciantes que operaban dentro del sistema bizantino; la ciudad enviaba sus propios mercaderes a Pavía y otros mercados del interior, cambiando sal, pescado y artículos preciosos de Oriente por grano y otras materias de primera necesidad. Pero al volverse hacia el mar, los comerciantes venecianos añadieron los esclavos y la madera a sus mercancías. También ampliaron la influencia comercial y política de la ciudad sobre gran parte del Adriático.

En el Mediterráneo de aquella época, los límites de la construcción naviera y de la navegación significaban que los barcos se ceñían a las costas, seguían un número relativamente pequeño de rutas —definidas por los vientos, las corrientes y los bajíos—, hacían frecuentes escalas para abastecerse de agua y otros suministros, evitaban a los corsarios con dificultad una vez que topaban con ellos, y cuando navegaban a distancias largas sólo podían permitirse transportar bienes valiosos (Pryor, 1988). Ningún Estado se convertía en gran potencia marítima sin disponer de amplios privilegios en muchos puertos fuera de su territorio de base. Los Estados que en efecto dominaban en múltiples puertos obtenían de éstos un triple beneficio: acceso a las largas rutas comerciales, el comercio con aquellos puertos y el uso de éstos como bases para que los corsarios hicieran objeto de sus rapiñas al comercio de otras potencias. Durante algún tiempo, Venecia cumplía todas estas condiciones y se convirtió en la mayor potencia marítima del Mediterráneo. Venecia contribuyó fuertemente a que los Estados cristianos pudieran arrebatar importantes vías marítimas al control musulmán, lo cual se inició en el siglo X y no recedió hasta los avances turcos del siglo XIV. Sólo la consolidación del poder otomano en los siglos XV y XVI comprometió seriamente el predominio occidental sobre las rutas marinas mediterráneas (Pryor, 1988:172-8).

En el siglo XI, la flota veneciana empezó a adentrar su comercio en el Mediterráneo y a luchar contra otros rivales —dálmatas, húngaros, sarracenos y normandos— por el control del Adriático. Fuerzas venecianas se anexionaron Dalmacia en el año 990, pero la perdieron ante un Estado húngaro en expansión en torno al 1100; durante los siguientes 5 siglos, los venecianos dominaron la actividad comercial de Dalmacia, pero su poder político sufrió altibajos en función de la expansión y contracción de los Estados territoriales del Este. Por su colaboración con el emperador bizantino en las guerras contra sus enemigos, recibieron excepcionales privilegios co-

merciales en este imperio, entre ellos su propio barrio en Constantinopla (1082). Como los comerciantes de la Hansa en Escandinavia y el norte de Alemania, los mercaderes venecianos llegaron a administrar gran parte del comercio bizantino a larga distancia. Durante el siglo XII, expandieron su ámbito a todo el Mediterráneo oriental, uniendo, con buenos beneficios, comercio, piratería y conquista, actividades que se complementaban entre sí. Hacia el 1102, Venecia poseía su propio barrio mercantil en Sidón; en el 1123 había establecido también una base en Tiro.

En 1203 y 1204 Venecia recibió los frutos de su estrategia combinada, cuando un artero dux desvió una cruzada hacia Constantinopla y descargó un golpe de muerte sobre el Imperio bizantino. Los caballos de bronce de San Marcos, capturados en Constantinopla, se yerguen aún hoy como monumento a aquel *tour de force*. Venecia acabó por controlar grandes porciones (legalmente, tres octavas partes) del desaparecido imperio. La ciudad otorgó entonces feudos en las islas griegas a los miembros de sus grandes familias, a condición de que mantuvieran abiertas las rutas comerciales.

Durante todas sus conquistas, primaron siempre los intereses comerciales venecianos. Las primeras familias de la ciudad eran comerciantes y banqueros, el dux provenía de este mismo patriciado, las fuerzas militares de la ciudad se extraían de su propia población y su política militar y diplomática alentaba el establecimiento de monopolios comerciales, la protección de los comerciantes y la canalización del comercio a través de Venecia, en lugar de la creación de un gran imperio territorial. Una vez que hubieron consolidado su posición de superioridad, las autoridades venecianas se hicieron reacias a tolerar la piratería y a dar patentes de corso, dado que ambas cosas serían un peligro para las inversiones en un comercio pacífico.

El predominio marítimo de esta ciudad, a su vez, abrió nuevas oportunidades de beneficios en el transporte seguro de bienes y personas. Las compañías de transporte venecianas se enriquecieron trasladando cruzados, y después peregrinos, a Tierra Santa. Los fletes por el transporte de cruzados a Constantinopla, en 1203, «sumaban aproximadamente el doble de las rentas anuales del rey de Inglaterra» (Scammell, 1981:108). Además, pese a sus servicios a cruzados y peregrinos, los gobernantes venecianos no vacilaron en hacer tratos con los enemigos de la cristiandad. Después que Trípoli (1289) y Acre (1291) cayeran ante los turcos otomanos, por ejemplo, Ve-

necia negoció de inmediato un tratado con los otomanos para la conservación de sus antiguos derechos mercantiles.

Dentro del Adriático, las ciudades rivales no podían mantener su autonomía frente a Venecia *sin* la ayuda de otras potencias continentales. Trieste y Ragusa, por ejemplo, eran también ciudades mercantiles que gozaban de una cierta independencia, pero no podían contener a Venecia sin ayuda del exterior. Venecia conquistó Trieste en 1203, y retuvo este puerto en precaria servidumbre a lo largo de más de un siglo. Durante la frustrada sublevación de Trieste en 1368, el duque Leopoldo de Austria, un antiguo enemigo de Venecia que ansiaba un acceso al Adriático, envió una fuerza de auxilio. En 1382, Trieste logró ponerse bajo la soberanía de Leopoldo; Trieste fue entonces austríaca (en realidad, fue el principal puerto de Austria) hasta el siglo XX.

Ragusa/Dubrovnik siguió una estrategia aproximadamente similar. Ragusa vivió bajo dominio nominal de Venecia hasta 1358, pero antes había conservado una relativa independencia cultivando las buenas relaciones con los reinos vecinos de Serbia y Bosnia, en cuyo comercio tenían un lugar preponderante sus mercaderes. La expansión de Hungría expulsó a Venecia de Dalmacia en la década de 1350 y otorgó a Ragusa una posición prácticamente independiente en la periferia de su imperio. Cuando los turcos otomanos lograron dominar los Balcanes en los años 1460, los *patricios-comerciantes* de Ragusa consiguieron negociar acuerdos similares con los nuevos jefes musulmanes. Amparada frente a la conquista italiana por sus sucesivos protectores, y con la garantía de una gran autonomía dentro de los imperios eslavo y otomano gracias a su posición comercial, Ragusa actuó como una ciudad-estado esencialmente independiente hasta la invasión napoleónica de 1808.

Pese a que las ciudades italianas cuyas líneas de abastecimiento dominaba Venecia, y las ciudades dálmatas sobre las que Venecia ejercía un control directo, se esforzaron continuamente por limitar la hegemonía veneciana, Venecia competía por el poder marítimo más directamente con Génova, un Estado navegante similar. A finales del siglo XIII, Génova se expandió por todo el Mediterráneo occidental y más allá de Gibraltar por la costa atlántica, igual que Venecia había penetrado en el Mediterráneo oriental y el Mar Negro; pero Génova accedió al Este con mayor eficacia que Venecia al Oeste; las dos potencias chocaron especialmente en los puntos de encuentro de sus zonas marítimas. El predominio genovés sobre el

Mar Negro de fines del siglo XIII bloqueó el acceso de Venecia al lucrativo comercio que iba de Trebisonda a China a través de territorio mongol. Una vez que las fuerzas venecianas hubieron bloqueado y capturado la flota genovesa en la ensenada de Chioggia (1380), no obstante, Venecia predominó en el Este.

Después del milenio, al aumentar la presencia de Venecia en el comercio del Adriático y el Mediterráneo oriental, la población de esta ciudad aumentó hasta convertirse en una de las mayores de Europa: 80.000 habitantes o más en 1200, ciento veinte mil aproximadamente en 1300. Aunque la Peste Negra (introducida en Italia por los galeones genoveses que regresaban de Caffa) mató a más de la mitad de la población en 1347, 1348 y 1349, el número de habitantes osciló en torno a los ciento veinte mil durante varios siglos posteriores, y en realidad hasta hoy. A partir del siglo XIII, las manufacturas y el comercio desplazaron a la navegación como actividades predominantes de la ciudad. Pero Venecia siguió siendo un eslabón decisivo en el comercio marítimo y una gran potencia en la política marítima. Su imperio se extendía, por ejemplo, hasta Chipre en 1573 y hasta Creta hasta 1669. Las fuerzas de la ciudad guerrearon para no perder acceso a estas oportunidades comerciales y guerrearon para rechazar a otros rivales como Génova. Ante todo y sobre todo, sus gobernantes cobraron fama por su habilidad para librar guerras marítimas sagaces y victoriosas con costes relativamente bajos para los mercaderes, banqueros y manufactureros de la ciudad.

El carácter del comercio veneciano facilitó la creación de un Estado excepcionalmente adaptable y predatorio. A diferencia de los holandeses, que acumularon su riqueza gracias al transporte de productos voluminosos, como granos, sal y vino, los venecianos se concentraron en costosos artículos de lujo: especias, sedas, esclavos. Aún más, era frecuente que transportaran grandes cantidades de metales preciosos. La eficiencia, el monopolio y la protección militar frente a merodeadores eran, por consiguiente, decisivos para su buena fotuna. «[P]ese a que otras potencias imperiales pudieran dedicar buena parte de sus energías y recursos a la defensa de un determinado monopolio», observa G. V. Scammell, «en ninguna, salvo en Venecia, se convirtió su gestión y protección, en efecto, en finalidad absoluta de la existencia de dicha potencia, suministrando el Estado barcos para su operación y una armada y un imperio para su salvaguarda» (Scammell, 1981:116). Un Estado semejante iba a la guerra lo menos posible, pero cuando lo hacía era implacable.

Los dux, en especial, eran responsables de la acción guerrera. Los primeros dux habían sido servidores del Imperio bizantino. Al establecer Venecia su independencia frente a este imperio, los dux actuaron primero como príncipes electos pero después como príncipes soberanos, sin consultas formales a la comunidad y designando a sus sucesores dentro de sus propias dinastías. Con el crecimiento de la ciudad a partir del 990 d. de C., no obstante, Venecia fue avanzando cada vez más hacia una oligarquía formal. Una asamblea general, en que las grandes familias desempeñaban un papel preponderante, elegía al dux. Este debía consultar a un consejo que, en teoría, representaba al *Commune* —formado por todos los poblados de la ensenada— y, en la práctica, era portavoz de las grandes familias del poblamiento central. Como tantas veces ocurre, el consejo formal se constituyó cuando un aspirante a soberano se enfrentó a un grupo de intereses bien definidos y dispares sin cuyo respaldo no podía gobernar. Con el tiempo, el gran consejo fue haciéndose cada vez más excluyente; en 1297, sus puestos eran esencialmente hereditarios. En 1300 y 1310, el consejo tuvo que enfrentarse a rebeliones populares contra la exclusión de los no patricios de sus deliberaciones. Desde aquel momento, los miembros de la oligarquía lucharon por lograr preeminencia dentro de la ciudad, pero nunca cedieron el control colectivo sobre los destinos de ésta.

Más que un solo consejo regente, en efecto, las sucesivas luchas por el poder produjeron una jerarquía cambiante de consejos, desde los propios asesores del dux hasta la asamblea general de todos los habitantes, reducida ya esta última a la ratificación de las decisiones de sus superiores. Por otra parte, Venecia no albergaba burocracia alguna; los comités electos y los servidores personales de los funcionarios realizaban la mayor parte de las labores gubernamentales. Hacia 1200, el dux se había convertido en un funcionario ejecutivo de la oligarquía, más que en un autócrata elegido por aclamación popular. Como consecuencia de ello, los intereses de los capitalistas mercantiles dominaban en la política —interior y exterior— del Estado de Venecia.

Si los intereses comerciales guiaban la suerte de Venecia, el Estado a su vez regulaba la actividad comercial de sus ciudadanos. «El veneciano que viajaba al levante por negocios», comenta Daniel Waley,

lo haría probablemente en una galera construida por el Estado, gobernada

por un capitán elegido por el Estado, como parte de un convoy organizado por el Estado, y cuando llegara a Alejandría o Acre, había muchas posibilidades de que le ordenaran que se uniera a otros venecianos en la compra conjunta, dispuesta por el Estado, de algodón o pimienta. Las ventajas de este sistema eran que los precios se mantendrían más bajos si los venecianos no competían entre sí. El sistema de convoyes para los viajes largos se remonta al menos al siglo XII. En el XIII el carácter ya rutinario de su organización permitía la salida de los dos convoyes de galeras al año hacia el Mediterráneo oriental, y hacia comienzos del XIV había también navegaciones anuales hacia Inglaterra y Flandes, al norte de Africa («Berbería») y a Aigues-Mortes (cercano a la desembocadura del Ródano). El arsenal —los astilleros del Estado— se remonta a comienzos del siglo XIII, y los materiales empleados allí eran adquiridos por lo general directamente por la república de Venecia.

(Waley, 1969:96)

El Estado, comité ejecutivo de la burguesía, se tomaba en serio sus responsabilidades.

Con todo, el Estado veneciano no fue nunca voluminoso. El sistema fiscal se prestaba a un gobierno reducido. En 1184, por ejemplo, Venecia estableció un monopolio sobre la producción y venta de sal de la ensenada de Chioggia; pese a que dicho monopolio fomentaba el pequeño contrabando y el fraude, producía así mismo sustanciosos ingresos sin utilizar una mano de obra numerosa. Desde el siglo XIII en adelante, el *commune* creó una deuda consolidada. El Monte Vecchio y los restantes Monti que le sucedieron —los valores que representaban dicha deuda— llegaron a convertirse en inversión predilecta de Venecia y otros lugares. La ciudad se endeudaba para costear las guerras, y después recurría a aduanas y alcabalas para pagar. Las grandes cofradías rituales y de caridad, las Scuole Grandi, prestaron sustanciales sumas al Estado (Pullan, 1971:138). Dado que podía pedir préstamos a sus propios comerciantes y gravar los flujos de una economía ampliamente comercializada, el Estado creó pocas organizaciones nuevas para sus finanzas.

El siglo XIV involucró a Venecia más fuertemente en la guerra por tierra, y la estructura del Estado se incrementó de modo correspondiente. Cuando las ciudades-estado del norte de Italia empezaron a expandir sus territorios, pusieron en peligro tanto las fuentes de producción industrial de Venecia en tierra firme como el acceso de sus comerciantes a las vitales rutas que atravesaban los Alpes. Los venecianos iniciaron dos juegos fatídicos: las conquistas en territorio

continental y una serie de alianzas cambiantes con las potencias del norte de Italia. A fines del siglo, Venecia estaba organizando coaliciones contra Francia y uniéndose a poderes como el rey de Castilla y el emperador alemán. Una serie de embajadores permanentes se distribuyeron por las primeras cortes de Europa. El avance turco en torno al Mediterráneo oriental, e incluso dentro de Italia, llevó simultáneamente a Venecia a intensificar la guerra naval.

La escala en expansión de la guerra originó ciertos cambios en las organizaciones bélicas de la ciudad. Por vez primera, Venecia confió la acción guerrera a forasteros, *condottieri*, que empleaban mercenarios en grandes cantidades. El gobierno contrapesaba la influencia del *condottiere* enviando comisionados patricios, *proveditorio,* que tenían amplias competencias enviando comisionados patricios, *proveditorio,* que tenían amplias competencias sobre los suministros, la paga y en ocasiones la estrategia militar misma (Hale, 1979). No mucho tiempo después, la ciudad recurrió a la conscripción en sus territorios vasallos y en la propia Venecia, donde los gremios de artesanos y tenderos tuvieron que suministrar contingentes de remeros para las galeras de guerra. En el siglo XV, Venecia empezó a obligar a los condenados y los cautivos a tripular sus galeras; en virtud de todo ello, las galeras dejaron de ser trirremes —que requerían tres remeros expertos, cada uno con un remo propio, en cada banco— para ser naves de un solo remo grande por banco, sobre el cual hasta los prisioneros inexpertos, renuentes y encadenados podían inclinar su peso. Los días de las fuerzas exclusivamente voluntarias habían pasado hacía mucho tiempo.

La intensificación de la guerra y el abandono del ciudadano-soldado crearon nuevas cargas financieras para la ciudad. A fines del siglo XIV, Venecia recaudaba empréstitos forzosos, impuestos sobre las rentas e impuestos directos sobre el patrimonio para satisfacer las deudas generadas por la guerra. Pese a todo, estos esfuerzos de excepción no generaron una burocracia voluminosa o permanente; en una economía altamente comercializada, los funcionarios de elección y un pequeño cuerpo profesional de escribanos y secretarios administraban las cuentas de la ciudad sin un personal numeroso. El Estado adjudicaba una serie de responsabilidades a la ciudadanía, como cuando requirió a las Scuole Grandi para que construyeran una parte de la flota de guerra a expensas propias (Pullan, 1971; 147-56; Lane, 1973b:163). Y no puede decirse tampoco que las obligaciones financieras agobiaran al aparato fiscal del Estado. Al co-

menzar el siglo XVII, mientras otros Estados europeos iban acumulando onerosas deudas de guerra, Venecia logró liquidar temporalmente la totalidad de su endeudamiento a largo plazo (Lane, 1973a:326).

Mucho antes del 1600, la ciudad dejó atrás su apogeo de poderío comercial. A partir del siglo XV, toda una concatenación de hechos redujo Venecia a actor secundario en la escena internacional: la expulsión de Venecia de los puertos del Mar Negro y el Mediterráneo oriental por parte de los turcos, el práctico encerramiento de Venecia, rodeada por los territorios de los Imperios Habsburgo, Borbón y turco, el menor acceso de Venecia a la madera, la consecuente decadencia de la industria naval, su declinante capacidad para controlar Dalmacia y la competencia-más-piratería en el Mediterráneo de potencias marítimas atlánticas, como Holanda e Inglaterra. Mediante la circunnavegación de Africa y la penetración en las rutas comerciales del Océano Indico, los mercaderes portugueses rompieron el dominio absoluto de Venecia sobre el comercio de especias. A fines del siglo XVI, los navíos portugueses transportaban entre una cuarta parte y la mitad de todas las especias y los medicamentos que los europeos traían desde el lejano oriente (Steensgard, 1981:131). La preponderancia portuguesa no fue, sin embargo, duradera; pasado un siglo, las Compañías holandesa y británica de las Indias Orientales, con su eficiente organización, habían desplazado a sus rivales ibéricos (Steensgard, 1974).

La aparición de los buques veleros armados de grandes dimensiones en el escenario mediterráneo quebró la prolongada hegemonía de la galera veneciana. A partir de entonces, Venecia siguió dinámica e independiente, dedicada en medida creciente a la manufactura y la administración de su territorio continental, pero nunca más sería la primera fuerza del Mediterráneo. Aun dentro del Adriático, en su día prácticamente lago particular de la ciudad, los navíos venecianos del siglo XVI no consiguieron contener a los comerciantes rivales de Ragusa o frenar los ataques predatorios de los piratas. En el siglo XVIII, Venecia renunció al intento de excluir barcos de guerra extranjeros de su golfo. Por entonces, no solo Ragusa, sino también Trieste y Ancona eran activos competidores en el comercio adriático.

Venecia se conformó con una política general de neutralidad militar y diplomática, un importante nicho económico, un creciente recurso a los territorios continentales como base económica y una vida pública republicana dominada por la antigua oligarquía. «En la

difícil elección entre independencia política y éxito comercial», concluye Alberto Tenenti con respecto al siglo XVII, «en su incertidumbre sobre su propia suerte, la altiva determinación de Venecia brilló aún sobre todos sus errores y sus torpes acciones. En lugar de elegir, como la vecina Ragusa, una vida sin riesgos y sin historia, la antigua ciudad-estado se negó a ceder ante el predominio de ninguna otra potencia, ya fuera ésta turca o papal, española o Habsburgo» (Tenenti, 1967:xvii-xviii).

Fue, sin embargo, una opción finalmente fracasada: en 1797, la invasión napoleónica acabó con el orden de cosas del siglo XVIII. Venecia y sus territorios continentales pasaron a ser propiedad primero de Austria, después del reino napoleónico de Italia y luego nuevamente de Austria. En 1848, un grupo de insurgentes dirigidos por Daniele Manin se hicieron con el poder brevemente, pero Austria pronto metió en cintura a sus levantiscos súbditos. Pur último, en 1866, la derrota de Austria a manos de Prusia dejó a Venecia en libertad para incorporarse al nuevo Estado nacional italiano.

Venecia siguió una singular trayectoria histórica. Sin embargo, la historia de la ciudad tenía semejanzas con Génova, Ragusa, Milán, Florencia y hasta Holanda, Cataluña o la Hansa. En el siglo XIV, al fin y al cabo, Barcelona enviaba comerciantes en todas las direcciones del Mediterráneo, y regía sobre Tebas, Atenas y el Pireo. La República de Holanda, una federación de centros mercantiles frecuentemente turbulenta, fue uno de los Estados predominantes de Europa durante más de un siglo. Ciudades-estado, ciudades-imperio y federaciones urbanas mantuvieron durante muchos siglos su poder como potencias comerciales y políticas; otorgaron una gran prioridad a los objetivos comerciales, crearon estructuras de Estado efectivas sin burocracias grandes, idearon modos relativamente eficaces para pagar los gastos de guerra y otros gastos de Estado y construyeron instituciones representativas de las oligarquías comerciales dentro de la organización misma del Estado.

La formación del Estado intensiva en capital difería de las vías de cambio intensivas en coerción y de coerción capitalizada en tres aspectos fundamentales: 1) La influencia de las oligarquías comerciales fomentó el desarrollo de Estados organizados en torno a la protección y expansión de la empresa comercial —en especial, en la experiencia europea, de la empresa marítima—. 2) Las instituciones creadas por la burguesía para la defensa de sus propios intereses llegaron a convertirse en ocasiones en instrumentos de administra-

ción del Estado; Venecia, Génova y la República de Holanda lograron una extraordinaria fusión de gobierno municipal y nacional. 3) El acceso a capitales y capitalistas permitió a estos Estados endeudarse, gravar, comprar y hacer la guerra con eficacia sin crear administraciones nacionales voluminosas y persistentes. Hasta que la escala misma de la guerra con ejércitos y marinas reclutados nacionalmente superó su poder militar, eficiente pero reducido, los Estados intensivos en capital prosperaron en un mundo bélico. No mucho después de que los Medici, con ayuda de los ejércitos papales, volvieran a regir en su Florencia natal, Niccólò Machiavelli escribía:

si alguien desearse constituir una república en un país donde son numerosos los señores, no lo conseguirá hasta haberlos destruido a todos; y el que desee constituir un reino o principado donde prevalezcan la libertad y la igualdad, fracasará igualmente, a menos que excluya de la general igualdad a unos cuantos de los espíritus más audaces y ambiciosos, y los convierta en señores, no sólo de nombre sino también de hecho, otorgándoles castillos y posesiones, así como dineros y súbditos; de tal modo que, rodeado por ellos, pueda mantener su poder, y que mediante este respaldo puedan satisfacer su ambición, y los demás puedan ser obligados a someterse a ese yugo al que sólo la fuerza ha podido sujetarlos.

(*Discursos,* I, 55; debo esta apropiada referencia a Richard Frank)

Ante todo y sobre todo, los señores —es decir, los aristocráticos terratenientes— asumieron la responsabilidad en los Estados intensivos en coerción, mientras que los capitalistas —es decir, comerciantes, banqueros y fabricantes— dominaron en sus opuestos intensivos en capital. La diferencia de sus experiencias dependió de cuándo se formaran, cuánto territorio quisieran controlar, el grado en que la agricultura y la manufactura llegaran a ser parte de sus bases económicas y en qué clase de productos se especializaran.

Todos estos factores dependían, a su vez, del emplazamiento geográfico y geopolítico del núcleo de ciudades de cada Estado. La presencia de extensos *hinterlands* agrícolas, cuando existía, fomentaba la formación de grandes Estados territoriales. La contiguidad a imperios y Estados nacionales de dimensiones considerables favorecía bien la absorción en dichos Estados, bien la participación en la lucha por el dominio de territorios. Estas variaciones, no obstante, operaban dentro de los límites impuestos por la poderosa presencia de capitales y capitalistas.

Trayectorias de coerción capitalizada

Es claro que no todo el alto Adriático ilustra la vía capitalista hacia la formación del Estado de modo igualmente adecuado. Austria consiguió con el tiempo reclamar una significativa porción de la costa, incluida Trieste, y subordinarla a un Estado que tenía fuertes intereses coercitivos en otros puntos. Los Imperios bizantino, serbio, húngaro y otomano contendieron con Venecia por el dominio de Dalmacia, y los otomanos triunfaron, al menos durante varios siglos. Pese a todo, la historia del alto Adriático contrasta fuertemente con la de la Rusia europea. En el Adriático, la abundancia de capitales facilitó la construcción de una fuerza armada, especialmente una fuerza marítima, pero suministró el incentivo y el medio con que los capitalistas se resistieron a la creación de grandes Estados que pudieran subordinar sus intereses a los de una dinastía. En Rusia, la escasez de capitales concentrados (especialmente después de la contracción de las relaciones comerciales con Asia y el Imperio bizantino, occurrida en el siglo XIV) y la presencia de nobles guerreros terratenientes inclinó a todos los Estados que allí se constituyeron hacia los medios coercitivos. Allí, la cuestión primordial fue si los magnates seguirían sosteniendo una soberanía fragmentada en sus numerosas manos o si un solo gobernante conseguiría de algún modo establecer una firme preeminencia sobre todos los demás. Una vez que el Estado ruso hubo optado por la construcción centralizada de la fuerza armada, sus esfuerzos engendraron un ponderoso Estado en que los nobles conservaron amplias competencias dentro de sus propios territorios, pero hubieron de someterse frente al zar.

La suerte de los campesinos —la gran mayoría de la población prácticamente en toda Europa antes del siglo XVIII— difería intensamente entre las regiones intensivas en coerción y las intensivas en capital. En la mayor parte de las zonas de formación del Estado intensiva en coerción, los soberanos crearon los Estados en estrecha colaboración con los grandes terratenientes, que conservaron gran autoridad militar y civil. Rusia, Polonia, Hungría y Brandenburgo-Prusia ejemplifican este proceso, que tuvo ciertos paralelos en Sicilia y Castilla. En estos Estados, la expansión comercial del siglo XVI alentó y permitió a los terratenientes, respaldados por el poder del Estado, reducir a la servidumbre a un campesinado del que anteriormente habían extraído sustanciosos arrendamientos; lo más común fue que exigieran servicios de trabajo, mal remunerado, en el domi-

nio del señor a unas familias labradoras que obtenían su propio sustento de pequeñas parcelas a las que estaban sujetas por ley. En otras regiones intensivas en coerción (especialmente Escandinavia), donde los terratenientes no lograron nunca el poder económico y político de sus equivalentes de Europa oriental, los gobernantes del siglo XVI y posteriores instituyeron controles directos sobre el campesinado con ayuda del clero y otros burócratas, garantizando con ello la prolongada persistencia de campesinos orientados a la agricultura de subsistencia.

En las zonas intensivas en capital, como Holanda y parte de Suiza, el campesinado experimentó una bifurcación. Ante la presencia de mercados urbanos y capitalistas agresivos, la agricultura se comercializó pronto y fue muchas veces de la mano de una industria rural. En consecuencia, una minoría de campesinos se enriqueció gracias a los cultivos comerciales y la mano de obra de sus vecinos. La mayoría pasaron a ser jornaleros pobres, muchos de los cuales trabajaban también en manufacturas a domicilio o ventas ambulantes cuando la demanda se encontraba en período de ascenso. En compañía de los omnipresentes comerciantes, minoría y mayoría produjeron una economía rural que abastecía a las ciudades con facilidad, se prestaba a una fiscalidad eficiente y quedaba bajo el predominio de unas ciudades que eran centros regionales de comercio. Las diferentes vivencias del campesinado fueron tanto causa como efecto de las muy distintas trayectorias de la formación del Estado en regiones intensivas en capital e intensivas en coerción.

Entre los extremos capitalista y coercitivo se encontraban las vías de coerción capitalizada, aquellos casos en que las concentraciones de coerción y de capital se producían con mayor equilibrio y una más próxima relación entre ambos. Las Islas Británicas —Irlanda, Escocia, Inglaterra y Gales— ilustran dicha vía. Muestran, además, que la situación de toda experiencia dada dentro del diagrama de coerción-capital depende de los límites temporales y geográficos que fijemos para esta experiencia. Vistas desde Dinamarca en el año 990, las Islas Británicas parecen una zona periférica de conquista y tributo dentro de un gran Imperio centrado en Escandinavia. Vista desde Irlanda durante el período que transcurre a partir de entonces, la formación del Estado en las Islas Británicas tiene un aire mucho más coercitivo que cuando se observa desde el sudeste de Inglaterra. Vista desde Escocia en los años que median entre 1500 y 1700, la formación del Estado tiene el aspecto de una contienda e interacción

entre tres Estados bastante diferenciados con bases económicas distintas: el inglés, el irlandés y el escocés. Quede claro, pues, que lo que examinamos es la totalidad de la región durante los 1000 años siguientes al 900 d. de C. A lo largo de todo el milenio, el nudo de la acción estuvo en la expansión de un Estado inglés, inicialmente formado en la conquista pero pronto contrapesado por un puerto y una economía comercializada.

En el año 990, Irlanda estaba inmersa en las luchas entre múltiples reinos celtas y los dominios costeros de los escandinavos. Pese a que diversos conquistadores nórdicos se repartieron las islas del Mar del Norte, la Escocia y Gales continentales estaban más o menos unificadas bajo el mando de reyes-guerreros. Un danés, el rey Canuto, se disponía a arrancar a la débilmente conectada Inglaterra de manos del rey anglosajón Etelredo, que había ya pagado tributo a los daneses durante un decenio. Y no sólo pagaban tributos, sino que sufrían continuas depredaciones. En su anotación para el año 997, la Crónica de Laud dice:

> En este año las huestes [danesas] rodearon Devonshire entrando por la desembocadura del Severn, y allí asolaron, tanto Cornualles, como Gales y Devon, y desembarcaron en Watchet; allí causaron gran destrucción incendiando y matando a la gente y regresaron rodeando Land's End hasta la parte sur, y entraron en el estuario del Tamar, y ascendieron hasta llegar a Lydford. Allí incendiaron y asesinaron todo lo que toparon, y redujeron a cenizas la abadía de Ordwul en Tavistock, llevándose con ellos una cantidad indescriptible de botín a sus naves.
>
> (Garmonsway, 1953:131)

Mientras otros escandinavos navegaban hacia Islandia, Groenlandia y América, Canuto y sus saqueadores convirtieron temporalmente a Inglaterra en un Imperio perceptor de tributos que se extendía hasta Dinamarca y Noruega. Los nuevos dominios eran valiosos: en aquel momento Dublín tendría quizá 4.000 habitantes, York 10.000, Norwich 4.000 y Londres 25.000, muchos más que ninguna ciudad escandinava. York servía como importante eslabón con Escandinavía, y Londres, con el resto del mundo. Aunque no precisamente atravesado en todas direcciones por retículas urbanas, las islas estaban bien relacionadas con las ciudades de la Europa continental.

Sólo 6 años más tarde, los normandos (descendientes de anteriores guerreros vikingos que se habían asentado en la Galia) organizaron

una nueva invasión de Gran Bretaña. Su conquista de Inglaterra siguió el modelo característico de distribuir tierras en feudo a los soldados, convertidos en agentes regionales (y potenciales rivales) de la Corona. Ello disminuyó las incursiones escandinavas e inició un proceso mediante el cual los gobernantes de Inglaterra expandieron sus dominios más allá de Gran Bretaña. Durante los dos siguientes siglos, las armas normando-inglesas y escocesas prácticamente eliminaron el predominio de daneses y noruegos en el territorio de las Islas Británicas.

Cuando el juego de alianzas y herencias incrementó las posesiones «inglesas» en lo que sería más adelante Francia, los gobernantes de Inglaterra comenzaron a guerrear con sus primos normandos. En el siglo XII intentaron así mismo extender su autoridad sobre Gales, Escocia e Irlanda. Al contraer matrimonio con Leonor de Aquitania en 1152, Enrique II adquirió fuertes derechos a gobernar sobre Inglaterra, Normandía, Maine, Bretaña, Anjou, Aquitania y gran parte de Gales; en los años siguientes amplió este derecho a Escocia y partes de Irlanda. Al paso que dirigía aquel Imperio, construyó una estructura judicial relativamente efectiva. Sin embargo, a partir de 1173 sus hijos empezaron a disputarle el poder en alianza con múltiples barones y, en ocasiones, con la reina.

Debido a su participación en las guerras y su intervención en las rivalidades dinásticas, los barones en quienes confiaban los reyes ingleses para la acción bélica adquirieron poder suficiente para enfrentarse al rey, así como entre ellos, exigiendo al monarca cartas de privilegios —siendo la más notable de ellas la Magna Carta—. Esta Gran Carta de 1215 obligaba al rey a abandonar la percepción de obligaciones feudales para la obtención de los medios necesarios para la guerra, a dejar de contratar mercenarios cuando los barones no estaban dispuestos a guerrear y a imponer los principales tributos sólo con el consentimiento del gran consejo, representativo de los magnates. El consejo empezó a detentar un poder firme, reforzando especialmente por su función en la aprobación de nuevas contribuciones. Los posteriores reyes confirmaron la carta repetidamente. Con todo, los insistentes esfuerzos de los monarcas ingleses para crear una fuerza armada produjeron una estructura central duradera: real tesorería, tribunales y ejercicio de soberanía.

Eduardo I (1272-1307), por ejemplo, otorgó la categoría obligatoria de caballero a todo propietario de tierras que rentaran 20 libras al año, exigió a todos los caballeros servicio en las reales milicias,

instituyó una contribución para financiar a los soldados de a pie, impuso los primeros derechos de aduanas regulares sobre la lana y las pieles, formó un cuerpo central de personal permanente al que se asignaron algunas de las funciones previamente desempeñadas por los barones y los servidores personales del rey y reguló las asambleas separadas de los barones, los caballeros del condado, los habitantes de las ciudades y el clero, de las que obtenía fondos. (En 1294, preparándose para otra campaña contra Francia, Eduardo llegó a sextuplicar los derechos de exportación sobre la lana y a exigir la mitad de las rentas contributivas del clero: Miller, 1975:11-12.) La creación de una estructura central de Estado continuó a lo largo del siglo XIV: no sólo los tribunales reales extendieron su jurisdicción sobre todo el territorio, sino que además los jueces de paz empezaron a ser depositarios de autoridad local como agentes comisionados de la Corona.

Y no es que en el centro prevaleciera la estabilidad. A fin de cuentas, Eduardo II murió asesinado en prisión (1327), Eduardo III falleció prácticamente carente de todo poder (1377) y el depuesto Ricardo II murió —acaso también asesinado— en prisión (1400). Las casas de Lancaster y York libraron una guerra civil de 30 años (las Guerras de las dos Rosas, 1455-85) por el derecho a la Corona; las guerras concluyeron con la muerte de Ricardo III a manos de las fuerzas de Enrique Tudor, que pasó entonces a convertirse en Enrique VII. Las contiendas armadas por el poder real y la sucesión se continuaron durante 3 siglos, hasta que la Revolución Gloriosa de 1688 puso en el trono a la Casa de Orange.

Al mismo tiempo, los reyes ingleses intentaron capturar territorios en Irlanda, Gales, Escocia y Francia. Eduardo I sojuzgó a Gales y subordinó nominalmente a la Corona inglesa a Irlanda y Escocia. Los galeses sólo organizaron un levantamiento serio más, el de Owen Gendower (1400-9). Ahora bien, tanto irlandeses como escoceses se opusieron tenazmente al dominio inglés, encontrando apoyo muchas veces en los reyes franceses, a quienes tranquilizaba ver a sus rivales ingleses atentos a actividades militares dentro de las Islas Británicas. En el transcurso de su resistencia, irlandeses y escoceses crearon parlamentos que guardaban cierta similitud con su equivalente inglés. Ambos sufrieron también cruentas luchas intestinas por la sucesión al trono y por los poderes relativos de reyes y barones. Mientras Irlanda siguió siendo una colonia díscola, Escocia se convirtió en potencia europea independiente por derecho propio. Hasta el

siglo XVII no sucumbieron Irlanda y Escocia a un dominio inglés relativamente estable.

El prolongado, y en última instancia fracasado, esfuerzo de los reyes ingleses por aferrarse a sus posesiones francesas mantuvo a este Estado en situación de guerra durante la mayor parte de los años entre 1337 y 1453. Las necesidades económicas de dicho esfuerzo (posteriormente denominado Guerra de los Cien Años) consolidaron la posición del Parlamento y regularon la división entre ambas cámaras. Durante más de un siglo a partir de entonces, las guerras con Escocia y Francia (y, en ocasiones, ambas a la vez) empeñaron al Parlamento en la reunión de fondos para la Corona y fijaron su derecho de consenso a la tributación.

La cámara baja, que con el tiempo se llamaría los Comunes, congregaba a representantes de las demarcaciones conocidas como *boroughs* y *counties*, que eran, en líneas generales, comerciantes, por una parte, y terratenientes, por la otra. En el siglo XIII se inició una larga, si bien difícil, alianza entre comerciantes y terratenientes, cuando la lana inglesa abasteció primero a los productores de textiles continentales, y después se convirtió en base del hilado y el tejido en Gran Bretaña. Comenzaba en Gran Bretaña el lento pero decisivo giro desde la exportación de lana a la manufactura y exportación de tejidos de lana. Desde aquel momento en adelante, los comerciantes ingleses se establecieron en Flandes y comenzaron a repartirse por el resto de Europa. En el siglo XV, los ingleses demostraron asimismo ser formidables hombres de mar; los marinos de la costa oriental, por ejemplo, reabrieron el comercio del continente europeo con Islandia en torno a 1412 (Scammell, 1981:460). El *Intercursos Magnus*, un tratado comercial a 1496 , estableció la participación de Inglaterra como socio reconocido del comercio internacional flamenco. Aunque los mercaderes y navíos foráneos dominaron el comercio de Inglaterra aún durante otro medio siglo, hacia 1600 los ingleses competían con españoles, portugueses y holandeses en el mundo entero.

En el mismo período, navegantes ingleses como los hombres de Bristol que se hicieron a la mar con John Cabot (que era, curiosamente, veneciano), empezaron a unirse a holandeses, italianos, españoles y portugueses en la exploración de parajes lejanos del mundo y en poner las bases para un Imperio comercial de envergadura mundial. En 1577, sir Francis Drake circunnavegaba el globo. La Corona participaba en estas aventuras en la medida en que eran promesa de nuevos aditamentos a las rentas gubernamentales o al poder militar

(Adrews, 1984:14-15). Los terratenientes británicos, asistidos por el cierre legalmente sancionado de los campos abiertos y las tierras del común, se dedicaron intensamente a la comercialización de lana y granos; la Cámara de los Comunes empezó a representar cada vez más a una la estrecha alianza de comerciantes y terratenientes dedicados a cultivos comerciales. El creciente poderío comercial del país posibilitó el aumento del poder del Estado; ello permitió a Enrique VII (1484-1509), y después a los reyes Tudor, a contener a los escoceses y desafiar a los franceses, expandir el potencial bélico del Estado, ampliar los impuestos y reducir los ejércitos privados de los grandes nobles.

La secesión de Roma efectuada por Enrique VIII, la confiscación de las rentas eclesiásticas y la expropiación de los monasterios (1534-9) aumentaron las reales rentas y alinearon al clero colaborador con los intereses reales. El engrandecimiento Tudor suscitó también repetidas sublevaciones regionales, entre ellas la gran Peregrinación de Gracia (1536). No obstante, los reyes Tudor doblegaron al fin a los grandes aristócratas, con sus ejércitos privados y sus pretensiones de poder autónomo (Stone, 1965:199-270). La casi incesante comercialización, proletarización y expansión económica del país suministró la base para la actividad del Estado, y el hecho de que éste se centrara en aduanas e impuestos de consumo hacía más eficiente la extracción de recursos en dicha base; pero sólo cuando magnates, Corona y Parlamento conseguían negociar un acuerdo de colaboración.

En el siglo XVI, Escocia se fue aproximando a Francia; cuando la joven María Estuardo pasó a ser también reina de Francia (1559), los dos reinos llegaron casi a fusionarse. Pero una rebelión protestante frenó el poder de María en Escocia, donde reinó precariamente durante 6 años antes de suscitar otra insurrección y huir a Inglaterra para acogerse a la detención protectora de Isabel; su decapitación en 1586 terminó con la amenaza de una Escocia francesa y de una reina de Inglaterra católica. A la muerte de Isabel, no obstante, Jacobo, hijo de María, que había sido Jacobo VI de Escocia desde 1567, accedió a la Corona de Inglaterra como Jacobo I. La conexión con Francia había quedado prácticamente disuelta.

Bajo Jacobo I (1603-25) y posteriores Estuardo, las luchas internas de Inglaterra en torno a las reales rentas destinadas a las guerras en el continente precipitaron grandes divisiones constitucionales, intentos por parte de los reyes de gobernar (y, especialmente, gravar)

prescindiendo del Parlamento, y al fin una guerra civil que comportó la ejecución de Carlos I. Como símbolo de los tiempos, Carlos enajenó el último bloque de tierras de la Corona a la ciudad de Londres en 1627, recibiendo a cambio una anulación de anteriores deudas y un nuevo préstamo; desde aquel momento en adelante su crédito flaqueó, y sus peticiones de préstamos e impuestos no hicieron sino agudizar los conflictos con el Parlamento y sus financieros. En 1640, Carlos I requisó el oro y la plata depositadas para su custodia en la Torre de Londres, y negoció un préstamo con sus propietarios orfebres y comerciantes garantizado por las rentas aduaneras (Kindleberger, 1984:51). Los esfuerzos de Carlos por levantar y controlar un ejército para sofocar la rebelión de Irlanda y la resistencia de Escocia fueron su fin. Durante la Commonwealth y el Protectorado (1649-60), diversos fragmentos del ejército y del Parlamento gobernaron el país, mientras procuraban volver a situar a Irlanda y Escocia bajo la autoridad del Estado y batallaban también con España y Holanda. La Restauración, iniciada por una invitación parlamentaria a Carlos II bajo influencia del ejército, confirmó el poder del Parlamento dentro del Estado británico, especialmente en lo tocante a rentas y gastos. La estrecha interdependencia entre los asuntos reales y las guerras continentales continuó con la restauración de los Estuardo, mientras Inglaterra seguía contendiendo con Holanda en los mares. En 1688 una revolución originó una dramática inversión de alianzas; llevó al trono a Guillermo de Orange, holandés y protestante, y a su mujer María, hija del duque de York, mientras Luis XIV de Francia apoyaba a los exilados Estuardo. En aquel momento, Gran Bretaña volvió a su histórica rivalidad con Francia, y en este proceso asimiló algunas instituciones holandesas. El Estado fundó el Banco de Inglaterra en 1694 como instrumento para financiar la guerra con Francia, comenzada en 1688 (Kindleberger, 1984:52-3). Con el fin de la revolución, y con la renovación de la participación militar británica en el continente, se inició una nueva era. Gran Bretaña empezó a formar un considerable ejército permanente, se configuró una burocracia central efectiva, y el poder de la Cámara de los Comunes, encargada de autorizar los impuestos, aumentó frente al rey y sus ministros (Brewer, 1989).

Una vez más, las repetidas rebeliones en Escocia e Irlanda —con la implicación frecuente de pretendientes rivales a la Corona de Inglaterra, por no hablar de la sutil mano de Francia— forzaron al máximo la capacidad bélica del Estado. Las guerras y las luchas

dinásticas se unieron para producir grandes transformaciones en el Estado, entre ellas una unión estable entre Inglaterra y Escocia (1707), el definitivo afianzamiento de la casa alemana de Hannóver (que más adelante tomó el nombre de Windsor) en el trono (1714-15) y el establecimiento de un *modus vivendi* entre la monarquía y el poderoso Parlamento que respresentaba los intereses terratenientes y comerciales del país. Una rebelión a favor del pretendiente Estuardo al trono (1715) fracasó totalmente, e igual suerte corrió una segunda rebelión en 1745, que supuso el último intento serio de disputar la sucesión real en Gran Bretaña. El poder militar británico siguió creciendo: «Hacia 1714, la marina británica era la mayor de Europa y daba empleo a más trabajadores que todas las restantes industrias del país» (Plumb, 1967:119).

Comparado con sus vecinos del continente, el Estado británico se regía mediante un aparato central relativamente reducido, complementado por un vasto sistema de patronazgo y poder local en que el virrey y gobernador de Irlanda *(Lord Lieutenant)*, los sheriffs, alcaldes, alguaciles y jueces de paz llevaban a cabo las tareas de la Corona sin ser empleados de ésta a tiempo completo; antes de las Guerras Napoleónicas, sólo aduanas y alcabalas contaban con un número sustancial de funcionarios periódicamente nombrados. Hasta entonces Gran Bretaña no mantuvo un ejército permanente, y en momento de guerra dependía sobre todo de la movilización de su potencia naval como fuerza armada. Salvo en Irlanda, el ejército desempeñó un papel relativamente reducido —y las milicias uno relativamente grande— en el control de la población interior británica. En Irlanda, el gobierno británico siguió desplegando su fuerza armada y experimentando con nuevos medios de vigilancia policial durante todo su período de hegemonía; lo cierto es que, en general, Gran Bretaña se sirvió de Irlanda como terreno de pruebas para las técnicas policiales que el Estado introduciría posteriormente en Inglaterra, Gales y Escocia (Palmer, 1988).

Gran Bretaña siguió guerreando en Europa y luchando por un imperio en el resto del mundo; al fin de la guerra de los Siete Años contra Francia (1763), Gran Bretaña quedó como la mayor potencia colonial del mundo. La pérdida de las colonias americanas (1776-83) no puso en peligro el poder del Estado, como había sucedido con anteriores derrotas. Las repetidas movilizaciones para las guerras con Francia, en especial entre 1793 y 1815, incrementaron muchos impuestos, la deuda nacional y la intervención del Estado en la econo-

mía, mientras que generaban un sutil pero decisivo giro de la autoridad desde el rey y sus ministros hacia el Parlamento. Durante aquellas guerras (1801), Gran Bretaña incorporó a Irlanda (no definitivamente pero sí más de un siglo) al Reino Unido. A comienzos del siglo XIX el Reino Unido se había convertido en el modelo mismo de monarquía parlamentaria dominada por terratenientes, financieros y comerciantes.

La expansión imperial siguió durante la rápida industrialización y urbanización del siglo XIX. Dentro de Gran Bretaña, el Estado realizó un decisivo avance hacia la intervención directa en los asuntos locales: aunque en anteriores siglos fue frecuente que el rey y el Parlamento promulgaran legislaciones para regular la venta de alimentos, el control de la acción colectiva, el trato a los indigentes o los derechos y obligaciones de los trabajadores, casi siempre habían confiado en las autoridades locales para la toma de iniciativas y para la aplicación de estas normativas. Pese a que Gran Bretaña mantenía mayor número de autoridades locales que sus vecinos continentales, en el siglo XIX los funcionarios nacionales intervinieron con mayor intensidad que nunca en funciones policiales, en educación, inspección de fábricas, conflictos laborales, vivienda, salud pública y una amplia variedad de cuestiones. Gradual pero decididamente, el Estado británico avanzaba hacia el gobierno directo.

No obstante ocasionales brotes de sentimiento nacional, hacía mucho tiempo que Gales y Escocia habían dejado de suponer una amenaza de fragmentación para el Estado británico. Pero Gran Bretaña no consiguió nunca integrar, ni aun acobardar, a la mayor parte de Irlanda. La resistencia y las rebeliones irlandesas culminaron inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial; en virtud de diversas medidas, toda Irlanda salvo el extremo noroeste (Ulster), más fuertemente protestante y anglificado, pasó a ser un Estado independiente, primero dentro de la Commonwealth británica, después, al fin, fuera de ella. La lucha en y por el Ulster no ha concluido todavía.

Aunque retrospectivamente Gran Bretaña sirva muchas veces como modelo de estabilidad política, una mirada más atenta a la formación del Estado en las Islas Británicas nos muestra la continuidad con que poderosos contendientes lucharon por el control del Estado y la frecuencia con que la transición de un régimen a otro se produjo violentamente. La experiencia de Irlanda demuestra la capacidad de esta región para crear un Estado relativamente débil

siguiendo una vía intensiva en coerción. Con todo, el Estado británico llegó a dominar gran parte del mundo durante los siglos XVIII y XIX y sigue siendo una potencia mundial en la actualidad. La historia de este Estado no es un simple punto medio (o incluso una síntesis) entre las historias de Venecia y de Rusia, o entre países intensivos en coerción e intensivos en capital.

El Estado inglés, después británico, se construyó sobre una conjunción de capital y coerción que desde fecha temprana dio al monarca acceso a inmensos medios para la acción bélica, pero sólo a cambio de grandes concesiones a los comerciantes y banqueros del país. La precaria alianza entre terratenientes y comerciantes limitó la autonomía regia, pero fortaleció el poder del Estado. La agricultura comercializada, el comercio a grandes distancias, la conquista imperial y la guerra contra las potencias rivales de Europa se complementaban entre sí, fomentando la inversión en el poder naval y la buena movilización de las fuerzas de tierra para acciones en el exterior. La comercialización de las economías tanto urbana como rural significó que la recaudación de impuestos y el endeudamiento con fines bélicos se realizaran con mayor facilidad, y con un menor aparato de Estado, que en muchos otros países europeos. Adam Smith lo expresó con una simple comparación entre Inglaterra y Francia: «En Inglaterra», observó, «estando la sede del gobierno en la mayor ciudad mercantil del mundo, los comerciantes son por lo general las personas que adelantan dinero al gobierno... En Francia, no estando la sede del gobierno en una gran ciudad mercantil, los comerciantes no componen una proporción tan grande de las personas que adelantan dinero al gobierno» (Smith, 1910 [1778]:II, 401). En aquel momento, Inglaterra se encontraba más próxima que Francia a la vía intensiva en capital hacia la formación del Estado. Inglaterra forjó una notable mezcla de fácil acceso a capitales y fuerte dependencia de los terratenientes para el gobierno día a día del reino. Aunque la Francia prerevolucionaria descansaba igualmente en nobles y clero para una buena parte de su gobierno local, el esfuerzo para exprimir los medios para la guerra de una economía menos capitalizada y comercializada creó un aparato central del Estado considerablemente más voluminoso que en Inglaterra.

Ahora bien, si consideramos los casos de Venecia o Moscú vemos de inmediato grandes semejanzas entre las relaciones capital-coerción de Gran Bretaña y Francia. Estamos acostumbrados a contrastar las trayectorias de Gran Bretaña, Francia, Prusia y España

como primordiales tipos alternativos de formación del Estado. Dentro de toda la variedad europea, no obstante, las cuatro muestran propiedades comunes que los diferencian claramente de las vías intensivas en capital e intensivas en coerción. En los cuatro casos hubo monarcas ambiciosos que intentaron, con éxito desigual, aplastar o circunvenir a las asambleas representativas del estilo de los Estados provinciales, durante la expansión militar de los siglos XVI y XVII; en Francia y Prusia, aquellas asambleas sucumbieron, en España las Cortes sobrevivieron precariamente, y en Gran Bretaña el Parlamento pervivió como baluarte del poder de la clase dirigente. En los cuatro casos, la coincidencia de centros de coerción con centros de capital facilitó —al menos durante algún tiempo— la creación de una ingente fuerza militar en un momento en que los ejércitos y marinas grandes, costosos y bien armados, daban a aquellos Estados que podían crearlos una superioridad abrumadora en el logro de hegemonía e imperios.

¿Y por qué Venecia o Rusia no llegaron a ser Inglaterra? La pregunta no es un absurdo; se sigue ésta de reconocer que los Estados europeos en general avanzaron hacia mayores concentraciones de capital y coerción, convergiendo al fin en el Estado nacional. Parte de la respuesta es ésta: sí llegaron a serlo. Los Estados ruso e italiano que entraron en la Primera Guerra Mundial tenían más rasgos de Estado nacional que sus predecesores de 1 ó 2 siglos antes. Pero la respuesta más profunda es que su historia previa les pesaba. Venecia creó un Estado que cedía a los intereses de un patriciado mercantil, y este patriciado halló su superioridad en la búsqueda de los intersticios del sistema comercial europeo, más que en la colaboración en el esfuerzo de levantar un poder militar masivo y duradero. Rusia creó un Estado dirigido por un presunto autócrata, pero totalmente dependiente de la cooperación de los nobles terratenientes —cuyos intereses dictaban que se denegaran la mano de obra campesina y su producto para fines del Estado—, y de una burocracia que podía fácilmente consumir cualquier excedente generado por el Estado. Tipos distintos de revolución —un Risorgimento y una toma de poder bolchevique— llevaron a venecianos y rusos hacia Estados nuevos que fueron asemejándose cada vez más a los grandes Estados nacionales de Europa occidental. Pero incluso estos Estados sucesores mostraban las señales de su anterior identidad.

El esquemático cuadro de China pintado por G. William Skinner, puesto en movimiento, proporciona, pues, penetrantes percep-

ciones sobre la experiencia europea. Nos ayuda a reconocer cómo varió la construcción de una fuerza armada y sus consecuencias organizativas de una parte de Europa a otra en función del peso relativo del capital y la coerción, de los sistemas de explotación y dominación «de abajo arriba» y de «arriba abajo», de las ciudades y los Estados. Aunque todos los Estados dedicaron grandes esfuerzos a la guerra y a su preparación, por encima de este rasgo común sus actividades predominantes variaron de acuerdo con su posición en las redes de capital y coerción y de sus historias previas. Más aún: incluso las actividades similares configuraron residuos organizativos diversos, dependiendo de dónde y cuándo se produjeran. En grado creciente, no obstante, las relaciones con otros Estados determinaron la estructura y actividad de todo Estado. Debido a su mayor capacidad para traducir los recursos nacionales en triunfos en las guerras internacionales, los grandes Estados nacionales aventajaron a los imperios perceptores de tributos, las federaciones, las ciudades-estado y restantes competidores, como entidades políticas europeas predominantes, y también como modelo para la formación del Estado. Dichos Estados fueron finalmente los que definieron el carácter del sistema de Estados europeo, y fueron cabeza de lanza en su diseminación por el mundo entero.

Capítulo 6
EL SISTEMA EUROPEO DE ESTADOS

La interconexión de los Estados europeos

El poderío naval otomano expulsó a Venecia del Mediterráneo oriental y aceleró la decadencia de esta ciudad-imperio como gran potencia militar. Cuando los batalladores turcos empezaron a adentrarse en Europa desde las estepas asiáticas eran nómadas de tierra firme como muchos de sus belicosos vecinos. Pero cuando hubieron alcanzado el Mar Negro y el Mediterráneo aprendieron rápidamente a construir barcos y a navegar. Es más: en el siglo XV empezaron a utilizar la pólvora en una escala que los europeos no habían visto nunca. Llenaron de terror el corazón de Europa porque lograron victorias por mar duramente arrancadas y brutales conquistas por tierra. Parecía como si nadie estuviera a salvo de aquellos fieros saqueadores. Llegado el siglo XV, sus avances en el Mediterráneo y los Balcanes amenazaban tanto a Italia como a Austria.

La captura otomana de Constantinopla (1453) puso claramente en peligro los intereses venecianos, pero Venecia ganó tiempo acordando un tratado comercial con los turcos. El tiempo ganado fue, no obstante, breve: Turquía y Venecia pronto fueron a la guerra, con calamitosos resultados para Venecia. La pérdida de Negroponte,

principal base veneciana en el norte del Egeo (1470), inició la expulsión de esta ciudad de la zona otomana. Desde aquel momento, Venecia libró guerras defensivas intermitentes con el Imperio otomano, mientras los turcos realizaron incursiones en territorio italiano durante 50 años.

La guerra turco-veneciana de 1499-1503 obligó a Venecia a descender un peldaño más en la escala internacional. Aunque su ocasional enemiga, Hungría, se unió a Venecia contra el Imperio otomano en 1500, los marinos vénetos no consiguieron vencer a los turcos. Por el contrario, una flota turca comandada por Kemal Re'is infligió una derrota a la mayor flota que Venecia hubiera congregado jamás, en la «deplorable batalla de Zonchio» (Lane, 1973a:242). Venecia perdió en la batalla Modon, Koron y Lepanto, importantes puestos de avanzada en el Mediterráneo. Con la paz, los venecianos renunciaron a sus derechos sobre una serie de ciudades griegas y albanesas.

Otras potencias europeas vieron la resolución de esta guerra como un suceso crítico y se incorporaron a la elaboración del tratado. Pues al mismo tiempo que Venecia había estado perdiendo plazas en el Mediterráneo oriental, la república había estado conquistando importantes territorios en el norte de Italia, donde España y Francia habían intervenido en la década de 1490. Las fronteras políticas de la Europa del Sur estaban alterándose con increíble celeridad. «En la paz de Buda (agosto 1503) participaron Turquía, Moldavia, Ragusa, Venecia, el Papado, Bohemia-Hungría, Polonia-Lituania, Rodas, España, Portugal e Inglaterra, y tiene la categoría de primer gran acuerdo internacional de la época moderna» (Pitcher, 1972:98-9). La celebración de esta gran conferencia de paz tiene otro significado más: ante la expansión otomana, y tras las guerras francesas y españolas en Italia, los europeos empezaban a modelar un sistema de Estados claro e interconectado.

Los Estados forman *sistemas* en la medida en que hay entre ellos una interacción habitual y en el grado en que su interacción afecta a la conducta de cada Estado. En 990 d. de C. no existía nada que pudiera llamarse un sistema europeo de Estados. Hacia 1990 d. de C. el sistema que había sido en su día primordialmente europeo había explosionado para incluir prácticamente la totalidad del globo. En el intermedio, Europa pasó unos cuantos siglos durante los cuales la mayoría de los Estados europeos mantuvieron relaciones bastante intensas —hostiles, amistosas, neutrales o, más frecuentemente, mix-

tas y variables— con la mayoría de los restantes Estados europeos, pero con muy pocos fuera de este continente. En su fuerza e interconexión colectivos, estos Estados se diferenciaban del resto del mundo. El hecho político dominante de los últimos mil años es la formación y ampliación del sistema europeo de Estados, consistente sobre todo en Estados nacionales antes que en imperios, ciudades-estado u otras variantes de poder coercitivo.

El mundo se dirigió hacia su presente y peculiar situación a partir de un conjunto de circunstancias muy diferentes. Hace mil años, las gentes de toda la tierra vivían o bien en imperios débilmente trabados o bien en situaciones de soberanía fragmentada. Aunque algunos imperios, como el maya y el chino, habían adquirido un grado considerable de centralización, incluso ellos se regían de modo muy indirecto fuera de sus núcleos, cobrando tributos y confiando el gobierno a los poderosos regionales, que gozaban de una autonomía considerable. Con frecuencia se producían movimientos de conquista, batallas en las lindes de los territorios del Estado e incursiones en busca de tributos, botines y cautivos, pero las guerras declaradas con alianzas formales y ejércitos masivos eran acontecimientos muy escasos en todas partes.

Hacia el 990, el propio espacio europeo se fragmentó en cuatro o cinco grupos de Estados relativamente definidos. Los regímenes conquistadores de Europa Oriental hacían incursiones continuas en sus mutuas zonas de dominio y mantenían ciertas relaciones con los escandinavos, situados en su parte norte, los bizantinos al sur, y los pueblos armados de la estepa, al este. Un conjunto mejor definido y más estrechamente conectado de Estados, predominantemente musulmanes, bordeaba todo el Mediterráneo y cubría la mayor parte de Iberia. En una franja relativamente urbanizada que corría desde Italia Central a Flandes, cientos de poderes semiautónomos se superponían a las pretendidas jurisdicciones del Papado y el Sacro Imperio Romano. Un reino sajón lindaba con el borde nororiental de esta franja. Al norte, en una esfera de influencia en cierta medida propia, el imperio danés alcanzaba hasta las Islas Británicas.

Estos conjuntos de Estados, parcialmente separados, fraguarían pronto nuevas relaciones mutuas, así como una más nítida diferenciación de los Estados de Asia y Africa. Las relaciones empezaron con la expansión del comercio hacia el norte desde el Mediterráneo, los continuos movimientos de soldados nómadas desde la estepa, la lucha por territorios entre cristianos y musulmanes y los generali-

zados ataques de guerreros navegantes desde el norte. Los descendientes normandos de los vikingos, que habían estado saqueando la Europa del Norte y el Oeste durante varios siglos, por ejemplo, no sólo iban a consolidar su propio reino en medio de lo que hoy denominamos Francia, sino que también iban a conquistar Inglaterra y Sicilia.

La historia de Sicilia ilustra el modo en que las grandes conquistas trabaron las tierras de Europa. Esta isla había estado bajo la dominación de un poder no italiano tras otro desde la caída del Imperio romano: primero Bizancio, después (a partir del 827 d. de C.) una serie de Estados musulmanes. Tras dos siglos de dominio musulmán, la isla fue capturada por aventureros normandos a fines del siglo XI. Sus sucesores se convirtieron en reyes de Sicilia y casaron con familias reales transalpinas. El día de Navidad de 1194, el emperador del Sacro Imperio, Enrique VI (con fuertes derechos por herencia y conquista conjuntamente) se otorgó a sí mismo la Corona. A partir de entonces gobernaron Sicilia miembros de las casas reales alemana, francesa o española hasta la llegada de Napoleón. A lo largo de 1.000 años, Sicilia fue una encrucijada de los movimientos de conquista que alcanzaron el Mediterráneo.

Las conexiones internacionales cruzaban también las ciudades-estado del norte de Italia. Muchas veces se articulaban, además, con políticas interiores. La Florencia del siglo XIII, por ejemplo, se dividió enconadamente por la fidelidad al Papa o al emperador. La lucha continuó hasta que el victorioso partido Negro (antiimperial) consiguió enviar al exilio al rival partido Blanco, entre ellos a Dante Alighieri. En 1311, los Negros borraron de las calles de Florencia las múltiples representaciones del águila imperial (Schevill, 1963:187). Aquello no fue, sin embargo, el fin de la participación internacional de Florencia. En los siglos XIII y XIV, Florencia dedicó una buena parte de su vida pública a la recepción de príncipes y embajadores de toda Europa (Trexler, 1980:279-330). Entre tanto, Venecia y Génova conquistaban en todos los rincones del Mediterráneo. Mucho antes de 1500, en pocas palabras, los Estados italianos participaban activamente en la política europea. En Italia, especialmente, podemos ver los elementos de un sistema europeo de Estados, más o menos deliberadamente diferenciado de las potencias musulmanas del Sur y el Este, en proceso de formación durante los siglos XIII y XIV.

Adelántemonos hasta 1490. Hace 500 años, los europeos estaban

empeñados en la creación de dos tipos de relaciones que eran entonces desconocidas: primero, un sistema de Estados interconectados ligados por tratados, embajadas, matrimonios y amplias comunicaciones; segundo, guerras declaradas libradas por fuerzas militares numerosas y disciplinadas y concluidas con acuerdos de paz formales. Se entraba en un período en que los grandes reajustes de fronteras y soberanos de todo el continente se producían al final de las guerras, según los términos de unos acuerdos sancionados por múltiples Estados. Pervivieron estilos más antiguos de acción guerrera en la piratería y el bandidaje, en las últimas fases de la invasión mongola, en las irregulares batallas entre musulmanes y cristianos por todos los Balcanes y en los viajes de aventureros europeos a Africa, Asia, las Américas y el resto del mundo. Pero en Europa estaba configurándose algo que se asemejaba al sistema de Estados que hoy conocemos. Los participantes, además, eran en grado progresivo no ya las ciudades-estado, ligas o imperios, sino Estados nacionales: organizaciones relativamente autónomas, centralizadas y diferenciadas que ejercían un estrecho control sobre la población dentro de regiones contiguas nítidamente delimitadas.

Los puntos de partida históricos son siempre ilusorios, porque en un proceso histórico continuo siempre hay algún elemento anterior que se eslabona con todo presunto comienzo. Pese a ello, es razonable remontar la creación de misiones diplomáticas estables dentro de Europa a la práctica de los Estados italianos del siglo XV. Las invasiones de Italia francesa y española generalizaron esta práctica:

> En los comienzos de la década de 1490, Milán contaba con representantes fijos en España, Inglaterra, Francia y en la corte imperial. Fernando de Aragón había abierto el camino enviando un representante residente a Roma hacia los años 1480, después otro a Venecia, y otro a Inglaterra en 1495. Su representación ante los Habsburgo *(sic)* era doble en 1495, con un embajador en la corte imperial y otro en los Países Bajos. La red del emperador Maximiliano, formada antes de finalizar el año 1496, se deshizo por falta de dinero, lo que volvió a ocurrirle en 1504. El Papado acabó por sucumbir a la tendencia. Fueron enviados nuncios residentes, que en cierto modo eran descendientes directos de los recaudadores de impuestos, a España, Francia, Inglaterra, Venecia y el Emperador cuando concluía el pontificado de Alejandro VI (1503).
>
> (Russell, 1986:68)

Con la institución de las embajadas vino una amplia recolección

de información, ampliación de alianzas, negociaciones multilaterales en torno a los regios matrimonios, mayores intereses de cada Estado en el reconocimiento de los demás y una generalización de la guerra.

No sería descabellado fechar un amplio sistema europeo de Estados en las invasiones francesa y española de Italia, que expandieron en gran medida la escala de las guerras europeas e iniciaron la edad de los grandes ejércitos mercenarios. La Paz de Cateau-Cambrésis (1559) puso fin a las guerras Habsburgo-Valois. Con ella se confirmó la virtual exclusión de Francia de territorio italiano, la primacía de España en éste y la expulsión de Inglaterra de Calais. Además del cese de hostilidades, los embajadores enviados a aquella congregación negociaron sobre una extraordinaria variedad de asuntos europeos, entre ellos los destinos de potencias como Saboya y Escocia y el matrimonio del rey Felipe II de España con la princesa Isabel de Francia. Florecían así las artes del Estado, respaldadas por la guerra.

No todos los Estados europeos encajaron fácilmente en este naciente sistema. En el siglo XVI, los países nórdicos seguían constituyendo una región aparte, aunque la aceleración del comercio entre los Países Bajos y el Báltico comenzaba a engarzar a Dinamarca y Suecia en la red de conexiones del oeste europeo. Polonia-Lituania era lejana, y Rusia, desde la perspectiva de Europa Occidental, casi mítica: la *Kosmographie* de Sebastian Münster, de 1550, situaba a los «moscovitas» en el Báltico (Platzhoff, 1928:30-1). Sin embargo, los Habsburgo habían establecido relaciones diplomáticas con el gran duque de Moscú en el siglo XV y, a través de sus repercusiones en las potencias situadas más hacia el oeste, la continuada expansión rusa ligó a los moscovitas con Europa.

Las relaciones diplomáticas y dinásticas de Suecia bajo el reinado de Johan III (1568-92) demuestran que incluso los Estados periféricos se conectaron al sistema en profundidad. Al desintegrarse el Imperio livonio de los Caballeros Teutónicos, Suecia, Polonia, Dinamarca y Rusia intentaron reclamar los restos del naufragio. En sus campañas, Johan III capturó Reval, Estonia y otras tierras a lo largo de lo que llegaría a ser la larga frontera sueco-rusa; no obstante las grandes rivalidades entre ellos, logró así mismo unir a Polonia y Dinamarca para contener a Rusia. Al tiempo que guerreaba, Johan obtuvo también triunfos diplomáticos. La mujer de Johan, Katarina Jagellonica, era una princesa polaca hija de un Sforza de Milán. El vínculo polaco posibilitó la elección de su hijo, Segismundo, para el

trono de Polonia. Cuando Johan murió, Segismundo se convirtió también en rey de Suecia, al menos hasta ser derrocado por su tío, Karl. Más adelante, otro hijo de Johan, Gustavo Adolfo, convirtió a la periférica Suecia en una de las grandes potencias de Europa. A comienzos del siglo XVII el sistema europeo de Estados se extendía desde Suecia al Imperio otomano, desde Portugal a Rusia.

Los fines de la guerra

El sistema europeo de Estados, cada vez más interconectado, se movía al ritmo de las grandes guerras. Jack Levy ha elaborado un valioso catálogo de todas las grandes potencias europeas y de sus guerras desde el fin del siglo XV. Tomemos arbitrariamente todas las guerras enumeradas por Levy en el curso de las cuales las grandes potencias sufrieron al menos 100.000 muertos en el campo de batalla. Incluyen éstas:

Guerra	*Muertos en batalla de las grandes potencias*	*Principales acuerdos*
De los Treinta Años (1618-48)	2.071.000	Tratado de Westfalia
Franco-Española (1648-59)	108.000	Tratado de los Pirineos
Otomana (1657-64)	109.000	Tregua de Vasvar
Franco-holandesa (1672-78)	342.000	Tratado de Nimega
Otomana (1682-99)	384.000	Tratado de Karlowitz
Liga de Augsburgo (1688-97)	680.000	Tratado de Ryswick
Sucesión española (1701-13)	1.251.000	Tratado de Utrecht
Sucesión austríaca (1739-48)	359.000	Tratado de Aix-la-Chapelle
De los Siete Años (1755-63)	992.000	Tratado de París, Hubertusburgo
Otomana (1787-92)	192.000	Tratado de Jassy
Revolucionarias francesas (1792-1802)	663.000	Tratado de Amiens
Napoleónicas (1803-15)	1.869.000	Congreso de Viena
Crimea (1853-56)	217.000	Congreso de París
Franco-prusiana (1870-71)	180.000	Tratado de Francfort
Ruso-turca (1877-78)	120.000	Tratado de San Stefano, Congreso de Berlín

Primera Guerra Mundial (1914-18)	7.734.300	Tratados de Brest-Litovsk, Versalles, St. Germain, Neuilly, Trianon
Chino-japonesa (1937-41)	250.000	Ninguno: se fundió con la Segunda Guerra Mundial
Segunda Guerra Mundial (1939-45)	12.948.300	No hubo acuerdo general
De Corea (1950-53)	954.960	Armisticio: sin acuerdo

Las cifras de bajas para los muertos en batalla de las grandes potencias son, claro está, equívocas: si consideramos el enorme descenso de la población europea, tan sólo en cierta medida achacable a la migración exterior, el total de muertes atribuibles directamente a la Guerra de los Treinta Años, incluidos civiles y soldados de todas las potencias, podría muy bien superar los cinco millones, en lugar de los dos millones sufridos por las grandes potencias.

Las aproximadamente setecientas cincuenta mil pérdidas chinas en la mortífera guerra con Japón de 1937-41 no aparecen en el recuento porque China no tenía entonces categoría de gran potencia. La guerra de Vietnam no alcanza el límite (puesto por mí, me apresuro a añadir, no por Levy) porque Estados Unidos perdió «sólo» 56.000 soldados, frente a la estimación de 650.000 bajas en acción de las fuerzas vietnamitas. Pese a ello, esta lista nos da una idea de la escala ascendente de la guerra y de la progresiva generalización de los acuerdos de paz hasta la Primera Guerra Mundial. Sugiere así mismo que, con la Segunda Guerra Mundial, la internacionalización de los conflictos hizo añicos un sistema de 400 años de edad de pactos de paz alcanzados por general conformidad. Desde aquel momento, la tensión entre la Unión Soviética y Estados Unidos ha complicado enormemente la conclusión de todo acuerdo de paz general.

La cruenta Guerra de los Treinta Años fijó el sistema europeo de Estados. En realidad un complejo entramado de guerras, aquel conflicto que comenzó con el intento del emperador del Sacro Imperio Romano de someter a los protestantes de Bohemia llegó a involucrar al fin a la mayoría de las potencias europeas. El Imperio otomano, los Estados italianos, Inglaterra y los Estados de Europa Oriental fueron los principales ausentes. Los otomanos estaban ocupados en sus luchas con Persia, e Inglaterra sufría grandes divisiones propias que debía resolver. Al final, los grandes alineamientos enfrentaron a España y el Sacro Imperio Romano con Francia y Suecia.

Otra forma de decirlo es que los Habsburgo se enfrentaron al resto de Europa.

Se necesitaron 7 años de negociaciones, que comenzaron en 1641, incluso para lograr un congreso de paz —o, mejor dicho, dos, uno en Münster (principalmente para las potencias protestantes) y otro en Osnabrück (para las católicas). La lucha se continuó a lo largo de aquellos siete años. Ante el peligro de que se firmaran paces separadas, el emperador Fernando concedió a los diversos Estados imperiales el derecho de asistir al congreso y a tratarlo como si fuera una dieta imperial. La República de los Países Bajos, que al fin arrancó a España el reconocimiento de su independencia en enero de 1648, partició también. Venecia y el Papado, aunque no beligerantes, desempeñaron las funciones de presidencia y mediación.

En total, el Tratado de Westfalia (1648) reunió a 145 representantes de la mayoría de las partes del sistema europeo de Estados. Estos no sólo negociaron los términos para la conclusión de la guerra, sino que también resolvieron una serie de importantes cuestiones diplomáticas, como era el reconocimiento de la Confederación Suiza y la República de los Países Bajos como los soberanos. Al dejar la desembocadura del Scheldt dentro de territorio holandés, se aseguraron el bloqueo del tráfico ultramarino hacia Amberes y confirmaron con ello la superioridad comercial de la República holandesa frente a los Países Bajos españoles. El tratado inmovilizó las divisiones vigentes entre Estados protestantes y católicos al amenazar con destronar a todo monarca que cambiara de religión. Fue un proceso en el transcurso del cual, además, Francia obtuvo la Alsacia y otros territorios, Suecia se anexionó (junto a otras tierras) la Pomerania Occidental y surgieron importantes realineamientos dentro del Sacro Imperio Romano.

En un imperio hay un Estado que ejerce su soberanía sobre al menos otro Estado diferenciado (Doyle, 1986:30). Un siglo antes del Tratado de Westfalia, los imperios de una u otra índole habían dominado Europa. La resolución de la guerra de los Treinta Años, sin embargo, impidió definitivamente la consolidación del Imperio Habsburgo, fue el toque de muerte para el Sacro Imperio Romano, de dominio Habsburgo, e hizo improbable la expansión de ningún otro imperio —salvo, quizá, el ruso o el otomano— dentro del continente. Después del precedente del acuerdo de paz, los distintos Estados alemanes condujeron su propia diplomacia, en lugar de aceptar al emperador como su portavoz. Así fue como el fin de la guerra de

los Treinta Años consolidó el sistema europeo de Estados nacionales.

En el mismo período en que los imperios entraban en decadencia *dentro* de Europa, cierto es, los grandes Estados europeos creaban imperios *más allá* de Europa, en las Américas, Africa, Asia y el Pacífico. La construcción de imperios exteriores les proporcionó parte de los medios y una parte del ímpetu necesarios para la configuración de unos Estados nacionales relativamente fuertes, centralizados y homogeneizados dentro del continente europeo. Las potencias de Europa contendieron entre sí en dichas zonas de expansión imperial. Durante la larga guerra que siguió a la revuelta holandesa, Holanda batalló con España en América, en Africa y en Asia, así como en Europa; los navegantes holandeses prácticamente expulsaron a Portugal (sujeto hasta 1640 a la monarquía española) de Asia y Africa (Parker, 1975:57-8). Pero en 1648 aquellos imperios exteriores no eran todavía objeto de negociación.

Los subsiguientes acuerdos de paz siguieron el modelo de 1648, con una diferencia esencial: entraron en escena los imperios no europeos. Aunque la victoria y la derrota en una guerra que finalizaba siguieron siendo determinantes para las posiciones relativas de los Estados cuando se iniciaban las negociaciones, fronteras y soberanos cambiaban de modo más decisivo en el momento del acuerdo. En realidad, los Estados renunciaban muchas veces a territorios conquistados a cambio de otros que consideraban más convenientes. En el Tratado de Breda (1667), que zanjó una de las múltiples guerras anglo-holandesas de la era, todas las transferencias de territorios se referían a las Américas. Los holandeses, entre otras cosas, cedieron Nueva Amsterdam (hoy Nueva York) a cambio de Suriname, un trueque que (al menos en mirada retrospectiva) indica la superioridad que Gran Bretaña estaba logrando entonces sobre Holanda.

La guerra de la Liga de Augsburgo (1688-97) enfrentó a Luis XIV con dicha liga, formada por el Sacro Imperio Romano, Suecia, España, Baviera, Sajonia, el Palatinado y, más tarde, Saboya; Holanda e Inglaterra se aliaron a la liga sin incorporarse a ella. Francia, Inglaterra, España y Holanda terminaron la guerra mediante el Tratado de Ryswick. Además de ciertos ajustes territoriales, reconocimientos y garantías de seguridad, el pacto incluía otro acuerdo colonial anglo-holandés, y un triunfo para Francia: Holanda devolvió Pondicherry (India) a la Compañía de las Indias Orientales de Francia a cambio de derechos comerciales. Desde aquel momento, los

territorios no europeos figuraron de modo cada vez más prominente en los acuerdos de paz europeos.

A comienzos del siglo XVIII, en las guerras entre las grandes potencias de Europa se libraba habitualmente algún combate en tierras ultramarinas, y su resolución suponía muchas veces ciertos realineamientos en los imperios de ultramar. La Guerra de Sucesión Española comenzó en 1701 cuando Luis XIV quiso hacer valer la superioridad que había adquirido con el ascenso al trono español de su nieto, el duque de Anjou; entre otros movimientos, el artero rey Luis envió tropas de inmediato para ocupar las fortalezas españolas de Flandes. Durante la guerra, Francia y Gran Bretaña contendieron en América y la India, así como en alta mar. Esta guerra concluyó con el Tratado de Utrech (1713), que afirmó a Gran Bretaña como primera potencia colonial y confirmó la declinante posición relativa de España dentro de Europa. En aquel tratado, entre otras consecuencias, Gran Bretaña recibió Terranova, Nueva Escocia, el territorio de la Bahía de Hudson, Gibraltar y Menorca, el acceso a los puertos coloniales españoles, el derecho a suministrar esclavos a las colonias españolas y el reconocimiento de sus herederos protestantes. Saboya se anexionó Sicilia y otros territorios italianos a expensas de España; Prusia obtuvo reconocimiento como reino; Francia, pese a ser la parte perdedora en muchos aspectos, no sólo recuperó Lille, sino que también logró que un Borbón fuera reconocido para el trono de España; y en los tratados, muy estrechamente relacionados, de Rastatt y Baden (1714) los Habsburgos austríacos adquirieron el dominio de lo que habían sido los Países Bajos españoles.

La Guerra de los Siete Años (1756-63) y la Guerra de la Revolución Americana (1778-84) volvieron a enfrentar a Francia con Gran Bretaña en América; como resultado de la primera, Francia cedió la Canadá continental, mientras que en la segunda Gran Bretaña perdió 13 prósperas colonias en Norteamérica. Con la independencia de Estados Unidos, la política europea se amplió con la creación de nuevos miembros para el sistema de Estados, miembros totalmente exteriores a Europa.

El Congreso de Viena (1815), que acabó con las Guerras Napoleónicas, congregó a representantes de todas las potencias europeas, por no hablar de muchas potencias en ciernes. El Congreso reconfiguró gran parte del mapa de Europa, restaurando tan sólo unas pocas fronteras anteriores a la guerra y creando entidades totalmente nuevas, como el reino de los Países Bajos, la Confederación Germá-

nica y el Reino Lombardo-Veneciano. Pero además añadió Ceilán, el Cabo de Buena Esperanza, Tobago, Santa Lucía, Mauricio y Malta al Imperio británico. En la resolución y las negociaciones que siguieron a la Primera Guerra Mundial, las grandes potencias se aproximaron más que nunca, antes o después, a un trazado colectivo deliberado de la totalidad del sistema de Estados, incluyendo las fronteras, los gobernantes y las constituciones de los diversos Estados.

A lo largo del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, toda resolución de una guerra implicó la participación de muchos miembros del sistema de Estados y marcó los grandes realineamientos entre ellos. Quizá sea un poco forzado incluir la creación de Bélgica como Estado autónomo (cuya secesión de los Países Bajos se produjo inmediatamente después de la revolución francesa de 1830 y sobrevivió gracias a la directa intervención armada de los franceses) como un efecto retardado de la resolución de las Guerras Napoleónicas. Pero la anexión francesa de Saboya y Niza y la creación de un reino de Italia se derivaron de la guerra de 1859 de Francia y el Piamonte contra Austria. La formación tanto de una monarquía dual austro-húngara como de una Confederación Germánica del Norte (antecedente inmediato del imperio, a su vez consecuencia casi directa de la guerra franco-prusiana), además, surgieron de la guerra austro-prusiana de 1866. En el sudeste europeo, las guerras de Crimea, austro-alemana, y las múltiples ruso-turcas precipitaron todas la progresiva desintegración del predominio otomano y la formación de nuevos Estados nacionales bajo fuerte influencia internacional: Grecia, Serbia, Rumania, Bulgaria, Montenegro. El final de la guerra de Crimea (1856), además, reconvirtió el Imperio otomano en Turquía, un nuevo Estado en formato algo similar al europeo.

Los pactos de la Primera Guerra Mundial produjeron la última reconfiguración del mapa de Europa más o menos general, simultánea y consensuada. Los nuevos o renovados Estados de Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Yugoslavia lograron la independencia; Alemania perdió considerables territorios en Francia, Polonia y otras potencias adyacentes; a Rumania le fue concedida Transilvania como consecuencia de su tardío cambio al lado aliado; el resto del Imperio otomano se fragmentó, y la Liga de Naciones afirmó su posición como árbitro de los asociados al sistema de Estados y de su conducta. Los múltiples tratados de 1919 y 1920 hicieron algunas contemporizaciones —como el control, sin soberanía, francés sobre el

Saar— y adolecieron además del rechazo de la Liga por parte de Norteamérica. Las grietas de los acuerdos de la Primera Guerra Mundial, en efecto, pronosticaban las fisuras que se abrieron al final de la Segunda Guerra Mundial. Por entonces, el alcance mundial del antiguo sistema europeo de Estados, y la aparición de potencias tan geográfica y políticamente excéntricas como Japón y Estados Unidos, sometieron a fuertes tensiones a un conjunto de relaciones que había funcionado más o menos bien durante 4 siglos.

Los miembros del sistema

¿Cuáles eran las grandes potencias? Podemos comparar aquí dos intentos recientes de definirlas. George Modelski y William Thompson han empleado el poder naval para compilar una lista de «potencias globales» desde 1492 hasta el presente. Una «potencia global», según su definición, tenía al menos el 5 % de los gastos navales totales o el 10 % del total de barcos de guerra, de todas las potencias globales, y realizaba su actividad naval fuera de su propia región, en los océanos. De modo similar, Jack Levy ha reunido un catálogo de las grandes potencias del mundo y las principales guerras en que participaron desde 1495 hasta 1975. Como grandes potencias señala aquellos Estados de cualquier parte del mundo que, según su estimación, tenían una fuerte capacidad militar en relación a otros, perseguían intereses continentales o globales, defendían dichos intereses sirviéndose de una amplia variedad de medios —entre ellos la fuerza y la amenaza de aplicarla—, eran reconocidos como actores importantes por parte de las potencias más poderosas y ejercían unos derechos formales excepcionales en las relaciones internacionales (Levy, 1983:16-18). Entre los candidatos europeos posibles, según Levy, estos criterios excluirían al Sacro Imperio Romano, Venecia, la Confederación Suiza, Portugal, Polonia y Dinamarca durante el período de 1495 a 1975. (ver cuadro en pág. siguiente).

El ajustado criterio Modelski-Thompson excluye a toda una serie de grandes potencias que dependían primordialmente de sus ejércitos en lugar de sus marinas. Algunas de estas categorías son, además, cuestionables. Es indudable que un Estado nacional llamado Francia ha existido de modo más o menos continuo desde 1495. Y no sería absurdo tampoco percibir cierta continuidad en la mutable entidad

Estado	*Levy*	*Modelski-Thompson*
Portugal	—	1494-1580
Francia	1495-	1494-1945
Inglaterra/Gran Bretaña	1495-	1494-1945
«Austria» [a]	1495-1519, 1556-1918	—
España	1495-1519	1494-1808
Imperio otomano	1495-1699	—
Habsburgos unidos	1519-1556	—
Países Bajos	1609-1713	1579-1810
Suecia	1617-1721	—
Rusia/Unión Soviética	1721-	1714-
Prusia/Alemania/R.F.A.	1740-	1871-1945
Italia	1861-1943	—
Estados Unidos	1898-	1816-
Japón	1905-1945	1875-1945
China	1949-	—

[a] Incluye a los Habsburgo de Austria, a Austria y a Austro-Hungría.

sucesivamente denominada Inglaterra, Gran Bretaña y Reino Unido. Pero en qué sentido pueden considerarse Prusia, la Confederación Alemana, el Imperio alemán, la República de Weimar, el Tercer Reich y la República Federal Alemana como sucesivas manifestaciones de una sola entidad llamada Alemania es cuestión debatible.

Por otra parte, diversos conglomerados de territorios Habsburgo aparecen en cuatro lugares diferentes de la enumeración: como Habsburgos austríacos, España, Habsburgos unidos y los Países Bajos. España y los Habsburgo, además, no desaparecieron en modo alguno de la escena europea con la abdicación de Carlos V en 1556, como indica la cronología de Levy; la Armada española era aún una fuerza formidable en 1588. Sin embargo, la entidad «España» es problemática, si tenemos en cuenta que en los años plagados de guerras de la década de 1630 Felipe IV, nominalmente rey de todos los reinos de la Península Ibérica, no logró persuadir a Cataluña, Valencia y varios otros de sus dominios para que se unieran al esfuerzo bélico que Castilla capitaneaba. ¿Y qué decir de Portugal?

Levy no menciona a Portugal. Modelski y Thompson incluyen a Portugal como potencia global (la élite de las grandes potencias) entre 1494 y 1580, cuando Portugal era independiente de la Corona española. Aun en los siguientes sesenta años de hegemonía española, Portugal operaba como una potencia diferenciada. En términos de las relaciones internacionales, en pocas palabras, es difícil hablar de España en singular antes del siglo XVIII. Las listas, por consiguiente, simplifican radicalmente. Con todo, proporcionan una defendible primera aproximación a una importante sucesión de preeminencias entre las potencias europeas.

Ambas listas muestran un fuerte sesgo hacia Europa. Hasta la aparición de Estados Unidos (1816 para Modelski-Thompson, 1898 para Levy), el conjunto está formado exclusivamente por potencias con su base principal en Europa. A partir de esta información, resultaría difícil para el lector imaginar, por ejemplo, que en 1495 China tenía aproximadamente un millón de hombres en servicio de armas, o que los imperios malí, persa, mogul, azteca e inca florecían lejos de Europa. Y tampoco podemos suponer que la retícula europea fuera incomparablemente más rica y, por tanto, mereciera mayor atención que otras. En el siglo XVII es posible que una cantidad cercana a la mitad de la plata extraída de las minas de América acababa en China, intercambiada por sedas, porcelanas y otros artículos preciosos (Wakeman, 1985:2-3). En aquel momento, la renta per cápita de Europa no era claramente superior a la de China. Para resumir, antes de fines del siglo XVIII no era evidente que las potencias europeas fueran las primeras del mundo en términos económicos.

Una lista eurocentrista tiene, no obstante, una justificación militar; no mucho después de 1495, los europeos (entre ellos los ya semieuropeos otomanos) habían extendido su predominio militar hasta tal punto, que su sistema se había convertido en el sistema de grandes potencias del mundo entero. Hacia la década de 1540, por ejemplo, el Imperio otomano acordaba periódicas alianzas con potencias europeas como Francia. Gracias al peligro que los otomanos representaban para Italia y las tierras de los Habsburgo, disponía de una considerable influencia en los alineamientos y estrategias de los demás grandes participantes.

A fines del siglo XV, pues, el sistema europeo de Estados había adquirido una estructura y unos integrantes claros. Estaba, además, en vías de dominar el mundo. Las compilaciones de Levy y de Modelski-Thompson definen a las grandes potencias, pero no a los

miembros menores del sistema. Como una primera aproximación a los límites de la totalidad del sistema en 1500, podríamos tomar la clasificación de Eduard Fueter en el primer volumen de la *Politische Geschichte* de Von Below y Meinicke (Fueter, 1919). De manera comprensible, Fueter centra su clasificación de Estados sobre la participación en las guerras precipitadas por las invasiones francesa y española de Italia.

Grandes Estados que tomaron parte directa en las contiendas italianas:

Francia
España
el poder Habsburgo
    Borgoña
    Austria
    Alemania
Venecia

Estados menores que tomaron parte directamente:

Milán
Florencia
Estados papales
Nápoles y Sicilia
Génova
Saboya
otros Estados italianos: Ancona, Ferrara, Urbino, Mantua, Mónaco, etc.
Suiza

Grandes Estados que no tomaron parte directamente:

Imperio otomano
Inglaterra

Estados menores que no tomaron parte directamente:

Hungría
Estados corsarios del norte de Africa
Polonia
Escocia
Dinamarca, después Dinamarca y Suecia
Portugal
Persia
Navarra

El inventario del sistema de Estados de Fueter difiere de su principal paralelo, un catálogo de Estados y gobernantes de Spuler (Spuler, 1977, vol. 2): en que consolida a todos los miembros del Sacro Imperio Romano (Baden, Brandenburgo, Colonia, Hannover, Hesse-Cassel, Mainz y muchos más) en un solo Estado; en que agrupa los alejados dominios Habsburgo; en que excluye los Estados europeos tributarios del Imperio otomano (por ejemplo, Bosnia, Moldavia y Wallachia); en que no toma en cuenta los Estados independientes de Europa oriental (por ejemplo, Lituania); y en que sitúa a Persia en la lista de participantes.

Fueter defendía la inclusión de los múltiples Estados del Sacro Imperio Romano en una sola «Alemania» alegando que los integrantes del Imperio sólo podían conducir relaciones diplomáticas con potencias exteriores a través del emperador electo. Pero aceptaba que la Reforma, cuando muchos señores territoriales alemanes vieron en el protestantismo una atractiva alternativa al catolicismo del emperador, acentuó el fraccionamiento del Imperio (Fueter, 1919:123-36). De modo similar, enumeró conjuntamente a Castilla y Aragón, y a los territorios que dominaban, alegando que su común monarca los representaba a todos (Fueter, 1919:79-103). Incluyó a Persia en el sistema porque los Estados europeos se aliaron en ocasiones con los persas frente a los otomanos, y a los piratas del norte de Africa porque siguieron batallando con los navegantes mediterráneos.

Si comparamos la compilación hecha por Fueter del sistema europeo de Estados de 1492 a 1559, con los dos volúmenes posteriores de la misma serie elaborados por Walter Platzhoff (1550-1660), los integrantes del sistema muestran los siguientes cambios (Plazthoff, 1928; Immich, 1905):

Estado	*1492-1559*	*1559-1660*	*1660-1789*
Alemania/S. Imperio Romano	+	+	+
Austria	+	+	+
Borgoña	+	−	−
Brandenburgo-Prusia	−	?	+
Confederación Suiza	+	+	+
Corsarios del norte de Africa	+	−	−
Dinamarca	+	+	+
Escocia	+	+	−
España	+	+	+
Florencia	+	?	−
Francia	+	+	+
Génova	+	+	?
Hungría	+	?	?
Imperio otomano	+	+	+
Inglaterra	+	+	+
Livonia	−	+	−
Milán	+	−	−
Nápoles-Sicilia	+	−	−
Navarra	+	−	−
Países Bajos	−	+	+
Papado	+	+	+
Pequeños Estados italianos	+	+	+
Persia	+	−	−
Polonia	+	+	+
Portugal	+	+	+
Rusia	−	+	+
Saboya	+	+	+
Suecia	+	+	+
Venecia	+	+	+

? = No enumerados, pero mencionados en el texto como Estados aparte.

Dado que en 1500 Suecia y Livonia estaban presentes, aunque débilmente relacionados con el resto de Europa, los únicos Estados auténticamente nuevos son los Países Bajos, formados en la revuelta contra los Habsburgo, y Brandenburgo-Prusia, forjado a lo largo de siglos de guerra. La insistencia de estos autores alemanes en mante-

ner a «Alemania» unida, aun después de la desintegración del Sacro Imperio Romano, oculta la importancia independiente de Estados como Baviera y Sajonia. Aunque Fueter lo enumera aparte, el ducado de Borgoña había caído en manos de Francia en 1477, y la dinastía borgoñesa de los Países Bajos había dejado paso a los Habsburgo en 1482. Así pues, hechas las matizaciones de que el Sacro Imperio Romano y el Imperio Habsburgo se habían hecho pedazos, y que los Países Bajos independientes habían pasado a ser una gran potencia, los principales movimientos entre 1495 y 1789 avanzaban hacia la agrupación: cuando Milán, Nápoles, Navarra y Sicilia desaparecen absorbidos por Francia y España, Hungría se disuelve dentro del Imperio otomano y Escocia se funde con Gran Bretaña, vemos la consolidación del sistema europeo de Estados en función.

¿Como se interconectaron todos estos Estados? Los historiadores y los politólogos han tratado a menudo el sistema europeo de Estados como si fuera una simple jerarquía, con una potencia hegémonica o dos rivalizando en su cúspide (Gilpin, 1988; Modelski y Thompson, 1988; Levy, 1988; Thompson, 1988). Se han construido teorías enteras acerca de la guerra hegemónica sobre la hipótesis de que los Estados luchaban por ascender a la cima. La realidad es que no hubo nunca un solo Estado que dominara todo el sistema de la manera en que lo exigiría este modelo; en el apogeo del poderío frances, hacia 1812, Gran Bretaña y Rusia conservaron una posición que no era en modo alguno subordinada. Cuando Gran Bretaña floreció en el siglo XIX, Francia, Alemania, Rusia y Estados Unidos disputaron el predominio británico continuamente.

El inconveniente del modelo de una sola jerarquía es evidente y decisivo: el ejercicio del poder depende siempre de la localización; quien despliega un poder inmenso en su vecindad inmediata ve reducirse su fuerza al ir alejándose de su base. Venecia, como vimos, ejerció un día una influencia enorme en el Adriático —tanto es así, que durante algún tiempo fue la mayor potencia de Europa— y, sin embargo, apenas se dejaba sentir en el Báltico. Una concepción mucho más adecuada del sistema europeo de Estados lo considera como una retícula geográficamente dispersa en la que algunos Estados son más centrales y más influyentes que otros, pero donde la jerarquías varían de una zona a otra del sistema.

Una vez más, puede ayudarnos la compilación de Jack Levy. Levy define como una gran guerra toda aquella en la que se produjeron una media de 1.000 ó más muertes en el campo de batalla

anualmente. Levy excluye las guerras civiles, coloniales e imperiales. Según este criterio, el mundo sufrió 119 grandes guerras con participación de al menos una gran potencia entre 1495 y 1975. Los implicados en dichas guerras (incluidos aquellos no clasificados como grandes potencias) fijan toscamente los límites de la pertenencia del sistema de Estados en el último medio milenio. ¿Quiénes eran, pues, los integrantes? Levy no lo dice, pero una mirada a la totalidad de los participantes en las guerras de los primeros 20 años de su inventario (1495-1514) nos da una idea interesante (Levy no enumera a todos los beligerantes, pero es fácil extraer sus nombres de las historias normales):

Guerra de la Liga de Venecia (1495-7): Francia, Venecia, Sacro Imperio Romano, Papado, Milán, España, Nápoles.

Guerra Turco-Polaca (1497-8): Imperio otomano, Polonia, tártaros del Krim, Rusia, Moldavia.

Guerra Turco-Veneciana (1499-1503): Imperio otomano, Venecia, Hungría.

Primera Guerra del Milanesado (1499-1500): Francia, Milán.

Guerra Napolitana (1501-4): Francia, España, el Papado, Nápoles.

Guerra de la Liga de Cambrai (1508-9): Francia, España, Habsburgos austríacos, el Papado, Milán, Venecia.

Guerra de la Santa Liga (1511-14): Francia, Inglaterra, España, Habsburgos austríacos, Papado, Venecia, Milán, cantones suizos.

Guerra Austro-Turca (1512-19): Habsburgos austríacos, Hungría, Imperio otomano.

Guerra Escocesa (1513-19): Inglaterra, Escocia.

Esta lista implícita de miembros recuerda a la enumeración de Fueter para 1492-1559, pero es más breve. De entre los participantes en el sistema de Estados mencionados por Fueter, el inventario de Levy omite a Dinamarca, Florencia, Génova, Saboya, los corsarios del norte de Africa, Persia y las ciudades-estado menores de Italia, porque no se involucraron más que marginalmente en las guerras de las grandes potencias durante aquellos dos decenios. Florencia, por ejemplo, se declaró favorable al lado francés en la guerra de la Santa Liga, y sufrió por ello en el acuerdo de paz; pero entre 1495 y 1514 los florentinos estaban tan ocupados con sus divisiones internas y las sublevaciones de territorios dependientes, como Pisa, que se man-

tuvieron al margen de los combates a gran escala que estallaban a su alrededor. Hacia el este, por otra parte, las guerras sitúan a Rusia, Moldavia y los tártaros del Krim, en virtud de sus luchas con los otomanos, como parte del sistema europeo de Estados.

La figura 6.1 traza en un gráfico la participación conjunta de los diversos Estados en estas guerras. En ella se simplifica una compleja serie de relaciones al no tomar en consideración quién se enfrentaba a quién, al incluir en un solo bloque a los Habsburgo austríacos y al Sacro Imperio Romano que éstos dominaban, y al distinguir sólo entre 1) participación no conjunta, 2) participación conjunta en una sola guerra, y 3) participación conjunta en dos o más de estas guerras. Dado que la participación de al menos una gran potencia significa ya la inclusión en la lista de Levy, el gráfico exagera por fuerza la centralidad de las potencias implicadas en las guerras de 1495 a 1515. Sin embargo, de todo ello surge un cuadro plausible del sistema europeo de Estados: Rusia, Polonia, los tártaros del Krim (de Crimea), Moldavia y el Imperio otomano forman un grupo delimitado (la restricción del catálogo a aquellas guerras con participación de grandes potencias elimina las repetidas contiendas entre Polonia y Rusia, y entre Polonia y Livonia durante ambos decenios, pero su

FIGURA 6.1. *Participación conjunta de los Estados europeos en las guerras de las grandes potencias, 1496-1514*

inclusión no haría sino acentuar la diferenciación del grupo oriental-sudoriental). Los otomanos guerrean con las potencias europeas más próximas, Hungría se mueve entre Venecia y el Imperio otomano, Inglaterra y (en especial) Escocia se sitúan en la periferia de las relaciones internacionales, mientras que hay una constante interacción entre Aragón, Francia, los Habsburgo austríacos, Venecia, el Papado, Milán y Nápoles. Adviértase la centralidad de Milán, Venecia y el Papado (no, según el criterio de Levy, grandes potencias) en los asuntos europeos, la posición de Venecia como (en frase de William McNeill), «bisagra de Europa», la presencia amenazante del Imperio otomano y la débil participación de la Europa del norte en términos generales.

Si avanzamos un siglo y medio, descubrimos un sistema de Estados diferente. El catálogo de Levy sobre las guerras con participación de grandes potencias, libradas en cualquiera de los años desde 1655 a 1674, incluye las siguientes:

Hispano-Portuguesa (1642-68): España, Portugal.
Turco-Veneciana (1645-69): Imperio otomano, Venecia, Francia.
Franco-Española (1648-59): Francia, España, Inglaterra.
Escocesa (1650-1): Escocia, Inglaterra.
Anglo-Holandesa (1652-5): Inglaterra, Países Bajos.
Del Norte (1654-60): Habsburgos austríacos, Países Bajos, Suecia, Polonia, Brandenburgo, Rusia, Dinamarca.
Anglo-Española (1656-9): Inglaterra, España.
Holandesa-Portuguesa (1657-61): Países Bajos, Portugal.
Otomana (1657-64): otomanos, Francia, Habsburgos austríacos.
Suecia-Bremen (1665-6): Suecia, Bremen.
Anglo-Holandesa (1665-7): Inglaterra, Países Bajos, Francia, Dinamarca.
De Devolución (1667-8): Francia, España, Habsburgos austríacos, Suecia, Brandenburgo.
Turco-Polaca (1672-6): Imperio otomano, Polonia.

En la figura 6.2 se resumen las participaciones conjuntas. Si se compara con el anterior diagrama, se percibe un sistema europeo de Estados más estrechamente trabado, que había girado decisivamente hacia el norte y que había perdido, por consiguiente, su enfoque hacia Italia. Entre 1655-75, Francia y España habían conservado su importancia, Inglaterra y los Habsburgo de Austria se habían hecho

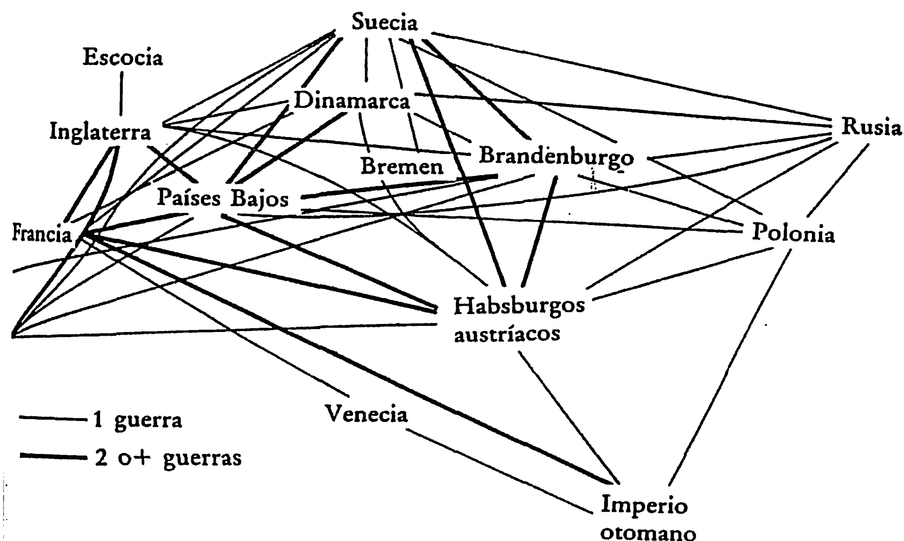


FIGURA 6.2. *Participación conjunta de los Estados europeos en las guerras de grandes potencias, 1656-1674*

más centrales y Suecia, los Países Bajos y Brandenburgo habían surgido como actores importantes. Pese a que el poder y la centralidad relativos de los participantes se modificaron considerablemente durante los 2 siglos siguientes, el mapa del período final del siglo XVII nos muestra ya una configuración parecida a la estructura que ha prevalecido hasta nuestros días. El dato principal que no se muestra es la involucración expansiva de las mayoría de estos Estados en el mundo exterior a Europa.

Los diagramas de los dos períodos posteriores se hacen de lectura imposible; en primer lugar, conectan a cada Estado europeo prácticamente con todos los demás Estados europeos; además, se extienden al mundo exterior a Europa por múltiples vínculos. En los 20 años de 1790 a 1809, las guerras de grandes potencias de Levy incluyen la *Ruso-sueca* (1788-90): Rusia, Suecia, Dinamarca; *Revolucionarias francesas* (1792-1802): Francia, Gran Bretaña, España, Austria, Holanda, Rusia, Prusia, Cerdeña, Sajonia, Hannover, Oldenburgo, Hesse-Cassel, Baden, Württemberg, Baviera, Piamonte, Parma, Módena, Mantua, el Papado, Malta, Venecia, Génova, Suiza, Egipto, Imperio otomano, Portugal, Nápoles, Toscana; *Napoleónicas* (1803-15): Francia, Reino Unido, España, Austria, Rusia, Prusia,

Suecia, Baviera, Württemberg, Hesse, Nassau, Nápoles, Baden-Darmstadt, Berg, Brunswick, Nuremberg, Imperio otomano, Moldavia, Wallachia; *Ruso-Turca* (1806-12): Reino Unido, Rusia, Imperio otomano; *Ruso-Sueca* (1808-9): Rusia, Suecia, Dinamarca.

Salvo por el triángulo, en cierto modo aparte, formado por Rusia, Suecia y Dinamarca, cabría tratar todo el período como una guerra continua que implicara a todos los Estados de Europa; el entramado correspondiente muestra que todos los Estados europeos, incluido el Imperio otomano, estuvieron co-involucrados con todos los restantes, y Egipto quedó incluido en el sistema en virtud de la invasión de Napoleón. Si ampliáramos el período hasta 1812, veríamos entrar en el sistema también a los recientemente formados Estados Unidos. No obstante la existencia de estos puntos externos, y no obstante la traslación de muchas de estas guerras a territorios coloniales, las guerras de este período fueron esencialmente europeas.

La limitación de las guerras de grandes potencias a los Estados europeos cesó pronto. Los cambios sufridos por el sistema desde 1815 son nítidos y de gran envergadura. Entre la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1 y el final de la Primera Guerra Mundial, en el sistema europeo de Estados se produjeron tres transformaciones de importancia crítica: los fragmentarios Estados de Alemania e Italia se consolidaron en Estados nacional sustanciales y relativamente unitarios; los Imperios otomano y Habsburgo se fracturaron en un número limitado de Estados nacionales diferenciados, y múltiples Estados de Europa lucharon entre sí y con pueblos indígenas por los imperios coloniales de Africa, Asia y el Pacífico. En estos años, los tratados entre las potencias europeas —por ejemplo, la Triple Alianza de Alemania, Austria e Italia— incluían habitualmente cláusulas sobre la defensa de los intereses ultramarinos frente a otros Estados europeos. Aquellos intereses encontrados desembocaban muchas veces en guerra, abierta o encubierta.

En los dos decenios de 1880 a 1899, entre las grandes guerras (las que causaban al menos 1.000 muertos en batalla anualmente) se contaron la *Británico-Afgana* (1878-80: Reino Unido y afganos), del *Pacífico* (1879-83: Chile, Bolivia y Perú), *Franco-Indochina* (1882-4: Francia e indochinos), *Mahdist* (1882-5: Reino Unido, Egipto y sudaneses), *Chino-Francesa* (1884-5: Francia y China), *Centroamericana* (1885: El Salvador, Guatemala), *Serbo-Búlgara* (1885: Serbia y Bulgaria), *Franco-Malgache* (1894-5: Francia y malgaches), de *Cuba* (1894-8: España y cubanos), *Chino-Japonesa* (1894-5: China y Ja-

pón), *Italo-Etíope* (1895-6: Italia, etíopes), *Primera filipina* (1896-98: España y Filipinas), *Greco-Turca* (1897: Imperio otomano, Grecia), *Hispano-Americana* (1898: España y USA), *Segunda filipina* (1899-1902: USA y Filipinas), y *de los Boers* (1899-1902: Reino Unido y boers; Small y Singer, 1982:85-99). Levy no clasifica a ninguna de éstas como guerra de potencias, y sólo la chino-francesa, como guerra con implicación del sistema de grandes potencias. Todas las restantes enfrentaron a potencias menores, o a una gran potencia y un pueblo colonizado. Todas salvo dos (las guerras Serbo-Búlgara y Greco-Turca, que tuvieron lugar en los bordes del Imperio otomano, entonces en proceso de desintegración) comenzaron en campos de batalla muy alejados de Europa.

Los acuerdos de la Primera Guerra Mundial (más o menos concluyentes) y de la Segunda Guerra Mundial (aún sin resolución) produjeron nuevos cambios cruciales en el sistema de Estados europeos, entre ellos una ola de descolonización a partir de 1945. En realidad, desde la Primera Guerra Mundial en adelante resulta cada vez más arduo distinguir el sistema europeo del sistema mundial de Estados que empezaba a formarse rápidamente. Entre los beligerantes de la Primera Guerra Mundial figuraban no sólo casi todos los Estados europeos, sino también Turquía, Japón, Panamá, Cuba, Bolivia, Siam, Liberia, China, Perú, Uruguay, Brasil, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Haití y Honduras. Las colonias europeas de Africa, Asia y el Pacífico también enviaron tropas.

En décadas recientes, la guerra se ha hecho aún más internacional. Durante los últimos 20 años de la compilación de Levy (1956-75), Small y Singer enumeran 12 guerras entre Estados con al menos 1.000 bajas anuales en batalla:

Ruso-Húngara (1956): URSS, Hungría.
Sinaí (1956): Francia, Reino Unido, Israel, Egipto.
Vietnam (1965-75): Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Tailandia, USA, Kampuchea, Corea, Australia, Filipinas.
Segunda de Cachemir (1965): Pakistán, India.
De los Seis Días (1967): Israel, Egipto/RAU, Jordania, Siria.
Israelí-Egipcia (1969-70): Israel, Egipto/RAU.
Del Fútbol (1969): El Salvador, Honduras.
Bangladesh (1971): India, Pakistán.
Yom Kippur (1973): Israel, Egipto/URA, Iraq, Siria, Jordania, Arabia Saudita.

Turco-Chipriota (1974): Turquía, Chipre.
Vietnamita-Camboyana (1975): Vietnam, Kampuchea.

De este grupo, las únicas guerras con participación de grandes potencias, según los criterios de Levy, fueron la invasión rusa de Hungría (1956), la guerra del Sinaí (1956), la guerra Chino-India (1962) y la guerra de Vietnam (1965-73). Sólo una de estas cuatro se desarrolló en Europa. En Hungría, una de las potencias dominantes del mundo sofocó una rebelión en un Estado satélite. En Sinaí, Francia y Gran Bretaña intervinieron rápidamente después que Israel hubo invadido territorio egipcio, y Egipto, en represalia, entró en la zona del Canal de Suez y hundió varios barcos para bloquearlo. Una fuerza de paz de las Naciones Unidas estabilizó la zona, y pasados 2 meses Israel retiró sus fuerzas de la península del Sinaí salvo de la Franja de Gaza y Sharm el Sheikh. En la frontera chino-india, las tropas chinas invadieron un territorio montañoso tras un intento de India de ocupar una cresta elevada en una zona en disputa. Los chinos pararon en seco y después comenzaron a retirarse.

El conflicto vietnamita superó con mucho a los demás en duración y bajas; a lo largo de los diez brutales años en que transcurrió, produjo alrededor de 1,2 millones de muertos en batalla, más innumerables víctimas civiles (Small y Singer, 1982:93). Allí, la anterior potencia colonial, Francia, se había retirado, dejando tras sí una guerra entre las dos mitades de un Estado dividido. Pasados 2 años de participación clandestina, la mayor potencia del mundo, Estados Unidos, intervino abiertamente con fuerzas devastadoras, si bien finalmente ineficaces. Las tropas norteamericanas invadieron posteriormente el Estado vecino de Camboya y bombardearon sus ciudades. Una potencia en ascenso, China, observaba todo cuidadosamente desde el otro lado de la frontera; mientras, la Unión Soviética enviaba suministros al norte; Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Filipinas y Thailandia contribuían al esfuerzo norteamericano en el sur, y la totalidad del conflicto se desbordaba en una guerra civil laosiana. La guerra entre Camboya y Vietnam surgió también de enfrentamientos comenzados durante la intervención norteamericana en Vietnam.

En la guerra de Vietnam se hizo patente lo ocurrido al sistema de Estados. Las guerras entre grandes potencias, o iniciadas por ellas, se habían hecho relativamente infrecuentes pero inmensamente des-

tructivas. Una parte creciente de todas las grandes guerras transcurría dentro de Estados constituidos, cuando una o más de las grandes potencias intervenían directa o indirectamente a favor de una u otra de las partes implicadas en una guerra civil. Con la importante salvedad de las aspiraciones separatistas, la contienda raras veces tenía relación con un territorio a ocupar por un Estado dado; por el contrario, los combatientes contendían por determinar los grupos que iban a controlar el Estado vigente dentro de sus fronteras establecidas. La persecución, liquidación o expulsión de minorías étnicas por parte del Estado comenzó a generar cantidades de refugiados en una escala sin precedentes en la historia mundial. Sin embargo, el desplazamiento del concierto europeo por parte de la hegemonía bipolar soviético-norteamericana acabó con la práctica de los acuerdos de paz generales.

Esta serie de cambios, si persiste, constituye una notable ruptura con el pasado. Con ellos se modifican los réditos de la guerra: los gobernantes de los Estados no pueden ya abrigar la esperanza de lograr (o el temor de perder) grandes territorios mediante la acción bélica. Las guerras territoriales de Israel con sus vecinos no habrían sorprendido a ningún europeo del siglo XVIII, pero en el período a partir de 1945 se han convertido en una anomalía. Cada vez más, las guerras se libran para decidir quién ha de gobernar en cada Estado, qué Estados controlarán la política de otros Estados y qué transferencias de recursos, personas y bienes habrá entre los diversos Estados.

La creación del mundo inter-Estados

En los últimos 500 años, pues, han acaecido tres hechos extraordinarios. Primero, prácticamente toda Europa se ha constituido en Estados nacionales con fronteras bien definidas y relaciones mutuas. Segundo, el sistema europeo se ha difundido virtualmente al mundo entero. Tercero, otros Estados, actuando concertadamente, han ejercido una creciente influencia sobre la organización y el territorio de los Estados nuevos. Los tres cambios están estrechamente relacionados, dado que los principales Estados de Europa difundieron dicho sistema activamente mediante la colonización, la conquista y la penetración en Estados no europeos. La creación de la Sociedad de Naciones primeramente, y después de las Naciones Unidas, no hizo

sino ratificar y racionalizar la organización de todos los pueblos de la tierra en un solo sistema de Estados.

Adviértase el significado de estos cambios. Por término medio la formación del Estado dejó de ser un proceso relativamente «interno» para convertirse en un proceso fuertemente «externo». La guerra ha pesado con fuerza en la formación de los Estados a lo largo de toda la historia que hemos examinado; en ese sentido el proceso ha sido siempre externo. Sin embargo, cuanto más retrocedemos en el tiempo, vemos más soberanos y potenciales soberanos luchando por someter a las poblaciones de territorios que dominan nominalmente, enfrentados a rivales armados dentro de estos territorios, conquistando tierras y pueblos contiguos y levantando sus propios monopolios de fuerza. De este modo, aquellos gobernantes construían involuntariamente unos Estados cuyas estructuras muestran la impronta de las luchas y las negociaciones que los generaron. A la inversa, al avanzar en el tiempo presenciamos la progresiva prominencia de los conciertos entre Estados cuando se trata del destino de cualquiera de ellos, al menos hasta la Segunda Guerra Mundial (véase Chapman, 1988; Cronin, 1988; Cumings, 1988; Dower, 1988; Eden, 1988; Geyer, 1988, Gran, 1988a; Levine, 1988; Rice, 1988, Stein, 1988).

La aparición de Bélgica como Estado diferenciado ilustra la importancia de las influencias exteriores en Europa (Clark, 1984; Zolberg, 1978). No habiendo sido nunca realmente un Estado delimitado y unificado claramente hasta 1831, Bélgica se formó aproximadamente sobre la parte de los Países Bajos que España, y después los Habsburgo de Austria, retuvieron tras la sublevación de los Países Bajos. Francia conquistó y se anexionó dichos territorios en 1795, y los retuvo hasta la resolución de la guerra en 1815; 20 años de administración francesa transformaron la economía de la región, convirtiéndola en uno de los grandes centros industriales de Europa. Los acuerdos postnapoleónicos asignaron esta región al recientemente creado reino de los Países Bajos con centro en La Haya. Pronto surgió una coalición de industriales, liberales, francófonos y católicos (las categorías se superponían, pero no eran en modo alguno idénticas) que exigía derechos regionales.

En octubre de 1830 los activistas de dicha coalición, inspirados por la Revolución de julio de la vecina Francia, formaron un gobierno provisional revolucionario, y el peligro de represalias francesas evitó que el gobierno holandés reaccionara con la fuerza. En

noviembre, los británicos convocaron un congreso de potencias europeas, que al mes siguiente declaró la disolución del reino de los Países Bajos en sus dos partes constitutivas. Bajo la estrecha vigilancia de Francia y Gran Bretaña, los belgas, entonces así bautizados, emprendieron la labor de reclutar un rey y redactar una constitución liberal. Cuando el congreso de Londres propuso un acuerdo a largo plazo que era relativamente desfavorable para Holanda, el rey Guillermo de Holanda envió un ejército, derrotó a unas improvisadas tropas belgas y provocó una invasión francesa; los británicos se unieron después al esfuerzo por expulsar a las fuerzas holandesas de lo que iba a ser territorio belga. En 1839, el rey Guillermo aceptó al fin un acuerdo que no sólo reconocía a Bélgica, sino que además daba entidad a un ducado independiente (si bien territorialmente disminuido) de Luxemburgo como Estado aparte. De comienzo a fin, la entrada de Bélgica en el sistema europeo de Estados discurrió por un canal construido por sus poderosos vecinos.

A lo largo de los 3 últimos siglos, los pactos entre Estados potentes han estrechado progresivamente los límites dentro de los cuales puede surgir toda lucha nacional por el poder. Y esto se ha conseguido mediante la imposición de acuerdos de paz internacionales, la organización de colonias, la difusión de modelos estandarizados de ejércitos, burocracias y otros elementos del aparato del Estado, la creación de organizaciones internacionales encargadas de cuidar del sistema de Estados, la garantía colectiva de fronteras nacionales y la intervención para mantener el orden interior. Dicho estrechamiento ha restringido las vías alternativas para la formación del Estado. En el mundo entero, la formación del Estado ha convergido en la construcción, más o menos deliberada, de Estados nacionales —no de imperios, ni de ciudades-estado, ni de federaciones, sino de Estados nacionales— siguiendo los modelos ofrecidos, subvencionados e impuestos por las grandes potencias.

Y no es que los posibles gobernantes o sus patrocinadores se limitaran a ordenar todo un Estado como si fuera una casa prefabricada. Cuando una potencia europea instituía tribunales, sistemas fiscales, policías, ejércitos o escuelas en una de sus colonias, solía seguir preceptos europeos. Cuando los Estados independientes del Tercer Mundo se dirigían a las grandes potencias para solicitar ayuda en la organización de mercados, de la industria o de su potencial militar, las grandes potencias por lo general los persuadían de que lo hicieran a la manera europea. Cuando algunas instituciones inter-

nacionales como el Banco Mundial prestaba dinero a Estados incipientes no europeos, se estipulaba por lo general que dichos Estados emprendieran ciertas «reformas» que les situaran en línea con las prácticas europeas y norteamericanas. Cuando, por último, los países pobres miraban a su alrededor en busca de lugares para educar a sus burócaratas, técnicos y oficiales militares, con gran frecuencia los enviaban a formarse a Europa o a alguna de sus extensiones. Una vez que el Estado nacional hubo dominado Europa y ciertas partes del mundo colonizadas principalmente por europeos, sirvió como plantilla para la formación del Estado en el mundo entero.

¿Y por qué el Estado nacional? El Estado nacional triunfó en el mundo en general porque había triunfado antes en Europa, cuyos Estados actuaron posteriormente para reproducirse. Triunfó en Europa porque sus Estados más poderosos —Francia y España antes que todos los demás— adoptaron una forma de guerra que acabó por aplastar a sus vecinos y cuya apoyatura generó, como productos secundarios, centralización, diferenciación y autonomía del aparato del Estado. Aquellos Estados tomaron dicha dirección a fines del siglo XV porque habían completado recientemente la expulsión de potencias rivales de sus propios territorios y porque tenían acceso a una clase capitalista que podía asistirlos en la financiación de unas guerras libradas por medio de costosas fortificaciones, artillería y sobre todo, soldados mercenarios.

Pero no quiero exagerar: los Estados marítimos, como la república de Holanda y Venecia, compitieron eficazmente con grandes potencias continentales durante otro siglo; el control de las costas siguió siendo decisivo para abastecer al interior, sus flotas contribuyeron a protegerlos de invasiones y aumentó la importancia de los imperios ultramarinos. Algunos Estados relativamente poco comercializados, como Suecia y Brandenburgo, lograron levantar fuerzas militares competitivas gracias a una enorme penetración coercitiva en sus territorios. Pero al fin sólo triunfaron en el estilo europeo de hacer la guerra aquellos países en que se unían considerables fuentes de capital y poblaciones sustanciales que producían amplias fuerzas interiores. Estos países eran, o llegaron a ser, Estados nacionales.

Es indudable que el Estado nacional habría prevalecido en Europa aun si Francia y España hubieran sido menos agresivos a fines del siglo XV. En los siglos XVI y XVII muchos otros Estados europeos intentaron durante algún tiempo conquistar dentro de Europa: Suecia, Brandenburgo y Rusia son los que inmediatamente vienen a la

memoria. Además, la República de los Países Bajos, Portugal y Gran Bretaña empezaron a competir por los imperios de ultramar, con muchos de los mismos efectos sobre las relaciones entre Estados y ciudadanos. Los Estados europeos tenían predominio político sobre aproximadamente un 7 % del territorio del globo en 1500, un 35 % en 1800 y un 84 % en 1914 (Headrick, 1981:3). Esta misma expansión facilitó la multiplicación de Estados nacionales en el mundo entero. Si hubiera dominado en las contiendas otra combinación de Estados, su carácter habría incidido de modo significativo sobre la vía y los resultados de la formación del Estado europeo. Ahora bien, la expansión del capital, y la reorganización de la guerra en el siglo XVI, favorecieron conjuntamente el progresivo predominio del Estado nacional.

Cómo se iniciaron las guerras

Un sistema forjado por la guerra configuraba las condiciones bajo las cuales iban a la guerra sus integrantes. Las condiciones que regían el modo de guerrear de los Estados cambiaron considerablemente —y más de una vez— durante el período que estudiamos. Con modulaciones importantes en función de los principales enemigos de un Estado dado, el carácter de sus clases dominantes, y la índole de acción protectiva emprendida en beneficio de sus clases dominantes, las condiciones se alteraron según una bien conocida lógica constante que siguió operando bajo circunstancias cambiantes: los gobernantes solían, por lo general, intentar establecer tanto una zona de seguridad dentro de la cual pudieran disfrutar de los beneficios producidos por la coerción, como una zona de amortiguamiento para proteger dicha área de seguridad. Cuando este esfuerzo funcionaba, la zona de amortiguamiento se convertía en zona de seguridad, lo cual impulsaba al que ejercía la coerción a adquirir una nueva zona de amortiguamiento en torno a la anterior. Siempre que hubiera potencias adyacentes actuando según la misma lógica, surgía la guerra. En Europa, una vez que hubo caído el Imperio romano, fueron miles los señores de la guerra que se dedicaron al mismo ejercicio. De ahí la guerra incesante y generalizada, si bien primordialmente regional. La posterior ampliación de los territorios del Estado, la sustitución de territorios múltiples por Estados nacionales compactos, y la garantía de las fronteras gracias a acuerdos interna-

cionales, redujeron en gran medida la cantidad de fronteras vulnerables, pero no eliminaron esta lógica impulsora de guerras.

Otras condiciones, no obstante, se alteraron drásticamente. Durante la era de *patrimonialismo* (hasta el 1400 en gran parte de Europa), los grupos que controlaban grandes medios coercitivos eran típicamente grupos de parentesco, vecinos, comunidades de guerreros juramentados o combinaciones de los tres. Los linajes ducales ejemplifican el primero, las órdenes cruzadas el segundo y las aristocracias feudales su combinación. Los grupos que controlaban fuertes medios coercitivos procuraban por lo general maximizar los tributos que podían extraer de la población circundante, por la fuerza si era menester, y asegurarse el acceso futuro a estos tributos de su progenie y sus partidarios. En virtud de matrimonios endogámicos, la creación de castas aristocráticas y (alentadas por una Iglesia católica que se beneficiaba de donaciones de tierras y rentas) el establecimiento de unas leyes de herencia ampliamente compartidas, las clases dirigentes pusieron los cimientos de una política dinástica en que los matrimonios consolidaban las alianzas entre Estados y las sucesiones eran objeto de gran atención internacional. Al mismo tiempo, comunidades campesinas, milicias urbanas, grupos de bandidos y otros grupos, carentes todos de derecho alguno a la autoridad del Estado, guerreaban con frecuencia por su parte. En consecuencia, las guerras tendían a producirse cuando un poderoso mostraba señales de debilidad frente a su vecino, cuando surgía una sucesión disputable y cuando un nuevo conquistado aparecía en escena.

Durante la primera mitad de nuestro milenio, en efecto, apenas si se puede preguntar *cuándo* contendieron los Estados, dado que la mayoría de ellos estuvo en guerra la mayor parte del tiempo. Es cierto que los ejércitos masivos se nutrían principalmente de milicias y levas feudales, lo cual significaba que, por lo general, las campañas se llevaban a cabo sólo durante unos pocos meses al año. Cuando se iniciaba una guerra internacional, sin embargo, solía prolongarse a lo largo de varias campañas. Los decenios entre 1150 y 1300, aproximadamente, rompieron el ritmo casi anual de la guerra en Inglaterra y Francia, pero incluso entonces Escandinavia, Rusia, Italia, el Mediterráneo y la Península Ibérica presenciaron todos guerras incesantes. Además, en un período de soberanía intensamente fragmentada, las diferencias entre soldados, bandidos, piratas, rebeldes y señores dedicados a sus quehaceres se difuminaban dentro de un

continuo de acción coercitiva. Entre una gran campana y otra, se multiplicaban las batallas locales. Antes de 1500, la pregunta con más sentido no es cúando guerrearon los Estados, sino quién luchaba contra quién, con qué frecuencia y con qué fuerza.

A partir del siglo XVI, la situación cambió esencialmente. La consolidación del sistema de Estados, la segregación de los militares de la vida civil y el desarme de la población civil agudizaron las diferencias entre la guerra y la paz. La guerra se hizo más intensa y más destructiva, más continua una vez iniciada, pero mucho más infrecuente. El siglo XX, en este sentido, no es sino la culminación de una prolongada tendencia.

En la época de *mediación* (aproximadamente de 1400 a 1700 en partes importantes del continente), las ambiciones dinásticas seguían dominando la política del Estado, pero el volumen del aparato del Estado y la escala de los esfuerzos bélicos significaban que los intereses de las principales clases en que se apoyaba el Estado limitaban seriamente las posibilidades de guerra; sólo con su consentimiento y colaboración podían los monarcas reunir los medios para luchar. Los intereses de los terratenientes tenían un gran peso en los Estados intensivos en coerción, y los intereses de los capitalistas, en los Estados intensivos en capital.

Bajo el régimen de mediación, las guerras se seguían todavía de la conveniencia dinástica, la debilidad de Estados contiguos y la llegada de conquistadores como los tártaros o los turcos, pero varias cosas habían cambiado. Las oportunidades y peligros comerciales de las clases dominantes se convirtieron en motivo más frecuente de guerra, los Estados cuya base económica estaba expandiéndose se encontraron mejor capacitados para aprovechar las oportunidades y evitar los peligros, las alianzas entre Estados entraron a formar parte de la definición de dichas oportunidades y peligros, estas alianzas se convinieron muchas veces para contener la expansión del Estado más poderoso a la sazón, los Estados en proceso de expansión contendieron más a menudo para ampliar sus territorios contiguos que para acrecentar sus unidades productoras de tributos al margen de su emplazamiento, y las sublevaciones a gran escala provocadas por los intentos de los soberanos de extraer medios para la guerra o imponer una religión nacional, suministraron ocasiones más frecuentes para la intervención de Estados vecinos. Entre tanto, el gradual desarme de la población civil redujo la participación en la guerra como combatientes —pero no, tristemente, como víctimas— de grupos no gu-

bernamentales. En cierta medida, la defensa de correligionarios desplazó a la herencia dinástica como motivo de intervención de un Estado en los asuntos de otro.

Al avanzar los Estados europeos hacia la fase de *nacionalización* (especialmente entre 1700 y 1850, con amplias variaciones de un tipo de Estado a otro), las dinastías perdieron gran parte de su capacidad para hacer la guerra por intereses propios, y algo que podríamos denominar vagamente «interés nacional» vino a dominar la involucración o no involucración de los Estados en la guerra. El interés nacional se sintetizaba en los intereses de las clases dominantes, pero incrementados con un impulso mucho más intenso para controlar territorios y poblaciones contiguos dentro de Europa, así como una competencia más enconada por las tierras exteriores a Europa.

Bajo la nacionalización, tres cambios cruciales incidieron en las condiciones para que surgiera la guerra: la situación vigente de todo el sistema de Estados —especialmente el grado en que prevalecía un equilibrio de poder en el momento— empezó a incidir en las probabilidades y localización de la guerra (Levy, 1988); cada vez más, iban a la guerra parejas de Estados cuyo poder iba aproximándose a la paridad, en especial si ocupaban territorios adyacentes (Organski y Kugler, 1980; Moul, 1988; Houweling y Siccama, 1988); la renta nacional total (más que per cápita) empezó a limitar la capacidad de los Estados como nunca antes, con la consecuencia de que los grandes Estados comerciales e industriales comenzaron a predominar dentro del sistema de Estados. Europa y sus extensiones vieron llegar la era en que la guerra respondía a unas expectativas racionales de beneficio y a una minimización racional de pérdidas. Simultáneamente, terceras partes intervinieron con mucha mayor frecuencia en las rebeliones nacionalistas contra monarquías compuestas, como cuando Francia, Gran Bretaña y Rusia se unieron a los griegos en su revuelta de 1827 contra el Imperio otomano. Como motivo de intervención, la nacionalidad común desplazó a los intereses dinásticos y a la religión común.

Durante el siguiente período de *especialización*, las condiciones generadoras de guerra se alteraron relativamente poco, salvo que la competencia —directa o indirecta— por imperios muy distantes del territorio nacional jugó un papel más importante que nunca. A raíz de 1945, las fuerzas igualadas de la Unión Soviética y Estados Unidos casi eliminaron la guerra entre los Estados europeos dentro de Europa, pero convirtieron los puntos de contacto entre el poder

soviético, norteamericano y chino fuera de Europa en lugares clave para la prosecución de los intereses nacionales.

Con la nacionalización y la especialización de la fuerza armada, la guerra internacional adquirió una relación recíproca con la revolución, la sublevación y la guerra civil. En los siglos en que las dinastías dominaban los Estados, el debilitamiento del grupo de parentesco reinante —por ejemplo, la muerte de un rey con un heredero menor de edad o sin heredero alguno— presentaba una oportunidad para atacar a sus rivales del exterior. Cuando se producía antes una rebelión, ello suponía una invitación a personas externas a intervenir a favor de los sublevados. Al convertirse las divisiones religiosas en asuntos fundamentales de Estado (lo cual significa especialmente entre 1520 y 1650), los incentivos para la intervención se hicieron aún más atractivos. Tanto el esfuerzo de un soberano para extraer de una población renuente unos medios para la guerra fuertemente incrementados, como el debilitamiento de un Estado debido a las pérdidas en la guerra, eran en ocasiones incitaciones para la rebelión y la guerra civil. Si la coalición insurgente triunfaba en su lucha contra los gobernantes, los desbancaba y emprendía una transformación social, resultaba de todo ello una revolución de gran envergadura.

Todas las grandes revoluciones europeas, y muchas de las pequeñas, comenzaron con tensiones creadas por la guerra. La Revolución inglesa se inició con los esfuerzos de Carlos I por marginar al Parlamento en la percepción de fondos para la guerra en el continente europeo, en Escocia y en Irlanda. La deuda acumulada por la monarquía francesa durante la Guerra de los Siete Años y la Guerra de Independencia Norteamericana precipitó las luchas de la Revolución francesa. Las pérdidas rusas en la Primera Guerra Mundial desacreditaron al gobierno zarista, alentaron las deserciones de militares e hicieron patente la vulnerabilidad del Estado; a ello siguió la Revolución de 1917.

La formación del Estado influyó también en los ritmos y el carácter de la acción popular colectiva, sin llegar a la revolución. Durante las fases de mediación y nacionalización, las exigencias, episódicas, pero en aumento masivo, de dinero y hombres fomentaron repetidamente la resistencia en el nivel de la aldea o la región. Las gentes de las localidades hacían huir a los recaudadores de impuestos, atacaban la residencia del arrendador de impuestos, escondían a los hombres jóvenes cuando llegaba el reclutador, sometían peticio-

nes de asistencia al gobernante, pedían a sus patronos que intercedieran por ellos y se resistían a todo esfuerzo de hacer inventario de sus bienes. Su mirada se fijaba principalmente en las personas de la localidad ligadas al Estado, ya fueran funcionarios ya agentes indirectos de gobierno. Con las fases finales de la nacionalización y el avance hacia la especialización, la acción popular colectiva misma se nacionalizó, haciéndose más autónoma; cuando la política y las demandas del Estado nacional empezaron a incidir en sus destinos de forma cada vez más directa, obreros, campesinos y otras gentes del pueblo llano se unieron para presentar sus demandas al Estado —exigencias de reparación, desde luego, pero también de derechos de los que no habían disfrutado anteriormente a escala nacional (Tilly, Tilly y Tilly, 1975; Tilly, 1986). Se configuraron el partido político, la asociación de intereses definidos, el movimiento social nacional y todas las demás políticas de carácter popular. Así pues, la guerra no sólo impulsó el sistema de Estados y la formación de los diversos Estados, sino también la distribución de poder en el Estado. Incluso al ir cobrando naturaleza civil los gobiernos occidentales de los últimos siglos, la guerra ha seguido siendo la actividad definidora de los Estados nacionales.

Seis cuestiones de relieve

Como modo de calibrar hasta dónde hemos llegado, volvamos a las preguntas que iniciaban esta indagación. Esta vez, vamos a invertir el orden, examinando las cuestiones de mayor detalle y procediendo hacia el problema general.

¿Qué explica la pauta más o menos concéntrica de la formación del Estado en Europa en general? Ahora vemos que esta pregunta expone erróneamente la situación inicial en ciertos aspectos. En el 990 d. de C., prácticamente toda Europa vivía en soberanía fragmentada. Ahora bien, variaban el carácter y grado de esta fragmentación. En diversos segmentos del círculo exterior, grandes terratenientes y guerreros nómadas desplegaban medios coercitivos con relativa autonomía, aunque en la mayoría de los casos uno de ellos tuviera algún título, de la índole de duque, khan o rey, recibiera homenaje y tributos de los demás, y tuviera derechos sobre el servicio militar intermitente del resto.

La amplia variación geográfica de Europa en cuanto a las vías de

mación del Estado era reflejo de la diferente distribución de coer-
ón y capital. En el círculo exterior, tipificado por Rusia y Hungría,
escasez de capital concentrado, la consecuente debilidad de las
dades y los capitalistas, la fortaleza de los terratenientes armados,
las luchas con invasores poderosos como los mongoles, dieron
perioridad a los gobernantes capaces de extraer la fuerza militar
los terratenientes y los campesinos sin tener que reunir grandes
ntidades de dinero. Los Estados que siguieron la vía intensiva en
erción, cooptaron a nobleza y clero, subordinaron al campesina-
o, construyeron grandes burocracias y sofocaron a su burguesía.

En la zona interior, tipificada por Venecia y Holanda, la con-
ntración de capital y el predominio de los capitalistas facilitaron
creación de la fuerza militar, al tiempo que inhibían la captación
los Estados por parte de los especialistas en coerción. Durante
los enteros, los Estados marítimos de esta zona gozaron de gran
der económico y político. Pero al fin se vieron arrinconados o
nquistados por grandes Estados continentales que obtenían inmen-
s ejércitos entre su propia población.

Entre ambos tipos estaban aquellos Estados —notablemente Fran-
a, Gran Bretaña y después Prusia— en que se unían considerables
entes de capital interior a unas relaciones terrateniente-labrador
ue facilitaban la creación de una ingente fuerza armada. Su capaci-
ad superior para mantener ejércitos con sus propios recursos ter-
minó por establecer su predominio sobre otros tipos de Estado. La
tividad de construir ejércitos, además, los convirtió pronto en Es-
ados nacionales.

La Península Ibérica representa un interesante compuesto de las
tres clases de experiencia: una Cataluña, dominada por Barcelona,
que funcionó en buena medida como una ciudad-estado mientras
loreció el comercio mediterráneo; una Castilla que levantó su po-
encia militar sobre una nobleza guerrera y un campesinado sojuz-
ado, pero que recurrió a diversos extranjeros para contratar mer-
enarios; un Portugal nítidamente dividido entre Lisboa y su *hin-
terland* —profundamente rural—, y combinaciones distintas en Va-
lencia, Andalucía, Navarra y otros puntos. Pero lo cierto es que
todos los Estados eran más variados de lo que mi sencilla tipología
exige: Gran Bretaña con Inglaterra, Gales, Escocia, Irlanda y pose-
siones de ultramar; Prusia con su subsiguiente extensión desde la
Pomerania rural a la urbanizada Renania; el Imperio otomano, que
abarcó en ocasiones desde Persia a Hungría vía las islas mercantiles

del Mediterráneo; los diversos imperios Habsburgo y sus sucesores, repartidos por la mayor parte de las regiones y economías de Europa. La diferencia entre las vías intensiva en coerción, intensiva en capital y de coerción capitalizada hacia la formación del Estado capta una parte importante de la variación geográfica y temporal, pero no toda ella.

¿Por qué, no obstante sus claros intereses en contra, aceptaron los soberanos con frecuencia la creación de instituciones que representaban a las principales clases de la población sujeta a la jurisdicción de aquel Estado? Los monarcas jugaban todos al mismo juego —el juego de la guerra y la rivalidad por territorios— bajo condiciones enormemente distintas. Cuanto más costosa y dura la guerra, tanto más tenían que negociar para conseguir los medios necesarios. Esta clase de negociación produjo o fortaleció instituciones representativas que adoptaron la forma de Estados generales, Cortes y, al fin, legislaturas nacionales. La negociación iba desde la cooptación con privilegios, a la represión armada general, pero dejaba tras de sí pactos entre soberano y súbditos. Aunque los gobernantes de Estados como Francia y Prusia lograron circunvenir la mayoría de las viejas instituciones representativas durante muchos siglos, aquellas instituciones o sus sucesoras terminaron por adquirir más poder frente a la Corona cuando la tributación regular, el crédito y los pagos para la deuda nacional se hicieron esenciales para la producción continuada de la fuerza armada.

¿Por qué variaron tanto los Estados europeos con respecto a la incorporación de las oligarquías e instituciones urbanas a la estructura del Estado nacional? En líneas generales, las instituciones urbanas se convirtieron en elementos estables de la estructura del Estado nacional allí donde —y en la medida en que— prevalecía el capital concentrado. Ello se debía a dos razones: la primera, porque fuertes agrupaciones de capitalistas habían tenido durante largo tiempo el incentivo y los medios para bloquear cualquier intento de acumulación de poder coercitivo en su proximidad, por parte de los terratenientes no-capitalistas; segundo, porque al expandirse la escala y el coste de la guerra, los gobernantes que tenían acceso a créditos y a una economía comercializada y fácilmente gravable, lograron una gran superioridad en la acción bélica, un hecho que proporcionaba considerable poder negociador a las grandes ciudades mercantiles y a sus oligarquías comerciales.

En un extremo, la debilidad de los capitales facilitó en Polonia

la supremacía de los terratenientes sobre el Estado, en grado tal que los reyes no consiguieron nunca una preeminencia efectiva sobre sus súbditos nominales. Con la excepción parcial de Gdansk, los nobles polacos exprimieron a sus ciudades hasta el agotamiento. En el extremo opuesto, la fuerza de los capitales en la República de los Países Bajos prácticamente redujo al gobierno nacional a una federación de ciudades-estado. No obstante ello, el inmenso poder comercial de aquellas ciudades-estado federadas les proporcionó los medios para construir flotas y contratar ejércitos con gran rapidez. En las regiones de capital estatal, los gobernantes subordinaron las ciudades al Estado y las utilizaron como instrumentos de gobierno, pero también emplearon sus capitales y a sus capitalistas en la producción de la fuerza armada; los Estados por lo general no incorporaron las instituciones y las oligarquías urbanas a la estructura nacional como tales, sino que negociaron formas de representación que les suministraron un poder considerable.

¿Por qué se trasladó el poder político y comercial desde las ciudades-estado y las ciudades-imperio del Mediterráneo hasta los grandes Estados y las ciudades relativamente subordinadas del Atlántico? Nuestro examen del milenio, del 990 a 1990, sitúa este importante cambio en perspectiva, y plantea dudas sobre esa pulcra sucesión de hegemonías exclusivas que pasa desde, digamos, Venecia a Portugal y después a Gran Bretaña. Acaso pudiéramos conceder la palma a Gran Bretaña para una parte del siglo XIX (y así contribuir a explicar la ausencia relativa de grandes guerras europeas entre 1815 y 1914). Pero antes de ese período, al menos dos grandes potencias contendían siempre por el dominio de Europa; ninguna de ellas lo logró nunca. En el aspecto comercial, la expansión que se hizo manifiesta a fines del siglo XV incidió sobre una amplia variedad de áreas urbanas de Europa; sobre dicha expansión se apoyó un Renacimiento cuyo centro estuvo siempre en las ciudades-estado del norte de Italia, pero cuyas ramificaciones alcanzaron hasta Alemania, Flandes y Francia, y también una Reforma cuyo foco inicial fueron las ciudades del sur y el centro de Alemania. Venecia, Génova, Ragusa y otras ciudades-estado mediterráneas, además, continuaron prosperando, si no predominando, hasta el siglo XVIII.

Pero los centros de gravedad comercial y política se trasladaron ciertamente hacia el noroeste a partir del siglo XV. Primero, los intercambios comerciales por vía terrestre o ceñidos a las costas, que Europa mantenía con las ciudades de oriente, se marchitó como

consecuencia de las invasiones nómadas, las enfermedades y, finalmente, el establecimiento europeo de itinerarios de alta mar hacia Asia rodeando Africa. Además, los comercios mutuamente vivificantes del Atlántico y el Báltico enriquecieron a Castilla, Portugal, Francia, Inglaterra y los Países Bajos más que al resto de Europa. Todos estos Estados se sirvieron de su nueva riqueza para construir su potencia militar, y emplearon su fuerza armada para la búsqueda de nuevas riquezas. La capacidad para construir grandes ejércitos, grandes barcos, emprender viajes largos y conquistar en ultramar les dio una gran superioridad sobre las ciudades-estado del Mediterráneo, cuyas vías marítimas se veían limitadas por las potencias musulmanas.

¿Por qué perdieron su importancia las ciudades-estado, las federaciones y las organizaciones religiosas como tipo predominante de Estado en Europa? A lo largo de toda la historia de los Estados europeos, la guerra y la protección indujeron la actividad extractiva, que acarreaba la negociación con los que poseían los medios necesarios para la guerra y la protección. Aquellas negociaciones producían en ocasiones una mayor participación de los Estados en la producción, la distribución y el arbitraje. Y siempre era origen de alguna forma de estructura de Estado, variable en concordancia con la economía y la configuración de las clases entre las cuales había surgido.

A su modo y en sus emplazamientos propios, las ciudades-estado, las ciudades-imperio, las federaciones y las organizaciones religiosas florecieron en Europa hasta el siglo XVI; en realidad, los imperios de una u otra índole seguían predominando en Europa a la abdicación de Carlos V en 1557. El Estado nacional comenzó entonces a adquirir prioridad. Y ello se debió a dos motivos relacionados entre sí: primero, la comercialización y la acumulación de capital en los Estados grandes, como Inglaterra y Francia, redujeron la superioridad bélica de los pequeños Estados mercantiles, y, segundo, la guerra experimentó una expansión en escala y costes, parcialmente en función de la incrementada capacidad de los Estados grandes para explotar sus economías, o sus colonias, para la financiación de la fuerza armada. Su triunfo fue en la guerra. Los esfuerzos de los Estados menores para defenderse produjeron o su transformación en Estados nacionales, o su absorción en un Estado nacional, o su unión para formar un Estado nacional.

¿Por qué dejó la guerra de ser conquista en busca de tributos, y lucha entre perceptores armados de estos tributos, para convertirse en

batallas sostenidas entre ejércitos y armadas ingentes? Recordemos la transición de patrimonialismo a mediación, a nacionalización y a especialización. ¿Qué fue lo que impulsó dichas transiciones? Los perceptores de tributos victoriosos se encontraron en control indirecto de unas tierras y unas poblaciones desmesuradas, cuya administración y explotación —especialmente en tiempo de guerras con otras grandes potencias— creaba estructuras de Estado estables. Aquellos Estados populosos que lograron incorporar a su preparación para la guerra a capitales y capitalistas sustanciales, primero construyeron ejércitos y armadas a través de la mediación, y después integraron las fuerzas armadas en la estructura del Estado mediante la nacionalización, seguida de la especialización. En cada etapa, contaron con medios para adquirir y desplegar la tecnología militar más eficaz en una escala muy superior a la de sus vecinos. Dado que la guerra rinde más beneficios por la eficacia que por la eficiencia, presentaron duras alternativas a sus vecinos: montar el mismo tipo de esfuerzo militar con costes enormes, aceptar la conquista o hallar un nicho subordinado y seguro. El Estado nacional acabó con toda otra forma de guerra.

Para resumir: *¿qué explica la gran variación en el tiempo y el espacio de las clases de Estado que han prevalecido en Europa desde el 990 d. de C. y por qué convergieron al fin los Estados europeos en diferentes variantes del Estado nacional? ¿Por qué fueron tan similares las direcciones del cambio y tan distintas las vías?* Los Estados europeos partieron de posiciones muy diferentes en función de la distribución del capital y la coerción concentrados. Los cambios surgieron al alterarse las intersecciones de capital y coerción. Pero la competencia militar los impulsó a todos al fin en la misma dirección general. Ello subyacía tanto a la creación como al predominio último del Estado nacional. A lo largo de este proceso, los europeos crearon un sistema de Estados que dominó en el mundo entero. Hoy vivimos bajo este sistema de Estados. Sin embargo, el mundo exterior a Europa se asemeja a ésta sólo de modo superficial. Algo ha cambiado al difundirse el sistema de Estados europeo al resto del globo, incluida la relación entre actividad militar y formación del Estado. El conocimiento de la experiencia europea contribuye a percibir algunas peculiaridades preocupantes del mundo contemporáneo. El capítulo siguiente (y último) se ocupará de estas peculiaridades.

Capítulo 7
MILITARES Y ESTADOS EN 1990

Un mal desarrollo político

No hace más de 20 años, muchos estudiosos creían que los Estados del Tercer Mundo iban a reproducir la experiencia occidental de formación del Estado. La idea de «desarrollo político», hoy día en gran medida abandonada, compendiaba la concepción de un carril tipo por la cual podían transitar los Estados hacia la estación término de una participación y eficacia plenas; siendo, claro está, los modelos de participación y eficacia uno u otro de los vigentes en los Estados occidentales. La confianza de los desarrollistas políticos se hizo pedazos con la aparición de claros modelos alternativos como China, Japón, Corea y Cuba, con el penoso fracaso de los esquemas de desarrollo existentes para prever los hechos reales de los Estados del Tercer Mundo, con la resistencia de los dirigentes y especialistas del Tercer Mundo frente a los condescendientes consejos académicos de Occidente, con el giro hacia una *Realpolitik* en la aproximación de las grandes potencias al Tercer Mundo, y con las disputas de los propios estudiosos occidentales en cuanto a la correcta interpretación de experiencias pasadas (véase Evans y Stephens, 1989). Junto a «modernización», «desarrollo educativo» y otros slogans bien in-

tencionados pero ofuscadores, desarrollo político está desapareciendo rápidamente del léxico analítico.

Por erróneos que puedan parecernos ahora los antiguos análisis, no era absolutamente absurdo suponer que los Estados no occidentales fueran a pasar por algunas de las mismas experiencias que sus equivalentes de Occidente y acabar con rasgos muy similares a ellos. Como anteriores colonias de diversas potencias occidentales, una mayoría de Estados recientemente independizados iniciaron su trayectoria con organizaciones formales configuradas sobre líneas occidentales e integrando una buena parte del aparato colonial. Los jefes de Estado educados en Occidente procuraron de modo consciente instalar administraciones, parlamentos, partidos, ejércitos y servicios públicos de corte occidental.

Más aún: así lo declaraban. Los líderes del Tercer Mundo afirmaban que iban a modernizar sus países, a desarrollarlos políticamente. Las mayores potencias occidentales les ayudaron activamente, prestándoles expertos, modelos, programas de formación y fondos. Mientras Japón siguiera tambaleándose por sus pérdidas en la Segunda Guerra Mundial, y China siguiera consumida por sus luchas internas, no había otros modelos claramente disponibles. Las alternativas iban desde un socialismo de tipo soviético a un capitalismo de estilo norteamericano, sin vías posibles hacia la formación del Estado más allá de estos dos extremos. La gama total no era sino una recapitulación de una versión u otra de la experiencia europeo-americana. Refiriéndose al sudeste asiático, decía Lucian Pye en 1960:

> el tema dominante del sudeste asiático es el esfuerzo de los dirigentes de estos nuevos países para crear estados-nación modernos a partir de sus sociedades de transición. Estos dirigentes han comprometido a sus pueblos en la tarea de crear instituciones representativas de gobierno y de desarrollar modos de vida económica más productivos. Pese a no haber faltado entusiasmo en torno a estas metas, es difícil valorar sus probabilidades de hacerse realidad, porque sigue siendo complicado discernir incluso los perfiles de los sistemas políticos y sociales que se están desarrollando en el sudeste asiático. La posibilidad de fracaso es grande, y dirigentes y ciudadanos pueden sentirse acosados por dudas sobre sí mismos. La tendencia hacia prácticas más autoritarias está ya muy extendida: por ejemplo, el ejército está empezando a desempeñar unos papeles originalmente reservados a políticos democráticos.
>
> (Pye, 1960:65-6)

Adviértase el lenguaje: habla de construir algo cuyas características son conocidas en una situación que se entiende sólo deficientemente y que pone en peligro la empresa. Ese «algo» a construir era un Estado nacional efectivo de concepción occidental. Claro está que Pye veía la posibilidad de que pudiera surgir algo completamente distinto en el sudeste asiático, incluso que los líderes de esta zona pudieran insistir en algo diferente. La mayoría de los líderes de Estados recientemente independizados declararon, en efecto, que aspiraban a una tercera vía, al menos vagamente socialista, en algún punto intermedio entre la Escila norteamericana y la Caribdis rusa. Pero los Estados occidentales vigentes definieron la variedad de las alternativas. Con grados variables de dogmatismo y perspicacia, los desarrollistas políticos vinieron a decir exactamente eso.

Incluso analistas históricamente sofisticados, como Cyril Black, expusieron modelos que presentaban etapas sucesivas de desarrollo político. Black distingue no menos de siete vías concretas de modernización, que serían las ilustradas por el Reino Unido, los Estados Unidos, Bélgica, Uruguay, Rusia, Argelia y Liberia, en este orden (Black, 1966:90-4). Pero él sostenía que todos estos casos diversos habían atravesado cuatro etapas: el desafío a la modernidad, la consolidación de un liderazgo modernizador, una transformación económica y social y, por último, la integración de la sociedad. La historia anterior, según sus análisis, influía en el modo exacto en que una sociedad determinada se enfrentaba a estos retos. Pero, al fin, todos los casos europeos examinados por él alcanzaban una especie de integración societal tras haber traspasado los tres anteriores umbrales en el mismo orden.

Este plausible razonamiento colectivo tenía un gran defecto. Suponía que existía un solo proceso tipo de formación del Estado, que cada Estado experimentaba el mismo proceso interno de modo más o menos aislado, que la experiencia occidental ejemplificaba dicho proceso, que los Estados occidentales contemporáneos habían alcanzado por lo general el final del proceso, y que la índole del problema era de ingeniería social a muy gran escala. El esfuerzo para poner a prueba todas estas hipótesis en la construcción de los «modernos» Estados africanos, asiáticos, latinoamericanos o de Oriente Medio planteó dudas de inmediato. Los que tenían un poder efectivo se opusieron o distorsionaron la transformación de la organización gubernamental existente, los funcionarios utilizaron el poder del Estado en beneficio propio, los partidos políticos se convirtieron en ve-

hículo de bloques étnicos o de cadenas de patronazgo y clientela, las empresas dirigidas por el Estado se derrumbaron, los líderes carismáticos suprimieron la política electoral de corte occidental y muchas otras características de los Estados del Tercer Mundo pusieron en cuestión los modelos occidentales.

¿Modelos occidentales? En realidad, la forma habitual de tratar el «desarrollo político» ha interpretado erróneamente la experiencia occidental en la que ostensiblemente se inspira. En líneas generales, ésta ha sido presentada como un proceso consciente de resolución de problemas, que atravesó una serie de etapas comunes generadas internamente y produjo al final Estados maduros y estables. Para A. F. K. Organski (1965-7), las etapas fueron:

1. La política de unificación primitiva.
2. La política de industrialización.
3. La política de bienestar nacional.
4. La política de la abundancia.

El esquema característico de Organski comprimía en su primera etapa una gran cantidad de experiencias del Tercer Mundo, pero después trazaba una senda que conducía claramente hacia el mundo europeo existente y sus ramificaciones.

De modo similar, eran muchos los analistas políticos que creían que la transición a la modernidad pasaba desde una situación de equilibrio —sociedad tradicional, o algo de este estilo— a otra, superior, de equilibrio moderno. Entre ambas, según esta hipótesis, estaba la turbulencia del cambio social rápido. Debido a que el cambio social se estaba produciendo de modo mucho más rápido en el siglo XX que anteriormente, los nuevos Estados estaban experimentando mayores tensiones que sus predecesores europeos. Así pues, los Estados del Tercer Mundo corrían el riesgo de simultáneos conflictos internos y externos, acicate unos de los otros (véase Wilkenfeld, 1973). Con el tiempo, no obstante, aprenderían a contener los conflictos y lograrían un gobierno estable de tipo moderno. Así, al menos, decían gran parte de los escritos sobre desarrollo político.

Desde la década de 1960, una lectura más clara de la experiencia occidental ha hecho patente la insuficiencia de dichas hipótesis. Este libro se ha nutrido con voracidad de los fondos de conocimiento subsiguientes y ha reinvertido esta acumulación en una reinterpretación de la historia de los Estados occidentales. En anteriores capítulos hemos visto en qué gran medida variaron las trayectorias hacia la formación de los Estados europeos en función de la geografía de

coerción y capital, la organización de los grandes poderosos y las presiones de otros Estados. Hemos examinado cómo una prolongada y desigual serie de luchas entre gobernantes, otros poderosos y la gente común crearon las instituciones específicas del Estado y las demandas al mismo. Hemos advertido hasta qué punto la final convergencia organizativa de los Estados europeos resultó de la competencia entre ellos, tanto dentro de Europa como en el resto del mundo. Hemos presenciado el profundo impacto de la guerra, y de la preparación para ella, en otras características de la estructura del Estado. Todas estas observaciones nos llevaron a las conclusiones —vagas pero útiles— de que la formación del Estado en el Tercer Mundo debe ser claramente diferente y que la modificación de las relaciones entre coerción y capital debe suministrar claves en cuanto a la naturaleza de dicha diferencia.

¿En qué sentido debe diferir la experiencia contemporánea de la del pasado de Europa? Después de muchos siglos de divergencias entre las vías intesiva en capital, intensiva en coerción y de coerción capitalizada hacia la formación de Estado, los Estados europeos comenzaron a converger hace unos pocos siglos; la guerra y las influencias mutuas originaron dicha convergencia. Pese a que una común experiencia colonial impuso caracteres similares a muchos Estados del Tercer Mundo, no se ha producido, no obstante, hasta el momento, una gran homogeneización entre ellos. Todo lo contrario. Ningún estudioso de la formación del Estado europeo puede fácilmente dejar de percibir la variedad de los actuales Estados del Tercer Mundo. La variedad caracteriza a cualquier categoría que incluya tanto a la inmensa y ancestral China, como a la diminuta y flamante Vanuatu, la rica Singapur y el mísero Chad; no es fácil generalizar bien en torno a un conjunto de experiencias tan heterogéneo. Además, no todos los Estados del Tercer Mundo son «nuevos», ni remotamente. China y Japón se encuentran entre los Estados de existencia continuada más antiguos del mundo, Siam/Thailandia tiene una antigüedad de siglos, y la mayoría de los Estados latinoamericanos adquirieron la independencia formal durante las guerras napoleónicas. Todos ellos se enumeran junto a Estados formados a partir de 1945, debido principalmente a su reciente incorporación plena al sistema de Estados que las luchas europeas crearon y definieron.

Pero observemos más detenidamente: ¿exactamente en qué consiste la heterogeneidad de los Estados del Tercer Mundo? No tanto en sus estructuras organizativas como en las relaciones entre los

adanos y el Estado. Las características organizativas formales de Estados del mundo han convergido, en realidad, de modo deci-, en el último siglo aproximadamente; la adopción de uno u otro delo occidental se ha convertido en virtual prerrequisito para ob-r el reconocimiento de los anteriores miembros del sistema de idos. Los actuales ciento sesenta y tantos Estados reconocidos pan una gama organizativa mucho más reducida que los más de cientos Estados europeos de 1500, donde figuraban ciudades-es-, ciudades-imperio, federaciones, reinos, imperios territoriales y s. Salvo por unas federaciones relativamente centralizadas y unos os muy atenuados, aquellas formas políticas, que fueron un día ndantes, prácticamente han desaparecido. A partir de 1500, tanto presiones de la acción bélica a gran escala como las negociaciones paces acordadas a gran escala empujaron a todos los Estados opeos hacia una nueva forma organizativa: el Estado nacional. El o, generalizado en Europa, de la formación «interna» del Estado «externa» ha continuado hasta nuestros días y ha impuesto una nún definición a Estados de partes muy diversas del mundo. Las ucturas del Estado contemporáneo, en sentido restringido, se ase-jan entre sí en la medida en que tienen tribunales, legislaturas, ocracias centrales, administraciones locales, ejércitos permanen-, fuerzas policiales especializadas y toda una panoplia de servi-s públicos; ni siquiera las diferencias entre las economías so-ista, capitalista y mixta han conseguido anular estas propiedades nunes.

Ahora bien, estas organizaciones formalmente similares no ope-todas de la misma manera. Las diferencias estriban en el funcio-miento interno de unos tribunales, legislaturas, negociados o es-las superficialmente indiferenciables y en las relaciones entre las ncias gubernamentales y los ciudadanos. En la experiencia eu-pea, los Estados adoptaron formas que mediaban entre las exigen-s de la guerra exterior y las de la población subordinada; en cierta dida, la organización de cada Estado se adaptó a la situación so-l y económica propia. Dado que los Estados nacionales existentes ron modelando a los nuevos a imagen y semejanza, la adaptación al se produjo, pues, en las relaciones entre los ciudadanos y el ado. En nuestros días, la diferencia entre situaciones intensivas coerción, intensivas en capital y de coerción capitalizada influye re la estructura formal de los Estados en mucho menor medida e antaño, pero afecta aún más a las relaciones entre los ciudadanos

y el Estado. En este sentido, el mundo contemporáneo sigue siendo extremadamente diverso.

¿Existe el Tercer Mundo? Es indudable que los Estados de América Latina, Oriente Medio y Asia Oriental difieren mucho, tanto con respecto a su organización interna como a su posición dentro del sistema mundial de Estados. La justificación para comenzar con una categoría compuesta tan cruda reside en que los Estados de las zonas de renta baja del mundo han padecido mucho tiempo bajo el control formal de Europa y sus extensiones, han adoptado por lo general modelos europeos o norteamericanos de organización formal, se ven atrapados en las luchas de las superpotencias —luchas sobre las cuales ejercen un escaso control— y forman un fondo complejo pero recurrente, de alianzas con los recién llegados al sistema de Estados (Ayoob, 1989). Al extenderse sobre el mundo no europeo, el sistema de Estados no permaneció simplemente inalterado; la entrada de multitud de Estados independientes de Asia, Africa y América Latina transformó dicho sistema en modos que la comparación con la anterior historia europea puede iluminar.

Todavía podemos extraer algo, pues, de la comparación entre la experiencia contemporánea del Tercer Mundo y la de los Estados nacionales para los que disponemos de un largo historial. Como mínimo, la comparación nos servirá para tomar dos medidas convenientes: 1) desechar ideas sobre la formación del Estado que han demostrado ser defectuosas, antes de perder el tiempo aplicándolas a la experiencia contemporánea, 2) agudizar nuestro sentido de lo que es diferente, y lo que es conocido, en el proceso de formación, transformación y deformación del Estado que está produciéndose ahora en los sectores más pobres del mundo.

Ponderando la experiencia europea, ¿qué cabe esperar que ocurra en el mundo contemporáneo? Dada la diversidad de la formación de los Estados dentro de Europa, no tenemos motivo alguno para suponer una sola trayectoria de cambio. Pero sí cabría extrapolar de la modalidad europea:

- una considerable influencia de la distribución relativa de coerción y capital en las vías hacia la formación del Estado;
- direcciones claramente diferentes del cambio en función de la presencia o ausencia de grandes agrupaciones de ciudades;
- fuertes efectos de la guerra y la preparación de la guerra sobre la creación y alteración de la estructura del Estado;

• la intervención de dichos efectos a través de a) la estructura cal y b) las fuentes de armas y de personal militar;
• conversión civil del poder del Estado mediante la creación de rocracias centrales, creciente recurso al crédito y los impuestos ra la adquisición de medios militares, y negociación con la pobla-ón subordinada en torno a dichos medios;
• continuación de la tendencia de una determinación «interna» otra «externa» de las formas organizativas del Estado.

En un mundo tan distinto de aquel en que se configuraron los tados europeos, claro está, éstas no son sino simples hipótesis ientativas. Con todo, suponen un avance considerable sobre la tigua idea de que los Estados del Tercer Mundo recrearían, de gún modo, la experiencia idealizada de los Estados nacionales oc-dentales más eficaces.

npacto y legado de la Segunda Guerra Mundial

¿Qué es, pues, lo que distingue la formación del Estado en el undo contemporáneo de su equivalente en el pasado? Aunque la uerra en el siglo XX tiene unos efectos mucho más mortíferos que unca, el carácter de la guerra ha cambiado de modo significativo. as guerras civiles a gran escala, muchas veces apoyadas o instigadas or grandes potencias, se han hecho mucho más frecuentes en todo l mundo desde 1945 de lo que han sido en la experiencia europea. l peligro de las armas nucleares y otras amenazas técnicas ha in-crementado los costes probables de una gran guerra. La formación e un sistema bipolar de Estados a escala prácticamente global ha fectado a la política, y las perspectivas militares, de la mayoría de os Estados. Partiendo del principio de que la cantidad de relaciones ntre los Estados aumenta geométricamente con el aumento aritmé-tico del número de Estados, la mera proliferación de Estados inter-conectados pero nominalmente independientes ha complicado enor-memente el sistema de Estados.

La Segunda Guerra Mundial transformó el sistema de Estados y los Estados que lo componían. Como ciudadanos de Estados be-ligerantes, como habitantes de zonas de batalla o como ambos, la ayor parte de la población del mundo sintió el impacto de la gue-ra. Esta guerra batió todos los records de muertes, de destrucción

de la propiedad y de desplazamiento de poblaciones. Al tirar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, Estados Unidos introdujo en la práctica bélica las primeras armas de la historia con potencial para aniquilar a toda la humanidad en unos cuantos días.

No es descabellado situar el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en 1938 (cuando Japón y Rusia empezaron a contender mientras Alemania se anexionaba Polonia y desmembraba Checoslovaquia) o en 1939 (cuando Alemania invadió Polonia y el resto de Checoslovaquia). En ambos casos, la rendición de Japón en 1945 marca el final relativamente claro de la guerra. Los aproximadamente quince millones de muertos en acción y otros 25 millones como consecuencia directa de la guerra, convirtieron a la Segunda Guerra Mundial en la contienda más destructiva de la historia con mucho diferencia. Entre las potencias que sufrieron al menos 1.000 muertos en batalla figuran Bulgaria, el Reino Unido, Australia, Canadá, Etiopía, Polonia, Estados Unidos, la URSS, Bélgica, Brasil, China, Yugoslavia, los Países Bajos, Rumania, Italia, Nueva Zelanda, Francia, Africa del Sur, Grecia, Noruega, Mongolia, Japón, Alemania, Hungría y Finlandia (Small y Singer, 1982:91). La guerra devastó Japón, importantes porciones de China y gran parte de Europa.

Al final de la guerra, dos Estados sobresalían entre todos los demás: Estados Unidos y la Unión Soviética. Estados Unidos había sufrido pérdidas relativamente leves (408.000 muertos en acción frente a, por ejemplo, Alemania, con 3,5 millones) durante la Segunda Guerra Mundial, pero había movilizado una enorme capacidad industrial tras una depresión debilitante. No es de extrañar que Estados Unidos, un coloso industrial cuyos músculos se habían fortalecido en la guerra, se hiciera con una posición dominante en el sistema de Estados mundial. El ascenso de la Unión Soviética es más desconcertante. La URSS había padecido terribles privaciones en la guerra (7,5 millones de muertos en acción, quizá hasta 20 millones de bajas totales y la pérdida del 60 % de su capacidad industrial), pero había levantado una formidable organización de Estado en dicho proceso (Rice, 1988). Es indudable que el fortalecimiento de la capacidad del Estado, junto a la ampliación del control soviético sobre otros Estados de Europa Oriental, contribuyen a explicar este polo del sistema bipolar. Casi de inmediato, los anteriores aliados pasaron a una enemistad que bloqueó un acuerdo de paz general por primera vez en muchos siglos. En consecuencia, los derrotados en la guerra, como Japón y Alemania, hubieron de sufrir mucho tiempo

la ocupación militar de los vencedores, y sólo lentamente consiguieron recuperar su afiliación al sistema de Estados. En realidad, vencedores y vencidos resolvieron el conflicto bélico poco a poco, con ocupaciones, acuerdos internacionales provisionales, tratados parciales y reconocimientos *de facto*. La complejidad y escala de la guerra, junto a su resultado bipolar, superaban la capacidad del sistema de Estados para producir el tipo de concierto general que había terminado las grandes guerras europeas desde 1503.

El proceso de formación del Estado en la postguerra se diferencia de sus predecesores, sobre todo, en la generalizada transformación de las colonias de Occidente en Estados formalmente independientes. La situación favorecía la retirada europea: la URSS no poseía colonias en las principales áreas de colonización europea, y Estados Unidos tenía sólo unas pocas, mientras que las potencias europeas estaban ocupadas en su recuperación de los estragos de la guerra. A ritmo vertiginoso, las regiones dependientes exigieron y lograron reconocimiento como entidades autónomas. Sólo en 1960 se incorporaron a las Naciones Unidas, poco después de haber sido reconocidos como Estados independientes: el Congo Belga (hoy Zaire), Benin, Camerún, la República Centroafricana, Chad, el Congo, Chipre, Gabón, la Costa de Marfil, Madagascar, Mali, Níger, Nigeria, Senegal, Somalia, Togo y el Alto Volta (hoy Burkina Faso).

Al mismo tiempo, la Unión Soviética y, en especial, Estados Unidos ampliaron los entramados de sus bases militares, sus programas de ayuda militar y servicios de inteligencia por el mundo entero (Eden, 1988). En Asia oriental, por ejemplo, Estados Unidos sustituyó el potencial militar de un Japón desmilitarizado por el suyo propio, reorganizó y dirigió al ejército de Corea del Sur y subvencionó a las fuerzas del Kuomintang de China tanto en sus perdidas batallas por tierra como en su repliegue para controlar Taiwan (Cumings, 1988; Dower, 1988; Levine, 1988). Entre 1945 y 1984, además, Estados Unidos envió 13 billones de dólares en ayuda militar-económica a Corea del Sur y otros 5,6 billones a Taiwan, frente a un total de 6,89 billones para toda Africa y 14,8 billones para toda América latina (Cumings, 1984:24).

En su mayoría, las potencias europeas cedieron su predominio con pesar notablemente escaso. Con la excepción de la lucha de Argelia por su independencia y de las primeras etapas del conflicto indochino, las batallas más cruentas se dieron donde más de un grupo se disputaba el derecho a gobernar un nuevo Estado, donde un

segmento de la población liberada exigía su propio Estado y donde las divisiones entre aspirantes al poder suscitaba la intervención de una gran potencia; China, Palestina, Malasia, Kenya, Chipre, Adén, Borneo, Corea, Vietnam, Filipinas, Ruanda, Angola y Mozambique son ejemplos evidentes. Las Naciones Unidas se aprestaron a registrar y gestionar la entrada de nuevos miembros al sistema internacional de Estados.

Para el período a partir de 1945 podemos, por tanto, considerar a los países integrados en las Naciones Unidas, en cualquier momento dado, como una aproximación al sistema de Estados mundial. Pero la aproximación es imperfecta: Suiza, Corea del Sur, Corea del Norte, Taiwan, Mónaco, Tuvalu y otras cuantas entidades actúan como Estados pero no son miembros, mientras que las repúblicas de Bielorrusia y Ucrania (hasta los recientes murmullos de nacionalismo, subsidiarias de plena propiedad de la URSS) son miembros como una concesión al poder de que gozó la Unión Soviética al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Pero en líneas generales, pertenecen a dicha organización todos los Estados importantes del mundo, y se han incorporado nuevos Estados en la medida en que han ido adquiriendo cierta autonomía en asuntos internacionales.

La figura 7.1 presenta la distribución geográfica de los miembros de las Naciones Unidas desde la fundación de la organización en 1945 hasta 1988. Su historia es evidente: la ONU se inició con una gran mayoría de Estados de Europa y las Américas —el antiguo sistema europeo de Estados y sus extensiones, menos los principales derrotados en la Segunda Guerra Mundial, más unos cuantos Estados importantes no occidentales—. El número de Estados de Europa y las Américas aumentó ligeramente cuando los acuerdos de paz europeos empezaron a cumplirse y cuando los Estados del Caribe comenzaron a adquirir independencia y reconocimiento internacional. Pero a partir de 1955, los Estados asiáticos se integraron en la ONU a ritmo más acelerado que los de occidente. Desde 1960 en adelante, los Estados africanos predominan entre los nuevos ingresos.

Los nuevos miembros, por término medio, seguían vías intensivas en coerción hacia la formación del Estado. Las potencias coloniales dejaron al marchar escaso capital acumulado tras de sí, pero legaron a los Estados sucesores unas fuerzas militares extraídas de, y configuradas con, las fuerzas represivas anteriormente constituidas para mantener sus propias administraciones locales. Unas fuerzas armadas relativamente bien equipadas y entrenadas se especializaron,

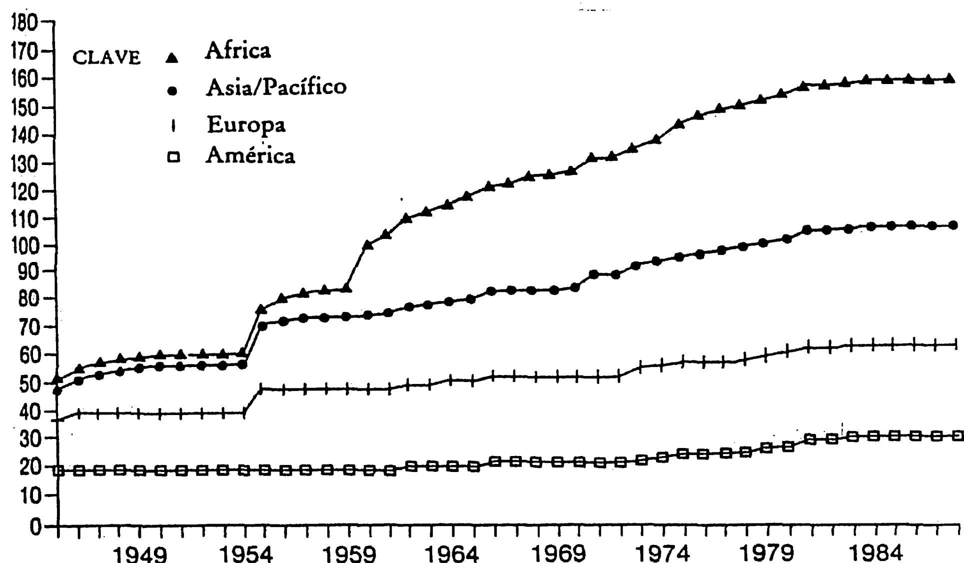


FIGURA 7.1. *Integrantes de las Naciones Unidas por región geográfica, 1945-1988*

así, en el control de la población civil y en combatir insurgentes, en lugar de hacerlo en la guerra entre Estados. Una vez que los europeos hubieron desmantelado su propio aparato de gobierno, las fuerzas armadas, las iglesias y las corporaciones occidentales fueron muchas veces las organizaciones más eficaces que operaban en el territorio del Estado. Las fuerzas armadas, además, tenían algunas características propias: sus rangos superiores se llenaron rápidamente con hombres que habían ocupado anteriormente puestos subordinados en los ejércitos coloniales. Con frecuencia, continuando una pauta de reclutamiento establecida por las potencias coloniales, recurrían de modo desproporcionado a una sola población lingüística, religiosa y/o regional, convirtiéndose con ello en instrumento o caldo de cultivo de fuertes rivalidades étnicas. Hasta 1966, por ejemplo, el ejército nigeriano se mantuvo al margen de toda división manifiesta por regiones o etnias. Pero con el golpe militar de enero de 1966, empezaron a advertirse fisuras. En julio, una coalición de oficiales del norte lideró otro golpe, y actuó con rapidez para expulsar a los Ibos (procedentes especialmente de la Región Oriental de Nigeria)

del ejército y del poder. Pronto (mayo de 1967) al este, bajo el nombre de Biafra, estalló en rebelión abierta, y comenzó una de las más sangrientas guerras civiles de Africa (Luckham, 1981:17-82).

Salvo allí donde un líder nacional carismático los mantuvo deliberadamente bajo control, los ejércitos del Tercer Mundo se opusieron por lo general al predominio civil. Los altos oficiales creyeron, y dijeron, muchas veces que ellos conocían mejor que los simples políticos lo que el destino de su país exigía y cómo mantener el orden mientras se cumplía dicho destino. Además, en la medida en que los Estados a que pertenecían generaban rentas mediante la venta de artículos en el mercado internacional, adquirían armas en el exterior y recibían ayuda militar de las grandes potencias, las fuerzas armadas eran inmunes a la dependencia de impuestos y conscripciones autorizadas por gobiernos civiles.

Ahora bien, el grado en que los militares de países exportadores podían conservar su autonomía dependía de las alianzas que formaran (o no llegaran a formar) con los principales elementos de la clase dirigente y del éxito de la política exportadora. En Bolivia, el aislacionismo de los magnates del estaño, que vivían lujosamente con los ingresos de la exportación y habían creado pocas relaciones fuertes dentro del país, los hizo vulnerables a la toma del poder del Estado, y de las rentas del estaño, a manos de los militares (Gallo, 1985). En Taiwan, quintaesencial Estado policial bajo el mandato de Jiang Jie-Shi (Chiang Kai-Shek), el enorme éxito del programa de exportación industrial tuvo al fin el efecto de alejar a los militares de sus preparativos para invadir territorio continental chino, redujo su control sobre la política y las operaciones gubernamentales cotidianas y les rodeó de poderosos funcionarios civiles (Amsden, 1985).

Más aún: el carácter de la guerra se alteró significativamente después de 1945. Pese a la práctica desaparición de la guerra entre las potencias occidentales, los combates letales se hicieron en realidad más frecuentes en el mundo en general. El cuadro 7.1 muestra la tendencia desde 1893 —expresada en miles de muertes en acción— en aquellas guerras que produjeron al menos 1.000 muertes en batalla en un año dado. Las cifras totales fluctúan fuertemente de un período al siguiente. Con todo, son cifras que muestran varias tendencias claramente: la concentración de muertes en los períodos de guerra general, la estabilización o reducción de las guerras «extrasistémicas» al incorporarse cada vez más Estados al sistema internacional, el aumento irregular de la prominencia de las guerras civiles como

origen de muertes en batalla. El número de nuevas guerras civiles se elevó desde unas 10.000 muertes en acción anuales al comienzo del siglo hasta 100.000 muertes anuales entre 1937 y 1947, fluctuando después en torno al límite de los 100.000 a lo largo de los 3 decenios siguientes.

Con el siglo XX, las muertes en acción suponían una creciente subestimación de los daños causados por la guerra. Los bombardeos de poblaciones civiles por aire y tierra acabaron con cantidades cada vez mayores de no combatientes, por no hablar de sus medios de subsistencia. Durante y después de las guerras, los Estados empezaron a desplazar, e incluso a expulsar, a grupos de población como nunca antes. Y el intento deliberado de aniquilar poblaciones enteras —genocidio y politicidio— ha dejado de ser la infrecuente y aterradora aberración que pareció en su día para convertirse en una técnica habitual de gobierno. Entre 1945 y 1987, la matanza masiva y deliberada de población civil a manos de agentes del Estado ha causado probablemente entre 7 y 16 millones de muertos en el mundo entero, más que los muertos en enfrentamientos directos por guerras internacionales o civiles (Harff y Gurr, 1998).

CUADRO 7.1. *Muertes en acción en guerras con al menos mil muertos en un año dado, 1893-1980*

Período	Lugar de la guerra			Total	Porcentaje civiles
	Inter-estados	Extrasistémica	Civil		
1893-1903	30	96	112	238	47,1
1904-1914	8.860	0	270	9.130	3,0
1915-1925	161	83	506	750	67,5
1926-1936	213	0	955	1.168	81,8
1937-1947	16.292	100	1.161	17.553	6,6
1948-1958	1.913	59	372	2.344	15,9
1959-1969	1.250	0	1.830	3.080	59,4
1970-1980	78	73	820	921	89,0

Fuente: Small y Singer, 1982:134, 263.

Las guerras civiles posteriores a 1945 han surgido en ocasiones de una lucha general entre clases por el poder del Estado. Más a menudo se han debido a las aspiraciones de determinados grupos

religiosos, lingüísticos o territoriales a la autonomía, o al control de un Estado existente. En este sentido limitado, el nacionalismo ha cobrado mayor prominencia en las guerras, al consolidarse el mundo en general en un mapa completo de territorios estatales estables y mutuamente excluyentes; los jefes de las nacionalidades excluidas han visto cómo desaparecía su oportunidad.

Al mismo tiempo, las grandes potencias han intervenido de modo creciente en las guerras civiles, buscando el alineamiento y la cooperación de los que controlan el Estado por medio de garantizar el triunfo de facciones simpatizantes. En los años 1970 estallaron guerras civiles importantes en Angola, Burundi, Camboya, Guatemala, Irán, Jordania, Líbano, Nicaragua, Pakistán, Filipinas, Rhodesia y Sri Lanka; sólo en una de ellas (Guatemala) se abstuvieron las potencias extranjeras de intervenir con medios sustanciales (Dunér, 1985:140). Al finalizar 1980 ardía la guerra en Filipinas, Angola, Guatemala, Afghanistán, El Salvador, Nicaragua, Camboya, Mozambique y Perú. En la mayoría de los casos, Estados Unidos, la Unión Soviética o Africa del Sur estaban al menos marginalmente implicados. Pese a que la década de 1980 trajo un cierto respiro en comparación con los decenios anteriores, la destructividad de la guerra Irán-Irak (posiblemente hasta un millón de muertos en batalla) y la continuación de otras luchas en esta década ofrece pocas probabilidades de que la terminación del siguiente intervalo, en 1991, pueda establecer una tendencia descendente.

El armamento disponible promete nuevos grados de destructividad, mientras la proliferación de armas nucleares amenaza con la extinción al mundo entero. En este momento, Estados Unidos, la Unión Soviética, el Reino Unido, Francia, China y la India tienen con seguridad su propio armamento nuclear. Además de éstos, Alemania occidental, Israel, Brasil, Argentina, Pakistán y Japón están elaborando plutonio, lo cual supone al menos que están a poca distancia de poseer capacidad militar nuclear. Entre los restantes Estados ostensiblemente no nucleares que no firmaron el tratado de no proliferación de armas nucleares de 1968 —y son, por consiguiente, candidatos activos al potencial nuclear— figuran España, Israel, Cuba y Africa del Sur. Aproximadamente el 10 % de los Estados reconocidos del mundo, incluidas las mayores potencias, pues, pueden desplegar armas nucleares o retienen el derecho a hacerlo. La guerra no va a hacerse más benigna con el paso del tiempo. (A. J. P. Taylor termina su trabajo, por lo demás de tono ligero, *How War Ends*,

con un escalofriante recordatorio de lo que supone el peligro nuclear: «Ahora bien, no hay por qué preocuparse. La Tercera Guerra Mundial será la última»: Taylor, 1985:118). Entre tanto, proliferan las guerras no nucleares.

El ascenso continuo de la guerra va emparejado con la fijación de las fronteras internacionales. Con unas pocas excepciones significativas, ha desaparecido la conquista militar a través de las fronteras, los Estados han dejado de enfrentarse por territorios disputados y las fuerzas fronterizas han dirigido sus esfuerzos hacia el control de la infiltración, en lugar de hacia la defensa frente a un ataque directo. Los ejércitos (y, si hablamos de ello, también las marinas y las fuerzas aéreas) se están concentrando progresivamente en la represión de la población civil, en combatir insurgentes y en tomar el poder. Como consecuencia, los gobiernos se hacen más inestables cuando sus fronteras se hacen más seguras. Debido a que los que controlan los Estados definen como enemigos a poblaciones enteras, las guerras generan cantidades de refugiados en proporción ingente (las estimaciones convencionales fijaban en 8 millones el número de refugiados de todo el mundo hacia 1970, y en 10,5 hacia 1980: Zolberg, 1981:21).

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial comenzó una nueva era de guerra y paz para el mundo entero, la década de 1960 ha constituido la mayor transición hasta el momento dentro de dicha era. A comienzos de los años sesenta se aceleraron la descolonización y el ingreso de nuevos Estados en el sistema internacional, las guerras civiles se intensificaron fuertemente en destructividad y proporción dentro de todas las guerras, el poder militar se consolidó en América Latina, Asia y Oriente Medio y las luchas militares por el control de los Estados africanos se multiplicaron rápidamente. La crisis de los misiles cubanos confirmó la aproximada igualdad estratégica de Estados Unidos y la Unión Soviética y estabilizó así mismo sus pretensiones respectivas a zonas de influencia mutuamente excluyentes en torno a sus propias fronteras. Y, sobre todo, los militares empezaron a participar de modo creciente en las luchas por el poder del Estado. Así pues, centremos nuestra atención en el lugar que el poder militar ocupa dentro de los Estados del Tercer Mundo.

El ascenso de los militares

Pese a que los trabajos sobre el ejército del Tercer Mundo han sido siempre más tentativos, y han estado más divididos, que los análisis sobre desarrollo político o económico, también en este caso los analistas occidentales han adoptado por lo general un modelo implícito de práctica política «madura». Según esta práctica, dicen, unos militares impecablemente profesionales ocupan un lugar importante pero claramente subordinado; el modelo se deduce directamente de la experiencia de la mayoría de los Estados europeos durante los últimos decenios de la formación del Estado. La labor del analista consistía, pues, en trazar la senda que debía o podía llevar desde la actual situación de los militares en Indonesia o el Congo a la situación apropiada para una democracia estable. Esta labor implicaba la tarea adicional de explicar las desviaciones de la vía elegida, en particular el desconcertante modo en que muchos territorios coloniales habían logrado la independencia formal agraciados con un gobierno ostensiblemente democrático y representativo, pero habían pasado rápidamente a un gobierno militar.

La mayoría de los analistas creían, junto a Edward Shils, que «el gobierno militar es una de las diversas alternativas practicables y aparentemente estables cuando se tambalean los regímenes parlamentarios y democráticos. Los obstáculos heredados, y los de nueva gestación, con que han tropezado estos regímenes son más determinantes que las aspiraciones de las élites militares de estos Estados, aunque éstas no dejen de tener importancia» (Shils en Johnson, 1969:9). Así pues, el desarrollo político y el desarrollo militar se funden en un solo problema. Ambas ideas se han disuelto actualmente en el excepticismo, la contradicción y la desesperanza.

En regiones del Tercer Mundo como Africa y el sur de Asia, el estudiante de historia occidental no puede dejar de observar aparentes disyunciones entre la existencia de ejércitos modernos y de apariencia occidental, por una parte, y el predominio de una política de corte militar que recuerda al Renacimiento; entre el aparato del gobierno representativo y el uso arbitrario del poder del Estado contra los ciudadanos; entre la formación de burocracias aparentemente convencionales y el uso generalizado de la organización gubernamental para el lucro individual. Estas disyunciones son más visibles en los Estados que han escapado al mandato colonial en fecha reciente que

en el resto del Tercer Mundo. Contrariamente a lo que en apariencia enseña la historia europea, la formación de gobiernos grandes, el mando arbitrario y la militarización parecen ir actualmente de la mano.

Hace 30 años, Samuel Huntington sostenía que el control civil de los militares se producían a través de dos procesos distintos, uno inestable y el otro estable. El proceso inestable era una lucha por el poder en que algún grupo civil subordinaba a los militares a una institución gubernamental, una constitución o una determinada clase social; Huntington le daba el extraño nombre de control «subjetivo». El control «objetivo», según él, resultaba de maximizar el profesionalismo militar y reconocer una esfera militar independiente exterior a la política. «Históricamente», decía Huntington, «la exigencia de un control objetivo ha provenido de la profesión militar, y la exigencia de control subjetivo, de los variopintos grupos civiles deseosos de maximizar su poder en asuntos militares». (Huntington, 1957:84-5.) De modo paradójico, los civiles que han buscado incrementar su propio poder interviniendo en la profesionalización militar han fomentado con ello la toma del poder por parte de los militares. Una ideología promilitar, un reducido poder político de los militares y un elevado profesionalismo militar, según esta hipótesis, fomentarían el control civil, mientras que una ideología anti-militar, un fuerte poder político de los militares y un reducido profesionalismo militar promocionarían el control militar.

La inserción del poder político de los militares en la explicación del control militar introduce un elemento de circularidad en la argumentación, pero podemos romper el círculo examinando los factores que, a juicio de Huntington, fomentan el poder político: la asociación personal de los militares con otros grupos de poder, la existencia de recursos bajo control directo de los cuerpos de oficiales, la interpenetración jerárquica de los cuadros de oficiales con las estructuras de poder civiles, el prestigio y la popularidad de los cuerpos de oficiales y sus líderes. Así, cabría suponer que un cuerpo de oficiales tendría un poder político relativamente escaso si estuviera reclutado principalmente fuera de las clases dirigentes, tuviera contados recursos no militares a su disposición, ocupara pocos puestos no militares y no gozara de gran adhesión popular.

Huntington escribía en un momento de optimismo en cuanto a la profesionalización de los ejércitos del Tercer Mundo y el fortalecimiento del predominio civil. Cinco años después de Huntington,

el escritor hispano-mexicano Víctor Alba insistía en esta nota de optimismo al declarar que el militarismo latinoamericano:

> ha llegado a la penúltima fase de su historia. En su fase última desaparecerá. Puede que esa época esté ya próxima. Alentados por las crecientes posibilidades de acción legislativa y diplomática, y por el aumento en el interés de las organizacioens internacionales, hay poderosos elementos en Latinoamérica que han convertido en preocupación central la eliminación del militarismo.
>
> (Alba en Johnson, 1962:165-6)

Pero el milenio ha estado remoloneando. Pese a la impresionante contención de los militares en Brasil y Argentina, el debilitamiento del régimen de Pinochet en Chile y el desgaste del gobierno personal de Alfredo Stroessner en Paraguay, nueve de los 24 Estados mayores de América Latina y el Caribe siguen otorgando amplios poderes y autonomía a sus fuerzas armadas. Entre bastidores, además, los militares de América del Sur siguen constituyendo una fuerza política a tener en cuenta.

Si lo consideramos como un pronóstico hecho hace 30 años, el análisis de Huntington indica que, en la medida en que han surgido ideologías promilitares, y en la medida en que el poder militar ha descendido y el profesionalismo militar ha aumentado en diversas partes del mundo, el control civil tendría que haberse hecho más efectivo. Si, por otra parte, el control militar está en realidad más extendido, tendríamos entonces que concluir que las ideologías antimilitares han ganado terreno, el poder político de los militares se ha incrementado y el profesionalismo militar ha disminuido. Hay algo en estas predicciones que no funciona: el control militar ha ascendido en los Estados de todo el mundo durante los últimos 30 años, pero aunque el poder político de los militares, según criterios de Huntington, se ha expandido sin duda, la ideología antimilitar no parece haberse hecho más prevaleciente, y es prácticamente seguro que el profesionalismo militar se ha intensificado. Para aclarar lo que ha sucedido, debemos analizar el lugar que ocupan en el sistema mundial los Estados con procesos de militarización.

Los militares de hoy en perspectiva histórica

Comenzando en el siglo XVI y terminando en fecha muy reciente, los Estados occidentales han integrado al resto del mundo en su sistema mediante la colonización, la formación de vínculos comerciales y las negociaciones directas. Los ingresos más recientes se incorporaron al sistema como actores independientes en virtud de la descolonización, y llegaron, por tanto, con estructuras administrativas, sistemas fiscales y fuerzas armadas creadas según modelos occidentales; los títulos, requisitos y uniformes de la antigua colonia se reflejan en estas influencias nacionales. Ahora bien, el reproducir un cuadro organizativo no suministra garantía alguna de que el nuevo Estado se conducirá como el antiguo. Y ello se advierte con máxima claridad en el comportamiento de los militares del Tercer Mundo. Los ejércitos de los países pobres recuerdan a los de los países ricos en muchos aspectos. Pero en términos generales intervienen en la vida política interior mucho más directa y frecuentemente, y con consecuencias más patentemente nocivas para los derechos de los ciudadanos. ¿A qué se debe esto?

Pensemos en la paradoja central de la formación del Estado europeo: que la prosecución de la guerra y del potencial militar, tras haber creado Estados nacionales como una suerte de producto secundario, generó un predominio civil en el gobierno y en la política nacional. Aquello ocurrió, según he sostenido, por cinco razones principales: porque el esfuerzo para levantar y sostener una fuerza militar llevó a los agentes del Estado a construir voluminosos aparatos extractivos dotados de personal civil, y aquellos aparatos extractivos llegaron a contener y constreñir a las fuerzas militares; porque los agentes del Estado negociaron con los grupos civiles que controlaban los recursos necesarios para una acción bélica efectiva, y al negociar otorgaron a los grupos civiles unos derechos a cumplir por el Estado, que limitaban aún más a los militares; porque la expansión de la capacidad del Estado en épocas de guerra procuró a aquellos Estados que no habían sufrido grandes pérdidas en la guerra una mayor capacidad al finalizar la misma, y los agentes de estos Estados aprovecharon la situación adoptando nuevos tipos de acción, o continuando otras que habrán comenzado como medidas de emergencia; porque los participantes en el esfuerzo bélico, incluido el personal militar, adquirieron derechos sobre el Estado que no hicieron valer durante la guerra debido a represión o a mutuo con-

sentimiento, pero que reactivaron con la desmovilización; y finalmente porque el endeudamiento de períodos de guerra produjo nuevos aumentos en la deuda nacional, lo cual generó a su vez burocracias de servicios y alentó una más intensa intervención del Estado en la economía nacional.

En una historia de Europa por dibujos, la narración se presentaría en cuatro escenas. En la primera, el rey lleva armadura y porta espada, va reclutando y capitaneando a su propio ejército y armada, que mantienen lealtad personal a su servicio. En la segunda, el rey viste un glorioso atuendo militar, pero acuerda con un *condottiere* la contratación de mercenarios para guerrear en las batallas. En la tercera escena, el rey, ataviado con regias vestiduras totalmente inadecuadas para batallar, consulta con generales y ministros de la guerra que ocupan puestos en una estructura compleja dominada por elementos civiles. En la última escena vemos a un rey (que puede ser ya un presidente o primer ministro disimulado) que luce traje de calle y está negociando no sólo con su personal, sino también con representantes debidamente constituidos de los grandes intereses civiles de la población en general. (Las cuatro escenas llevan los conocidos títulos de Patrimonialismo, Mediación, Nacionalización y Especialización.) Es verdad que la versión en dibujos del proceso de conversión civil describe experiencias nacionales diferentes con verosimilitud variable; se adapta mejor a la experiencia alemana que a la holandesa o la rusa. Pero sirve como resumen esquemático de dicho proceso en los Estados europeos.

Otro rasgo general de la formación del Estado en Europa merece también atención. Las relaciones con otros Estados tuvieron una parte importante en la formación de todo Estado, aunque sólo fuera porque las guerras y los acuerdos de guerra afectaron significativamente su estructura y sus fronteras. Con todo, las estructuras organizativas de los primeros Estados nacionales se configuraron principalmente como consecuencia de las luchas entre los aspirantes a soberanos y las gentes a las que querían gobernar. Al solidificarse el sistema europeo de Estados, sin embargo, grupos enteros de Estados empezaron a decidir el resultado de las guerras, y por consiguiente las estructuras organizativas de los Estados que surgían de ellas. Así, las fuerzas de Napoleón reorganizaron drásticamente los Estados que iban conquistando, y el Congreso de Viena rehizo el mapa para incluir al anteriormente inexistente reino de los Países Bajos, además de a una Prusia fuertemente reconformada, Cerdeña, Baviera, Baden

y Austria. Europa pasó de un proceso relativamente «interno» de formación del Estado a otro relativamente «externo».

El giro hacia lo externo se mantuvo hasta el siglo XX. Una sola mirada a los procesos de formación del Estado en el siglo XX nos revela que son triplemente externos: muchos nuevos Estados nacionales se formaron como posesiones coloniales de otros Estados, en especial Estados europeos; muchos construyeron sus instituciones de gobierno bajo la influencia de otra potencia mucho mayor; y los conciertos entre naciones —siendo las Naciones Unidas su última encarnación— han ratificado y, en cierta medida, mantenido su existencia como miembros independientes del sistema internacional de Estados. Una de las consecuencias es la decreciente flexibilidad de las fronteras estatales en el siglo XX. Salvo como parte de un general acuerdo de paz negociado por muchos Estados, es cada vez menos probable que se pueda lograr un nuevo y decisivo trazado del perímetro de un Estado a través de la conquista. En nuestros días, Guatemala reclama todo Belice y Venezuela parte de Guyana, pero otros Estados de las Américas no están dispuestos a tolerar la anexión territorial en ninguno de los dos casos. Aunque las guerras, de guerrillas u otra índole, siguen produciéndose con bastante frecuencia, muchos Estados no se enfrentan a ningún peligro militar serio del exterior. Ello significa que muchos ejércitos tienen escasas perspectivas de entrar en guerra. Estos ejércitos se especializan en el control interno.

Los militares del Tercer Mundo han recurrido específicamente a modelos, ayuda y formación europeos o norteamericanos en grado mucho mayor de lo que ha sido la mutua intervención de los Estados europeos en la formación de sus ejércitos. En América Latina, por ejemplo, antes de la Segunda Guerra Mundial, Francia y Alemania formaron a muchos de los oficiales de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Perú. Después de la guerra, Estados Unidos se arrogó esta labor (Nunn, 1971). Esta clase de intervención exterior dio a los militares latinoamericanos una excepcional maniobrabilidad frente a sus potenciales rivales y presuntos enemigos.

En Europa, la imposición externa de formas de Estado se produjo sin impacto alguno manifiesto sobre la estabilidad de los regímenes. La mayoría de los Estados formados a partir de las ruinas de los imperios otomano y austro-húngaro lograron, sin duda, un afianzamiento de la democracia estable más vacilante que sus vecinos del norte, y cabría argumentar que hay una relación entre la forma-

ción tardía del Estado nacional y una cierta vulnerabilidad al fascismo en Alemania e Italia. Pero en el norte de Europa, la retardada independencia de Finlandia, Noruega y las repúblicas bálticas no les impidió establecer regímenes relativamente sólidos (véase Alapuro, 1988).

En el mundo posterior a 1945, no obstante, la relación entre imposición externa e inestabilidad parece haberse incrementado. Allí donde la habilidad de los gobernantes para obtener rentas de la exportación de productos o de la ayuda militar de una gran potencia les ha permitido evitar la negociación con la población subordinada han surgido grandes edificios de Estado con ausencia de un consentimiento o una adhesión significativos de los ciudadanos. Careciendo de vínculos fuertes entre determinadas instituciones estatales y las principales clases sociales de la población, aquellos Estados se han hecho más vulnerables a las tomas de poder por la fuerza y a cambios bruscos en la forma de gobierno. Entre los Estados más pobres del mundo que eran ya independientes en 1955, por ejemplo, una mayor proporción de gastos gubernamentales en el Producto Nacional Bruto (posiblemente resultado de la influencia externa) pronosticaba ya cambios de régimen más frecuentes en los 2 decenios siguientes, del mismo modo que la mayor frecuencia de los cambios de régimen entre 1950 y 1960 pronostican una mayor proporción de gasto gubernamental en los 15 años subsiguientes (Thomas y Meyer, 1980). Semejantes circunstancias fomentan la progresiva expansión militar y las intentonas militares para tomar el poder.

Lo más probable es que la relación entre influencia externa e inestabilidad política sea curvilínea, donde la inestabilidad es más alta en los niveles intermedios y/o cambiantes de control externo. La relación entre influencia externa y control militar, por otro lado, es muy directa. La forma extrema de influencia externa es la ocupación militar; mientras ésta perdura, el régimen ocupado tiende a permanecer en su sitio. La Segunda Guerra Mundial difiere de anteriores guerras generales por no haber concluido con un acuerdo también general; se permitió que la ocupación militar de Alemania, Austria, Japón, Corea y otros lugares se prolongara durante varios años. En el período de postguerra, las grandes potencias occidentales —de modo incomparable, la Unión Soviética y Estados Unidos— mantuvieron tropas en el exterior en cantidades sin precedentes. En 1987 eran 29 los Estados que tenían tropas oficialmente destinadas en territorio de otro Estado. Estados Unidos tenía 250.000 soldados

en Alemania Occidental, 54.000 en Japón y 43.000 en Corea del Sur, mientras que la Unión Soviética había enviado 380.000 a Alemania Oriental, 110.000 a Afganistán, 65.000 a Hungría y 60.000 a Checoslovaquia. La Unión Soviética era la mayor potencia ocupadora:

URSS: 730.090 soldados en el exterior
USA: 492.000
Vietnam: 190.000
Reino Unido: 89.500
Francia: 84.450
Cuba: 29.250

Las sorpresas las proporcionan Vietnam (con una estimación de 140.000 soldados en Camboya y otros 50.000 en Laos) y Cuba (con 27.000 en Angola y otras fuerzas distribuidas por el Congo, Nicaragua y Yemen: Sivard, 1988:12-13). Aunque los Estados dominantes mandaban en ocasiones tropas para impedir o invertir transferencias de poder, en líneas generales su presencia reducía mucho las probabilidades de nuevos cambios de régimen.

La expansión militar

Las inversiones militares de los Estados de todo el mundo están incrementándose rápidamente. Tras la desmovilización que siguió a la Segunda Guerra Mundial, los gastos militares se han elevado de modo impresionante sobre una base per cápita, especialmente en el Tercer Mundo. Entre 1960 y 1987 —dejando márgenes para la inflación— los gastos militares per cápita aumentaron casi un 150 %, mientras que el PNB per cápita se elevó solamente alrededor de un 60 % (Sivard, 1988:6). En los países más ricos del mundo, sin embargo, los presupuestos militares han descendido de hecho, desde aproximadamente un 6,9 % del PNB en 1960 a alrededor del 5,5 % en 1984; en países más pobres, el porcentaje ha ascendido de 3,6 a 5,6 %; el mundo pobre está gastando ahora una mayor porción de sus magras rentas en armas y ejércitos que la proporción de sus mucho más abundantes ingresos dedicada por el mundo rico a este fin. (Los «países ricos» incluyen Alemania Occidental, Alemania Oriental, Australia, Austria, Bélgica, Bulgaria, Canadá, Checoslovaquia, Dinamarca, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Holanda, Hungría, Islandia, Irlanda, Israel, Italia, Japón, Luxemburgo, Nueva Zelanda, Noruega, Polonia, el Reino Unido, Rumania, Sue-

cia, Suiza y la URSS. Los «países pobres» son todos los Estados restantes.)

Las regiones del mundo varían mucho en cuanto a lo que dedican a gastos militares. El cuadro 7.2 ofrece los detalles. En gasto per cápita los más derrochadores del mundo en 1984 eran Norteamérica, los países del Pacto de Varsovia y Oriente Medio, mientras que en proporción del PNB invertido en fuerzas armadas, Oriente Medio superaba a todo el resto del mundo. Los campeones de este dudoso concurso eran Irak, con una estimación del 38,5 % del PNB dedicado a actividades militares; Omán, con un 27,9 %; Israel, con un 24,4 %; Arabia Saudí, con un 22 %; Yemen del Norte y del Sur, con 16,9 y 15,1 %, respectivamente; Siria, con 14,9 %, e Irán, con 14,6 %; hasta llegar a este punto la lista no se aparta de Oriente Medio para mirar hacia Angola, la URSS, Mongolia, Libia, Nicaragua y Etiopía. Al examinar 60 países del Tercer Mundo en 1960, 1970 y 1980, Su-Hoon Lee halló que los factores que más fuertemente pronosticaban un ascenso del gasto militar eran, primero, la

CUADRO 7.2. *Gastos militares y potencial militar de las regiones del mundo, 1972-1986*

Región	Gasto militar per cápita ($USA)			Gasto militar como porcentaje del PNB			Porcentaje de Estados bajo control militar		
	1972	1978	1984	1972	1978	1984	1978	1983	1986
Norteamérica	346	468	935	6,3	4,9	6,1	0,0	0,0	0,0
Latinoamérica	12	22	31	1,9	1,5	1,6	54,2	54,2	37,5
Europa en OTAN	108	237	280	3,8	3,6	3,8	7,1	7,1	7,1
Pacto de Varsovia	204	311	631	9,0	8,2	9,6	0,0	14,3	14,3
Resto Europa	56	121	181	2,8	2,3	2,4	0,0	0,0	0,0
Oriente Próximo	55	250	441	12,2	12,2	17,9	25,0	37,5	37,5
Sur de Asia	4	5	9	4,0	2,8	3,5	50,0	50,0	50,0
Extremo Oriente	12	30	34	3,3	2,7	2,8	62,5	62,5	56,2
Oceanía	98	156	276	3,1	2,4	3,0	0,0	0,0	0,0
Africa	7	22	30	3,0	3,6	3,9	52,3	51,1	64,4
El mundo	58	97	161	5,4	4,5	5,6	38,3	40,1	40,8

Fuente: Ruth Leger Sivard, *Word Military and Social Expenditures*, ediciones de 1974, 1981, 1983 y 1988.

participación en una guerra inter-Estados y, segundo, la dependencia del comercio exterior (Lee, 1988:95-111). Este resultado resalta las vulnerables situaciones de los Estados de Oriente Medio, donde se cruzan el petróleo y la guerra.

De modo similar, las fuerzas armadas se han mantenido en cantidades bastante constantes en las partes más ricas del mundo desde 1960, si bien se han disparado los gastos por soldado de tierra o aire y por marinero, mientras que en los países pobres se ha duplicado aproximadamente el número de tropas desde 1960 (Sivard, 1986:32). En 1960, un 0,61 % de la población mundial servía en el ejército; en 1984 la cifra había descendido ligeramente a 0,57. En los países pobres, no obstante, la proporción se ha elevado de 0,39 a 0,45; los países ricos siguen teniendo mayor proporción de soldados regulares, pero la cantidad está descendiendo mientras asciende en los países pobres. Entre 1964 y 1984, por ejemplo, las fuerzas militares de Guyana (excluida la policía) aumentaron de 0,1 a 1,8 % de la totalidad de la población (calculado a partir de Danns, 1986:113-14); en otros puntos se produjeron similares expansiones cuando las antiguas colonias pasaron de unas rudimentarias fuerzas de orden dejadas por la potencia imperial saliente, a plenos ejércitos, milicias y marinas. Oriente Medio es hoy la primera región del mundo en cuanto a proporción entre militares y población civil, seguida por los países del Pacto de Varsovia y Norteamérica. Como campeones individuales aparecen Vietnam (2,1 %), Irán (2,4 %), Siria (2,7 %), Irak (3,5 %) e Israel (4,3 %); un 4,3 % significa una persona de cada veintitrés, incluidos mujeres, hombres y niños. Este nivel se aproxima a la intensa militarización de Suecia a comienzos del siglo XVII.

Las pautas mundiales del flujo de armamentos, además, se han alterado significativamente en el último cuarto de siglo. El volumen mismo de las exportaciones ha aumentado rápidamente, multiplicándose desde aproximadamente 2,5 billones de dólares en 1960 hasta 37,3 billones en 1983 (Sivard, 1986:32). Fomentado por la ayuda militar de las grandes potencias, las armas están dirigiéndose progresivamente hacia el Tercer Mundo. A partir de un sistema en que los grandes envíos de armamento iban primordialmente desde un punto del mundo occidental a otro, ha surgido un sistema en que los países ricos exportan a los países pobres. En 1965, las partes más pobres del mundo recibían en torno a un 55 % de todos los envíos internacionales de armas; hacia 1983, la proporción era del 77 %. (Es cierto que por entonces Brasil e Israel comenzaban a competir

activamente en el mercado mundial de armas y Argentina empezaba a construir una considerable industria armamentística propia, pero ninguno de ellos había desafiado aún el predominio de Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia o Gran Bretaña en la venta de armamento.) En aquel momento, los países de Oriente Medio importaban armas por un valor aproximado de 106 dólares anuales per cápita, frente a los 19 de Oceanía y los 11 de la OTAN europea. En realidad, los Estados de Oriente Medio, muchos de los cuales podían pagar en petróleo, recibían alrededor de la mitad de todos los envíos de armamento al Tercer Mundo.

Pero Oriente Medio no era la única región compradora. Rachel Tanter resume así el resto de Asia:

> No hay lugar en la Tierra que haya sufrido mayores sufrimientos a manos de la violencia organizada: de los 10,7 millones de personas del mundo entero que murieron por causas relacionadas con la guerra entre 1960 y 1982, casi la mitad eran asiáticos. Incluso después del final de la segunda guerra de Indochina en 1975, seguían llegando armas a la región, y en niveles tan altos como anteriormente, y muchas veces mayores. Más aún, los gobiernos militares de Asia se han convertido en la norma en lugar de la excepción, y han logrado una mayor penetración en el tejido social que en anteriores períodos. Los sistemas armamentísticos importados a la región desde sus productores industrializados y la cantidad creciente de armas sofisticadas producidas en el interior tienen una potencia destructora cada vez mayor.
>
> (Tanter, 1984:161)

Entre 1972 y 1981, de todos los Estados asiáticos no situados en Oriente Medio sólo descendieron los gastos militares de Birmania, en dólares constantes; los gastos militares aumentaron al menos un 50 % en las dos Coreas, Taiwan, Indonesia, Malasia, Filipinas, Tailandia, Afganistán, Sri Lanka y Bangladesh. En Asia y otros lugares, la escala de la actividad militar se está incrementando prácticamente en todas sus dimensiones.

Los militares en el poder

Estando en crecimiento las estructuras militares, ¿continúa el proceso de conversión civil que la experiencia europea podría inducirnos a esperar? Hay algunos indicios de que no es así. Supongamos

que denominamos «control militar» a la presencia de cualquiera de los siguientes ingredientes: puestos políticos directivos clave ocupados por oficiales militares, existencia de la ley marcial, autoridad extrajudicial ejercida por fuerzas de seguridad, carencia de control político central sobre las fuerzas armadas u ocupación por parte de fuerzas militares extranjeras (Sivard, 1986:24; para un conjunto de criterios más complejo, pero también de más difícil aplicación empírica, véase Stepan, 1988:93-127). La ausencia de todos estos elementos supone el control civil del Estado; la conversión civil se produce cuando ocurre alguna de estas cosas:

- descenso de oficiales militares en la dirección política;
- fin de la ley marcial;
- contención de la autoridad extrajudicial de las fuerzas de seguridad;
- aumento del control central sobre las fuerzas armadas;
- fin de la ocupación por parte de fuerzas armadas extranjeras.

En Oriente Medio, Irán, Irak, Jordania, Líbano, Siria y la República Arabe del Yemen cumplen las condiciones de control militar; en América Latina, Chile, Colombia, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay; en Europa, solamente Turquía y quizá Polonia. Como se desprende de la lista, estos criterios abarcan una serie de Estados que no tienen gobiernos militares en el sentido estricto de la expresión, y el resto se basa en juicios debatibles sobre el poder y autonomía de las fuerzas armadas. En Guatemala, por ejemplo, un gobierno civil elegido ha gobernado nominalmente desde 1985. En el centro indio de Nebaj, sin embargo, un trabajador religioso dijo a Stephen Kinzer: «aquí tenemos alcalde, tenemos concejales y tenemos aparato legal. Pero no cabe nunca la menor duda de que el Ejército tiene precedencia. Ninguno de los que han sido elegidos tiene autoridad alguna sobre nadie que lleve uniforme. Aquí las elecciones no tienen el menor efecto» (Kinzer, 1989:34). La mayoría de los casos latinoamericanos pertenecen a esta zona gris: democracia formal, poder militar. Ahora bien, si precisáramos más los criterios, la tendencia y la distribución regionales de los Estados militares no cambiarían sustancialmente.

La expresión «control militar» es aplicable, claro está, a muchos tipos diversos de regímenes. Thomas Callaghy niega que Zaire, pese a estar dirigido por el general Mobutu, viva bajo un gobierno mili-

tar. Sostiene Callaghy que las diferencias entre jefes de estado militares o civiles tienen una importancia menor comparadas con las propiedades comunes del «Estado administrativo autoritario, orgánico-estatista, fuertemente influido por una tradición centralista y corporativista colonial, que se sostiene, muchas veces de modo disperso e inestable, gracias a un fuerte mando personalista» y que está convirtiéndose en el principal tipo africano (Callaghy, 1984:45). Pero admite que los militares tienen excepcionales oportunidades para tomar el poder en Africa. «Estas fuerzas militares claramente características de comienzos de la época moderna y escasamente institucionalizadas», afirma, «son, no obstante, *relativamente* fuertes en el contexto africano de Estados y sociedades con rasgos de principios de la época moderna» (Callaghy, 1984:44). Así pues, en Africa como en el resto del Tercer Mundo, la expansión militar parece fomentar, en lugar de disuadir, los gobiernos militares. El proceso no avanza en el mismo sentido que en Europa.

Según los criterios que expuse anteriormente, en torno al 40 % de los Estados del mundo viven hoy bajo control militar, y la proporción va elevándose lentamente. Las variaciones de una región a otra son enormes: en América Latina alrededor del 38 % de todos los gobiernos son militares, y esta proporción va en descenso (tras un rápido ascenso en la década de 1960 y principios de la de 1970); 38 % en Oriente Medio, habiendo aumentado desde el 25 % de los años 1970; un 50 % estable en el sur de Asia, un 60 % de ligera fluctuación en Extremo Oriente, 64 % y en ascenso en Africa. El poder militar, de una variedad u otra, se ha convertido en la forma habitual de gobierno de gran parte del Tercer Mundo, notablemente en el sur de Asia, el este de Asia y Africa. La proporción de Estados bajo control militar de una región dada guarda correlación con la fecha, más o menos reciente, de su descolonización. Muchos Estados recientes apenas han conocido otra cosa que gobiernos militares desde que cobraran, o recobraran, su soberanía. Los habitantes de Ghana han vivido bajo la autoridad militar durante 18 de sus 30 años de independencia y han sufrido cuatro golpes de Estado importantes en su transcurso.

Pero no todos los Estados militares son Estados nuevos. La mayoría de los Estados latinoamericanos, entre ellos los gobernados por militares, han existido como unidades formalmente independientes desde comienzos del siglo XIX; en realidad, son anteriores a la mayoría de los Estados de Europa. También Thailandia proporciona

un caso clásico de gobierno militar. Siam, como era entonces llamado, se destacaba en la década de 1930 por su gobierno militar. En 1932, los militares derrocaron a la monarquía y han dirigido el Estado la mayor parte del tiempo desde entonces. De los 50 años que median entre 1932 y 1982, hubo primeros ministros que eran oficiales militares en 41; en este período, Siam/Tailandia sufrió nueve golpes de Estado victoriosos y otros siete frustrados; los golpes e intentos de golpe se concentran desproporcionadamente en el período a partir de 1945 (Chinwanno, 1985:114-15). Con la generosa ayuda de Estados Unidos, los militares tailandeses han expandido su fuerza en nombre del anticomunismo. Entre 1972 y 1982, las fuerzas armadas aumentaron desde aproximadamente 30.000 hombres a alrededor de 233.000 —un incremento de siete veces más— sin incluir la estimación de 500.000 reservistas y los 600.000 de fuerzas paramilitares (Chinwanno, 1985:115). Estas fuerzas dirigen numerosos programas de desarrollo rural y promueven la formación de grupos paramilitares para combatir a la guerrilla comunista.

Hubo un tiempo en que los tailandeses eran una anomalía. Pero ahora son ya muchos los Estados que se han puesto a su altura. Empleando criterios similares a los de Ruth Sivard, Talukder Maniruzzaman (1987:221-2) ha calculado la proporción total de años de independencia de 61 Estados del Tercer Mundo, entre 1946 y 1984, durante los cuales tuvieron gobiernos militares. Las primeras posiciones son las siguientes:

80-100 %: China/Taiwan, Thailandia, El Salvador, Nicaragua, Argelia, Egipto, Zaire, Burundi, Siria.

60-79 %: Paraguay, Sudán, Alto Volta, Argentina, Benin, República Centroafricana, Togo, Guinea Ecuatorial, Guatemala, Irak, República Popular del Congo, Mali, Birmania, República de Corea, Brasil, Somalia, Bangladesh, República Arabe del Yemen.

40-59 %: Nigeria, Pakistán, Perú, Ghana, Indonesia, Granada, Honduras, Madagascar, Bolivia, Panamá, República Dominicana, Libia, Kampuchea, Suriname, Níger.

Maniruzzaman ha omitido casos como el de Haití, donde la familia Duvalier no sólo ha adoptado títulos militares, sino también ha utilizado ejércitos públicos y privados para aterrorizar a la población civil; así pues, subestima el predominio del control militar.

Desde 1946, el Estado medio del Tercer Mundo ha pasado más de la mitad de sus años de independencia en manos de militares.

Al aumentar el poder de los militares, aumentó también la frecuencia de los golpes de Estado en el Tercer Mundo. La figura 7.2 ilustra este primordial mensaje: el incremento de los intentos de golpe militar va de los ocho o diez —alrededor de la mitad de ellos victoriosos— ocurridos en algún lugar del mundo en la década de 1940, hasta aproximadamente el doble, con una similar tasa de éxitos, durante la década de 1970. A diferencia de las guerras civiles, los golpes de Estado se han producido por lo general sin implicación manifiesta de potencias externas. En estos cuarenta años, las potencias extranjeras intervinieron para promover alrededor del 7 % de todos los intentos de golpe, y para disuadir otro 4 % (David, 1987:1-2). Estas cifras significan, claro está, que casi el 90 % de todos los golpes militares del mundo se produjeran *sin* sustancial intervención del exterior.

Los golpes se multiplicaron debido parcialmente a que se multiplicaron los Estados independientes. La figura 7.3, donde se compara el número de intentos de golpe y de golpes victoriosos con el número de miembros de la ONU año por año, muestra que las

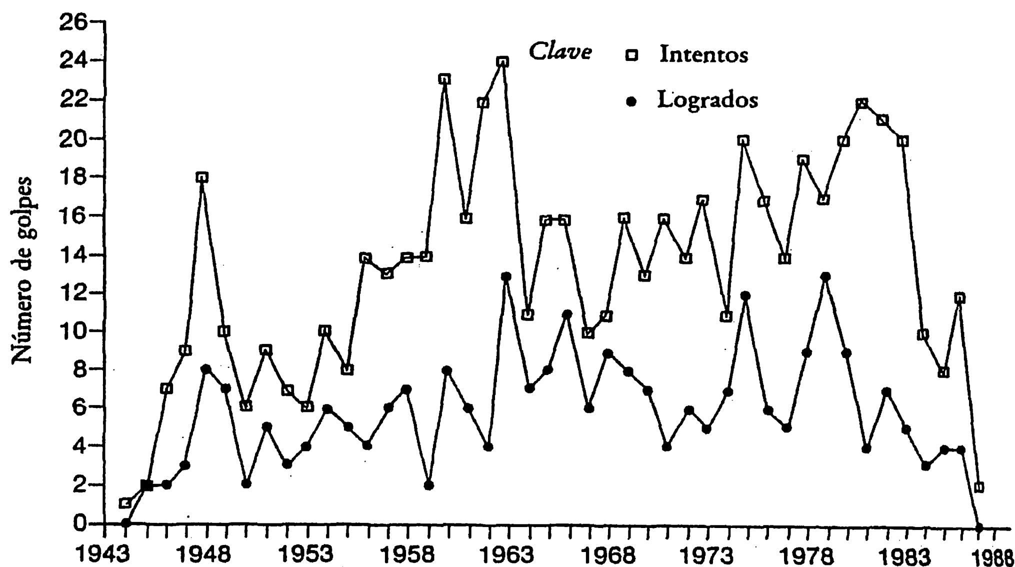


FIGURA 7.2. *Golpes militares, 1944-1987*

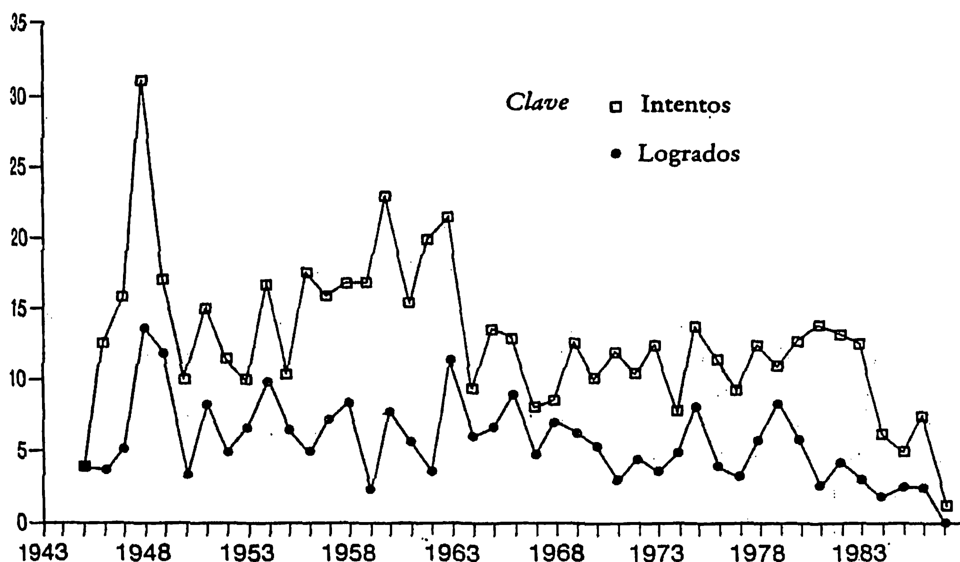
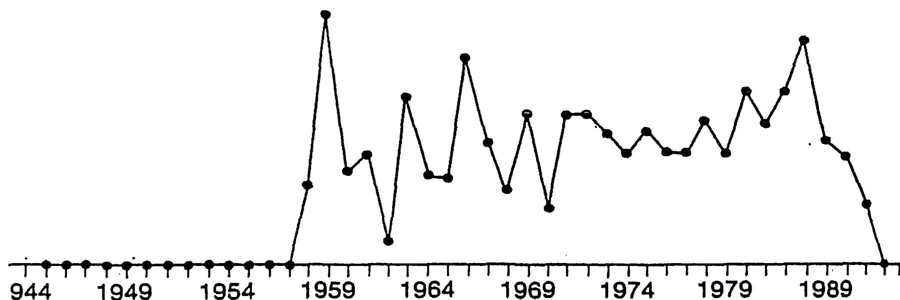


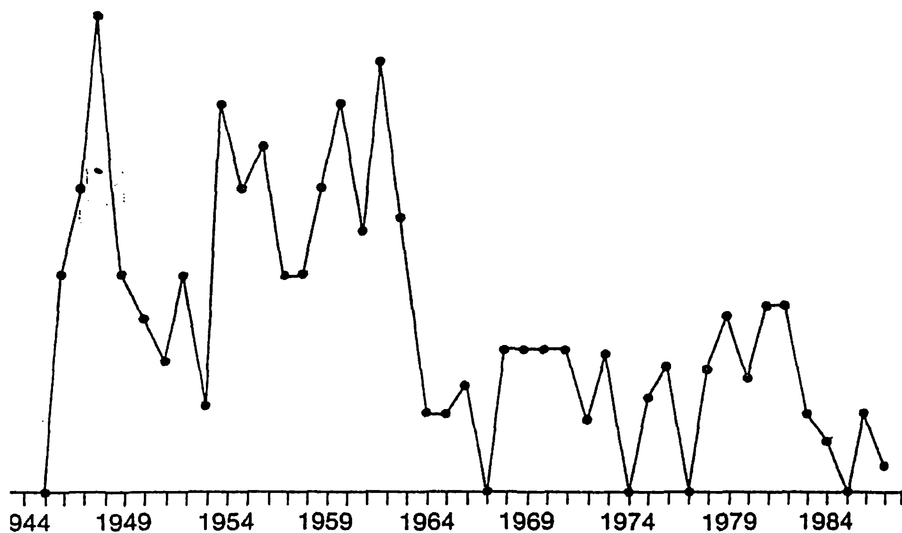
FIGURA 7.3. *Golpes por cada 100 Estados, 1944-1987*

frecuencias por Estado eran más elevadas antes de la incorporación de nuestros Estados asiáticos y africanos en los años 1960, que después. En las figuras 7.4 a 7.6 se especifica lo que estaba ocurriendo: en América Latina, Oriente Medio y Asía, los golpes oscilaban ampliamente en torno a un promedio de uno al año por cada tres Estados hasta aproximadamente 1964, después se estabilizaron en uno anual por cada cinco o diez Estados. En Africa, no obstante, los golpes ascendieron en frecuencia pasando de ninguno durante el período de dominio europeo continuado, a las frecuencias de golpes más elevadas del Tercer Mundo desde 1959 en adelante. Ello no significa, sin embargo, que la frecuencia creciente de golpes sea un espejismo estadístico. Por el contrario: significa que los Estados que han ingresado en las Naciones Unidas a partir de 1960 eran desproporcionadamente vulnerables a los golpes militares.

Nada sorprende que la geografía de los golpes se corresponda con la geografía de los gobiernos militares. Desde 1980 hasta 1987, los intentos de golpe del mundo se produjeron en España, Yemen del Norte, Yemen del Sur, Egipto, Bahrein, Siria, Líbano, Bangladesh, Thailandia, Indonesia, Filipinas, Corea del Norte, Bolivia, Su-



JRA 7.4. *Intentos de golpes por cada 100 Estados, Africa, 1944-1987*



ΊRA 7.5. *Intentos de golpe por cada 100 Estados, América Latina, 1944-1987*

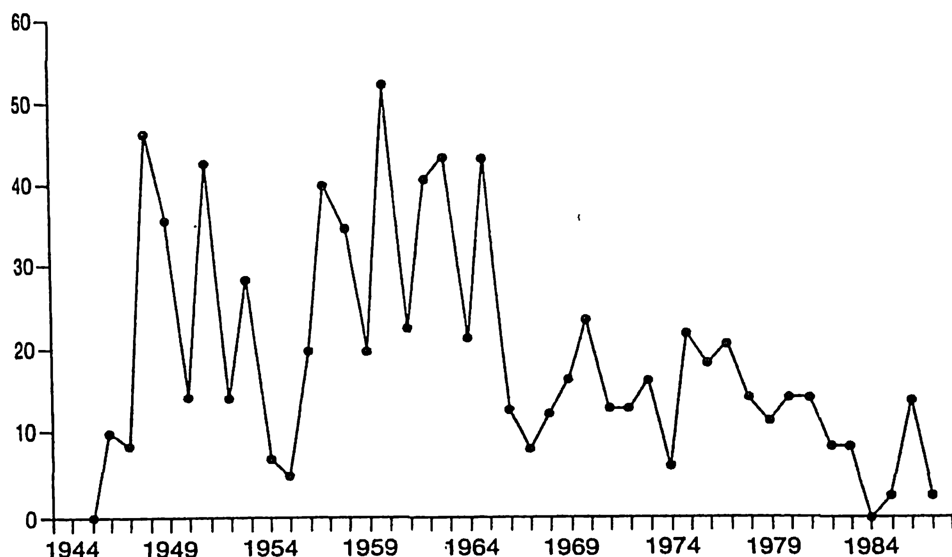


FIGURA 7.6. *Intentos de golpe por cada 100 Estados, Asia y Oriente Medio, 1944-1987*

rinam, Argentina, Haití, Guatemala, Panamá, Grenada, Sudán, Mauritania, Guinea Ecuatorial, Liberia, Gambia, República Centroafricana, Seychelles, Ghana, Zimbaue, Chad, Somalia, Kenya, Alto Volta, Tanzania, Togo, Swazilandia, Camerún, Níger, Lesotho, Nigeria, Guinea-Bissau, Comores, Guinea y Uganda; los insurgentes militares llegaron a hacerse con el poder en Yemen del Sur, Bangladesh, Filipinas, Argentina, Surinam, Guatemala, Bolivia, Grenada, Panamá, Haití, República Centroafricana, Ghana, Chad, Alto Volta, Nigeria y Guinea; se advierte una desproporcionada concentración de golpes, y en especial de intentos de golpe, en Africa.

Si el aparente desfase entre intentos y victorias a partir de 1980 representa realmente un cambio definitivo o no, es algo que habrá que ver. Hasta el momento, el efecto neto de los cambios desde la Segunda Guerra Mundial ha sido un masivo incremento en la parte de Estados independientes del mundo controlados por militares más o menos directamente. Los cálculos de Maniruzzaman muestran que las vueltas a un gobierno civil tras un gobierno militar fueron más escasas que los golpes militares en todos los intervalos desde 1946 a 1981, y que quedaron iguales, seis de cada uno, en 1982-84. En

América Latina, el giro hacia el control civil del Estado parece ir a la par del descenso en la frecuencia de los golpes militares (en sí mismo resultado de la instalación de régimenes militares relativamente estables) que se inició en los años sesenta. América Latina ha atravesado tres etapas desde la Segunda Guerra Mundial: un período de luchas constantes por el poder del Estado, que resultó en un aumento neto en la militarización (1945 a comienzos de los años 1960); un período de gobierno militar relativamente estable (década de 1960 a fines de la década de 1970); y un período de parcial reducción del poder militar (a partir de 1980). Dado que se han repetido los anuncios prematuros de una vuelta a gobiernos civiles en Latinoamérica, no podemos confiar en que la inversión comenzada en 1980 se continúe (Rouquié, 1987:2-3). Los Estados de Asia, Africa y Oriente Medio, en todo caso, parecen haberse asentado en formas más estables de gobierno militar; hasta el momento, la reducción en la frecuencia de los golpes no implica liberación del poder militar.

Los Estados del Tercer Mundo, pues, se han militarizado fuertemente desde la Segunda Guerra Mundial; con la excepción de América Latina, no tenemos ningún indicio claro de que la tendencia esté remitiendo y tomando cuerpo un proceso de conversión civil. Si es así, el mundo tiene motivos para preocuparse: no sólo porque significa que son erróneas nuestras viejas ideas sobre la «maduración» de los Estados nacionales en virtud de la experiencia, no sólo por el riesgo de que una guerra del Tercer Mundo pueda suponer el uso de armas nucleares, o inducir una confrontación de grandes potencias, sino también porque control militar y violencia del Estado contra el ciudadano van unidos.

Consideremos la violencia oficial contra los ciudadanos en forma de tortura, brutalidad, secuestros y asesinatos políticos. En el Tercer Mundo en general, según las clasificaciones de Ruth Sivard, la mitad de todos los Estados bajo poder militar empleaban la violencia contra sus ciudadanos «con frecuencia», mientras que sólo un quinto de los Estados no militares lo hacían. Las diferencias son más marcadas en América Latina, Oriente medio y Extremo Oriente que en el sur de Asia y en Africa. De modo similar, las restricciones del derecho a votar son significativamente más comunes en los Estados del Tercer Mundo militares que en los no militares. La relación parece, además, una de causa y efecto: cuando los militares suben al poder, fallan los derechos civiles y humanos. Todo el que valore la repre-

sentación política y la protección de los ciudadanos frente a los abusos del poder del Estado ha de sentirse preocupado por la militarización mundial.

¿Cómo han logrado el poder los militares?

Si, tras muchos siglos de tendencia hacia el gobierno civil en el sistema europeo de Estados, aquellos que se han incorporado al sistema recientemente avanzan hacia gobiernos militares, ¿qué podría explicar este cambio? Seamos muy claros: dada la variedad de los Estados del Tercer Mundo, no hay una sola explicación que pueda dar cuenta en detalle del ascenso de la autoridad militar en cada país. En el caso del Africa sub-sahariana, Samuel Decalo niega que la fuerza y coherencia de los militares guarde relación alguna con su gran propensión a competir por el poder nacional; por el contrario, afirma, «muchos ejércitos africanos [consisten en] una *coterie* de campos armados diferenciados que deben una lealtad primordialmente clientelista a un puñado de oficiales de rangos diversos en mutua competencia, inflamados por toda una variedad de agravios corporativos, étnicos y personales» (Decalo, 1976:14-15), impulsándoles su rivalidad interna hacia intentos de golpe, mientras que Maxwell Owusu (1989) inserta el golpe postindependencia de Ghana en una larga tradición de rebeliones populistas contra jefes indignos. Ruth Collier señala, no obstante, que los militares africanos han tomado el poder con mayor frecuencia en los Estados donde una facción imponía un gobierno unipartido sobre las demás, o donde aparecía un sistema multipartido que representaba a numerosas etnias en el momento de la independencia, que en aquellos Estados donde el predominio de un solo partido se produjo mediante un éxito electoral anterior a la independencia (Collier, 1982:95-117). La coexistencia de cadenas múltiples de patronos-clientelas y la fragmentación étnica hacen, al parecer, más vulnerables al poder militar a los Estados africanos, pero dentro de los límites fijados por las coaliciones y partidos nacionales.

Sea como fuere, esta explicación tiene mucho menor peso en el sur de Asia, América Latina y Oriente Medio. Con respecto a Lationamérica, según J. Samuel Fitch:

Ha surgido un progresivo consenso en torno a las precondiciones de los

golpes militares. Estos se producen cuando los oficiales del ejército creen que existe una situación de crisis. Los desórdenes públicos y la opinión pública hostil al gobierno, las amenazas a los intereses institucionales de los militares, las violaciones de la constitución por parte de presidentes civiles, la evidente incapacidad de la administración vigente para enfrentarse a crisis económicas graves, o una considerable «amenaza comunista», intensifican la impresión de crisis de los militares. Las ambiciones personales y las relaciones personales pueden influir sobre oficiales determinados, pero la decisión de organizar un golpe militar es, por lo general, una decisión institucional, que refleja la valoración colectiva de la actuación del gobierno dentro de las filas superiores de las fuerzas armadas en su conjunto.

(Fitch, 1986:27-8)

A escala mundial, pues, tan sólo podemos aspirar a enumerar las condiciones que hacen más fácil o más probable el gobierno militar, antes de mirar hacia la historia particular de Estados y regiones para examinar las vías exactas que llevan a la hegemonía militar. Se configuran tres posibilidades principales:

Primera, las instituciones dominadas por elementos civiles pueden estar fallando en el Tercer Mundo con frecuencia suficiente para que los militares ocupen el poder por defecto. Hace 25 años, los analistas políticos occidentales que advirtieron la creciente intervención del ejército en la política civil del Tercer Mundo se inclinaban por esta explicación.

Segunda, el desproporcionado apoyo otorgado por las potencias exteriores a las organizaciones militares del Tercer Mundo podría estar prestando a dichas organizaciones una fuerza mayor frente a sus competidores dentro de sus propios Estados. Los críticos radicales de los programas de ayuda militar norteamericana formulan muchas veces esta explicación.

Tercera, es posible que el proceso de negociación y de contención de los militares que tuvo lugar en occidente de modo generalizado no se esté dando porque los Estados adquieren sus medios militares de las grandes potencias exteriores a cambio de productos o subordinación política. O quizá estén ocurriendo las tres cosas simultáneamente.

Carecemos de evidencia fiable en cuanto a cuál de las tres posibilidades esté produciéndose. Un análisis pormenorizado de la intervención militar en política en los 35 Estados africanos, entre 1960 y 1982, indica que fomentaron la intervención estos factores:

dominio sobre el ejército de un solo grupo étnico;
elevados gastos militares unidos a frecuentes sanciones contra los contrarios al gobierno;
ausencia de pluralismo político;
baja participación electoral antes de la independencia;
baja proporción de la población empleada en la agricultura;
rápido incremento del empleo industrial y del PNB;
baja proporción entre exportaciones y PNB;
exportaciones de artículos decrecientemente diversificadas.

(Johnson, Slater y Mcgowan, 1984:635)

No obstante el carácter misceláneo que infecta muchas de las indagaciones estadísticas sobre las causas, resuenan en la lista algunos temas recurrentes. Ante todo y sobre todo, se dibuja una combinación de autonomía militar y crisis económica como favorable para la intervención militar. Los propios autores concluyen que la «movilización social» favorece la intervención militar y la «participación política» opera en contra de la misma. «Parece ser», observan, «que los Estados donde los notables han absorbido las reglas de la economía mundial capitalista y han podido, por tanto, enfrentarse relativamente bien al durísimo medio económico mundial de los últimos 10 años, son Estados cuyo carácter periférico ha disminuido en cierta medida, que han fortalecido sus estructuras civiles y han experimentado menor intervencionismo militar que los Estados cuyos poderosos no han sabido salir adelante igualmente bien». (Johnson, Slater y McGowan, 1984:636.) Pese a que cada uno de estos factores merece ser analizado por derecho propio, ninguno de ellos arroja mucha luz sobre el proceso histórico en virtud del cual los Estados llegan a ser más o menos vulnerables a la toma de poder por los militares.

Seamos claros. Los cismas característicos dentro de cada Estado varían fundamentalmente de una región del mundo a otra, y las alianzas entre militares ambiciosos y grupos de la población civil varían en concordancia. Las divisiones étnicas tienen gran importancia en los Estados contemporáneos de Africa y el sur de Asia, pero mucha menor en los actuales estados latinoamericanos. Las divisiones religiosas, fuera y dentro del Islam, forman parte de la mayoría de los grandes conflictos de Oriente Medio. Donde domina ya un gobierno militar, además, la competencia dentro de las propias fuerzas armadas produce muchas veces forcejeos por el poder del Estado. La intentona de golpe ocurrida en Argentina el 15 de abril de

1987 y después, representaba la oposición de un sector del ejército a los juicios por violación de los derechos humanos bajo la precedente dictadura militar (Bigo et al, 1988:56-7); el golpe del 14 de mayo de 1987 en Fiji se produjo «expresamente para proteger los intereses especiales de la comunidad indígena fijiana de Fiji» frente al poder electoral de la casi mayoritaria población hindú de las islas (Kelly, 1988:339); y el golpe de Burundi del 3 de septiembre de 1987 enfrentó una facción del ejército con otra (Bigo et al, 1988:65). En este nivel, todo régimen militar y todo intento de apropiación del poder del Estado por parte de militares depende de la estructura social local y la historia anterior. Aunque no podemos explicar las trayectorias de regímenes militares determinados sin recurrir a la historia particular, sí es razonable, no obstante, preguntar si ciertos cambios mundiales ocurridos a partir de 1945 han hecho la competencia militar por el poder más viable y más atractiva en el mundo entero, y con ello contribuir a explicar el aumento de los regímenes militares en todos los puntos.

Por el momento no sabemos si alguno de los procesos hipotéticos —fracaso de las instituticiones civiles, ayuda exterior a los militares, minimización de las negociaciones entre Estado y ciudadanos— está realmente produciéndose en el mundo contemporáneo. Tendríamos que estar indagándolo. Pero los contrastes entre la experiencia reciente de los Estados del Tercer Mundo y las condiciones que determinaron la civilidad en Europa sugieren una importante especulación sobre lo que *podría* estar ocurriendo en Africa, Oriente Medio y gran parte de Asia. He aquí la especulación: la creación de un sistema mundial bipolar —y después incipientemente tripolar— a partir de la Segunda Guerra Mundial ha intensificado la competencia entre las grandes potencias para ganarse la lealtad de los Estados del Tercer Mundo y la tendencia a no permitir la neutralidad en parte alguna del Tercer Mundo. Esta competencia induce a las grandes potencias, en especial Estados Unidos y la Unión Soviética, a proporcionar armas, entrenamiento y asesoramiento militar a muchos Estados.

A cambio, las grandes potencias, o los principales intereses que en ellas se mueven, reciben productos como petróleo, respaldo político en la arena mundial y, en ocasiones, beneficios por la venta de armas. En dichos Estados, las organizaciones militares crecen en dimensiones, fuerza y eficacia mientras otras organizaciones permanecen inmóviles o se deterioran. La relativa viabilidad de las organiza-

ciones militares las hacen atractivas a jóvenes ambiciosos pero sin medios, de tal modo que el ejército desvía talentos que podrían haber ido a las finanzas, la educación y la administración pública civil. Resulta, por tanto, más fácil a los militares el tomar el control del Estado, y los gobernantes civiles encuentran cada vez mayores dificultades para contenerlos. Surge una forma y otra de pretorianismo: oligárquico, radical o de masas, para emplear las clasificaciones de Samuel Huntington. Se impone la militarización.

¿Es esta especulación creíble? La experiencia de países para los que disponemos de historias políticas pormenorizadas de la postguerra la corroboran en alguna medida. Entre los casos extremos figuran Taiwan y las dos Coreas, donde la ayuda masiva de potencias extranjeras a los militares ha producido un control férreo de la economía nacional, hasta que el éxito mismo de la expansión económica ha empezado a minar la hegemonía militar (Amsden, 1985; Cumings, 1984, 1988; Deyo, Hagard y Koo, 1987; Hamilton, 1986). En Corea del Sur, por ejemplo, Park Chung-Hee, un antiguo oficial del ejército de ocupación japonés, tomó el poder en 1961. Park se propuso deliberadamente la creación de un «país rico y un ejército poderoso» de corte japonés (Launius, 1985:2). Consiguió hacerlo por dos razones: porque de 1907 a 1945 Corea había sido una colonia japonesa fuertemente controlada, cuyos oficiales coreanos habían ascendido con facilidad a puestos influyentes dentro del nuevo régimen, y porque el ejército norteamericano de ocupación —que sigue actualmente en Corea— respaldó el plan y participó en la contención de los obreros y estudiantes de la oposición.

La redistribución revolucionaria de tierras llevada a cabo cuando Corea del Norte ocupó Corea del Sur durante el verano de 1950, había liquidado a los terratenientes como otro posible origen de oposición a la hegemonía militar (Cumings, 1989:12). Aunque Corea del Sur había atravesado varios períodos de democracia nominal bajo auspicios norteamericanos, el golpe de Estado de 1961 colocó definitivamente a los militares en el mando. Bajo el control militar y el patrocinio norteamericano, Corea del Sur levantó una economía de salarios bajos orientada a la exportación, dirigida principalmente hacia los mercados japonés y norteamericano. De modo similar, aunque con menor éxito económico, la Unión Soviética ha mantenido presencia y supervisión militares en países satélites como la República Democrática Alemana, Hungría y Checoslovaquia.

Con la posible salvedad de Panamá, Cuba y Honduras, el control

extranjero directo sobre las fuerzas armadas nacionales, y con ello sobre el Estado, no alcanza en América Latina los extremos del este asiático. Los Estados latinoamericanos han soportado su propia, y fuerte, tradición de intervenciones militares en política desde que se independizaron de España y Portugal hace casi 2 siglos. Ahora bien, en las décadas de 1960 y 1970 se hicieron más prevalecientes los regímenes políticos estables. Estos adoptaron dos formas bastante diferentes: el gobierno personalista y clientelista de un Stroessner en Paraguay o un Somoza en Nicaragua y el control «institucional» de los militares que se impuso en la Argentina post-Perón y en el Brasil post-Vargas.

Durante cierto tiempo antes a los años 1960, Estados Unidos mantenía muchos Estados del Caribe y América Central bajo «tutela militar», y no tenía inconveniente de enviar marines norteamericanos allí para sostener o restaurar los regímenes que favorecía (Rouquié, 1987:117-28). Hasta aquel momento, no obstante, ni el capital norteamericano ni la ayuda militar norteamericana habían penetrado muy profundamente en el resto de Latinoamérica. Los frecuentísimos golpes de Estado sudamericanos habían suscitado escasa intervención directa por parte de Estados Unidos. Con la revolución cubana y la incipiente cooperación soviético-cubana, la administración Kennedy empezó a redefinir la política latinoamericana; comenzando con el año 1962, la ayuda militar norteamericana

> se hizo más intensa y mejor institucionalizada que anteriormente. La planificación militar americana se estructuró más y las relaciones entre los ejércitos latinoamericanos y el de la metrópolis se estrecharon. El ejército de Estados Unidos tenía misiones militares de importancia variable en 19 países del subcontinente, y su presencia formaba muchas veces parte integral de los acuerdos para la venta o el préstamo de equipamiento militar.
> (Rouquié, 1987:132)

La ayuda militar norteamericana a América Latina ascendió desde aproximadamente 40 millones de dólares anuales en 1953-63 hasta unos 125 millones anuales en 1946-7 (Rouquié, 1987:131). Esta presencia contribuyó a reducir la frecuencia de las tomas militares de poder en América Latina, al reforzar a los regímenes militares que estaban ya gobernando. Hasta fines de los años setenta, cuando Estados Unidos comenzó a retirar su apoyo a los ejércitos instalados, no empezó a configurarse una leve tendencia hacia la civilidad.

Brasil es un ejemplo evidente al caso. Aunque los militares ha-

bían rondado en la política civil desde el derrocamiento del Imperio brasileño a manos del ejército en 1889, no tomaron el poder del Estado de manera directa y permanente hasta la «Revolución de abril» de 1964. Pero entonces los regímenes de corte militar abrieron Brasil al capital norteamericano, la ayuda militar norteamericana y la cooperación brasileño-norteamericana durante la Guerra Fría. El control militar perduró hasta 1985. En las elecciones regionales de 1982, los líderes de la oposición ganaron decisivos gobiernos regionales, y en 1984 un enemigo moderado del poder militar, Tancredo Neves, obtuvo la presidencia de Brasil. Se inició la desmilitarización, pero con considerables beneficios compensatorios para los militares: una industria nacional de armamento en expansión y un aumento del presupuesto militar nacional. Estados Unidos no intervino directamente en el proceso a la conversión civil de Brasil, pero su creciente interés en los derechos humanos y su decreciente inclinación a apuntalar militares en decadencia contribuyeron sin duda a preparar el escenario.

La vecina Surinam quedó bajo gobierno militar a los 5 años de su independencia de Holanda, pero sus integrantes se declararon socialistas (Sedoc-Dahlberg, 1986). Desde la independencia de 1975 hasta el golpe militar de 1980, los tres principales partidos políticos de Surinam representaban a sus grupos étnicos dominantes: indostánico, criollo y javanés. Pero cuando una fuerza de 600 soldados dirigidos por sargentos se hizo con el control del Estado tras una serie de disputas laborales dentro del ejército, el nuevo gobierno empezó a recibir una ayuda sustancial de Cuba y a alinear su política con la de este país. Al mismo tiempo, los militares aumentaron en número, organizando una Milicia del Pueblo de unos 3.000 soldados para el control interior, y manteniendo a 1,4 % aproximado de la población total en servicio militar regular, más de tres veces la media mundial para los Estados de renta baja. Los líderes brasileños, alarmados por la presencia de un Estado izquierdista en su costado, iniciaron un acuerdo en 1983 en virtud del cual «Surinam vendería arroz y alúmina a Brasil a cambio de envíos de armamentos suficientes para permitir al ejército de Surinam duplicar sus dimensiones» (Sedoc-Dahlberg, 1986:97), y Surinam moderaría, así mismo, su política social. La combinación de ayudas de Cuba y Brasil sirvió para aumentar el espacio de maniobrabilidad del ejército dentro de Surinam, permitiéndoles gobernar sin una amplia base social.

Libia siguió una vía distinta hacia el gobierno militar (Anderson,

1986:251-69). El imperialismo italiano convirtió en un solo territorio a las enfrentadas, y claramente diferentes, Tripolitania y Cirenaica. El líder senusi Idris, que pasó a ser rey con la independencia en 1951, se apoyaba principalmente en Cirenaica; su cooperación en el esfuerzo aliado para expulsar a Italia del norte de Africa le dio una decisiva superioridad política sobre sus rivales tripolitanos. De la Libia independiente no surgió un Estado nacional bien definido. Por el contrario, familias extensas con poderes superpuestos gobernaron mediante el patronazgo. Las rentas petrolíferas les enriquecieron, permitieron la construcción de un cierto nivel de infraestructura, y dejaron margen para que el rey y sus sátrapas gobernaran sin organizar una gran burocracia central. El pequeño Real Ejército libio se formó con unidades que habían luchado con los británicos en la Segunda Guerra Mundial, pero se vio arrinconado por las fuerzas de seguridad provinciales extraídas de las poblaciones tribales y por la presencia de las bases militares norteamericanas y británicas. No obstante la presencia anglo-americana, el capitán Mu'ammar al-Qadhadhafi dirigió un golpe de Estado victorioso en 1969. Es más, el control sobre las rentas petrolíferas permitió a Gaddafi expulsar a británicos y norteamericanos, erradicar a la mayoría de los antiguos jefes, islamizar y arabizar el Estado, emprender un programa de ayuda a otros regímenes revolucionarios incipientes y continuar, pese a todo, evitando la formación de una estructura central voluminosa como había hecho su predecesor. Este Estado transformado comenzó a cortejar cautelosamente a la Unión Soviética e inició una campaña de oposición frente al poder de Estados Unidos. Así pues, una especie de nacionalismo reforzó al frágil Estado y justificó el gobierno militar.

En Corea del Sur, la ocupación norteamericana configuró de manera directa el Estado surgido en la postguerra. En Brasil, la cambiante actitud de Estados Unidos hacia los militares de América Latina condicionó un cierto giro político, pero no fue, en modo alguno, determinante en la historia del poder militar. Libia pasó a un régimen militar no obstante la presencia militar norteamericana. Las condiciones y consecuencias del poder militar varían claramente de modo considerable de una parte del Tercer Mundo a otra. La competencia entre las grandes potencias y la intervención de las mismas no desempeñan más que una función secundaria en todo golpe de Estado y en el mantenimiento de un determinado régimen militar. Pero las alteraciones en las relaciones de los Estados del Tercer Mun-

do con las grandes potencias, y entre sí, parecen haber contribuido en medida importante a los cambios en los ritmos generales del control militar en el mundo entero. En este sentido, el sistema de Estados como tal ha tenido cierto efecto.

Si la confrontación entre las grandes potencias y su intervención en los ejércitos nacionales han tenido la importancia que este análisis les concede, una vía hacia la conversión civil parece clara. Tiene dos ramificaciones: una reducción de la competencia entre las grandes potencias para fortalecer el poder militar de los Estados del Tercer Mundo o la protección frente a tal competencia de los Estados en cuestión. Implica ello la promoción de negociaciones entre las instituciones civiles del Estado y la generalidad de los ciudadanos. La creación de sistemas fiscales regulares, administrados equitativamente y sensibles a las necesidades de la ciudadanía, probablemente aceleraría el proceso. Como también la apertura de alternativas profesionales viables al servicio militar. Es posible, como sostiene Alfred Stepan (1988:84-5), que la construcción en Brasil de una gran industria de exportación de armas tenga el efecto paradójico de reducir la autonomía de sus generales y acelerar con ello alguna forma de democracia a través del crecimiento de las burocracias civiles, los intereses creados y la negociación con la población civil; de modo más general (y, cabría esperar, menos beligerante), es probable que el aumento de la participación gubernamental en la producción en expansión de bienes y servicios sirva para fomentar la conversión civil. No es en modo alguno una recapitulación de la experiencia europea; en estos días, presumiblemente, se puede evitar en parte la crueldad de dicha experiencia. Pero es con todo un conjunto de posibilidades que resulta menos oscuro a la luz de una reflexión sobria sobre la formación del Estado europeo.

Postscriptum

Está claro que mi forma de tratar estas cuestiones tiene matices propios. Constituye una vuelta, no obstante todas mis anteriores protestas, a una forma de colonialismo intelectual, a la presunción de que si todos los Estados de Europa fueron evolucionando hacia la civilidad en la vida pública, también pueden hacerlo los Estados actuales del Tercer Mundo; sólo con que éstos, o sus benefactores, permitieran que se desenvolviera el proceso europeo. No se han

tenido en cuenta las variaciones geopolíticas entre regiones que tan gran diferencia suponen para las relaciones militares-civiles: la constante amenaza de una intervención militar directa de Estados Unidos en América Central o el Caribe, la importancia esencial del petróleo en muchas de las economías de Oriente Medio, la fuerte influencia de Sudáfrica en los Estados que tiene a su norte, la expansión industrial de Japón, Corea del Sur y Taiwan como factor de la política de sus vecinos. Se han olvidado la fragmentación y las luchas étnicas como promotoras del poder militar. Mis intentos de colocar la militarización coetánea en perspectiva histórica corre el riesgo de ser un bosque que no permita ver los árboles, oscureciendo en realidad sutiles diferencias entre los casos que examina, borrando su verdadero juego de luces y sombras. Mi defensa es sencilla: debemos tener conciencia de que el ascenso del poder militar en los Estados del Tercer Mundo no es simplemente una fase natural de la formación del Estado, una fase que, según anteriores experiencias, pasará gradualmente al ir madurando los Estados.

En todo caso, la actual militarización no es el único tema importante sobre el que el estudio de la formación del Estado europeo puede arrojar alguna luz. Es un proceso que merece atención por derecho propio, simple y sencillamente porque la formación del sistema europeo de Estados nacionales afectó profundamente a las vidas de todos los occidentales, así como de la mayoría de los no occidentales. Tengo la esperanza de que este libro haya demostrado la gran contingencia de la formación del Estado europeo, más aún: del triunfo último del Estado nacional sobre toda otra forma de organización política. Sólo la gran expansión en escala y coste de las guerras internacionales ocurrida en el siglo XVI (consecuencia, sin duda alguna, de las rivalidades entre los Estados europeos, así como de su interacción con turcos y chinos) dio al Estado nacional su definitiva superioridad sobre los imperios, las ciudades-estado y las federaciones que habían prevalecido en Europa hasta aquel momento.

Tampoco los europeos siguieron una sola vía hacia el Estado nacional. En función del predominio relativo del capital concentrado o la coerción concentrada en diversos puntos del continente, tres pautas de transformación parcialmente distintas —intensiva en coerción, intensiva en capital y de coerción capitalizada— delinearon experiencias profundamente distintas para gobernantes, terratenientes, capitalistas, trabajadores y campesinos por igual. A lo largo de esta trayectoria, desaparecieron la mayoría de los Estados que exis-

:ron en su día, y el resto sufrió cambios fundamentales en forma acción. En las regiones y períodos en que primaron los capitalistas, s Estados se fragmentaron por lo general, se resistieron a la cen- alización y dieron amplio alcance a las instituciones formales que presentaban a las clases dominantes. Anteriormente a la formación e los inmensos ejércitos de ciudadanos, ocurrida en los siglos XVIII- XIX, estos Estados podían movilizarse con facilidad para la guerra n especial la guerra naval), pero creaban estructuras de Estado de urabilidad relativamente escasa al hacerlo.

En las regiones dominadas por terratenientes, por el contrario, ie más común el surgimiento de Estados voluminosos y centrali- idos, dado que el esfuerzo mismo de exprimir medios para la gue- :a de unas economías no comercializadas creó amplias administra- iones y pactos de gran calado entre los soberanos y sus aliados :rratenientes. En los casos extremos, como el de Polonia durante 4 5 siglos, el peso de los terratenientes ahogó el poder regio y fo- ıentó la inmovilidad o el derrumbamiento.

Entre las vías hacia la formación del Estado intensivas en capital intensivas en coerción, un equilibrio más igualado entre capital y oerción era origen seguro de lucha de clases, pero en algunos casos, omo el de Francia y Gran Bretaña, dejó franco el camino para la ormación de un Estado nacional con capacidad para crear y sostener ına fuerza armada ingente. Aquel puñado de supervivientes fijaron os modos de la guerra para todos los restantes Estados, desempe- iando un papel desproporcionado en la imposición del sistema eu- opeo de Estados, y de la variedad europea de Estado nacional, so- bre el resto del mundo. A partir de la Segunda Guerra Mundial, el istema de Estados nacionales que fue un día europeo ha llegado a predominar sobre la tierra toda. Debido a que dicho sistema se ori- ginó en Europa, un examen pormenorizado de la historia europea contribuirá a comprender los orígenes, el carácter y los límites del ictual sistema mundial.

¿Cuánto tiempo perdurará este sistema? Advertimos ciertos in- dicios de que la era de antiguos Estados autónomos está desapare- iendo: el punto muerto en que se encuentran las Naciones Unidas, l desbancamiento de alianzas rápidamente cambiantes por bloques nilitar-económicos estables, la formación de ensamblajes eslabona- los por los mercados, como la CEE y el COMECON, la interna- ionalización del capital, la aparición de corporaciones cuyo capital e encuentra en todas partes y en ninguna, las exigencias de auto-

nomía y nacionalidad dentro de los Estados vigentes que podrían llegar a reducir a migajas la antigua tarta, el giro hacia cuestiones de interés interior por parte de Estados Unidos y la Unión Soviética, la activación de las nacionalidades dentro de la URSS, la adquisición de un considerable poder mundial por parte de un Estado esencialmente desmilitarizado —Japón—, la promesa o amenaza de que China extienda su enorme poder organizativo, demográfico e ideológico al resto del mundo. El sistema de Estados modelado por los europeos no ha existido siempre. Y no pervivirá por siempre.

Será difícil escribir su necrología. Por una parte, vemos la pacificación de la vida civil en Europa y la configuración de instituciones políticas más o menos representativas, ambas cosas productos secundarios de una formación del Estado impulsada por la búsqueda de potencia militar. Por la otra, observamos el carácter cada vez más destructivo de la guerra, la ubicua intervención del Estado en la vida individual, la creación de incomparables instrumentos de control de clase. Con la destrucción del Estado surgiría un Líbano, con el fortalecimiento del Estado, una Corea. Hasta que otras formas desplacen al Estado nacional, ninguna de aquellas dos formas puede convenir. Realmente, la única respuesta sería desviar el inmenso poder del Estado nacional, apartándolo de la guerra hacia la creación de justicia, seguridad personal y democracia. Mi análisis no muestra cómo ha de lograrse semejante tarea ciclópea. Pero sí ha demostrado, no obstante, que la tarea es urgente.

BIBLIOGRAFIA

ABEL, Wilhelm (1966): *Agrarkrisen und Agrarkonjunktur. Eine Geschichte der Land-und Ernährungswirtschaft Mitteleuropas seit dem hohen Mittelalter*. Hamburgo y Berlín: Paul Parey.

–(1974): *Massenarmut und Hungerkrisen im vorindustriellen Europa*. Hamburgo y Berlín: Paul Parey.

ABERG, Alf (1973): «The Swedish Army, from Lutzen to Narva». En Michael Roberts (ed.), *Sweden's Age of Greatness, 1632-1718*. Nueva York: St Martin's.

ABU-LUGHOD, Janet (1987): «Did the West Rise or Did the East Fall? Some Reflections from the Thirteenth Century World System». Working Paper 50. Center for Studies of Social Change. New School: Oxford University Press.

– (1989): *Before European Hegemony*. Nueva York: Oxford University Press.

ADELMAN, Jonathan R. (1985): *Revolution, Armies, and War: A Political History*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner.

ADELMANN, Gerhard (1979): «Die ländlichen Textilgewerbe des Rheinlandes vor der Industrialisierun». *Rheinische Vierteljahrsblätter*. 43:260-88.

AGREN, Kurt, et al. (1973): *Aristocrats, Farmers, Proletarians. Essays in Swedish Demographic History*. Uppsala: Almqvist and Wiksell. Studia Historica Upsaliensia, 47.

AGUERO, Felipe (1984): «Social Effects: Military Autonomy in Developing Countries». *Alternatives*. 10:75-92.

ALAPURO, Risto (1976): «Regional Variation in Political Mobilization. On the Incorporation of the Agrarian Population into the State of Finland, 1907-1932». *Scandinavian Journal of History*. I:215-42.

— (1985): «Interstate Relationships and Political Mobilization in the Nordic Countries: A Perspective». En Risto Alapuro et al. (eds.), *Small States in Comparative Perspective. Essays for Erik Allardt*. Oslo: Norwegian University Press.

— (1988): *State and Revolution in Finland*. Berkeley, California: University of California Press.

ALESTALO, Matti, y KUHNLE, Stein (1984): «The Scandinavian Route. Economic, Social and Political Developments in Denmark, Finland, Norway, and Sweden». Research Report núm. 31. Research Group for Comparative Sociology, Universidad de Helsinki.

AMES, Edward, y RAPP, Richard T. (1977): «The Birth and Death of Taxes: A Hypothesis». *Journal of Economic History*. 37:161-78.

AMSDEN, Alice H. (1985): «The State and Taiwan's Economic Development», en Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer and Theda Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*. Cambridge: Cambridge University Press.

ANDERSON, Lisa (1986): *The State and Social Transformation in Tunisia and Libya, 1830-1980*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

ANDERSON, M. S. (1988): *War and Society in Europe of the Old Regime 1618-1789*. Londres: Fontana. [Hay ed. cast., *Guerras y sociedad en la Europa del renacimiento: (1618-1789)*, Madrid, 1990.]

ANDERSON, Perry (1974): *Lineages of the Absolutist State*. Londres: NLB. [Hay ed. cast., *El estado absolutista*, Madrid, 1989 [6].]

ANDRÉN, Anders (1989): «States and Towns in the Middle Ages: The Scandinavian Experience». Próxima publicación en *Theory and Society*.

ANDREWS, Kenneth R. (1984): *Trade, Plunder and Settlement. Maritime Enterprise and the Genesis of the British Emprie, 1480-1630*. Cambridge: Cambridge University Press.

ANTOINE, Michael (1970): *Le Conseil du Roi sous le règne de Louis XV*, Ginebra: Droz.

APTER, Davild, y NAGAYO, Sawa (1984): *Against the State. Politics and Social Protest in Japan*. Cambridge: Harvard University Press.

ARDANT, Gabriel (1965): *Théorie sociologique de l'impôt*. París: SEVPEN. 2 vols.

— (1975): «Financial Policy and Economic Infrastructure of Modern States and Nations». En Charles Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

ARRIGHI, Giovanni (ed.) (1985): *Semiperipheral Development. The Politics of Southern Europe in the Twentieth Century*. Beverly Hill, California: Sage.

ARTÉUS, Gunnar (1982): *Krigsmakt och Samhälle i Frihetstidens Sverige.* Estocolmo: Militärhistoriska Förlaget.

- (1986): *Till Militärstatens Förhistoria. Krig, professionalisering och social förändring under Vasasönernas regering.* Estocolmo: Probus.

ATTMAN, Artur (1986): *American Bullion in the European World Trade, 1600-1800.* Göteberg: Kungl Vetenskaps-och Vitterhets-Samhället.

AUBERT, Jacques, y PETIT, Raphaël (1981): *La police en France. Service· public.* París: Berger-Levrault.

AUBERT, Jacques, et al. (1979): *L'Etat et la police en France (1789-1914).* Ginebra: Droz.

AYDELOT, Philippe; BERGERON, Louis, y RONCAYOLO, Marcel (1981): *Industrialisation et croissance urbaine dans la France du XIXe siècle.* París: Centre de Recherches Historiques, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

AYOOB, Mohammed (1989): «The Third World in the System of States: Acute Schizophrenia or Growing Pains?». *International Studies Quarterly.* 33:67-79.

BADE, Klaus J. (1982): «Transnationale Migration und Arbeitsmarkt im Kaiserreich. Vom Agrarstaat mit stärker Industrie zum Industriestaat mit stärker agrarischen Basis». En Toni Pierenkemper y Richard Tilly (eds.), *Historisch Arbeitsmarktforschung. Entstehung, Entwicklung und Probleme der Vermarktung von Arbeitskraft.* Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht.

BADIE, Bertrand (1980): *Le développement politique.* París: Economica. 2.ª ed.

BADIE, Bertrand, y BIRNBAUM, Pierre (1979): *Sociologie de l'Etat.* París: Grasset.

BAI, Shouyi (ed.) (1988): *Précis d'histoir de Chine.* Pekin: Foreign Language Publishing House.

BAIROCH, Paul (1977): *Taille des villes, conditions de vie et développement économique.* París: Editions de l'Ecole des Hautes en Sciences Sociales.

– (1985): *De Jéricho à Mexico. Villes et économie dans l‹historie.* París: Gallimard.

BAKER, Brenda J., y G. ARMELAGOS, George (1988): «The Origin and Antiquity of Syphilis». *Current Anthropology.* 29:703-37.

BALLBÉ, Manuel (1983): *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983).* Madrid: Alianza Editorial.

BARFIELD, Thomas J. (1989): *The Perilous Frontier. Nomadic Empires and China.* Oxford: Basil Blackwell.

BARNETT, Corelli (1974): *Britain and Her Army, 1509-1970. A Military, Political and Social Survey.* Harmondsworth: Penguin. 1.ª ed. en 1970.

BATCHELDER, Ronald W., y FREUDENBERGER, Herman (1983): «On the Rational Origins of the Modern Centralized State». *Explorations in Economic History.* 20:1-13.

BATES, Robert H. (1988): «Lessons fron History, or the Perfidy of English Exceptionalism and the Significance of Historical France». *Worls Politics*. 40:499-516.

BAXTER, Douglas Clark (1976): *Servants of the Sword: Intendants of the Army, 1630-70*. Urbana, Illinois: University of Illinois Press.

BYNHAM, Simon (ed.) (1986): *Military Power and Politics in Black Africa*. Nueva York: St Martins.

BEAN, Richard (1973): «War and the Birth of the Nation State». *Journal of Economic History*. 33:203-21.

BECKER, Marvin B. (1966): «Economic Change and the Emerging Florentine Territorial State». *Studies in the Renaissance*, 13:7-39.

— (1988): *Civility and Society in Western Europe, 1300-1600*. Bloomington, Indiana: Indiana University Press.

BEER, Francis A. (1974): *How Much War in History: Definitions, Estimates, Extrapolations and Trends*. Beverly Hills, California: Sage Publications. Sage Professional Papers, International Studies Series, 02-030.

BEER, Samuel H. (1974): *Modern Political Development*. Nueva York: Random House.

BEIK, William H. (1985): *Absolutism and Society in Seventeenth-Century France*. Cambridge: Cambridge University Press.

BENDIX, Reinhard (1977): *Nation-Building and Citizenship: Studies of Our Changing Social Order*. Berkeley, California: University of California Press. Edición revisada.

BEREND, Iván (1988): «The Place of Hungary in Europe: On the Identity Concept of the Inteligentsia between the Two World Wars». Ponencia presentada en Conference on Models of Development and Theories of Modernization in Eastern Europe Between the World Wars, Ráckeve, Hungría (Congreso sobre Modelos de Desarrollo y Teorías de Modernización en Europa oriental entre las dos Guerras Mundiales).

— (1982): *The European Periphery and Industrialization 1780-1914*. Budapest: Akademiai Kiado.

BEREND, Iván, y RÁNKI, György (1977): *East Central Europe in the 19th and 20th Centuries*. Budapest: Akademiai Kiado.

BERG, Maxine; HUDSON, Pat, y SONENSCHER, Michael (eds.) (1983): *Manufacturer in Town and Country before the Factory*. Cambridge: Cambridge University Press.

BEST, Geoffrey (1982): *War and Society in Revolutionary Europe, 1770-1870*. Londres: Fontana. [Hay ed. cast., *Guerra y sociedad en la Europa revolucionaria (1770-1870)*, Madrid, 1990.]

BETHELL, Leslie, y ROXBOROUGH, Ian (1988): «Latin America between the Second World War and the Cold War: Some Reflections on the 1945-8 Conjuncture». *Journal of Latin American Studies*. 20:167-89.

BIGO, Didier (1988): *Pouvoir et obéissance en Centrafrique*. París: Karthala.

BIGO, Didier; CAPELE, Gaëtan de; HERMANT, Daniel, y REGAUD, Nicolas

(1988): «Les conflits intermittents: Les coups d'état, les litiges frontaliers». *Etudes Polémologiques*. 46:53-75.
BINNEY, J. E. D. (1958): *British Public Finance and Administration 1774-92*. Oxford: Clarendon Press.
BIRNBAUM, Pierre (1988): *States and Collective Action: The European Experience*. Cambridge: Cambridge University Press.
BISSON, Thomas N. (1966): «The Military Origins of Medieval Representation». *American Historical Review*. 71:1199-218.
BLACK, Cyril (1966): *The Dynamics of Modernization*. Nueva York: Harper and Row.
BLACK, Jeremy (ed.) (1987): *The Origins of War in Early Modern Europe*. Edimburgo: John Donald.
BLECHMAN, Barry, y KAPLAN, Stephen S. (1978): *Force without War. US Armed Forces as a Political Instrument*. Washington DC: Brookings Institution.
BLICKLE, Peter (1988): Unruhen in der ständischen Gesellschaft, 1300-1800. Munich: Oldenbourg. *Enzyklopädie Deutscher Geschichte*. Vol. I.
BLOCKMANS, Win P. (1978): «A Typology of Representative Institutions in Late Medieval Europe». *Journal of Medieval History*. 4:189-215.
– (1988a): «Alternatives to Monarchical Centralisation: The Great Tradition of Revolt in Flanders and Brabant». En Helmut Koenigsberger (ed.), *Republiken und Republikanismus im Europa der Früken Neuzeit*. Munich: Oldenbourg.
– (1988b): «La répression de révoltes urbaines comme méthode de centralisation dans les Pays-Bas bourguignons». En *Rencontres de Milan (Ier au 3 octobre 1987): Milan et les Etats bourguignons: deux ensembles politiques princiers entre Moyen Age et Renaissance (XIVe-XVIe s.)*. Louvain: Centre Européen d'Etudes Bourguignonnes (XIVe-XVIe s.).
– (1988c): «Patronage, Brokerage and Corruption as Symptoms of Incipient State Formation in the Burgundian-Habsburg Netherlands». En Antoni Maczak (ed.), *Klientelsysteme im Europa der Frühen Neuzeit*. Munich: Oldenbourg.
– (1988d): «Princes conquérants et bourgeois calculateurs. Le poid des réseaux urbains dans la formation des états». En Neithard Bulst y Jean-Philippe Genet (eds.), *La ville, la bourgeoisie et la genèse de l'état moderne*. París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
BLOK, Anton (1974): *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960. A Study of Violent Peasant Entrepreneurs*. Nueva York: Harper and Row.
BLOM, Grethe Authén (ed.) (1977): *Urbaniseringsprosessen i norden*. Oslo: Universitets-forlaget. 3 vols.
BLUM, Jerome (1964): *Lord and Peasant in Russia from the Ninth to the Nineteenth Century*. Nueva York: Atheneum.
– (1978): *The End of the Old Order in Rural Europe*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

BOELCKE, Willi A. (1967): «Wandlungen der dorflichen Sozialstruktur Während Mittelalter und Neuzeit». En Heinz Haushofer y Willi A. Boelcke (eds.), *Wege und Forschungen der Agrargeschichte*. Frankfurt a/Main: DLG Verlag.

BÖHME, Klaus-Richard (1983): «Schwedische Finanzbürokratie und Kriegsführung 1611 bis 1721». En Goran Rystad (ed.), *Europe and Scandinavia: Aspects of the Process of Integration in the 17th Century*. Lund: Esselte Studium.

BOHSTEDT, John (1983): *Riots and Community Politics in England and Wales, 1790-1810*. Cambridge: Harvard University Press.

BOIS, Paul (1981): «Aperçu sur les causes des insurrections de l'Ouest à l'époque révolutionnaire». En J. C. Martin (ed.), *Vendée-Chouannerie*. Nantes: Reflets du Passé.

BOLI-BENNETT, John (1979): «The Ideology of Expanding State Authority in National Constitutions, 1870-1970». En John W. Meyer y Michael T. Hannan (ed.), *National Development and the World System. Educational, Economic, and Political Change, 1950-1970*. Chicago: University of Chicago Press.

— (1980): «Global Integration and the Universal Increase of State Dominance, 1910-1970», En Albert Bergesen (ed.), *Studies of the Modern World System*. Nueva York: Academic Press.

BOND, Brian (1983): *War and Society in Europe, 1870-1970*. Leicester: Leicester University Press. [Hay ed. cast., *Guerra y sociedad en Europa (1870-1970)*, Madrid, 1990.]

BOSHER, J. F. (1970): *French Finances, 1770-1795. From Business to Bureaucracy*. Cambridge: Cambridge University Press.

BOSSENGA, Gail (1988a): «City and State: An Urban Perspective on the Origins of the French Revolution». En Keith Michael Baker (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture. 1. The Political Culture of the Old Regime*. Oxford: Pergamon.

— (1988b): «La Révolution française et les corporations: Trois exemples lillois». *Annales; Economies, Sociétés, Civilisations*. 43:405-26.

BOSWELL, Terry (1989): «Colonial Empires and the Capitalist World-Economy: A Time Seires Analysis of Colonization, 1640-1960». *American Sociological Review*. 54:180-96.

BOXER, C. R. (1965): *The Dutch Seaborne Empire: 1600-1800*. Nueva York: Knopf.

— (1969): *The Portuguese Seaborne Empire: 1415-1825*. Nueva York: Knopf.

BOYD, Andrew (1987): *An Atlas of World Affairs*. Londres: Methuen. 8.ª ed.

BRADY, Thomas A., Jr. (1985): *Turning Swiss. Cities and Empire, 1450-1550*. Cambridge: Cambridge University Press.

BRAUDEL, Fernand (1979): *Civilisation matérielle, économie, et capitalisme, XVe-XVIIIe siècles*. París: Armand Colin. 3 vols. [Hay ed. cast., *Civi-*

lización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII, 3 vols., Madrid, Alianza Editorial, 1984.]

BRAUN, Rudulf (1960): *Industrialisierung und Volksleben*. Zurich: Rentsch.

— (1975): «Taxation, Sociopolitical Structure, and State-Building: Great Britain and Brandenburg-Prussia». En Charles Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

— (1978): «Early Industrialization and Demographic Change in the Canton of Zurich». En Charles Tilly (ed.), *Historical Studies of Changing Fertility*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

BRENNER, Robert (1976): «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe». *Past and Present*. 70:30-75.

— (1977): «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism». *New Left Review*. 104:25-92.

— (1985): «The Agrarian Roots of European Capitalism». En T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *The Brenner Debate. Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *El debate Brenner*, Barcelona, 1988.]

BREWER, John (1989): *The Sinews of Power. War, Money and the English State, 1688-1783*. Nueva York: Knopf.

BREWER, John D., et al. (1988): *The Police, Public Order and the State. Policing in Great Britain, Northern Ireland, the Irish Republic, the USA, Israel, South Africa and China*. Nueva York: St Martins.

BROWER, Daniel (1977): «L'Urbanisation russe à la fin du XIXe siècle». *Annales; Economies, Sociétés, Civilisations*. 32:70-86.

BUENO DE MESQUITA, Bruce (1981): *The War Trap*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.

— (1988): «The Contribution of Expected Utility Theory to the Study of International Conflict». *Journal of Interdisciplinary History*, 18:629-52.

BULST, Neithard, y GENET, Jean-Philippe (eds.) (1988): *La ville, la bourgeoisie et la genèse de l'Etat moderne (XIIe-XVIIIe siècles)*. París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.

BÜNGER, Karl (1987): «Concluding Remarks on Two Aspects of the Chinese Unitary State as Compared with the European State System». En Stuart Schram (ed.), *Foundations and Limits of State Power in China*. Publicado para la European Science Foundation por School of Oriental and African Studies, University of London, y The Chinesse University Press, Chinese University of Hong Kong.

BURKE, Peter (1986): «City-States» En John A. Hall (ed.), *States in History*. Oxford: Basil Blackwell.

— (1988): «Republics of Merchants in Early Modern Europe». En Jean Baechler, John A. Hall y Michael Mann (ed.), *Europe and the Rise of Capitalism*. Oxford: Basil Blackwell.

BUSCH, Otto (1962): *Militarsystem und Sozialleben im alten Preussen 1713-1807: Die Anfänge der sozialen Militarisierung der preussisch-deutschen Gesellschaft*. Berlín: De Gruyter.

CALLAGHY, Thomas M. (1984): *The State-Society Struggle. Zaïre in Comparative Perspective*. Nueva York: Columbia University Press.

CALVERT, Peter (1970): *A Study of Revolution*. Oxford: Clarendon Press.

CAMERON, Iain A. (1977): «The Police of Eighteenth-Century France». *European Studies Review*. 7:47-75.

CAMMACK, Paul (1988): «Dependency and the Politics of Development». En P. F. Leeson y M. M. Minogue (eds.), *Perspectives on Development. Cross-disciplinary Themes in Development Studies*. Manchester: Manchester University Press.

CANAK, William L. (1984): «The Peripheral State Debate: State Capitalist and Bureaucratic-Authoritarian Regimes in Latin America». *Latin American Research Review*. 19:3-36.

CARSTEN, F. L. (1954): *The Origins of Prussia*. Oxford: Clarendon Press.

CARTER, F. W. (1972): *Dubrovnik (Ragusa), A Classic City State*. Londres: Seminar Press.

CARVER, Michael (1980): *War since 1945*. Londres: Weidenfeld and Nicolson.

CENTRE DE LA MÉDITERRANÉE MODERNE ET CONTEMPORAINE (1969): *Villes de l'Europe méditerranéenne et de l'Europe occidentale du Moyen Age au XIXe siècle*. Saint-Brieuc: Les Belles Lettres. Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nice, núms. 9-10.

CHANDLER, Tertius, y FOX, Gerald (1974): *3000 Years of urban Growth*. Nueva York: Academic Press.

CHAMPMAN, Herrick (1988): «The French State in the Era of the Second World War: A Look at the Recent Scholarship». Working Paper 63. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.

CHARLESWORTH, Andrew (ed.) (1983): *An Atlas of Rural Protest in Britain, 1548-1900*. Londres: Croom Helm.

CHASE-DUNN, Chris (1989): *Global Formation: Structures of the World-Economy*. Oxford: Basil Blackwell.

CHESNAIS, Jean-Claude (1981): *Histoire de la violence en Occident de 1800 à nos jours*. París: Robert Laffont.

CHEVALIER, Bernard (1982): *Les bonnes villes de France du XIVe au XVIe siècle*. París: Aubier Montaigne.

CHINWANNO, Chulacheeb (1985): «Militarization in Thai Society». En Peter Wallensteen, Johan Galtung y Carlos Portales (eds.), *Global Militarization*. Boulder, Colorado: Westview.

CHISOLM, Michael (1962): *Rural Settlement and Land Use*. Londres: Hutchinson University Library.

CHITTOLINI, Giorgio (1989): «Cities, "City-States" and Regional States in North-Central Italy». Próxima publicación en *Theroy and Society*.

CHORLEY, Katherine (1943): *Armies and the Art of Revolution*. Londres: Faber and Faber.
CHOUCRI, Nazli, y NORTH, Robert C. (1975): *Nations in Conflict*. San Francisco: Freeman.
CHURCH, Clive H. (1981): *Revolution and Red Tape. The French Ministerial Bureaucracy 1770-1850*. Oxford: Clarendon Press.
CIPOLLA, Carlo (1965): *Guns, Sails, and Empires: Technological Innovation and the Early Phases of European Expansion, 1400-1700*. Nueva York: Pantheon.
— (1976): *Before the Industrial Revolution. European Society and Economy, 1000-1700*. Nueva York: Norton. [Hay ed. cast., *Historia económica de la Europa preindustrial*, Madrid, Alianza Editorial, 1992 [6].]
CLAESSEN, Henri J. M. (1984): «The Internal Dynamics of the Early State». *Current Anthropology*. 25:365-79.
— (1985): «From the Franks to France-The Evolution of a Political Organization». En Henri J. M. Claessen, Pieter van de Velde y M. Estellie Smith (eds.), *Development and Decline. The Evolution of Sociopolitical Organization*. Massachusetts: Bergin and Garvey.
— (1988): «Changing Legitimacy». En Ronald Cohen y Judith D. Toland (eds.), *State Formation and Political Legitimacy*. New Brunswick: Transaction. Political Anthropology, vol. VI.
CLARK, Sir George (1969): «The social Foundations of States». En F. L. Carsten (ed.), *The New Cambridge Modern History*, vol. 5: *The Ascendancy of France, 1648-88*. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *Historia del Mundo Moderno*, 15 v. Barcelona, 1980.]
CLARK, Gordon L., y DEAR, Michael (1984): *State Apparatus. Structures and Language of Legitimacy*. Boston, Massachusetts: Allen & Unwin.
CLARK, Samuel (1984): «Nobility, Bourgeoisie and the Industrial Revolution in Belgium». *Past and Present*. 105:140-75.
CLAUSEWITZ, Carl von (Anatol Rapoport, ed.) (1968): *On War*. Harmondsworth: Penguin. 1.ª ed.: 1832.
CLAYTON, Anthony (1988): *France, Soldiers and Africa*. Londres: Brassey's Defence Publishers.
COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts (eds.) (1986): *The Decline of Fertility in Europe*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
COBB, Richard (1970): *The Police and the People*. Londres: Oxford University Press.
COHN, Samuel Kline, Jr. (1980): *The Laboring Classes in Renaissance Florence*. Nueva York: Academic Press.
COHEN, Youssef; BROWN, Brian R., y ORGANSKI, A. F. K. (1981): «The Paradoxical Nature of State Making: The Violent Creation of Order». *American Political Science Review*. 75:901-10.
COLLIER, David (ed.) (1979): *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

COLLIER, Ruth B. (1982): *Regimes in Tropical Africa. Changing Forms of Supremacy, 1945-1975.* Berkeley, California: University of California Press.

COLLINS, James B. (1988): *Fiscal Limits of Absolutism. Direct Taxation in Early Seventeenth-Century France.* Berkeley, California: University of California Press.

COMNINEL, George C. (1987): *Rethinking the French Revolution. Marxism and the Revisionist Challenge.* Londres: Verso.

CONNELLY, Owen (1965): *Napoleon's Satellite Kingdoms.* Nueva York: Free Press.

CONTAMINE, Philippe (1984): *War in the Middle Ages.* Oxford: Basil Balckwell. Versión francesa publicada en 1980. [Hay ed. cast., *La guerra en la Edad Media,* Barcelona, 1984.]

CORNETTE, Joël (1988): «Le "point d'Archimède". Le renouveau de la recherche sur l'Etat des Finances». *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine.* 35:614-29.

CORNWALL, Julian (1977): *Revolt of the Peasantry 1549.* Londres: Routledge and Kegan Paul.

CORRIGAN, Philip (1980): *Capitalism, State Formation and Marxist Theory. Historical Investigations.* Londres: Quartet Books.

CORRIGAN, Philip, y SAYER, Derek (1985): *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution.* Oxford: Basil Blackwell.

CORVISIER, André (1976): *Armées et sociétés en Europe de 1494 à 1789.* París: Presses Universitaires de France.

COX, Robert W. (1987): *Production, Power, and World Order. Social Forces in the Making of History.* Nueva York: Columbia University Press.

COZZI, Gaetano, y KNAPTON, Michael (1986): *La Repubblica di Venezia nell'età moderna. Dalla guera di Chioggia al 1517.* Turín: UTET.

CRONIN, James E. (1988): «The British State and the Second World War». Working Paper 64. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.

CROSBY, Alfred W. (1986): *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900.* Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *Imperialismo ecológico,* Barcelona, 1988.]

CUMINGS, Bruce (1984): «The Origins and Development of the Northeast Asian Political Economy: Industrial Sectors, Product Cycle, and Political Consequences». *International Organization.* 38:1-40.

— (1988): «Korea and the War Settlement in Northeast Asia». Working Paper 65. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.

— (1989): «The Abortive Abertura: South Korea in the Light of Latin American Experience». *New Left Review.* 173:5-32.

CURTIN, Philip D. (1984): *Cross-Cultural Trade in World History.* Cambridge: Cambridge University Press.

USACK, Thomas R., y EBERWEIN, Wolf-Dieter (1982): «Prelude to War: Incidence, Escalation and Intervention in International Disputes, 1900-1976». *International Interactions.* 9:9-28.

UMINGS, Bruce, y DINWIDDY, John (1988): *Nationalism in the Age of the French Revolution.* Londres: Hambledon.

ANN, Otto (1983): «Die Region als Gegenstand der Geschichtswissenschaft». *Archiv für Sozialgeschichte.* 23:652-61.

ANNS, George K. (1986): «The Role of the Military in the National Security of Guyana». En Alma H. Houng y Dion E. Phillips (eds.), *Militarization in the Non-Hispanic Caribbean.* Boulder, Colorado: Lynne Rienner.

AVID, Steven R. (1987): *Third World Coups d'Etat and International Security.* Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press.

AWSON, Philip (1972): *Provincial Magistrates and Revolutionary Politics in France, 1789-1795.* Cambridge: Harvard University Press.

ECALO, Samuel (1976): *Coups and Army Rule in Africa. Studies in Military Style.* New Haven, Connecticut: Yale University Press.

EKKER, Rudolf (1982): *Holland in beroering. Oproeren in de 17de en 18de eeuw.* Baarn: Amboeken.

ENT, Julian (1973): *Crisis in Finance: Crown, Financiers, and Society in Seventeenth-Century France.* Newton Abbot: David and Charles.

DESSERT, Daniel (1984): *Argent, pouvoir, et société au Grand Siècle.* París: Fayard.

DEWEY, Horace (1988): «Russia's Debt to the Mongols in Suretyship and Collective Responsibility». *Comparative Studies in Society and History.* 30:249-70.

DEYO, Frederic; HAGGARD, Stephan, y KOO, Hagen (1987): «Labor in the Political Economy of East Asian Industrialization». *Bulletin of Concerned Asian Scholars.* 19:42-53.

DEYON, Pierre (1979a): «L'Enjeu des discussions autour du concept de "proto-industrialisation"». *Revue du Nord.* 61:9-15.

- (1979b): «La diffusion rurale des industries textile en Flandre française à la fin de l'Ancien Régime et au début du XIXe siècle». *Revue du Nord.* 61:83-95.

- (1981): «Un modèle à lèpreuve, le développement industriel de Roubaix de 1762 à la fin du XIXème siècle». *Revue du Nord.* 63:59-66.

DICKSON, P. G. M. (1967): *The financial Revolution in England. A Study in the Development of Public Credit, 1688-1756.* Londres: Macmillan.

DIEHL, Paul F., y GOERTZ, Gary (1988): «Territorial Changes and Militarized Conflict». *Journal of Conflict Resolution.* 32:103-22.

DIJK, H. van (1980): *Wealth and Property in the Netherlands in Modern Times.* Rotterdam: Centrum voor Maatschappijgeschiedenis.

DIX, Robert (1983): «The Varieties of Revolution». *Comparative Politics.* 15:281-93.

DOBB, Maurice (1963): *Studies in the Development of Capitalism.* Londres: Routledge and Kegan Paul. Ed. rev. [Hay ed. cast., *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo,* Madrid, 1988 [5].]

DODGSHON, Robert A. (1987): *The European Past. Social Evolution and Spatial Order.* Londres: Macmillan.

DOHAERD, Renée, et al. (1983): *Histoire de Flandre des origines à nos jours.* Brussels: Renaissance du Livre.

DONIA, Roberts J. (1981): *Islam under the Double Eagle: The Muslims of Bosnia and Hercegovina, 1878-1914.* Nueva York: Columbia University Press for Eastern European Monographs, Boulder, Colorado.

DOWER, John W. (1988): «Japan: Legacies of a Lost War». Working Paper 66. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.

DOWNING, Brian M. (1988): «Constitutionalism, Warfare, and Political Change in Early Modern Europe». *Theory and Society.* 17:7-56.

DOYLE, Michael W. (1986): *Empires.* Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

— (1986): *The Ancien Regime.* Atlantic Highlands, New Jersey: Humanities Press International.

DUCHACEK, Ivo D. (1986): *The Territorial Dimension of Politics. Within, Among, and Across Nations.* Boulder, Colorado: Westview.

DUFFY, Michael (ed.) (1980): *The Military Revolution and the State, 1500-1800.* Exeter: University of Exeter. Exeter Studies in History, I.

DUNÉR, Bertil (1985): *Military Intervention in Civil Wars: the 1970s.* Aldershot: Gower.

DUNFORD, Michael, y PERRONS, Diane (1983): *The Arena of Capital.* Nueva York: St Martin's.

DUNN, John (1972): *Modern Revolutions. An Introduction to the Analysis of a Political Phenomenom.* Cambridge University Press.

DUPLESSIS, Robert S., y HOWELL, Martha C. (1982): «Reconsidering Early Modern Urban Economy: The Cases of Leiden and Lille». *Past and Present.* 94:94-84.

DURANDIN, Catherine (1989): *Révolution à la Française ou à la Russe. Polonais, Roumains et Russes au XIXe siècle.* París: Presses Universitaires de France.

ECKHARDT, William (1988): «Civilian Deaths in Wartime». Próxima publicación en *Bulletin of Peace Proposals,* 20 (1989).

EDEN, LYNN (1988): «World War II and American Politics». Working Paper 68. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.

EGRET, Jean (1962): *La pré-Révolution française.* París: Presses Universitaires de France.

EISENSTADT, S. N. (1963): *The Political Systems of Empires. The Rise and Fall of the Historical Bureaucratic Societies.* Glencoe, Nueva York: Free Press.

ELIAS, Norbert (1982): *Power and Civility*. Nueva York: Pantheon. The Civilizing Process, vol. 2. [Hay ed. cast., *El proceso de la civilización*, México, 1988.]

ELLIOTT, J. H. (1963): *Imperial Spain, 1469-1716*. Londres: Arnold. [Hay ed. cast., *La España imperial*, Barcelona, 1985 [5]]

-(1970): *The Old World and the New, 1492-1650*. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *El viejo mundo y el nuevo*, Madrid, Alianza Editorial, 1990 [3].]

ELTON, G. R. (1975): «Taxation for War and Peace in Early-Tudor England». En J. M. Winter (ed.), *War and Economic Development: Essays in Memory of David Joslin*. Cambridge: Cambridge University Press.

EVANS, Eric J. (1983): *The Forging of the Modern State. Early Industrial Britain, 1783-1870*. Londres: Longman.

EVANS, Peter, y STEPHENS, John D. (1989): «Studying Development since the Sixties: The Emergence of a New Comparative Political Economy». *Theory and Society*. 17:713-46.

FABER, J. A., et al. (1965): «Population Changes and Economic Developments in the Netherlands: A Historical Survey». *A. A. G. Bijdragen*. 12:47:114.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo (1989): «Cities and the State in Spain». *Theory and Society*. 18:721-73.

FIJNAUT, Cyrille (1980a): «Les origines de l'appareil policier moderne en Europe de l'Ouest continentale». *Déviance et Société*. 4:19-41.

- (1980b): «Die "politische Funktion" der Polizei. Zur Geschichte der Polizei als zentralen Faktor in der Entwicklung und Stabilisierung politischer Machtstrukturen in West-Europa». *Kriminologisches Journal*. 12:301-9.

FINER, Samuel E. (1975): «State- and Nation-Building in Europe: The role of the Military». En Charles Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

-(1982): «The Morphology of Military Reimes». En Roman Kolkowicz y Andrej Korbonski (eds.), *Soldiers, Peasants, and Bureaucrats: Civil-Military Relations in Communist and Modernizing Regimes*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

FISCHER, Dietrich (1985): «Defense without Threat: Switzerland's Security Policy». En Peter Wallensteen, Johan Galtung y Carlos Portales (eds.), *Global Militarization*. Boulder, Colorado: Westview.

FITCH, J. Samuel (1986): «Armies and Politics in Latin America: 1975-1985». En Abraham F. Lowenthal y J. Samuel Fitch (eds.), *Armies and Politics in Latin America*. Nueva York: Homes & Meier.

FLORA, Peter, et al. (eds.) (1983): *State, Economy, and Society in Western Europe 1815-1975. A Data Handbook*. Frankfurt: Campus Verlag. 2 vols.

FONTENAY, Michel (1988a): «Corsaires de la foi ou rentiers du sol? Les chevaliers de Malte dans de "corso" méditerranée au XVIIe siècle». *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine.* 35:361-84.
— (1988b): «La place de la course dans l' économie portuaire: L'exemple de Malte et des ports barbaresques». *Annales; Economies, Sociétés, Civilisations.* 43:1321-47.
FORREST, Alan (1975): *Society and Politics in Revolutionary Bordeaux.* Londres: Oxford University Press.
FOURASTIÉ, Jean (1966): «Observazioni sui prezzi salariali dei cereali e la produttività de lavoro agricolo in Europa dal XV al XX secolo». *Rivista Storica Italiana.* 78:422-30.
FRANK, André Gunder (1978): *World Accumulation, 1492-1789.* Nueva York: Monthly Review Press.
FRANKFORT, Henri, et al. (1946): *The Intellectual Adventure of Ancient Man. An Essay on Speculative Thought in the Ancient Near East.* Chicago: University of Chicago Press.
FRÊCHE, Georges (1974): *Toulouse et la région Midi-Pyrénées au siècle des Lumiéres (vers 1670-1789).* París: Cujas.
FREEDMAN, Paul (1988): «Cowardice, Heroism and the Legendary Origins of Catalonia». *Past and Present.* 121:3-28.
FREMDLING Rainer, y TILLY, Richard (eds.) (1979): *Industrialisierung und Raum. Studien zur regionale Differenzierung im Deutschland des 19. Jahrhunderts.* Stuttgart: Klett-Cotta.
FRIEDMANN, David (1977): «A Theory of the Size and Shape of Nations». *Journal of Political Economy.* 85:59-78.
FUETER, Edward (1919): *Geschichte des europaïschen Staatensystems von 1492-1559.* Munich: Oldenbourg.
GALLO, Carmenza (1985): «The State in an Enclave Economy: Political Instability in Bolivia from 1900 to 1950». Tesis doctoral en sociología, no publicada, Boston University.
GARCIN, Jean-Claude (1988): «The Mamluk Military System and the Blocking of Medieval Moslem Society». In Jean Baechler, John A. Hall y Michael Mann (eds.), *Europe and the Rise of Capitalism.* Oxford: Basil Blackwell.
GARMONSWAY, G. N. (tr. y ed.) (1953): *The Anglo-Saxon Chronicle.* Londres: J. M. Dent.
GENET, Jean-Philippe, y LE MENÉ, Michael (eds.) (1987): *Genèse de l'état moderne. Prélèvement et Redistribution.* París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
GERTH, H. H., y MILLS, C. Wright (eds.) (1946): *From Max Weber: Essays in Sociology.* Nueva York: Oxford University Press.
GEYER, Michael (1988): «Society, State, and Military Apparatus in Germany, 1945-1955», Working Paper 67. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.

GIDDENS, Anthony (1985): *The Nation-State and Violence.* Berkeley, California: University of California Press.
GILLIS, John (1970): «Political Decay and the European Revolutions, 1789-1849». *World Politics.* 22-344-70.
GILPIN, Robert (1981): *War and Change in World Politics.* Cambridge: Cambridge University Press.
— (1988): «The Theory of Hegemonic War». *Journal of Interdisciplinary History.* 18:591-614.
GLEDHILL, John; BENDER, Barbara, y TROLLE LARSEN, Mogens (eds.) (1988): *State and Society.* The Emergence and Development of Social Hierarchy and Political Centralization. Londres: Unwin Hyman.
GOKALP, Iskander, y VANER, Semih (1985): «De l'empre à la république: regards sur la Turquie». *Cahiers du Groupe d'Etudes sur la Turquie Contemporaine.* 1:92-102.
GOLDSTEIN, Joshua S. (1988): *Long Cycles. Prosperity and War in the Modern Age.* New Haven, Connecticut: Yale University Press.
GOLDSTONE, Jack A. (1986): «Introduction: The Comparative and Historical Study of Revolutions». En Jack A. Goldstone (ed.), *Revolutions. Theorical, Comparative, and Historical Studies.* San Diego, California: Harcourt Brace Jovanovich.
GOOCH, John (1980): *Armies in Europe.* Londres: Routledge and Kegan Paul.
GRAN, Thorvald (1988a): «War Settlement in Norway». *Working Paper 61.* Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.
— (1988b): «A Critique of State Autonomy in Norway». Tesis doctoral en administración pública y teoría de la organización, no publicada, University of Bergen.
GREENE, Thomas H. (1974): *Comparative Revolutionary Movements.* Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.
GREER, Donald (1935): *The Incidence of the Terror during the French Revolution.* Cambridge: Harvard University Press.
GREW, Raymond (ed.) (1978): *Crises of Political Development in Europe and the United States.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
— (1984): «The Nineteenth-Century European State». En Charles Bright y Susan Harding (eds.), *Statemaking and Social Movements.* Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press.
GREYERZ, Kaspar von (1989): «Portuguese *conversos* on the Upper Rhine and the converso community of sixteenth-century Europe». *Social History.* 14:59-82.
GUÉNÉE, Bernard (1985): *States and Rulers in Later Medieval Europe.* Oxford: Basil Blackwell.
GUGLER, Josef (1982): «The Urban Character of Contemporary Revolutions». *Studies in Comparative International Development.* 17:60-73.

GUILLERM, Alain (1985): *La pierre et le vent. Fortifications et marine en Occident.* París: Arthaud.
GUILMARTIN, John F., Jr. (1988): «Ideology and Conflict: The Wars of the Ottoman Empire, 1453-1606». *Journal of Interdisciplinary History.* 18:721-48.
GURR, Ted Robert (1981): «Historical Trens in Violent Crime: A Critical Revie of the Evidence». *Crime and Justice: An Annual Review of Research.* 3:295-353.
— (1986): «Persisting Patterns of Repression and Rebellion: Foundations for a General Theory of Political Coercion». En Margaret P. Karns (ed.), *Persistent Patterns and Emergent Structures in a Waning Century.* Nueva York: Praeger Special Studies for the International Studies Association.
GURR, Ted Robert, y KING, Desmond S. (1987): *The State and the City.* Londres: Macmillan.
GUTMANN, Myron P. (1980): *Warand Rural Life in the Early Modern Low Countries.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
— (1988): «The Origins of the Thirty Years' War». *Journal of Interdisciplinary History.* 18:749-70.
HAGEN, William W. (1988): «Capitalism and the Countryside in Early Modern Europe: Interpretations, Models, Debates». *Agricultural History.* 62:13-47.
HAIMSON, Leopold, y TILLY, Charles (eds.) (1989): *Strikes, Wars, and Revolutions in an International Perspective.* Cambridge: Cambridge University Press.
HAIR, P. E. H. (1971): «Deaths from Violence in Britain: A Tentative Secular Survey». *Population Studies.* 25:5-24.
— (1967): «International Relations in the West: Diplomacy and War». En G. R. Potter (ed.), *The New Cambridge Modern History. Vol. 1 the Renaissance, 1493-1520.* Cambridge: Cambridge University Press. [V. CLARK, Sir George.]
— (1968a): «Armies, Navies, and the Art of War». En G. R. Elton (ed.), *New Cambridge Modern History, vol. 2: The Reformation 1520-1559.* Cambridge: Cambridge University Press. [V. CLARK, Sir George.]
— (1968b): «Armies, Navies, and the Art of War» *(sic).* En R. B. Wernham (ed.), *New Cambridge Modern History, vol. 3: The Counter-Reformation and Price Revolution, 1559-1610.* Cambridge: Cambridge University Press. [V. CLARK, Sir George.]
— (1979): «Renaissance Armies and Political Control: The Venetian Proveditorial System 1509-1529». *Journal of Italian History.* 2:11-31.
— (1983): *Renaissance War Studies.* Londres: Hambledon Press.
— (1985): *War and Society In Renaissance Europe, 1450-1620.* Nueva York: St Martin's. [Hay ed. cast., *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento: (1450-1620),* Madrid, 1990.]

HALICZ, Emanuel (1987): «The Polish Armed Forced and War, 1764-1864». En Stephen Fischer-Galati y Béla K. Király (eds.), *Essays on War and Society in East Central Europe, 1740-1920*. Boulder, Colorado: Social Science Monographs.

HALL, Petter, y HAY, Dennis (1980): *Growth Centers in the European Urban System*. Londres: Heinemann.

HAMILTON, Clive (1986): *Capitalist Industrialization in Korea*. Boulder, Colorado: Westview.

HAMILTON, Earl J. (1950): «Origin and Growth of the National Debt in France and England». En *Studi in onor di Gino Luzzato, vol. 2*. Milan: Giuffrè.

HARDING, Robert R. (1978): *Anatomy of a Power Elite: The Provincial Governors of Early Modern France*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.

HARFF, Baabara, y GURR, Ted Robert (1988): «Toward Empirical Theory of Genocides and Politicides: Identification and Measurement of Cases since 1945». *International Studies Quarterly*. 32:359-71.

HART, Marjolein't (1984): «In Quest for Funds: State and Taxation in Eighteenth-Century England and France». Ponencia presentada en: Workshop on the Politics of Taxation, European Consortium for Political Research, Salzburgo.

— (1985): «Hoe de statt zijn raison d'ête verloor. Staat en revolutie in Frankrijk 1775-1789». *Mens en Maatschapij*, 1985:5-25.

— (1986): «Taxation and the Formation of the Dutch State, 17th Century». Ponencia presentada en Vlaams-Nederlandse Sociologendagen, Amsterdam.

— (1987): «Salt Tax and Salt Trade in the Low Countries». En Jean-Claude Hocquet, *Le Roi, le Marchand et le Sel*. Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires de Lille.

— (1989a): «Credit and Power. State Making in Seventeenth Century Netherlands». Tesis doctoral en historia, no publicada, University of Leiden.

— (1989b): «Cities and Statemaking in the Dutch Republic, 1580-1680». Próxima publicación en *Theory and Society*.

HASKINS, Charles Homer (1915): *The Normans in European History*. Boston, Massachusetts: Houghton Mifflin.

HEADRICK, Daniel R. (1981): *The Tools of Empire. Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*. Nueva York: Oxford University Press. [Hay ed. cast., *Los instrumentos del imperio: tecnología e imperialismo europeo*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.]

HECHTER, Michael, y BRUSTEIN, William (1980): «Regional Modes of Production and Patterns of State Formation in Europe». *American Journal of Sociology*. 85:1061-94.

HENNING, Friedrich-Wilhelm (1977): «Der Beginn der modernen Welt im

agrarischen Bereich». En Reinhart Koselleck (ed.), *Studien zum Beginn der modernen Welt.* Stuttgart: Klett-Cotta.

HEPER, Metin (1985): «The State and Public Bureaucracy: A Comparative and Historical Perspective». *Comparative Studies in Society and History.* 27:86-110.

HERMANT, Daniel (ed.) (1987): «Les coups d'Etat». *Etudes Polémologiques.* 41:todo el número.

HERNÁNDEZ, Francesc, y MERCADÉ, Francesc (eds.) (1986): *Estructuras Sociales y Cuestión Nacional en España.* Barcelona: Ariel.

HESPANHA, António Manuel (1986): «Centro e Periferia nas Estructuras Administrativas do Antigo Regime». *Ler Histórica.* 8:35-60.

— (1989): «Cities and the State in Portugal». Próxima publicación en *Theory and Society.*

HINRICHS, Ernst; SCHMITT, Eberhard, y VIERHAUS, Rudolf (eds.) (1978): *Vom Ancien Régime zur Französischen Revolution. Forschungen und Perspektiven.* Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht.

HIRST, Dereck (1986): *Authority and Conflict. England, 1603-1658.* Cambridge: Harvard University Press.

HITCHINS, Keith (1988): «Rumanian Peasantism: The Third Way». Ponencia presentada en: Conference on Models of Development and Theories of Modernization in Eastern Europe Between the World Wars, Ráckeve, Hungría.

HOBSBAWM, E. J. (1987): *The Age of Empire 1875-1914.* Nueva York: Pantheon. [Hay ed. cast., *La era del Imperio,* Barcelona, 1990.]

HOCQUET, Jean-Claude (1982): *Le sel et la fortune de Venise.* Lille: Université de Lille III. 2 vols.

HOHENBERG, Paul, y KRANTZ, Frederick (eds.) (1975): *Transition du féodalisme à la société industrielle: l'échec de l'Italie de la Renaissance et des Pays-Bas du XVIIe siècle. Montreal:* Centre Interuniversitarie d'Etudes Européennes.

HOHENBERG, Paul, y LEES, Lynn Hollen (1985): *The Making of Urban Europe, 1000-1850.* Cambridge: Harvard University Press.

HOLSTI, K. J. (1985): *The Dividing Discipine. Hegemony and Diversity in International Theory.* Boston, Massachusetts: Allen & Unwin.

HOLTON, R. J. (1986): *Cities, Capitalism and Civilization.* Londres: Allen & Unwin.

HOOD, James N. (1971): «Protestant-Catholic Relations and the Roots of the First Popular Counterrevolutionary Movement in France». *Journal of Modern History.* 43:245-75.

— (1979): «Revival and Mutation of Old Rivalries in Revolutionary France». *Past and Present.* 82:82-115.

HOROWITZ, Donald L. (1980): *Coup Theories and Officers' Motives. Sri Lanka in Comparative Perspective.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

HOUWELING, Henk, y SICCAMA, Jan G. (1988): «Power Transitions as a Cause of War». *Journal of Conflict Resolution.* 32:87-102.
HOWARD, Michael (1976): *War in European History.* Oxford: Oxford University Press.
HUNT, Lynn (1978): *Revolution and Urban Politics in Provincial France. Troyes and Reims, 1786-1790.* Stanford: Stanford University Press.
— (1984): *Politics, Culture, and Class in the French Revolution.* Berkeley, California: University of California Press.
HUNTINGTON, Samuel P. (1957): *The Soldier and the State. The Theory and Politics of Civil-Military Relations.* Nueva York: Vintage.
— (1968): *Political Orden in Changing Societies.* New Haven, Connecticut: Yale University Press.
HUNTINGTON, Samuel P., y DOMÍNGUEZ, Jorge I. (1975): «Political Development». En Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (eds.), *Handbook of Political Science.* Reading, Massachusetts: Addison-Wesley. Vol. III, 1-114.
HUTCHFUL, Eboe (1984): «Trends in Africa». *Alternatives.* 10:115-38.
IMMICH, Max (1905): *Geschichte des europaïschen Staatensystems von 1660 bis 1789.* Munich y Berlín: Oldenbourg.
IINGRAO, Charles W. (1987): *The Hessian Mercenary State. Ideas, Institutions, and Reform under Frederick II, 1760-1785.* Cambridge: Cambridge University Press.
ISRAEL, Jonathan I. (1982): *The Dutch Republic and the Hispanic World.* Oxford: Clarendon Press.
JACKMAN, Robert W. (1976): «Politicians in Uniform: Military Governments and Social Change in the Third World». *American Political Science Review.* 70:1078-97.
— (1978): «The Predictability of Coups d'Etat: A Model With African Data». *American Political Science Review.* 72:12602-75.
JANOS, Andrew (1988): «The Rise and Fall of Civil Society. The Politics of Backwardness on the European Peripheries, 1780-1945». Ponencia presentada en: Conference on Models of Development and Theories of Modernization in Eastern Europe Between the World Wars, Ráckeve, Hung.
JANOWITZ, Morris (1964): *The Military in the Political Development of New Nations.* Chicago, Illinois: University of Chicago Press.
JANOWITZ, Morris, y DOORN, Jacques van (eds.) (1971): *On Military Intervention.* Rotterdam: Rotterdam University Press.
JELAVICH, Charles y Barbara (1977): *The Establishment of the Balkan National States, 1804-1920.* Seattle, Washington: University of Washington Press.
JERVIS, Robert (1988a): «Realism, Game Theory, and Cooperation». *World Politics.* 40:317-49.
— (1988b): «The Political Effects of Nuclear Weapons». *International Security.* 13:80-90.

JESPERSEN, Leon (1985): «The *Machtstaat* in Seventeenth-century Denmark». *Scandinavian Journal of History.* 10:271-304.

JESSENE, Jean-Pierre (1987): *Pouvoir au village et Révolution. Artoris 1760-1848.* Lille: Presses Universitaires de Lille.

JOHNSON, John J. (ed.) (1962): *The Role of the Military in Underdeveloped Countries.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

JOHNSON, Thomas; SLATER, Robert O., y MCGOWAN, Pat (1984): «Explaining African Military Coups d'Etat, 1960-1982». *American Political Science Review.* 78:622-40.

JOHNSTON, R. J. (1982): *Geography and the State.* Nueva York: St Martin's.

JONES, Colin (1980): «The Military Revolution and the Professionalization of the French Army Under the Ancien Regime». En Michael Duffy (ed.), *The Military Revolution and the State, 1500-1800.* Exeter: University of Exeter. Exeter Studies in History, n.º 1.

JONES, D. W. (1988): *War and Economy in the Age of William III and Marlborough.* Oxford: Basil Blackwell.

JUILLARD, Etienne, y NONN, Henri (1976): *Espaces et régions en Europe Occidentale.* París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.

KANN, Robert A. (1980): *A History of the Habsburg Empire, 1526-1918.* Berkeley, California: University of California Press. Publicado por vez primera en 1974.

KEENEY, Barnaby C. (1974): «Military Service and the Development of Nationalism in England, 1272-1327». *Speculum.* 4:534-49.

KELLENBENZ, Hermann (ed.) (1975): *Agrarisches Nebengewerbe und Formen der Reagrarisierung im Spätmittelalter und 19/20. Jahrhundert.* Stuttgart: Gustav Fischer.

— (1976): *The Rise of the European Economy. An Economic History of Continental Europe from the Fifteenth to the Eighteenth Century.* London: Wiedenfeld and Nicolson. [Hay ed. cast., *El desarrollo económico de la Europa continental (1500-1750),* Madrid, 1977.]

— (1981): «Marchands de l'Allemagne du Sud, médiateurs entre le Nord-Est et l'Occident européen». En *Actes du Coloque Franco-Polonais d'Histoire.* Nice: Laboratoire d'Histoire Quantitative, Université de Nice.

KELLY, John Dunham (1988): «Fiji Indians and Political Discourse in Fiji: from the Pacific Romance to the Coups», *Journal of Historical Sociology.* I:399-422.

KENNEDY, Gavin (1974): «The Military in the Third World. Londres: Duckworth.

KENNEDY, Paul (1987): *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000.* Nueva York: Random House. [Hay ed. cast., *Auge y caída de las grandes potencias,* Barcelona, 1989 ².]

KENNEDY, William (1964): *Englisch Taxation 1640-1799. An Essay on Policy and Opinion*. Nueva York: Augustus Kelley. 1.ª ed., 1913.

KEOHANE, Robert O. (ed.) (1986): *Neorealism and its Critics*. Nueva York: Columbia University Press.

KEOHANE, Robert O., y NYE, Joseph S., Jr. (1975): «International Interdependence and Integration». Vol VIII, 363-414. En Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (eds.) *Handbood of Polical Science*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley.

KETTERING, Sharon (1986): *Patrons, Brokers, and Clients in Seventeenth-Century France*. Nueva York: Oxford University Press.

KICK, Edward L. (1983): «World-System Properties and Military Intervention-Internal War Linkages». *Journal of Political and Military Sociology*. II:185-208.

KICK, Edward L., y KIEFER, David (1987): «The Influence of the World System on War in the Third World». *International Journal of Sociology and Social Policy*. 7:34-48.

KIDRON, Michael, y SMITH, Dan (1983): *The War Atlas, Armed Conflict-Armed Peace*. Nueva York: Simon y Schuster.

KIERNAN, V. G. (1973): «Conscription and Society in Europe before the War of 1914-18». En M. R. D. Foot (ed.), *War and Society: Historical Essays in Honour and Memory of J. R. Western, 1928-1971*. Londres: Elek Books.

KIM, Kyung-Won (1970): *Revolution and International System*. Nueva York: Nueva York University Press.

KINDLEBERGER, Charles P. (1984): *A Financial History of Western Europe*. Londres: Allen & Unwin. [Hay ed. cast., *Historia financiera de Europa*, Barcelona, 1988.]

KINZER, Stephen (1989): «Guatemala: What Has Democracy Wrought?» *Nueva York Times Magazine*, March 26, 1989: 32-4, 50-1.

KLARE, Michael T., y ARNSON, Cynthia (1981): *Supplying Repression. U.S. Support for Authoritarian Regimes Abroad*. Washington DC: Institute for Policy Studies.

KLAVEREN, Jacob van (1960): «Fiskalismus-Merkantilismus-Korruption: Drei Aspeckte der Finanz-und Wirtschaftspolitik während des Ancien Regime». *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, 47:333-53.

KIRCHHEIMER, Otto (1965): «Confining Conditions and Revolutionary Breakthroughs». *American Political Science Review*. 59:964-74.

KLIOT, Nurit, y WATERMAN, Stanley (eds.) (1983): *Pluralism and Political Geography*. Londres: Croom Helm.

KOBLIK, Steven (1975): *Sweden's Development from Poverty to Affluence, 1750-1970*. Minneapolis, Minnesota: University of Minnesota Press.

KOHUT, Zenon E. (1988): *Russian Centralism and Ukrainian Autonomy. Imperial Absorption of the Hetmanate, 1760s-1830s*. Cambridge:

Harvard University Press para el Harvard Ukrainian Research Institute.

KONVITZ, Joseph W. (1985): *The Urban Millennium: The City-Building Process from the Early Middle Ages to the Present.* Carbondale, Illinois: Southern Illinois University Press.

KORPI, Walter (1983): *The Democratic Class Struggle.* Londres: Routledge and Kegan Paul.

KRASNER, Steven D. (1978): *Defending the National Interest. Raw Materials Investments and U.S. Foreign Policy.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

— (1985): *Structural Conflict. The Third World Against Global Liberalism.* Berkeley, California: University of California Press.

KREKIC, Barisa (1972): *Dubrovnik in the 14th and 15th Centuries: A City Between East and West.* Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press.

KREKIC, Barisa (ed.) (1987): *Urban Society of Eastern Europe in Premodern Times.* Berkeley, California: University of California Press.

KRIEDTE, Peter (1982): «Die Stadt im Prozess der europaïschen Proto-Industrialisierung». En Pierre Deyon y Franklin Mendels (eds.), *Proto-Industrialisation: Théorie et réalité.* Lille: Université des Arts, Lettres, et Sciences Humaines.

— (1983): *Peasants, Landlords and Merchant Capitalists. Europe and the World Economy, 1500-1800.* Cambridge: Cambridge University Press.

KRIEDTE, Peter; MEDICK, Hans, y SCHLUMBOHM, Jurgen (1977): *Industrialisierung vor der Industrialisierung. Gemerbliche Warenproduktion auf dem Land in der Formationsperiode des Kapitalismus.* Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht. [Hay ed. cast., *Industralización antes de la industrialización,* Barcelona, 1986.]

KULA, Witold (1960): «Secteurs et régions arriérés de l'économie du capitalisme naissant». *Studi Storici.* 1:569-85.

KYLE, Jörgen (1988): «Peasant Elite? A Case Study of the Relations between Rural Society and the Swedish Assignment System in the Eighteenth Century». En Magnus Mörner y Thommy Svensson (eds.), *Classes, Strata and Elites. Essays on Social Stratification in Nordic and Third World History.* Göteborg: Departamento de Historia. Universidad de Göteborg. Informe núm. 34.

LACHMANN, Richard (1987): *From Manor to Market. Structural Change in England, 1536-1640.* Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press.

LADERO QUESADA, Miguel Angel (1970): «Les finances royales de Castille à la veille des temps modernes». *Annales; Economies, Sociétés, Civilisations.* 25:775-88.

LADEWIG PETERSEN, E. (1983): «War, Finance and the Growth of Absolutism: Some Aspects of the European Integration of 17th Century Den-

mark». En Goran Rystad (ed.), *Europe and Scandinavia: Aspects of the Process of Integration in the 17th Century.* Lund: Esselte Studium.
LANE, Frederic C. (1958): «Economic Consequences of Organized Violence». *Journal of Economic History.* 18:401-17.
— (1966): «The Economic Meaning of War and Protection». En *Venice and History: The Collected Papers of Frederic C. Lane.* Baltimore. Maryland: Johns Hopkins University Press. Publicado primeramente en 1942.
— (1973a): *Venice, a Maritime Republic.* Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press.
— (1973b): «Naval Actions and Fleet Organization, 1499-1502». En J. R. Hale (ed.), *Renaissance Venice.* Londres: Faber and Faber.
LANG, James (1979): *Portuguese Brazil. The King's Plantation.* Nueva York: Academic Press.
LANGER, William L. (1969): *Political and Social Upheaval, 1832-1852.* Nueva York: Harper and Row.
LAPIDUS, Ira (1967): *Muslim Cities in the Later Middle Ages.* Cambridge: Harvard University Press.
— (1973): «The Evolution of Muslim Urban Society». *Comparative Studies in Society and History.* 15:21-50.
LAQUEUR, Walter (1968): «Revolution». *International Encyclopedia of the Social Sciences.* 13:501-7.
LARSON, Reidar (1970): *Theories of Revolution, from Marx to the First Russian Revolution.* Stockholm: Almqvist & Wiksell.
LAUNIUS, Michael A. (1985): «The state and Industrial Labor in South Korea». *Bulletin of Concerned Asian Scholars.* 16:2-10.
LEBRUN, François, y DUPUY, Roger (eds.) (1987): *Les résistances à la Révolution.* París: Imago.
LEE, Su-Hon (1988): *State-Building in the Contemporary Third World.* Boulder, Colorado: Westview.
LE GOFF, T. J. A., y SUTHERLAND, D. M. G. (1984): «Religion and Rural Revolt in the French Revolution: An Overview». En János M. Bak y Gerhard Benecke (eds.), *Religion and Rural Revolt.* Manchester: Manchester University Press.
LÉON, Pierre; CROUZET, François, y GASCON, Raymond (eds.) (1972): *L'Industrialisation en Europe au XIXe siècle. Cartographie et typologie.* París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
LEPETIT, Bernard (1982): «Fonction administrative et armature urbaine: Remarques sur la distribution des chefs-lieux de subdélégation en France à la fin de l'Ancien Régime». *Institut d'Histoire Economique et Sociale de l'Université de Paris I, Recherches et Travaux.* 11:19-34.
— (1988): *Les villes dans la France moderne (1740-1840).* París: Albin Michel.
LEVACK, Brian P. (1987): *The Formation of the British State. England, Scotland, and the Union, 1603-1707.* Oxford: Clarendon Press.

LEVI, Margaret (1983): «The Predatory Theory of Rule». En Michael Hechter (ed.), *The Microfoundations of Macrosociology*. Philadelphia, Pennsylvania: Temple University Press.

— (1988): *Of Rule and Revenue*. Berkeley, California: University of California Press.

LEVINE, David (1987): *Reproducing Families. The Political Economy of English Population History*. Cambridge: Cambridge University Press.

LEVINE, Steven (1988): «War Settlement and State Structure: The Case of China and the Termination of World War II». Working Paper 62. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.

LEVY, Jack S. (1983): *War in the Modern Great Power System, 1495-1975*. Lexington, Kentucky: University Press of Kentucky.

— (1989): «The Causes of War: A Review of Theories and Evidence». Próxima publicación en Philip Tetlock et al. (eds.), *Behavior, Society, and Nuclear War*. Nueva York: Oxford University Press.

LEWIS, Archibald R. (1988): *Nomads and Crusaders A.D. 1000-1368*. Bloomington, Indiana: Indiana University Press.

LEWIS, Archibald R., y RUNYAN, Timothy J. (1988): *European Naval and Maritime History, 300-1500*. Bloomington, Indiana: Indiana University Press.

LEWIS, Gwynne (1978): *The Second Vendée: The Continuity of Counter-Revolution in the Department of the Gard, 1789-1815*. Oxford: Clarendon Press.

LEWIS, Gwynne, y LUCAS, Colin (eds.) (1983): *Beyond the Terror. Essays in French Regional and Social History, 1794-1815*. Cambridge: Cambridge University Press.

LEWIS, John Wilson (ed.) (1974): *Peasant Rebellion and Communist Revolution in Asia*. Stanford, California: Stanford University Press.

LINDEGREN, Jan (1985): «The Swedish "Military State", 1560-1720». *Scandinavian Journal of History*. 10:305-36.

LINDNER, Rudi Paul (1981): «Nomadism, Horses and Huns». *Past and Present*. 92:3-19.

— (1983): *Nomads and Ottomans in Medieval Anatolia*. Bloomington, Indiana: Research Institute for Inner Asian Studies, Indiana University.

LIVET, Georges, y VOGLER, Bernard (eds.) (1983): *Pouvoir, ville, et société en Europe, 1650-1750*. París: Ophrys.

LÖWY, Michael (1989): «Internationalisme, nationalisme et anti-impérialisme». *Critique Communiste*. 87:31-42.

LUARD, Evan (1987): *War in International Society*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.

LUCAS, Colin (1973): *The Structure of the Terror. The Example of Claude Javogues and the Loire*. Oxford: Oxford University Press.

LUCAS, Colin (1988): «The Crowd and Politics between *Ancien Régime* and Revolution in France». *Journal of Modern History*. 60:421-57.

UCKHAM, Robin (1971): *The Nigerian Military. A Sociological Analysis of Authority εζ Revolt, 1960-1967*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1981): «Armament Culture». *Alternatives*. 10:1-44.
ÜDTKE, Alf (1980): «Genesis und Durchsetzung des modernen Staates: Zur Analyse von Herrschaft und Verwaltung». *Archiv für Sozialgeschichte*. 20:470-91.
UTERBACHER, Urs, y WARD, Michael D. (eds.) (1985): *Dynamic Models of International Conflict*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner.
LYNN, John (1984): *The Bayonets of the Republic. Motivation and Tactics in the Army of Revolutionary France, 1791-94*. Urbana, Illinois: University of Illinois Press.
- (1989): «Introduction: The Pattern of Army Growth, 1445-1945». Trabajo no publicado, University of Illinois Champaign-Urbana.
LYONS, G. M. (1961): «Exigences militaires et budgets militaries aux USA». *Revue Française de Sociologie*. 2:66-74.
LYONS, Martyn (1980): *Révolution et Terreur à Toulouse*. Toulouse: Privat.
MACKIE, J. P. (1964): *A History of Scotland*. Baltimore: Penguin.
MACK SMITH, Denis (1968a): *A History of Sicily. Medieval Sicily, 800-1713*. Londres: Chatto & Windus.
- (1968b): *A History of Sicily. Modern Sicily after 1713*. Londres: Chatto & Windus.
MCNEILL, William H. (1964): *Europe's Steppe Frontier, 1500-1800*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press.
- (1976): *Plagues and Peoples*. Garden City, Nueva York: Anchor/Doubleday. [Hay ed. cast., *Plagas y pueblos*, Madrid, 1984.]
- (1982): *The Pursuit of Power. Technology, Armed Force and Society since A.D. 1000*. Chicago Illinois: University of Chicago Press. [Hay ed. cast., *La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedad*, Madrid, 1988.]
MALAND, David (1980): *Europe at War, 1600-1650*. Totowa, New Jersey: Rowman and Littlefield.
MALLETT, M. E. (1974): *Mercenaries and their Masters. Warfare in Renaissance Italy*. Totowa, New Jersey: Rowman and Littlefield.
MALLETT, M. E., y HALE, J. R. (1984): *The Military Organization of a Renaissance State. Venice, c. 1400 to 1617*. Cambridge: Cambridge University Press.
MANDEL, Robert (1980): «Roots of the Modern Interstate Border Dispute». *Journal of Conflict Resolution*. 24:427-54.
MANIRUZZAMAN, Talukder (1987): *Military Withdrawal from Politics. A Comparative Study*. Cambridge, Massachusetts: Ballinger.
MANN, Michael (1986): *The Sources of Social Power. I. A History of Power from the Beginning to A.D. 1760*. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *Las fuentes del poder social, 1*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.]

— (1988): *States, War and Capitalism.* Oxford: Basil Blackwell.

MARAVALL, José Antonio (1986): *Estado Moderno y Mentalidad Social (Siglos XV a XVII).* Madrid: Alianza Editorial. 2 vols.

MARGADANT, Ted (1979): *French Peasants in Revolt. The Insurrection of 1851.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

— (1988a): «Towns, Taxes, and State-Formation in the French Revolution». Trabajo presentado en el: Irvine Seminar on Social History and Theory, abril 1988.

— (1988b): «Politics, Class, and Community in the French Revolution: An Urban Perspective». Trabajo presentado en el congreso: Revolutions in Comparison, University of California, Los Angeles, 1988.

MARKOFF, John (1986): «Contexts and Forms of Rural Revolt. France in 1789». *Journal of Conflict Resolution.* 30:253-89.

— (1985): «The Social Geography of Rural Revolt at the Beginning of the French Revolution». *American Sociological Review.* 50:761-81.

MARKOFF, John, y DUNCAN BARETTA, Silvio R. (1986): «What We Don't Know About the Coups: Observations on Recent South American Politics». *Armed Forces and Society.* 12:207-35.

MARTIN, Jean-Clément (1987): *La Vendée et la France.* París: Le Seuil.

MARTINES, Lauro (1988): *Power and Imagination. City-States in Renaissance Italy.* Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press. 1.ª ed.: 1979.

MARX, Karl (1975): *El capital. Crítica de la economía política.* 8 vols. Madrid.

MASCHKE, Eric, y SYDOW, Jurgen (eds.) (1974): *Stadt und Umland. Protokoll der X. Arbeitstagung des Arbeitskreises für sudwestdeutsche Stadtgeschichts forschung.* Stuttgart: Kohlhammer. Veröffentlichungen der Kommission für Geschichtliche Landeskunde in Baden-Württemberg, Reihe B, 82.

MAUERSBERG, Hans (1960): *Wirtschafts- und Sozialgeschichte zentraleuropaïscher Städte in neurer Zeit.* Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht.

MAYER, Arno (1981): *The Persistence of the Old Regime.* Nueva York: Pantheon. [Hay ed. cast., *La persistencia del antiguo régimen,* Madrid, Alianza Editorial, 1986 ².]

MENDELS, Franklin (1978): «Aux origines de la proto-industrialisation». *Bulletin du Centre d'Histoire Economique et Sociale de la Région-Lyonnaise.* 2:1-25.

— (1980): «Seasons and Regions in Agriculture and Industry during the Process of Industrialization». En Sidney Pollard (ed.), *Region und Industrialisierung: Studien zur Rollen der Region in der Wirtschaftsgeschichte der letzten zwei Jahrhunderte.* Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht.

MERRINGTON, John (1975): «Town and Country in the Transition to Capitalism». *New Left Review.* 93:71-92.
MEYER, David R. (1986a): «System of Cities Dynamics in Newly Industrializing Nations». *Studies in Comparative International Development.* 21:3-22.
— (1986b): «The World System of Cities: Relations Between International Financial Metropolises and South American Cities». *Social Forces.* 64:553-81.
MEYER, Jean (1983): *Le poids de l'Etat.* París: Presses Universitaires de France.
MEYER, Jean, et al. (1983): *Etudes sur les villes en Europe Occidentale.* París: Société d'Edition d'Enseignement Superieur. 2 vols.
MEYER, John W. (1980): «The World Polity and the Authority of the Nation-State». En Albert Bergesen (ed.), *Studies of the Modern World-System.* Nueva York: Academic Press.
MICHAUD, Claude (1981): «Finances et guerres de religion en France». *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine.* 28:572-96.
MIDLARSKY, Manus (ed.) (1986): *Inequality and Contemporary Revolutions.* Denver, Colorado: Graduate School of International Studies, University of Denver. Monograph Series in World Affairs, vol. 22, book 2.
MIGDAL, Joel (1974): *Peasants, Politics, and Revolution. Pressures toward Political and Social Change in the Third World.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
MILLER, Edward (1975): «War, Taxation, and the English Economy in the Late Thirteenth and Early Fourteenth Centuries». En J. M. Winter (ed.), *War and Economic Development. Essays in Memory of David Joslin.* Cambridge: Cambridge University Press.
MILWARD, Alan S., y SAUL, S. B. (1973): *The Economic Development of Continental Europe, 1780-1870.* Londres: Allen & Unwin. [Hay ed. cast., *El desarrollo económico de la Europa Continental,* Madrid, Tecnos, 1373.]
MITCHELL, B. R. (1975); *European Historical Statistics 1750-1970.* Nueva York: Columbia University Press.
MOBERG, Carl-Axel (1962): «Northern Europe». En Robert J. Braidwood y Gordon R. Willey (eds.), *Courses toward Urban Life. Archeological Considerations of Some Cultural Alternates.* Chicago, Illinois: Aldine.
MODELSKI, George (1978): «The Long Cycle of Global Politics and the Nation-State». *Comparative Studies in Society and History.* 20:214-35.
MODELSKI, George, y THOMPSON, William R. (1988): *Seapower in Global Politics, 1494-1993.* Seattle, Washington: University of Washington Press.
MOLLAT, Michel, y WOLFF, Philippe (1973): *The Popular Revolutions of the Late Middle Ages.* Londres: Allen & Unwin.
MOORE, Barrington, Jr. (1966): *Social Origins of Dictatorship and Demo-*

cracy. Boston, Massachusetts: Beacon. [Hay ed. cast., *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, 1983 [3].]

MOOTE, A. Lloyd (1971): *The Revolt of the Judges: The Parlement of Paris and the Fronde*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

MORAW, Peter (1989): «Cities and Citizenry as Factors of State Formation in the Roman-German Empire of the Late Middle Ages». Próxima publicación en: *Theory and Socity*.

MOSCA, Gaetano (1939): *The Ruling Class (Elementi di Scienza Politica)*. Nueva York: McGraw-Hill.

MOUL, William Brian (1988): «Balances of Power and the Escalation to War of Serious Disputes among the European Great Powers, 1815-1939: Some Evidence». *American Journal of Political Science*. 32:241-75.

MUELLER, John (1988): «The Essential Irrelevance of Nuclear Weapons». *International Security*. 13:55-79.

MUMFORD, Lewis (1961): *The City in History. Its Origins, Its Transformations, and Its Prospects*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.

— (1970): *The Myth of the Machine. The Pentagon of Power*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

NEF, John U. (1952): *War and Human Progress*. Cambridge: Cambridge University Press.

NELKIN, Dorothy (1967): «The Economic and Social Setting of Military Takeovers in Africa». *Journal of Asian and African Studies*. 2:230-44.

NICHOLAS, David M. (1968): «Town and Countryside: Social and Economic Tensions in Fourteenth-Century Flanders». *Comparative Studies in Society and History*. 10:458-85.

NICHOLS, Glenn O. (1987): «Intermediaries and the Development of English Government Borrowing: The Case of Sir John James and Major Robert Huntington, 1675-79». *Business History*. 29:28-46.

NICOLAS, Jean (ed.) (1985): *Mouvements populaires et conscience sociale, XVIe-XIXe siècles*. París: Maloine.

NILSSON, Sven A. (1988): «Imperial Sweden: Nation-Building, War and Social Change». En Sven A. Nilsson et al., *The Age of New Sweden*. Estocolmo: Livrustkammaren.

NORTH, Douglass C. (1981): *Structure and Change in Economic History*. Nueva York: W. W. Norton.

NORTH, Douglass C., y THOMAS, Robert Paul (1973): *The Rise of the Western World. A New Economic History*. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *El nacimiento del mundo occidental*, Madrid, 1990 [4].]

NUNN, Frederick M. (1971): «The Latin American Military Establishment: Some Thoughts on the Origins of its Socio-Political Role and an Illustrative Bibliographical Essay». *The Americas*. 28:135-51.

O'DONNELL, Guillermo (1972): *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidos.

— (1980): «Comparative Historical Formations in the State Apparatus and Socioeconomic Change in the Third World». *International Social Science Journal*. 32:717-29.
OLSON, Mancur (1982): *The Rise and Decline of Nations. Economic Growth, Stagflation, and social Rigidities*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
OQUIST, Paul (1980): *Violence, Conflict, and Politics in Colombia*. Nueva York: Academic Press.
ORGANSKI, A. F. K. (1965): *The Stages of Political Development*. Nueva York: Knopf.
ORGANSKI, A. F. K., y KUGLER, Jacek (1980): *The War Ledger*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press.
OSTERBERG, Eva, y LINDSTRÖM, Dag (1988): *Crime and Social Control in Medieval and Early Modern Swedish Towns*. Stockhom: Almqvist & Wiksell. Studia Historica Upsaliensia, 152.
OWUSU, Maxwell (1989): «Rebelion, Revolution, and Tradition: Reinterpreting Coup in Ghana». *Comparative Studies in Society and History*. 31:372-97.
OZOUF-MARIGNIER, Marie-Vic (1986): «De l'universalisme constituant aux intérêts locaux: le débat sur la formation des départements en France (1789-1790)». *Annales; Economies, Sociétés, Civilisations*. 41:1193-1214.
PADDISON, Ronan (1983): *The Fragmented State. The Political Geography of Power*. Oxford: Basil Blackwell.
PALMER, Stanley H. (1988): *Police and Protest in England and Ireland 1780-1850*. Cambridge University Press.
PAMLENYI, Ervin (ed.) (1975): *A History of Hungary*. Londres: Collet's.
PARKER, Geoffrey (1972): *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *El ejército de Flandes y el camino español 1567-1659*, Madrid, Alianza Editorial, 1986 [2].]
— (1973): «Mutiny and Discontent in the Spanish Army of Flanders 1572-1606». *Past and Present*. 58:3-37.
— (1975): «War and Economic Change: The Economic Costs of the Dutch Revolt». En J. M. Winter (ed.), *War and Economic Development. Essays in Memory of David Joslin*. Cambridge: Cambridge University Press.
— (1976): «The "Military Revolution", 1560-1660 a Myth?» *Journal of Modern History*. 48:195-214.
— (1988): *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *La revolución militar*, Barcelona, 1990.]
PARKER, William, y JONES, Eric L. (eds.) (1975): *European Peasants and their markets*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
PARKINSON, C. Northcote (1957): *Parkinson's Law and Other Studies in Administration*. Boston, Massachusetts: Houghton Mifflin.

PARRY, J. H. (1961): *The Establishment of the European Hegemony, 1415-1715. Trade and Exploration in the age of the Renaissance.* Nueva YorK: Harper and Row. 3.ª ed.
— (1966): *The Spanish Seaborne Empire.* Nueva York: Knopf.
PATTEN, John (1973): *Rural-Urban Migration in Pre-Industrial England.* Oxford: School of Geography Papers, núm. 6.
PEACOK, Alan T., y WISEMAN, Jack (1961): *The Growth of Public Expediture in the United Kingdom.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
PEPPER, Simon, y ADAMS, Nicholas (1986): *Firearms and Fortifications. Military Architecture and Siege Warfare in Sixteenth-Century Siena.* Chicago, Illinois: University of Chicago Press.
PERLMUTTER, Amos (1981): *Political Roles and Military Rulers.* Londres: Frank Cass.
PETITFRÈRE, Claude (1988): «The Origins of the Civil War in the Vendée». *French History.* 2:187-207.
PITCHER, Donald Edgar (1972): *An Historical Geography of the Ottoman empire from Earliest Times to the End of the Sixteenth Century.* Leiden: Brill.
PALTZHOFF, Walter (1928): *Geschichte des europaïschen Staatensystems 1559-1660.* Munich y Berlín: Oldenbourg.
PLUMB, J. H. (1967): *The Origins of Political Stability. England 1675-1725.* Boston, Massachusetts: Houghton Miffin.
POGGI, Giangranco (1978): *The Development of the Modern State.* Stanford, California: Stanford University Press.
POLISENSKY, Josef V. (1978): *War and Society in Europe, 1618-1648.* Cambridge: Cambridge University Press.
POUNDS, Norman J. G. (1973): *An Historical Geography of Europe 450 B.C.-A.D. 1330.* Cambridge: Cambridge University Press. [Hay ed. cast., *Historia económica de la Europa medieval,* Barcelona, 1987 [3].]
— (1979): *An Historical Geography of Europe 1500-1840.* Cambridge: Cambridge University Press.
POUNDS, Norman J. G., y BALL, Sue Simon (1964): «Core-Areas and the Development of the European States System». *Annals of the Association of American Geographers.* 54:24-40.
POWERS, James F. (1988): *A Society Organized for War. The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000-1284.* Berkeley, California: University of California Press.
PRYOR, John (1988): *Geography, Technology, and War. Studies in the Maritime History of the Mediterranean 649-1571.* Cambridge: Cambridge University Press.
PULLAN, Brian (1971): *Rich and Poor in Renaissance Venice.* Oxford: Basil Blackwell.
PYE, Lucian (1960): «The Politics of Southeast Asia». En Gabriel A. Al-

mond y James S. Coleman (eds.), *The Politics of the Developing Areas.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

QUESTER, George H. (1975): «The World Political System». Vol. VIII. 199-246 en Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (eds.), *Handbook of Political Science.* Reading, Massachusetts: Addison-Wesley.

RAEFF, Marc (1983): *The Well-Ordered Police State. Social and Institutional Change through Law in the Germanies and Russia, 1600-1800.* New Haven, Connecticut, Yale University Press.

RAMBAUD, Placide, y VINCIENNE, Monique (1964): *Les transformations d'une société rurale. La Maurienne (1561-1962).* París: Armand Colin. Ecole Pratique des Hautes Etudes (VIe Section), Centre d'Etudes Economiques, Etudes et Mémoires, 59.

RAMSAY, G. D. (1975): *The City of London in International Politics at the Accesion of Elizabeth Tudor.* Manchester: Manchester University Press.

— (1986): *The Queen's Merchants and the Revolt of the Netherlands.* Manchester: Manchester University Press.

RAPOPORT, David C. (1982): «The Praetorian Army: Insecurity, Venality, and Impotence». En Roman Kolkowicz y Andzej Korbonski (eds.), *Soldiers, Peasants, and Bureaucrats: Civil-Military Relations in Communist and Modernizing Societis.* Londres: Routledge y Kegan Paul.

RASLER, Karen A., y THOMSON, William R. (1983): «Global Wars, Public Debts, and the Long Cycle». *Word Politics.* 35:489-516.

— (1985a): «War Making and State Making: Governmental Expenditures, Tax Revenues, and Global Wars». *American Political Science Review.* 79:491-507.

— (1985b): «War and the Economic Growth of Major Powers». *American Journal of Political Science.* 29:513-38.

— (1988): «Defense Burdens, Capital Formation, and Economic Growth. The Systemic Leader Case». *Journal of Conflict Resolution.* 32:61-86.

— (1989): *War and Statemaking: The Shaping of the Global Powers.* Boston, Massachusetss: Unwin Hyman.

RATAJCZYK, Leonard (1987): «Evolution of the Polish Armed Forces, 1764-1921». En Stephen Fischer-Galati y Béla K. Király (eds.), *Essays on War and Society in East Central Europe, 1740-1920.* Boulder, Colorado: Social Science Monographs.

REDLICH, Fritz (1964-1965): *The German Military Enterpriser and His Work Force.* Wiesbaden: Steiner. 2 vols. *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte,* Beiheften 47, 48.

REINHARD, Marcel; ARMENGAUD, André, y DUPÂQUIER, Jacques (1968): *Histoire générale de la population mondiale.* París: Montchrestien.

RENOUARD, Yves (1958): «1212-1216. Comment les traits durables de l'Europe occidentale moderne se sont définis au début du XIIIe siècle». *Annales de l'Université de Paris 1958:* 5-21.

REUTER, Timothy (1978): «Introducion» a Timothy Reuter (ed.), *The Medieval Nobility*. Amsterdam: North-Holland.
REYNOLDS, Susan (1984): *Kingdoms and Communities in Western Europe, 900-1300*. Oxford: Clarendon Press.
RIAN, Oystein (1985): «State and Society in Seventeenth-century Norway». *Scandinavian Journal of History*. 10:337-63.
RICE, Condoleezza (1988): «The Impact of World War II on Soviet State and Society». Working Paper 69. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.
RINGROSE, David R. (1983): *Madrid and the Spanish Economy, 1560-1850*. Berkeley, California: University of California Press. [Hay ed. cast., *Madrid y la economía española, 1650-1850,* Madrid, Alianza Editorial, 1985.]
ROBERT, MICHAEL (1979): *The Swedish Imperial Experience*. Cambridge: Cambridge Universitie Press.
ROBINSON, E. A. G. (ed.) (1969): *Backward Areas in Advanced Countries.* Londres: Macmillan.
ROIDER, Karl (1987): «Origins of Wars in the Balkans, 1600-1792». En Jeremy Black (ed.), *The Origins of War in Early Modern Europe*. Edinburgo: John Donald.
ROKKAN, Stein (1975): «Dimension of State Formation and Nation-Building: A Possible Paradigm for Research on Variations within Europe». En Charles Tilly, (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
ROKKAN, Stein, y URWIN, Derek W. (eds.) (1982): *The Politics of Territorial Identity. Studies in European Regionalism.* Beverly Hills, California: Sage.
ROKSANDIC, Drago (1988): «Agrarian Ideologies and Theories of Modernization in Yugoslavia 1918-1941». Trabajo presentado en el congreso: Models of Development and Theories of Modernization in Eastern Europe Between the World Wars, Ráckeve, Hungría.
ROMANO, Salvatore Francesco (1963): *Storia della mafia.* Milán: Sugar.
ROSCOE, Paul B., y GRABER, Robert B. (eds.) (1988): «Circumscription and the Evolution of Society». Número especial de *American Behavioral Scientist.* 31:403-511.
ROSENAU, James N. (1970): *The Adaptation of National Societies: A Theory of Political System Behavior and Transformation.* Nueva York: McCaleb-Seiler.
ROSENBERG, Hans (1958): *Bureaucracy, Aristocracy, and Autocracy. The Prussian Experience 1660-1815.* Cambridge: Harvard University Press.
ROSENBERG, Harriet G. (1988): *A Negotiated World: Three Centuries of Change in a French Alpine Communitary.* Toronto: University of Toronto Press.
ROSENBERG, William G., y YOUNG, Marilyn B. (1982): *Transforming Rus-*

sia and China. Revolutionary Struggles in the Twentieth Century. Nueva York: Oxford University Press.

ROTHENBERG, Gunther E. (1988): «The Origins, Causes, and Extension of the Wars of the French Revolution and Napoleon». *Journal of Interdisciplinary History*. 18:771-94.

ROUBAUD, François (1983): «Partition économique de la France dans la première moitié du XIX siècle (1830-1840)». Institut d'Histoire Economique et Sociale de l'Université de Paris I Panthéon-Sorbonne. *Recherches et Travaux*. 12:33-58.

ROUQUIÉ, Alain (1987): *The Military and the State in Latin America*. Berkeley, California: University of California Press.

RULE, James B. (1988): *Theories of Civil Violence*. Berkeley, California: University of California Press.

RULOF, Dieter (1985): *Wie Kriege beginnen*. Munich: C. H. Beck.

RUSSELL, Conrad S. R. (1982): «Monarchies, Wars, and Estates in england, France, and Spain, c. 1580-c. 1640». *Legislative Studies Quarterly*. 7:205-20.

RUSSEL, D. E. H. (1974): *Rebelion, Revolution, and Armed Force*. Nueva York: Academic Press.

RUSSEL, Jocelyne G. (1986): *Peacemaking in the Renaissance*. Philadelphia, Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.

RUSSEL, Josiah Cox (1972): *Medieval Regions and their Cities*. Newton Abbot: David & Charles.

RUSSETT, Bruce (1970): *What Price Vigilance? The Burdens of National Defense*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.

RYSTAD, Goran (ed.) (1983): *Europe and Scandinavia: Aspects of the Process of Integration in the 17th Century*. Lund: Esselte Studium.

SALES, Núria (1974): *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*. Madrid: Ariel.

— (1986): «Servei militar i societat: la desigautat enfront del servei obligatori, segles XVII-XX». *L'Avenç* 98:721-8.

SCAMMELL, G. V. (1981): *The World Encompassed. The First European Maritime Empires c. 800-1650*. Londres: Methuen.

SCHAMA, Simon (1975): «The Exigencies of War and the Politics of Taxation in the Netherlands 1795-1810». En J. M. Winter (ed.), *War and Economic Development. Essays in Memory of David Joslin*. Cambridge: Cambridge University Press.

SCHEVILL, Ferdinand (1963): *Medieval and Renaissance Florence*. Nueva York: Harper Torchbooks, 2 vols. 1.ª ed.: 1936.

SCHISSLER, Hanna (1978): *Preussische Agrargesellschaft im Wandel. Wirtschaftliche, gesellschaftliche und pulitische Transformationsprozesse von 1763 bis 1847*. Göttingen: Vandenhoeck y Ruprecht.

SCHMAL, H. (ed.) (1981): *Patterns of European Urbanization since 1500*. Londres: Croom Helm.

SCHMOLLER, Gustav (1986): «Die Epochen der Getreidehandelsverfassung und politik». *Schmollers Jahrbuch*. 20:695-744.
SCHRAM, Stuart R. (ed.) (1985): *The Scope of State Power in China*. Publicado para la European Science Foundation por School of Oriental and African Studies, University of London and the Chinese University Press of Hong Kong.
SCHRAM, Stuart R. (ed.) (1987): *Foundation and Limits of State Power in China*. Published for European Science Foundation by School of Oriental and African Studies, University of London y la Chinesse University Press of Hong Kong.
SCHULTZ, Patrick (1982): *La décentralisation administrative dans le département du Nord (1790-1793)*. Lille: Presses Universitaires de Lille.
SCHULZE, Hagen (ed.) (1987): *Nation-Building in Central Europe*. Leamington Spa: Berg.
SCHUMPETER, Joseph (1955): *Imperialism, Social Classes*. Nueva York: Meridian. [Hay ed. cast., *Imperialismo. Clases sociales*, Madrid, Tecnos, 1986 [2].]
SCHWARTZ, Robert M. (1988): *Policing the Poor in Eighteenth-Century France*. Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press.
SCOTT, James (1985): *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
SCOTT, William (1973): *Terror and Repression in Revolutionary Marseilles*. Nueva York: Barnes y Noble.
SEARLE, Eleanor (1988): *Predatory Kinship and the Creation of Norman Power, 840-1066*. Berkeley, California: University of California Press.
SEDOC-DAHLBERG, Betty (1986): «Interest Groups and the Military Regime in Suriname». En Alma H. Young y Dion E. Phillips (eds.), *Militarization in the Non-Hispanic Caribbean*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner.
SEGAL, Daniel A. (1988): «Nationalism, Comparatively Speaking». *Journal of Historical Sociology*. I:301-21.
SHENNAN, J. H. (1974): *The Origins of the Modern European State, 1450-1725*. Londres: Hutchinson University Library.
SHILS, Edward (1962): *Political Development in the New States*. The Hague: Mouton.
SHUE, Vivienne (1988): *The Reach of the State. Sketches of the Chinesse Body Politic*. Stanford, California: Stanford University Press.
SID-AHMED, Mohamed (1984): «Trends in the Middle East», *Alternatives*. 10:139-60.
SIVARD, Ruth Leger (1974-1988): *World Military and Social Expenditures*. Washington, DC: World Priorities. Publicación anual.
SKINNER, G. W. (1964): «Marketing and Social Structure in Rural China». *Journal of Asian Studies*. 24:3-43.
— (ed.) (1977): *The City in Late Imperial China*. Stanford, California: Stanford University Press.

— (1985): «The Structure of Chinese History», *Journal of Asian Studies.* 44:271-92.
SKOCPOL, Theda (1979): *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China.* Cambridge: Cambridge University Press.
SMALL, Melvin, y SINGER, J. David (1982): *Resort to Arms. International and Civil Wars, 1816-1980.* Beverly Hills, California: Sage.
SMITH, Adam (1910): *The Wealth of Nations.* Londres: Dent. 2 vols. 1.ª ed.: 1778. [Hay ed. cast., *La riqueza de las naciones,* 3 vols., Barcelona, 1985 [3].]
SMITH, C. T. (1967): *An Historical Geography of Western Europe before 1800.* Londres: Longmans.
SMITH, Carol A. (1976): «Analyzing Regional Systems». En Carol A. Smith (ed.), *Regional Analysis.* Vol. 2: Social Systems. Nueva York: Academic Press.
SOROKIN, Piritim A. (1962): *Social and Cultural Dynamics. III. Fluctuation of Social Relationships, War, and Revolution.* Nueva York: Bedminster. 1.ª ed.: 1937.
SPULER, Bertold (1977): *Rulers and Governments of the World.* Londres: Bowker. 3 vols.
STEENSGAARD, Niels (1974): *The Asian Trade Revolution of the Seventeenth Century.* Chicago, Illinois: University of Chicago Press.
— (1981): «Asian Trade and World Market: Order of Magnitud in "The Long Seventeenth Century"». En *Actes du Colloque Franco-Polonais d'Histoire.* Nice: Laboratoire d'Histoire Quantitative, Université de Nice.
STEIN, Arthur A. (1978): *The Nation at War.* Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press.
— (1988): «War Settlement, State Structures, and National Security Policy». Working Paper 60. Center for Studies of Social Change. New School for Social Research.
STEIN, Arthur A., y RUSSETT, Bruce M. (1980): «Evaluatin War: Outcomes and Consequences». En Ted Robert Gurr (ed.), *Handbook of Political: Theory and Research.* Nueva York: Free Press.
STEPAN, Alfred (1988): *Rethinking Military Politics. Brazil and the Southern Cone.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
STINCHCOMBE, Arthur L. (1963): «Institutions of Privacy in the Determination of Police Administrative Practice». *American Journal of Sociology.* 69:150-60.
— (1983): *Economic Sociology.* Nueva York: Academic Press.
STOESSINGER, John G. (1974): *Why Nations Go to War.* Nueva York: St Martin's.
STOHL, Michael (1976): *War and Domestic Political Violence. The American Capacity for Repression and Reaction.* Beverly Hills, California: Sage.

STOIANOVICH, Traian (1970): «Model and Mirror of the Premodern Balkan City». *Studia Balcanica. III. La Ville Balkanique XVe-XIXe siècle.* 83-110.

— (1981): «Mode de production maghrébin de commandement ponctuel». En *Actes du Colloque Franco-Polonais d'Histoire.* Nice: Laboratoire d'Histoire Quantitative, Université de Nice.

— (1989): «The Segmentary State and *La Grande Nation*». En Eugene D. Genovese y Leonard Hochberg (eds.), *Geographic Perspectives in History.* Oxford: Basil Blackwell.

STONE, Bailey (1981): *The Parlement of Paris, 1774-1789.* Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press.

STONE, Lawrence (1947): «State Control in Sixteenth-Century England». *Economic History Review.* 17:103-20.

— (1965): *The Crisis of the Aristocracy, 1558-1641.* Oxford: Clarendon Press.

— (1983): «Interpersonal Violence in English Society, 1300-1980». *Past and Present.* 101:22-33.

STRAYER, Joseph (1970): *On the Medieval Origins of the Modern State.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

SUNDIN, Jan, y SODERLUND, Eric (eds.) (1979): *Time, Space and Man: Essays in Microdemography.* Stockholm: Almqvist & Wilksell International.

SUTTON, F. X. (1959): «Representation and the Nature of Political Systems». *Comparative Studies in Society and History.* 2:1-10.

TANTER, Richard (1984): «Trends in Asia». *Alternatives.* 10:161-91.

TAYLOR, A. J. P. (1985): *How Wars End.* Londres: Hamish Hamilton.

TAYLOR, Peter J. (1981): «Political Geography and the World-Economy». En Alan D. Burnett y Peter J. Taylor (eds.), *The Politics of Territorial Identity.* Nueva York: Wiley.

TAYLOR, Stan (1984): *Social Science and Revolutions.* Nueva York: St Martin's.

TENENTI, Alberto (1967): *Piracy and the Decline of Venice, 1580-1615.* Berkeley, California: University of California Press.

THEE, Marek (1984): «Militarization in the United States and the Soviet Union: The Deepening Trends». *Alternatives.* 10:93-114.

THERBORN, Goran (1978): *What Does the Ruling Class Do When It Rules?* Londres: NLB.

THIBON, Christian (1987): «L'ordre public villageois: le cas du Pays de Sault (1848-1914)». En *Société de la Révolution de 1848 et des Révolutions du XIXe siècle, Maintien de l'ordre et polices en France et en Europe au XIXe siècle.* París: Créaphis.

THOMAS, George M., y MEYER, John W. (1980): «Regime Changes and State Power in an Intensifying World-State-System». En Albert Bergesen (ed.), *Studies of the Modern World System.* Nueva York: Academic Press.

THOMAS, George M.; MEYER, John W.; RAMÍREZ, Francisco O.; y GOBALET, Jeanne (1979): «Maintaining National Boundaries in the World System: The Rise of Centralist Regimes». En John W. Meyer y Michael T. Hannan (eds.), *National Development and the World System. Educational, Economic, and Political Change, 1950-1970*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press.

THOMPSON, I. A. A. (1976): *War and Government in Habsburg Spain 1560-1620*. Londres: Athlone Press.

— (1982): «Crown and Cortes in Castile, 1590-1665». *Parlements, Estates and Representation*. 2:29-45.

THOMPSON, William R. (1988): *On Global War. Historical-Structural Approaches to World Politics*. Columbia, South Carolina: University of South Carolina Press.

THOMPSON, William R., y ZUK, Gary (1986): «World Power and the Strategic Trap of Territorial Commitments». *International Studies Quarterly*. 30:249-67.

TILLY, Charles (1983): «Flows of Capital and Forms of Industry in Europe, 1500-1900». *Theory and Society*. 12:123-43.

— (1984): «Demographic Origins of the European Proletariat». En David Levine (ed.), *Proletarianization and Family Life*. Orlando, Florida: Academic Press.

— (1985a): «War and the Power of Warmakers in Western Europe and Elsewhere». En Peter Wallensteen, Johan Galtung y Carlos Portales (eds.), *Global Militarization*. Boulder, Colorado: Westview Press.

— (1985b): «War Making and State Making as Organized Crime». En Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), *Bringing the State Bak In*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (1986): *The Contentious French*. Cambridge: Belknap.

TILLY, Charles; TILLY, Louise A., y TILLY, Richard (1975): *The Rebellious Century, 1830-1930*. Cambridge: Harvard University Press.

TILLY, Louise A. (1971): «The Food Riot as a Form of Political Conflict in France». *Journal of Interdisciplinary History*. 2:23-57.

TIMBERLAKE, Michael (ed.) (1985): *Urbanization in the World-Economy*. Orlando, Florida: Academic Press.

TORRES i SANS, Xavier (1988): «Guerra privada y bandolerismo en la Cataluña del Barroco». *Historia Social*. 1:5-18.

TORSVIK, Per (ed.) (1981): *Mobilization, Center-Periphery Structures and Nation-Building. A Volume in Commemoration of Stein Rokkan*. Bergen: Universitetsforlaget.

TRACY, James D. (1985): *A Financial Revolution in the Habsburg Netherlands. Renten and Renteniers in the County of Holland, 1515-1565*. Berkeley, California: University of California Press.

TREASURE, Geoffrey (1985): *The Making of Modern Europe 1648-1780*. Londres: Methuen.

TREXLER, Richard C. (1980): *Public Life in Renaissance Florence.* Nueva York: Academic Press.
TROTSKY, Leon (1965): *History of the Russian Revolution.* Londres: Gollanez. 2 vols.
TUCCI, Ugo (1981): «Entre Orient et Occident: L'Age vénitien des épices». En *Actes du Colloque Franco-Polonais d'Histoire.* Nice: Laboratoire d'Histoire Quantitative, Université de Nice.
TURNER, Bryan S. (1988): «Religion and State Formation: A Commentary on Recent Debates». *Journal of Historical Sociology.* 1:322-33.
ULTEE, Maarten (ed.) (1986): *Adapting to Conditions. War and Society in the Eighteenth Century.* Alabama: University of Alabama Press.
URLANIS, B. Ts. (1960): *Voin'i i narodo-naselenię Europ'i.* Moscow: Izdatel'stvo Sotsial'no-ekonomicheskoy literatur'i.
VAN CREVELD, Martin (1977): *Supplying War. Logistics from Wallenstein to Patton.* Cambridge: Cambridge University Press.
— (1989): *Technology and War From 2000 B.C. to the Present.* Nueva York: Free Press.
VANER, Semih (1987): «The Army». En Irvin C. Schick y Ertugrul Ahmet Tonak (eds.), *Turkey in Transition: New Perspectives.* Nueva York: Oxford University Press.
VERHULST, Adriaan (1989): «The Origins of Towns in the Low Countries and the Pirenne Thesis». *Past and Present.* 122:3-35.
VILAR, Pierre (1962): *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales.* París: SEVPEN. 3 vols. [Hay ed. cast., *Cataluña en la España moderna,* Barcelona, 1988, 3 vols.]
VOVELLE, Michel (ed.) (1987): *Bourgeoisies de province et Révolution.* Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble, 1987.
VRIES, Jan de (1973): «On the Modernity of the Dutch Republic». *Journal of Economic History.* 33:191-202.
— (1974): *The Dutch Rural Economy in the Golden Age, 1500-1700.* New Haven, Connecticut: Yale University Press.
— (1973): «On the Modernity of the Dutch Republic». *Journal of Economic History.* 33:191-202.
— (1976): *The Economy of Europe in an Age of Crisis, 1600-1750.* Cambridge: Cambridge University Press.
— (1978): «Barges and Capitalism. Passenger transportation in the Dutch economy, 1632-1839». *A. A. G. Bijdragen.* 21:33-398.
— (1984): *European Urbanization, 1500-1800.* Cambridge: Harvard University Press.
WAKEMAN, Frederic, Jr. (1985): *The Great Enterprise. The Manchu Reconstruction of Imperial Order in Seventeenth-Century China.* Berkeley, California: University of California Press. 2 vols.
WALDMANN, Peter (1989): *Ethnischer Radikalismus. Ursachen und Fol-*

gen gewaltsamer Minderheitenkonflikte. Opladen: Westdeutscher Verlag.

WALEY, Daniel (1969): *The Italian City-Republics*. Nueva York: McGraw-Hill. World University Library.

WALKER, Mack (1971): *German Home Towns. Community, State, and General Estate 1648-1871*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

WALLENSTEEN, Peter; GALTUNG, Johan, y PORTALES, Carlos (eds.) (1985): *Global Militarization*. Boulder, Colorado: Westview.

WALLERSTEIN, Immanuel (1974-1988): *The Modern World System*. Nueva York, y Orlando, Florida: Academic Press. 3 vols. [Hay ed. cast., *El moderno sistema mundial*, Madrid, 1984 2, 2 vols.]

— (1979): *The Capitalist World-Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.

WALTZ, Kenneth N. (1979): *Theory of International Politics*. Nueva York: Random House.

— (1988): «The Origins of War in Neorealist Theory». *Journal of Interdisciplinary History*. 18:615-28.

WATKINS, Susan Cotts (1989): *From Provinces into Nations*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

WATSON, J. Steven (1960): *The Reign of George III, 1760-1815*. Oxford: Clarendon Press. Oxford History of England, vol. 12.

WEBBER, Carolyn, y WILDAVSKY, Aaron (1986): *A History of Taxation and Expenditure in the Western World*. Nueva York: Simon & Schuster.

WEBER, Max (1972): *Wirtschaft und Gesellschaft*. Tübingen: Mohr. 5.ª ed.

WEDGEWOOD, C. V. (1964): *The Thirty Years War*. Londres: Jonathan Cape. 1.ª ed.: 1938.

WENDT, Alexander E. (1987): «The Agent-Structure Problem in International Relations Theory». *International Organization*. 41:335-70.

WERNER, Ernst (1985): *Die Geburt einer Grossmacht - die Osmanen (1300-1481)*. Vienna: Böhlhaus.

WHEATCROFT, Andrew (1983): *The World Atlas of Revolutions*. Londres: Hamish Hamilton.

WHITNEY, Joseph B. R. (1970): *China: Area, Administration, and Nation Building*. Chicago: Department of Geography, University of Chicago. Research Paper 123.

WICKHAM, Chris (1988): «The Uniqueness of the East». En Jean Baechler, John A. Hall y Michael Mann (eds.), *Europe and the Rise of Capitalism*. Oxford: Basil Blackwell.

WIJN, J. W. (1970): «Military Forces and Warfare 1610-1648». En J. P. Cooper (ed.), *The New Cambridge Modern History. Vol. 4: The Decline of Spain and the Thirty Years War, 1609-48/59*. Cambridge: Cambridge University Press. [V. CLARK, Sir George.]

WILKENFELD, Jonathan (ed.) (1973): *Conflict Behavior and Linkage Politics*. Nueva York: David McKay.

WILSON, Charles (1968): *The Dutch Republic and The Civilisation of the Seventeenth Century.* Nueva York: McGraw-Hill. World University Library.

WINBERG, Christer (1978): «Population Growth and Proletarianization. The Transformation of Social Structures in Rural Sweden During the Agrarian Revolution». En Sune Akerman (ed.), *Chance and Change. Social and Economic Studies in Historical Demography in the Baltic Area.* Odense: Odense University Press.

WINTER, J. M. (1986): *The Great War and the British People.* Cambridge: Harvard University Press.

WITT, Peter-Christian (ed.) (1987): *Wealth and Taxation in Central Europe.* Leamington Spa: Berg.

WONG, R. Bin (1983): «Les émeutes de subsistances en Chine et en Europe Occidentale». *Annales; Economies, Sociétés, Civilisations.* 38:234-58.

WONG, R. Bin, y PERDUE, Peter C. (1983): «Famine's Foes in Ch'ing China». *Harvard Journal of Asiatic Studies.* 43:291-332.

WRIGHT, Quincy (1965): *A Study of War.* Chicago, Illinois: University of Chicago Press. Edición revisada.

WRIGLEY, E. A. (1969): *Population and History.* Nueva York: McGraw-Hill. [Hay ed. cast., *Historia y población,* Barcelona, 1990 [2].]

WRIGLEY, E. A., y SCHOFIELD, R. S. (1981): *The Population History of England, 1541-1871. A Reconstruction.* Cambridge: Harvard University Press.

WYCZANSKI, Andrzej (1981): «La frontière de l'unité européenne au XVIème siècle: Liens-cadres-contenu». En *Actes du Colloque Franco-Polonais d'Histoire.* Nice: Laboratoire d'Histoire Quantitative, Université de Nice.

— (1989): «Power and Towns in the Polish Gentry Commonwealth: The Polish-Lithuanian State in the 16th and 17th Centuries». Próxima publicación en: *Theory and Society.*

YOUNG, Alma H., y PHILLLIPS, Dion E. (eds.) (1986): *Militarization in the Non-Hispanic Caribbean.* Boulder, Colorado: Lynne Rienner.

ZAGORIN, Perez (1982): *Rebels and Rulers, 1500-1660.* Cambridge: Cambridge University Press. 2 vols.

ZIMMERMAN, Ekkart (1983): *Political Violence, Crises and Revolutions.* Cambridge: Schenkman.

ZINNES, Dina (1980): «Why War? Evidence on the Outbreak of International Conflict». En Ted Robert Gurr (ed.), *Handbook of Political Conflict.* Nueva York: Free Press.

ZOLBERG, Aristide (1968): «The Structure of Political Conflict in the New States of Tropical Africa». *American Political Science Review.* 62:70-87.

— (1978): «Belgium». En Raymond Grew (ed.), *Crises of Political Development in Europe and the United States.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

— (1980): «Strategic Interactions and the Formation of Modern States: France and England». *International Social Science Journal.* 32:687-716.
— (1981): «International Migrations in Political Perspective». En Mary M. Kritz, Charles B. Keely y Silvano M. Tomasi (eds.), *Global Trends in Migration. Theory and Research on International Population Movements.* Staten Island, Nueva York: Center for Migration Studies.
— (1987): «Beyond the Nation-State: Comparative Politics in Global Perspective». En Jan Berting y Wim Blockmans (eds.), *Beyond Progress and Development. Macro-Political and Macro-Societal Change.* Aldershot: Averbury.

INDICE ANALITICO

abastecimiento alimentario, intervención del Estado en, 180-183, 196.
absolutismo, 31
acción colectiva, popular, 153-159
actividad del Estado, 149-153
  expansión de, 175-178
  distribución geográfica de, 190-191
acuerdos de paz, 246-251
Africa
  golpes militares en, 1984-87, 311
  poder militar en, 315-316
agricultura, 43, 44, 83
  intervención estatal en, 182; véase también abastecimiento alimentario
Alba, Víctor, 298
Aldeni, Guildo, 193
Alemania, 99
  y la transición a gobierno directo, 176-177
América Latina
  conversión a civil en, 314
  intentos de golpe por cada 100 Estados, 1944-87, 313
  poder militar en, 298, 301
  intervención de Estados Unidos en, 320-321
análisis del sistema mundial de formación del Estado, 33
análisis estatistas de la formación del Estado, 26-30
análisis geopolíticos de la formación del Estado, 30-31
Anderson, M. S., 129
Anderson, Perry, 32
Andorra, 81
apropiaciones de grano, 196
Aragón, 102, 122, 123, 200
arbitraje
  como actividad del Estado, 91, 150, 151
Ardant, Gabriel, 91, 196
Argentina, 317-318
aristocracia, 32
armas de fuego, 121-122
armamento nuclear, 293-294
arrendamientos, 137
Artois, 170-171
Asia

intentos de golpe de Estado por cada 100 Estados, 311-312
Augsburgo, Guerra de la Liga de, 248
Austria, 218, 224, 226, 250

Babilonia, Tratado de, 249
Badie, Bertrand, 27
Balcanes, dominio otomano en, 161, 163
Balsac, Robert de, 132
Banco de Inglaterra, 233
Barcelona, 102, 156, 158, 224
Becker, Marvin, 111
Bélgica, 250, 266-267
Berlín, 43
Birnbaum, Pierre, 27
Black, Cyril, 282
bloques, 22
Blum, Jerome, 210-211
Bohemia, 100
Bolivia, 292
Borgoña, ducado de, 256
Bosnia, 163
Brandenburgo, 49, 59, 94, 268
Brandenburgo-Prusia, 49, 52, 94, 179, 226
Brasil, 144, 145, 321, 322
Breda, Tratado de, 248
Buda, paz de, 240
Bulgaria, 207
burocracias, formación de, 102, 118, 139, 147, 179
Burundi, 318

Caballeros Teutónicos, 42, 63-64, 96, 244
Cabot, John, 231
Calabria, 53
Callaghy, Thomas, 308
cambio económico, y formación del Estado, 24-26
campesinado, 49, 226
Canuto, rey, 228
capital
y coerción, 40-45, 95-97; véase también zonas de coerción capitalizada
concentración en ciudades, 84-86
control estatal de, 90
y crecimiento urbano, 41-42, 43
y acción bélica, 134-135
capitalismo, 31-32
capitalistas, 41
y rentas del Estado, 134-135
Carlos I, rey de Inglaterra, 233-234
Carlos II, rey de Inglaterra, 233
Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano, 61, 93, 119, 125
Carlos VIII, rey de Francia, 123
Carlos XI, rey de Suecia, 204
Carlos XII, rey de Suecia, 204
Castilla, 91, 102, 122, 144, 198, 226, 275
Cataluña, 60, 122, 156, 158, 275
Cateau-Cambrésis, tratado de, 152, 244
Catalina la Grande, 208, 212
China, 21, 115-116, 237, 253
ciudades
y agricultura, 43, 44
y acumulación/concentración de capital, 43-44, 84-86, 200, 278-279
como lugares centrales, 87-88
impacto demográfico, 83-84
crecimiento de, 35, 41-43, 44, 84-87, 200
sanidad en, 43
interacción con el Estado, 20, 87-91, 97-101
en la jerarquía de mercados, 100, 198-200
origen de, 20
relación con hinterland, 198-200
tipos de, 200
en los entramados urbanos, 87-89
y la financiación de la guerra, 136; véase también, ciudades-imperio; ciudades-estado; oligarquías urbanas
ciudades-imperio, 106, 107
decadencia de, 279
ciudades-estado, 20, 47, 61, 106, 107
decadencia de, 278-280
civilidad del gobierno, 185, 299, 308
Clark, Gordon, 31
Clausewitz, Carl von, 131
coerción, 44-46, 87, 90
y capital, 40-45, 95-97; véase también zonas de coerción capitalizada
concentración de, 91-97
control estatal de, 110-113
y la formación del Estado, 197-198;

véase también ejércitos, zonas intensivas en coerción; guerra
Colleoni, Bartolomeo, 128
Collier, Ruth, 315
comerciantes
poder político de, 196, 225; véase también, comercio
comercio, 88-90, 106-107, 200, 278-279
imperios y, 142-148
comercio de armas, 304
Compañía Holandesa de las Indias Orientales, 113, 223
Comunidad Económica Europea, 22
condottieri, 128, 186, 222
Constantinopla, 83
construcción del Estado, como actividad del Estado, 149, 150
control militar, 296-297
y derechos humanos, 314
Estados bajo, 306-307
Córdoba, 82
Corea del Sur, 319, 322
crecimiento del Estado, condiciones posibles de, en función de la acumulación y concentración de coerción, 49-50
Crónica de Laud, 228
Cruzadas, 217
Cuenca cárpata, 78
Curtin, Philip, 88

Dalmacia, 215, 216, 226
Dear, Michael, 31
Decalo, Samuel, 315
derechos humanos, 314
derecho de propiedad, 155
deuda nacional, 117-118
devolución de poder, 51-52
Dinamarca, 95, 201-202, 203, 208, 244
distribución
intervención del Estado en, 91, 181
Drake, Sir Francis, 231
Dubrovnik; véase Ragusa
dux, 220

Eckhardt, William, 116
economía, 63
Eduardo I, rey de Inglaterra, 229, 230
Eduardo III, rey de Inglaterra, 230
Egipto, 52
ejércitos
a diferencia de la marina, 95
a diferencia de la policía, 95, 120-121
distribución geográfica de, 190-191
mercenarios, 127-132, 163
nacionalización de, 159, 175-176
porcentaje de la población en, 307
post-1960, 307
permanentes, 81, 131, 164
suministro a, 127; véase también coerción; control militar; gastos militares; personal militar; poder militar; guerra
Elias, Norbert, 134
Elliot, J. H., 120
embajadas, establecidas en Europa, 243
Enrique II, rey de Inglaterra, 229
Enrique VI, emperador del Sacro Imperio, 242
Enrique VII, rey de Inglaterra, 232
Enrique VIII, rey de Inglaterra, 159, 232
Escandinavia, 97
vía hacia la formación del Estado en, 201-206
Escocia, 228, 229, 230-231, 232
España, 140, 175, 236, 252
fuerzas armadas, 81
quiebra del imperio, 47
conquista musulmana de, 45-46
imperio, 47, 143
abastecimiento alimentario, 182
judíos en, 164
militarización del gobierno, 189-190
marina, 129
rentas del Estado en el siglo XVI, 126
soldados en activo, 125, 126
guerra con Holanda, 141
especialización, 58, 90, 185, 279
guerras en la era de, 273
Estado
definición de, 19-20
aparición de, 20-21
principales actividades de, véase actividad del Estado
nacional; véase Estado nacional
relaciones con las ciudades, 20, 97-101
sistema de; véase sistema de Estados

Estado-nación, 23
Estado nacional, 20-21, 39, 47, 48, 237
formación de, 97
predominio de, 268-269
relaciones con las ciudades, 99-100
Estados musulmanes
en el 990, 77; véase también, Imperio Otomano
Estados socialistas, 61, 152
Estados Unidos, 288, 289
intervención en América Latina, 320-321
gastos militares, 188-189
estructura de clase, 155-157
estructuras del Estado, 284-285
contemporáneo, 284-286
Etelredo, rey, 228
Europa
hacia el 400 d.C., 71
en 990, 70-73
en 1490, 79-80
en 1990, 75-76
jerarquías administrativas en, 193-195
ciudades; véase ciudades
jerarquías comerciales en, 193-195
relaciones entre Estados de, 239-244
misiones diplomáticas creadas en, 243
imperios, 142-148
variaciones geográficas en la formación del Estado, 274-275
grandes potencias; véase grandes potencias
Estados nacionales en, 76-77, 81
número de Estados: en 1490, 77; en los siglos XIX y XX, 80, 81
razón entre ciudades y Estados, 87
dimensiones de Estados en, 81-82
agrupaciones de Estados en 990, 240-242
sistemas de Estados en, 23-24, 240, 243-244, 254-257
centros urbanos en, 82-83
columna urbana en, 200-201
urbanización en, 36, 42-43, 44, 82-87
población urbana en, 86
extracción por parte del Estado, 150-152

federaciones, 47, 88, 107
decadencia de, 279-280
Federico II, rey de Hesse, 130
Federico II, rey de Sicilia, 213
Felipe II, rey de España, 93, 120, 126
Fiji, 318
Fitch, J. Samuel, 315-316
Flandes, 44, 199, 231
Florencia, 52, 54, 108, 124, 127, 198, 225, 258
en los siglos XIII y XIV, 242
flujos, pagos sobre, 137, 138
formación del Estado
diversas hipótesis sobre, 26-27
vías alternativas hacia, 102-103
y el impacto comercial de las ciudades, 83
y el impacto demográfico de las ciudades, 83-84
y el cambio económico, 24-26
y los sistemas de ciudades europeos, 83-84
influencias externas sobre, 266, 299-302
análisis geopolíticos sobre, 30-31, 33
análisis del modo de producción sobre, 32-33
en el siglo XIX, 105
análisis estatistas sobre, 26-30, 33
guerra y, 45-47, 269-274, 279, 299
análisis del sistema mundial sobre, 33
Foucault, Michel, 111
Francia, 27, 49, 52, 105, 108, 123, 156, 184, 236, 246, 247, 249
gobierno directo en, 165-166
división de fuerzas de tierra, 190-191
deuda nacional, 117
marina, 129
policía, 167-169
impuestos, 117
tropas en activo, 125, 126
financiación de guerra, 137; véase también Revolución Francesa
Francisco I, rey de Francia, 119
Frank, André Gunder, 33
fronteras del Estado, en el siglo XX, 300-301
fuerzas armadas

transferencia de civiles al Estado, 110-113
fuerzas policiales, 120-121, 176, 182
distribución geográfica de, 190-191
Fueter, Eduard, 254-255
Fuggers, 136

galeras, 222-224
Gales, 229, 230
gastos militares, 87, 102-103, 117-118
descenso de, 185, 188-189
y poder militar en las regiones del mundo, 304
como porcentaje del presupuesto del Estado 1850-1975, 188
como proporción del PNB; en 1984, 188-189
Génova, 46, 60, 106, 107, 125, 141, 196, 218, 219
genocidio, 293
geografía, y actividad del Estado, 190-191
Ghana, 315
Glendower, Owen, 230
gobierno directo
y homogeneización dentro del Estado, 176-177
y represión, 176
transición a, 159-165, 175-176
gobierno indirecto, 51-52, 159-163
golpes, militares
intentos por cada 100 Estados 1944-87, 313
por cada 100 Estados, 1944-87, 311
en el Tercer Mundo, 310-313
Granada, 73, 79, 144
Gran Bretaña, 27, 50, 121, 248, 269, 275
aparato administrativo, 233
fuerzas armadas, 233-235
relaciones capital-coerción en, 225, 236-237
como potencia comercial, 231-232
gobierno directo en, 234
Compañía de las Indias Orientales, 223
en el siglo XVIII, 233
imperio, 143-146
explotadores, 232
impuesto sobre la renta, 159
deuda nacional, 118-119
en el siglo XIX, 234-235
invasión normanda de, 229
Parlamento, 231, 233
Revolución de 1688, 228, 233
invasiones escandinavas de, 228
comercio, 223, 231; véase también; Inglaterra, Escocia, Gales
grandes potencias
desde el siglo XV a la actualidad, 251-265
lista de Levy, 251-252
lista de Modelski-Thompson, 251-253
guerras entre; véase bajo: guerra grupos de parentesco, 114
guerra, 29, 30, 102-104, 113-121
1880-1899, 262
estadísticas de muertos en acción, 109, 116-117, 292
cambios en la escala de, 249
condiciones para, 114
en la época de mediación, 271-272
en la época de nacionalización, 271-272
en la época de patrimonialismo, 270-271
en la época de especialización, 273
europeas, 1495-1975, 258
grandes potencias europeas: 1945-1914; 1655-74; 1790-1809, 258, 259, 260-262
magnitud de, 1500-1975, 116; desde el siglo XV, 244-246
financiación del Estado, 132-137
hipótesis geopolíticas sobre, 30
de las grandes potencias, 109-110, 115-117
incidencia de, 109, 115-117
intensidad-Estados, 1956-75, 262-265
análisis marxistas sobre, 31
deuda nacional y financiación de, 139-141
post-1945, 292-293
acuerdos de, 246-251
como actividad del Estado, 148, 150, 152
y la formación/transformación del Estado, 45-57, 269-274, 279, 299

y la organización del Estado, 57-59, 96-97, 118
producción estatal de medios para, 132-133
y la estructura del Estado, 38-39
e impuestos, 132-135; véase también; ejércitos, coerción guerras civiles
Guerra de Crimea, 250
Guerra de las dos Rosas, 230
Guerra de los Siete Años, 249
Guerra de los Treinta Años, 156, 186, 193, 245-246
Guerra de Sucesión Española, 249
Guerra de Vietnam, 264
I Guerra Mundial, 263
acuerdos de paz después de, 251
II Guerra Mundial, efectos sobre el sistema de Estados, 287-295
Guillermo de Orange, 233

Habsburgos, 124, 129, 247, 249, 252
Hale, J. R., 75, 124
Hammurabi, 19, 20
Hanover, casa de, 234
Hautville, Roger de, 53
Hawkwood, Sir John, 127
Hesse-Cassel, 130
Hohenberg, Paul, 88
Holanda, 97, 106, 140, 141, 175, 248
homogeneización de la población, 163-165, 176-178
Hungría, 78-79, 100, 108, 200, 218, 226, 275
Huntington, Samuel, 27, 297

Iberia
en el siglo XV, 122; véase también; Portugal, España
Immich, Max, 255
imperialismo; véase imperios
imperios, 51, 61, 247-248, 298
europeos, 142-148, 193
en el período de postguerra, 288-289
perceptores de impuestos, 47, 107, 137
Imperio bizantino, 215, 218
Imperio chino
jerarquías comerciales y administrativas en, 192-193
comparación con Europa, 196-197
abastecimiento alimentario en, 196
Imperio otomano, 51, 61, 73, 217, 226, 250, 275
gobierno indirecto en, 160-162, 163
Venecia derrotada por, 239-240
impuestos, 117-119, 126, 152-153
categorías, 137-138
directos, 137-138
indirectos, 137-138
y monetización de la economía, 137-139
resistencia a, 155-156
y vigilancia, 137-138
guerra, 132-135
impuestos directos, 137
impuestos indirectos, 137
impuestos sobre la renta, 137, 138
India, 248
industrialización, 183
inestabilidad, influencia política y externa, 302-303
infraestructura social, 61
Inglaterra, 101, 106, 107, 113, 228
abastecimiento alimentario, 181-183
marina, 128-130
Parlamento, 231
navegantes, 232
en el siglo XVI, 232-233
en el siglo XVII, 232
formación del Estado, 229-231
del siglo X al XII, 228-229
comercio, 231-232
tropas regulares, 126; véase también, Gran Bretaña
instituciones del Estado, ampliación de las funciones de, 180
Intercursus Magnus, 231
Irlanda, 228, 230, 233, 234
Italia, 44, 237
ciudades-estado, 83, 98-100, 214-215; conquistada por Francia y España, 122-123; misiones diplomáticos, 243; mercenarios contratados por, 127
en el siglo XV, 123
Reino de, 248
formación del Estado en, 205

Iván III (el Grande), zar de Rusia, 210
Iván IV (el Terrible), zar de Rusia, 210

Jacobo I, rey de Inglaterra, 232
Jagellonica, Katerina, 244
Japón, 146
Javogues, Claude, 171
jerarquías, administrativas y comerciales, 192-197
Jericó, 20
Johann III, rey de Suecia, 244
judíos, 164
Junkers, 162

Kennedy, Paul, 28-29
Kiev, 206
Kinzer, Stephen, 307

Lagash, 21
Liga Hanseática, 49, 89, 203
Lees, Lynn, 88
Lefebvre, Georges, 171
Levy, Jack, 116, 245, 251
Libia, 322-323
Liechtenstein, 81
Lituania, 208
Loira, 171
Lombardía, 124, 125
lucha de clases
  y la formación del Estado, 53-56
Luis XI, rey de Francia, 122
Luis XII, rey de Francia, 112
Luis XIII, rey de Francia, 156
Luis XIV, rey de Francia, 248
Luxemburgo, ducado de, 267

Machiavelli, Niccolò, 124, 225
Mack Smith, Denis, 213
McNeill, William, 29
Madrid, 43, 198
magiares, 78-79
Magna Carta, 229
Malta, Caballeros de, 92-93
mamelucos, 51
Maniruzzaman, Talukder, 309
Mar Adriático, 215, 218, 226
Mar Mediterráneo, 106-107, 216-217
Mare, Nicolas de la, 182
María, reina de Escocia, 232
marinas, 122
  mercenarios contratados en, 128-130
marxismo, 32
Mecklenburgo, 48
mediación, 58, 90, 185, 279
  rebeliones en la era de, 154, 273-274
  guerras en la era de, 272
mercenarios, 127-132, 164
Mesopotamia, 19, 21
Messina, 98
migraciones, del campo a la ciudad, 83-84
Milán, 106, 124
milicias, 92
minorías étnicas, 22
misiones diplomáticas, creadas en Europa, 243
Modelski, George, 251
Mónaco, 81
monetización, e impuestos, 137-139
mongoles, 47, 114-115, 207, 210, 212
Moore, Jr. Barrington, 34
Moscú, 208, 210
muertes en acción, estadísticas, 109, 116, 117, 892
Mumford, Lewis, 34, 36-37
  modelo de urbanización, 36
Münster, Sebastian, 244

Naciones Unidas, 289-290
  pertenencia por región geográfica, 291
Nápoles, 123, 124
Napoleón Bonaparte, 47, 175, 178, 225
nacionalismo, 105, 178-179
nacionalización, 58, 90, 185, 279
  rebeliones en la era de, 273-274
  guerras en la era de, 272-273
negociación
  entre gobernantes y gobernados, 90, 105, 106, 147, 153-159, 275; véase también, mediación
Nigeria, 291
Niza, 250
normandos, 228
  conquista de Sicilia, 242
nórdicos (antiguos escandinavos), 229
Noruega, 201, 204

gastos del Estado como porcentaje del PNB, 1875-1975, 184
Novgorod, 107, 208
nuncios papales, 243
Nueva Delhi, 23

oligarquías urbanas, 276-277
Olson, Mancur, 28-29
Organski, A. F.K., 283
organizaciones de clase
y coerción, 56-57
y formación del Estado, 97
organización del Estado
estructura de clases, 155, 158
la guerra y, 96-97
Oriente Medio, intentos de golpe por cada 100 Estados, 1944-87, 313
Owusu, Maxwell, 315

Países Bajos, 44, 141, 227, 267, 268, 275
tropas regulares, 126; véase también; República holandesa, Holanda
Palacio Vaticano, 23
Palermo, 180
Parkinson, C. Northcote, 23
Pas-de-Calais, 171
patrimonialismo, 58, 90, 117, 185, 279
negociación entre autoridades y pueblo en la era de, 153-154
guerras en la era de, 270-271
peajes, 138
Pedro el Grande, 208, 211
personal militar
como porcentaje de la población masculina entre 22 y 44 años, 187; véase también, fuerzas armadas
Piamonte, 124
Pitt, William, 158
Platzhoff, Walter, 255
poder militar, 27-28
circunstancias que favorecen, 315-317
Polonia, 108, 154, 196, 200, 207, 209, 226, 244
Pomerania, 49
Portugal, 102, 122, 198, 223, 252, 275
imperio, 142-143
militarización y gobierno en, 189-190
presupuestos nacionales, 117
producción, 150, 151, 183
del Estado, 91, 180
protección, como actividad del Estado, 149-151
protestantismo, 101
proveditori, 222
Prusia, 48-50, 63-65, 113, 121, 163, 182, 196, 208, 276
abastecimiento alimentario, 182; véase también; Brandemburgo-Prusia
Pye, Lucian, 281

Ragusa (Dubrovnik), 218, 223
Rastatt, 249
Ravenna, 215
rebeliones, 155-156, 273-274
recursos, extracción por el Estado, 150, 151, 198
Reforma protestante, 101, 165
refugiados, 295
relaciones internacionales
análisis geopolíticos sobre, 30-31
análisis marxista sobre, 31-32
análisis estatistas sobre, 26
religión, 101, 105, 279
Renania, 199
rentas aduaneras, 137
rentas, gubernamentales, categorías, 137
representación, 106, 158, 275
República holandesa, 59-61, 90-91, 100, 102, 121, 147, 224, 247, 269, 278
retículas urbanas, 87, 88
Revolución Americana, 249
Revolución Francesa, 165-175
y la burguesía, 166, 170-171, 175
las ciudades durante, 167
movimientos contrarrevolucionarios durante, 171-173
labradores durante, 170
fuerzas policiales durante, 169-170
revoluciones, 273; véase también, rebeliones
Ricardo II, rey de Inglaterra, 230
Rokkan, Stein, 36, 37
Rosenau, James, 30-31
Rosenberg, Hans, 179
Rusia, 59, 105, 126, 207, 208-212, 226, 237, 244

Russell, 82

San Marino, 81
Saboya, 124, 248, 250
Saboya-Piamonte, 152
Sacro Imperio Romano, 101, 107, 246-247, 255
sanidad, en ciudades, 43-44
Scammell, G. V., 219
sefardíes, 165
Serbia, 163
  bajo dominio otomano, 51
servicio militar, porcentaje del total de población, 188
servicios sociales, gasto del Estado en, 184-185
Sforza, Francesco, 106
Sforza, Ludovico, 123
Shils, Edward, 296
Sicilia, 53, 98, 112, 180, 212-214, 226, 242
sífilis, 123
sistema de Estados, 23, 49, 240
  europeo: 1870-1918, 263; desarrollo del, 243-244; modelo jerárquico de, 258-259; miembros de, desde el siglo XV, 254-256
Sistova, paz de, 162
Skinner, G. William, 192, 196, 237
Smith, Adam, 87, 236
soberanía, fragmentada, 47, 61, 72, 74, 274
Sociedad de Naciones, 23
Solimán el Magnífico, 61, 124
Stepan, Alfred, 323
Suecia, 105, 165, 201, 203, 244, 247, 268
  formación del Estado en, 55
  soldados regulares en 1500-1980, 126
Suiza, 227
  mercenarios, 127, 130
Surinam, 321

Tailandia, 308, 309
Taiwan, 292, 319
tártaros, 47, 208
tasas de homicidios, 111
Tenenti, Alberto, 224
Tercer Mundo
  fuerzas armadas en, 289-291
  circunstancias que favorecen el poder militar en, 315-318
  golpes de Estado en, 308-314
  militarización y competencia entre grandes potencias, 318-324
  gobiernos militares en, 307-308
  poder militar en, 295-302, 313-323
  inestabilidad política en, 300-302
  formación del Estado en, 280-287
Thompson, William, 31, 251
tierras de la Iglesia, 181-182
Transilvania, 95
tribus nómadas, 207
Trieste, 218, 226
Tudor, 112
Turquía, 78-79, 250
  guerra con Venecia, 239-340

Ucrania, 211-212
Unión Escandinava, 203
Unión Soviética, 22, 208-209, 288
Ur, 21
urbanización, 35, 85-87
  y acumulación/concentración de capitales, 41-43, 199-200
  períodos de, 84-85
Utrech, Tratado de, 249

Valencia, 126
valores, pagos sobre, 137, 138
Valle del Po, 199
Vasa, Gustav, 203
Venecia, 89, 99, 107, 122, 125, 127, 141, 237
  y el Imperio Bizantino, 215, 216
  conquistada por Austria, 224
  decadencia del poder de, 223-224
  los dux en, 220
  sistema fiscal, 221, 222
  galeras utilizadas por, 222, 223
  como potencia marítima, 214-220
  oligarquía de, 220
  población, 220
  Scuole Grandi, 221-222
  regulación estatal de la actividad comercial en, 221
  actividad comercial, 215-220, 222

guerra con el Imperio Otomano, 239-240
guerras en el siglo XIV, 221-223
Verböczi, Istvan, 78
Viena, Congreso de, 249
vikingos, 202, 206, 207
violencia, interpersonal, 110
Vries, Jan de, 82, 85

Waley, Daniel, 221
Wallenstein, duque de Friedland, 128, 129
Wallerstein, Immanuel, 33
Weber, Max, 113
Westfalia, Tratado de, 101, 247
Wong, R. Bin, 195

Zaïre, 307
zonas de amortiguación, 113-114, 270
zonas de coerción capitalizada, 59-60, 200, 201, 205, 206, 225-237, 275
campesinado en, 226
actividad del Estado en, 153
zonas intensivas en capital, 39, 57, 59, 197, 198-200, 214-225, 224-225, 274-275
negociación en, 155
organización de clases en, 97
campesinado en, 226
actividad del Estado en, 153
zonas intensivas en coerción, 39, 57, 59, 197, 200-214, 225, 274
negociación en, 155
organización de clases en, 97
campesinado en, 226-227
actividad del Estado en, 153

Alianza Universidad

Volúmenes publicados

416 Luis Angel Rojo: **Keynes: su tiempo y el nuestro**

417 Jean-Paul Sartre: **El ser y la nada**

418 Juan Pablo Fusi: **El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad**

419 Antonio Rodríguez Huéscar: **Perspectiva y verdad**

420 José María López Piñero: **Orígenes históricos del concepto de neurosis**

421 Hermann Heller: **Escritos políticos**

422 Camilo J. Cela Conde: **De genes, dioses y tiranos. La determinación biológica de la moral**

423 Walter Ullman: **Principios de gobierno y política en la Edad Media**

424 Mark Blaug: **La metodología de la economía**

425 Carl Schmitt: **La dictadura**

426 Rita Vuyk: **Panorámica y crítica de la epistemología genética de Piaget, 1965-1980, II**

427 Fernando Vallespín Oña: **Nuevas teorías del Contrato Social**

428 J. M. Jauch: **Sobre la realidad de los cuantos**

29 Raúl Morodo: **Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española**

30 Eugene Linden: **Monos, hombres y lenguaje**

31 Nicolás Sánchez-Albornoz (Compilación): **La modernización económica de España, 1830-1930**

32 Luis Gil: **Censura en el mundo antiguo**

33 Rafael Bañón y José Antonio Olmeda (Compilación): **La institución militar en el Estado contemporáneo**

34 Paul Hazard: **El pensamiento europeo en el siglo XVIII**

35 Rafael Lapesa: **La trayectoria poética de Garcilaso**

36, 437 Raymond Aron: **Paz y guerra entre las naciones**

38 Geoffrey Parker: **El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659**

39 Oscar Fanjul y Fernando Maravall: **La eficiencia del sistema bancario español**

440 Mario Bunge: **Seudociencia e ideología**

441 Ernst H. Kantorowicz: **Los dos cuerpos del rey**

442 Julián Marías: **España inteligible**

443 David R. Ringrose: **Madrid y la economía española, 1560-1850**

444 Renate Mayntz: **Sociología de la Administración pública**

445 Mario Bunge: **Racionalidad y realismo**

446 José Ferrater Mora: **Unamuno. Bosquejo de una filosofía**

447 Lawrence Stone: **La crisis de la aristocracia, 1558-1641**

448 Robert Geroch: **La relatividad general: de la A a la B**

449 Steven M. Sheffrin: **Expectativas racionales**

450 Paulino Garagorri: **La filosofía española en el siglo XX**

451 Manuel Tuñón de Lara: **Tres claves de la Segunda República**

452 Curt Paul Janz: **Friedrich Nietzsche. 4. Los años de hundimiento**

453 Franco Selleri: **El debate de la teoría cuántica**

454 Enrique Ballestero: **Los principios de la economía liberal**

455 E. H. Carr: **El ocaso de la Comintern, 1930-1935**

456 Pedro Laín Entralgo: **Ciencia, técnica y medicina**

457 Desmond M. Clarke: **La filosofía de la ciencia de Descartes**

458 José Antonio Maravall: **Antiguos y modernos**

459 Morton D. Davis: **Introducción a la teoría de juegos**

460 José Ramón Lasuen: **El Estado multirregional**

461 Bhikhu Parekh: **Pensadores políticos contemporáneos**

462 Wassily Leontief y Faye Duchin: **El gasto militar**

463 Francisco Rico: **El pequeño mundo del hombre**

464 Miguel Rivera Dorado: **La religión maya**

465 Miguel Artola: **La Hacienda del siglo XIX**

466 Thomas F. Glick: **Einstein y los españoles**

467 James Tobin: **Acumulación de activos y actividad económica**

468 Bruno S. Frey: **Para una política económica democrática**

469 Ludwik Fleck: **La génesis y el desarrollo de un hecho científico**

470 Harold Demsetz: **La competencia**

471 Teresa San Román (compilación): **Entre la marginación y el racismo**

472 Alan Baker: **Breve introducción a la teoría de números**

473 Jean-Paul Sartre: **Escritos políticos, 1**

474 Robert Axelrod: **La evolución de la cooperación**

475 Henry Kamen: **La sociedad europea, 1500-1700**

476 Otto Pöggeler: **El camino del pensar de Heidegger**

477 G. W. F. Hegel: **Lecciones sobre filosofía de la religión, 2**

478 H. A. John Green: **La teoría del consumidor**

479, 480 Georg Simmel: **Sociología**

481 Nicolás Ortega Cantero: **Geografía y cultura**

482 Geza Alföldy: **Historia social de Roma**

483 Jean-Paul Sartre: **Escritos políticos, 2**

484 Louis Dumont: **Ensayos sobre el individualismo**

485 Jayant Narlikar: **La estructura del universo**

486 Jorge Lozano: **El discurso histórico**

487 Carlos Castilla del Pino: **Cuarenta años de psiquiatría**

488 Paul Preston: **La destrucción de la democracia en España**

489 Galileo Galilei: **Carta a Cristina de Lorena y otros textos sobre ciencia y religión**

490 Vilfredo Pareto: **Escritos sociológicos**

491 Gary Becker: **Tratado sobre la familia**

492 Concepción de Castro: **El pan de Madrid**

493 Mijail Bajtin: **La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento**

494 Albert Soboul: **Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario**

495 Juan Ginés de Sepúlveda: **Historia del Nuevo Mundo**

496 Ludwig Wittgenstein: **Observaciones sobre los fundamentos de la matemática**

497 Juan J. Linz: **La quiebra de las democracias**

498 Ptolomeo: **Las hipótesis de los planetas**

499 José Antonio Maravall: **Velázquez y el espíritu de la modernidad**

500 **El libro de Marco Polo.** Anotado por Cristóbal Colón y versión de Rodrigo Santaella. Edición de Juan Gil

501 Manuel Pérez Ledesma: **El obrero consciente**

502 Ibn Battuta: **A través del Islam**

503 Jayant Narlikar: **Fenómenos violentos en el universo**

504 **Libro de Aleixandre.** Estudio y edición de Francisco Marcos Marín

505 Sadi Carnot: **Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego**

506 Rafael Cruz: **El Partido Comunista de España en la Segunda República**

507 James Noxon: **La evolución de la filosofía de Hume**

508 Alonso de Sandoval: **Un tratado sobre la esclavitud**

509 Giordano Bruno: **La cena de las cenizas**

510 Peter Laslett: **El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo**

511, 512 Isaac Newton: **Principios matemáticos de la filosofía natural**

513 V. I. Arnold: **Teoría de catástrofes**

514 Paul Madden: **Concavidad y optimización en microeconomía**

515 Jean-Paul Sartre: **Escritos políticos, 3**

516 Léon Walras: **Elementos de economía política pura**

517 David Anisi: **Tiempo y técnica**

518 G. W. F. Hegel: **Lecciones sobre filosofía de la religión, 3**

519 El Inca Garcilaso: **La Florida**

520 Genoveva García Queipo de Llano: **Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera**

521 Carlos Castrodeza: **Ortodoxia darwiniana y progreso biológico**

522 Clive Orton: **Matemáticas para arqueólogos**

523 Isaiah Berlín: **Cuatro ensayos sobre la libertad**

524 Alastair Rae: **Física cuántica, ¿ilusión o realidad?**

525 Niels Bohr: **La teoría atómica y la descripción de la naturaleza**

526 Rafael Rubio de Urquía y otros: **La herencia de Keynes**

527 Carl G. Hempel: **Fundamentos de la formación de conceptos en ciencia empírica**

528 Javier Herrero: **Los orígenes del pensamiento reaccionario español**

529 Robert E. Lucas, Jr.: **Modelos de ciclos económicos**

530 Leandro Prados de la Escosura: **De imperio a nación**
Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)

531 Helena Béjar: **El ámbito íntimo**

532 Ernest Gellner: **Naciones y nacionalismo**

533 José Ferrater Mora: **El ser y la muerte**

534 Javier Varela: **Jovellanos**

535 Juan López Morillas: **Racionalismo pragmático**

536 Hanna Arendt: **Sobre la revolución**

537 Earl J. Hamilton: **Guerra y precios en España, 1651-1800**

538 Charles S. Peirce: **Escritos lógicos**

539 Helmut Frisch: **Teorías de la inflación**

540 Diana T. Meyers: **Los derechos inalienables**

541 Carlos A. Floria y César A. García Belsunce: **Historia política de la Argentina contemporánea, 1880-1983**

542 Benjamin Franklin: **Experimentos y observaciones sobre electricidad**

543 Mercedes Allendesalazar Olaso: **Spinoza: Filosofía, pasiones y política**

544 Francisco de Solano y otros: **Proceso histórico al conquistador**

545 Carlos Castilla del Pino (compilación): **El discurso de la mentira**

546 W. V. Quine: **Las raíces de la referencia**

547 Patrick Suppes: **Estudios de filosofía y métodología de la ciencia**

548 John Shore: **El algoritmo sachertorte y otros antídotos contra la ansiedad que provoca el ordenador**

549 Ferdinand Tönnies: **Hobbes
Vida y doctrina**

550 Ronald Grimsley: **La filosofía de Rousseau**

551 Isaiah Berlin: **Karl Marx**

552 Francis Galton: **Herencia y eugenesia**

553, 554 E. M. Radl: **Historia de las teorías biológicas**, 1 y 2

555 Manuel Selles, José Luis Peset y Antonio Lafuente (Compilación): **Carlos III y la ciencia de la Ilustración**

556 Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros: **Viajeros y paisajes**

557 Victoria Camps: **Etica, retórica y política**

558 William L. Langer: **Enciclopedia de Historia Universal. 1. Prehistoria e Historia Antigua**

559 Konrad Lorenz: **La acción de la naturaleza y el destino del hombre**

560 Fray Bernardino de Sahagún: **Historia general de las cosas de Nueva España, 1**

561 Fray Bernardino de Sahagún: **Historia general de las cosas de Nueva España, 2**

562 Paul Hazard: **La crisis de la conciencia europea**

563 Wilhelm Dilthey: **Teoría de las concepciones del mundo**

564 James W. Friedman: **Teoría del oligopolio**

565 Francis Bacon: **El avance del saber**

566, 567 Giovanni Sartori: **Teoría de la democracia
1. El debate contemporáneo**

568 Richard P. Feynman: **Electrodinámica cuántica**

569 John Sullivan: **El nacionalismo vasco radical (1959-1986)**

570 Quentin Skinner (compilación): **El retorno de la gran teoría en las ciencias humanas**

571 Adam Przeworski: **Capitalismo y socialdemocracia**

572 John L. Austin: **Ensayos filosóficos**

573 Georges Duby y Guy Lardreau: **Diálogo sobre la historia**

574 Helmut G. Koenigsberger: **La práctica del imperio**

575 G. W. F. Hegel: **La diferencia entre el sistema de filosofía de Fichte y el de Schelling**

576 Martin Heidegger: **Conceptos fundamentales**

577 Juan Gil: **Mitos y utopías del descubrimiento, 1**

578 Lloyd G. Reynolds: **El crecimiento económico en el tercer mundo**

579 Julián A. Pitt-Rivers: **Un pueblo de la sierra: Grazalema**

580 Bernal Díaz del Castillo: **Historia verdadera de la conquista de Nueva España**

581 Giordano Bruno: **Expulsión de la bestia triunfante**

582 Thomas Hobbes: **Leviatán**

583 William L. Langer: **Enciclopedia de Historia Universal**
2. La Edad Media

584 S. Bowles, D. M. Gordon y T. E. Weisskopf: **La economía del despilfarro**

585 Juan Gil: **Mitos y utopías del descubrimiento, 2**

586 Alberto Elena: **A hombros de gigantes**

587 Rodrigo Jiménez de Rada: **Historia de los hechos de España**

588 Louis Dumont: **La civilización india y nosotros**

589 Emilio Lamo de Espinosa: **Delitos sin víctima**

590 Carlos Rodríguez Braun: **La cuestión colonial y la economía clásica**

591 Irving S. Shapiro: **La tercera revolución americana**

592 Roger Collins: **Los vascos**

593 Rafael Muñoz de Bustillo (compilación): **Crisis y futuro del estado de bienestar**

594 Julián Marías: **Generaciones y constelaciones**

595 Manuel Moreno Alonso: **La generación española de 1808**

596 Juan Gil: **Mitos y utopías del descubrimiento**
3. El Dorado

597 Francisco Tomás y Valiente: **Códigos y constituciones (1808-1978)**

598 Samuel Bowles, David M. Gordon, Tomas E. Weisskopf: **La economía del despilfarro**

599 Daniel R. Headrick: **Los instrumentos del imperio**

600 Joaquín Romero-Maura: **La rosa de fuego**

601 D. P. O'Brien. **Los economistas clásicos**

602 William Langer: **Enciclopedia de Historia Universal**
3. Edad Moderna

603 Fernando García de Cortázar y José María Lorenzo Espinosa: **Historia del mundo actual (1945-1989)**

604 Miguel Artola: **Los afrancesados**

605 Bronislaw Geremek: **La piedad y la horca**

606 Paolo Rossi: **Francis Bacon: de la magia a la ciencia**

607 Amartya Sen: **Sobre ética y economía**

608 Robert N. Bellah, y otros: **Hábitos del corazón**

609 I. Bernard Cohen: **El nacimiento de una nueva física**

610 Noam Chomsky: **El conocimiento del lenguaje. Su naturaleza, origen y uso**

611 Jean Dieudonne: **En honor del espíritu humano. Las matemáticas hoy**

612 Mario Bunge: **Mente y sociedad**

613 John Losee: **Filosofía de la ciencia e investigación histórica**

614 Arnaldo Momigliano y otros: **conflicto entre el paganismo y cristianismo en el siglo IV**

615 Enrique Ballestero: **Economía social y empresas cooperativas**

16 Max Delbrück: **Mente y materia**

17 Juan C. García-Bermejo: **Aproximación, probabilidad y relaciones de confianza**

18 Frances Lannon: **Privilegio, persecución y profecía**

19 Carlos Castilla del Pino: **Teoría del personaje**

20 Shlomo Ben-Ami: **Los orígenes de la Segunda República: anatomía de una transición**

21 Antonio Regalado García: **El laberinto de la razón: Ortega y Heidegger**

22 William L. Langer: **Enciclopedia de Historia Universal**
4. Siglo XIX

23 Barrington Moore, Jr.: **Autoridad y desigualdad bajo el capitalismo y el socialismo: EE.UU., URSS y China**

24 Pierre Vidal-Naquet: **Ensayos de historiografía**

25 Donald N. McCloskey: **La retórica de la economía**

26 Heinz Heimsoeth: **Los seis grandes temas de la metafísica occidental**

27 Angelo Panebianco: **Modelos de partido**

28 José Alcina Franch (compilación): **Indianismo e indigenismo**

29 Ricardo Gullón: **Direcciones del Modernismo**

30 Saim Sambursky: **El mundo físico de los griegos**

31 Lewis Pyenson: **El joven Einstein**

32 Jack Goody: **La lógica de la escritura y la organización de la sociedad**

33 Brian Vickers (compilación): **Mentalidades ocultas y científicas en el Renacimiento**

34 Andrés Barrera González: **Casa, herencia y familia en la Cataluña rural**

35 Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros: **La teoría social, hoy**

36 David Goodman: **Poder y penuria**

37 Roberth Hertz: **La muerte y la mano derecha**

38 Carolyn Boyd: **La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII**

639 Manuel Santaella López: **Opinión pública e imagen política en Maquiavelo**

640 Pietro Redondi: **Galileo herético**

641 Stéphane Deligeorges, Ed.: **El mundo cuántico**

642 M. J. Piore y C. F. Sabel: **La segunda ruptura industrial**

643 I. Prigogine e I. Stengers: **Entre el tiempo y la eternidad**

644 William L. Langer: **Enciclopedia de Historia Universal**
5. De la 1.ª a la 2.ª Guerra Mundial

645 Enrique Ballestero: **Estudios de mercado. Una introducción a la mercadotecnia**

646 Saim Sambursky: **El mundo físico a finales de la Antigüedad**

647 Klaus Offe: **Las contradicciones del Estado de Bienestar**

648 David Morgan: **Los mongoles**

649 Victor F. Weisskopf: **La física en el siglo XX**

650 Luis Vega Reñón: **La trama de la demostración**

651 John King Fairbank: **Historia de China. Siglos XIX y XX**

652 Emilio García Gómez: **Las jarchas romances de la serie árabe en su marco**

653 P. M. Harman: **Energía, fuerza y materia**

654 *Manuel Rodríguez:* **El descubrimiento del Marañón**

655 Anthony Sandford: **La mente del hombre**

656 Giordano Bruno: **Cábala del caballo Pegaso**

657 E. L. Jones: **El milagro europeo**

658 José Hierro S. Pescador: **Significado y verdad**

659 Georges Duby: **El amor en la Edad Media y otros ensayos**

661 J. S. Bell: **Lo decible y lo indecible en mecánica cuántica**

662 *F. Tomás y Valiente y otros:* **El sexo barroco y otras transgresiones premodernas**

663 R. Descartes: **El tratado del hombre**

664 Peter Burke: **La cultura popular en la Edad Moderna**

665 Pedro Trinidad Fernández: **La defensa de la sociedad**

666 Michael Mann: **Las fuentes del poder social**

667 Brian McGuinness: **Wittgenstein**

668 Jean-Pierre Luminet: **Agujeros negros**

669 W. Graham Richards: **Los problemas de la química**

670 Ludwig Wittgenstein: **Diarios secretos**

671 Charles Tilly: **Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes**

672 P. Adriano de las Cortes (S.I.): **Viaje de la China.** Edición de Beatriz Moncó

673 Paul Martin y Patrick Bateson: **Medición del comportamiento**

674 Otto Brunner: **Estructura interna de Occidente**

675 Juan Gil: **Hidalgos y samurais**

676 Richard Gillespie: **Historia del Partido Socialista Obrero Español**

677 James W. Friedman: **Teoría de juegos con aplicaciones a la economía**

678 Fernand Braudel: **Escritos sobre la Historia**

679 Thomas F. Glick: **Cristianos y musulmanes**

680 René Descartes: **El Mundo o el Tratado de la Luz**

681 Pedro Fraile: **Industrialización y grupos de presión**

682 Jean Levi: **Los funcionarios diarios**

683 Leandro Prados y Verra Zamagni (eds.): **El desarrollo económico en la Europa del Sur**

684 Michael Friedman: **Fundamentos de las teorías del espacio-tiempo**

685 Gerolamo Cardano: **Mi vida**

686 Francisco Sánchez-Blanco: **Europa y el pensamiento español del siglo XVIII**

687 Jagdish Bhagwati: **El proteccionismo**

688 Carl Schmitt: **El concepto de lo político**

689 Salomon Bochner: **El papel de la matemática en el desarrollo de la ciencia**

690 Hao Wang: **Reflexiones sobre Kurt Gödel**

691 David Held: **Modelos de democracia**

692 Enrique Ballestero: **Métodos evaluatorios de auditoría**

693 Martin Kitchen: **El período de entreguerras en Europa**

694 Marwin Harris y Eric B. Ross: **Muerte, sexo y fecundidad**

695 Dietrich Gerhard: **La vieja Europa**

696 Violeta Demonte: **Detrás de la palabra**

697 Gabriele Lolli: **La máquina y las demostraciones**

698 C. Ulises Moulines: **Pluralidad y recursión. Estudios epistemológicos**

699 Rüdiger Safranski: **Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía**

700 Johannes Kepler: **El secreto del universo**

701 Miquel Siguan: **España plurilingüe**

702 El silencio: **Compilación de Carlos Castilla del Pino**

703 Pierre Thuillier: **Las pasiones del conocimiento**

704 Ricardo García Cárcel: **La leyenda negra**